AÑO CRISTIANO

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO

CONTIENE

LA EXPLICACION DEL MISTERIO, Ó LA VIDA DEL SANTO DE CADA DIA, ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EPÍSTOLA Y UNA MEDITACION SOBRE EL EVANGELIO DE LA MISA, Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Á PROPÓSITO PARA TODA CLASE DE PERSONAS.

POR EL P. J. CROISSET, DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,
TRADUCIDO DEL FRANCÉS, POR EL P. J. F. DE ISLA, DE LA MISMA COMPAÑÍA

NUEVA EDICION

Aumentada con las adiciones y notas del P. CAPARROS y de los PP. CENTENO y ROJAS, con la vidas de algunos Santos nuevamente canonizados, y una noticia de otros Santos antiguos, con el Martirologio Romano integro; y seguida de las DOMINICAS del mismo P. J. CROISSET, traducidas por D. JOSÉ MARIA DIAZ JIMENEZ, presbitero.

ARREGLADA Y DIRIGIDA

Por Don Justo BARBAGERO, Presbitero, Doctor en Teología, Licenciado en Canones y Catedrático de lengua hebrea de la real Universidad de Alcalá de Henares.

Adornada con láminas finas.

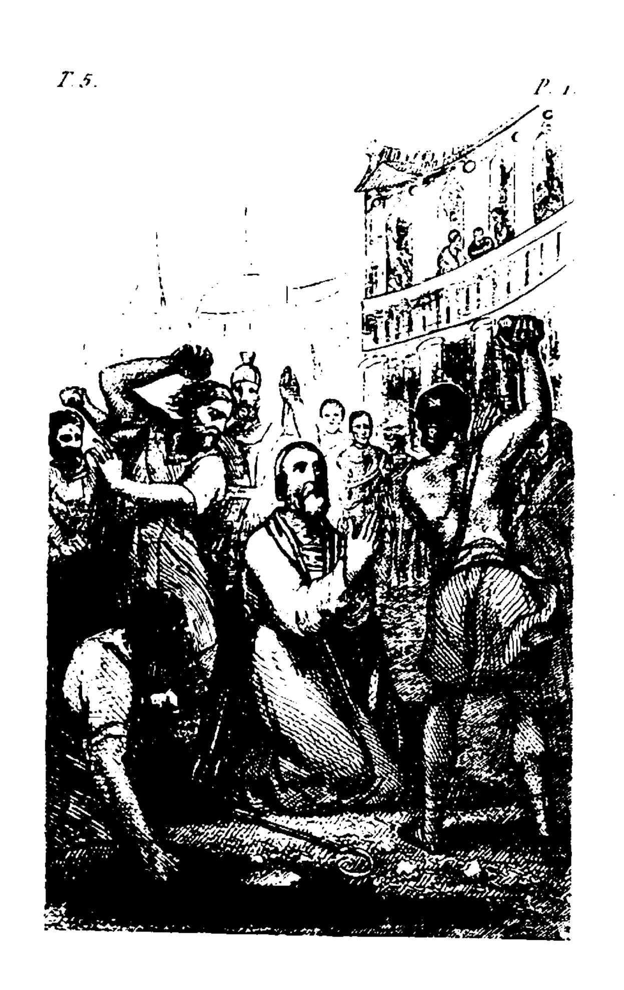
TOMO V.

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

—

1864



SANTIAGO APOSTOL.

AÑO CRISTIANO

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

MAYO.

DIA PRIMERO.

LOS SANTOS APÓSTOLES SAN FELIPE Y SANTIAGO.

Santiago, nombrado *el Menor*, porque fué llamado al apostolado despues de Santiago, hijo del Zebedeo y hermano de san Juan, fué hijo de Alfeo y de María hija de Cléofas, prima hermana de la santísima Vírgen, llamada tambien su hermana, segun el estilo de los Judíos, que acostumbran llamar hermanos y hermanas á los parientes muy cercanos; y por la misma razon es llamado nuestro santo en el Evangelio *hermano de Cristo*, aunque en realidad no era mas que primo suyo.

Nació Santiago algunos años antes que el mismo Cristo. Segun Hegesipo, fué santo desde el vientre de su madre; esto quiere decir que sus padres le consagraron al Señor antes de nacer, destinándole desde entonces á seguir toda la vida la regla de los Naza-

renos, cuya obligacion cumplió con fidelidad hasta la muerte.

Su vida, dice san Jerónimo, fué un perpetuo ayuno; desde niño se prohibió enteramente el uso del vino y de toda carne; siempre andaba con los piés descalzos; y en fin, era tanta su penitencia, que, como afirma san Crisóstomo, mas parecia esqueleto que hombre vivo. A la penitencia exterior del cuerpo correspondia el fervor interior del espíritu; pues teniendo presente la especialidad con que estaba dedicado al servicio de Dios, casi desde la cuna se puso perpetuo entredicho á todos los gustos y diversiones de la vida. Parecia que la oracion era su única ocupacion, pues á todas horas se le encontraba en el templo, pidiendo á Dios perdon por el pueblo y clamando continuamente por su salvacion; de cuyo ejercicio de orar de rodillas y sin arrimo, llegó á criar en ellas unos callos tan duros como los de un camello. Supo granjearse tanta estimacion y autoridad entre toda clase de personas, por la modestia de su vestido, por su aire, por su compostura y por la santidad que resplandecia en todas sus acciones, que era el único laico á quien se permitia entrar en el santuario, y todos le llamaban comunmente *el Justo*. En una gran sequía que hubo, levantando las manos al cielo nuestro Santiago, luego llovió abundantemente; lo que sin duda fué ocasion de que le diesen el sobrenombre de *Oblia*, que quiere decir en lengua siriaca, *el que mantiene al pueblo*, *ó la fortaleza de Dios*.

Tal era Santiago el Menor cuando el Salvador del mundo se dignó llamarle al apostolado. No nos dice el Evangelio ni el tiempo ni la ocasion en que fué escogido para él; solamente le cuenta el noveno entre los apóstoles, y es probable que hasta el segundo año de la predicacion de Cristo no fueron

agregados al colegio apostólico Santiago y su hermano san Judas.

Asegura san Epifanio que Santiago se conservó perpetuamente en el celibato. El nombre de hermano de Cristo que hasta los mismos discípulos le daban comunmente, da bastante á entender la especial ternura con que Santiago amaba á su Maestro, y tambien aquella con que era correspondido de él.

Es antigua tradicion, segun dice san Jerónimo, que la noche de la cena hizo propósito Santiago de no comer ni beber hasta que Cristo resucitase; y que por eso se le apareció el Señor inmediatamente despues de su gloriosa resurreccion. Lo cierto es que, habiendo resucitado Cristo, se apareció á Santiago en particular, como lo afirma san Pablo, despues de haberse dejado ver de san Pedro y de los demás apóstoles; y añade san Clemente Alejandrino, uno de los escritores mas antiguos de la Iglesia, que despues de la resurreccion comunicó el Salvador el don de ciencia á san Pedro, á Santiago el Justo y á san Juan; esto es, como lo explica el mismo padre, una sobreabundancia de luces y conocimientos sobrenaturales para el desempeño de los diferentes ministerios á que los tenia destinados.

Despues de la triunfante ascension á los cielos, habiendo quedado san Pedro nombrado por el mismo Cristo cabeza visible de toda su Iglesia, fué Santiago declarado obispo de Jerusalen. San Jerónimo dice que en esto los apóstoles no hicieron mas que declarar solemnemente á todos los discípulos la eleccion que Cristo habia hecho de nuestro santo para el gobierno de aquella iglesia particular, que podia llamarse la cuna del cristianismo. Y á la verdad, no parecia posible señalar otro pastor que fuese mas grato ni mas respetable á los Judíos convertidos á la fe, que componian aquella iglesia.

Su zelo acompañado de aquella piedad y dulzura que le hacian tan respetable, sostenido con la santidad de una vida austera y autorizado con los milagros que hacia, pobló bien pronto aquella iglesia naciente. Correspondia maravillosamente el fervor de los nuevos fieles al ardiente zelo del santo pastor, y su fe triunfó con esplendor y con ruido en la primera persecucion que suscitó el infierno en Jerusalen contra la Iglesia.

La dulzura, la inocencia y la modestia de Santiago no contribuyeron poco á ganarle los corazones de muchos Judíos, aun de los principales de la nacion, que se convirtieron á la fe de Cristo; y cada dia se veia crecer el número de los fieles por la predicacion de nuestro santo. Este, á ejemplo de su divino Maestro, condescendia en todo lo posible con la vehemente pasion que tenian los Judíos recien convertidos por las ceremonias de la ley; condescendencia prudente, que siendo en puntos poco esenciales, conquistó gran número de Judíos, bien que no dejó de ser ocasion de algunas turbaciones.

Algunos cristianos de Judea, demasiadamente zelosos por la ley antigua, inquietaron la iglesia de Antioquía, queriendo obligar á los gentiles á la circuncision. Sobre esto enviaron á san Pablo y á san Bernabé por diputados á san Pedro, Santiago y san Juan, que se hallaban en Jerusalen, para consultarlos como á oráculos de la verdad, depositarios de la fe y columnas de la Iglesia, como habla san Pablo en la epístola á los Gálatas. Con esta ocasion se celebró en aquella ciudad el primer concilio, en que presidió san Pedro. Este refirió las maravillas que por su ministerio habia obrado Dios en favor de los gentiles convertidos, á quienes el Señor habia comunicado el Espíritu Santo como á todos los demás fieles; y concluyó que, pues ninguno podia ser salvo sino por

la gracia del Redentor, no era razon que se les obligase á cargar con un yugo de que el mismo Redentor los habia librado.

Cuando san Pedro acabó de hablar, tomó la palabra Santiago (1), como obispo diocesano, y dijo así: « Hermanos, prestadme atencion: Simon acaba de explicaros, como Dios ha querido entresacar de los gentiles un pueblo que fuese suyo; siendo esto lo que concordemente nos anuncian las palabras de los profetas, segun aquello que está escrito: Yo vendré despues, y reedificaré la casa de David; repararé lo que estuviere arruinado, para que todos los demás pueblos y naciones, que son conocidas con mi nombre, busquen al Señor. El mismo que hizo estas cosas, es el que habla de esta suerte. Dios en todo tiempo conoce la obra de sus manos; por eso soy de parecer que no se inquiete á los gentiles que se conviertan á Dios. Pero se les debe escribir que se abstengan de todo aquello que ha quedado inmundo por haber sido ofrecido á los ídolos, de la fornicacion, de animal que murió ahogado y de sangre. » Siguióse este parecer; y los apóstoles, los presbíteros, y toda la Iglesia fueron de sentir que se volviese á enviar á Antioquía á Pablo y á Bernabé, acompañados de Judas y de Silas, á quienes se entregó una carta concebida en estos términos: « Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros no cargaros mas de lo que es necesario; esto es, que os abstengais de las cosas sacrificadas á los ídolos, de la fornicacion, etc: absteniéndoos de todo esto, haréis bien. A Dios. »

Crecia entre tanto cada dia el número de los fieles en Jerusalen por el zelo, por la dulzura y por la rara piedad de nuestro santo. Manejaba con gran destreza la excesiva y obstinada delicadeza de los Judios, y toleraba todo aquello que no era incompa-

(1) Act. 15.

tible con el cristianismo, ganando su corazon y su confianza con esta cristiana condescendencia, para irlos poco á poco disponiendo á desembarazarse de aquellas inútiles ceremonias legales, á que estaban tan adheridos. Habiendo ido san Pablo á Jerusalen el año 58, el dia siguiente pasó á visitar á Santiago, el cual le aconsejó que no mostrase condenar ciertas ceremonias de la ley antigua de poca consecuencia, por no escandalizar á aquellos espíritus flacos; y el apóstol se conformó con este dictámen.

Despues de la muerte de Festo, gobernador de la Judea, y antes que llegase Albino su sucesor, irritados los fariseos y los doctores de la ley de los grandes progresos que hacia la religion cristiana en toda la Judea, y especialmente en Jerusalen, resolvieron hacer todo lo posible para exterminarla. El año de 62, Anano, pontífice que era á la sazon, hijo de aquel otro Anano ó Anás, cuñado de Caifás, de quien hace mencion el Evangelio, quiso aprovecharse del interregno, y convocó el gran consejo, llamado Sanedrin, para tratar de los medios mas conducentes para destruir el Evangelio. El expediente mas eficaz y mas breve que se les ofreció de pronto, fué precisar á Santiago el Justo á que negase á Cristo, abjurase su religion, y desengañase al pueblo con sus palabras y con su ejemplo. Mandáronle comparecer ante el consejo; y luego que se divulgó por la ciudad la noticia, todo el pueblo concurrió al consistorio, movido de la reputacion del santo. Llenóse luego la sala, donde se celebraba el Sanedrin, de las personas mas distinguidas de la ciudad. Hegesipo dice que los ancianos ó los consejeros afectaron consultarle algunos puntos, para cogerle en alguna respuesta que sirviese de pretexto para condenarlo; pero lo cierto es, que muchos procedian de buena fe en las preguntas que le hacian. «Te hemos llama-

do, le dijeron, para que nos ayudes á abrir los ojos al pueblo, y á apartarle de sus desvarios haciéndole reconocer sus errores. Ya ves que todos se declaran parciales y sectarios de la doctrina de Jesus, persuadidos de que fué el prometido Mesías. Es menester que desengañes hoy á ese numeroso pueblo que ha concurrido de todas partes con ocasion de la solemnidad de la Pascua; porque todos te veneran por hombre justo, veraz é incapaz de dejarte mover de algun humano respeto: consiguientemente todos están dispuestos á rendirse al testimonio que prestares á la verdad. Sube, pues, á la galería del templo, para que mejor puedas ser oido del innumerable concurso, y sepan todos de tí, así lo que tú crees como lo que ellos deben creer.»

Habiéndose dejado ver Santiago en la galería, comenzaron los escribas y fariseos á gritarle desde abajo: «Dínos, hombre justo, qué juicio hemos de hacer de aquel Jesus que fué crucificado; porque todos nos conformaremos con tu testimonio.» Entonces Santiago, esforzando la voz cuanto pudo, exclamó: «Oid, hermanos mios, el testimonio que voy á dar á la verdad: Ese Jesus, hijo del Hombre, de quien vosotros hablais, está en el cielo sentado á la diestra de Dios Padre como hijo verdadero suyo, y algun dia vendrá en el trono de las nubes á juzgar á todos los hombres; porque es el Mesías que esperaron nuestros padres, y el que debe ser toda nuestra confianza y la esperanza de Israel.»

Apenas acabó de decir estas palabras el apóstol, cuando un crecido número de Judíos, movidos de tan brillante testimonio, creyeron en Jesucristo, y comenzaron á alabar á Dios á voz en grito, diciendo: *Hosanna al Hijo de David.* Pero los escribas y fariseos, arrepintiéndose, aunque ya muy tarde, de lo que habian hecho, vueltos á la muchedumbre,

comenzaron á gritar por todas partes : *Pueblo, el Justo se engaña*; y llenos de rabioso furor contra el santo subieron á la galeria, y le precipitaron abajo desde lo mas alto del templo. No quedó muerto del golpe, y poniéndose inmediatamente de rodillas hizo oracion á Dios por los que le quitaban la vida; pero no pudiendo estos sufrir que sobreviviese á la caida, comenzaron á disparar contra él una espesa lluvia de piedras en ocasion en que, hallándose cerca del santo un tundidor, que por casualidad tenia en la mano el cabestan con que apretaba los paños, le descargó tan furioso golpe en la cabeza, que acabó de matarle.

Así murió Santiago el Menor, el mismo dia de Pascua del año 62, habiendo gobernado cerca de veinte y nueve años la iglesia de Jerusalen; y se tiene por cierto que le dieron sepultura en el mismo lugar donde fué martirizado. Su muerte fué tan llorada, que nunca se hizo por ningun hombre un sentimiento igual; y hasta los mismos Judios miraron esta muerte injusta como una de las principales causas de las públicas calamidades de la nacion, y aun de la misma ruina de Jerusalen, que sucedió ocho años despues de la muerte de nuestro apóstol.

Escribió Santiago, como obispo de Jerusalen y como apóstol muy particular de los Judios, aquella admirable epistola, que entra en el número de los libros canónicos del nuevo Testamento, y es la primera de las siete epistolas católicas, llamadas así, porque no se dirigen á ninguna persona ó iglesia particular, sino á la universalidad de todos los fieles. Esta epistola se dirige á las doce tribus, esto es, á todos los Judios convertidos derramados por toda la redondez de la tierra; y siempre ha sido estimada como un excelente compendio, quinta esencia ó medula de toda la moral cristiana. Su estilo es vivo y eficaz, y

en ninguna otra parte se leen reprendidos los abusos con voces mas enérgicas ni mas expresivas.

El mismo dia celebra la santa Iglesia la fiesta de san Felipe, que, habiendo sido llamado al apostolado antes que Santiago, siempre se le nombra el primero en el oficio del dia.

Fué san Felipe natural de Betsáida, ciudad de Galilea, á las márgenes del lago de Genesaret. Era casado, y tenia tres hijas. Su piedad, dice san Crisóstomo, le hacia ser muy respetado; y empleándose continuamente en la meditacion de la ley y de los profetas, esperaba con un gran fondo de religion al Mesias prometido, que habia de ser la redencion de Israel.

Habiendo dicho públicamente el Bautista en presencia de sus discípulos, que Jesus era el cordero de Dios, Andrés y Simon, que despues se llamó Pedro, le siguieron inmediatamente; y como el dia siguiente partiese Jesus para Galilea, encontrando á Felipe en el camino, no le dijo mas que esta palabra: *Sígueme;* con la cual, no solo inspiró á su corazon una generosa resolucion de dejarlo todo por seguir á Cristo, sino un ardiente deseo de conquistarle todos los discípulos que pudiese. Con efecto, poco despues, como hubiese encontrado Felipe á Natanael, le dijo que habia tenido la dicha de hallar á aquel de quien tanto habia hablado Moises en los libros de la ley, y á quien habian retratado los profetas; y le condujo al Salvador. Asegura san Clemente Alejandrino, como cosa en que todo el mundo convenia, que fué san Felipe aquel mancebo que pidió licencia á Cristo para ir á enterrar á su padre, y á quien el Señor respondió: *Deja á los muertos que entierren á sus muertos.*

Desde entonces siguió Felipe á Cristo tan de veras, que no se volvió á separar de su compañía. El año siguiente fué escogido para el apostolado y contado

entre los doce, nombrándole el Evangelio inmediatamente despues de san Juan. Acredita bien la especialidad con que el Salvador amaba á san Felipe, la distincion con que le trataba. Cuando quiso hacer el milagro de la multiplicacion de los panes, le preguntó para sondearle, dónde hallarian pan para tanta muchedumbre. En cierta ocasion, queriendo unos forasteros ver á Cristo, se valieron de san Felipe para que se lo facilitase, persuadidos de que era el que mas privaba con el Salvador. Cuando este, en aquel gran sermon que hizo á sus apóstoles despues de la última cena, les habló de su Padre, san Felipe se tomó la libertad de suplicarle que se sirviese hacérsele ver á todos, porque todos lo deseaban mucho; á lo que el Señor respondió : *Felipe, el que me ve á mi, ve á mi Padre.*

Despues de la ascension de Cristo á los cielos y de la venida del Espíritu Santo, cuando los apóstoles se dividieron por todo el mundo para difundir por todo él la luz del Evangelio, san Felipe fué á predicar la fe á la provincia de Frigia, donde convirtió muchas almas y obró muchos milagros. Habiendo llegado á Hierápolis, se compadeció mucho viendo que aquel pueblo ignorante adoraba por Dios á una monstruosa vívora; y lleno de una santa indignacion la hizo pedazos en el camino. Abrió los ojos á aquella pobre gente, hízola visible la grosería de sus errores, y convirtiendo á la fe á toda la ciudad, fundó en ella una floreciente iglesia. Pero no le dejó en paz la cólera del demonio: porque irritados los sacerdotes de los ídolos y los magistrados en vista de los maravillosos progresos que hacia el cristianismo, resolvieron quitar la vida al santo apóstol. Echaron mano de él, y despues de haberle tenido preso algunos dias, le despedazaron con crueles azotes, y amarrándole á una cruz, comenzaron á apedrearle. Sobrevino un

furioso terremoto, que atemorizando á los gentiles, y poniéndolos en precipitada fuga, dió lugar á los cristianos para que bajasen de la cruz á san Felipe; mas conociendo el santo que ya le quedaban pocos instantes de vida, les rogó que le dejasen acabarla en la cruz á ejemplo del Salvador; y habiéndosele concedido este consuelo, espiró en ella poco tiempo despues, encomendando á Dios su alma y su pueblo. Sucedió esta preciosa muerte el dia 1º de mayo del año de 54, segun Baronio; ó hácia el año de 90, en opinion de los que dan á san Felipe 87 años. Fué llevada á Constantinopla una parte de sus sagradas reliquias, y otra parte de ellas se venera en Roma en la iglesia de los santos apóstoles, que comenzó el papa Pelagio I, y acabó Juan III su sucesor.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de los apóstoles san Felipe y Santiago. San Felipe, despues de haber convertido á la fe de Jesucristo casi toda la Escitia, fué crucificado en Hierápolis en Asia, y acabó gloriosamente su vida siendo apedreado. Santiago, llamado en la Escritura Hermano del Señor, primer obispo de Jerusalen, fué precipitado desde lo alto del templo, y rotas las piernas, y herido en el cerebro con el palo de un lavandero, fué sepultado allí junto al templo.

En Egipto, san Jeremías profeta, el cual, habiendo sido apedreado por la plebe, murió en Tanes, y fué enterrado allí. Los cristianos, dice san Epifanio, acostumbraban ir á orar sobre su sepulcro, y el polvo que de él sacaban, les servia de remedio contra la mordedura de los áspides.

En el Vivarés, san Andeol subdiácono, enviado del Oriente con otros muchos por san Policarpo para predicar la palabra de Dios en Francia, en donde en

tiempo del emperador Severo fué cruelmente apaleado con bastones espinosos; despues con una espada de madera le abrieron la cabeza en cuatro partes, en forma de cruz, y de este modo consumó su martirio.

En Huesca en España, los santos mártires Orencio y Paciencia.

En Sion en Valais, el martirio de san Sigismundo, rey de los Borgoñones, el cual fué echado y anegado en un pozo, y se hizo célebre por sus milagros.

En Auxerre, san Amador, obispo y confesor.

En Auch, san Orense obispo.

En Inglaterra, san Asaf obispo, y santa Valburga vírgen.

En Bérgamo, santa Grata viuda.

En Forli, san Peregrino, del órden de Servitas.

La misa es en honra de los santos, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos annua apostolorum tuorum Philippi et Jacobi solemnitate lætificas; præsta, quæsumus, ut, quorum gaudemus meritis, instruamur exemplis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemne festividad de tus apóstoles Felipe y Santiago; concédenos que imitemos los ejemplos de aquellos, de cuyos merecimientos nos regocijamos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría.

Stabunt justi in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt, et qui abstulerunt labores eorum. Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur in subitatione insperatæ salutis, dicentes intra se, pœnitentiam agentes,

Estarán los justos con grande ánimo contra los que les afligieron y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos á su vista se llenarán de un temor horrible, y se admirarán al ver salvos á los justos, de repente y contra toda su esperanza;

et præ angustia spiritus gementes: Hi sunt, quos habuimus aliquando in derisum, et in similitudinem improperii. Nos insensati vitam illorum æstimabamus insaniam, et finem illorum sine honore: ecce quomodò computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.

diciendo entre si, penetrados de un vivo arrepentimiento, y arrancando gemidos de su corazon angustiado: Estos son los que en otro tiempo fueron el objeto de nuestras burlas, y los que poníamos por ejemplo de personas dignas de todo oprobio. Nosotros, insensatos, reputábamos su vida por necedad, y su muerte por deshonra: no obstante, miradlos elevados entre los hijos de Dios, y que tienen su suerte entre los santos.

NOTA.

« Habiendo representado Salomon en los capítulos » precedentes el lamentable estado en que se halla» rán los réprobos al fin de su vida, y lo que sen» tirán en aquella fatal hora que ha de decidir su » suerte eterna, hace contraposicion en este capítulo » de la gloria, y por decirlo asi, del triunfo de los » justos despues de su muerte y por toda la eterni» dad. »

REFLEXIONES.

La paciencia y la humildad, inseparables de la verdadera virtud, cierran la boca á los justos perseguidos, los hacen como mudos y casi insensibles, impidiéndoles levantar el grito en esta vida contra aquellos que los oprimen, que los sofocan, y que hacen cuanto pueden para arrancarles el fruto de sus trabajos. Pero cuando se acabe este corto número de dias, cuando llegue el fin de este triste destierro, cuando juntamente con él cese la injusta persecucion, cuando estos dichosos escogidos entren en el gozo de su Dios y tomen posesion de la gloria eterna; ¡qué no

tendrán que decir, y cuánto avergonzarán á los que trataron tan indignamente á la virtud y á la religion! ¡y qué sentimiento, qué despecho será el de aquellos que ejercitaron tanto su paciencia!

Que persigan á la virtud aquellos que son impíos de profesion, no debe sorprendernos; ninguno debe extrañar que los enemigos declarados hagan la guerra. Pero que las mas duras, las mas sensibles persecuciones que tienen que padecer los buenos, vengan muy ordinariamente de aquellos mismos que debieran protegerlos; que el capricho, el mal humor y los desdenes de aquellas mismas personas que hacen profesion de virtuosas, sean la prueba mas terrible de una virtud tierna, bisoña y recien nacida; esto es lo que apenas puede creerse, y con todo, esto es lo que se ve muy frecuentemente.

Abre un jóven su corazon á los sentimientos cristianos, se disgusta de los placeres y diversiones del mundo, da principio á la reforma de su vida; ¡cuánto tiene el pobre que padecer de aquellos mismos que debieran ser los primeros en aplaudir su resolucion, y en celebrar el partido que ha tomado! Pero aun crece mucho mas la admiracion, cuando en aquellas comunidades religiosas que son el asilo de la virtud, y en donde la piedad debe estar á cubierto de todo insulto, se halla tal vez esta misma virtud expuesta á mil molestas contradicciones, censurada, fisgada, condenada por aquellos mismos que debieran ser sus panegiristas. La reforma de costumbres desagrada, especialmente cuando está apoyada en una vida mas ejemplar de lo que quisieran aquellos que no se precian mucho de hombres regulares. A la exactitud edificativa se la da el odioso nombre de desdeñosa singularidad: á la modestia se la califica de afectada; la circunspeccion se dice que es una gravedad violenta y fastidiosa; finalmente, hasta la misma hu-

mildad se censura y se condena. No puede haber persecucion mas peligrosa para una virtud tierna y en mantillas; pocas hay que no se rindan, ó á lo menos que no titubeen á esta prueba. Pero ¡válgame Dios! ¿de qué principio nacerá esta maligna aspereza, esta acrimonia contra un sugeto que solo se distingue de los demás en ser mas exacto en el cumplimiento de sus obligaciones? No nace ciertamente ni de zelo ni de amor por la observancia comun; nace de envidia, nace de emulacion, nace de un secreto orgullo. La vida ejemplar y edificativa de aquel particular es una tácita censura, es una muda, pero muy dolorosa reprension de la vida y del porte de muchos. Sienten estos no sé qué interior despecho de que el otro les haga sombra; temen que la reforma de aquel no haga visible la necesidad que ellos tienen de reformarse. Un anciano se avergüenza de que un jóven haya hecho tantos progresos en dos dias; el jóven que no tiene espíritu ni valor para ser tan virtuoso, se llena de emulacion y de envidia, viendo que el otro, que es mejor, se acredita de mas cuerdo. Estas son aquellas persecuciones, estas aquellas terribles pruebas que excitan las pasiones. La relajacion nunca irrita la cólera á los tibios; pero el fervor, la exactitud, una observancia algo mas estrecha que hasta aquí, luego pone de mal humor á los indevotos. Mas al fin, tiempo vendrá en que estos injustos censores, estos perseguidores disimulados, estos enemigos domésticos sean confundidos. Tiempo vendrá en que se vean precisados á confesar y á detestar sus errores, á reconocer su malignidad, y á hacer justicia á la cordura y á la virtud del justo; porque la estimacion y la veneracion es un tributo que tarde ó temprano pagan los mismos impíos á la virtud.

El evangelio es del cap. 14 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Non turbetur cor vestrum. Creditis in Deum, et in me credite. In domo Patris mei mansiones multæ sunt. Si quò minus, dixissem vobis: Quia vado parare vobis locum. Et si abiero et præparavero vobis locum, iterùm venio, et accipiam vos ad meipsum, ut ubi sum ego, et vos sitis. Et quò ego vado, scitis, et viam scitis. Dicit ei Thomas : Domine, nescimus quò vadis; et quomodo possumus viam scire? Dicit ei Jesus: Ego sum via, veritas et vita. Nemo venit ad Patrem nisi per me. Si cognovissetis me, et Patrem meum utique cognovissetis : et amodò cognoscetis eum, et vidistis eum. Dicit ei Philippus: Domine, ostende nobis Patrem, et sufficit nobis. Dicit ei Jesus: Tanto tempore vobiscum sum, et non cognovistis me? Philippe, qui videt me, videt et Patrem. Quomodò tu dicis, ostende nobis Patrem? Non creditis quia ego in Patre, et Pater in me est? Verba, quæ ego loquor vobis, à me ipso non loquor. Pater autem in me manens, ipse facit opera. Non creditis quia ego in Patre, et Pater in me est? Alioquin propter opera ipsa credite.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : No se turbe vuestro corazon. Creeis en Dios, creed tambien en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones. Si no fuese así, os hubiera dicho : Voy á preparar el lugar para vosotros. Y cuando me hubiere ido, y hubiere preparado lugar para vosotros, vendré otra vez, y os tomaré conmigo, para que en donde estoy yo, esteis vosotros tambien. Y adonde voy lo sabeis, y sabeis el camino. Díjole Tomás: Señor, no sabemos adonde vas: ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Respondió Jesus : Yo soy camino, verdad y vida. Ninguno va al Padre sino por mí. Si me hubiérais conocido á mí, hubiérais conocido tambien á mi Padre : y desde ahora le conoceréis, y le habeis visto. Díjole Felipe : Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Le dijo Jesus: Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, ¿y no me habeis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve tambien al Padre. ¿Cómo dices tú, muéstranos al Padre? ¿no creeis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí mismo; sino que el Padre que está en mí, él es el que obra.

Amen, amen dico vobis: Qui credit in me, opera quæ ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet; quia ego ad Patrem vado. Et quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam.

¿No creeis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? Sino, creedlo por las mismas obras. De verdad, de verdad os digo: El que cree en mí hará tambien las obras que yo hago, y las hará mayores que estas; porque yo voy al Padre. Y cualquiera cosa que pidiéreis al Padre en mi nombre, la haré.

MEDITACION.

DEL CONOCIMIENTO Y AMOR DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la verdadera felicidad, la vida eterna, consiste en conocer bien á Jesucristo. Todos los demás descubrimientos, todas las demás luces del entendimiento humano, son fuegos fatuos, brillanteces aparentes, nubes iluminadas que dan una falsa luz, y que no enseñan mas que aquellos anchurosos caminos que guian á la perdicion. Jesucristo es el camino que se debe seguir, la verdad que se debe creer, la vida inseparable de la mayor felicidad. Pero ¿es muy concurrido este camino? ¿es muy abrazada esta verdad? ¿es muy solicitada esta vida, en la cual consiste la bienaventuranza eterna? ¿Es conocido Jesucristo de aquellas almas carnales que solo viven la vida de los sentidos, y á quienes ciegan las pasiones? ¿Es conocido Jesucristo de aquellos libertinos que le persiguen, de aquellos mundanos que le desprecian, de aquellos cristianos á medias que le desacreditan con su vida, y aun de aquellas personas que hacen profesion de virtuosas, y que le deshonran con sus costumbres

poco regulares? ¿Es conocido este soberano Dueño de aquellos mismos que están en su servicio, y que le sirven tan indignamente?

¿Conocemos lo que es, lo que puede y lo que hace? ¿le miramos como á soberano Dueño de todas las cosas, como á único árbitro de nuestra suerte, como á supremo Juez de todos los hombres?

Siendo soberana y esencialmente feliz por sí mismo desde toda la eternidad, quiso hacerse hombre en tiempo por amor de los hombres, y se entregó á sí mismo á la muerte, y muerte de cruz, para redimirlos. ¿Se conoce bien este grande beneficio? ¿se comprenden estos misterios? Y si nuestra fe produce este conocimiento, ¿qué respeto, qué amor, qué gratitud profesamos á nuestro divino Salvador? ¿Puédo lisonjearme de que mis afectos den testimonio de que le conozco? Y si mi conocimiento es el que debe ser, ¿cómo es posible que honre tan poco, y sirva tan mal á Jesucristo? En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios; en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad; en él tenemos plenamente todas las cosas; él es la cabeza de los principados y de las potestades; él es el que borró la cédula, la sentencia de condenacion que estaba pronunciada contra nosotros; él la anuló clavándola consigo mismo en la cruz. ¿Reconocemos bien todas estas prerogativas, todas estas eminentes cualidades, todos estos dones, todos estos beneficios que debemos á Jesucristo? ¿Pues dónde está nuestra veneracion, nuestro profundo respeto, nuestra ternura? Para que con la distancia ó con la ausencia no se entibiase nuestra fe, él mismo se nos acercó, y se vino á vivir entre nosotros; y porque nuestros ojos débiles no podrian soportar el resplandor de su majestad, la escondió, la ocultó con el velo de los accidentes del pan en

el adorable sacramento de la Eucaristia. Allí está realmente; pero ¿reflexionamos nosotros que está allí? Consultemos nuestra modestia en el templo, nuestra ansia por visitarle, nuestra frecuencia en hacerle la corte, nuestra hambre por recibirle, nuestra devocion, nuestro respeto en su presencia. ¡Ah, y cuánta verdad es que no conocemos al que está en medio de nosotros! ¡cuánta verdad es que está en el mundo y que el mundo no le conoce; que vino á vivir entre los suyos, y que los suyos no le recibieron! ¡Pero infelices de aquellos que le desconocen!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si es la mayor de todas las desdichas no conocer á Jesucristo, no es menos funesta, conociéndole, no amarle.

Los demonios creen todas las verdades de nuestra religion; las creen, y se estremecen. Ellos mismos exclaman: *Tú eres el hijo de Dios;* saben muy bien que es Cristo. Pues ¿de dónde nace su desdicha? De que con una fe tan comprensiva y tan penetrante, y con todo este estéril y especulativo conocimiento, no le aman. ¿Y no habrá algunos cristianos en el mundo, á quienes se les pueda reconvenir con lo mismo?

La ternura hácia Jesucristo debiera ser muy sensible; porque todo solicita, todo pide, todo exige nuestro afecto y nuestro amor. Hermosura sin igual, bondad sin semejante, beneficios sin número y sin precio. Amónos con exceso; y al presente ¿nos ama con menos liberalidad, con menos ternura? Toda la correspondencia que nos pide, es nuestro corazon. Como si le pareciera poco ser nuestro fiador, nuestro redentor y nuestra guia, quiere tambien ser nuestro sustento, y quiere él mismo ser nuestro premio. ¿Qué te parece? ¿Basta lo que ha hecho para atesti-

guarnos su ternura? Pero ¿basta por ventura para que le amemos, basta para movernos, para ganar nuestro corazon, ese corazon que con tanta facilidad, tan pródigamente entregamos por una palabra de cariño que nos digan, por un corto beneficio que nos hagan? ¿Amamos nosotros á Jesucristo?

Todo se hace por agradar, nada se niega, cuando se ama mucho. Pero ¿nos afanamos mucho por agradar á nuestro divino Salvador? Antes bien, ¿qué no hacemos para disgustarle? Profánanse escandalosamente sus sagrados templos; atrévese la impiedad y la irreligion á llegar hasta el pié de los altares; no hay irreverencia que no se cometa aun en su misma presencia. ¿Acaso tiene límites en nuestros tiempos la indevocion y el descaro? ¿Qué caso se hace de la doctrina de Cristo? Se desprecian sus mandamientos, se hace burla de los que le sirven, y falta poco para que se condene la moral del Evangelio. Esos jóvenes disolutos, esas mujeres mundanas, esos hombres de negocios, esos idólatras de los placeres y de las diversiones, esas personas consagradas á Dios, pero tan poco religiosas, ¿todos estos aman mucho á Jesucristo? Y luego nos admiraremos de la calamidad de los años, de las necesidades y miserias públicas, de los muchos males que nos afligen. Pues qué, ¿ignoramos por ventura que todas las criaturas se arman justamente para vengar nuestra ingratitud con un Señor tan benéfico?

Con mucha razon clama san Pablo: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, anathema sit*: Si alguno es tan insensible que no ame á nuestro Señor Jesucristo, sea anatematizado. ¿Puede haber mayor ingratitud, mayor malicia, mayor impiedad que no amar á Jesucristo?

¡Ah, divino y amable Salvador mio! ¿podré yo lisonjearme de que os conozco? Y si es tanta mi

dicha, que pueda decir con vuestro apóstol: *Tú eres Hijo de Dios vivo;* ¿hallaré acaso en todo mi porte y en toda mi conducta un testimonio práctico de que verdaderamente os amo? Cubierto de confusion, lleno de dolor, pero al mismo tiempo de una grande confianza en vuestra divina gracia, me atrevo á prometeros, ó Salvador mio amabilísimo, que os amaré, y que ya comienzo desde este mismo instante á conoceros y amaros.

JACULATORIAS.

Diligam te, Domine, fortitudo mea, refugium meum, et liberator meus. Salm. 17.
Sí, yo os amaré de aquí en adelante, mi Señor, mi fortaleza, mi refugio y mi amable libertador.

Et si oportuerit me simul commori tibi, non te negabo. Marc. 14.
No, mi dulce Jesus, aunque sea menester morir contigo, no te negaré, no dejaré de amarte.

PROPOSITOS.

1. *La vida eterna*, decia el Salvador del mundo á su Padre, *es conocerte á ti por verdadero Dios, y al que enviaste Jesucristo, hijo tuyo.* La mayor desdicha que puede suceder á un hombre, es no conocer á Jesucristo; pero no es menor que esta el conocerle y no amarle. Todos los cristianos tenemos la dicha de conocerle; ninguno hay que no se honre, que no se glorie de ser discípulo suyo. Pero ¿podemos decir con verdad que le amamos? Bien sabes tú quién es: pero ¿le tratas con el respeto que merece? Y cuando eres tú tan delicado, tan zeloso de que te traten con la atencion que se te debe, ¿con qué devocion, con qué modestia, con qué veneracion te pones en su presencia? Examina aquí el fervor y la puntualidad con que

cumples con las obligaciones de cristiano, y examina tambien la compostura y el respeto con que te presentas en la iglesia. Es el Evangelio la palabra de Jesucristo; ¿qué veneracion profesas, qué estimacion haces de esta divina palabra? No ignoras los preceptos ni las máximas de Jesucristo; ¿qué caso haces de aquellos y de estas? Consulta tus sentimientos y tu porte. Hay á la verdad muchos cristianos; pero ¿hay muchos verdaderos fieles? Mira bien si estás comprendido en el número de aquellos de quienes dice san Pablo en su epístola á Tito (1): *confitentur se nosse Deum, factis autem negant*: con las palabras confiesan que conocen á Dios, pero con las obras lo niegan. No te olvides de lo que añade el mismo Apóstol: *Cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt; sed obscuratum est insipiens cor eorum: dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt.* ¿Qué excusa tendrán los que, conociendo á Dios, no le glorificaron como á Dios? Cególos su misma insensatez, y los que se tenian por sabios y por prudentes se calificaron de necios.

2. Di valerosa y animosamente con san Pablo: *Non erubesco evangelium* (2): No me avergüenzo de hacer lo que manda el Evangelio. Y así nadie se admire de que como cristiano perdone generosamente aquella injuria; de que no me deje arrebatar de la cólera, como hacia antes; de que no asista ni á los espectáculos, ni á la comedia, ni á la ópera; de que ya no me deje ver en aquellas casas públicas del juego, ni parezca en las concurrencias profanas. Jesucristo, á quien reconozco verdaderamente por mi Dios, por mi Salvador y por mi Juez, me lo prohibe; su Evangelio me manda abstenerme para siempre de semejantes diversiones: *Non erubesco evangelium*: No me avergüenzo de este Evangelio. Un vil

(1) Cap. I. — (2) I. ad Rom.



S. ATANASIO

PATRIARCA DE ALEXANDRIA.

respeto humano malogra infelizmente muchas veces los mas fervorosos propósitos. Dí con valor á esas personas que te aconsejan que seas menos severo, menos rigido, y un poco mas condescendiente; á esas que te convidan á que las imites, á que las acompañes en sus peligrosas diversiones; dilas lo que decia en otro tiempo santa Blandina: *Christiana sum: nihil apud nos admittitur sceleris:* Cristiana soy, y este solo nombre, esta sola profesion me prohibe estas diversiones profanas. Haz hoy una visita particular á Cristo en el Sacramento, para pedir perdon de lo poco que hasta aquí le has conocido y amado, para prometerle en adelante una fidelidad inalterable, para pedir su gracia, rezando á este fin la letania de la Virgen. Acuérdate de lo que intima san Juan: Que el que dice que conoce á Dios, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso: *Qui dicit se nosse Deum, et mandata ejus non custodit, mendax est* (1).

DIA SEGUNDO.

SAN ATANASIO, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA.

San Atanasio, venerado en toda la Iglesia católica por una de las mas firmes columnas de la fe, por ilustre defensor de la divinidad de Jesucristo, por una de las mas brillantes lumbreras de todo el mundo cristiano, y en fin, por uno de los mayores santos de la Iglesia, nació en Alejandria de Egipto por los años de 294. Sus padres eran muy distinguidos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad; y asi hicieron todo lo posible para dar al niño Atanasio

(1) I. Joan 2.

una educacion correspondiente á su religion y á su noble nacimiento. Dejóse admirar de todos los que estaban encargados de formarle, la viveza y la extraordinaria penetracion de ingenio que manifestaba nuestro niño; y los rápidos progresos que hizo en las letras humanas, en una edad en que otros niños apenas saben hablar, hicieron conocer bastante lo que habia de ser con el tiempo. Cuenta Rufino que un dia de fiesta estando jugando con otros niños de su edad, y divirtiéndose en remedar las ceremonias de la Iglesia, bautizó á algunos que no estaban bautizados; y que noticioso el patriarca san Alejandro de este hecho, llamó á Atanasio, y bien informado así de su intencion, como de las palabras que habia dicho al echarles el agua, declaró que habian recibido legítima y verdaderamente el santo bautismo.

El suceso de este dia fué para el santo obispo como un presagio de las grandes cosas á que destinaba la divina Providencia á nuestro Atanasio. Tomóle á su cargo, y viéndole en poco tiempo tan adelantado en las letras humanas, le aconsejó que se dedicase al estudio de las divinas, en las que seguramente se puede afirmar que pocos hicieron mas progresos en tan corto espacio de tiempo. Sus escritos en defensa de la religion son el mejor testimonio de aquella rara penetracion con que comprendia todas las ciencias; pues en ellos se acredita de excelente filósofo, profundo teólogo, hábil jurisconsulto y bien instruido en todas las bellas artes, y todo esto en una edad en que por lo comun el mayor mérito es el deseo de saber.

Pero al paso que cada dia se iba haciendo mas sabio, se hacia tambien mas santo. Llevóle al desierto la fama de san Antonio; y en la escuela de tan insigne maestro progresó tan maravillosamente en me-

nos de dos años en la ciencia de la salvacion, que sin duda la Tebáida hubiera poseido sola este tesoro, si no se hubiera valido de su autoridad el patriarca de Alejandría para obligarle á que pasase á aquella ciudad.

Dejóse ver en ella con todo aquel concepto y estimacion con que en todas partes se presenta un hombre de extraordinario mérito, acompañado tambien de una virtud extraordinaria. Desde luego fué el asombro y las delicias de los católicos; y desde luego fué tambien el terror y espanto de los herejes y gentiles. A los veinte años de su edad compuso contra ellos dos admirables tratados, intitulado el segundo *de la Encarnacion del Verbo.* Hizole san Alejandro secretario suyo; elevóle á los sagrados órdenes, y se valió de su pluma y de su ministerio para confundir á los meleccianos y á los demás herejes.

Pero el mayor enemigo de la Iglesia, contra quien singularmente estaba destinado Atanasio, era el impío Arrio, presbítero de Alejandría y cura de la parroquia de Baucala, el cual habiendo sido depuesto y privado del curato por el patriarca san Pedro, supo disimular tan bien la malignidad de su ingenio y de su corazon, cubriéndose con cierto exterior aparato de compuncion y de penitencia, que engañado san Aquilas, sucesor de Pedro, le restituyó á su curato, y le confirió el órden del sacerdocio que aun no tenia al tiempo de su deposicion. Viéndose ya cura por sus artificios, aspiró á verse patriarca; y no pudiendo tolerar que le hubiesen pospuesto á san Alejandro, se declaró cabeza de partido, comenzó á hablar contra la divinidad de Jesucristo, y fué el mayor y mas pernicioso enemigo que ha conocido la Iglesia.

Apenas descubrió la cabeza este monstruo, cuando salió Atanasio á combatirle y aniquilarle. Pero como nunca faltan recursos á la herejía, aunque Arrio

quedó muchas veces convencido y avergonzado, así en particular como en público, por nuestro santo, encontró parciales aun dentro del mismo clero; y para atajar el mal, se consideró necesario convocar el célebre concilio de Nicea. Concurrió á él Atanasio, acompañando á su obispo, y sobresalió mucho por su sabiduría y por su zelo. Fué anatematizada por el sínodo la impiedad arriana, y nuestro santo se adquirió muy grande reputacion por las disputas públicas que tuvo con el heresiarca, en las cuales le dejó confundido; y asombró tanto á los padres con su vigilancia y penetracion en descubrir los artificios de los herejes, en desenredar sus sofismas y en desconcertar su partido, que aunque á la sazon no era mas que diácono, ya le consideraban todos como el azote de los arrianos y como una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia.

Concluido el concilio, se volvieron á Alejandría san Alejandro y su diácono; pero consumido el santo Patriarca al rigor de sus penitencias y trabajos, murió santamente cinco meses despues. Poco antes de espirar, como no viese por allí á Atanasio, que habia huido para que no le hiciesen su sucesor, exclamó con espíritu de profecía: *Atanasio, tú piensas escaparte con la fuga, pero esta no te librará de la silla patriarcal.* Murió Alejandro, y fué proclamado por patriarca Atanasio con unánime aclamacion del clero y del pueblo. Su ausencia hizo retardar la consagracion; porque en efecto se habia escondido tan de veras y tan bien, que en seis meses no fué posible saber donde paraba; pero descubierto en fin, su teson en no querer aceptar la dignidad solo sirvió para que todos se confirmasen mas y mas en lo mucho que la merecia. No dando oidos ni á sus razones ni á sus lágrimas, fué consagrado el dia 27 de diciembre del año 326; y desde luego hizo conocer á todos que no era fácil

encontrar sugeto mas digno de ocupar la segunda silla de toda la Iglesia universal.

Mirábanle ya los arrianos como al mas terrible azote de su secta; y no habiendo podido estorbar su consagracion, hicieron cuanto pudieron para que se declarase por ilegítima, tachándola de menos canónica. Llevaron las quejas y las calumnias á la corte del emperador, siendo los que mas las esforzaban Eusebio de Nicomedia, Téonis y Alaris, insignes protectores del arrianismo; pero todos sus artificios se convirtieron en vergonzosa confusion de sus mismos autores. En el mismo instante en que Atanasio fué elevado á la silla patriarcal, se cuenta que el espíritu de Dios dijo á san Pacomio: *Yo he puesto á Atanasio por columna y por lumbrera de la Iglesia; muchas tribulaciones y calumnias tendrá que padecer en defensa de la fe y de la virtud; pero será siempre sostenido por la gracia de Jesucristo; vencerá todas las tentaciones, y anunciará á las iglesias la verdad del Evangelio.*

Ninguno cumplió mas exactamente con todas las obligaciones de obispo. Consumado en ciencia y en virtud, no solo era la admiracion de los demás prelados, sino su mas perfecto modelo. No obstante de ser su diócesis una de las mas dilatadas de toda la Iglesia, pocas ovejas dejaban de oir cada año la voz de su pastor, y ninguna se escapaba á su solicitud y vigilancia pastoral. Era dulce, afable, compasivo; y siendo todo para todos á fin ganarlos á todos para Jesucristo. nunca se separaban de su zelo la caridad y la dulzura.

Sus trabajos apostólicos, aunque tan continuos y de tan gran fatiga, no disminuian un punto el rigor de sus penitencias. A la accion y al estudio acompañaban siempre el ayuno y la oracion. Sus rentas eran únicamente para los pobres; y siendo igual su actividad en socorrer las necesidades espirituales y las

corporales, sabia prevenirlas. Era pastor, era padre, y su dulzura daba gran realce á su caridad.

Entre tanto, viéndose el impío Arrio desterrado por el emperador Constantino, despues de haber sido condenado por el concilio de Nicea, no dejaba piedra por mover para engañar al público, y para alucinar el ánimo del incauto príncipe. Consiguiólo; porque presentando á este una capciosa profesion de fe, que tenia apariencia de católica, logró que se le levantase el destierro; pero no pudo lograr que el patriarca le admitiese en su comunion, conociendo la mala fe con que procedia; y á pesar de las súplicas y empeños de sus parciales, nunca quiso reconciliarle con la Iglesia. Se trató de crímen su constante teson, y unidos los melecianos con los arrianos, no perdonaron á calumnia ni artificio para desacreditarle y para perderle.

Dieron principio á sus acusaciones delatándole como reo de estado, diciendo que habia impuesto de su propia autoridad á los Egipcios un tributo de ropa de lino ó de ornamentos para la iglesia de Alejandría. Habiendo sido plenamente justificado por dos presbíteros suyos, Alipo y Macario, que se hallaban en la corte, le suscitaron dos nuevas acusaciones mucho mas feas: la primera, que habia hecho pedazos un cáliz, y destruido ó arruinado una iglesia por medio de cierto presbítero que se llamaba Macario; y la segunda, que habia remitido una gran cantidad de dinero á cierto rebelde, llamado Filomeno, que habia tomado las armas contra el emperador, aspirando no menos que á usurpar el imperio. Llamó Constantino á la corte á nuestro santo; reconocida su inocencia y la malignidad de los calumniadores, le volvió á enviar á su iglesia, colmándole de elogios.

No se acobarda la herejía por mas que sea confun-

dida. Acusaron al santo de que habia asesinado à Arsenio, obispo meleciano, y que le habia cortado la mano derecha con el fin de usar de ella para sus operaciones mágicas; y para engañar al público, tuvieron la insolencia de llevar por todas partes en una caja una mano derecha que habian hecho secar. Pero habiendo sido descubierto Arsenio en Fenicia, donde se habia escondido ó le habian hecho esconder, y hallado con las dos manos sanas, quedó confundida la impostura de los arrianos y de los melecianos.

La vergüenza suspendió por algun tiempo la malicia de sus enemigos; y nuestro santo se aprovechó de estos momentos de calma para visitar las iglesias de su obispado, que por mas distantes oian menos veces la voz de su pastor. En esta visita vió la primera vez el célebre monasterio de Tabena. Su abad san Pacomio le salió á recibir al frente de sus monjes, cuyo número era de muchos millares; los que distribuidos en veinte y cuatro clases ó coros, le condujeron como en triunfo, cantando salmos, al monasterio.

Entre tanto no se descuidaban los arrianos y melecianos; y desesperando de poder alterar la fe, ó doblar el teson de san Atanasio, discurrieron nuevas trazas para desacreditarle en el concepto del emperador. Obtuvieron su permiso para convocar un concilio en Cesarea de Palestina; y considerando Atanasio que este conciliábulo se componia únicamente de sus enemigos, se negó á concurrir á él. Eusebio de Nicomedia, jefe de la conspiracion de los arrianos, y los demás prelados desafectos á nuestro santo, supieron pintar esta resistencia al emperador con tan feos colores, que desde entonces concibió este contra el patriarca las malignas impresiones que le duraron toda la vida. Mandó que el año siguiente

se convocase un concilio en la ciudad de Tiro, dando órden á san Atanasio de que sin falta asistiese á él, y el santo obedeció.

Cuando entró en el concilio, le ordenaron los presidentes que se estuviese en pié, como está un reo delante de sus jueces; lo que indignó tanto al santo obispo Potamion, insigne confesor de Cristo, que sin poder contenerse, dirigiendo la palabra á Eusebio de Cesarea, uno de los presidentes del conciliábulo: *Acuérdate*, le dijo, *de la cobardía que mostraste en la última persecucion. ¿Pues cómo tienes valor y vergüenza para estarte tú sentado, mientras está en pié Atanasio, hombre de vida irreprensible?* Abrieron entonces los ojos muchos santos prelados; y conociendo que los habian engañado, siguieron á san Pafnucio, que, tomando de la mano á san Máximo, obispo de Jerusalen, se salió de la asamblea.

No por eso desistieron los arrianos de su empresa. Formóse la causa; revivieron las antiguas calumnias, y fué de nuevo preguntado el presbítero Macario. Ya se habia dado comision para ir á hacer nuevas informaciones sobre el supuesto asesinato de Arsenio, cuando este se presentó delante del conciliábulo, vivo, sano y sin que le faltase miembro alguno de su cuerpo. Hízose comparecer á una mala mujer, que habian sobornado con dinero, para acusar á nuestro santo; y ella lo hizo declarando en pleno concilio que Atanasio la habia deshonrado.

El santo entonces, por uno de aquellos extraordinarios rasgos de prudencia que inspira el Espíritu Santo en los mayores apuros, entró en el concilio acompañado de uno de sus presbíteros, llamado Timoteo; y fingiendo este que era el santo patriarca, preguntó á la descarada mujer con resolucion y con despejo: *¿Dime, mujer, soy yo el que te violenté? Sí*, respondió ella, *tú mismo eres*; y afectando

deshacerse en lágrimas, clamaba al concilio por justicia y por venganza. Echaron con oprobio del concilio á la mujer como merecia; pero se irritaron tanto los arrianos con la vergüenza de ver descubiertas sus calumnias é imposturas, que hubieran hecho pedazos á Atanasio, á no haberse escapado de la ciudad secretamente la siguiente noche.

Pero no por eso se acobardaron los herejes, ni cesaron de forjar cada dia nuevas acusaciones. Sabiendo bien lo mucho que sentia el emperador todo lo que tocase á su nueva ciudad de Constantinopla, le aseguraron descaradamente que Atanasio prohibia la extraccion de los granos que se acostumbraban sacar de Alejandría para el abasto de la corte. Irritóse tanto el emperador, que sin querer dar oidos á Atanasio que ofreció probar hasta la evidencia la falsedad de aquella quimérica acusacion, le desterró á Tréveris. Obedeció, aunque era tan visible su inocencia. Despues de muchas fatigas, llegó al lugar de su destierro, cuyo obispo, que era á la sazon san Máximo, le recibió con el mayor respeto, venerándole simpre como á invencible defensor de la fe, y confesor ilustre de la divinidad de Jesucristo. Muerto el emperador Constantino, su hijo Constantino el menor, que era emperador de Occidente, despues de dos años de destierro, le restituyó á su iglesia de Alejandría, con cartas de recomendacion muy honoríficas, en que apellidándole oráculo de la ley divina, decia que su padre Constantino le habia enviado á las Galias por algun tiempo, solo para ponerle á cubierto del furor de los malignos que habian maquinado su ruina. Imperaba en el Oriente Constancio, y aunque se habia declarado fautor de la herejia arriana, no se atrevió á oponerse á esta resolucion de su hermano.

Fué recibido el santo Patriarca, asi del pueblo

como del clero, con aquellas demostraciones de gozo que causa la vuelta de los santos perseguidos por la fe; pero duró poco la calma. Los mismos que le habian condenado en el conciliábulo de Tiro, convocaron otro en Antioquía el año de 341, en el que consagraron por patriarca de Alejandría á Gregorio de Capadocia. Entró en la ciudad con mano armada el pseudo-patriarca; y apoderándose de todas las iglesias, cometió tantas violencias, tantas profanaciones y tantos sacrilegios, que Atanasio se vió precisado á huir y á refugiarse en Roma. Recibióle con veneracion el papa Julio, y escribió á los obispos de Oriente, ordenándoles que concurriesen á Roma para terminar estas diferencias. Celebróse este concilio el año de 342, en el cual se justificó Atanasio plenamente; fué aprobada y aplaudida la pureza de su fe, no menos que el valor de su constancia; y el papa se prendó tanto de su rara sabiduría y virtud, que le detuvo en Roma tres años. Opusiéronse con el mayor esfuerzo á que fuese restituido á su iglesia los arrianos protegidos por el emperador Constancio. Fué preciso convocar otro concilio en Sárdica el año de 347, en el cual fué reconocida con admiracion y con elogio la inocencia de nuestro santo, el intruso Gregorio fué excomulgado y depuesto, y Atanasio restituido á su silla. Los obispos arrianos, que se habian retirado del concilio, se juntaron tumultuariamente en Filipópolis, y tuvieron la insolencia de excomulgar á los padres del concilio sardicense, y al mismo papa Julio, porque habia comunicado con Atanasio. En fin, fué necesaria toda la autoridad del emperador Constante para que nuestro santo se viese restablecido en su iglesia.

Irritó furiosamente á los arrianos la pompa y los regocijos públicos con que se le recibió en Alejandría; y su virtud, su zelo y la valerosa intrepidez

con que proseguia en defender la divinidad de Jesucristo, suscitaron contra él otra nueva persecucion. Habiendo pasado Atanasio à la corte de Antioquia à besar la mano al emperador, persuadieron los arrianos à est. príncipe que pidiese al patriarca una iglesia en Alejandría para los que hacian profesion de su secta. *Señor*, le respondió Atanasio, *vengo en ello, con tal que V. M. me conceda otra en Antioquia para los que profesan la religion católica.* Halláronse muy embarazados los arrianos con una respuesta que no esperaban, y renunciaron à su pretension, teniendo por menor inconveniente carecer ellos de una iglesia en Alejandría, que conceder otra à los católicos dentro de la corte.

Volvió à florecer en Alejandría la disciplina y la virtud con la vuelta de nuestro santo; pero fué de corta duracion la tranquilidad. Habiendo muerto por este tiempo el emperador Constante, y no cesando Atanasio de escribir y predicar contra la impiedad arriana, se vió combatido de nuevas y furiosas olas. Celebráronse contra él los conciliábulos de Arlés, Aquileya y Milan; y porque san Eusebio, obispo de Vercéli, san Dionisio de Milan, san Lucifero de Caller, el célebre Osio y el papa Liberio no quisieron firmar la condenacion de Atanasio, todos fueron desterrados, y el santo lo fué tambien de su iglesia de Alejandría. No pudiendo resolverse à abandonar del todo à su querido rebaño, estuvo escondido por algun tiempo; pero enfureciéndose mas y mas la persecucion, se vió precisado à retirarse al desierto; y los arrianos colocaron en la silla patriarcal de Alejandría à Jorge, hijo de un tintorero de Capadocia. No se puede pensar sin horror en todos los sacrilegios y en todas las maldades que cometieron los herejes en esta ocasion.

Mientras Atanasio estaba en el desierto, tuvo el

consuelo de heredar el pobre, pero preciosísimo manto, que san Antonio le habia dejado en la hora de su muerte, sucedida en aquel mismo año; y el santo hizo de él tanto aprecio, que lo restante de su vida se lo puso en las mayores festividades como una preciosa gala. Ni pasó ociosamente el tiempo que estuvo en la soledad, porque á ella debemos mucha parte de sus escritos. Allí compuso su apología que dirigió al emperador, y el tratado de los Sínodos, que escribió con ocasion de lo sucedido en los concilios de Seleucia y de Rimini.

Muerto en este tiempo el emperador Constancio, y habiéndole sucedido en el imperio Juliano Apóstata, levantó el destierro á todos los obispos desterrados; y á favor de este decreto volvió Atanasio á su iglesia. Poco antes habia sido muerto en un motin popular el usurpador Jorge; y por esta casualidad gozó el santo patriarca de algun reposo, que empleó útilmente en reformar las costumbres y en restablecer la disciplina eclesiástica.

Pero el que era tan aborrecido de los herejes, por precision no lo habia de ser menos de los gentiles. Sabiendo el apóstata Juliano la grande reputacion en que estaba nuestro santo, envió órden para que le quitasen la vida. Dieron aviso al Patriarca; y para que no fuese maltratado su pueblo, que estaba resuelto á exponer su vida por defender la de su santo pastor, se metió prontamente en un barco, y subiendo por el Nilo, hizo vela hácia la Tebáida. El que estaba encargado de matarle, noticioso de su fuga, se embarcó tras él, y bien pronto le hubiera cogido, si el santo, por un rasgo de sagacidad verdaderamente superior, no hubiese mandado que su barco volviese prontamente la proa hácia Alejandría. Encontrándose presto con el otro en que navegaba el oficial, este preguntó á lós pasajeros si iba lejos la embarcacion

de Atanasio; y como ellos le respondiesen que no estaba muy distante, el oficial, sin decir otra cosa, mandó forzar los remos para alcanzarla, y pasó adelante. Con esto volvió el santo á la ciudad, donde estuvo oculto hasta la muerte de Juliano, que sucedió seis meses despues. Ascendió al imperio Joviano, príncipe muy católico, que dirigiendo todos sus esfuerzos á que triunfase el concilio de Nicea, llamó á Atanasio á Antioquía, y quiso saber de su misma boca todo lo que habia padecido por la religion.

No hizo el santo larga mansion en la corte: llamado de su obligacion y solicitud pastoral, volvió cuanto antes á cuidar de su diócesis y á emprender la visita; mas parecia que el Señor habia determinado santificarle por medio de las tribulaciones. La temprana muerte del piadoso emperador Joviano volvió á encender el furor y la malignidad de los herejes. Sucedióle Valente, que favorecia á los arrianos; y la primera gracia que les concedió, fué que echasen á Atanasio de su silla. Fué general la consternacion en Alejandría; y creyendo el santo que era prudente ceder á la tempestad, se escondió en la misma sepultura de su padre, donde estuvo por espacio de cuatro meses. Esta era la cuarta vez que el santo se ocultaba para evitar las funestas desgracias que ordinariamente traen consigo los motines populares, que se habrian suscitado con su prision.

Pero tambien parecia que el Señor disponia estas temporadas de retiro, para darle tiempo á que prestase en ellas mas importantes servicios á la Iglesia. Por que no contentándose su zelo con combatir contra los arrianos, no era menos ardiente en reprimir á los demás herejes. Defendió la divinidad del Espíritu Santo contra los macedonianos, como habia defendido contra los arrianos la divinidad del Verbo; y los últimos años de su vida escribió en defensa

del misterio de la encarnacion contra los apolinaristas.

Entre tanto, no pudiendo el pueblo de Alejandría llevar con paciencia la ausencia de su pastor, comenzó á levantar el grito, tan sin reparo, que llegaron sus sentidas quejas á los oidos de Valente; y temiendo este alguna sedicion, dió órden para que se dejase á Atanasio vivir en paz en su iglesia. Mantúvose en ella hasta la muerte, empleando lo que le restó de vida en conservar la fe en toda su pureza, y la disciplina de las costumbres en todo su vigor. En fin, á los cuarenta y seis años de su obispado, consumido al fuego de la mas turbulenta, de la mas tenaz y mas viva persecucion, murió lleno de merecimientos, el dia 2 de mayo del año 373.

Las honras que se le hicieron despues de muerto, fueron correspondientes á la estimacion y á la veneracion que se le profesaba cuando vivo, y en sus funerales se dejó ver toda la pompa y toda la majestad de un verdadero triunfo. En el octavo siglo fueron trasladadas sus preciosas reliquias á Constantinopla; lo que dió ocasion á san German, que era á la sazon patriarca, de componer un oficio nuevo en honra de nuestro santo. Se dice como cosa cierta que con el tiempo fueron robadas á aquella ciudad y conducidas á Venecia, donde son guardadas con el mayor cuidado.

Merecieron siempre tan alta estimacion los escritos de san Atanasio, que solia decir el abad Como, que si se hallase algun opúsculo suyo, y faltase papel para copiarle, se debia trasladar y bordar sobre el propio vestido. Finalmente san Gregorio Nacianzeno da principio á una oracion fúnebre en elogio de nuestro santo, diciendo que alabar á Atanasio y alabar á la virtud era una misma cosa.

MARTIROLOGIO ROMANO

La fiesta de san Atanasio, obispo de Alejandría, varon eminentísimo en doctrina y santidad, tan perseguido por todas partes, que toda la tierra parecia haberse conjurado contra él. No dejó de defender la fe católica con intrepidez de ánimo desde el tiempo de Constantino hasta el de Valente, contra los emperadores, contra los gobernadores de provincia y contra un número infinito de obispos Arrianos, los cuales le armaron tantas asechanzas, que casi siempre andaba fugitivo, sin que pudiese hallar en todo el universo un lugar seguro; en fin, despues de muchos combates y triunfos que ganó con su paciencia, habiendo vuelto á su iglesia, pasó á mejor vida el año cuarenta y seis de su pontificado, en tiempo de los emperadores Valentiniano y Valente.

En Roma, los santos mártires Saturnino, Neopolio, German y Celestino, quienes despues de haber sufrido mucho, fueron arrojados en una prision, de donde pasaron al descanso eterno.

Además, san Exuperio y santa Zoe su esposa, con sus hijos Ciriaco y Teódulo, martirizados en tiempo del emperador Adriano.

En Sevilla, san Félix, diácono y mártir.

El mismo dia san Vindemial, obispo y mártir, el cual, con los santos obispos Eugenio y Longinos, combatiendo á los Arrianos y confundiéndolos con su doctrina y milagros, fué decapitado por órden del rey Hunerico.

En Avila en España, san Segundo obispo, de quien se vuelve á hablar el dia quince de este mes.

En Florencia, san Antonino, de la órden de Predicadores, célebre por su santidad y doctrina: su fiesta se celebra el dia diez de mayo.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in B. Athanasii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Rogámoste, Señor, que oigas benigno las súplicas que te hacemos en la solemne fiesta de tu bienaventurado confesor y pontífice Atanasio, y que nos libres de todos nuestros pecados, por los méritos de aquel que te sirvió con tanta fidelidad. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 4 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Non nosmetipsos prædicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum; nos autem servos vestros per Jesum: quoniam Deus, qui dixit de tenebris lucem splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris ad illuminationem scientiæ claritatis Dei, in facie Christi Jesu. Habemus autem thesaurum istum in vasis fictilibus; ut sublimitas sit virtutis Dei, et non ex nobis. In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur: aporiamur, sed non destituimur: persecutionem patimur, sed non derelinquimur: dejicimur, sed non perimus: semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. Semper enim nos, qui vivimus, in mortem

Hermanos: No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor; á nosotros, pues, como siervos vuestros por Jesus: porque Dios, el cual dijo que resplandeciese la luz de entre las tinieblas, él mismo resplandeció en nuestros corazones, para que se hiciese clara la ciencia de la gloria de Dios en el semblante de Jesucristo. Pero este tesoro le tenemos en vasos de barro, para que la superioridad sea de la virtud de Dios, y no de nosotros. Por todas partes padecemos tribulacion, pero no decaemos de ánimo: somos angustiados, pero no nos desesperamos: padecemos persecucion, pero no somos abandonados: somos abatidos, mas no perecemos; llevando siempre por todas partes en nuestro

tradimur propter Jesum: ut et vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali. Ergo mors in nobis operatur, vita autem in vobis. Habentes autem eumdem spiritum fidei, sicut scriptum est: Credidi, propter quod locutus sum, et nos credimus, propter quod et loquimur: scientes quoniam qui suscitavit Jesum, et nos cum Jesu suscitabit, et constituet vobiscum.

cuerpo la mortificacion de Jesucristo, para que tambien la vida de Jesus se manifieste en nuestros cuerpos. Porque continuamente nosotros, que vivimos, somos entregados á la muerte por amor de Jesus, para que tambien la vida de Jesus se manifieste en nuestra carne mortal. Triunfa, pues, la muerte en nosotros, y en vosotros la vida. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, segun está escrito: Creí, por lo cual hablé; y nosotros creemos, por lo cual tambien hablamos: sabiendo que aquel que resucitó á Jesus, nos resucitará tambien á nosotros con Jesus, y nos colocará entre vosotros.

NOTA.

« Escribió san Pablo esta segunda epístola movido » de la adhesion que mostraban los Corintios á la » doctrina que les habia predicado, y de los esfuer- » zos que hacian algunos falsos apóstoles para des- » acreditarle. Su objeto en este capítulo IV, de donde » se sacó la epístola de la misa, es persuadir á aque- » llos fieles, que aunque los ministros del Evangelio » estén sujetos á muchas tribulaciones, y se hallen » cada dia expuestos á mil humillaciones, no por » eso deben los verdaderos fieles desmayar ni en- » tibiarse. »

REFLEXIONES.

No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor. *Non nosmetipsos prædicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum.* Solo pueden

decir esto con verdad los ministros fieles del Evangelio. ¡Pero ah, y cuántos infieles ministros hay! Muchos predican á Jesucristo solo por predicarse á sí mismos; el principal fin de sus sermones es su propia estimacion y su fama. De aquí proviene aquel eterno hablar de sus trabajos, de sus resultados y de sus maravillas; de aquí aquel fastidio universal, aquel desdeñoso menosprecio con que tratan todo lo que produce otro terreno: en sus ojos no hay frutos preciosos, sino los que son de su cosecha. Pero el espíritu de Dios tiene otras máximas, habla otro lenguaje; los hombres verdaderamente apostólicos se estiman poco, y se alaban menos.

In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur: es cierto que en todas partes nos salen al encuentro las tribulaciones, mas no por eso desmayamos, ni aun nos afligimos. ¡Oh, y qué diferencia tan grande hay entre las mortificaciones que se padecen en el servicio de Dios, y las espinas que se hallan en el servicio del mundo! Aquellas punzan poco, son fecundas y producen un fruto de un gusto incomparable; estas son siempre estériles, siempre penetrantes, y tan ponzoñosas, que su herida no tiene cura.

Es preciso confesarlo, las adversidades son fruta de todas las estaciones, nacen en todos los terrenos, no hay clima que no sea el propio suyo; pero las adversidades que envía Dios á los buenos, son de especie muy distinta de aquellas que experimentan los mundanos. A estos, tristes víctimas de la ambicion, siempre les acompañan las amarguras interiores, los remordimientos mortales, despechos que los despedazan, y una desesperacion que los devora: ¿y qué recurso, qué consuelo tienen en sus miserias? Nosotros, exclama el Apóstol, *dejicimur, sed non perimus*; tambien tenemos mucho que padecer, pero no nos desespe-

ramos; tampoco nos faltan aflicciones, pero no carecemos de consuelos. Uno de ellos es la consideracion de la mano que siembra estas cruces, y que reparte estas amarguras. Sabemos bien que el mismo sol que levanta los vapores, tiene virtud para disiparlos. Gran consuelo es el pensar que Dios tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza, y que no ha de permitir que perezca ni uno solo; gran satisfaccion el saber que tendremos por remunerador al mismo que tuvimos por modelo, y que ha de ser nuestro juez; gran gloria el caminar por las mismas huellas que nos dejó estampadas el Salvador, y acabar de cumplir lo que faltó á los tormentos de Jesucristo, haciendo gala de su librea. Por eso no es de admirar que el mimo Apóstol exclame en otra parte: *Estoy lleno de consuelo; rebosa mi corazon de gozo y de alegría en medio de mis tribulaciones y de mis trabajos.* ¿Qué hombre del mundo pudo decir jamás otro tanto? Hay en el mundo trabajos, hay tribulaciones, hay persecuciones; pero ¿hay los mismos consuelos? ¿hay las mismas dulzuras? ¿cuál es el premio, cuál la recompensa de lo que se padece por el mundo?

Persecutionem patimur, prosigue el Apóstol, *sed non derelinquimur:* somos perseguidos, mas no somos abandonados. Aquel divino Salvador que san Estévan vió en pié á la diestra de Dios Padre, está todavía presente á los combates que sostienen con valor los que le sirven. Es cierto que siempre habrá enemigos que persigan la religion; pero tambien lo es que siempre hallará ella dentro de sí misma armas para defenderse, y todos los auxilos que ha menester para que no la atropellen. Lo mismo se puede decir de la virtud cristiana.

El evangelio es del cap. 10 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Cùm perse-	En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando os per-

quentur vos in civitate ista, fugite in aliam. Amen dico vobis, non consummabitis civitates Israel, donec veniat Filius hominis. Non est discipulus super magistrum, nec servus super dominum suum. Sufficit discipulo, ut sit sicut magister ejus: et servo, sicut dominus ejus. Si Patrem familias Beelzebub vocaverunt: quantò magis domesticos ejus? Ne ergo timueritis eos: Nihil enim est opertum, quod non revelabitur: et occultum, quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere: sed potiùs timete eum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam.

sigan en esta ciudad, huid á otra. En verdad os digo, no acabaréis (de instruir) las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre. No hay discípulo sobre el maestro, ni siervo sobre su señor. Bástale al discípulo que sea como su maestro, y al siervo como su señor. Si llamaron Beelcebub al señor de la casa, ¿cuánto mas á sus familiares? No tengais, pues, miedo de ellos. Porque nada hay escondido que no se haya de descubrir; y nada oculto que no se haya de saber. Decid en dia claro lo que yo os digo en tinieblas; y lo que habeis oido á la oreja, predicadlo sobre los terrados. Y no temais á aquellos que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma; sino temed mas bien aquel que puede perder el alma y el cuerpo echándolos al infierno.

MEDITACION.

DEL TEMOR DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el temor de Dios es el principio de la verdadera sabiduría; la fe, la razon y el buen juicio nos infunden este santo temor. Y á la verdad, ¿puede haber mas insigne locura que no temer á Dios?

Teme á Dios, dice el Sabio, *y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre*. Bien se puede

decir que el hombre sin este santo temor es nada. Demos que sea el mas despejado, el mas penetrante ingenio de todo el mundo; demos que por su nacimiento, por sus riquezas, por sus empleos, por sus prendas descuelle sobre todos los demás hombres: si no teme á Dios, ¿qué viene á ser á los ojos de Dios, el cual es el único que juzga sanamente de todas las cosas? ¿qué será á los ojos de las criaturas por la infinita duracion de todos los siglos? ¿qué será á sus mismos ojos por toda la eternidad?

Preciso es tener algun temor; porque el temor es igualmente efecto del amor propio que de la razon: es una inquietud del alma, que se persuade no ha de llegar á conseguir un bien que desea; es una aprension de algun mal que nos amenaza. Ninguno puede eximirse de estos afectos, porque son muy naturales, muy propios de nuestra naturaleza. Si el temor es racional, es prudencia. Pero al fin, ¿qué es lo que se teme? La privacion de algun bien, de que al cabo nos ha de despojar la muerte infaliblemente; la diminucion de la honra, de la estimacion, del crédito, que consisten en una vana opinion, y que al fin se han de desvanecer como sombra ó como sueño. Témense las enfermedades, las dolencias que no pueden faltar; las adversidades y los trabajos que son inseparables de la vida; en fin, se teme la muerte, que es necesario que llegue; pero no se teme á Dios, autor y único origen de todos los bienes. No se teme á Dios, de quien depende nuestra fortuna en esta vida, y nuestra felicidad en la otra; no se teme á Dios, quien solo puede calmar las olas, disipar las tempestades, prevenir las desgracias, y quitar á la muerte todo lo que tiene de terrible; no se teme á Dios, siendo el único á quien en rigor debiéramos contemplar, y el único á quien debiéramos temer. Solamente los insensatos pueden vivir sin este

santo temor. ¿Dónde hay prueba mas evidente de locura que en esta necia, en esta impía seguridad? El temor de los males de esta vida puede provenir de cobardía y de flaqueza; pero el temor de Dios es inseparable de la verdadera sabiduría, de la grandeza de corazon. Los locos y los niños son los únicos que no temen los grandes precipicios, porque no los conocen. No temer á Dios, siempre es corrupcion del corazon y falta de entendimiento.

Al temor santo de Dios acompañan inseparablemente todas las virtudes cristianas. El que teme, cree; el que teme perder, espera; y como no hay aquí un temor servil, sino filial, esto es, un temor de amor y de respeto, nunca queda excluida de él la caridad. Pero ¿se hallarán estas virtudes capitales de nuestra religion en una alma que no teme á Dios?

PUNTO SEGUNDO.

Considera cual es el verdadero sentido de este oráculo: *No temais á los que pueden quitar la vida del cuerpo, y no pueden quitar la vida del alma.* Sea uno aborrecido, odiado, perseguido, ultrajado hasta no poder mas; llegue en buena hora la persecucion hasta quitarle la vida; este es un bien, que al fin es necesario perder. De aquí no puede pasar todo el poder y toda la malignidad de los hombres: lo mas que pueden hacer es anticipar algunos dias un despojo inevitable; pero esta alma eterna é inmortal no es de su jurisdiccion. ¡Cuántos ilustres mártires espiraron en los cadalsos! ¡cuántos inocentes fueron maltratados! ¡cuántas personas virtuosas vivieron arrinconadas y cubiertas de polvo! Buen ejemplo es el de san Atanasio. Su desgracia fué obra de la malicia de los hombres; pero esta desgracia solo sirvió para añadir mayor estimacion á su mérito; su gloria recibe ahora de ella un nuevo esplendor en el

cielo : todas sus persecuciones, todas sus desgracias sirven de asunto á su elogio.

Pero temed, prosigue el Salvador, *al que puede precipitar el cuerpo y el alma en el infierno.* ¿A quién se ha de temer, si no se teme á un Dios tan poderoso, á un juez tan formidable?

¿Qué cosa mas puesta en razon y mas natural que temer á un Dios, que es el único que nos puede hacer felices, que nos ha hecho y cada dia nos está haciendo mayores beneficios de lo que podemos comprender? ¿Qué cosa mas justa que temer el irritar á aquel Dios, que por un solo pecado mortal puede precipitar cuerpo y alma en el infierno? No hay poder en el mundo á quien se deba temer mas allá de la vida; pero la ira de Dios nunca se deja sentir mas, y nunca es en efecto mas terrible que despues de la muerte : suplicios eternos, llamas inextinguibles, remordimientos que nunca se acaban, venganza sin medida, sin límites, sin mitigacion, para todos aquellos que mueren en su desgracia. ¿Qué te parece? ¿hay razon para temer á Dios? Y un hombre que no le teme, ¿qué será? ¿Será hombre de bien, hombre recto, hombre honrado, hombre contenido? ¿qué moderacion tendrá? ¿qué freno pondrá á sus pasiones? ¿qué medida, qué límites á su apetito, á la licencia, á la disolucion? Es el temor de Dios aquel cercado que defiende la viña; abierto el cercado, queda expuesta á que todos la vendimien, la pisen y la destruyan.

Dadme, Señor, este santo temor vuestro tan necesario y tan saludable. Ámeos yo, divino Salvador mio, y nada tema tanto como ofenderos, nada tanto como no amaros en tiempo, y como perderos por toda la eternidad.

JACULATORIAS.

Confige timore tuo carnes meas : à judiciis enim tuis timui. Salm. 118.

Penetrad mi alma de vuestro santo temor, para que me ponga en estado de evitar vuestros terribles juicios.

Beatus vir qui timet Dominum : in mandatis ejus volet nimis. Salm. 111.

Bienaventurado el hombre que teme al Señor, y coloca su placer en guardar sus mandamientos.

PROPOSITOS.

1. *El principio de la verdadera sabiduría,* dice el Profeta, *es el temor de Dios.* Nada prueba mas la pobreza de entendimiento y la insensatez, y al mismo tiempo la depravacion del corazon, que el no temer á Dios. Hay un temor servil, que es el de los esclavos, los cuales temen el castigo, sin atender al mérito de la persona ofendida. *Pero nosotros*, dice san Pablo, *no somos hijos de la esclava, sino de la libre* (1); y nuestro temor debe ser como el de aquellos buenos hijos que solo temen ofender á un padre á quien aman tiernamente. Cuanto mas se ama á uno, mas se teme desobedecerle y enojarle. De aquí nace aquella exactitud en cumplir con las obligaciones de su estado; aquel deseo de anticiparse al precepto; aquella delicadeza de conciencia en todo lo que toca á la religion y á la piedad. Procura conseguir este temor de Dios tan saludable. El entendimiento se domestica con el vicio, la conciencia se ciega, el corazon se endurece con la costumbre del pecado : entonces hay poco temor de Dios, ó insensiblemente se llega

(1) Ad Gal. 4.

á perderle del todo : trátanse de vanos espantajos, de pusilanimidad de espíritu, de escrúpulos irracionales, el temor de Dios y esa delicadeza de conciencia, que una vez perdida por la culpa, rara vez se recobra. Guárdate bien de zumbarte jamás de esa delicadeza escrupulosa, que es como la legítima de las almas santas. Confúndate su fervor, su puntualidad, su vigilancia; y habla siempre de ellas con estimacion y con elogio, temiendo mucho ofender á Dios si observas otra conducta.

2. Huye cuanto puedas de tratar con aquella especie de personas que se precian *de espíritus fuertes*, esto es, que temen poco ó nada; de aquellas que tienen por lícito todo lo que lisonjea á la concupiscencia y al amor propio, que de nada dudan, en nada reparan, y tratan de menudencias, de bagatelas, de devociones mujeriles las devociones mas provechosas. La conversacion de esta especie de gentes, aunque por lo comun parezca juiciosa y arreglada, siempre es contagiosa. No te avergüences de parecer hombre timorato. ¿Con qué temor, y aun con qué escrupulosidad se cuida de no disgustar al príncipe? Cada cual hace vanidad y aun mérito de ser escrupuloso en este punto. ¿Pues de cuando acá se ha de avergonzar un cristiano de ser exacto en dar gusto á Dios? Examina si hay algo que reformar en tu casa, en tu familia, en tu persona, en tu conducta; mira si hay algo que te ofrezca algun motivo de temor. Si tienes hijos, criados ó dependientes, repíteles frecuentemente aquella admirable leccion que daba Tobías á su hijo : *Omnibus diebus vitæ tuæ in mente habeto Deum, et cave ne aliquando peccato consentias* : Acuérdate todos los dias, todos los instantes de tu vida, que estás en la presencia de Dios, y guárdate bien de consentir en algun pecado. Seremos dichosos, si temiéremos siempre á Dios, *si timuerimus*

Deum. Es devocion muy útil repetir muchas veces la siguiente oracion :

Sancti nominis tui, Domine, timorem pariter et amorem fac nos habere perpetuum; quia nunquam tua gubernatione destituis, quos in soliditate tuæ dilectionis instituis. Per Dominum nostrum...

« Haced, Señor, que se arraigue en nuestras almas el amor y el temor perpetuo de vuestro santo nombre; porque nunca desampara vuestra providencia á los que afianzais en la solidez de vuestro amor. Por nuestro Senor Jesucristo... »

DIA TERCERO.

LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

Celebra la Iglesia esta fiesta en memoria del descubrimiento que hizo en Jerusalen la emperatriz Elena, madre del emperador Constantino, del sagrado trofeo de nuestra redencion, el año 326, poco tiempo despues que el mismo emperador habia derrotado al tirano Majencio en virtud de la señal de la cruz.

Iba Constantino á presentar la batalla á este tirano, que le esperaba con un ejército de casi doscientos mil combatientes; y conociendo que necesitaba de auxilio superior para vencerle, dirigió su corazon y sus votos al Dios de los cristianos, cuyo poder no ignoraba, no cesando de invocarle todo el tiempo que duró la marcha. En medio del dia, que habia amanecido muy despejado y sereno, vió en el aire una resplandeciente cruz, mas brillante que el mismo sol, orleada de una inscripcion con caractéres de luz, que decia así : *In hoc signo vinces* : vencerás en virtud de esta señal. Aquella misma noche se apareció Cristo á

Constantino con el mismo sagrado símbolo que habia visto en el cielo, y le mandó que haciéndolo copiar, se sirviese de él en los combates. Obedeció el emperador: y dando órden para que pasasen á su tienda los mas hábiles lapidarios y plateros, les explicó la figura de la insignia que queria fabricasen, y les ordenó que la hiciesen de oro y la esmaltasen con piedras preciosas.

Diéronse pricsa, y concluyeron presto la obra. Era una cruz de oro, de la altura de una pica, enriquecida con preciosisimas piedras; en la parte superior habia una cifra ó monograma, que explicaba el nombre de Jesucristo, acompañado de la primera y última letra del alfabeto griego, para significar que Cristo es principio y fin de todas las cosas. Del travesaño de la cruz pendia una pequeña bandera cuadrada, de una riquisima tela de púrpura, bordada de oro y cargada de piedras preciosas: encima de la bandera y por debajo de la cifra estaban bordados con hilo de oro los bustos del emperador y de sus hijos. A este nuevo estandarte se le dió el nombre de *Lábaro*, y lo llevaban delante del mismo emperador los oficiales mas valientes y mas piadosos de sus guardias. Mandó Constantino que se hiciesen otros muchos semejantes, repartiendo uno á cada legion de sus tropas; y haciendo esculpir en su morrion una cruz de oro con el monograma del Salvador del mundo, ordenó que se esculpiese tambien en los broqueles de todos sus soldados. Despues hizo venir á su presencia algunos obispos, y habiéndose instruido en los principios de nuestra religion, resolvió no permitir otra en toda la extension de su imperio.

Entre tanto salió Majencio de Roma con su formidable ejército, en número de mas de ciento y ochenta mil combatientes. Constantino, lleno de confianza en la cruz de Jesucristo, derrotó sus tropas; el tirano se anegó en el Tiber: jamás se vió en el

mundo victoria mas completa. Abrió Roma sus puertas al vencedor, quien para atestiguar que debia la victoria á la virtud de la santa cruz, mandó levantar una estatua suya en la misma ciudad, con el trofeo de nuestra redencion en la mano, y con una inscripcion que acreditaba su fe y su reconocimiento.

Despues de haber derrotado tambien á Licinio, emperador del Oriente, viéndose Constantino único y absoluto señor de los dos imperios, aplicó todos sus desvelos á que floreciese en ellos la religion verdadera, destruyendo las miserables reliquias del paganismo.

Habian hecho todo lo posible los gentiles para profanar los santos lugares de Jerusalen, y especialmente para que no quedase memoria de la triunfante resurreccion de nuestro Salvador. Con este fin habian terraplenado la gruta del santo sepulcro y aun levantado el piso, y encima habian construido un templo de Venus, donde ofrecian á esta sucia deidad los mas abominables sacrificios; medio eficacísimo para que jamás se dejasen ver en aquel lugar los cristianos. Dió órden Constantino para que se demoliese aquel infame monumento de la impiedad, y para que allí mismo se edificase un templo tan magnífico, que excediese á los mas soberbios edificios de otras ciudades. Escribiendo sobre este asunto á Macario, obispo de Jerusalen, le decia estas palabras: « He dado órden á Draciliano, vicario de los prefectos del pretorio y gobernador de la provincia, para que arreglándose á tus órdenes, emplee los obreros necesarios para levantar las paredes. Avísame qué mármoles preciosos, cuántas y qué especie de columnas te parece que han de colocarse, para dar providencia de que se te envien. Tambien me alegraré de saber si tienes por conveniente que la bóveda se adorne con algun artesonado, ó qué adorno te parece que se ponga; y en caso de elegir el artesonado, se pudiera cubrir de oro. »

Santa Elena, madre del emperador, quiso tomar á su cargo el cuidado de esta grande obra. Era á la sazon de la edad de ochenta años, y habia muchos que solo se empleaba en obras de caridad, en ejercicios de devocion y en todo lo que podia contribuir á la mayor gloria de la religion y de la Iglesia. El emperador la habia hecho declarar Augusta, queriendo que fuese reconocida por emperatriz, y dándola facultad para que dispusiese á su arbitrio de sus rentas y tesoro imperial. Era esta princesa enemiga de todo fausto y se vestia con llaneza; pero al mismo tiempo era tan generosa en todo lo que tocaba al culto divino, que no perdonaba á los mayores gastos para enriquecer y para adornar hasta los mas pequeños oratorios de las poblaciones mas cortas.

En medio de su grande ancianidad, pasó á Jerusalen la piadosa emperatriz. Subiendo al monte Gólgota, abrasada en el deseo de encontrar la cruz del Salvador, venció todas las dificultades que podian acobardarla, y aun hacerla desistir de la empresa. Eran verdaderamente grandes, porque, como dice Sozomeno, los gentiles en odio del nombre cristiano habian hecho todo lo posible para borrar hasta la memoria del santo sepulcro. Sobre haberlo colmado de tierra y de piedras, tanto que se habia elevado considerablemente el terreno antiguo, habian edificado en él un templo á la diosa Venus, como se ha dicho, y en el mismo sitio donde estaba el sepulcro habian colocado la estatua de Júpiter.

Dió principio á la obra mandando demoler el templo y el ídolo; hizo sacar toda la tierra, y guiándose por la tradicion antigua, hizo cavar tan hondamente, que al fin se descubrió el santo sepulcro, y junto á él tres cruces del mismo tamaño y de la misma figura, sin que se pudiese distinguir cual era la del Salvador; porque el título que Pilatos habia

mandado poner sobre ella, *Jesus nazareno, rey de los Judios*, estaba separado, y en medio de las tres cruces; y aunque esta parecia bastante prueba de que una de las tres era la que se buscaba, no fué posible saber á punto fijo cual era.

Viéndose la santa emperatriz en este embarazo, consultó con san Macario lo que se debia hacer; y el santo obispo fué de parecer que se aplicasen todas tres cruces á algun enfermo, no dudando que Dios declararia con algun milagro cuál de ellas era la verdadera cruz del Salvador. Aprobóse este expediente, y habiéndose aplicado las dos á una señora de distincion que estaba agonizando, no se vió efecto alguno; pero apenas se la aplicó la tercera, cuando quedó repentinamente sana, en presencia de un innumerable gentio que fué testigo de esta maravilla. Aun se hizo despues otra prueba. Tendiéronse sobre las tres cruces tres cadáveres, y solamente resucitó el que se tendió sobre aquella cuyo contacto habia curado á la enferma agonizante: con esta experiencia se comenzó desde luego á rendir al trofeo de nuestra redencion el culto que se le debia.

Mandó la piadosa emperatriz que se edificase una suntuosa iglesia en el mismo sitio donde se habia hallado la santa cruz; y dejando en ella la mitad del sagrado madero ricamente engastado, llevó la otra mitad á su hijo Constantino que la recibió con singular veneracion. Persuadido este emperador que no podia enriquecer á su nueva ciudad de Constantinopla con joya mas estimable, ordenó que se embutiese una considerable porcion de ella en la misma estatua suya que se dejaba ver en medio de la plaza, colocada sobre una magnífica columna de pórfido, con una manzana de oro en la mano derecha, y con esta inscripcion en el pedestal: *Cristo mi Dios, yo te enco-*

miendo esta ciudad. Lo restante de la sagrada cruz fué enviado á Roma por el mismo emperador, y colocado en la suntuosa iglesia que hizo edificar expresamente con el título de Santa Cruz de Jerusalen.

San Cirilo, obispo de esta ciudad veinte años despues de san Macario, testifica que en poco tiempo se llenó el mundo de fragmentos ó reliquias de la parte de la cruz que quedó en Jerusalen; porque así él, como sus predecesores desde san Macario, regalaban partículas de ellas á los peregrinos de distincion que concurrian á dicha santa ciudad con el piadoso fin de ver y adorar el instrumento de nuestra redencion. Y añade el mismo padre, como testigo ocular, que no por eso se disminuia el pedazo del sagrado leño que estaba en Jerusalen; antes se repetia en él aquel milagro de los cinco panes, que repartidos entre la muchedumbre, no solo no descrecian, sino que se multiplicaban.

San Paulino, que florecia por los años de 400, dice que la milagrosa virtud con que aquel leño muerto se reproducia como si estuviera vivo, era efecto del contacto de aquella carne divina que, habiendo padecido muerte en el mismo madero, venció á la muerte con su gloriosa resurreccion: *Crux in materia insensata, vim vivam tenens, ita ex illo tempore innumeris penè hominum votis lignum suum commodavit, ut detrimenta non sentiret, et quasi intacta permaneret quotidiè dividuam sumentibus, et semper totam venerantibus: sed istam imperibilem virtutem, et indelebilem soliditatem, de illius carnis sanguine bibit, quæ passa mortem, non vidit corruptionem.* Así habla san Paulino de este milagro de la santa Cruz en su espístola 11 á Severo.

Siendo costumbre de los judíos enterrar á los ajusticiados con todos los instrumentos de su suplicio, á mas del título, se hallaron tambien los clavos, y pro-

bablemente la corona de espinas, la cual en tiempo de Gregorio Turonense, que vivió en el siglo sexto, se conservaba todavía tan verde, que parecia reverdecer todos los dias. Ignórase qué hizo santa Elena del título de la cruz; pero de los clavos hizo toda la estimacion que merecia tan preciosa reliquia. Aseguran san Ambrosio, san Gregorio Nacianzeno, Nicéforo y Zonaras, que santa Elena solo encontró tres clavos; los que fácilmente se distinguieron de los otros, porque estos estaban todos roidos y cubiertos de orin, pero los del Salvador se conservaban milagrosamente enteros, lustrosos y limpios como si acabaran de salir del yunque. Uno de ellos mandó la emperatriz que se engastase en el bocado ó tascafreno del caballo que servia á Constantino; otro dice san Ambrosio que le hizo engastar en la misma diadema imperial, y el tercero lo arrojó al mar Adriático para sosegar una furiosa tempestad. Dícese que no por eso se perdió este clavo, antes bien vino nadando sobre el agua como en otro tiempo la hacha del profeta Eliseo; y que apreciándole mas que á los otros santa Elena por este milagro, lo regaló á la iglesia de Tréveris, siendo su arzobispo san Agricio, á quien la emperatriz profesaba singular veneracion. Poco despues hizo presente á la iglesia de san Juan de Letran del que habia colocado en la diadema del emperador; y finalmente regaló á la de Milan el que habia servido de bocado al caballo de este príncipe.

Siendo tan gloriosa á toda la Iglesia la invencion de este sagrado trofeo, se celebró en ella su fiesta con mucha solemnidad. Y se celebraba en Francia en la primera línea de sus reyes, encontrándose su oficio en los antiguos misales de la liturgia galicana. El rey Ervigio, que reinaba en España en el siglo séptimo, expidió un decreto que se halla en el código de las leyes de los Visogodos, por el cual manda á los judíos

establecidos en sus dominios que celebren la fiesta de la Invencion de la santa Cruz, como la de la Anunciacion, Natividad, Epifanía, Circuncision, Pascua y Ascension.

El fin de haber señalado el dia tres de mayo para celebrar esta fiesta, fué por acercarla todo lo posible á la memoria de la pasion del Salvador, y á la adoracion de la cruz que se hace en el Viernes Santo: por eso se señaló el primer dia libre despues de la solemnidad de la Pascua, que nunca puede pasar del dia dos de mayo.

Consérvanse y se adoran en muchas iglesias partes muy considerables de la verdadera cruz. A mas de la que se adora en Roma, hay otras en Francia, Italia, Alemania, España y Portugal. Justino, segundo emperador de Constantinopla, envió una porcion de ellas á santa Radegundis, esposa de Clotario I, que enriqueció con ella su real monasterio de santa Cruz de Poitiers; con cuya ocasion Fortunato, que seguia la corte de la santa reina, y fué despues obispo de dicha ciudad, compuso los dos célebres himnos, de que aun usa la Iglesia en el oficio de la pasion y de la cruz, que comienzan: *Vexilla Regis prodeunt*, y *Pange lingua gloriosi lauream certaminis*. San Gregorio envió una parte de la verdadera cruz á Recaredo, rey de los godos en España, como un riquísimo presente. San Luis consiguió de los Venecianos la porcion de cruz que habia quedado en Constantinopla, y la hizo trasladar á Francia el año de 1241, colocándola en la santa capilla que edificó en 1242, juntamente con la corona de espinas que dos años antes le habian regalado los mismos Venecianos.

APENDICE DEL TRADUCTOR.

« En este colegio y noviciado de Villagarcía de Campos, donde esto se escribe, se venera un *lignum*

crucis como de una pulgada de largo y media de grueso, que el santo papa Pio V regaló al señor don Juan de Austria despues de la famosa batalla de Lepanto; y su Alteza lo presentó á la excelentísima señora doña Magdalena Ulloa, nuestra insigne fundadora, que habia criado al señor don Juan en esta villa.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Jerusalen, la Invencion de la santa Cruz de nuestro Señor Jesucristo, en tiempo del emperador Constantino.

En Roma, en la via de Nomento, el martirio de san Alejandro papa, y de los santos presbíteros Evencio y Teódulo. A san Alejandro, despues que en tiempo del emperador Adriano y del juez Aureliano sufrió la cárcel, las cadenas, el potro, las uñas de hierro y el fuego, le agujerearon todo el cuerpo con punzones de hierro hasta quitarle la vida. Evencio y Teódulo, despues de haber estado mucho tiempo en un calabozo, fueron probados por el fuego, y por último les cortaron la cabeza.

En Narni, san Juvenal, obispo y confesor.

En Constantinopla, san Alejandro soldado, y santa Antonina vírgen, martirizados en la persecucion de Maximiano bajo el presidente Festo. Antonina habia sido condenada primeramente á ser prostituida en un lugar infame, de donde la sacó ocultamente Alejandro, tomando sus vestidos y quedándose en su lugar. Descubierto este piadoso fraude, se les puso á los dos en la tortura, se les cortaron las manos, y se les echó juntos en una hoguera, en donde habiendo muerto por Jesucristo, recibieron la corona de la gloria.

En Tebaida, san Timoteo y santa Maura su consorte, los cuales, por órden de Ariano gobernador de la provincia, despues de muchos tormentos, fueron

puestos en cruces, en las que vivieron nueve dias fortaleciéndose el uno al otro en la fe, y por último consumaron su martirio.

En Afrodisiades en Caria, los santos mártires Diodoro y Rodopiano, apedreados por los mismos de su ciudad en la persecucion de Diocleciano.

En el monte Senario cerca de Florencia, los bienaventurados Sostengo y Uguciono, confesores, los cuales, habiendo recibido un aviso del cielo, murieron en el mismo dia y en la misma hora, rezando la Salutacion Angélica.

La misa es en honra de la santa Cruz, y la oracion la que sigue.

Deus, qui in præclara salutiferæ crucis inventione passionis tuæ miracula suscitasti: concede, ut vitalis ligni pretio, æternæ vitæ suffragia consequamur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que en la invencion de la saludable cruz renovaste los milagros de tu pasion; concédenos que por el valor del vital madero consigamos auxilios eficaces para lograr la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 2 del apóstol san Pablo á los Filipenses.

Fratres: Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu: qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo: sed semetipsum exinanivit, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo. Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Propter quod et Deus exaltavit illum,

Hermanos: Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesus: el cual siendo Dios en la sustancia, no juzgó usurpacion el que su ser fuese igual á Dios: sino que se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo; hecho semejante á los hombres, y reconocido por hombre en la condicion, se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo

et donavit illi nomen, quod est super omne nomen : ut in nomine Jesu omne genu flectatur, cœlestium, terrestrium, et infernorum; et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.

cual tambien Dios le ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre : para que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno : y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

NOTA.

« Los cristianos de Filipos en Macedonia, que en » muchas ocasiones habian dado á san Pablo pruebas » prácticas del amor que le tenian, doblaron su cari- » tativa liberalidad cuando supieron que estaba preso » en Roma por la fe de Jesucristo; y con este motivo » les escribió el Apóstol esta admirable epístola el año » de 62. »

REFLEXIONES.

Ninguna cosa debe humillarnos tanto como nuestra misma vanidad. Juzgáse uno superior á otro, engríese, estímase sobre los demás, porque encuentra el nombre de su familia en pergaminos viejos, ó porque tuvo un bisabuelo que fué hombre de mérito; embriágase, por decirlo así, con el alto concepto de sí mismo, quiere ser distinguido, pretende que todo el mundo le doble la rodilla; ¿y porqué? porque ocupa un empleo que le eleva sobre sus iguales; porque ha comprado una tierra que lleva agregado algun título; porque anda un poco mejor vestido que los otros. Cuando se sube al verdadero origen de nuestro orgullo, valga la verdad, ¿puede haber mayor motivo para humillarnos? Y si fuera menos comun esta enfermedad, ¿se le daria otro nombre que locura? ¡Oh pobreza del corazon! ¡oh apocamiento del espíritu humano! Pocos hay que quieran estar al nivel de sus iguales; pero son muchos menos aquellos á quienes no se les

va la cabeza siempre que se ven un gradito mas arriba. Esto dicta la simple razon natural: pero ¿qué reflexiones, qué máximas inspira nuestra religion en órden al orgullo?

Avergonzarse de la oscuridad de su nacimiento, huir de la humillacion y del menosprecio como de un gran mal, no suspirar por otra cosa que por honras y por empleos, gustar únicamente de la distincion y de la singularidad, querer sobresalir en todo, aspirar con ambicion al fausto y á los primeros cargos; ¡y todo esto á vista de un Dios que se anonadó á sí mismo, que tomó la figura de siervo, que se humilló y se abatió hasta morir, y morir en una cruz! ¡y engreirse, ensoberbecerse los que adoran á un Dios humillado de esta manera! La vanidad, el amor de la gloria y la ambicion son la pasion dominante de la mayor parte de los cristianos. Aquella mujer mundana, cuyo fausto y cuya vanidad serian reprensibles aun en medio del gentilismo, y que se fabrica un ídolo de su aparente hermosura, se postra delante de una cruz, adora á Jesucristo humillado y pretende no tener otra religion que la de este Señor. Aquel hombre, cuya ambicion no reconoce límites, se llama discípulo de Cristo, quiere morir con un crucifijo en las manos, cree los misterios de su religion, y hace profesion de seguir su doctrina. ¡Cuántas cosas pasan en el mundo por extravagancias, que no son tan opuestas á la razon como esta conducta! ¡Y en vista de todo esto, nos admiramos de que el error haga tantos progresos! La herejía es hija del orgullo; la fe se cria con la humildad; en estas almas orgullosas siempre está la religion débil, flaca, desmayada y casi muerta. Que el error esté en el entendimiento, ó que esté en la voluntad; que se desacierte en lo que se cree, ó en lo que se obra, importa poco, ni es uno por esto menos digno de compasion.

El evangelio es del cap. 3 de san Juan.

In illo tempore, erat homo ex pharisæis, Nicodemus nomine, princeps judæorum. Hic venit ad Jesum nocte, et dixit ei: Rabbi, scimus quia à Deo venisti magister: nemo enim potest hæc signa facere, quæ tu facis, nisi fuerit Deus cum eo. Respondit Jesus, et dixit ei: Amen, amen dicò tibi, nisi quis renatus fuerit denuò, non potest videre regnum Dei. Dicit ad eum Nicodemus: Quomodò potest homo nasci, cùm sit senex? Numquid potest in ventrem matris suæ iterato introire, et renasci? Respondit Jesus: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei. Quod natum est ex carne, caro est: et quod natum est ex spiritu, spiritus est. Non mireris quia dixi tibi: Oportet vos nasci denuò. Spiritus ubi vult spirat: et vocem ejus audis, sed nescis undè veniat, aut quò vadat: sic est omnis, qui natus est ex spiritu. Respondit Nicodemus, et dixit ei: Quomodò possunt hæc fieri? Respondit Jesus, et dixit ei: Tu es magister in Israël, et hæc ignoras? Amen, amen dico tibi, quia quod scimus loquimur; et quod vidimus

En aquel tiempo, habia un hombre de la secta de los fariseos, llamado Nicodemus, de los principales entre los judios. Este vino á Jesus de noche, y le dijo: Maestro, sabemos que has sido enviado de Dios á enseñar: porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, á no ser que esté Dios con él. Respondió Jesus, y le dijo: De verdad te digo, el que no vuelva á nacer otra vez, no puede ver el reino de Dios. Díjole Nicodemus: ¿cómo puede nacer el hombre siendo viejo? ¿por ventura puede entrar otra vez en el vientre de su madre, y volver á nacer? Respondió Jesus: De verdad, de verdad te digo, que el que no renazca por medio del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es engendrado de la carne, es carne; y lo que es engendrado del espíritu, es espíritu. No te admires porque te he dicho: Es menester que vosotros volvais á nacer. El espíritu inspira donde quiere: y oyes la voz, pero no sabes de donde venga, ni adonde vaya; así es todo aquel que es engendrado del espíritu. Respondió Nicodemus, y le dijo: ¿Cómo pueden hacerse estas cosas? Respondió

testamur, et testimonium nostrum non accipitis. Si terrena dixi vobis, et non creditis: quomodò, si dixero vobis cœlestia, credetis? Et nemo ascendit in cœlum, nisi qui descendit de cœlo, Filius hominis, qui est in cœlo. Et sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltari oportet Filium hominis: ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam æternam.

Jesus, y le dijo: ¿Tú eres maestro en Israel, y lo ignoras? De verdad, de verdad te digo, que hablámos aquello que sabemos, y testificamos lo que hemos visto, y vosotros no recibis nuestro testimonio. Si os he hablado de cosas terrenas, y no me creeis: ¿cómo creeréis si os hablare de cosas del cielo? Ninguno, pues, sube al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo. Y así como Moisés levantó en el desierto la serpiente, de la misma manera conviene que sea levantado el Hijo del hombre: para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna.

MEDITACION.

DEL MÉRITO DE LOS TRABAJOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las cruces, los trabajos, las adversidades son verdaderos remedios; y no son menos saludables los que parecen mas amargos. Como en materia de salud no se debe consultar el gusto, así en materia de salvacion nunca se debe atender á los sentidos.

Desde que Cristo santificó la cruz prefiriéndola á todo lo demás; desde que la ennobleció, escogiéndola por trono suyo; desde que mereció ser el principal instrumento de nuestra redencion, ha sido la cruz objeto de las ansias de todos los santos. No solo es el adorno

mas precioso de la corona de los príncipes, y el principal ornamento de los altares; es tambien el terror del infierno, es el contraveneno de las pasiones, es, por decirlo así, el árbol de la vida. Lo mismo, á proporcion, se puede decir de las cruces, de las enfermedades, de las desgracias y de los trabajos. Son estos amarguísimos á la naturaleza, no lo niego; pero esta amargura es medicinal, es orígen de mil exquisitas dulzuras.

No hay que atribuir á causas extrañas nuestras desazones y nuestras inquietudes; todos nuestros disgustos, todas nuestras desgracias nacen dentro de nosotros mismos. Nuestras pasiones son nuestros tiranos; ellas solas turban nuestro reposo, hacen poco tranquilos y poco serenos nuestros dias, fatigan nuestro entendimiento y nuestro corazon; y no obstante nos dejamos engañar siempre de ellas. Sobre todo, el orgullo y el amor á los deleites son los dos grandes móviles de todos los disgustos de la vida. Pero ¿quién no sabe que el primer fruto, por decirlo así, de la cruz, es humillar el espíritu y domar el amor propio? La ambicion mas desmedida y el orgullo mas atrevido se estrellan siempre contra esta roca; la sensualidad no encuentra con que alimentarse en el país de los trabajos; las cruces humillan. Las alturas, los puestos elevados causan bahidos de cabeza á los que se encuentran en ellos; toda prosperidad es grande tentacion. Pero cuando las adversidades nos hacen bajar de esas elevaciones peligrosas; cuando se ve uno á nivel de aquellos mismos á quienes miraba debajo de sí; cuando una desgracia desvía de nuestro lado á toda esa caterva de cortesanos y de aduladores; cuando una enfermedad borra del semblante esas bellas facciones, esos vivos colores, ese despejo, esa bizarría, y destierra de todas las concurrencias; cuando una gran pérdida, una quiebra en el comer-

cio, una desgracia inopinada vuelve á cubrirnos del polvo que hace poco habíamos sacudido; cuando todo nos sale mal, entonces nos humillamos; la modestia y la afabilidad vuelven á ocupar el lugar del orgullo, de la fiereza y de la arrogancia; entonces cuesta poco la conversion con ayuda de la gracia. No hay cosa que mas nos arrime á la razon y á la devocion que las adversidades. La prosperidad embriaga; las cruces restituyen la razon y la fe á la posesion de sus derechos.

¡O mi Dios, y qué poco se conoce el mérito de las cruces! Ellas son tesoros escondidos, es verdad; pero ¿quién conoce cuánto vale el fruto que producen? Páranse los hombres no mas que en la corteza, que es grosera; pero ignoran el valor del divino fruto que llevan. ¡Ah Señor! pues vos mismo nos enseñásteis cuán preciosas son las cruces, ¿cuándo ha de llegar el dia en que yo comience á estimarlas como merecen?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que basta hacer reflexion sobre el modo con que el Salvador habla de las cruces, para conocer su valor, su mérito y su necesidad. « El que no lleva mi cruz, dice, y no me sigue, no puede ser mi discípulo. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. El mundo se alegrará; los mundanos se divertirán; serán llamados los dichosos del siglo, y en la realidad serán los mas desgraciados y los mas dignos de compasion: no les tengais envidia. Vuestra herencia serán las cruces y los trabajos; comeréis siempre el pan mezclado con lágrimas; las calumnias, las persecuciones y toda suerte de adversidades os seguirán á cualquiera parte que vayais; en todas tendréis que padecer; seréis menospreciados, seréis tenidos por el desecho, por la escoria del

mundo; y todo porque sois mis favorecidos, mis herederos, los queridos de mi Padre.» Ahora pregunto: ¿qué ventaja se puede seguir al mismo Cristo de vernos padecer, amándonos tan tiernamente como nos ama? ¿Por qué razon querrá que las cruces y los trabajos sean nuestra legítima y nuestra herencia? Este es el misterio que no comprenden los mundanos, los hombres terrenos y carnales; pero lo entienden sin dificultad los hombres espirituales, los verdaderos fieles, los santos. Despues del pecado de nuestro primer padre, las penas y los trabajos fueron la herencia que nos dejó; pero esta herencia no llevaba mas que espinas y cambrones. Pagó el Salvador nuestras deudas, y mejoró nuestra suerte. Dejónos como padre su herencia, la cual no es ya una tierra estéril, que regada con lágrimas no produce mas que espinas; es el árbol de la cruz, regado con su sangre y convertido en árbol de vida; su fruto es poco grato á los ojos, pero es de un gusto exquisito: *Gustate et videte*, nos dice por el Profeta. No os goberneis por los sentidos; las apariencias retraen, desvian, espantan: *gustate*, gustad; porque cuando se hace la experiencia de la dulzura que se siente en padecer por Dios; cuando se comienza á gustar qué consuelo es vivir cristianamente, tener una vida pobre, humilde, oscura, en una palabra, parecida á la del mismo Cristo; entonces sí que se palpa la verdad de aquel oráculo: *Si quid patimini propter justitiam, beati*: si padeceis algo por amor de Dios en satisfaccion de vuestras culpas, y por ser discípulos de Cristo, *beati*: ¡oh qué dichosos, oh qué bienaventurados sois! Es cierto que el mundo no conoce esta dicha, antes la tiene por quimérica, porque está todo él sepultado en la grosería de los sentidos; pero Dios hace juicio muy distinto de los trabajos. *Oportuit pati Christum, et ita intrare in*

gloriam suam : fué necesario que Cristo padeciese, y que así entrase en su gloria. *Oportuit*, fué necesario ; ¿pues qué hombre podrá eximirse de padecer para salvarse? *Et ita intrare in gloriam suam*; y que así entrase en su gloria : *et ita* : así, y no de otra manera; ¿pues qué hombre habrá tan insensato, que piense poder entrar en el cielo á otro título y por otro camino?

¡O mi Dios, y qué diferente juicio se haria de las aflicciones y de las adversidades de esta vida, si se conociera bien su mérito, su virtud y su valor! Sin duda que para hacernos formar un alto concepto de lo que vale la santa cruz, dispone nuestra religion que en todo la tengamos á la vista. La cruz es lo primero que nos enseña á formar el catecismo, encargándonos que demos principio con ella á todas nuestras acciones; la cruz es la que se coloca en los altares; y la cruz es tambien la que se pone hasta en la misma corona de los príncipes. No permitais, divino Salvador mio, que ignore yo por mas tiempo lo mucho que valen las adversidades y los trabajos, simbolizados en vuestra sagrada cruz; y pues ella os sirvió de instrumento para salvarme, haced que las cruces y las adversidades me sirvan desde hoy en adelante de medio para conseguir mi salvacion.

JACULATORIAS.

Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. Galat. 6.

No permita Dios que yo me glorie en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

Virga tua, et baculus tuus, ipsa me consolata sunt. Salm. 22.

Nunca tengo, Señor, mayor consuelo, que cuando me afligis, corregis y castigais.

PROPOSITOS.

El valor de las cruces no nace de su escasez, porque no hay cosa mas abundante en todos los estados y en todas las condiciones. Es bien extraño que la abundancia no nos haya enseñado á aprovecharnos de ellas; la desgracia es que no conocemos la virtud de este excelente remedio para curar las pasiones. ¡Cuánto has perdido hasta aquí por no haberte sabido aprovechar de los trabajos, infortunios y desgracias de esta vida! Conoce ya lo que valen; dentro de tí mismo tienes con que enriquecerte; acaba de persuadirte que no hay otro verdadero mal sino el pecado: todo lo demás que se llama desgracias, reveses, infortunios, calamidades, trabajos, míralo desde hoy en adelante con ojos verdaderamente cristianos; estímalo en lo que vale; habla de ello como de un inestimable regalo que Dios te hace, como de un insigne favor que recibes del cielo. Ten por cierto que esas cruces eran muy necesarias para tí, que sin ellas corria peligro tu salvacion, y que en la hora de la muerte y por toda la eternidad considerarás aquella afliccion, aquella pérdida de hacienda, aquella enfermedad, aquel infortunio, como una gracia de la cual estaba pendiente tu predestinacion.

Está persuadido que el tiempo de prosperidad no es el mas feliz, no es el mas dichoso de tu vida. No te puede tratar Dios con mas cariño, que tratándote como trató á su unigénito Hijo, y como trató á todos los santos: no es esta una práctica de devocion arbitraria, es una de las mas importantes prácticas de nuestra religion.

2. No hay cosa mas comun ni mas saludable entre los cristianos que hacer la señal de la cruz:

pero al mismo tiempo tampoco hay cosa que se haga con menos fruto, porque ninguna hay que se haga con menos devocion y con menos respeto. Los apóstoles, enseñados por Jesucristo, instituyeron esta adorable señal para instruirnos en los misterios y principios de la fe, y para dar á todos un público testimonio de lo que creemos. Es la señal de la cruz como una abreviada profesion de nuestra fe; y es tambien contraseña con que imploramos la asistencia y la bendicion de Dios por los méritos de Cristo, que padeció y murió en ella. Haz siempre, á ejemplo de los primeros cristianos, la señal de la cruz cuando comienzas á orar, cuando das principio á alguna obra, y sobre todo, cuando te asalta alguna tentacion, ó te hallas en algun peligro. Siempre se usó esta divina señal en todas las iglesias, y por los cristianos de todos los siglos; úsala tú frecuentemente, y siempre con fe, con respeto y con espíritu de religion. No imites á tantos que parece hacen irrision de ella cuando aparentan santiguarse. Uno ó dos garabatos en el aire delante de la frente ó del pecho, son todas las cruces que hacen cuando se persignan; parece que se avergüenzan del Evangelio, no dignándose llevar la mano á la frente; la señal de la cruz no es en ellos una señal de religion, sino una señal de indevocion. Corrige en tí un defecto tan irreligioso y tan comun, y ten cuidado de formar siempre la señal de la santa cruz con devocion y con reverencia; mira que es muy importante esto aviso.

DIA CUARTO.

SANTA MÓNICA, MADRE DE SAN AGUSTIN.

Nació santa Mónica en una ciudad de Africa el año de 332, de padres cristianos, mas distinguidos por su virtud que por la nobleza de su sangre. Dieron á su hija una educacion correspondiente; y para criarla con mayor cuidado la confiaron á una buena vieja, criada tan antigua de la casa, que habia conocido en la cuna al padre de nuestra Mónica; y la santa vieja desempeñó el encargo con el mayor cuidado y esmero. Visiblemente se reconocia que iba creciendo con la edad la devocion de la niña, y como tenia mucha discrecion y una inclinacion natural á la virtud, dejaba poco que hacer á su piadosa aya y maestra.

Contaba despues la misma santa Mónica á su hijo, que no obstante las saludables lecciones de aquella virtuosa mujer, que no queria bebiesen vino las doncellas, ella hubiera dado en algun exceso, por la inclinacion que tenia á este licor, si no hubiera sido por una criada que un dia la llamó borracha: esta reprension la causó tanta vergüenza, y la hizo abrir tanto los ojos para conocer la torpeza de aquel vicio, que desde el mismo instante hizo propósito de no volver á probar el vino, y que así lo habia cumplido hasta entonces.

El buen entendimiento y el buen modo de nuestra Mónica, junto con su cordura y virtud, la hacian cada dia mas amable y mas amada de sus padres; y viéndola estos ya en edad de poder casarse, contando mas con su virtud que con las otras prendas natu-



STA MONICA.

rales, la dieron por marido á un rico ciudadano de Tagaste, en la provincia de Numidia, llamado Patricio, porque, aunque era todavia gentil, esperaban que la prudencia y la virtud de su hija le convertirian á la religion cristiana.

Al entrar Mónica en el nuevo estado, se hizo cargo así de sus obligaciones como de sus trabajos. Su primer cuidado fué estudiar bien el genio, las inclinaciones y el humor de su marido. Eran las pasiones dominantes de este la cólera y una incontinencia desenfrenada; dedicóse Mónica á templar la una con su modestia, apacibilidad y sufrimiento; y á corregir la otra con su amor, paciencia y disimulo. Cuando Patricio estaba mas colérico y mas arrebatado, en aquel ímpetu jamás le resistia su mujer, ni le respondia la menor palabra; prevenia sus gustos, y se adelantaba á todo cuanto podia complacerle.

Como un dia se quejasen confidencialmente en presencia de Mónica algunas amigas suyas de su misma edad de lo mucho que tenian que padecer con sus maridos, les dijo la santa con tanta dulzura como prudencia: « Mirad bien si teneis vosotras la culpa. « Para echar un jarro de agua al fuego de la cólera, y » para domesticar el genio mas feroz y mas extrava» gante de un marido, no hay medio mas eficaz que » el silencio respetuoso, el modo mas humilde y » apacible, y la paciencia dulce y constante de una » mujer; la sumision que debemos á nuestros mari» dos no nos permite hacerles frente; el contrato » matrimonial es contrato oneroso que nos impone » la obligacion de sufrir sus defectos con paciencia. » Si vosotras sabeis callar, os ahorraréis muchas pe» sadumbres y muchos sinsabores. »

A sus máximas y á sus consejos correspondia su porte. Aunque Patricio era hombre bárbaro, arrebatado y brutal, ella le desarmaba con su paciencia,

y le ganaba con su dulzura. Siempre atenta á sus obligaciones, no pensaba mas que en el gobierno de su casa. Todo el tiempo se le llevaban sus devociones y el cuidado de su familia; con cuyos medios tuvo el consuelo de ver reinar en una casa, compuesta casi toda de gentiles, un espíritu verdaderamente cristiano.

La suegra de Mónica, prendada de su virtud y de su prudencia, queria tanto á su nuera, que la idolatraba. En breve tiempo fué Mónica la admiracion de toda la ciudad; apenas se hablaba de otro asunto que de la paz que reinaba en su casa, y de la ejemplar educacion que daba á su familia; elogios que la merecieron tanto concepto, y tan general estimacion, que habiendo algunas diferencias ó disensiones en las casas particulares, todos acudian á Mónica para que las arreglara, y asi era como la pacificadora de toda la ciudad.

Entre tanto iba creciendo su virtud, y singularmente la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, á quien todos los dias encomendaba su familia, pidiéndola sobre todo con incesantes ruegos la conversion de su marido. Consiguióla en fin; porque haciendo Patricio reflexion á la dulzura, al sufrimiento, á la prudencia y á todas las demás virtudes de su mujer, infirió que no podia dejar de ser verdadera la religion que las enseñaba; conoció sus errores, detestólos, instruyóse bien en la religion cristiana y recibió el bautismo. ¿Quién podria explicar el gozo de nuestra santa cuando vió ya cristiano á su marido? Con la mudanza de religion mudó tambien las costumbres; aquellos grandes ejemplos de virtud que por tanto tiempo habia observado en su mujer, produjeron todo su efecto. Ya no era aquel Patricio colérico, altivo, furioso, disoluto; sino otro hombre bien diferente, pacífico, humilde, modesto,

casto, temeroso de Dios. Se puede decir que esta fué la primera conquista de nuestra santa; pero el Señor la tenia reservada otra mucho mas ventajosa á toda la Iglesia, que era la de su hijo primogénito Agustino, cuya conversion costó á la santa madre muchas lágrimas.

Era Agustino de poca edad cuando murió su padre; y viéndose viuda nuestra Mónica, solo pensó en adquirir todas aquellas virtudes que pide san Pablo á las de su estado. Retirada, mortificada, invisible casi á las demás criaturas, empleaba el tiempo en sus ejercicios espirituales, en obras de misericordia, en el gobierno de su familia y en la educacion de sus hijos. Habia tenido tres, dos hijos y una hija, siendo el mayor de todos Agustino, que la costó tantos cuidados, tantos suspiros y tantas oraciones.

Viendo la buena madre la viveza y fogosidad extraordinaria de su genio, comenzó á temer las mas funestas resultas; especialmente cuando ni con sus consejos, ni con sus reprensiones podia contener la impetuosidad de aquel natural, ni moderar la violenta pasion que le arrastraba hácia la sensualidad. Tuvo el dolor de verle precipitarse en los errores de los maniqueos, porque favorecian la torpeza y la disolucion; mas no por eso desistió ni desconfió de su enmienda; antes doblando las oraciones, los ayunos, las lágrimas, las limosnas y todo género de buenas obras para conseguir de Dios la salvacion de su hijo, no cesaba de advertirle, de reprenderle y de exhortarle á que se apartase del camino de la perdicion. Pero Agustino no daba oidos mas que á sus pasiones: enterneciánle las lágrimas de tan buena madre, mas no apagaban el fuego violento de una juventud desordenada. Derramábalas Mónica de dia y de noche en la presencia del Señor para mover su misericordia, y acompañaba las oraciones con grandes peni-

tencias; y compadecido el Señor, quiso alentar su esperanza con algun consuelo. Tuvo un sueño en que la dió á entender que al cabo se convertiria su hijo, y que se reduciria al gremio de la santa Iglesia.

No la permitia su amor perderle de vista; y así le siguió á Cartago, adonde pasó á estudiar. Cuando mas se desviaba de Dios Agustino con sus desórdenes, mas se acercaba á su Majestad la santa madre con sus gemidos, procurando mover la divina misericordia con lágrimas y con oraciones. Consiguió en fin lo que deseaba con tan fervorosas ansias; y el mismo san Agustin reconoce que su conversion, segun la profecía de un santo obispo, habia sido fruto de las lágrimas de su santa madre.

« ¡En qué abismo estaba yo metido! exclama en » el capítulo 11 de sus confesiones; y vos, Dios mio, » extendísteis desde el cielo hácia mí vuestra mano » misericordiosa para sacarme de aquellas profundas » tinieblas en que estaba sepultado. Llorábame entre » tanto mi buena madre con mas vivo dolor que » otras madres lloran á sus hijos cuando ven que los » llevan á enterrar; porque me veia verdaderamente » muerto delante de vos, y lo veia con los ojos » de la fe, y con aquella luz que vos la habiais co» municado. Así, Dios mio, escuchásteis vos sus » ansias, y no despreciásteis aquellas lágrimas que » derramaba á torrentes en vuestra presencia, siem» pre y en todos los lugares que os ofrecia su ora» cion. Desde entonces la oísteis benignamente, y » en cierta manera la asegurásteis por aquel sueño, » que sin duda la enviásteis vos, y la sirvió de tanto » consuelo, y por lo que la dijo aquel santo obispo, » que no era posible que se perdiese para siempre un » hijo que la costaba tantas lágrimas. »

Pero aun no habia llegado este tiempo. Aunque Agus-

tino profesaba un tierno y filial amor á su madre, hacia poco caso de su llanto y de sus amonestaciones. Desazonado con la insolencia y mala crianza de los discípulos que le oian en Cartago, donde enseñaba retórica, resolvió embarcarse y pasar á Roma, con la esperanza de que seria allí mas estimado. Tuvo noticia de esto santa Mónica, y fué grande su dolor, temiendo que aquel viaje habia de diferir mucho la conversion de Agustino, de la cual concebia cada dia mayores esperanzas. Hizo cuanto pudo para estorbarlo; pero Agustino se escapó secretamente, haciéndose á la vela una noche mientras su santa madre estaba haciendo oracion en la capilla de San Cipriano. Esta separacion costó á Mónica una gran pesadumbre; gimió en lo mas íntimo de su corazon, y redobló su maternal solicitud, y sus ruegos y oraciones á Dios.

Apenas llegó á Roma Agustino, cuando cayó tan gravemente enfermo, que estuvo á los umbrales de la muerte. Confiesa él mismo que debió su curacion á las oraciones de su virtuosa madre. Llegó á noticia de esta que su hijo habia dejado á Roma para ir á enseñar la retórica en Milan, y al instante tomó la resolucion de pasar el mar, solo para estar con él. Levantóse una tempestad tan furiosa, que todos se daban por perdidos, y la tripulacion estaba consternada; pero Mónica alentaba á los mismos marineros, y no se dudó que fuese debido á sus oraciones el haber escapado del naufragio.

Luego que entró en Milan, supo la conversion de su hijo. Fué indecible su alegría cuando vió que ya no era maniqueo; mas faltábala para ser cabal el verle buen católico. Cuando logró esto, exclamó sin poderse contener, llena del mas profundo reconocimiento: *Ahora si, Señor, que moriré en paz, pues os habeis dignado oir las oraciones de vuestra indigna*

sierva. Seais por siempre bendito, Dios de misericordia, y dignaos perfeccionar vuestra obra en la conversion de mi hijo.

Aprovechó mucho su espíritu con las santas pláticas que tuvo con san Ambrosio mientras estuvo en Milan. Usaba la santa ciertas devociones ó ejercicios espirituales que se estilaban en Africa, y san Ambrosio habia prohibido en su obispado; apenas llegó á noticia de Mónica la prohibicion del obispo, cuando al instante las dejó, mostrando que en sus devociones no se dejaba llevar de la inclinacion ni de la costumbre, y mucho menos del apego á su propia voluntad.

Habiendo resuelto restituirse á Africa, partió de Milan con san Agustin; y llegando al puerto de Ostia, se detuvieron en él para descansar de las fatigas del camino, esperando tambien tiempo oportuno para embarcarse. Un dia que estaban solos madre é hijo, tuvieron una larga conversacion sobre la caduca y perecedera vanidad de los bienes de esta vida, y sobre la eterna felicidad que gozan los santos en el cielo. *Mientras hablamos de aquella dichosa vida*, dice san Agustin, *aspirando á ella con ardientes ansias, nos elevamos hasta sentirla, y en cierta manera hasta gustarla por medio de un ímpetu del espíritu y vuelo del corazon.* Santa Mónica no tardó mucho en ir á gozarla. Cinco ó seis dias despues cayó enferma, y durante la enfermedad padeció una especie de desmayo ó deliquio, que la tuvo por algun tiempo sin conocimiento. Vuelta en sí, dijo á san Agustin y á su hermano Navigio: *¿Dónde he estado yo?* Habiéndolos observado muy tristes, llorosos y doloridos, añadió: *Hijos mios, aquí enterraréis á vuestra madre.* Y como Navigio, su hijo menor, mostrase desear á lo menos el consuelo de que muriese en su país, prosiguió la discreta santa: *¿No veis lo que desea y lo que dice?*

¿Qué importará que mi cuerpo esté aqui ó alli despues de muerto? Lo único que os pido, es que en cualquiera parte donde esteis, os acordeis de mi en el altar del Señor. Y como la hubiésemos preguntado, dice san Agustin, si la daba alguna pena el ser enterrada en lugar tan distante de su tierra, respondió: *En ningun lugar del mundo estamos lejos de Dios, y yo no temo que en el dia del juicio le cueste mucho trabajo hallar mi cuerpo para resucitarle con todos los demás.* De esta manera, continúa san Agustin, fué separada de su cuerpo aquella alma tan llena de religion y tan santa, al noveno dia de su enfermedad, á los cincuenta y seis años de su edad, y á los treinta y tres de la mia.

Luego que rindió el espíritu en manos del Criador, un jóven de Tagaste, llamado Evodio, amigo de san Agustin, rezó sobre el cadáver el salmo centésimo. Es indecible el sentimiento de Agustino por esta muerte; pues aunque la consideracion de la gloria que gozaba su madre reprimia las lágrimas, no le embarazaba el dolor. « Habiendo sido llevado el » cadáver á la iglesia, dice él mismo, le acompañé, » y volví sin derramar una sola lágrima; porque no » lloré durante los oficios que se hicieron estando el » cuerpo expuesto en la iglesia, y ofreciéndose por » ella, antes de enterrarla, el divino sacrificio de » nuestra redencion, como se acostumbra. Parecio» nos que no era decente acompañar sus funerales » con lágrimas y con suspiros, que solo deben em» plearse en lamentar la infelicidad de los difuntos, » atendido que en la muerte de mi madre nada habia » que mereciese llorarse, pues solo habia sido un trán» sito á mejor vida; de esto estábamos asegurados » por la pureza de sus costumbres, por la sinceridad » de su fe y por la regularidad de toda su vida: » *Et si quis peccatum invenerit, flevisse me matrem*

» *meam exigua parte horæ*; y si á alguno le pareciere » mal que yo haya llorado por algunos instantes » á una madre que acababa de espirar delante de » mis ojos, á una madre que me habia llorado tantos » años por la ardentísima ansia que tenia de verme » vivir delante de los ojos de Dios : *non irrideat*. » disculpe mi ternura, y llore el mismo por mis pe- » cados si tiene alguna caridad. »

Aunque estaba persuadido san Agustin que el Señor habia concedido á su santa madre la gloria que le pedia incesantemente en sus fervorosas oraciones, nunca dejó de ofrecer por ella el santo sacrificio de la misa, como la misma santa se lo habia encargado en la hora de la muerte, y del cual habia sido tan devota durante su vida, que todos los dias asistia á él con la mas tierna devocion; y no contento con esto, pidió á todos los sacerdotes amigos y conocidos suyos que se acordasen en el altar, así de Mónica como de su padre Patricio.

Desde que murió esta santa se hizo memoria de ella con singular veneracion en toda la Iglesia. Consérvanse algunas reliquias suyas en la abadía de Arovaisa en Roma, como tambien en otras partes, y en todas con particular devocion.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Ostia, el tránsito de santa Mónica, madre de san Agustin, cuya santa vida escribió él mismo en el libro nono de sus Confesiones.

En las minas de Fenes en la Palestina, la fiesta de san Silvano, obispo de Gaza, que en la persecucion de Diocleciano recibió la corona del martirio por órden del César Galerio Maximiano, en compañía de muchos miembros de su clero.

Allí mismo, treinta y nueve santos mártires, que, habiendo sido condenados á trabajar en las minas,

fueron quemados con hierros encendidos, atormentados de otras diferentes maneras, y por último decapitados todos juntos.

En Jerusalen, san Ciriaco obispo, que yendo á visitar los santos Lugares, fué martirizado en tiempo de Juliano el Apóstata.

En Umbria, san Porfirio mártir.

En Nicomedia, santa Antonia mártir, que, despues de haber sufrido varios y muy crueles tormentos, estuvo tres dias colgada de un brazo; en seguida la tuvieron dos años en un calabozo, y por último, viendo su perseverancia en confesar á Jesucristo, la quemaron por órden del presidente Prisciliano.

En Lorck en Austria, san Florian mártir, que en tiempo del emperador Diocleciano fué precipitado en el rio de Eus con una gruesa piedra al cuello, por órden del presidente Aquilino.

En Tarso, santa Pelagia vírgen, que, habiendo sido metida en un toro de bronce ardiendo, consumó su martirio en tiempo del mismo emperador.

En Colonia, san Paulino mártir.

En Milan, san Venero obispo, cuyas virtudes nos ha dado á conocer san Juan Crisóstomo en una carta que le escribió.

En Perigord, san Sardos, obispo de Limoges.

En Hildesheim en Sajonia, san Godardo, obispo y confesor, puesto en el catálogo de los santos por Inocencio II.

En Auxerre, san Curcodemo diácono.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente.

Deus, mœrentium consolator, et in te sperantium salus, qui beatæ Monicæ pias lacrymas in conversione filii sui Augustini misericorditer sus-

O Dios, consuelo de los afligidos y salud de los que en tí esperan, pue atendiste misericordiosamente á las piadosas lágrimas de la bienaventurada

cepisti : da nobis utriusque interventu peccata nostra deplorare, et gratiæ tuæ indulgentiam invenire. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Mónica en la conversion de su hijo Agustino, concédenos por la intercesion de entrambos que lloremos nuestros pecados, y que hallemos el perdon de ellos en tu gracia. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo 5.

Charissime : Viduas honora, quæ verè viduæ sunt. Si qua autem vidua filios, aut nepotes habet, discat primùm domum suam regere, et mutuam vicem reddere parentibus : hoc enim acceptum est coram Deo. Quæ autem verè vidua est, et desolata, speret in Deum, et instet obsecrationibus et orationibus nocte ac die. Nam quæ in deliciis est, vivens mortua est. Et hoc præcipe, ut irreprehensibiles sint. Si quis autem suorum, et maximè domesticorum curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior. Vidua eligatur non minus sexaginta annorum, quæ fuerit unius viri uxor, in operibus bonis testimonium habens, si filios educavit, si hospitio recepit, si sanctorum pedes lavit, si tribulationem patientibus subministravit, si omne opus bonum subsecuta est.

Carísimo : Honra á las viudas que son verdaderamente viudas. Mas si alguna viuda tiene hijos ó nietos, aprenda primero á gobernar su casa y pagar lo que debe á sus padres : porque esto es acepto delante de Dios. Aquella que es verdaderamente viuda, desamparada y abandonada, espere en Dios, é inste con plegarias y oraciones dia y noche. Porque la que vive en delicias, viviendo está muerta. Y mándalas esto para que sean irreprensibles. Y si alguno no cuida de los suyos, especialmente de los que son de su casa, negó la fe, y es peor que un infiel. Elíjase la viuda de no menos de sesenta años, que haya sido mujer de un solo marido, y que testifique con las buenas obras si ha educado á los hijos, si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los piés á los santos, si ha socorrido á los que padecian tribulacion, si se ha ocupado en toda obra buena.

NOTA.

« Escribió san Pablo su primera epístola á Timoteo » desde Macedonia, adonde volvió despues de su » primera prision en Roma; y dice san Crisóstomo » que fué en los últimos años de su vida, esto es, » hácia el 64 de Cristo. Está llena esta carta de saludables instrucciones para los ministros de la Iglesia; » y por eso encarga san Agustin que la lean todos » los que están destinados al servicio del altar. »

REFLEXIONES.

Es error buscar fuera del estado de cada uno el camino de la perfeccion. La pasion que se tiene por las frutas extranjeras es cuando menos una delicadeza perniciosa. De tal manera ha ordenado Dios todos los estados, que todos están en el camino real de la perfeccion cristiana. Quien va á buscarla en otra parte, se desvía del camino real; y el que se desvía de este camino, se expone á perderse.

Si qua vidua, dice el Apóstol, *filios aut nepotes habet, discat primùm domum suam regere* : si alguna viuda tiene hijos ó nietos, ante todas cosas dedíquese á educarlos bien, y á cuidar de su familia. No dice que ante todas cosas esté todo el dia en la iglesia, que vaya de hospital en hospital, ni que gaste el tiempo en novenas y devociones; sino que ante todas cosas cuide de sus hijos, los crie en el santo temor de Dios, y atienda al gobierno de su casa. ¿Siguen este consejo del Apóstol aquellas beatas de profesion, aquellas madres de familias que con el especioso pretexto de devocion dejan su recogimiento, andan continuamente fuera de casa, se hallan en todos los concursos, no poco expuestas á los peligros del bullicio y del tumulto? No es mi ánimo, ni permita Dios que lo sea, desaprobar la caridad de aquellas

matronas y señoras cristianas que sirven de tanto consuelo y alivio á los pobres enfermos y encarcelados, renovando en nuestros tiempos el primitivo espíritu del cristianismo; hablo solo de aquellas devociones inoportunas, y que son de ordinario fruto del amor propio y de un secreto orgullo.

El cuidado de una familia cansa; la continua vigilancia sobre los hijos y sobre los domésticos fatiga; el retiro, el guardar siempre la casa se hace tedioso, y melancoliza; el amor propio suspira por el desahogo, y busca algun pretexto para dispensarse de aquellas obligaciones que se conoce son esenciales. Luego nos ofrece este bello pretexto una falsa idea que se forma de la devocion. Se ha de asistir á todas las salves; no se ha de perder ningun sermon; se ha de concurrir á todas las fiestas, á todas las funciones de iglesia. Ocupaciones santas, empleo del tiempo muy loable en todos aquellos que no tienen obligaciones incompatibles con esa piadosa ociosidad. Pero si mientras una madre de familias está muy devotamente en la iglesia, sus hijos y sus criados viven con una licencia escandalosa; si mientras se ocupa en poner la paz en otra familia, reina en la suya la desunion, el desórden y la mala inteligencia; si mientras consuela á los afligidos irrita y desazona á su marido con su piadosa holgazanería y con sus imprudentes abstinencias; finalmente, si mientras ella gasta el tiempo allá en sus devociones, están sus hijos sin educacion y sin crianza, á merced de unos criados viciosos ó negligentes, sin oir quizá mas que conversaciones torpes, y sin ver mas que escandalosos ejemplos, ¿la agradecerá mucho Dios aquel ardiente zelo que muestra por los extraños? ¿hará mucho caso de un zelo tan poco prudente y tan mal ordenado? ¿serán del agrado de su Majestad unas devociones tan fuera de su lugar, y tan incompatibles con las obligaciones de

su estado? ¿llegarán á los oidos del Señor sus oraciones entre los gritos de sus hijos, las quejas de su marido y las murmuraciones de toda la familia? ¡Cosa rara! No podia Dios facilitar mas la virtud, ni hacerla mas accesible á toda clase de personas, que haciéndola consistir en el cumplimiento de las obligaciones del estado de cada uno. Con todo eso son muy raros los que la buscan en él, ó á lo menos apenas se halla gusto en la virtud que es propia del estado de cada uno. No se estima la que nace en el terreno propio: los mas suspiran por la que produce el ajeno, sin advertir que los árboles trasplantados en distinto clima ordinariamente pierden mucho. Los aires naturales son los mas saludables. Santifiquense en sus casas las madres de familias, y no busquen fuera lo que tienen dentro de ellas. Si desean practicar la humildad, la mortificacion, y ejercitar el zelo, abundante materia encontrarán en sus casas; su virtud será mas pura, cuanto menos expuesta esté á la vanagloria: Dios no las pide mas que el que cumplan con sus obligaciones. En fin, los padres y madres de familias tengan siempre en la memoria este oráculo del apóstol san Pablo: *El que no cuida de si, y particularmente de los suyos, renunció á la fe, y es peor que un gentil.*

El evangelio es del cap. 7 de san Lucas.

In illo tempore, ibat Jesus in civitatem, quæ vocatur Naim: et ibant cum eo discipuli ejus, et turba copiosa. Cùm autem appropinquaret portæ civitatis, ecce defunctus efferebatur, filius unicus matris suæ: et hæc vidua erat: et turba civitatis multa cum illa. Quam cùm vidisset Dominus, mise-

En aquel tiempo, iba Jesus á una ciudad, llamada Nain; é iban con él sus discípulos, y una numerosa turba de gente. Y al tiempo de acercarse á la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban fuera un difunto, hijo único de su madre: y esta era viuda: y la acompañaba gran número de personas de la

ricordia motus super eam, dixit illi: Noli flere. Et accessit, et tetigit loculum. (Hi autem, qui portabant, steterunt). Et ait: Adolescens, tibi dico, surge. Et resedit qui erat mortuus, et cœpit loqui. Et dedit illum matri suæ. Accepit autem omnes timor: et magnificabant Deum, dicentes: Quia propheta magnus surrexit in nobis; et quia Deus visitavit plebem suam.

ciudad. A la cual, habiéndola visto el Señor, movido á compasion de ella, la dijo: No llores. Y se acercó al féretro, y le tocó. (Y los que le llevaban se pararon). Y dijo: Jóven, contigo hablo, levántate. Y el muerto se sentó, y comenzó á hablar. Y le entregó á su madre. A todos, pues, los poseyó el temor; y glorificaban á Dios diciendo: Un profeta grande ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACION.

DE LA SINCERA VOLUNTAD DE ENTREGARSE Á DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es bien de extrañar que aquel mozo resucitado no se hubiese quedado desde luego en la compañía de Cristo, y que el mismo Cristo le hubiese entregado á su madre: admirable prueba de que Dios solo quiere el corazon, sin el cual las mas finas, las mas elocuentes protestas son palabras, y nada mas.

Es muy verosímil que la madre, movida del mas vivo reconocimiento, ofreciese su hijo al Señor, y que el mismo hijo en aquellos primeros ímpetus del gozo que le causaba el verse restituido á la vida, protestase mil veces que no queria otro dueño ni otro maestro, y que ya jamás se apartaria de su divina persona: sin embargo de eso Jesucristo le vuelve á su madre, y la madre y el hijo dejan partir á Cristo. ¡Oh Dios mio, y cuántas copias tiene este ejemplo!

Resucitados muchos en esta Pascua por medio de la confesion, restituidos á la vida de la gracia en

virtud del sacramento de la penitencia, ¡qué propósitos, qué protestas de reconocimiento, de ternura y de fidelidad! Pero ¿en qué paran un mes despues todas estas magníficas promesas? Bien conoce aquel jóven lo que debe á su divino bienhechor, pero su corazon aun está pegado á la tierra, y por eso no le quiere Jesucristo. Las pasiones adormecidas se despiertan; los hábitos viciosos mal reprimidos vuelven á su antiguo vigor; á aquellos primeros movimientos de fervor sucede la desidia y la tibieza; á la tibieza el disgusto; y una vez disgustado el hombre de servir á Dios, se arroja á los brazos de su primer dueño, vuélvese á entregar á sus primeras inclinaciones, á las recaidas, á la funesta muerte del alma. ¿De dónde se origina esta lastimosa desercion, esta lamentable vuelta al vómito del pecado? la conversion está en el entendimiento y en las palabras, pero no en el corazon; de aquí proviene que hay tan pocas conversiones constantes y sinceras. ¿Podré yo lisonjearme de que lo sea la mia? *Convertíos á mí*, dice el Señor, *con todo vuestro corazon, y no meramente con los labios; despedazad vuestros corazones, y no vuestros vestidos*: menos aparato, y mas sinceridad en la conversion. ¿Qué juicio debo hacer yo de la mia? ¡Ah, Señor, cuántas palabras inútiles, cuántas vanas promesas os he hecho en mis propósitos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que Dios quiere el corazon, esto es, el sacrificio entero y no á medias de nuestras inclinaciones, de nuestras pasiones, de nuestros deseos demasiadamente mundanos, sensuales y favorables al amor propio. Dios quiere el corazon; pero el corazon es indivisible, y no puede servir á dos señores; si ama á uno, ha de aborrecer á otro; si respeta

á este, ha de despreciar á aquel. Dios quiere el corazon, y por lo mismo quiere ser amado con generosidad, con ardor y con ternura; quiere ser servido con constancia, con alegría y con fidelidad; en fin, quiere el corazon. ¿Y por ventura puede querer otra cosa? ¿ó á lo menos, puede querer otra sin esta? Todo lo demás es suyo y no ha menester nuestro consentimiento para tomarlo. Diónos el corazon, y solo el corazon es nuestro, hablando con propiedad; diónosle, y quiere que seamos dueños absolutos de él. No pretende vulnerar nuestra libertad; conténtase con invitarnos con sus solicitaciones, con sus promesas, y estimularnos con su gracia. Pídenos el corazon; pero no lo toma, si no se lo damos; negárselo es ingratitud, es impiedad, es injusticia. Pero el que ama tan ciegamente al mundo, el que busca en todo y por todo sus propias conveniencias, el que se entrega totalmente á sus pasiones, á su sensualidad, à su interés, ¿podrá decir que da á Dios su corazon?

Y despues de esto, ¿se extrañará mucho que haya asegurado Cristo expresamente que es corto el número de los que se salvan? Son muchos los que hacen pública profesion de servir y amar á Dios; pero ¿son muchos, aun entre estos que parecen siervos suyos, los que le aman con todo su corazon? Sin embargo, esta es una condicion inseparable del primero de los preceptos: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.* Pero ¿cuántos son los que observan hoy este primer mandamiento de su santa ley, base y cimiento de todos los demás preceptos? Mira si segun esta doctrina, y á vista de lo que estás palpando en el mundo, puedes inferir prudentemente que son muchos los que aman á Dios con todo su corazon.

Decir que se ama á Dios, no amándole con todo el corazon, es mentira; pensar que se le ama con todo

el corazon, cuando solo se le sirve á medias, es locura; persuadirse que se le sirve en todo, cuando apenas se hace cosa alguna de las que él nos manda, es extravagancia, es impiedad.

¡Ah Señor! ¿y no acabo yo de hacer mi retrato haciendo el de aquellos que os sirven infielmente? ¿puedo decir con verdad que os amo de corazon, y que soy vuestro sin reserva? No puedo responder á estas preguntas, divino Salvador mio, si no es con mi dolor y con mis lágrimas. Tomad, Señor, tomad este corazon, pues enteramente os le doy; y en adelante espero, con vuestra divina gracia, que mi conducta ha de acreditar que enteramente os le he dado.

JACULATORIAS.

In toto corde meo exquisivi: ne repellas me à mandatis tuis. Salm. 118.

Os busqué, Señor, con todo mi corazon; no permitais que me desvie jamás de vuestros mandamientos.

Deus cordis mei; pars mea Deus in æternum. Salm. 72.

Vos, Señor, seréis eternamente el Dios de mi corazon, mi único dueño y todo mi tesoro.

PROPOSITOS.

1. Siendo, al parecer, cosa tan fácil conocer uno cuando está su voluntad sincera y totalmente entregada á Dios; apenas la hay en que mas se engañen ó se equivoquen los hombres. Esta sinceridad se conoce por las obras, pero pocos atienden á ellas para conocerla; conténtanse con dar palabras, y estas palabras son de ordinario la única prueba de nuestra sinceridad. Pues no hay que admirarnos de que los hombres se engañen y se equivoquen con señas tan engañosas. Pero que pretendamos engañar á Dios con unas

protestas que desmiente el corazon, con promesas sin efecto, con buenas palabras, y no mas; esto sí que es digno de admiracion; ó por mejor decir, esto es lo que se llama momería de religion y una especie de sacrilegio. Confiesa la verdad: ¿no te sientes tú comprendido en este delito? ¿amas á Dios con todo tu corazon? ¿se lo has entregado sin reserva? Muchas veces le has dicho que le entregabas todo tu corazon; pero ¿tardaste mucho en volvérselo á quitar? Repara desde este mismo instante esa grosera falta, haciéndole una donacion total y sincera. Examina qué es lo que mas te lleva el corazon; esa pasion, ese puntillo de honra, ese prurito de distinguirte, esa diversion, ese juego, esa inclinacion, ese mueble precioso, da principio sacrificándoselo á Dios desde luego, y entonces podrás decir que le amas con todo tu corazon, que quieres vivir y morir en su servicio. Ten presente que Isaac no dió su bendicion á Jacob por el testimonio de la voz, sino por el testimonio de las manos: *Vox quidem, vox Jacob est, sed manus sunt Esau.*

2. Guárdate bien de cierta ilusion en esta materia, tanto mas temible, cuanto es mas engañosa y plausible, y que el amor propio siempre autoriza y fomenta: entrega de una vez, se dice, tu corazon á Dios, y despues vive seguro, está tranquilo, nada te dé cuidado; aunque metan mucho ruido las pasiones, no te asustes; aunque te exciten mil impuros movimientos los objetos; no te inquietes; aunque sean muy groseras tus imperfecciones y tus faltas, no te sobresaltes. ¿Entregaste una vez tu corazon á Dios? ¿aceptóle? pues está en paz, y descuida. Este es un error de los mas peligrosos, un quietismo mitigado. Si para ser todo de Dios, bastara decirle: Señor, yo os entrego totalmente mi corazon, y descuidar de todo lo demás; ¿á qué propósito nos diria Jesucristo que debemos velar y orar continuamente; que siem-

pre hemos de estar con las armas en las manos; que es menester hacernos perpetua violencia; y que, como dice el Profeta, cada dia hemos de comenzar, esto es, vivir como si comenzáramos de nuevo? Sucede con nuestro corazon lo que con aquellos animales que se crian en las casas; por mas que los echen de ellas, ó los den á otro, siempre vuelven. Si sucediera con nuestro corazon lo que con una alhaja, que una vez dada, no hay ya que buscarla dentro de casa, en este caso ya se pudiera vivir con menos cuidado; pero este corazon, orígen y asiento de las pasiones; este corazon, donde reina el amor propio, siempre se queda en nuestra posesion; aun despues de haberle dado á Dios, es necesario impedir que él mismo se dé á las criaturas. ¿Pues será bien que vivamos en una devota inaccion, en una ociosidad afectuosa? ¿Bastará ponernos en la presencia de Dios, y pasar una hora inútilmente sin pensar en nada, por no turbar una falsa seguridad con la vista de mil imperfecciones y aun de mil desórdenes? ¿No será menester por el contrario desconfiar siempre de su propio corazon; hacer una guerra continua á las pasiones; traer á la memoria todas sus obligaciones; no perder jamás de vista el fin para que fuimos criados; examinar en la presencia de Dios su porte y su conducta, y fomentar la devocion con la mortificacion y con la penitencia? Ten por sospechosas todas esas instrucciones demasiadamente especulativas; huye de todo confesor, de todo director, que con el especioso pretexto de hacerte volar á la perfeccion, quiera mantenerte en una peligrosa ociosidad y perniciosísima pereza. Dí muchas veces á Dios que le entregas tu corazon; pero procura que lo digan muchas mas tu humildad, tu mortificacion, tu puntualidad, tu exactitud en el cumplimiento de todas tus obligaciones, tu continua violencia. y en una palabra, todas

tus operaciones y todos tus movimientos : *Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere, et veritate.* Hijuelos mios, dice el apóstol san Juan, no consista nuestro amor en buenas palabras, en expresiones que solo salen de la lengua, sino en obras y en verdaderas pruebas de las manos. Ten presentes estas palabras en todas tus devociones, y en materia de piedad guárdate mucho de sendas extraviadas; sigue el camino real por donde fueron todos los santos, aquel que nos señala el Evangelio y el mismo Cristo nos enseña.

DIA QUINTO.

SAN PIO V, PAPA Y CONFESOR.

El santo papa Pio, quinto de este nombre, fué de la noble familia de los Gisleris ó Gisler, originaria de Bolonia; y nació el año de 1504 en Bosco, poblacion corta á dos leguas de Alejandría de la Palla, en el obispado de Tortona. Llamáronle Miguel en el bautismo, y el primer cuidado de sus virtuosos padres fué darle una educacion cristiana, en la que les dejó poco que hacer el buen natural del niño; propenso por sí mismo á la virtud. Era apacible, modesto, dócil y amigo de complacer á todos. Casi desde la cuna profesó una tierna y ferviente devocion á la santísima Vírgen, que fué parte de su distintivo ó de su carácter; pocos siervos de esta Señora le excedieron en el fervor y en el zelo por todo lo que tocaba á su servicio.

Crecia Miguel en edad, en juicio y en prudencia, cuando sus padres, poco favorecidos de los bienes de fortuna, pensaron en que aprendiese algun oficio



S. PIO QUINTO P.

con que poder mantenerse; pero eran muy distintos los designios de la divina Providencia acerca de aquella grande alma. Apenas conocia Miguel al mundo, y ya pensaba en dejarlo; á los doce años de su edad resolvió hacerse religioso, y la divina Providencia le facilitó los medios.

Habiendo pasado por el lugar de Bosco dos religiosos de santo Domingo, tuvieron precision de detenerse algunos dias. Hablóles nuestro Miguel; y prendados ellos del anticipado juicio, prudencia y capacidad del niño, é informados de sus piadosos deseos, se ofrecieron á llevarle consigo al convento de Voghere, y á cuidar de su instruccion si se inclinaba á abrazar el instituto. No podian hacerle oferta que fuese mas conforme á su inclinacion; arrojóse á sus piés, y les pidió con lágrimas que le cumpliesen la palabra y le hiciesen aquella caridad. Con el consentimiento de sus padres partió en compañía de aquellos religiosos, los cuales conocieron desde luego que Dios destinaba para alguna cosa grande á su pequeñito ahijado. Hizo tan asombrosos progresos en las letras humanas y en la virtud, que cuanto antes se dieron priesa á vestirle el santo hábito. Recibiólo á los quince años de su edad, y le enviaron al convento de Vigevano para hacer el noviciado. En vista del fervor y de la perfeccion con que se portó en él, todos esperaron que la religion habia de tener con el tiempo en fray Miguel un insigne santo, y que seria sin duda uno de los mas brillantes ornamentos de la órden.

Los rápidos progresos que hizo en la virtud y en las ciencias, comenzaron á comprobar esta especie de prediccion. Apenas acabó los estudios, cuando le dedicaron al magisterio, que desempeñó con el mayor lucimiento; y habiéndole hecho prior de los conventos de Vigevano, Sancino y Alba, no mereció menos reputacion su insigne talento para el gobierno. En

todas partes restauró la disciplina religiosa, y en todas resucitó el primitivo espíritu de su santo patriarca. En la felicidad con que promovió la observancia, tenian mas parte sus ejemplos, que sus palabras. Era el primero en el coro y en todos los actos de comunidad, sin persuadirse que sus estudios, su magisterio y el zelo con que atendia á la salvacion de los prójimos, fuesen títulos suficientes para eximirse de la disciplina regular. Humilde, pobre y en extremo mortificado, representaba en su persona una viva copia de los Pacomios, de los Hilariones y de los otros maestros de la perfeccion monástica.

La fama de tantas y tan eminentes virtudes le sacó presto de su amado retiro. Nombráronle inquisidor en Como para el Milanés y toda la Lombardía, y en este importante empleo se señaló mucho su zelo, su prudencia y su virtud. Pero donde se hizo mas visible el fruto de sus sermones, y donde principalmente sobresalió su vigilancia, fué en la Valtelina y en el condado de Chavanes, por ser allí donde estaba mas extendido el veneno de la herejía. Fueron tantos los herejes que se convirtieron, que en poco tiempo mudó de semblante todo aquel país. La fama de estos sucesos movió á que le nombrasen comisario general de la Inquisicion el año 1551; y cuatro años despues fué nombrado vicario del inquisidor general. No es fácil explicar, ni lo mucho que hizo, ni lo mucho que padeció en este empleo. Declarado el azote de los herejes, fué tambien el blanco de su odio; pero nunca le acobardaron ni los lazos que le armaban, ni los peligros á que estaba expuesta su vida: el zelo y la caridad mantenian su intrepidez, y el fruto que hacia le alentaba.

Bien informado de su mérito el papa Paulo IV, le hizo obispo de Nepi y de Sutri en Toscana, dos iglesias que gobernaba un solo obispo. A pesar de su hu-

mildad y de su resistencia, fué necesario obedecer. Aun brilló mas su virtud en la dignidad de obispo, que en el retiro del claustro; y luego que el papa le trató un poco mas de cerca, le creó cardenal. Viéndose en esta elevada dignidad, se consideró en obligacion de ser mas religioso, mas mortificado y mas humilde. Llamóse el cardenal Alejandrino, por ser Alejandría de la Palla la ciudad mas inmediata al oscuro y desconocido lugar de su nacimiento; y se puede decir que el esplendor de la púrpura solo contribuyó á que se hiciese mas visible su modestia, y brillasen mas todas las otras virtudes.

Muerto Paulo IV, su sucesor Pio IV no hizo menos aprecio de nuestro santo cardenal. Confirmóle en la suprema dignidad de inquisidor general que le habia conferido su predecesor; sirvióse de él en los negocios mas importantes de la Iglesia; dióle todos los testimonios posibles de la confianza que le merecia, y le transfirió del obispado de Nepi y de Sutri al de Mondovi en el Piamonte, que tenia gran necesidad de un obispo como este.

Enterneciose en vista del lastimoso estado en que encontró su diócesis; era un espeso erial; mas en poco tiempo restauró la disciplina, y con la reformacion de costumbres introdujo la devocion. Sus ejemplos y su dulzura hacian tantas conversiones como sus palabras; no habia resistencia á la modestia, á la vida ejemplar y penitente de un obispo tan grande, de un inquisidor general y de un cardenal tan santo.

Habiendo muerto en 1565 el papa Pio IV, fué colocado nuestro santo en la silla de san Pedro á solicitud de san Carlos Borromeo. Apenas se habrá visto en la Iglesia de Dios papa mas universalmente aplaudido. El clero, el pueblo romano y todos los príncipes de la cristiandad se prometieron desde luego las mayores bendiciones del cielo en su pontificado. Dió principio

á su gobierno arreglando su familia, para que sirviese de ejemplo á toda la corte romana; y habiendo persuadido á los cardenales que ejecutasen lo mismo, se introdujo la reforma tan visiblemente en toda la ciudad, que en pocos dias pareció otra. Obligó á los obispos á que residiesen, ó á que renunciasen sus obispados. Restituyó el culto divino á toda su majestad; hizo reflorecer en todas las comunidades religiosas la observancia y el fervor; desterró los desórdenes que se cometian en las tabernas, y prohibió casi todos los espectáculos públicos; dotó las doncellas pobres para librarlas de los peligros, y sacó á muchas de ellas de su mala vida; restableció la exactitud y la integridad en la policía y en la administracion de la justicia; y publicó otros muchos reglamentos muy saludables para todo el clero secular y regular.

No se limitaba su solicitud pastoral á los estados pontificios; toda la cristiandad experimentó los efectos del zelo y de la vigilancia de su santo pastor. Animada y orgullosa la herejía con la rapidez de sus progresos, y sostenida por la licencia de los grandes y por la ignorancia de los pueblos, hacia lastimosos estragos en Alemania, en Francia y en los Paises Bajos. No perdonó el santo papa á desvelos, cuidados, fatigas, arbitrios y diligencias para contenerlos. Envió legados á todas las cortes; despachó zelosos misioneros á todas las iglesias afligidas; y expendió todo el patrimonio de san Pedro en ayudar á los príncipes á reprimir los enemigos de la religion y del estado. A la vigilancia y á la solicitud de este santo pontífice deben la ciudad de Aviñon y el condado Venesino el haber sido preservados de la herejía; la Francia y los Paises Bajos no experimentaron menores efectos de su vigilancia pastoral.

Reconociendo Cárlos IX que debia no menos á las

oraciones del santo papa, que á las tropas y dinero con que le habia socorrido, las dos famosas victorias que consiguió de los hugonotes en la batalla de Jarnac y en la de Moncontour, le envió muchos estandartes. El duque de Alba confesó que se le debia la conservacio de Flandes; y en Alemania apenas se mantuvo la religion sino á costa del zelo y de la inagotable caridad de este gran santo. Ni esta se limitó á la Europa sola; extendióse hasta la América, hasta las Indias, hasta los últimos confines del Japon, donde los misioneros y los neófitos se mantuvieron algun tiempo á expensas del heróico pontífice.

No es fácil imaginar zelo mas ardiente, mas puro, ni mas universal; no habia hombre apóstolico á quien no animase con sus ejemplos, á quien no sostuviese con sus oraciones, á quien no alentase con sus socorros. Perfectamente instruido de la santidad y de la utilidad de la nueva Compañía de Jesus, no solo se declaró su protector, sino su padre. Admiraba su instituto, ensalzaba continuamente los gloriosos trabajos de sus hijos, colmóla de favores, de gracias y de privilegios con cuatro bulas que contienen el mas bello elogio que se puede hacer de la Compañía.

Mas al mismo tiempo que trabajaba tan infatigablemente en conservar la fe dentro de Europa, y en extenderla por el nuevo mundo, no perdonaba á diligencia alguna para atajar los progresos que iba haciendo el enemigo comun del nombre cristiano. Luego que ascendió al sumo pontificado, envió cuantiosos socorros á la isla de Malta, para que se reparase de lo que habia padecido en el sitio que defendió tan gloriosamente contra Soliman II, emperador de los Turcos. Habiendo su hijo, el sultan Selim II, roto el tratado que se habia hecho con los venecianos, y apoderádose de la isla de Chipre, amenazaba á Malta,

Venecia, Sicilia y á toda la cristiandad. Llenóse toda de terror, sin esperar consuelo ni esperanza sino de lo mucho que podian con Dios las oraciones del santo papa. No fué vana esta confianza de los fieles. Juntó el santo pontífice sus fuerzas con las de los príncipes cristianos, y agotó, por decirlo así, los tesoros de la Iglesia para tan gloriosa empresa. La armada otomana, compuesta de doscientas galeras, y de casi setenta fragatas y bergantines, habia echado áncoras en el golfo de Lepanto, persuadida que la escuadra cristiana no tendria valor para salir de los puertos; pero engañóse, porque al amanecer del dia 7 de octubre comenzó á entrar en el golfo. El señor don Juan de Austria que la mandaba, y Marco Antonio Colona, general de las tropas de la Iglesia, viendo que la armada turca venia á toda vela hácia ellos, dieron la señal de acometer, enarbolando el estandarte que habian recibido de mano de su Santidad.

Apenas se desplegó la imágen de un crucifijo, que se dejaba ver bordada en medio del estandarte, cuando postrada toda la escuadra cristiana, la adoró profundamente, saludándola con grandes gritos de alegría; y hecha una breve, pero fervorosa oracion, se vino á las manos. El viento que favorecia á la armada otomana, se mudó de repente, y desde el principio del combate se declaró en favor de los cristianos; y mientras el santo papa, como otro Moises, levantaba las manos al cielo, las armas cristianas consiguieron la mas completa y mas gloriosa victoria que jamás se hubiese visto. Fué este glorioso dia el 7 de octubre de 1571. Perdieron los turcos mas de treinta mil hombres, con su general ó almirante Alí-bajá, y mas de trescientas embarcaciones entre galeras y otros barcos. Hiciéronse cinco mil prisioneros, y recobraron la libertad cerca de veinte mil cautivos cristianos; fué inmenso el botin, y el fiero enemigo del

nombre cristiano quedó consternado y abatido. Despues de Dios se atribuyó toda la gloria de este memorable dia al santo pontífice Pio, que desde que salió de Roma el almirante Colona para hacerse á la vela, no habia cesado de afligir con nuevas penitencias su cuerpo ya extenuado por las enfermedades, orando continuamente, y disponiendo que todos orasen en públicas rogativas por el buen suceso de las armas cristianas; y mientras el santo papa de dia y de noche derramaba torrentes de lágrimas en la presencia del Señor, en el mismo instante en que los cristianos triunfaban de los turcos, le reveló el cielo en una especie de éxtasis aquella grande victoria.

Estaba hablando su Santidad con algunos prelados en el palacio del Vaticano, y á lo mejor de la conversacion dejólos de repente; abrió una ventana, fijó los ojos en el cielo, y estuvo inmóvil un gran rato; volvió en sí de aquella suspension, y convirtiéndose á los prelados, les dijo: *No es tiempo de hablar de negocios, id luego á dar gracias á Dios por la célebre victoria que nuestra armada naval acaba de conseguir de los turcos;* y postrándose el santo papa á los piés de un crucifijo, pasó en oracion lo restante de aquel dia. Hasta catorce dias despues no pudo llegar la posta; y sus pliegos acreditaron la verdad de la revelacion, y la puntualidad con que el cielo le habia anticipado la noticia.

Entre las oraciones públicas que mandó hacer en accion de gracias, la tierna devocion que profesaba á la Santísima Vírgen le movió á instituir una fiesta particular el dia 7 de octubre, con el título de *Nuestra Señora de la Victoria,* en reconocimiento de la que esta soberana Reina habia alcanzado de su Hijo en favor de los cristianos. Gregorio XIII, su sucesor, fijó esta fiesta al primer domingo del mismo mes, con el título de *Nuestra Señora de la Victoria, y del santo*

Rosario, cuya fiesta se celebraba ya antes con mucha devocion y solemnidad el dia 25 de marzo.

No sobrevivió mucho tiempo el santísimo pontífice á esta célebre victoria, que tanto abatió el poder y el orgullo del imperio otomano, y llenó de tanto gozo á toda la Iglesia católica. Oprimido con la fatiga de sus apostólicos trabajos, extenuado al rigor de sus ayunos y excesivas penitencias, y consumido con los ardores de su zelo, tuvo algun presentimiento de su cercana muerte. Por el mes de marzo se le avivaron extraordinariamente los dolores de piedra, que le atormentaban muchos años habia; y reconociendo que se iba acercando su fin, dobló tambien su fervor. Quiso visitar por la última vez las siete iglesias de Roma, y lo hizo con singularísima ternura y devocion. Aunque se sentia tan malo, y padecia vivísimos y continuos dolores, nunca quiso dispensarse en la abstinencia ni en el ayuno de la cuaresma. Durante su enfermedad se reconcilió todos los dias, y celebró el santo sacrificio de la misa hasta que no pudo hacerlo. Mandó que le administrasen la santa uncion, y se le oia repetir muchas veces : *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi : in domum Domini ibimus* : Estoy lleno de alegría, sabiendo que presto he de ir á la casa del Señor. En fin, despues de una breve agonía, que pudo parecer una especie de oracion, este gran papa murió con la muerte de los justos, el dia primero de mayo de 1572, en el sexto de su pontificado y á los setenta y ocho de su edad.

Fué universal la afliccion y sentimiento, no solo en Roma, sino en toda la cristiandad. No hubo pontífice mas tierna ni mas generalmente llorado. Cuanto mas se afligieron los cristianos con su muerte, tanto mas la celebraron los turcos, porque le miraban como el mas terrible enemigo de la potencia otomana. Estuvo expuesto su santo cuerpo en la iglesia de san Pedro

por espacio de cuatro dias, en los cuales fué inmenso el pueblo que acudió á venerarle, y fué acompañada su devocion de muchos milagros.

Diez y seis años despues de su muerte, el papa Sixto V hizo levantar un magnífico mausoleo en la glesia de Santa María la Mayor, adonde fueron trasladadas con grande solemnidad sus preciosas reliquias. Los muchos y grandes milagros que ha obrado el Señor por intercesion de este gran siervo suyo, despues de su muerte, y aun durante su vida, movieron al papa Clemente X á beatificarle solemnemente el dia primero de mayo del año de 1672; y finalmente, la Santidad de Clemente XI le puso en el catálogo de los santos por bula de su canonizacion que expidió en 4 de agosto de 1711; acreditando bien la magnificencia con que en todas partes se celebra su fiesta, la singular devocion y veneracion que todos los fieles profesan á este gran santo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui ad conterendos Ecclesiæ tuæ hostes, et ad divinum cultum reparandum, beatum Pium quintum pontificem maximum eligere dignatus es: fac nos ipsius defendi præsidiis, et ita tuis inhærere obsequiis, ut omnium hostium superatis insidiis, perpetua pace lætemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que te dignaste elegir por pontífice máximo al bienaventurado Pio V, para destruir á los enemigos de tu Iglesia, y para reparar el culto divino; haz que seamos defendidos con su proteccion, y que de tal manera nos dediquemos á tu servicio, que, librándonos de las asechanzas de todos nuestros enemigos, gocemos de una perpetua paz. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios,

inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testaméntum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum in odorem suavitatis.

y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

« El libro del Eclesiástico, de donde se sacó esta » epístola, se llama indiferentemente *libro de la Sabiduria*, porque contiene instrucciones y exhortaciones muy oportunas para adquirirla. Los griegos le llaman *Panaretos*, que significa compendio ó tesoro de todas las virtudes, ó libro que da preceptos para el ejercicio de todas ellas, con admirables instrucciones para todos los estados de la vida. »

REFLEXIONES.

Invenit gratiam coram oculis Domini: halló gracia á los ojos del Señor. El favor de los grandes del mundo no excluye el mérito: pero tampoco lo supone,

y mucho menos lo da. Puede lograrse sin merecerse; mas supongamos que se merezca, ¿qué provecho, qué ventaja sólida y permanente se saca de estar en su gracia? Ya es como destino de los favoritos no conservar el favor hasta el fin, ó porque los príncipes se cansan de ellos despues de haberles dado todo cuanto pueden darles, ó porque ellos se cansan de los príncipes cuando no tienen mas que esperar. Pero demos que se conserven en la gracia del príncipe hasta la muerte; de todos sus favores, ¿qué ganancia les quedará para la otra vida? A un favorito que se condenó, ¿le servirá de gran consuelo haber sido objeto de envidia en la corte, haber tenido parte en todas las gracias, haber merecido toda la confianza del príncipe? Cómprase por lo comun á subido precio el favor de los grandes; cuesta mucho el conservarle, y la desgracia, por lo regular, es efecto del capricho. ¿Cuesta tanto hallar gracia á los ojos del Señor?

Desde que quiero estar en gracia suya, lo estoy; y cuando dejo de estarlo, siempre es por culpa mia. Este favor no causa zelos; cuanto mas estrechamente se logra, con mayores ansias se desea que se aumente el número de los favorecidos. El tesoro de las gracias es infinito; por mas que se repartan y se distribuyan, nada se pierde; finalmente, hablando en rigor, sola la amistad de Dios da verdadero mérito. El nacimiento, los bienes de fortuna, un empleo honorífico, un mérito puramente exterior, la agudeza de ingenio, la penetracion, el despejo, la cultura, si dan alguno, es muy superficial y lijero. No hay duda que hay prendas naturales que hacen respetables á los hombres; pero en este respeto tiene mucha parte la imaginacion: y sobre todo, ¿de qué utilidad, y de cuánta duracion son esos imaginarios méritos? Sola la virtud no depende ni del concepto,

ni del capricho de los hombres, ni de la inconstancia de los tiempos. ¿Es uno grato á los ojos de Dios? ¿está en su gracia? pues tiene verdadero mérito. Que sea de humilde y oscuro nacimiento, que tenga ingenio ó deje de tenerlo, que sea pobre, que sea desconocido, que le falte toda humana proteccion, todo apoyo, todo arrimo: ¿es amigo de Dios? pues es hombre respetable. Los disolutos que están mas cubiertos de oro, respetan la inocencia y la virtud en el mas vil y mas andrajoso esclavo. En vano afectan ridiculizar, chancearse y hacer burla de la devocion; interiormente la estiman y la veneran. Es este un tributo que la razon paga indispensablemente á la virtud. *Halló gracia á los ojos del Señor.* En este breve panegírico se comprenden los mas grandes, los mas magníficos elogios. *Halló gracia:* pues ya hizo su fortuna por el tiempo y por la eternidad. ¡Y será posible que ni siquiera sea objeto de nuestra ambicion esta fortuna! ¡y será posible que estimemos tan poco este favor! ¡y será posible que nos haga tan poca fuerza este mérito! ¡y será posible que aspiremos á otra gloria! ¡O buen Dios, cuánto nos debe humillar este mal gusto, y este perverso modo de discurrir! pero ¡qué dolor, qué desesperacion será la nuestra algun dia por haber hecho tan poco caso de la amistad del Señor!

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est sta-

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy lejos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el

tim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens : Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus : Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait : Domine, duo talenta tradidisti mihi, ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus : Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, suprà multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco. Igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos. Pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas. Y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo : Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor : Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo : Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor : Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

CUÁNTO IMPORTA NO DESPRECIAR LAS COSAS PEQUEÑAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera con qué exactitud y con cuánto cuidado tomó cuenta el padre de familias hasta de los menores talentos, y con qué severidad castigó la negli-

gencia del siervo tímido y perezoso. Solo se descuidó en negociar con un talento, y por eso fué condenado al último suplicio. Terrible documento para los que hacen poco caso de las obligaciones mas menudas.

Aun el motivo de la grande liberalidad que ejerció el padre de familias, es leccion muy importante: *Alégrate, siervo fiel, pues porque lo fuiste en pocas cosas, yo te haré dueño de muchas.* Desengañémonos, y acabemos ya de deponer esas falsas preocupaciones. Es error imaginar que la escrupulosa exactitud en cumplir con las obligaciones y reglas mas menudas, es virtud de novicios, y que la sólida virtud no depende de esa exactitud escrupulosa; porque realmente sin ella no hay verdadera virtud. *Quia super pauca fuisti fidelis*; porque fuiste fiel en pocas cosas, esto es, en cosas pequeñas. Aquí no se habla ni de grandes sacrificios, ni de cuantiosas limosnas, ni de victorias extraordinarias; ni los desiertos, ni los cadalsos se proponen aquí por medida del premio y del salario: *quia super pauca fuisti fidelis.* Esas acciones heróicas que hacen tanto ruido, y que tanto edifican al mundo, son poco frecuentes. No todos los dias se entra en una religion; son muy raras esas grandes mortificaciones; el sacrificio de los padres, de los parientes, de los bienes de fortuna se hace una vez en la vida. Pídenos Dios un amor, una fidelidad mas constante; la fidelidad en cosas pequeñas, es fidelidad de todos los dias y de todas las horas. A cada instante se nos ofrecen pasiones que domar, ocasiones en que sufrir, humor, genio y caprichos que vencer. Estas victorias no hacen tanto ruido ni nos granjean tanto honor delante de los hombres; pero son de un precio inestimable á los ojos de Dios. ¡Cuántas gracias se siguen necesariamente á esas multiplicadas victorias! ¿Y bastará una devocion pasa-

jera, un fervor momentaneo, una virtud superficial para esta firme y constante fidelidad?. . .

Se puede decir que la virtud mas elevada depende de esta puntual fidelidad en las cosas pequeñas; ó á lo menos es cierto que para ser exacto en ellas es menester un grande amor de Dios. Para vencer las dificultades que se presentan en las acciones grandes, basta muchas veces el honor que se nos sigue de ellas; las mayores humillaciones, siendo públicas y voluntarias, traen consigo no sé qué esplendor ó brillantez que lisonjea al amor propio. Pero cuando en el cumplimiento de las obligaciones no se descubre cosa que pueda avivar el deseo de la propia estimacion; cuando todo el mérito de la obra es puramente interior; cuando son aquellas acciones comunes, oscuras y ordinarias, en que el amor propio no descubre aliciente ni atractivo; cuando los motivos de ellas son totalmente sobrenaturales, y tienen á la religion por único móvil y principio; entonces ¿qué virtud hay mas sólida, ni qué amor de Dios mas encendido ni mas puro? Y en vista de esto, ¿habrá quien se desaliente, quien desespere de llegar á la perfeccion, porque no se siente con ánimo, ó no se le ofrece ocasion para hacer cosas grandes? ¡Qué dolor, qué confusion será la nuestra cuando veamos que la mas elevada santidad dependia de la observancia de las mas menudas reglas, del cumplimiento de las mas mínimas obligaciones!

PUNTO SEGUNDO.

Considera el cuidado que ha tenido Dios de demostrarnos esta verdad, disponiendo que los efectos mas maravillosos pendiesen no pocas veces del cumplimiento de las obligaciones mas menudas, y de circunstancias al parecer muy lijeras.

¿Qué ceremonia mas lijera que la de levantar las manos al cielo? con todo eso de ella dependió la victoria de los Amalecitas. Tomar el agua en el hueco de la mano, y no bajarse para beber con mas comodidad, parecia circunstancia bien poco importante; y sin embargo, de ella dependió la salud del pueblo de Israel. ¿Qué has hecho, Joás? exclama el Profeta; ¿no has herido la tierra con tus saetas mas que tres veces? Si la hubieras herido cinco, seis ó siete, vencerias el ejército enemigo hasta derrotarle enteramente (1). Herir la tierra dos ó tres veces mas ó menos, era, ó parecia ceremonia harto lijera; y no obstante, de esta ceremonia dependia la tranquilidad y la gloria del reino de Joás.

¡O mi Dios, cuántos y cuántas andan arrastrando toda la vida por el camino de la perfeccion; cuántos y cuántas envejecen y encanecen entre mil groseras imperfecciones, llegando á morir en una lastimosa tibieza, á quienes pudiera decirse como á Joás: *Si percussisses quinquiès aut sexiès!* Ya habias vencido las mayores dificultades; dos ó tres pasos mas que hubieras dado, algunos dias, algunos meses mas de perseverancia te constituian superior á todos los respetos humanos. No hay duda que tu porte fué bastantemente regular; solo te faltó un poco mas de valor, alguna mayor fidelidad en ciertas cosillas que eran de tu obligacion, en observar ciertas reglas que parecian menudas, para conseguir de Dios gracias muy extraordinarias, y para llegar á una eminente santidad. ¡Oh cuánto duele, cuánto escuece cualquiera remordimiento en esta materia, especialmente si es dictado por el amor propio!

Si para llegar á la cumbre de la perfeccion, fuera menester atravesar mares, sacrificar todos los bienes, padecer grandes afrentas, dar crecidas limos-

(1) IV. Reg.

nas; si para ser santo fuese necesario dar la propia vida, ¿ seria lícito dudar, ni aun deliberar en este caso? ¿Podria parecernos, ni aun entonces, que costaba la santidad mas de lo que ella merecia? *Si rem grandem dixisset tibi, ecce facere debueras*, se le dijo á Naaman; *quantò magis quia nunc dixit tibi : lavare, et mundaberis?* Aunque Dios hiciera dependiente la virtud de lo mas penoso, de lo mas trabajoso que puede haber en esta vida; *ecce facere debueras*, no pudiéramos, ni debiéramos dejar de practicarlo : *Quantò magis quia nunc dixit tibi : lavare, et mundaberis?* ¿Pues qué excusa podemos alegar sabiendo que Dios tiene, digámoslo así, aligadas las mayores gracias, los mas singulares favores, la virtud mas elevada á la fidelidad en las cosas pequeñas? ¡Y qué dolor será el nuestro por haber faltado á esta exactitud y á esta fidelidad!

Bien lo experimento yo, divino Salvador mio, y no experimento menos toda la amargura de mi confusion con la memoria triste de mis pasadas tibiezas; pero este mismo dolor, efecto de vuestra gracia, me alienta á esperar que ya no faltaré mas á la fidelidad en las mas pequeñas obligaciones, mediante vuestra divina asistencia.

JACULATORIAS.

Tu mandasti, mandata tua custodiri nimis. Salm. 118.

Con mucha razon habeis mandado se guarden vuestros divinos preceptos con la mayor exactitud.

Justificationes tuas custodiam : non me derelinquas usquequaque. Salm. 118.

Resuelto estoy, Señor, á cumplir con toda puntualidad vuestros mandamientos; solamente os suplico que no me desampareis en mi flaqueza.

PROPOSITOS.

1. Es error sobradamente comun, aun en los que hacen profesion de devotos, despreciar las faltas pequeñas y hacer poco caso de las pequeñas obligaciones. La delicadeza de conciencia suele reputarse por vana timidez de una alma pusilánime; y la puntualidad escrupulosa en las cosas pequeñas es para algunos prueba de un entendimiento limitado. Quieren decir que un espíritu elevado pierde de vista esas nimiedades, y que la verdadera virtud es independiente de una multitud de menudas observancias, que abaten el ánimo, hacen enfadoso é inurbano el comercio de la vida, y en vez de fomentar la devocion, la agostan y la disecan. Sobre este falso principio se huye de todo lo que respira opresion; se da libertad á los sentidos; las pasiones viven con ensanche; ¿y qué nace de aquí? las funestas recaidas y la triste relajacion que tantas veces se experimenta. Una rendija que se desprecie, y no se calafatee, basta para echar á fondo un navío. Si se han dejado arruinar las fortificaciones exteriores, si no se han reparado las brechas ó las ruinas de las murallas, no está la plaza en estado de defensa. Levántense de pronto las trincheras que se quisiere; no puede durar el sitio cuando los sitiados se hallan tan descubiertos. Las devociones, la modestia, la circunspeccion, la observancia de las reglas mas menudas, son como aquellas obras avanzadas que tienen al enemigo apartado de la plaza. El que jamás se dispensa en la oracion de la mañana, en la leccion espiritual, en la frecuencia de sacramentos, en ciertas obligacioncillas de su estado, en ciertas reglas que parecen de poca importancia, no está expuesto á faltar á las obligaciones esenciales; pero cuando se abandonan estos puestos avanzados, cuando no están bien defendidas estas entradas, presto nos coge el enemigo

por sorpresa. Desengañémonos, que no está lejos de romper con un amigo ó con un amo, el que repara poco en disgustarle á menudo. Examínate escrupulosamente acerca de este artículo; mira si te dispensas lijeramente en el cumplimiento de ciertas obligaciones que parecen de poca monta; si has dejado ciertas devociones que á los principios de tu conversion practicabas con tanto provecho tuyo, nota y enmienda lo que te hubieres relajado en este punto.

2. Haz un firme própósito, é imponte como una ley de no dejar en toda tu vida ciertas devociones, ciertos ejercicios de religion muy saludables y muy útiles, cuyo valor ignoran muchos. Por ejemplo, persígnate, ó haz siempre la señal de la cruz como cristiano, esto es, con decencia, con devocion y con respeto, formándola perfectamente y sin garabatos, despacio, con atencion y con sosiego, como nos lo enseñaron los apóstoles, llevando la mano derecha á la frente, desde la frente al pecho, desde el hombro izquierdo hasta el derecho, y diciendo con devota pausa: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*; haz esto á menudo, porque es, como se ha dicho, una profesion de fe en compendio; y el dia de hoy parece que muchos no tienen valor, ó se avergüenzan de hacer esta profesion. ¿Quién dirá que hacen la señal de la cruz muchas personas, al observar como la hacen? Mas parece burla, irreligion y desprecio. Segundo: Nunca dejes de tomar agua bendita al entrar y salir de la iglesia. Hay algunos que tienen por devocion popular una costumbre tan cristiana, tan santa y tan antigua, y pensarian hacerse vulgares si tomasen agua bendita y la llevasen á la frente; así se va debilitando poco á poco la fe de los cristianos por unas negligencias sumamente perjudiciales á la piedad. Tercero: Tambien es una devocion de grande provecho, y de buen ejemplo, tener siempre agua bendita en el

cuarto, tomarla al entrar y al salir de él, y rociar con ella la cama al tiempo de acostarse. Cuarta: Nunca omitas la bendicion y las gracias en cada comida. En todos tiempos han sido muy exactos y religiosos los cristianos en esta santa costumbre. Pero ¡ah, y cuántos el dia de hoy se sientan y se levantan de la mesa como pudieran hacerlo unos gentiles! En vista de esto, poco nos agraviaria el que nos preguntase si entre los cristianos de nuestros tiempos hay muchos verdaderos fieles.

LA CONVERSION DE SAN AGUSTIN.

Dos conversiones celebra la Iglesia sumamente parecidas, por la calidad de los sugetos, por las circunstancias que las acompañaron y por el copioso fruto que de ellas resultó á la religion cristiana: son la del apóstol de las gentes san Pablo, y la del gran padre san Agustin. Gozosa nuestra Madre por la adquisicion de estos dos héroes que tanto la han honrado con sus obras, con su santidad y con su doctrina, quiere proponer su conversion á los fieles, para que en ella vean un ejemplo práctico de las miserias á que nos expone nuestra flaca naturaleza, y los gloriosos triunfos que consigue de ellas el poder soberano de la gracia. No se contenta con presentarnos tantos mártires esforzados de uno y otro sexo que despreciaron valerosamente los tormentos mas horrorosos y la misma muerte; tantos confesores, anacoretas, penitentes y vírgenes que vivieron en carne mortal con la misma pureza y santificacion que si hubiesen carecido de los estímulos de la concupiscencia rebelde; y últimamente, no se contenta con proponernos las santísimas vidas de Jesus y su Madre, como

reglas de nuestras acciones y modelo de nuestra vida; sino que para consolar á los pecadores y avivar sus esperanzas, quiere esta Madre amorosa que veamos cómo los que han sido pecadores, han llegado despues á ser vasos de santificacion y columnas las mas firmes de su doctrina. Esto se manifiesta claramente en la conversion prodigiosa de Agustino, cuya historia, sacada fielmente de sus mismas confesiones, es como sigue:

Agustino, nacido en Tagaste, lugar pequeño de la Numidia en Africa, por los años de 354, tuvo la desgracia de que su padre era gentil; pero en cambio le destinó el cielo una madre llena de piedad y de virtudes, que no solamente ganó á la religion católica á su marido Patricio, sino tambien á su mismo hijo, cuyo corazon estragado con una vida licenciosa, y entumecido con una vana sabiduría, se hacia mas insensible á sus santas persuasiones y consejos. Siendo muchacho, tuvo un tan recio dolor de estómago, que le puso en peligro de perder la vida (1): entonces deseó y pidió ardientemente el bautismo; pero habiéndose mejorado, juzgó su piadosa madre mas acertado dilatárselo, porque preveia que el genio vivo y demasiadamente fogoso de Agustino no tardaria en arrastrarle á vicios tan feos, que afrentarian el augusto carácter de cristiano. Así sucedió; « pues á los diez y seis años, levantándose los vapores de la concupiscencia (2), de tal modo oscurecieron su espíritu, que, sin discernir entre la dulzura del amor casto y el desasosiego del impuro, precipitaron su corazon en mil deseos desordenados y en un cenagal de inmundicias. Procuraba el Señor apartarle de ellas misericordiosamente, acibarando todos sus ilícitos gustos para que buscase deleites cumplidos sin mezcla de amargura; pero sordo con el ruido de la

(1) Lib. I. Confes. cap 11. — (2) Lib. 2. Confes. cap. 2.

cadena de su inmoralidad que llevaba siempre arrastrando, dejó que tomase entero dominio de su alma la concupiscencia, rindiéndose sin reserva á sus fragilidades. »

A esto se añadió que, habiendo interrumpido los estudios que hacia en Madaura, estuvo ocioso; y como la ociosidad es madre de todos los vicios, crecieron estos en el corazon de Agustino, fomentados con las malas compañías de otros jóvenes que le incitaban al mal, y con quienes por mera vanidad queria competir en los desórdenes. « Avergonzábase Agustino de no ser tan descarado como otros amigos suyos; porque cuando estos se jactaban de sus maldades, y con tanta mas gloria, cuanto mas feas y abominables eran, sentia no haberlas cometido él tambien, para recibir entre aquellos jóvenes disolutos elogios y alabanzas; y á veces cuando no tenia algun delito verdadero, fingia haberlo cometido, deseando que no le tuviesen en menos por su inocencia, ni le juzgasen por despreciable y abatido por ser mas casto (1). » Su corazon se encenagó tanto en los vicios, que llegó á perder la idea de la honestidad. Patricio, que á la sazon no era mas que catecúmeno, y tenia en órden á su hijo miras demasiadamente carnales, disimulaba todos sus defectos; pero Mónica sentia vivamente sus extravíos, como que los miraba como los mayores impedimentos que podia tener su hijo para conocer la verdad. Por tanto le llamaba á solas, le hablaba al corazon, le hacia conocer sus errados pasos, le persuadia á que se enmendase, y acompañaba la solidez de sus razonamientos con la fuerza imponderable de sus lágrimas. Todo esto era entonces para Agustino perder el tiempo y el trabajo; porque además de que las pasiones mandaban completamente en su alma, miraba las persua-

(1) Lib. 2 Confes. cap. 3.

siones y consejos de santa Mónica como faltos de sabiduria, y despreciaba las amonestaciones de una madre cariñosa, discreta y piadosisima, solamente porque eran amonestaciones de una mujer (1).

Siendo de edad de diez y siete años le enviaron sus padres á Cartago, para que continuase los estudios: allí al mismo tiempo continuó tambien los extravíos de sus costumbres; pues el año siguiente trabó una comunicacion tan estrecha y vergonzosa con una mujer, que de ella tuvo un hijo llamado Adeodato, cuyo ingenio alaba el santo con expresiones encarecidas. Adormecido algun tanto el vicio de la incontinencia con la hartura que lograba en la amistad ilícita, tomaron el ascendiente sobre su corazon otras pasiones tal vez mas peligrosas. Era Agustino de un ingenio sumamente vivo y penetrante. Nada se resistia á su comprension; y lo vasto de su talento, juntamente con una aplicacion infatigable, le hacian dueño fácilmente de cuantas facultades emprendia. Pero lo que le habia de estimular á reconocer los dones de Dios, y á darle humildes gracias, eso mismo fué lo que él convirtió en motivo de vanidad y de soberbia. Vestíase con elegancia, picándose de parecer galan y cortesano (2). Frecuentaba los teatros, en donde veia las imágenes de sus miserias representadas al vivo, y unas veces le sacaban las lágrimas á los ojos, otras encendian mas el fuego libidinoso en que estaba ardiendo (3). En este estado quiso Dios dar algunas aldabadas á las puertas de su alma por medio de los mismos libros que tenia entre manos. Leyó el Hortensio de Ciceron, en donde encontró aquel saludable aviso que da san Pablo á los Colosenses (4), diciendo: *Estad en vela para que ninguno os engañe por medio de la filosofía vana y falaz, fun-*

(1) Lib. 2. Confes. cap. 3. — (2) Lib. 3, c. 1. — (3) Lib. 3, c. 2. — (4) Colos. 2, v. 8.

dada en doctrina de hombres, apoyada en los principios del mundo; y no segun Cristo, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (1). « Este libro trocó todos sus afectos, y los trocó de manera, que le hizo pedir á Dios ardientemente que infundiese en su alma diversos deseos de los que antes la poseian. Despreció las esperanzas que antes le atormentaban, y solo anhelaba su corazon por conseguir la sabiduría inmortal. Comenzó Agustino á levantarse para volver al Señor; porque no leia aquel libro para ejercicio de la elocuencia, sino para aficionarse y seguir las buenas máximas que enseñaba. Lo que mas encendia el ardor de sus deseos era que allí no se le exhortaba á seguir esta ó aquella secta de filósofos, sino á buscar y amar la sabiduría como ella es en sí misma. Sola una cosa le desagradó en aquel libro, y fué el no encontrar en él el nombre de Jesucristo que habia mamado con la leche, y conservaba íntimamente grabado en su corazon desde su infancia, de manera que todo lo que estuviese escrito sin este nombre, le causaba desagrado, aunque tuviese todos los atractivos de la erudicion, de la elocuencia y aun de la verdad. »

Para perfeccionar la obra comenzada por el Hortensio, determinó Agustino dedicarse á leer las sagradas Escrituras, y ver qué cosa eran; pero esta mera curiosidad, incompatible con el espíritu humilde á que está reservada la inteligencia de aquellos divinos escritos, puso un velo á su entendimiento; y así, no solamente se quedó sin entender los soberanos misterios que llevan á la vida bienaventurada, sino que la humildad de su estilo, que juzgaba sumamente inferior al de Ciceron, le causó fastidio. Por otra parte habia llegado á apoderarse de su alma tal vanidad y soberbia, que no podia concebir que

(1) Lib. 3. Confes. cap. 4.

fuesen escritos apreciables y sublimes aquellos que no se sujetaban á su inteligencia (1). En esta turbacion y revolucion de afectos tuvo la desgracia de encontrar con los maniqueos, gente locuaz, carnal, hipócrita y extravagante, quienes le convidaron con la consecucion de la verdad, y le arrastraron á la profesion de su doctrina. Enseñaban que habia dos principios, de donde se originaban todas las cosas, uno bueno y otro malo; que la luna y el sol eran dos naves en que volvian á su principio las particulas de sustancia que se purificaban por medio de la contrariedad de elementos; que las virtudes habitaban en estos dos astros transformadas en varones. Aborrecian el matrimonio, pero en su lugar usaban de comercios ilícitos nefandos, en que abusaban torpemente de las cosas mas sagradas. Negaban que Cristo hubiese tomado carne verdadera, la resurreccion de la carne, y la inmortalidad del alma; en cada hombre ponian dos álmas, una buena de donde nacian los actos virtuosos, y otra mala de donde tomaban su origen los vicios; pero enseñaban que ambas se volvian á resolver en materia al tiempo de la muerte. A este tenor multiplicaban los maniqueos sus dogmas y sus delirios; pero sus promesas eran especiosísimas, capaces de engañar á cualquiera, y mucho mas á un jóven que deseaba la verdad (2). Se jactaban de ser ellos solos en donde se podia encontrar esta preciosa joya, lo cual persuadian con grande aparato de elocuencia y de palabras; y como no se les caia de la boca el nombre de la *verdad, y en sus lenguas ocultaban los lazos del demonio* (3), *bajo de unas palabras en que ponian una liga confeccionada con el nombre de Jesucristo y del Espíritu Santo,* no solamente lograron que Agustino fuese sectario de sus errores,

(1) Lib. 3. Confes. cap. 5. — (2) Aug. De utilitate cred. cap. 1. — (3) Lib. 3. Confes. cap. 6.

sino que este hiciese caer en ellos á su protector Romaniano, y á sus amigos Honorato y Alipio.

Luego que santa Mónica supo que su hijo se habia hecho maniqueo, se entristeció de manera que no habia para ella consuelo en todo lo criado. Lloraba dia y noche, pidiendo á Dios la conversion de Agustino, y esto con tanta copia de lágrimas, que en donde quiera que se ponia á hacer oracion, dejaba humedecida la tierra (1). No consentia que su hijo viviese con ella en su casa, ni que se sentase á su mesa, detestando hasta este punto los errores y blasfemias que nuevamente habia adoptado; y esta demostracion de desamor la duró hasta que tuvo un sueño maravilloso, en que la manifestó Dios que su hijo se convertiria. El sueño sucedió de esta manera: soñó que estaba puesta de piés sobre una regla de madera (2), y que un jóven muy gallardo, viéndola tan afligida, la preguntó cuál era la causa de su afliccion y de las lágrimas que derramaba. La santa le respondió, que la perdicion de su hijo Agustino. Entonces el jóven la mandó mirar con atencion la regla, y reflexionar que donde estaba ella tambien estaba Agustino. Miró la piadosa madre, y vió que su hijo estaba junto á la misma regla. Consolada con esta vision, fué á contársela á Agustino, esperando que causaria en él el efecto deseado; pero el ingenioso mancebo interpretó la vision muy al contrario, diciendo: *que aquello queria decir, que donde él estaba, allí estaria su madre haciéndose maniquea.* Mucho pesar recibió Mónica con esta respuesta ilusoria; pero oponiendo ingenio á ingenio, y sutileza á sutileza, le replicó: *No, hijo mio, no es eso lo que significa la vision, sino lo contrario; porque á mi no se me ha dicho: donde él está, allí estarás tú; sino donde tú estás, allí estará él.* Esta respuesta viva é ingeniosa hizo mas mella en Agustino que la vision

(1) Lib. 3. Confes. cap 11. -- (2) Ibid.

misma; pero sin embargo perseveró todavía en sus errores por espacio de nueve años, en los cuales no cesó la madre de pedir á Dios su conversion, derramando continuas lágrimas en sus fervorosas oraciones (1).

En este intermedio tuvo santa Mónica otra respuesta y misterioso aviso de que su hijo habia de abjurar la secta maniquea. Solicitó la santa de un venerable obispo que disputase con Agustino hasta convencerle de sus errores; pero el prudente prelado la disuadió, asegurándola que estaba todavía incapaz de admitir la doctrina católica; y la aconsejó que le dejase en su error por algun tiempo, sin hacer mas diligencias que rogar á Dios por él, pues estaba seguro de que continuando en estudiar y leer, llegaria á persuadirse por sí mismo de la enormidad de los errores maniqueos. Confirmó esto mismo con su ejemplo, pues habiendo sido educado desde niño en la secta maniquea, habia estudiado todos sus libros, y aun los habia copiado de propia mano; pero creciendo con la edad y el estudio sus reflexiones, llegó á conocer por sí mismo cuán abominable era aquella secta, y asi la habia abandonado. No se aquietó con todo eso Mónica; antes bien, confiando que nadie mejor podria disuadir á su hijo que el que conocia tan bien la falsedad de aquella secta, le instó con súplicas, y rogó con lágrimas que disputase con él, y le convenciese. Cansado entonces el obispo de sus importunaciones, la dijo: *Déjame, mujer, así Dios te salve; que es imposible que un hijo de esas lágrimas se pierda.* Estas palabras fueron para Mónica como un oráculo venido del cielo, y de allí en adelante mezclaba ya sus lágrimas con la consolacion de aquella profecía, que para ella en este concepto eran tenidas las palabras de aquel venerable obispo (2).

(1) Lib. 3. Conf. cap. 11. — (2) Lib. 3, cap. 12.

« Desde los diez y nueve años hasta los veinte y ocho vivió Agustino engañado, y engañando á otros, ya enseñando las artes liberales, y ya, bajo el pretexto de religion, siendo unas veces soberbio, otras supersticioso, y siempre vano. Por una parte seguia el humo del aura popular, pretendiendo llevarse siempre la gloria respecto de sus competidores, ya en los versos que hacia para los teatros, ya en las locuras de los espectáculos, y ya en la destemplanza de los apetitos. Por otra, queriendo purificarse de todas estas manchas, llevaba de comer á los que entre los maniqueos se llamaban *escogidos,* para que en la oficina de sus estómagos le fabricasen ángeles y dioses que le librasen de sus pecados (1). » Sumergido Agustino en un piélago de miserias, quiso Dios darle otro aviso, y alargarle nuevamente su mano misericordiosa para que saliese de ellas. Enseñando la retórica en Tagaste, trabó amistad, ó por mejor decir, confirmó la que desde muy niño habia tenido con un jóven paisano suyo. Este, todavía catecúmeno, seguia la verdadera fe de Jesucristo; pero pudieron tanto con él la amistad y las persuasiones de Agustino, que le obligaron á abandonarla y hacerse maniqueo. Sobrevínole una enfermedad peligrosa, y en un parasismo que le acometió, creyendo ser el último instante de su vida, le administraron el bautismo. Agustino, todo consternado de sentimiento, no se apartaba de su cabecera; mas cuando le vió volver en sí, creyéndole fuera de peligro, comenzó á burlarse del bautismo, pareciéndole que en ello daba gusto al enfermo. Pero este, á quien la gracia habia mudado interiormente, manifestó todo su horror por esta manera de hablar, le amonestó que tuviese otro lenguaje si queria ser su amigo, y con tan buenas disposiciones

(1) Lib. 4. Conf. cap. 1.

murió muy poco tiempo despues de haber sido reengendrado en Jesucristo (1).

« La pérdida de este amigo llenó á Agustino el corazon de tinieblas, en tanto grado, que en cuanto miraban sus ojos no veian sino la misma muerte. Su patria le servia de suplicio, y la casa de sus padres de una morada de infelicidad y desventura (2). Traia su alma como despedazada, é impaciente ya de habitar en el cuerpo. No encontraba descanso en los bosques amenos, ni en los juegos y cánticos, ni en los jardines olorosos, ni en los espléndidos banquetes, ni en los lechos floridos rodeados del amor y sus deleites, ni últimamente en los libros y poesía, que era el manjar mas sabroso para su alma. Todo le causaba horror, hasta la misma luz; y así determinó volver á Cartago, como lo hizo. » (3). Con la compañía de nuevos amigos y la asistencia á los teatros olvidó fácilmente aquella muerte que tanto dolor le habia causado. Pudo ya con tranquilidad dedicarse á los estudios, y así escribió los libros de *lo hermoso y conveniente*, que dedicó á un famoso orador romano, llamado Hierio, á quien únicamente conocia por su fama. Siendo ya de veinte y nueve años, sucedió que fué á Cartago un obispo maniqueo, llamado Fausto, que engañaba á muchos con la suavidad de sus palabras. Hablaba en público, teniendo á todos suspensos, aun al mismo Agustino, que, como los demás, alababa y admiraba su elocuencia. Como este obispo era uno de los mas sabios que tenia la secta de los maniqueos, pensó nuestro jóven que en él hallaria la luz de la verdad por que tanto anhelaba su corazon. Oia atentamente sus discursos; pero en ellos no encontraba mas que un gran follaje de palabras y ninguna sustancia de verdades. Acercóse mas á él, hablóle de

(1) Lib. 4. Confes. cap. 4. — (2) Lib. 4, cap. 4. — (3) Lib. 4, cap. 7.

materias científicas, propúsole sus dudas; pero encontró con un hombre tan vacío de ciencia como lleno de orgullo, que pretendia se le creyese sobre su palabra como á un Espíritu Santo; últimamente, incapaz por confesion suya de disputar con Agustino, y mucho mas de aclarar sus dificultades, manifestándole la verdad, que era lo que buscaba (1). Este desengaño le hizo despreciar en su interior los errores de los maniqueos, y casi abandonar su secta; y el deseo de encontrar la verdadera religion, juntamente con las persuasiones de sus amigos, le inspiraron el proyecto de pasar á Roma, como lo ejecutó engañando á su madre, y dejándola á la orilla del mar sumergida en lágrimas (2).

Luego que llegó á Roma, cayó enfermo de una enfermedad peligrosa que le puso á las puertas de la muerte; pero ni se acordó siquiera de pedir el bautismo de Jesucristo, persuadido de que no habia sido mas que un fantasma el cuerpo que los Judíos crucificaron (3). Permaneció algun tiempo en aquella ciudad, unas veces tratando con los maniqueos, de cuya secta era el huésped de la casa donde estaba, otras inclinándose á dudar de todo con los académicos, otras oyendo y consultando á los católicos, para ver si podia alcanzar la verdadera inteligencia de los libros sagrados y de sus misterios. Habia presenciado en Africa algunas disputas que tuvo Elpidio con los maniqueos, y habia visto que estos no podian deshacer las razones que les proponia, ni dar salida é interpretacion á los textos de la Escritura que les alegaba (4). Esto mismo le hacia desear ardientemente encontrar con algun varon católico piadoso y sabio á quien oir, y de quien ser instruido; y Dios, que por caminos desusados y secretos iba disponiendo en Agustino un

(1) Lib. 6. confes. cap. 3. 5 y 6. — (2) Lib. 5. cap. 8. — (3) Lib 5, cap. 9. — (4) Lib. 5, cap. 11.

doctor y un padre de su Iglesia, hizo que, pidiendo los magistrados de Milan á Simaco, prefecto de Roma, que les enviase un maestro de retórica, pusiese este los ojos en el vacilante jóven á instancias de los mismos maniqueos. De este modo se verificó que, pasando á Milan, visitase á san Ambrosio, que este santo prelado le recibiese con la mayor benignidad, y que en sus sermones y discursos al pueblo escondiese la gracia aquel poderoso anzuelo con que Agustino habia de ser sacado de las aguas corrompidas del siglo.

Al principio oia al santo obispo por sola curiosidad, y por ver si eran su ciencia y mérito iguales á su fama; pero como al mismo tiempo no podia menos de percibir toda la fuerza que tiene la verdad por sí misma, iba conociendo poco á poco que las doctrinas de los católicos podian defenderse muy bien, y llegó enteramente á abandonar el maniqueismo (1). Determinó, pues, permanecer en estado de catecúmeno, mientras no descubriese con certeza cuál era la religion y doctrina que debia seguir, para alcanzar aquella vida dichosa por la que tanto suspiraba. Por este tiempo, que era ya el año treinta de su edad, fué á Milan en busca suya, y mucho mas de su salud eterna, la piadosa Mónica. Díjola Agustino que ya no era maniqueo, ni tampoco católico cristiano; y la prudente madre, que conoció que la verdad iba venciendo á su hijo por grados, multiplicó sus oraciones y sus lágrimas, esperando firmemente que Dios habia de concluir la obra comenzada (2). Asistia Agustino á los sermones de san Ambrosio, y los oia con suma atencion, y su entendimiento se iba ilustrando poco á poco, de manera que cada vez le parecia mas racional la doctrina del Evangelio. Los muchos cuidados y ocupaciones del santo obispo no permitian á

(1) Lib. 5. Confes. cap. 14. — (2) Lib. 6, cap. 1.

Agustino tratar con él y comunicarle sus dudas, con aquel espacio que ellas necesitaban para resolverse. Iba á su casa, pero se contentaba con verle estudiar; mirábale como á un varon respetable, lleno de piedad y de sabiduría, de que rebosaban sus pláticas, en las cuales trataba puntos que no parecian sino destinados á labrar la conversion de Agustino. La mayor dificultad de este consistia en el sacrificio que debia hacer de sus luces en obsequio de la fe. Parecíale sumamente repugnante y dificultoso haber de dar crédito á cosas y misterios sobrenaturales, que exceden la capacidad del entendimiento humano. « Pero meditando consigo mismo cuántas cosas creia sin haberlas visto, como son una multitud de hechos que refieren las historias, la existencia de tantos pueblos, y la noticia misma de que Patricio y Mónica eran sus padres, vino á concluir que para conocer la verdad era necesaria la autoridad de las sagradas Escrituras, y comenzó á creer que de ningun modo hubiera Dios dado tanta autoridad en todo el mundo á aquellos libros, si no fuese su voluntad que le creyesen por ellos, y por ellos le buscasen (1). »

Sin embargo de todo esto, como en su alma dominaban los deseos de honores, de riquezas y de placeres, estaba preso con unas cadenas de hierro, que le impedian dar pasos mas acelerados hácia la verdad. Consultaba continuamente con su amigo Alipio, y con cuantos conocia que podian iluminar de algun modo sus tinieblas; estudiaba incesantemente, y oia con gusto las persuasiones de su santa madre; pero nada bastaba á contrastar el peso que hacian en su alma, por una parte el deseo de ver la verdad con evidencia, y por otra las vivas pasiones que la tenian dominada. Por este tiempo fué á Roma, acompañado de Alipio, que gustaba demasiado de los espectáculos sangrien-

(1) Lib. 6. Confes. cap. 5.

tos; y nuestro santo tuvo ocasion de ejercitarse algo en la mansedumbre cristiana, disuadiéndole de asistir á los juegos del circo, cubierto siempre de horrores y de sangre. Volviendo despues de algun tiempo á Milan, en compañía del mismo Alipio, encontró allí Nebridio, su paisano, que habia dejado su patria, sus bienes y su madre por buscar la verdad, agitado de dudas poco diferentes de las que inquietaban el alma de nuestro jóven. Estos tres amigos trataban en sus conversaciones de aquella materia que tenia sin sosiego sus almas. Deseaban una vida quieta y tranquila, libre de todos los vaivenes de la fortuna, y acompañada de una felicidad verdadera que no estuviese sujeta al tiempo ni á sus mudanzas. No encontraban este bien ni en las ciencias, ni en las diversiones, ni en los banquetes, ni en el favor y amistad de personas poderosas; pues todo esto tenian, y con todo se reputaban por infelices. Principalmente Agustino se hallaba tan vencido del amor, que le parecia imposible poder vivir sin la compañía de una mujer. Su madre, que conocia bien su pasion, trató de casarle, y aun le buscó una graciosa jóven para esposa, arrancando de su lado aquella que habia venido cebando su cariño desde Africa (1).

Entre tanto, abrumado con las inquietudes y molestias de la vida, é indeciso en el partido que podia tomar en las crueles dudas que angustiaban su alma, trató con sus amigos de huir del bullicio de las gentes para vivir en un sosegado retiro. Dispuso que de los bienes de todos, que serian como unos diez compañeros, se hiciese una masa comun de donde se proveyese á las necesidades de todos; nombrándose anualmente dos administradores que cuidasen de las cosas temporales, para que los demás viviesen quietos tratando solamente de las ciencias y del espíritu.

(1) Lib. 6. Confes. cap. 6, 7, 8, 10, 13.

Ya estaban para poner en ejecucion este proyecto; pero reflexionando despues que por ser algunos de ellos casados, deberian tener mujeres en su compañía, conocieron que todo lo proyectado era imposible, y así volvió Agustino á sus antiguos gemidos é inquietudes (1). Enredóse nuevamente con los amores ilícitos de otra mujer; porque como le habian quitado aquella de quien tenia un hijo, por juzgar que podia servir de impedimento al matrimonio proyectado, y este no podia efectuarse por no tener todavía la esposa la edad competente, no pudo resistir los ímpetus de la incontinencia (2). Así iba sumergiéndose en un abismo de delitos, y multiplicando los lazos de su perdicion; pero el misericordioso Dios nunca le perdia de vista, ni dejó su corazon tan desnudo de sentimientos saludables, que no sintiese el agudo aguijon de los remordimientos. « En medio de la multitud de opiniones que siguió Agustino en todas las materias, nunca llegó á dudar que despues de la muerte le quedaba otra vida á nuestra alma, ni que habia de ser la suerte de los buenos y de los malos enteramente diversa. Esta persuasion le habia hecho mirar con desprecio el sistema de Epicuro, á quien sin este defecto hubiera concedido la palma entre todos los filósofos. Por tanto, en medio de sus liviandades y extravíos, siempre le atormentaba el miedo de la muerte, y del juicio que ha de hacer Dios de las obras buenas ó malas; y este mismo miedo era un estímulo continuo que le impelia á salir del abismo de los deleites carnales en que estaba encenagado (3). »

Ya iba acercándose el tiempo en que habia de triunfar la gracia de todas las dudas y perplejidades de Agustino, y en que, sujetas á la razon las pasiones, habia de poner la virtud un trono estable en el mismo

(1) Lib. 6. Confes. cap. 14. — (2) Lib. 6, cap. 15. — (3) Lib. 6, cap. 16.

corazon en que habia reinado el vicio. Esta operacion en un hombre tan sabio, que no se movia sino por principios, se habia de hacer por medio de la ilustracion de su entendimiento. Así dispuso Dios que llegasen á sus manos los libros de Platon, traducidos del griego por Victoriano filósofo, en los cuales encontró muchas de aquellas verdades difíciles que manda creer sin investigarlas la religion cristiana. Tales fueron la generacion eterna del Verbo (1), *que era en el principio, y el Verbo estaba con Dios, y Dios era el Verbo; que Dios Verbo no nació de la carne ni de la sangre, ni por voluntad de varon, ni de la carne, sino que nació de Dios*; que el Hijo es igual sustancialmente al Padre; que es ante todos los tiempos, y sobre todos los tiempos coeterno con su padre Dios; y últimamente, *que la gloria* (2), *debida solamente á Dios incorruptible, se habia trasladado y atribuido á los ídolos y vanos simulacros, hechos á manera y semejanza del hombre corruptible, y de aves, de cuadrúpedos y de serpientes* (3). Haciendo Agustino esta lectura y reflexionando sobre ella, tuvo una vision interna; una luz inconmutable, superior á todas las cosas criadas, descendió sobre su alma; sus rayos eran tan brillantes y tan vivos, que deslumbrado Agustino no podia sostener su claridad. Estremecióse de amor y de espanto, y halló que estaba muy lejos de Dios, y parecióle que oia su voz que le decia : *Yo soy comida de los que son grandes : crece, y entonces te serviré de manjar; pero no me convertirás en tu sustancia como los otros alimentos de que se sustenta tu cuerpo, sino que tú te convertirás en mí* (4).

Con esta luz y vision celestial quedó Agustino tan enseñado, que llegó á creer la existencia de aquella verdad que se ve y conoce por las criaturas (5), esto

(1) Joan. 1. — (2) Rom. 1, 21. — (3) Lib. 7. Confes., cap. 9. — (4) Lib. 7, cap. 10. — (5) Rom. 1, 20.

es, de Dios, con mas firmeza que creia su propia existencia. Leyó despues las epístolas de san Pablo; las sublimes verdades del Evangelio se iban apoderando de su corazon, conociendo cuanta diferencia hay de la doctrina eterna y verdadera de Dios, á la vana é hinchada sabiduría de los filósofos. Los libros de Platon, aunque le habian enseñado algunas verdades, le habian hecho mas soberbio; al contrario los sagrados, ilustrando su entendimiento, le infundian un espíritu de humildad para buscar la verdad por el camino que es la verdad misma (1). Tôdo cuanto habia leido en san Pablo, se le habia quedado impreso en el alma. Hallábase como sitiado por todas partes: cierto ya de la vida eterna y de todas las verdades que deseaba, sin otra necesidad que la constancia y la firmeza en lo que habia aprendido. Pero acerca del género de vida que habia de emprender, tenia muchas dudas; y aunque le agradaba el camino, que era el mismo Salvador, estaba tibio y perezoso para pasar lo que este camino tiene de estrecho. Para vencer estos obstáculos, determinó ir á verse con Simpliciano, varon santísimo, á quien el mismo san Ambrosio veneraba, como que habia sido padre suyo en la fe, dándole el bautismo (2).

Propúsole sus dudas, manifestóle su corazon, hízole patentes las llagas de su alma, contándole muy por menor los grados por donde habia llegado al estado en que se hallaba, y las dificultades que á la sazon le oprimian. Díjole que habia leido los libros de Platon, traducidos por el filósofo y orador romano Victorino, y las verdades que en ellos habia encontrado. Alegróse el santo anciano, y le dió el parabien de haber leido aquel filósofo griego, porque en sus obras se da una idea mas clara de Dios y del divino Verbo. Despues le refirió la conversion mara-

(1) Lib. 7. Confes. cap. 20, 21. — (2) Lib. 8, cap. 2.

villosa de Victorino, á la que él mismo habia contribuido: « De qué manera aquel doctísimo anciano y sapientísimo en todas las ciencias y artes liberales, que habia leido tantas obras de filósofos, y las habia criticado é ilustrado; que habia sido maestro de tantos nobles senadores; que por la excelencia de su sabiduría mereció que se le erigiese una estatua en la plaza pública de Roma, que es lo mas glorioso que hay para los ciudadanos de este mundo; que hasta aquella edad tan avanzada habia adorado y venerado á los ídolos, sin exceptuar los monstruos que Roma habia tomado de Egipto; que finalmente, tantos años habia defendido estas idolatrías con su elocuencia y con su fama, no se avergonzó en su ancianidad de humillarse como un niño, para recibir el sello de siervo de Jesucristo y renacer con el bautismo, sujetando su cuello al yugo del Evangelio, y sellando su frente con la cruz que antes tenia por oprobio (1). »

Esta relacion de Simpliciano hizo en Agustino todo el efecto que se habia propuesto. Admiró el esfuerzo con que un hombre de sus circunstancias habia atropellado por todos los obstáculos del mundo, sin ser bastante para detenerle su descrédito con los senadores, el desagrado de sus amigos, y el haber de cerrar su escuela de retórica, porque el emperador Juliano habia prohibido á los cristianos enseñar las letras humanas. Encendióse en deseos de hacer lo mismo que habia hecho Victorino, cuya conversion atribuyó á su fortuna, mas bien que á fortaleza y virtud. « Pero Agustino estaba atado con cadenas mas fuertes que de hierro. El comun enemigo dominaba despóticamente en su voluntad, de la cual habia hecho una cadena con que le tenia preso. Porque pervertida la voluntad nació el apetito desordenado; este produjo

(1) Lib. 8, cap. 2.

con la continuacion la costumbre, y la costumbre sin freno pasó á necesidad y naturaleza. De estos eslabones se formaba la cadena que tenia á Agustino en una dura servidumbre. Las verdades del Evangelio, la vida cristiana y las divinas promesas le agradaban, pero sin acabar de vencerle; y los gustos de la carne y sangre le deleitaban de modo que le ataban, sin dejarle libertad bastante para acabar de abandonarlos. Parecíale que Dios hablaba interiormente á su alma diciéndole aquello del Apóstol (1): *Levántate de ese profundo sueño: sal de entre los muertos, y te iluminará Cristo*; pero tibio y perezoso respondia: *Ahora; de aquí á un instante; déjame otro ratito*; palabras que denotaban lo asida que estaba su alma al sueño peligroso de la culpa (2). »

Al paso que se multiplicaban los golpes con que la gracia de Dios combatia el corazon endurecido de Agustino, crecian en este las congojas, los suspiros y los deseos de acabar de resolverse; y cuando apenas habia acabado de sufrir un golpe, ya Dios le tenia preparado otro. Un dia que estaba en su casa con Alipio, fué á visitarle un paisano suyo llamado Ponticiano, hombre muy principal, empleado en el palacio del emperador. Vió por casualidad sobre una mesa de juego las epistolas de san Pablo: sorprendióse de ver un tal libro en poder de Agustino, y como era fiel y verdadero cristiano, le dió la enhorabuena. Despues comenzó á hablarles de san Antonio y de su admirable vida, de los muchos monjes que vivian virtuosamente recogidos en monasterios, y de otros mas penitentes y retirados que habitaban en los desiertos. Además de esto les contó la maravillosa conversion de dos amigos suyos, que se hicieron anacoretas en Tréveris, dejando el palacio del emperador á quien servian, y renunciando á dos hermosas don-

(1) Ephes. 5, 13. — (2) Lib. 8, cap. 5.

cellas con quienes tenian contraidos esponsales, las cuales imitaron el ejemplo de sus esposos y consagraron á Dios su virginidad (1). Todas estas cosas hicieron en Agustino una sensacion vivísima, y cada una de ellas era para él un espejo en que veia su flaqueza para horrorizarse de sí mismo. Despachó Ponticiano el negocio que habia motivado su viaje, y se despidió, dejando anegado á su amigo en un mar de congojas.

Entonces todo turbado y fuera de sí, se volvió hácia Alipio, y con una especie de arrebato exclamó diciendo: *¿Qué es esto que pasa en nosotros? ¿qué es lo que nos sucede? Levántanse los ignorantes, y se apoderan del cielo; ¿y nosotros, con nuestras doctrinas, sin juicio ni cordura nos estamos revolcando en el cieno de la carne y sangre? ¿Acaso tenemos vergüenza de seguirlos porque van delante de nosotros? ¿No seria mas vergüenza el no seguirlos?* Mientras decia estas palabras, Alipio le miraba silencioso, advirtiendo en el color encendido de sus mejillas, en lo exaltado de los ojos y en el tono irregular de la voz, la furiosa tormenta que sucedia dentro de su corazon. En este estado retiróse Agustino á un huerto que habia en su casa, y Alipio le siguió sin hablarle palabra. Sentáronse en lo mas retirado. Agustino bramaba enfurecido, y se irritaba contra sí mismo, reprendiéndose la tardanza en ir á abrazarse con Dios. Arrancábase los cabellos, dábase palmadas en la frente, cruzaba las manos y se apretaba las rodillas, y hacia otros extremos y contorsiones con todos los miembros de su cuerpo. Decia en su interior: *Ea, hágase al instante; ahora mismo se han de romper estos lazos.* Iba ya á ejecutarlo; pero no lo hacia, porque temia morir á lo que es verdadera muerte. Los pasatiempos frívolos, las vanidades de vanidades, sus antiguas amigas le venian á la memoria, pareciale que se llegaban á él,

(1) Lib. 8, cap. 6.

y qué tirándole de la ropa, le decian en voz baja: « Pues qué, Agustino, ¿nos quieres abandonar? ¿qué, » desde este instante no estaremos ya contigo para » siempre jamás? ¿qué, desde este instante, no te » será ya lícito esto y aquello para siempre jamás? » ¿piensas que te será posible vivir sin estas cosas » en que tanto deleite tiene tu alma? »

Luego se le representaba la amable continencia con un rostro sereno, majestuoso y alegre, y le halagaba honestamente, convidándole á que se llegase adonde estaba, y desechase los temores que le detenian. Extendíale sus piadosos brazos para recibirle en su seno, é incorporarle á una multitud de santos, cuyo ejemplo le proponia, y á los que tenia abrazados. Allí veia innumerables personas de todas edades, sexos y condiciones; multitud de mozos y de doncellas, de jóvenes y de ancianos, de viudas venerables y de vírgenes que habian envejecido en la castidad. Veia tambien la continencia con una graciosa sonrisa, como que le decia: « Pues qué, ¿no podrás tú lo que pueden todos » estos y estas? ¿por ventura lo que estos y estas » pueden, lo pueden por sus propias fuerzas, ó por » las que la gracia de su Dios y Señor les ha comuni- » cado? Su Dios y Señor les dió la continencia; pues » yo soy dádiva suya. ¿Para qué confías en tus pro- » pias fuerzas, si esas no pueden sostenerte, ni darte » firmeza alguna? Arrójate con confianza en los bra- » zos del Señor, y no temas, que no se apartará de tí » para dejarte caer. Arrójate seguro y confiado, que » él te recibirá en sus brazos y te sanará tus llagas.» Avergonzábase Agustino, oyendo estas reconvenciones, de que le tuviesen preso todavía los lazos débiles de los deleites antiguos; y entonces la continencia volvió á decirle: « Hazte sordo á las voces de tu » concupiscencia; las delicias que te promete, no » pueden compararse con las que hallarás en la ley

» de tu Dios y Señor. » Alipio veia en Agustino unos movimientos extraños, una inquietud que parecia frenética; pero aunque adivinaba la lucha interior que agitaba su espíritu, no quiso interrumpirla, sino esperar su fin con paciencia y silencio (1).

Aumentándose la tormenta en el alma de Agustino con la consideracion de sus miserias, cuya deformidad veia claramente, sintió que un torrente de lágrimas iba á salir de sus ojos; y como se llora mas libremente cuando se está solo, se levantó del lado de Alipio, alejóse lo bastante para no ser comprimido, y se echó debajo de una higuera sin saber de qué manera ni en qué postura. Allí comenzó á derramar tal copia de lágrimas, que parecian dos rios que salian de sus ojos, y hablando con Dios, con razones interrumpidas, le decia: *Y vos, Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo habeis de mostraros enojado? No os acordeis, Señor, de mis maldades antiguas.* Conocia Agustino que eran sus pecados los que le tenian preso, y así con lastimosas voces decia á gritos: *¿Hasta cuándo, hasta cuándo diré yo: Mañana, mañana? ¿Porqué no ha de ser hoy? ¿Porqué desde este mismo instante no he de poner fin á todas mis maldades?* Mientras hablaba de esta manera, el corazon partido de dolor, y llorando amargamente, oyó en una casa vecina una voz como de un niño, que cantaba y repetia muchas veces estas palabras: *Toma y lee, toma y lee.*

Mudó de semblante Agustino, y se puso á pensar si habia algun juego en que los niños usasen de aquellas voces; y no acordándose haberlas oido jamás, interrumpió sus lágrimas, y se levantó de donde estaba, en la persuasion de que esta era una advertencia del cielo. Acordóse al mismo tiempo que san Antonio se habia convertido oyendo leer un pasaje del Evangelio.

(1) Lib. 8. Confes. cap. 11.

Volvió al sitio donde habia dejado á Alipio, porque allí habia dejado tambien las epístolas de san Pablo: tomó en sus manos el libro; le abrió, y leyó lo primero que se presentó á sus ojos, que eran estas palabras: *No en banquetes ni en embriagueces; no en disolucion y deshonestidades; no en contiendas y emulaciones; sino revestios de nuestro Señor Jesucristo; y no os cuideis de satisfacer los apetitos del cuerpo* (1). No quiso Agustino leer mas, ni fué necesario; pues luego que acabó de leer esta sentencia del Apóstol, un rayo de luz clarísima disipó todas las nubes que le causaban sus dudas, é introdujo la calma en su corazon. Convirtióse, pues, Agustino á su Dios; comunicó su determinacion á Alipio, que, aunque algo débil todavía en la fe, se unió á su resolucion y buen propósito: y ambos juntos se entraron en el cuarto de santa Mónica, quien oyendo por menor las misericordias que el Señor habia derramado sobre su hijo, no cabia en sí de gozo; dirigia afectuosísimas bendiciones al cielo, derramando ahora mas lágrimas de alegría que solia antes de amargura por la conversion de su hijo (2).

Este, entregado ya todo á Dios, no pensaba ni en matrimonio, ni en riquezas, ni en honores, ni en cosa alguna de este mundo. Renunció la cátedra de retórica, y en compañía de su madre, de Adeodato y de Alipio, se retiró á una quinta de un amigo suyo llamado Verecundo, en el campo de Casiciaco, á prepararse para recibir el bautismo. Allí se ocupó en fervorosa contemplacion de los bienes eternos, y del que Dios acababa de hacerle, sacándole de las tinieblas de sus errores. Leia las santas Escrituras, y comenzó á escribir contra los académicos; tambien compuso los dos primeros libros de los soliloquios, que están llenos de los afectos de su fragrantísima caridad (3). Avisó á san Ambrosio de su conversion, y de como

(1) Paul. ad Rom. 13. — (2) Lib. 8. Conf. c. 12. — (3) Lib. 9, c. 3 y 4.

queria recibir el sagrado bautismo; y habiendo vuelto á Milan, fué bautizado (1) por el santo obispo, en compañía de Alipio y Adeodato, en 24 de abril del año de 387, siendo de edad de treinta y tres años. Es tradicion bastante autorizada, que en el acto del bautismo comenzó san Ambrosio, estimulado de la interior alegría que le causaba la conversion de Agustino, el himno *Te Deum laudamus*; respondiendo el recien bautizado: *Te Dominum confitemur*; y prosiguiendo alternativamente hasta concluir un himno tan sublime y tan devoto, que ha consagrado la Iglesia para manifestar á Dios sus afectos y darle gracias por los mayores beneficios. Celebra esta festividad toda la iglesia de España por solicitacion de la serenísima reina doña Isabel Farnesio, que quiso que á imitacion de la religion augustiniana, que ya celebraba la conversion de su patriarca desde el año de 1388, celebrase tambien su reino la gloria de una conversion que dió un maestro de la doctrina verdadera al orbe cristiano, un padre y protector á la Iglesia católica, un martillo á los herejes, una antorcha brillante á los concilios, una luz copiosa á todos los sabios, un vaso de eleccion, y un ejemplo de santidad heróica á los fieles de todos los estados en que se halla dividido el mundo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, el santo papa Pio V, del órden de Predicadores, el cual aplicándose con zelo y con buen éxito á restablecer la disciplina eclesiástica, extirpar las herejías, y reducir los enemigos del nombre cristiano, gobernó la Iglesia católica con leyes sabias y con los ejemplos de una santa vida.

En Roma, santa Crescenciana mártir.

Allí mismo, san Silvano mártir.

(1) Lib. 9. cap 6

En Alejandría, san Eutimio diácono, que murió en la cárcel por Jesucristo.

En Tesalónica, la fiesta de los santos Ireneo, Peregrino é Irene, que espiraron en las llamas.

En Auxerre, el martirio de san Joviniano lector.

En Alicate en Sicilia, san Angel presbítero, del órden de Carmelitas, que fué muerto por los herejes en defensa de la fe católica.

En Jerusalen, san Máximo, obispo y confesor, á quien el César Maximiano Galerio hizo arrancar un ojo y quemar un pié con un hierro ardiendo, y despues le condenó á las minas.

En Edesa en Siria, san Eulogio, obispo y confesor.

En Arlés, san Hilario obispo, esclarecido en santidad y doctrina.

En Viena, san Nizier, obispo, venerable por su santidad.

El mismo dia, san Sacerdote, obispo de Sagunto en España.

En Milan, san Geroncio obispo.

Allí mismo, la conversion de san Agustin, obispo y doctor de la Iglesia, á quien bautizó en este dia el obispo san Ambrosio, despues de haberle instruido en las verdades católicas.

La misa es propia de la festividad, y la oracion la siguiente

Deus, qui hodiernam diem beati Augustini, confessoris tui atque pontificis, mirabili conversione decorasti : præsta, quæsumus, ut sicut Ecclesiam tuam propulsis erroribus protegit, ita corda nostra precibus suis contra malignos spiritus, tua gratia irrigante, defendat. Per Dominum nostrum...

O Dios, que ennobleciste este dia con la conversion admirable de tu bienaventurado confesor y pontífice Agustino : concédenos, que así como protege á tu Iglesia desterrando los errores, así tambien defienda nuestros corazones de los espíritus malignos, alcanzándonos tu gracia por su intercesion y sus ruegos. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 13 de la que escribió san Pablo á los Romanos, y contiene las palabras que leyó Agustino avisado de la voz del cielo, con las cuales se convirtió perfectamente á Dios.

Nox præcessit, dies autem appropinquavit. Abjiciamus ergo opera tenebrarum, et induamur arma lucis. Sicut in die honestè ambulemus: non in comessationibus et ebrietatibus, non in cubilibus et impudicitiis, non in contentione et æmulatione; sed induimini Dominum Jesum Christum.

Hermanos: Precedió la noche y se acercó el dia. Echemos, pues, de nosotros las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Caminemos honestamente como que es de dia; no en comidas y embriagueces, no en deleites y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones; sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo...

REFLEXIONES.

Con dificultad se pueden proponer motivos mas poderosos para la conversion de una alma, que los que alega san Pablo escribiendo á los Romanos, y son los mismos que sirvieron á la conversion del grande Agustino. Propone primeramente, para indicar el estado feliz de los cristianos, que pasó ya la noche de las sombras ó figuras del antiguo testamento, ó mas bien de las cosas de este mundo transitorias y perecederas; y que en lugar de la noche nos amaneció la luz de la verdad, la luz de la ley de gracia, la luz de una sabiduría eterna, la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, la luz en fin, que luce en las tinieblas, y que las tinieblas no oscurecieron de modo alguno. A esto parece deber añadirse como una consecuencia forzosa, que, supuesto que tenemos la dicha de vivir entre luces tan brillantes, abandonemos las tenebrosas obras de los vicios, dejando los banquetes, las deshonestidades,

las contiendas y todo lo terreno, y siguiendo la doctrina de Jesucristo. Esta misma doctrina se está continuamente inculcando desde las cátedras del Espíritu Santo por boca de los ministros del Evangelio. Todos sus discursos se dirigen principalmente á este importante objeto, porque conocen que mientras los hombres no se aparten de los atractivos de la carne y sangre, de los embelesos del mundo, y de obedecer á las sugestiones del enemigo comun, no pueden ser participantes del reino de Jesucristo.

Conversion, conversion, es la voz mas comunmente repetida : conversion clama la conciencia de cada uno, oprimida con un peso insoportable de delitos; y conversion nos dicta la razon misma casi en todos los instantes de nuestra vida. En medio de los mas vivos placeres, cuando los sentidos están embelesados con los objetos mas lisonjeros, no deja de hacerse lugar la gracia para decirnos interiormente, que todo cuanto ofrece este mundo no sacia nuestro corazon; que todo es aparente y falso; que sus mayores felicidades y delicias no son mas que unas apariencias teatrales, que entretienen los ojos por un instante, y se desvanecen con la misma facilidad con que se forman. La solidez de la verdad no se puede eludir; sus acusaciones son ciertas é indubitables, sus propuestas razonables y justas; nuestro corazon se da por sentido, nuestra alma conoce la necesidad que tiene de convertirse por su mismo interés y provecho; pero con todo eso, ¿cuántos son los que oyen los clamores de su conciencia, y procuran tranquilizarla? ¿cuántos son los que oyen el trueno con que amedrentan los promulgadores de la divina Justicia, y conciben un miedo saludable y eficaz para salir de sus delitos? ¿cuántos los que á las reprensiones interiores de la gracia responden como Agustino, mañana, mañana me convertiré?

Si los bienes de este mundo, aunque tan bajos y despreciables para un ente espiritual como es el alma, fueran eternos; si llegaran á saciar nuestros apetitos, y darnos tranquilidad en nuestros deseos; si viéramos alguno que disfrutando riquezas, honores, fama, delicias, y cuanto tiene el mundo de apetecible, estuviese exento de temores y disgustos, parece que habria alguno excusa para retardar la conversion á Dios con la esperanza de mejorar la suerte de esta vida. Pero si vemos todo lo contrario; si los honores cargan de nuevos sinsabores á los que los logran; si las riquezas traen consigo el afan de adquirirlas, el cuidado de conservarlas y el dolor de haberlas de dejar; si los deleites no son mas que un poco de imaginacion exaltada, y no tienen otra realidad que el arrepentimiento que dejan al que se ha entregado á ellos, ¡qué locura es la de los hombres en no resolverse á abandonarlo todo para hallar la verdadera paz, la verdadera felicidad que está en seguir á Jesucristo! Alma redimida con la sangre preciosa del Unigénito de Dios, tú, que al leer estas razones sientes interiormente la mocion del Espíritu Santo, que te convida con las misericordiosas efusiones de su gracia; tú, que ahora mismo estás oyendo la voz de tu conciencia, que pide que te conviertas á Dios y dejes ese estado infeliz en que te hallas, no te hagas sorda; no temas dejar los torcidos y escabrosos caminos del vicio; arrójate en los brazos de tu Redentor con confianza; resuélvete y muda de vida, cortando de una vez los lazos que te tienen atada, y despreciando, como dice san Pablo, todos los deleites de la carne, y todos los gritos con que te llaman sus torpes apetitos.

El evangelio es del cap. 19 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Petrus ad Jesum : Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis : Amen dico vobis, quod vos, qui secuti estis me, in regeneratione, cum sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus : He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido : ¿qué premio, pues, recibirémos? Pero Jesus les respondió : En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

DE LOS FRÍVOLOS PRETEXTOS QUE SE OPONEN Á LA PRONTA CONVERSION DE LOS PECADORES.

PUNTO PRIMERO.

Considera, que aunque es verdad de fe que Dios no desampara á ningun pecador que se convierte con sencillez é implora su misericordia, tambien es verdad de fe que ningun pecador puede convertirse á Dios, si el mismo Dios no le ayuda con su gracia; y que esta no está en la mano del hombre, sino que pende únicamente de la divina clemencia.

Podemos por nosotros mismos caer en el pecado,

dice san Agustin; pero no podemos levantarnos, si Dios no nos extiende su mano benéfica. El arrepentimiento de los pecados debe nacer de un principio sobrenatural, para que sea provechoso y logre el fin deseado; y así nadie puede arrepentirse, si Dios liberalmente no se lo concede, dándole gracia para salir de la culpa. Siendo esto así, considera ahora si merecerá que Dios le haga el beneficio de darle esta gracia aquel cristiano, que, sabiendo la bondad de Dios, lo mucho que le ha sufrido, los años que le ha esperado, y las veces que le ha librado misericordiosamente de morir en una impenitencia final, con todo eso desprecia todos estos favores, oye con indiferencia los avisos que le da por medio de sus ministros, y llenando la medida de la mas horrorosa ingratitud, en lugar de convertirse, vuelve á hacerse mas indigno de piedad con nuevos delitos. Claro es que este tal se hace digno de que Dios le niegue sus auxilios, y de que le deje perecer eternamente en pena de su pecado. La hora presente es la mas á propósito para la conversion; en la mas leve dilacion hay una multitud de peligros, que no se pueden calcular con facilidad. Por eso, escribiendo san Pablo á los Corintios, les dice: *Ahora es el tiempo precioso: hoy es el dia de la salud.* El Señor es dueño absoluto de sus gracias y dones; el Espíritu Santo inspira en nuestros corazones cuando es su voluntad; nosotros no podemos ponerle límites, ni señalarle momentos para que obre. Tal vez cuando nosotros queramos convertirnos, no querrá Dios darnos gracia para ello; pues por eso tiene dicho, que le busquemos cuando puede ser hallado, y le invoquemos cuando está cerca de nosotros.

Pero Dios es infinitamente misericordioso, suelen decir los que retardan la conversion. Dios es infinitamente bueno, es verdad, pero el abusar de su

bondad y de su misericordia para retardar la conversion y amontonar pecados sobre pecados, es la ingratitud mas abominable, la protervia mas fea, la temeridad mas arrojada que puede caber en corazon humano. ¿Podrémos acaso persuadirnos que, porque Dios es bueno, será por lo mismo insensible al desprecio que hacemos de su bondad? ¿Creemos que la misericordia de Dios puede destruir su justicia? Si es infinitamente misericordioso, ¿no es tambien infinitamente justiciero? ¿No se llama él mismo en las sagradas Escrituras el Dios de las venganzas? ¿O pensamos acaso que, por ser infinitos los méritos que Jesucristo adquirió con la efusion de su preciosa sangre, tenemos en esto mismo un salvoconducto para despreciar esta misma sangre, hollar los sacramentos, hacernos sordos á los llamamientos de Dios, prescribir horas y términos fijos á las operaciones de la gracia, y entregarnos con seguridad á una vida pecaminosa, confiados en que podremos decir: *Perdonadnos, Señor, que el habernos atrevido á ofenderos, ha sido en la confianza de que vuestro Hijo murió por nosotros?* Si esto fuera verdad, la gracia de Dios abriria la puerta á los delitos; y Jesucristo, en lugar de haber formado en nosotros un pueblo escogido y perfecto, hubiera hecho un pueblo abominable y blasfemo. De esto se sigue que Dios es bueno; pero para los que son rectos de corazon, y no se abandonan á sus pasiones. La misericordia de Dios está pronta; pero es para los que oyen los llamamientos de la gracia; para los que no la desprecian con sus vanas confianzas, y mucho mas con sus obras; para los que, bañados los ojos con lágrimas de compuncion, la imploran, la solicitan. Pero el que desprecia la misericordia de Dios cuando benignamente se la ofrece, no la encontrará cuando quiera buscarla; clamará, y tal vez no será oido.

¡Qué necedad, pues, no será dilatar la conversion, ultrajando la misericordia divina!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la juventud, la robustez y todo cuanto puede darte alguna confianza de que tendrás tiempo para convertirte, todo es incierto, y no está en tu poder el asegurártelo á tí mismo.

Son infinitos los que conocen el mal estado de su alma, los que temen ser sobrecogidos por la muerte en un cenagal de maldades. Muchos desean convertirse á Dios; piensan en hacer exámen de su conciencia y expiar sus delitos por medio de la confesion; casi nada les falta para romper las cadenas con que están encarcelados en las tinieblas de la muerte. Pero por poco que lo dilaten, luego dan oidos á las pasiones que les hacen mudar de intento con reflexiones necias y confianzas infundadas. Somos jóvenes, dicen; todavía tenemos tiempo para disfrutar de este mundo, y despues nos convertiremos á Dios. Es verdad que somos malos; los caminos que seguimos, son ciertamente peligrosos; pero ¡cómo ha de ser! esto da de sí nuestra fragilidad. Ya vendrá tiempo en que nos convirtamos á Dios de todas veras; y entonces ya no habrá para nosotros, ni mas mundo, ni mas diversiones, ni mas placeres deshonestos, ni mas compañías peligrosas, ni mas juegos y banquetes, ni mas adornos profanos. Entonces todo ha de ser para Dios. ¡O Dios misericordioso! ¡Es posible, Señor, que hayais de permitir un modo de pensar tan errado y expuesto en los que habeis redimido con vuestra preciosa sangre!

Cristiano, abre los ojos, y considera que Dios solo es el dueño árbitro de nuestros dias; que la vida del hombre es muy corta; que su término es incierto, y

que la justicia de Dios, cansada de sufrir nuestra insolencia, suele estrechar sus límites. Vuelve los ojos á lo pasado, y considera que se han hecho tantos dias, tantos meses, tantos años, que sirvieron antes de término á tus propósitos. La memoria te causará una ilusion arriesgada, presentándolos como si fueran verdaderamente existentes, y estuviera en tu mano aprovecharte de ellos; pero lo cierto es, que pasaron como el vuelo de las aves, sin haberte dejado otra cosa mas que el pesar de haberlos empleado, no solo inútilmente, sino en ofender á tu Dios, y labrar así tu perdicion eterna. ¿Pues juzgas que el tiempo que está por venir será de distinta condicion que el pasado; y que podrá mudar tus costumbres, si tú con eficacia y sinceridad no te resuelves? No lo dudes, cristiano, eres mortal : tu vida pende de un sinnúmero de causas y accidentes complicados, que la hacen sumamente frágil y perecedera. En un abrir y cerrar de ojos, cuando menos lo pienses, por un acontecimiento impensado, te hallarás repentinamente en aquel momento fatal que te parecia estar muy lejano, y que te parecia tardaria muchos años en llegar, segun las disposiciones de tu salud. ¿Y qué se harán entonces todos tus deseos de conversion y todos tus proyectos? Un instante de terror y de espanto ¿será á propósito para expiar los delitos de una vida estragada, para reformar de un golpe el corazon, y aplacar la ira de Dios justamente enojado? ¿Será fácil que entre las turbaciones y congojas de un instante tan funesto y tan terrible, tenga el alma la tranquilidad necesaria para atender á los gritos de su conciencia? ¿Podrá hacerse entonces una confesion con lágrimas de verdadera compuncion, cuando con todo el sosiego y tranquilidad que puede tenerse en una salud completa, se necesita mucho exámen, mucha oracion y muchas

lagrimas? Y si conoces claramente que todo esto es verdad, ¿porqué no te conviertes ahora? ¿Porqué desde este instante mismo que la bondad de Dios te concede, no comienzas á arrepentirte de tus culpas pasadas, y á establecer un nuevo método de vida para lo venidero? ¿No es una locura rematada, conociendo, como conoces ahora mismo, que te hallas en estado de condenacion eterna, y viendo que se te conceden graciosamente los instantes de la vida presente, en que puedes trocar el rigor de tu suerte por medio del arrepentimiento, en lugar de aprovecharte de estos rápidos momentos para deshacerte en lágrimas, emplearlos en apurar la paciencia con que Dios te sufre? ¡Ah ciegos mortales! Vendrá un dia en que pediréis con ansia estos momentos, y no se os concederán en pena del desprecio que haceis ahora. Acaso no esta muy lejos de vosotros este dia; y lo que no se puede dudar es, que os cogerá descuidados, haciendo mayor vuestro peligro.

JACULATORIAS.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isai. cap. 38.
En vuestra presencia, Señor, examinaré todos los años de mi vida con dolor y amargura de mi alma.

Dominus judex noster, Dominus legifer noster, Dominus rex noster: ipse salvabit nos. Isai. cap. 33.
El Señor es mi juez; él es mi legislador y mi rey; pues él hará salva mi alma por su infinita misericordia.

PROPOSITOS.

Mi salvacion es el negocio mas importante que tengo en esta vida. Veo con sumo dolor de mi alma, que en lugar de haber trabajado para su consecucion, he hecho diligencias positivas para mi condenacion

eterna. He gozado de los pasatiempos y placeres del mundo; he vivido disipado corriendo ciegamente tras de un fantasma de felicidad, que cada vez se ha alejado mas de mí. He visto por la experiencia que nada me ha quedado de todos mis delitos sino el arrepentimiento; y cuando la experiencia propia no me certificara bastante de estas verdades, veo que lo mismo ha sucedido á los demás hombres. Veo á un Agustino tanto tiempo vacilante para buscar, encontrar y seguir el camino de la verdad. ¡Qué diligencias no hizo! ¡qué congojas y contradicciones no padeció! ¡qué luchas interiores! ¡qué peso le hacian las honras del mundo y los deleites sensuales! ¡cuánto estudió, meditó y consultó para saber donde residia la verdad, y la vida feliz y bienaventurada! Y despues de todas sus fatigas, ¿qué es lo que halló, Dios mio? Halló que sin vos no hay felicidad, ni paz verdadera; que todos los momentos que habia vivido sin vos eran momentos perdidos; y que despues de todos sus extravíos, sus errores y sus deseos, no tenia otro asilo, otro consuelo, ni otro objeto en que colocar con seguridad su confianza, que vuestra divina misericordia. Tuvo que llorar por toda su vida el haberos retardado el sacrificio de un corazon contrito y humillado.

Pues, Señor, Dios mio y Padre mio misericordioso, desde este instante me postro á vuestro piés implorando vuestra misericordia; desde este instante abomino mi vida pasada, y propongo convertirme á vos con una verdadera penitencia. Conozco mis extravíos, y los detesto con todas las veras de mi alma. Examinaré mi conciencia, buscaré las aguas saludables de vuestros sacramentos para lavar mis culpas, y reconciliado con vos, ninguna cosa de este mundo será capaz de apartarme de vuestro servicio. Dadme, Señor, gracia para poner en obra estos buenos

deseos, ya que por vuestra bondad me habeis dado tiempo para convertirme. Dadme, Señor, lágrimas con que llorar mis culpas, y perfeccionad en mí la obra que vos mismo habeis comenzado.

DIA SEIS.

LA FIESTA DE SAN JUAN ANTE PORTAM LATINAM.

Queriendo nuestra madre la Iglesia honrar la memoria de lo que el evangelista san Juan padeció por Jesucristo, instituyó en este dia la fiesta de su martirio.

Cuando el Salvador del mundo se dirigia á Jerusalen para consumar en aquella ciudad su sacrificio, iba conversando con sus apóstoles acerca de lo que en ella habia de padecer, pronosticándoles todas las ignominias de su pasion, hasta las mas menudas circunstancias. Ya veis, les decia, que subimos á Jerusalen; allí será el Hijo del hombre traidoramente entregado á los ancianos del pueblo, á los doctores, á los magistrados, y á los príncipes de los sacerdotes, quienes le entregarán á los gentiles; allí será expuesto á la risa y á la burla del insolente populacho, será escupido, será cruelmente azotado, y en fin será condenado á morir en una cruz; pero despues de su muerte resucitará lleno de gloria. Todo este discurso para los apóstoles era un enigma; no entendian palabra de lo que les queria decir, y no acertaban á concebir cómo podian componerse tantas ignominias con tanta dignidad y con tanta grandeza en la persona de su Maestro.

La causa de su ignorancia consistia en aquella dificultad que de ordinario tiene la naturaleza en con-

cebir y estimar las cosas que mira con aversion. Como los discípulos de Cristo aun no habian aprendido á amar las cruces, no le oian de buena gana hablar sobre esta materia, y mucho menos comprendian lo que el Salvador les decia. Gustaban todavía de las honras, y solo pensaba cada uno en el modo de sobreponerse á los otros. Con este espíritu los hijos del Zebedeo, Santiago y san Juan, se valieron de su madre, para que como parienta de la santísima Vírgen, y come tia del mismo Cristo, le pidiese para ellos algun puesto distinguido en su reino. Bien instruida la buena madre por sus dos hijos, y llevándolos consigo, se presentó ante el Señor; adoróle con respeto, y dice el Evangelio que le pidió licencia para hacerle una súplica. Habiéndosela concedido el Salvador, segun su bondad ordinaria: Señor, le dijo con la mayor confianza y sencillez, yo os suplico que mireis con particular cariño á estos dos hijos mios, y que prefiriéndolos á todos los demás discípulos, les concedais las dos primeras sillas en vuestra gloria.

No le pareció conveniente á Jesucristo responder directamente á la madre, puesto que eran los hijos los que hablaban por su boca; y así dirigiéndose inmediatamente á los dos hermanos, sin reprenderles por entonces la ambicion, se contentó con hacerles visible su ignorancia y grosería. No sabeis, les dijo, lo que pedis; y se conoce bien que hasta ahora no habeis comprendido qué cosa es ser grande en mi reino, cuáles son las primeras sillas de él, qué méritos y con qué grados se ha de ascender á ellas; no habiendo otros que la humillacion, las adversidades y los trabajos. Decidme, ¿tendréis valor para beber el amargo cáliz que yo he de beber primero, y para ser bautizados en vuestra sangre, como yo lo he de ser en la mia? En medio de ser todavía los dos apóstoles tan imperfectos y tan groseros como se reco-

nocia por su misma peticion, el amor que profesaban á su divino Maestro les dió aliento para responder con toda resolucion, que estaban prontos á padecer todo cuanto se ofreciese, á su ejemplo, y por su servicio; que no tenia mas que hacer la experiencia, y veria hasta dónde llegaban sus deseos de sacrificarse por su amor.

Agradó tanto al Salvador esta animosa respuesta, que desde luego les prometió la corona que está preparada para todos los que tienen parte en su cruz y en sus trabajos. Sí, les dijo, vosotros beberéis mi cáliz, y seréis bautizados con el mismo bautismo con que yo lo he de ser. Pero en órden á esas primeras sillas á que aspirais á los dos lados de mi trono, debo deciros, que si me mirais puramente como hombre, ni me corresponde dároslas, ni aunque hubiera yo de conferirlas, atenderia al favor, al parentesco, al empeño, ni á algun otro humano respeto; esos premios están reservados para aquellos á quienes mi Padre los destina, y á mí solo me toca ponerlos en la posesion de los que este señala, segun su virtud y merecimientos.

Se puede decir en algun modo que san Juan, aquel discipulo tan favorecido, tan tiernamente amado del Señor, y al cual él por su parte amaba tan fervorosamente, tardó poco en verificar lo que le habia anunciado su divino Maestro, de que beberia su cáliz; porque verdaderamente gustó toda la amargura de él, habiendo padecido su amante corazon todos los dolores del Salvador, de cuyo lado no se apartó ni un solo momento hasta la muerte.

Pero aun debia cumplirse mas á la letra la profecía del Señor en órden á san Juan. No bastaba que el discípulo amado padeciese interiormente el martirio del corazon, siendo testigo de los tormentos y de la afrentosa muerte de su celestial Maestro; era me-

nester que tuviese parte en ella mas visiblemente; y hablando con propiedad, hasta despues de la venida del Espíritu Santo no le hizo el Salvador participante de su cáliz. Inmediatamente, ó no mucho tiempo despues, padeció san Juan en compañía de san Pedro cárceles, azotes y oprobios, en la persecucion que levantaron los Judíos contra los apóstoles despues de la muerte de san Estévan. Pero aun esto no fué mas que como un preludio de lo que habia de padecer, andando el tiempo, bajo el poder y tiranía de los príncipes gentiles.

Habiendo sucedido Domiciano en el imperio á su hermano Tito, el año 81 del nacimiento de Cristo, fué el segundo emperador que empleó todo su poder en procurar destruir el reino del mismo Cristo, y en borrar del mundo hasta la memoria del nombre cristiano; y como no era inferior en crueldad al mismo Neron, aun fué mas sangrienta que la primera esta segunda persecucion que excitó contra la Iglesia. Hallábase á la sazon nuestro santo en Efeso, donde habia fijado su residencia por la comodidad de atender mas fácilmente al gobierno y á las necesidades de las iglesias de Asia, que habia fundado el mismo apóstol. Ya habia padecido muchos malos tratamientos de los gentiles; y aunque era grande la veneracion que generalmente profesaban todos á su persona, no por eso le eximió de la persecucion. Fué desterrado de Efeso, y poco tiempo despues conducido á Roma, donde, cargado de prisiones y encerrado en un horrible calabozo, rebosaba de alegría viéndose en vísperas de dar su sangre y su vida por su amado y dulcísimo Maestro.

Informado el emperador de las circunstancias y carácter de este cristiano héroe, quiso verle; y san Juan se presentó ante el trono del tirano con aquella majestuosa modestia, y con aquel aire de agrado,

de santidad y de dulzura, que se habia siempre admirado en nuestro apóstol. Contribuia tambien su avanzada edad á hacerle mas respetable; y el emperador quedó como sorprendido á la vista de aquel venerable anciano. Preguntóle acerca de su religion: y las respuestas que le dió, le hicieron admirar su intrepidez y grandeza de alma. Es necesario, le dijo el emperador, que renuncies una religion cuya doctrina es enemiga de los placeres y deleites de los sentidos, cuyos dogmas son incomprensibles por misteriosos, y que te pases á la nuestra, donde acabarás en paz tus dilatados dias. Horrorizado el apóstol al oir semejante proposicion, lleno de una santa indignacion, y animado de aquel generoso zelo que avivaba y encendia cada dias mas y mas el tierno amor á Jesucristo: «No creas, ó emperador, le respondió, que tus promesas ni tus amenazas me hagan titubear; no hay mas que un solo Dios, y ese es aquel á quien yo sirvo y adoro; mi mayor dicha será derramar toda mi sangre por él, y hace mucho tiempo que suspiro por este glorioso sacrificio.»

Quedó el emperador por un rato como cortado y suspenso al ver la entereza y la noble osadía de aquel venerable anciano; pero duró poco esta suspension de su crueldad, porque volviendo luego en sí, mandó que al instante fuese arrojado el santo en una tinaja de aceite hirviendo, para que perdiese la vida en este tormento.

Escogióse para teatro una gran plaza cerca de la puerta Latina, llamada así, porque se salia por ella á los pueblos del Lacio, ó *pais latino*, que hoy se dice la campaña de Roma. En medio de ella se colocó una gran caldera, ó tinajon lleno de aceite, que se asentó sobre una grande hoguera. Concurrió el senado y la mayor parte de la ciudad al ruido de este espectáculo, movidos todos aun mas de las no-

ticias que tenian de la reputacion, ancianidad y grandeza de corazon de nuestro santo. Fué ante todas cosas despojado y cruelmente azotado el apóstol, segun las leyes de los romanos, que ordenaban este suplicio á todos los condenados á muerte. Cuando el santo cuerpo estuvo todo rasgado y todo ensangrentado al rigor de aquella espesa lluvia de golpes, le metieron en el tinajon, ó caldera de aceite hirviendo; pero el Señor, que solo queria darle la gloria del martirio, como se lo habia prevenido, pero no queria permitir que los hombres acortasen una vida tan preciosa, y de que todavía tenia necesidad su santa Iglesia, renovó en favor de su amado discípulo el milagro de los tres niños en el horno de Babilonia; porque el aceite hirviendo se convirtió en un baño dulce y benéfico que le refrigeró, cerró y cicatrizó sus heridas, y las llamas se volvieron contra los ministros que las atizaban fomentándolas con sucesivos materiales. Este milagro tan evidente y tan sensible no podia dejar de producir su efecto. Quedaron atónitos todos los circunstantes, y muchos de ellos se convirtieron; y el mismo emperador, cuando le refirieron el suceso, se mostró tan admirado, que se contentó con enviar desterrado á nuestro victorioso apóstol á la isla de Patmos en el mar Egeo, llamada hoy Potina, ó Palmosa, donde estuvo hasta la muerte de Domiciano; y en ella fué donde Dios le reveló los admirables y escondidos misterios del Apocalípsis. Así se cumplió la profecía de Cristo, de que beberia el cáliz de su pasion; y por eso los antiguos, con toda la Iglesia, le dan el título de mártir, pudiendo decirse de él con san Agustin: «No faltó Juan al martirio, sino que el martirio le faltó á Juan. No padeció hasta morir; pero Dios que tenia bien comprendido el templo de su corazon, conoció que era capaz de mucho mas, y toda la tierra lo conoció tambien. Los

tres mancebos fueron arrojados en el horno para que fuesen reducidos á ceniza, y salieron del horno vivos; ¿diríase por eso que no fueron mártires? Si consideramos las llamas, no fueron consumidos; pero si consideramos sus corazones y sus voluntades, fueron coronados.»

Sucedió este milagro por los años de 91 del Señor; y queriendo los cristianos honrar la memoria del martirio y triunfo de san Juan, edificaron desde los primeros siglos una hermosísima iglesia bajo su advocacion en el propio sitio donde fué echado en el aceite hirviendo, la que es visitada con gran concurso de los fieles el dia 6 de mayo, en el cual, como se ha dicho, celebra la Iglesia la memoria de su martirio. Por mucho tiempo fué de precepto esta fiesta en varias iglesias de Francia, y tambien lo fué en Inglaterra desde el siglo doce hasta el cisma; despues del cual se contentaron los Ingleses con hacer memoria de ella en el calendario de su nueva liturgia, tristes reliquias de su antiguo catolicismo, hoy enteramente extinguido, que debieran abrirles los ojos para conocer sus errores, y para desengañarse de su funesto y lastimoso extravío.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la fiesta de san Juan *ante Portam Latinam*, instituida en memoria del dia en que llevado este santo evangelista desde Éfeso á Roma, segun la órden del emperador Domiciano, por sentencia del senado le metieron delante de esta puerta en una tinaja de aceite hirviendo, de la que salió mas puro y mas fuerte que habia entrado.

En Antioquía, san Evodio, el cual, habiendo sido consagrado primer obispo de esta ciudad por el apóstol san Pedro, segun dice san Ignacio en su carta al

pueblo de Antioquía, terminó allí su vida con un glorioso martirio.

En Cirene, san Lucio obispo, de quien hace mencion san Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*.

En Africa, los santos Heliodoro y Venusto, con otros setenta y cinco mártires.

En Chipre, san Teódoto, obispo de Cerines, quien, despues de haber padecido mucho en tiempo del emperador Licinio, entregó su alma á Dios estando ya en paz la Iglesia.

En Damasco, la fiesta de san Juan Damasceno, esclarecido en virtud y doctrina, que combatió fuertemente de viva voz y por escrito contra Leon el Isaúrico por sostener el culto de las santas imágenes: habiéndosele cortado la mano derecha por órden de este príncipe, la recobró sana y entera, luego que arrodillado delante de una imágen de la santísima Vírgen, cuya gloria habia defendido, invocó su intercesion.

En Carres en Mesopotamia, san Protógenes obispo.

En Inglaterra, san Elberto, obispo de Lindisfarne, célebre por su piedad y ciencia.

En Roma, santa Benita vírgen.

En Salerno, la traslacion del apóstol san Mateo, cuyo santo cuerpo, habiendo sido llevado de Etiopia á diferentes provincias, fué conducido finalmente á aquella ciudad, y colocado honoríficamente en la iglesia dedicada á su nombre.

La misa es en honor del santo, y la oracion de ella la siguiente.

Deus, qui conspicis quia nos undique mala nostra perturbant: præsta, quæsumus, ut beati Joannis apostoli tui et

O Dios, que estás viendo nuestra turbacion por las calamidades que de todas partes nos rodean; suplicámoste nos

evangelistæ intercessio gloriosa nos protegat. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

concedas que seamos defendidos de ellas por la gloriosa proteccion de tu apóstol y evangelista san Juan. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5 de la Sabiduría, y la misma del dia 1, *pág.* 12.

NOTA.

« No obstante que á todos los libros de Salomon, » y aun al Eclesiástico, se les da el nombre de libros » sapienciales, con todo eso al que contiene la epís- » tola presente, siempre se le llamó por excelencia » *el libro de la Sabiduría*, porque está lleno de máxi- » mas prudentes y santas, no solo para los grandes » del mundo, á quienes principalmente dirige su » discurso el autor, sino para toda suerte de per- » sonas. »

REFLEXIONES.

Al ver la seguridad con que se vive en el mundo, la alegría que reina en todas sus diversiones, y estas diversiones como sembradas y esparcidas por todas las edades de la vida; al ver aquella ostentacion, aquel fausto, aquella profanidad que casi confunde todas las clases y condiciones; al oir las conversaciones y los discursos mas ordinarios de las gentes poco devotas, y de esas mujeres del siglo; ¿diríase por ventura que todas estas personas creen como infalibles las verdades mas espantosas del cristianismo? ¿Se las haria mucho agravio en preguntarlas si eran cristianas? Aquella libertad que se toman, ó por mejor decir, aquella descarada impiedad con que se divierten en hacer burla de la devocion y de los devotos; en hacer ridículos los ejercicios, los actos de religion mas respetables; en constituirse censores de las leyes mas santas; en hacerse maestros de las máximas mas corrompidas del vicio y de la libertad; en tratar de

simples y de mentecatos á los que viven cristianamente; aquella licenciosa osadía, aquella escandalosa desvergüenza, aquel tono altanero, aquel aire pagano acobarda á los buenos; cede, digámoslo así, la virtud, se corta, se esconde, se humilla á vista de aquella avilantez desvergonzada; pero no dura largo tiempo la tiranía. La muerte hace siempre justicia á la virtud; nunca prescribe la iniquidad contra el verdadero mérito. Los disolutos y los devotos, las mujeres profanas y las piadosas, tarde ó temprano, todos y todas se presentan á este tribunal, todos sin distincion comparecen ante el soberano Juez: *Tunc stabunt justi in magna constantia.* Mudóse enteramente el teatro, y una nueva escena se representa: allí no se admiten títulos ni dictados pomposos; equipajes, tren y muebles preciosos no valen; todo el mundo comparece delante de los ojos de Dios sin máscara y sin disfraz. ¡Qué alegría entonces, qué confianza la del justo! Erguiráse entonces, dice el Sabio, con grande valor contra los que tanto le maltrataron. Pero ¡qué turbacion, qué horrible estupor el de los malos! ¡Cuál será su asombro cuando vean que el justo se salvó contra lo que ellos pensaban! *Et mirabuntur subitatione insperatæ salutis.* Entonces se desvanecen las ilusiones, cáese la mascarilla, y se ven las pasiones apagadas. Mas ¡qué remordimentos tan estériles! ¡qué arrepentimientos tan infecundos! Entonces aquellos hombres sin religion, aquellos ídolos del mundo, aquellos impíos ya desenmascarados se dirán los unos á los otros, arrancando profundos suspiros de aquellos sus oprimidos corazones: *Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum:* Estos son aquellos que en algun tiempo eran el objeto de nuestras zumbas, de nuestros desprecios, y á quienes mirábamos con una especie de maligna compasion. *Nos insensati;* necios de nosotros, que teníamos su vida por locura,

y reputábamos su muerte por ignominiosa. *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*: y ahora vedlos allí elevados á la dignidad de hijos de Dios, y vednos aquí á nosotros infelices, condenados, réprobos y objeto funesto de su terrible indignacion. A ellos les ha tocado por herencia ser contados en el número de los santos; á nosotros se nos ha destinado por habitacion y por legítima el infierno. Mortales divertidos, hombres sin religion, disolutos, libertinos, mujeres idólatras de la profanidad, así habeis de discurrir algun dia, asi habeis de hablar, así habeis de sentir con un arrepentimiento tanto mas cruel, cuanto será mas inútil. En el mundo se representa una comedia, se rie, se aplaude, se campa, se triunfa; pero esperemos un poco, la muerte, el juicio, la eternidad harán justicia á todos, y pondrán las cosas en su lugar.

El evangelio es del cap. 20 de san Mateo.

In illo tempore, accessit ad Jesum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram, in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego biburus sum? Dicunt ei: Possumus. Ait illis: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo.

En aquel tiempo, se acercó á Jesus la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole, y pidiéndole alguna cosa. El cual la dijo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió ella: Manda que estos dos hijos mios se sienten uno á tu diestra, y otro á tu siniestra en tu reino. Respondiendo, pues, Jesus, dijo: No sabeis lo que pedis. ¿Podeis beber el cáliz que he de beber yo? Le respondieron: Podemos. Díjoles: Beberéis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á mí el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

MEDITACION.

QUE LOS MAYORES DESÓRDENES Y LAS CAIDAS MAS FUNESTAS NACEN FRECUENTEMENTE DEL DESPRECIO DE LAS COSAS PEQUEÑAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguna cosa dispone tanto para la caida en los pecados mas graves, como el descuido en evitar los mas leves. Aquella negligencia habitual en cumplir con las obligaciones mas menudas, aquella frecuente infidelidad en ciertas cosillas que se representan de poca importancia, van debilitando el alma. Los auxilios se comunican en menos abundancia, las pasiones se hacen mas vivas, la confianza mas tibia, y el tentador mas osado y animoso.

No hay edificio, dice el Sabio, tan fuerte ni tan bien construido, que al cabo no le arruine una gotera de que no se hace caso. La pereza, añade el mismo, será ocasion ó causa de que se venga al suelo la techumbre. El agua va poco á poco pudriendo las maderas, cala las paredes, penetra hasta el cimiento, y minándolo, de tal manera lo socava, que toda la casa da en tierra. ¿Y esto porqué? Por no haberse hecho á los principios algunos cortos reparos, por no haberse recorrido los tejados, vino á arruinarse todo el edificio. Lo mismo sucede en el edificio espiritual, dice Casiano : cierto espíritu de relajacion y no sé qué tibieza, á favor del poco caso que se hace de las faltas lijeras, se van insinuando poco á poco dentro del alma, van haciendo titubear la firmeza de los mas santos propósitos, y debilitan en fin de tal manera el cimiento de nuestra devocion, que al cabo se viene al suelo todo el edificio espiritual. Al principio hubiera sido fácil remediarlo : la causa del mal

tenia muy poca fuerza; ese torrente, que todo lo llevó delante de sí, en su orígen era un arroyuelo despreciable. Una rendija mal calafeteada, por donde habrá entrado el agua imperceptiblemente, es muchas veces la causa de un funesto naufragio. Desengañémonos, que hay pocas de esas grandes caidas que se ven en órden á las costumbres, que no hayan tenido un principio lijero, y al parecer despreciable. ¡O buen Dios, cuántos condenados hubieran evitado el verse precipitados en los infiernos, si hubiesen entendido y practicado esta doctrina!

Sucede en las enfermedades del alma lo que en las del cuerpo. Muy fácilmente se hubiera podido evitar aquel desórden total de los humores, aquella inflamacion interna, aquella fiebre maligna, aquel catarro tenaz: todas esas mortales dolencias en su principio eran casi nada; con haberse abstenido de aquella fruta, con no haber hecho aquel exceso, con un poco de régimen y de dieta, una lijera medicina nos hubiera librado de un gran mal. Pero despues que los humores malignos inundaron é inficionaron toda la masa; despues que la fluxion tomó su curso; despues que se estancó esa grande porcion de pituita y de atrabilis, en vano se acude á los remedios. Ya llega tarde el auxilio, cuando prevaleció la enfermedad. Las muertes repentinas no reconocen otras causas. Discurramos del mismo modo en las dolencias del alma, porque la analogía no puede ser mas cabal. ¡Mi Dios, y á qué paradero suelen conducir las faltas pequeñas tratadas con desprecio! ¡y cómo hubiera prevenido estas funestas caidas un poco mas de delicadeza de conciencia en el cumplimiento de cien menudas obligaciones, un poco mas de circunspeccion, un poco mas de regularidad, un poco mas de mortificacion! Esto hizo decir á los santos, que las faltas pequeñas son en cierta manera mas peligrosas

que las mayores; porque estas, cuanto mas fácilmente se conocen, mas cuidadosamente se procuran evitar, y cuando uno llega á caer, prontamente procura levantarse; pero las otras cuanto mas se conocen, menos se evitan. Un violento acceso de calentura sobresalta tanto, que al punto se acude al remedio; pero una fiebre lenta y casi imperceptible da poco cuidado, se domestica con el enfermo, hasta que poco á poco da con él en la sepultura. ¡Ah, Dios mio! ¿Y á qué he atribuido yo hasta aquí mis mayores caidas?

PUNTO SEGUNDO.

Considera los muchos y tristes ejemplos que nos hacen demostracion de esta verdad.

Tertuliano, aquel ilustre defensor de la fe, aquel célebre apologista de la doctrina que enseña nuestra religion, al cabo se pervirtió; no fué mejor el fin que tuvo Orígenes; ¿y quién no se estremece con solo acordarse de la caida de Salomon, y del desastroso fin del infeliz apóstol? No hay que buscar la causa de estas funestas revoluciones en la violencia de la persecucion, ni en los artificios del tentador, ni en el torrente de los malos ejemplos. *Abscisus est lapis, et percussit statuam* (1): Una piedrecita echó por tierra, hizo pedazos esos colosos.

Introdújose en el corazon de Tertuliano cierta secreta aversion á los clérigos de la iglesia romana, por parecerle que le habian hecho algunos desaires; no acudió con tiempo al remedio, fuéla fomentando mas y mas; y esa fué la piedrecita que le derribó.

Orígenes, lleno de amor propio, y mas satisfecho de sí mismo de lo que debiera, se entregó ciegamente á su propio dictámen; y un poco de vanidad consentida, no despreciada á los principios, y ali-

(1) Dan. 2.

mendala despues, perdió en fin á este grande hombre: *Abscisus est lapis.*

Salomon, el mas religioso entre todos los príncipes, el mas sabio entre todos los hombres, despues de haber edificado al verdadero Dios un templo magnífico, cayó él mismo miserablemente en la idolatría. Judas, aquel discípulo tan favorecido, y que habia sido llamado al apostolado con vocacion tan especial, hizo traicion á su Maestro. Caidas tan terribles nunca tienen la causa muy inmediata; siempre viene muy de atrás su funesto principio. Salomon desconfió poco de su corazon, y Judas de su codicia. Las pasiones en su nacimiento y en su orígen nada descubren que ofenda mucho á la vista; á los principios van, por decirlo así, caminando paso á paso; apenas hacen ruido; solo es un murmullo sordo que no inquieta los oidos. *Ut quid perditio hæc* (1)? Tal vez no falta un pretexto de caridad con que cohonestar el motivo. Pero cuando el amor propio llegó á domesticarse, y cuando una pasion reciente logró ser acariciada, jamás se envejecen sin hacer grandes estragos. Al principio era un leoncillo domesticado, familiar y manso, de quien ninguno se recelaba; pero cuando ese cachorro llegue á ser leon, él sabrá encontrar su presa, él despedazará á los mismos que le daban de comer y jugueteaban con él: *Factus est leo, et didicit prædam capere* (2).

Desengañémonos, el que fuere infiel en las cosas pequeñas, tambien lo será en las grandes. Así lo asegura el mismo Jesucristo. Un religioso tibio y un cristiano imperfecto dicen lo contrario. ¿A quién hemos de creer?

No se quiere conceder á Dios la observancia de una regla pequeña; niégansele, digámoslo así, hasta unas frioleras; y cuando el enemigo viene á luchar á brazo

(1) Matth 26. — (2) Ezech 19.

partido con nosotros, queremos que Dios vaya á escoger allá en el inmenso caudal de sus tesoros los auxilios mas exquisitos, las gracias mas eficaces para sostenernos. Dejándose arruinar las fortificaciones exteriores de una plaza, dejándose venir á tierra las murallas, ya no se halla en estado de defensa. ¿Dejaste ya aquella circunspeccion, aquella delicadeza de conciencia, aquella exacta y regular observancia? pues tú serás cogido por sorpresa. Esas pequeñas devociones que parecen de poca entidad, esas obras de supererogacion, esas menudencias de la vida religiosa, son como las obras avanzadas que detienen al enemigo lejos de la plaza; pero cuando no están bien guardadas y defendidas estas entradas, es milagro que el enemigo no la insulte.

Pasa Saul á cuchillo á los Amalecitas, solamente perdona algunos rebaños, y aun esos los destina para el sacrificio. Pues Saul es reprobado, porque obedeció á medias, porque en su obediencia hizo poco aprecio de ciertos puntillos al parecer de poca importancia.

¡Ah, Señor, y cuánto tengo que reprenderme en esta materia! ¡Mas oh, y cuánto debo temer! Infiel á vuestra doctrina, y aun á vuestros preceptos, no hice caso de mi negligencia en el cumplimiento de ciertas menudas obligaciones; y puede ser que esta infidelidad sea el orígen de mi perdicion. No lo permitais vos, Dios mio; ya conozco mi error, condeno mi negligencia, y espero que mi aplicacion en adelante á cumplir con la mayor exactitud las obligaciones mas pequeñas, mediante vuestra divina gracia, me pondrá á cubierto de todo riesgo.

JACULATORIAS.

Servavi mandata tua, et testimonia tua, quia omnes viæ meæ in conspectu tuo. Salm. 118.

Vos, Señor, sois testigo de todas mis operaciones, y por tanto quiero agradaros en todas ellas.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.

En todo tiempo, Señor, deseó mi alma observar tu santa ley con la mayor exactitud.

PROPOSITOS.

1. No hay espectáculo mas digno de asombro que ver algunas veces ciertas personas verdaderamente respetables por la santidad de su estado, instruidas en la escuela de Jesucristo, alimentadas largo tiempo con el pan de los ángeles, despues de haber envejecido en el ejercicio de las virtudes, precipitarse en las mas funestas caidas, y hacerse objeto triste de la ira del Señor, habiéndolo sido antes de sus mayores misericordias, de sus mas piadosas bondades. No hay que buscar la causa principal de estos lastimosos naufragios, ni en la violencia de las tempestades, ni en la multitud de los escollos; desengañémonos, que no siempre son los vientos impetuosos los que echan por tierra los mas empinados cedros del Líbano; la sequedad, y un gusanillo vil é insignificante bastan para derribarlos. La mas soberbia estatua cae al suelo al impulso de una pequeña piedra. Hablemos sin figuras: esas almas de primera clase, esas personas tan favorecidas de Dios, esos modelos de perfeccion insensiblemente fueron decayendo. Esos héroes del cristianismo comenzaron á cansarse en medio de la carrera; al principio no fué mas que un poco de libieza, ó á lo mas una especie de descanso, al parecer ino-

cente; siguióse despues el disgusto; miraron un poco hácia atrás, despues de haber puesto mano al arado; al disgusto sucedió la relajacion, y á esta una indevocion total. ¿No podrás acaso ser tú mismo ejemplo y prueba cierta de esta triste verdad? ¡Y qué digno de compasion serás, si se ha repetido en tí esta funesta experiencia! A esas faltillas lijeras, á ese decaimiento del primitivo fervor, á esas pequeñas dispensas se deben atribuir esas grandes caidas; remedialas sin dilacion, y concibe desde este mismo instante un grande aborrecimiento á los pecados veniales.

2. ¿No estás sujeto á la miseria de hablar con sobrada lijereza de las faltas ajenas? ¿No conservas en tu corazon cierto resentimientillo, cierta aversion á alguna persona, sea por sus modales ofensivos, sea porque te hizo algun agravio, ó porque la miras con natural antipatía? ¿No visitas con demasiada frecuencia á ciertas personas? ¿No tienes ciertas conversaciones demasiadamente largas, y aun demasiadamente tiernas con personas de otro sexo, aunque sean con los mas plausibles, con los mas especiosos pretextos? ¿No cometes ciertas faltillas lijeras contra tus votos, ó á lo menos segun las leyes particulares que te has impuesto á tí mismo? ¿No concedes á tus sentidos ciertas libertades no muy inocentes? ¿No te tomas ciertas licencias que tu devocion te habia en otro tiempo prohibido, y que ni aun hoy son muy conformes á la conciencia, ni al espíritu de la religion? Pon en la misma cuenta ciertos pecados de omision, que se tratan como cosa lijera, etc.; y ves ahí el funesto origen de los mas graves pecados, y como las arras, digámoslo así, de la condenacion eterna. No dejes pasar este dia sin hacer lo que puedas para cegar este infeliz manantial, y á este fin haz alguna oracion particular á la santísima Vírgen.

DIA SÉPTIMO.

SAN ESTANISLAO, OBISPO Y MÁRTIR.

Nació san Estanislao en Sezepanow, diócesis de Cracovia, el dia 26 de julio del año de 1030, y fueron sus padres Wielislao y Boña, ambos de casas ilustrísimas en el reino de Polonia. Siendo tan distinguidos estos señores por la nobleza de su sangre, aun lo eran mucho mas por la de sus virtudes; constituyéronse padres de los pobres, hallando en ellos las viudas, los huérfanos y los necesitados socorro, amparo y proteccion; en fin, no habia casa mas ejemplar ni mas cristiana. Por la particular devocion que profesaban á santa María Magdalena, edificaron á la santa en una de sus posesiones una magnífica iglesia, en la que pasaban la mayor parte del dia en oracion. Ya habian perdido la esperanza de tener hijos, cuando despues de treinta años de matrimonio tuvieron á Estanislao. Su gozo fué el que se deja considerar; y creció sensiblemente cuando observaron en el niño como una inclinacion innata á la virtud.

Pusieron todo su cuidado en criarle en el temor santo de Dios; pero poco tuvieron que hacer en la educacion de Estanislao. Todo su entretenimiento y todo su gusto era la oracion. Pasaba horas enteras de rodillas delante de los altares, y esto en una edad en que para hacer que otros niños estén en la iglesia, es menester divertirlos y engañarlos. Sobre todo, el amor á la santísima Vírgen era su devocion predilecta, que casi se echó de ver en él desde la cuna, y fué creciendo toda su vida.

Apenas tenia Estanislao ocho ó nueve años, y ya su virtud era la admiracion de todos; su ingenuidad, su docilidad y su modestia eran claros indicios de su inocencia. Descubrió presto su inclinacion á la austeridad y al espíritu de penitencia; dejó la cama, y comenzó á dormir en la desnuda tierra; y era tan ingenioso en mortificar los sentidos, que se pasaban pocas horas del dia sin que hiciese de ellos algun generoso sacrificio. Era su vida un continuo ayuno; y aunque era de una complexion muy robusta, causaba grande admiracion su excesiva abstinencia. Parece que habia mamado con la leche la caridad con los pobres; todo se conseguia de él con tal que prometiesen dinero para dar limosna; y ordinariamente repartia entre los pobres el que le daban para jugar y para divertirse.

Alegrísimos los padres de Estanislao al ver tan bien empleados los desvelos con que habian atendido á su educacion, le enviaron á estudiar á Gnesnes, y despues á Paris. Hizo admirables progresos, porque estaba dotado de un excelente ingenio. Quisieron hacerle doctor en aquella célebre, y entonces primera universidad del mundo; pero lo resistió su humildad. Despues de haber residido siete años en París, se restituyó á Polonia, donde se halló heredero de un rico patrimonio por muerte de sus padres.

Deseando no pensar en otra cosa que en su eterna salvacion, distribuyó todos sus muchos bienes entre los pobres. Deliberó mucho tiempo si entraria en alguna religion; pero conociendo Lamberto, obispo de Cracovia, de cuánta utilidad seria á todo el clero la virtud de Estanislao, le persuadió á que abrazase el estado eclesiástico; le ordenó de todas órdenes, y proveyó en él una prebenda de aquella iglesia.

Luego que Estanislao se vió dedicado al sagrado ministerio de los altares, solo pensó en hacerse digno

de tan alta dignidad por medio de una vida ejemplar. Persuadido que el canónigo tiene obligacion de arreglar sus costumbres y toda su conducta conforme á los sagrados cánones, redobló su fervor, su espíritu de mortificacion y de penitencia; prohibióse toda comunicacion con seglares; el estudio, la oracion y las obras de caridad ocuparon todo su tiempo. A todos edificaba su virtud y su modestia: y en pocos dias se hizo un perfecto modelo de la vida que deben llevar los canónigos.

Pero esta virtud no era ociosa ó menos activa. Aunque profesaba tanto amor á la soledad y al retiro, siempre estaba pronto á sacrificarse al mayor bien espiritual de los prójimos; predicaba con tanta eficacia, espíritu y mocion, que bastaba oirle para convertirse. Así fué visible fruto de sus sermones y de sus ejemplos la reforma de las costumbres en Cracovia y en toda su comarca, y todo el obispado mudó de semblante.

No cansándose el obispo Lamberto de dar gracias á Dios por la acertada eleccion que habia hecho de tan insigne operario, comenzó desde luego á mirarle ya como á sucesor suyo en el obispado, y aun le instó para que aceptase la renuncia que pensaba hacer de él en su favor; pero se sobresaltó tanto su humildad, que lo mas que pudo conseguir de Estanislao, fué descargar en él el cuidado de la predicacion, y tambien el de la mayor parte de la administracion del obispado.

Pero esto no duró mucho tiempo; porque, vacando la silla episcopal por muerte de Lamberto, así el clero como el pueblo pidieron unánimemente por obispo á Estanislao. Ciertamente todo esto fué menester para vencer su humildad. Luego que se vió pastor de los que tanto habia edificado, se constituyó padre de todos. Aplicóse de nuevo á la instruccion de su pue-

blo con tanto empeño, que su zelo, su caridad y solicitud pastoral apenas le dejaban tiempo para tomar algun descanso.

No se contentaba con visitar cada año todas las parroquias del obispado; descendia á lo mas menudo de las necesidades espirituales y corporales de todas sus ovejas, proveyendo á todas con tanta caridad, que era voz comun que las rentas del obispado de Cracovia no eran del obispo, sino de los pobres. Tenia tanto placer en dar limosna, y la daba con tanta liberalidad, que su palacio jamás se evacuaba de afligidos y de necesitados. Pocos dias se pasaban sin que fuese personalmente á visitar á algunos pobres enfermos, y ninguno sin que diese pruebas de su gran zelo y de su ardiente caridad.

Pero sobre todo su vigilancia y su atencion particular era sobre los clérigos; no le parecia bastante que su vida no fuese escandalosa, queria que fuese ejemplar, y que correspondiese en todo á la santidad del estado. Ganaba á todos con su dulce trato, y su apacibilidad desarmaba á los mas obstinados.

Lejos de servirse de la sublime dignidad de obispo como de pretexto para templar algo la penitente austeridad de su vida, la estrechó mas luego que se vió con la mitra. Sus ayunos eran continuos, sus penitencias excesivas, ciñiéndose un áspero cilicio, que no quitó del cuerpo hasta la muerte; de manera que apenas era conocido por otro nombre que por el del santo obispo, y toda la Polonia le miraba con admiracion y con respeto.

Reinaba entonces en Polonia Boleslao II, cuya desordenada vida hacia llorar á los buenos, y escandalizaba á todo el reino. No habia prelado que se atreviese á representarle el borron que echaba á la gloria de su nombre, y el peligro á que exponia la salvacion de su alma; solo Estanislao tuvo valor para hacerle

una representacion, llena del mayor respeto, suplicándole que considerase el grande escándalo que daba á los señores de la corte y á todo el pueblo; y arrodillándose á sus piés, le suplicó con muchas lágrimas que aplacase la ira del cielo por medio de una conversion pronta y sincera.

Aunque irritado el rey por la libertad con que le habló, se reprimió por entonces en consideracion á la eminente virtud del santo obispo, y aun fingió rendirse á sus saludables consejos. Pero apenas le perdió de vista, cuando encendida de nuevo la cólera, se quejó en presencia de sus cortesanos de la libertad atrevida del obispo, y creció su resentimiento al paso que iban creciendo sus desórdenes. Poco tiempo despues arrebató el rey por fuerza de la casa y del poder de su marido á una de las mas virtuosas señoras del palatinado de Sirard, llamada Cristina. Este ruidoso atentado irritó á la nobleza, y excitó la indignacion de todo el clero; pero ni el arzobispo de Gnesnes, aunque primado, ni los prelados que se hallaban en la corte, osaron hablar palabra al rey, para no experimentar los efectos de su cólera. Solo Estanislao, altamente conmovido de tan pernicioso escándalo, y posponiendo su vida al cumplimiento de su obligacion, como otro san Juan Bautista, tuvo espíritu para decir al rey, con todo el respeto y con toda la veneracion debida á la majestad, que no le era lícito tener la mujer de otro.

Furiosamente irritado Boleslao, le volvió las espaldas con enojo y con desprecio, resolviendo en su corazon vengarse del obispo de Cracovia hasta perderle. Pero como la ejemplar vida de Estanislao, y su notoria virtud universalmente reconocida, no podian ofrecer motivo justo, ni aun el menor asidero para perseguirle en justicia, se tomó el partido de recurrir á la calumnia.

Habia comprado Estanislao á un caballero, llamado Pedro, el territorio de Piotravin en el palatinado de Dublin: pagado el precio en presencia de testigos, lo habia dado y unido á su iglesia, y el mismo rey habia infeudado el contrato, por lo que el santo se hallaba despues de tres años en pacífica posesion de aquella tierra. El deseo de molestar al obispo encontró modo en este contrato para suscitarle un pleito. Mandó decir el rey á los herederos de Pedro que si querian recobrar aquella tierra, no tenian mas que citar al obispo en justicia, y ponerle la demanda ante el mismo rey. Los herederos, sobrinos del difunto, con la codicia y con la ansia de recobrar lo que habia sido de su tio, citaron al obispo de Cracovia delante del rey, quien le mandó comparecer en el dia de la convocacion que se llamaba el coloquio.

Compareció el santo, y las partes contrarias pidieron que se les reintegrase en la posesion de aquel terreno, alegando haber sido usurpado. Defendióse Estanislao diciendo que la tierra habia sido comprada, y bien pagada en vida de su legítimo dueño; negaron el hecho los contrarios; el obispo produjo sus testigos; pero como á estos los habian amenazado con la muerte si decian la verdad, ninguno se atrevió á deponerla, y todos fueron perjuros. Ya estaba para ser condenado Estanislao, cuando volviéndose á Dios, y lleno de una santa confianza en su proteccion, dijo al rey en presencia de aquella numerosa junta, que si se le concedia el término de solos tres dias, dentro de ellos produciria un testigo á quien todos se verian obligados á creer, porque seria el mismo Pedro, muerto tres años habia.

Al oir una proposicion tan extraordinaria como asombrosa, todos la admitieron; y el rey concedió el término de los tres dias, que pasó Estanislao en ayunos y oraciones. Llegado el dia señalado, celebró

el santo misa, y vestido de pontifical, seguido de un inmenso pueblo, se dirigió á la sepultura de Pedro; mandóla abrir, y se halló el cuerpo convertido en polvo. Hizo el santo una fervorosa oracion á Dios, acompañada de muchas lágrimas, y tocando aquel polvo, le mandó en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que reviviese y resucitase para dar testimonio de la verdad. Al punto el polvo se configuró en cuerpo humano, resucitó el muerto, y salió de la sepultura. En vista de tan gran milagro prorumpieron todos los circunstantes en grandes gritos de admiracion y de alegría. Tomó el santo de la mano al muerto resucitado, y conduciéndole primero delante del altar mayor para rendir gracias á Dios, le llevó despues, acompañado de un increible gentio, á la presencia del rey en la asamblea general, para destruir la calumnia. Asombróse tanto así el príncipe, como todos los de la junta, al ver aquel espectáculo, que ninguno tuvo aliento para decir ni una sola palabra. Entonces, volviéndose al rey el santo obispo, le dijo : Señor, aquí está el testigo incontestable que ofrecí presentar; de él podrá saber la verdad V. M. si fuere servido. Sí, Señor, respondió el resucitado difunto, es cierto que vendí al obispo Estanislao mi tierra de Piotravin, y que me pagó el precio en que nos concertamos, por lo que mis sobrinos no tienen razon para inquietarle en este punto. Dijo esto con voz tan clara y tan esforzada, que lo oyó todo el concurso, en el cual se levantó una especie de murmullo, que mostró bien la indignacion que todos sentian por la injusticia que se hacia al santo. El rey quedó espantado, y al mismo tiempo irritado dentro de su corazon; pero como la justificacion era tan evidente, sin haber arbitrio para contestarla, confirmó al obispo en la posesion de la tierra; y Estanislao, acompañado de los principales

miembros de la junta general, volvió á conducir tranquilamente al resucitado Pedro á su sepultura, donde entró, se acomodó, y volvió á morir, habiéndose hecho despues muchos sufragios por su alma. El concilio de Basilea produce este famoso milagro contra el artículo cuarto de los husitas, que defendian no debia la Iglesia tener rentas, ni poseer bienes temporales.

En vista de tan gran prodigio se suspendió por algun tiempo la cólera del rey contra el obispo; pero no duró mucho tiempo la bonanza. Gemian todos los estados del reino bajo la tiranía del príncipe mas disoluto que se habia visto en el trono; y no hallándose siquiera uno que se atreviese á hacerle una humilde representacion, se recurrió al generoso Estanislao, quien tercera vez fué á representarle cuánto debia temer la indignacion de Dios justamente irritado por sus delitos. Hízolo con tanto respeto y con tantas lágrimas, que Boleslao se mostró algo enternecido; pero como el santo le estrechase á que se convirtiese, no quiso darle oidos, y se entregó mas que nunca á sus desórdenes.

Gemia Estanislao dia y noche en la presencia de Dios, no cesando de pedir la conversion del rey, y añadiendo nuevas penitencias á sus oraciones y á sus lágrimas. Pero viendo que de nada aprovechaban estos remedios, juzgó que debia echar mano de la severidad de las censuras; y habiéndole separado de la comunion de los fieles, le interdijo la entrada en la iglesia. Enfurecióse Boleslao, y resolvió librarse de una vez del santo obispo. Supo que se habia retirado á la capilla de San Miguel, poco distante de la ciudad, y le siguió para poner su inténto en ejecucion: dijeron al rey que estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, y mandó á sus guardias que le matasen en el mismo altar. No se espantó el santo á

la vista de los asesinos, porque hacia mucho tiempo que se consideraba como víctima destinada al sacrificio; pero los asesinos se atemorizaron tanto al ver al santo prelado, que, poseidos de un pavoroso respeto, se salieron de la iglesia; lo que visto por el desdichado rey, lleno de un rabioso furor, entró él mismo en la iglesia con el sable en la mano, y descargó sobre la cabeza de Estanislao tan terrible golpe, que le tendió muerto sobre el mismo altar en que estaba celebrando, el dia 8 de mayo del año 1079.

Enfurecido mas y mas el impío rey con el horrible delito que acababa de cometer, mandó que sacasen de la iglesia el santo cuerpo, y que, haciéndole pedazos, los arrojasen en el campo para que sirviesen de pasto á las aves de rapiña. Pero tomó Dios de su cuenta la defensa de aquellas sagradas reliquias; porque envió una águila, que, haciéndolas centinela dia y noche, espantó á todas las bestias carniceras, hasta que juntando los canónigos los esparcidos miembros del santo cuerpo, le enterraron secretamente delante de la iglesia de San Miguel, donde no tardó el Señor en manifestar la gloria del santo obispo.

Llegó á los oidos del papa Gregorio VII la noticia de este sacrilego parricidio, y al punto fulminó excomunion contra el rey Boleslao y contra todos sus cómplices, dando órden al arzobispo de Gnesnes y á todos los obispos de Polonia para que los denunciasen públicamente, y cerrasen todas las iglesias. A los principios mostró el rey hacer poco caso, y aun burlarse de la excomunion y del entredicho; pero no dejó Dios por largo tiempo sin castigo este desprecio. Vióse aquel desventurado príncipe objeto infeliz del odio y de la execracion de todos sus pueblos; acometiéronle á un tiempo todas las desgracias; perdió en menos de seis meses cuantas conquistas habia alcanzado contra sus enemigos; encendióse la guerra civil,

y trastornadas despues las estaciones del año, acabaron de arruinar todo el reino.

Pero ninguna de estas desgracias le causaba tanto dolor y tanta rabia, como la noticia de las maravillas que cada dia obraba Dios en el sepulcro del santo. Quiso informarse por sí mismo si era verdad que por la noche se iluminaba el sepulcro con una claridad milagrosa; y habiendo subido al castillo de Cracovia, luego que descubrió aquella claridad, quedó tan poseido de terror, que casi perdió el juicio. La inquietud y turbacion de su conciencia crecia al paso de las desgracias; y asi dejando à Polonia, se refugió en el reino de Hungría bajo la proteccion del rey Ladislao; pero seguiéndole en todas partes la justicia de Dios, acabó de perder el juicio, abandonó su casa, y anduvo algun tiempo errante por los campos y por los bosques, donde murió miserablemente, siendo las fieras sepultura de su cuerpo.

Duraron las milagrosas luces sobre el sepulcro de nuestro santo por espacio de diez años, esto es, hasta que su cuerpo fué trasladado con grande solemnidad à la catedral de Cracovia, y colocado en un magnífico sepulcro, donde le honró Dios con tanto número de milagros, que hicieron su nombre célebre en todo el universo, y obligaron á la silla apostólica á declararle mártir glorioso.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cracovia en Polonia, la fiesta de san Estanislao, obispo y mártir, que fué muerto por el impío rey Boleslao.

En Terracina en la Campaña de Roma, la fiesta de santa Flavia Domitila, vírgen y mártir, hija de una hermana del cónsul Flavio Clemente, y consagrada á Dios por san Clemente papa, que le habia dado el velo. Desterrada con otros muchos cristianos á la

isla Poncia por la confesion del nombre de Jesucristo, padeció allí durante la persecucion de Domiciano un prolongado martirio; habiendo vuelto á Terracina, convirtió muchas personas á la fe con sus exhortaciones y milagros; el juez hizo poner fuego á la cámara que habitaba con sus compañeras Eufrosina y Teodora, vírgenes, y de esta suerte acabó la carrera de su glorioso martirio. Su memoria se celebra tambien el dia doce de mayo, juntamente con la de los santos mártires Nereo y Aquileo.

El mismo dia, san Juvenal mártir.

En Nicomedia, los santos hermanos Flavio, Augusto y Agustin, mártires.

Allí mismo, san Cuadrato mártir, que despues de haber sido muchas veces atormentado durante la persecucion de Decio, fué por último decapitado.

En Roma, san Benedicto, papa y confesor.

En Yorck en Inglaterra, san Juan obispo, célebre por su santa vida y milagros.

En Pavía, san Pedro obispo.

En Roma, la traslacion del cuerpo de san Estévan protomártir, que en el pontificado de Pelagio fué llevado de Constantinopla á aquella ciudad, y colocado en el sepulcro de san Lorenzo mártir, en el Campo Verano, donde es honrado con la concurrencia y devocion de los fieles.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, pro cujus honore gloriosus pontifex Stanislaus gladiis impiorum occubuit: præsta, quæsumus, ut omnes qui ejus implorant auxilium, petitionis suæ salutarem consequantur effectum. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

O Dios, por cuya honra murió el glorioso pontífice Estanislao á violencia de las espadas de los impíos; suplicámoste nos concedas que todos los que imploran su amparo, consigan el saludable efecto de su peticion. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia 1, *pág.* 12.

NOTA.

« Así algunos escritores modernos, como tambien » algunos padres antiguos, han dudado si este libro » es verdaderamente de Salomon, bien que todos con» vienen en que es del Espíritu Santo. Pero fuera de que » le atribuyen á Salomon san Cipriano, san Agustin, » Orígenes, etc., no hay mas que leer los versícu» los 7 y 8 del capítulo 9, para quedar plenamente » convencido de que no fué otro su autor. »

REFLEXIONES.

Insensatos de nosotros, que calificábamos su vida de locura, y su muerte sin honor: ¡ y ahora los vemos allí elevados á la dignidad de los hijos de Dios! Es cierto; las ilusiones ciegan durante la vida, pero su engaño no pasa los límites de la muerte; nuestras preocupaciones duran lo que duran nuestros dias. Pero ¡ qué cosa tan triste es no conocer el error hasta que ya se tiene á cuestas la pena! Terrible arrepentimiento aquel que jamás se ha de acabar, y ya no tiene remedio.

No todos los errores son del entendimiento; tambien el corazon tiene sus extravíos. Sus ilusiones son sus enfermedades; pocas hay que no sean incurables, ninguna que no sea voluntaria; sus consecuencias son siempre funestas. Nunca se descamina á medias el que se descamina por inclinacion.

El amor propio es el manantial mas fecundo de las ilusiones del corazon. Nunca se desconfía de ellas, porque siempre nos son agradables; apenas reinan en el alma, cuando la razon, digámoslo así, pierde su libertad. El entendimiento, el genio, la educacion,

todo sigue ciegamente la impresion que hacen, todo cede á ellas. Ni las pasiones hacen progresos, ni causan daños, sino á favor de las nieblas que las ilusiones levantan. Hasta los errores del entendimiento no tienen otro principio. Es menester curar el corazon si se quiere cegar el manantial mas ordinario de estos errores.

Son pocas las personas que están exentas de estos engaños de la voluntad, y menos las que se defienden de ellos. ¿Qué condicion, qué estado puede hallarse tan feliz, que sea impenetrable á estos errores? Los grandes por lo comun nacen tan llenos de preocupaciones á favor de su grandeza, que rara vez se desengañan de ellas; el pueblo se alimenta con el mayor gusto con todo aquello que le lisonjea; el mundo es verdaderamente el pais propio y nativo de las ilusiones del corazon; pocos mundanos hay que no estén preocupados de ellas; y ¿qué imperio no logran sobre un ánimo, sobre un corazon que forma de ellas la regla de su devocion, de su conducta, y aun de su religion?

Los efectos ordinarios de estas ilusiones son una ambicion insaciable, un fondo inagotable de avaricia, una obstinacion invencible en el error, una adhesion tenaz y caprichosa al partido que se sigue, una aspereza de genio insoportable, un odio implacable, hipocresia de profesion, extravio sin remordimientos, y un total abandono con resolucion de nunca mas arrepentirse. No hay vicio que estas ilusiones no lisonjeen; pocos que no pretendan hacer plausibles, y que no adopten. Y aquella artificiosa seguridad con que viven muchas personas, cuya conciencia tiene tantos motivos para estar sobresaltada, es el fruto mas natural y mas ordinario de estas ilusiones voluntarias.

Nos insensati. ¡Ah, qué insensatos hemos sido!

¿Qué tiempo es de abrir los ojos cuando ya todo es tinieblas para nosotros? ¿qué tiempo es de conocer y de confesar el error cuando ya nos hallamos en el precipicio? Debiéramos haber desconfiado con tiempo de nuestro propio dictámen, que sirvió de juguete y de burla á nuestro corazon; debiéramos haber escuchado sin preocupacion los consejos saludables de aquellos á quienes habia escogido Dios para que nos dirigiesen; debiéramos haber dado oidos á la Iglesia, y no habernos hecho esclavos de la pasion, de la vanidad y de nuestro propio juicio. ¡Insensatos de nosotros! ¡Insensatos de nosotros! Esta será la cantinela de los disolutos y de los herejes en la otra vida: *Nos insensati*; confesion sin provecho, confesion muy inútil. Debieras haberlo confesado, debieras haberlo creido cuando te lo decian, cuando te hallabas en estado de enmendarte y de corregirte.

El evangelio es del cap. 15 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Ego sum vitis vera, et Pater meus agricola est. Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum: et omnem qui fert fructum, purgabit eum, ut fructum plus afferat. Jam vos mundi estis propter sermonem, quem locutus sum vobis: Manete in me, et ego in vobis. Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, nisi manserit in vite; sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum, quia sine me nihil

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Yo soy vid verdadera, y mi padre es cultivador. Todo sarmiento que no lleve fruto en mí, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, le mondará para que lleve mas. Vosotros estais ya limpios en virtud de la palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, sino permanece en la vid, de la misma manera tampoco vosotros si no permaneciéreis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí, y yo en él, este lleva

potestis facere. Si quis in me non manserit, mittetur foràs sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis.

mucho fruto; porque sin mí no podeis hacér cosa alguna. Si alguno no permaneciere en mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y echarán al fuego, y arderá. Si permaneciéreis en mí, y mis palabras se conservaren en vosotros, pediréis lo que quisiéreis, y os será concedido.

MEDITACION.

LA DESDICHA DE UNA VIDA OCIOSA É INÚTIL.

PUNTO PRIMERO.

Considera el sentido de estas palabras : *Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum :* todo vástago injerto en mí, que no llevare fruto, mi Padre lo arrancará. No basta que la rama esté unida al tronco, es menester que dé fruto: cuando no lo da, se la corta con todas sus hojas, arrójase al fuego, y arde. Esto es justamente en lo que para una vida ociosa.

¿Pues qué suerte han de esperar aquellas personas que encanecen en una vida ociosa y regalona, cuyos dias vacíos son, por decirlo así, como dias de invierno estériles y helados? ¿De qué utilidad puede ser para el cielo la vida enteramente pagana de esas gentes del mundo, que ignoran hasta los primeros principios de la religion, ó si están instruidas en ellos, viven sin practicarlos?

Ciertamente, al ver en que se ocupa ordinariamente el dia de hoy la mayor parte de la gente del mundo, se pudiera preguntar si basta el nombre y la profesion de cristiano para no hacer en todo el dia cosa de

provecho; ó si la inaccion y la inutilidad se reputan por vida cristiana entre los cristianos. ¿Cuántas personas hay ociosas, y aun fastidiadas de su misma ociosidad, que á pesar de eso no hallan tiempo, ó por mejor decir, no tienen paciencia para asistir al santo sacrificio de la misa? Pudiérase decir que á fuerza de querer parecer poco devotas, y aun poco cristianas, dejan de serlo. Concursos de ociosidad, visitas inútiles, juegos de toda especie, entretenimientos sin sustancia, diversiones frívolas, espectáculos y holgazanería: en esto se pasa toda la vida, por lo menos hasta que un revés de fortuna, ó una edad avanzada ya, y disgustada de todo, condenan á un hombre al retiro; y aun entonces su vida se reduce á una ociosidad enfadosa y pesada, que entra á suceder á la divertida y regalona. Los últimos dias de la vida son mas inquietos, pero no son menos ociosos. Entonces se hace un hombre ocioso por necesidad, despues de haberlo sido por gusto.

Se diria que basta ser una persona rica, ser de distincion, ser jóven, ó tener empleo, para juzgarse con derecho de perder el tiempo; la inquietud misma de saber cómo ha de perderlo, es ordinariamente el solo cuidado que la ocupa. Una mujer, casada con un marido cuya fortuna suple la oscuridad de su nacimiento, se persuade que la tendrian por plebeya si la viesen trabajar, y deja el cuidado de su familia á una ama de llaves, ó á criados y criadas asalariadas. Las visitas, los cortejos, el tocador, el paseo, los espectáculos y el juego la consumen todo el tiempo; con asistir á la iglesia solamente por costumbre, por moda, ó por pura ceremonia; con hacer ciertas monadas ó ciertas exterioridades de devocion, juzga que ya no ha menester mas para acallar los remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada. Este es el plan de vida de muchas per-

sonas que hacen profesion de cristianas, esto es, que siguen una religion en la cual se condena hasta la mas mínima palabra ociosa, y que indispensablemente pide de todos sus hijos una vida pura, laboriosa, mortificada, y dias tan llenos, que solamente se da el premio y la corona á las buenas obras. Junta, si puedes, estos extremos, y comprende, si aciertas, este misterio. ¡Pero ah! que es muy fácil comprenderlo. Todo árbol que no diere fruto, será cortado, será arrojado al fuego y arderá. Examinemos si tenemos que temer en esta materia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nunca fué vida cristiana la vida de esos hombres que parece viven solo para divertirse, de esos ociosos de profesion. Una leve tintura de nuestra religion basta para saber cuánto reprueba la ociosidad, y esa vida inútil, holgazana y regalona. Dase el cielo á los adultos á título de premio; ¿y seria bien que fuese este el salario de los ociosos? ¡Cuántos y cuántos tendrán por herencia la reprobacion eterna!

Hallaránse pocos que no tengan familia de que cuidar, ó á lo menos algun criado, algun dependiente de quien dar estrecha cuenta. Ninguno hay que no tenga muchas obligaciones que cumplir, el grande negocio de la salvacion á que atender, talentos que aprovechar, dias contados que santificar, y en fin, una terrible cuenta que dar á Dios de todos los instantes y de todas las acciones de su vida. ¿Compónese bien creer todo esto, y vivir como se vive? Quien está cargado de tantas obligaciones, ¿puede decir que nada tiene que hacer? ¿puede no saber cómo ha de pasar el tiempo? ¿Es lícito á un solo cristiano vivir como vive hoy la mayor parte de las personas del mundo?

En materia de costumbres dentro de la religion cristiana, los artículos son decretos, los preceptos caminan à la par con los artículos. El que no lleva su cruz todos los dias, *quotidiè,* como dice Jesucristo (1), en vano se lisonjea de ser discípulo suyo. Velad y orad sin cesar, daos priesa, esforzaos á entrar en el cielo: *contendite.* Quien no se hiciere una continua violencia para llegar á tiempo, no hallará lugar en él. No se da licencia parar mirar atrás una vez que se haya puesto mano al arado. Aunque fué tan pura, tan irreprensible la vida de aquellas vírgenes que por haberse dormido no hicieron en tiempo provision de aceite, bastó este solo descuido, efecto de su ociosidad, para privarlas para siempre de la presencia del esposo, y para incurrir en su desgracia. Hasta los motivos de la sentencia final, que pondrá à los escogidos en posesion de la eterna bienaventuranza, se fundan precisamente en el ejercicio de las obras de misericordia: visitas de enfermos y encarcelados, limosnas á los pobres, caridad industriosa, zelo siempre activo y siempre fructuoso, velar y orar continuamente, siempre en guerra viva con el enemigo, siempre con obligacion de aprovechar los talentos, siempre dispuestos à dar cuenta exacta de ellos. Valga la verdad; ¿se haria mucho agravio á no pocos cristianos en preguntarles si real y verdaderamente es este el Evangelio que creen? Y si lo es, ¿se salvarán muchos de los que así viven en el mundo?

Siento en mí, Dios mio, toda la fuerza y todo el peso de estas reflexiones. ¡Cuántas horas, cuántos dias, cuántos años he perdido! Yo soy aquel estéril sarmiento, que, unido á vos, no ha llevado fruto, y que debiera ser cortado para ser arrojado al fuego. Muchos motivos tengo para temerlo; pero no tengo menos para confiar en vuestra misericordia, esperán-

(1) Luc. 9.

dolo todo de ella con el firme propósito que hago de mudar de conducta desde este mismo instante.

JACULATORIAS.

Adhæsit pavimento anima mea : vivifica me secundùm verbum tuum. Salm. 118.

Pegada está con el polvo mi pobre alma, oprimida del peso de mis miserias, en vista de la inutilidad de mi vida ociosa; levantadla, Señor, y fortalecedla segun vuestras divinas promesas.

Ecce mensurabiles posuisti dies meos. Salm. 38.

Concedisteisme, Señor, una vida tan corta y tan medida; ¡y en medio de eso he perdido tantos dias!

PROPOSITOS.

1. *Qui sectatur otium, stultissimus est,* dice el Sabio (1) : El que ama la ociosidad, ó como lee el hebreo, el que se arrima á gente ociosa y gusta de tratar con ella, es muy necio. Basta una leve tintura de nuestra religion para confesar que es la mayor y mas ridícula de todas las extravagancias creer lo que creemos, esperar lo que esperamos, y vivir como vivimos. Desengañémonos, la vida delicada y ociosa nunca fué vida cristiana. No hay condicion, calidad, estado ni edad que nos dispense de la obligacion de trabajar todos los dias para nuestra salvacion, sin perder un solo dia ni una sola hora; de velar, de orar y de combatir, de atesorar buenas obras, y de ponerlas á ganancia para el cielo. La ley es general. ¿Y qué otra cosa significa la parábola de las vírgenes prudentes y necias, la del arrendador industrioso, la del criado perezoso y tímido, la de la higuera cargada de hojas y sin fruto? El supremo y soberano Juez solo

(1) Proverb. 12.

hace mencion de las buenas obras cuando castiga y cuando premia. ¿Eres tú del número de aquella gente ociosa, ó de aquellas mujeres cuya vida se pasa toda en componerse, en divertirse y en estar mano sobre mano? Pues llora tu estado, lamenta tu suerte; porque hay pocas señales mas ciertas de reprobacion que esa ociosidad, esa vida inútil. *Negotiamini dum venio* (1): negociad, beneficiad esos talentos que os he concedido hasta que yo venga; comerciad con las gracias, con los beneficios que os he hecho, con la salud, con el tiempo, con las conveniencias temporales, con la mocedad, con la vejez, con la prosperidad y con las mismas desgracias; todo lo habeis de poner á lucro. Ea, ¿qué te parece? ¿han sido llenos todos los dias de tu vida? Pues mira que ya no puede tardar en venir el Señor, considera si debes perder el tiempo, y si bastará el poco que te queda para reparar el perdido. ¡Qué desgracia seria la tuya si aun despues de este aviso prosiguieses en vivir dias vacíos!

2. Bien puede ser una vida inútil para el cielo sin ser ociosa. Harto laboriosa es la vida de la mayor parte de los que viven en el mundo; pero ¿qué fruto sacan de sus trabajos y de sus afanes? Rara vez tiene lugar la ociosidad, ó á lo menos nunca se está en reposo en una comunidad religiosa; los ejercicios de la vida regular no sufren gente ociosa. El zelo de la salvacion de las almas ya se sabe que destierra la ociosidad; no hay vida mas penosa que la de los hombres apostólicos. Con todo eso, acuérdate que sucede no pocas veces que cuando esos hombres, en la apariencia tan ricos, se hallan acometidos del sueño de la muerte, no encuentran nada en sus manos. *Muchos me dirán en aquel dia,* dice Cristo, *Señor, ¿pues no profetizamos en vuestro nombre? ¿no lanzamos los demonios? ¿no hicimos milagros? Y yo responderé claramente: No os*

(1) Luc. 19.

conozco : nunquam novi vos (1). Oráculo terrible, que prueba que se puede trabajar mucho en la vida, sin adelantar nada para el cielo. A fin de evitar esta desgracia, nada hagas por tu propia eleccion, por genio ó inclinacion natural. Pues vives sujeto á un superior. no hagas cosa que no sea por obediencia. Si estás en el mundo, dispon un métcdo ó regla de vida que sea el móvil de todas tus operaciones; desconfía siempre de tu amor propio y de tu propio juicio; huye la ociosidad, pero no mires con menos horror la vida inútil, teniendo perpetuamente en la memoria esta terrible sentencia : *Todo árbol que no lleva mas que flores y hojas, será cortado y arrojado al fuego* (2).

DIA OCTAVO.

LA APARICION DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.

San Miguel arcángel, general, por decirlo así, de la milicia celestial, el primero de aquellos bienaventurados espíritus que asisten continuamente al trono de Dios, y componen el coro octavo de la jerarquía del cielo, siempre fué venerado en la Iglesia de Dios como el protector especial de los cristianos, del mismo modo que antes de fundarse el cristianismo lo habia sido del pueblo judío.

Aquel ángel que el Señor envió al profeta Daniel para informarle del tiempo preciso en que habia de nacer el Mesías, y para instruirle en otros grandes misterios de la religion, hablando con él de lo que al fin de los tiempos habia de suceder para probar la fidelidad de los escogidos de Dios, le dijo que entonces se levantaria el gran príncipe Miguel, protector de los hijos del pueblo del Señor (3).

(1) Matth. 7. — (2) Matth. 3. — (3) Dan. 12.

Habiendo, pues, señalado Dios por protector de su Iglesia al mismo que lo habia sido de la sinagoga, quiso manifestar á los fieles con señales sensibles cuánto valia esta proteccion, y por medio de diferentes apariciones del arcángel san Miguel moverlos á que le profesasen la mas tierna devocion, y á que le rindiesen el mas solemne y mas religioso culto. Entre otras, tres son las principales que celebra la Iglesia con mayor solemnidad, dedicando á cada una su fiesta particular.

La primera fué en Chones, ciudad de Frigia, y parece ser la mas célebre entre las que fueron conocidas por los Griegos y por los Orientales. Aparecióse san Miguel en figura humana á un hombre de Laodicea que tenia una hija muda, la cual cobró el habla al instante. Este milagro convirtió al padre y á la hija, siendo ocasion de que se edificase un suntuoso templo en honra de san Miguel; y para consagrar la memoria de un milagro tan ruidoso, se instituyó en toda la iglesia del Oriente una fiesta particular en honra del Príncipe de la milicia celestial, señalándose para ella el dia 6 de setiembre. La ciudad de Chones se llamaba antiguamente Colosas, tan conocida por la epístola que escribió san Pablo á sus habitantes llamados Colosenses.

Pero de todas las apariciones de san Miguel, la mas célebre es la que sucedió en el monte Gárgano, llamado hoy monte del Santo Angel, en la provincia Capitanata del reino de Nápoles. Hizo tanto ruido este milagroso suceso, que para perpetuar su memoria, y para renovar de cuando en cuando la devocion de los fieles á su ilustre y poderoso protector, instituyó la Iglesia la fiesta de este dia; y el suceso, segun se refiere, pasó de esta manera.

Hacia el fin del quinto siglo, gobernando la Iglesia de Dios el papa Gelasio, apacentaba su ganado un

pastor sobre la cima del monte Gárgano. Desmandóse un novillo, y metióse en una cueva ó caverna; el pastor para obligarle á que saliese de allí, le disparó una flecha, la cual retrocediendo con la misma violencia con que habia sido disparada, hirió al pastor. Quedaron atónitos los circunstantes en vista de tan asombroso suceso, cuya noticia llegó presto á la ciudad de Siponto, que está á la falda del monte, y hoy se llama Manfredonia. Informado el obispo, creyó desde luego que en aquel milagro se ocultaba algun misterio; y para conocer lo que Dios queria dar á entender por aquel prodigio, ordenó un ayuno de tres dias en todo su obispado, exhortando á los fieles á que juntasen la oracion con el ayuno, pidiendo á Dios se dignase declarar su voluntad.

Oyó el Señor las oraciones del santo obispo. Al cabo de los tres dias se le apareció san Miguel, y le declaró ser la voluntad de Dios que el ángel tutelar de la Iglesia fuese singularmente venerado en el mismo sitio donde acababa de suceder aquella maravilla, para encender y animar la devocion y confianza de los fieles, y hacerles experimentar mas particularmente los dulces efectos de su poderosa proteccion.

Penetrado el obispo de los mas vivos sentimientos de agradecimiento y de piedad, juntó al clero y al pueblo; declaróles la vision que habia tenido, y fué procesionalmente con todos al paraje donde habia sucedido el milagro. Encontraron en él una caverna espaciosa en forma de templo en la peña; la bóveda natural muy elevada, y sobre la entrada una especie de ventana por donde recibia bastante luz. Erigieron un altar, consagróle el obispo, y celebró el santo sacrificio de la misa. Hízose despues la dedicacion de la iglesia con la mayor solemnidad y devocion, habiendo concurrido todos los pueblos de la comarca, y duró la fiesta muchos dias. Enriquecida la nueva iglesia

con preciosísimos dones, no se evacuó por algun tiempo; cantábanse en ella las alabanzas del Señor, y se celebraban los divinos oficios con singular piedad en honor del patrono tutelar de la Iglesia; aumentándose cada dia mas desde aquel tiempo la devocion de los fieles al arcángel san Miguel.

No tardó mucho el Señor en manifestar cuán grata le era esta devocion, autorizándola muy presto con multitud de milagros. El santuario del monte Gárgano llegó á ser una de las mas concurridas peregrinaciones de la cristiandad; los favores que el Señor dispensaba en él á los que le visitaban, aumentaron por mucho tiempo el concurso de todas las naciones; y se veneró como lugar santo la gruta en que sucedió esta maravilla.

Refiere Pedro Damiano que por los años 1002, habiendo el emperador Othon III, faltando á su palabra, quitado la vida á un senador de Roma, llamado Crescencio, y deshonrado despues su viuda con escándalo de toda la Iglesia, arrepentido de sus culpas se fué á echar á los piés de san Romualdo, quien le ordenó que fuese desde Roma hasta el monte Gárgano con los piés descalzos á visitar la iglesia de san Miguel, para dar á Dios y al mundo esa satisfaccion por sus pecados: lo que ejecutó el penitente emperador con grande edificacion de toda la cristiandad, siendo este un admirable testimonio de la particular veneracion que se profesaba á aquel prodigioso santuario.

Para eternizar esta veneracion, y para perpetuar con provecho la memoria del insigne milagro con que quiso Dios manifestar á los hombres la poderosa proteccion del arcángel san Miguel, y animar su confianza con esta aparicion, instituyó la Iglesia esta fiesta, señalando para ella el dia de hoy, como se ve en los sacramentarios antiguos.

De otras muchas apariciones de san Miguel se hace

memoria en la iglesia latina. Una de las mas memorables es la que refiere la historia haber tenido Auberto, obispo de Abranches, sobre una peña ó escollo, llamado *la tumba del mar*, situado en su diócesis á la entrada del mismo mar, en aquel recodo angular que forman la Normandía y la Bretaña.

Habiendo llegado á noticia del obispo Auberto un suceso maravilloso acaecido en la Tumba, muy semejante al del monte Gárgano, él tambien, á imitacion del obispo de Siponto, intimó en su obispado ayunos y oraciones, para que el Señor se dignase declararle su voluntad. Pero no fué tan dócil como el otro obispo; porque, aunque el Señor se la declaró con señales muy sensibles, se resistia á creerlas con sobrada obstinacion, hasta que fué severamente castigado; y haciéndole la pena cuerdo y dócil, reconoció que san Miguel queria ser particularmente venerado en aquel sitio. Sucedió esta aparicion por los años de 708, y el obispo Auberto edificó sobre la cima de la misma peña una bella iglesia, que se acabó el año de 709; y el dia 16 de octubre se dedicó solemnemente al arcángel san Miguel, quedando este dia señalado para celebrar todos los años la fiesta de la dedicacion, como se hace aun el dia de hoy con grande solemnidad. Este mismo prelado quitó de allí a los ermitaños que vivian sobre la misma peña, é instituyó doce canónigos para el servicio de la iglesia. Pero como con el transcurso del tiempo los sucesores se relajasen, haciendo una vida de poca edificacion, Ricardo I, duque de Normandía, los echó del sitio, y convirtió la iglesia colegiata en un monasterio de benedictinos, que hasta el dia de hoy se conservan con observancia muy ejemplar, y promueven la devocion del santuario, la cual ha hecho perder á este lugar su antiguo nombre; hoy solo es conocido por el monte de San Miguel, y es una de las romerías mas célebres

de Francia, que han hecho muchos reyes cristianisimos, y aun la frecuenta el concurso de todas las naciones de Europa.

Hace mencion la historia eclesiástica de otras muchas apariciones del arcángel san Miguel; y con ocasion de una de ellas se le edificó un suntuoso templo en Constantinopla. Otro edificó en Roma el papa Bonifacio en aquel sitio que se llamaba *la Mole de Adriano*, y hoy se llama *el Castillo de Sant-Angel*. Leon IV mandó edificar el tercero en el monte Vaticano, despues de la derrota de los Sarracenos, persuadido de que, por mas que se multiplicasen estos monumentos, todos eran muy debidos y muy convenientes para excitar la devocion de los fieles á aquel que, al salir las almas de los cuerpos, las presenta delante del tribunal del Juez supremo, habiéndole señalado Dios por defensor y por patron tutelar de su Iglesia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En el monte Gárgano, la aparicion de san Miguel arcángel.

En Milan san Víctor mártir, moro de nacion, y cristiano desde su infancia, el cual, sirviendo en los ejércitos imperiales, como perseverase firme en la confesion de Jesucristo, á pesar de los esfuerzos de Maximiano para hacerle sacrificar á los ídolos, fué primeramente apaleado, pero sin sentir dolor alguno por un efecto de la proteccion divina; despues bañado en plomo derretido, sin recibir ningun mal, por último, habiendo sido decapitado, terminó la carrera de su glorioso martirio.

En Constantinopla, san Acates centurion, que, habiendo sido acusado por el tribuno Firmo de que profesaba la religion cristiana, en la persecucion de Diocleciano y Maximiano sufrió en Perinto rigurosas

torturas por órden del juez Bibiano, y despues por el procónsul Flaco fué condenado en Bizancio á perder la cabeza: su cuerpo fué milagrosamente conducido á las costas de la ciudad de Esquilace, donde se conserva con gran veneracion.

En Viena, san Dionisio, obispo y confesor.

En Auxerre, san Heladio obispo.

En la diócesis de Besanzon, san Pedro obispo.

En Escocia, san Viron obispo.

La misa es en honra de san Miguel, y la oracion la que sigue.

Deus, qui miro ordine angelorum ministeria hominumque dispensas; concede propitius, ut à quibus tibi ministrantibus in cœlo semper assistitur, ab his in terra vita nostra muniatur. Per Dominum...

O Dios, que dispones con órden maravilloso todos los ministerios, así de los ángeles como de los hombres; concédenos benignamente que sea nuestra vida defendida en la tierra por aquellos que sirviendo á tí, asisten siempre en el cielo. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 1 del Apocalipsis de san Juan.

In diebus illis, significavit Deus quæ oportet fieri citò, mittens per angelum suum servo suo Joanni, qui testimonium perhibuit verbo Dei, et testimonium Jesu Christi, quæcumque vidit. Beatus qui legit, et audit verba prophetiæ hujus: et servat ea quæ in ea scripta sunt: tempus enim propè est. Joannes septem ecclesiis quæ sunt in Asia: Gratia vobis et pax ab eo, qui est, et qui erat, et qui venturus

En aquellos dias significó Dios las cosas que deben suceder presto, enviando (noticia) por medio de su ángel á su siervo Juan, el cual dió testimonio á la palabra de Dios, y testimonio de cuanto vió en órden á Jesucristo. Bienaventurado el que lee y escucha las palabras de esta profecía, y guarda las cosas que están escritas en ella; porque el tiempo está cercano. Juan á las siete iglesias que están en el Asia.

est; et à septem spiritibus qui in conspectu throni ejus sunt; et à Jesu Christo, qui est testis fidelis, primogenitus mortuorum, et princeps regum terræ; qui dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.

Gracia á vosotros, y paz de aquel que es, que era, y que ha de venir; y de los siete espíritus que están delante de su trono; y de Jesucristo que es testigo fiel, primogénito entre los muertos, y príncipe de los reyes de la tierra; el cual nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.

NOTA.

« El Apocalipsis, que quiere decir *revelacion*, contiene en 22 capítulos una profecía llena de misterios » sobre el estado de la Iglesia desde la Ascension del » Señor hasta el dia del juicio. Este futuro estado se » representa todo en visiones, de una manera muy » sublime, segun el estilo de las antiguas profecías, » con las cuales tiene gran semejanza esta revelacion. »

REFLEXIONES.

Beatus qui legit, et audit verba prophetiæ hujus, et servat ea, quæ in ea scripta sunt: Bienaventurado aquel que lee y oye las palabras de esta profecía, y guarda las cosas que en ella están escritas. Leer precisamente la sagrada Escritura y entenderla, no basta para ser bienaventurado; de esa manera se daria la bienaventuranza á muy vil precio; nuestra religion se reduciria á una pura ceremonia, si enseñara que todo el mérito consiste en el conocimiento de la virtud. Bienaventurado aquel que lee la Escritura, y observa las cosas que están escritas en ella. La ciencia de la salvacion es ciencia práctica; los demonios entienden mejor la Escritura que nosostros. Leer y entender la palabra de Dios sin practicar lo que enseña, es hacer manos caso de ella que de la palabra

de los hombres á quienes se tiene algun respeto. Un criado hace poco aprecio de lo que le dicen, cuando no es su amo el que lo manda; pero oir la voz del amo y no obedecerle, seria intolerable desprecio. Muchos el dia de hoy leen con ansia la sagrada Escritura; es muy santa y muy loable devocion, si se lee con el respeto que pide la palabra de Dios, y si se reforman las costumbres; pero si solo sirve para fomentar cierta oculta vanidad, para satisfacer cierta curiosidad perniciosa que nos haga distinguidos; si se lee sin aquella humilde docilidad, sin aquel espíritu de rendimiento, que es en parte el distintivo de las almas justas, ninguna cosa nos condenará mas irremisiblemente que esta divina palabra. Si alguno oyere mis palabras, dice el Salvador del mundo, sin ponerlas en práctica, mire que tiene su juez: *Qui spernit me, et non accipit verba mea, habet qui judicet eum* (1). Lo mismo que yo les he predicado, los ha de condenar en el dia del juicio. ¡Qué asunto de reflexiones para los que oyen y luego se olvidan! ¡para aquellos que van á oir la palabra de Dios solo por costumbre, por bien parecer, por cumplir con el mundo, por capricho, y no pocas veces por pura ociosidad! ¡para aquellos que predican al pueblo esta divina palabra, y al mismo tiempo la deshonran con su vida, y la desacreditan con sus costumbres! ¿Quién es mas digno de compasion, el hereje que se obstina en el error por la leccion de la Escritura cuyo sentido tuerce depravadamente, ó el disoluto que persevera en el desórden aun cuando tiene en la mano la Escritura que tan claramente le condena? *Practica la palabra*, dice el apóstol Santiago, *y no te contentes con oirla, engañándote á ti mismo; porque si alguno la oye sin ponerla en práctica, será como el que se mira en un espejo, el cual naturalmente le representa su semblante;*

(1) Joan. 22.

porque, en apartándose del espejo, ya se olvidó de su figura. La palabra de Dios es ese grano misterioso que en estos tiempos se siembra en todas partes; pero ¡ó buen Dios, y en cuántas tierras ingratas! Todo es camino real, ó todo pedregal, ó á lo menos todo espinas. Es muy poco el grano que prende, y mucho menos el que fructifica. Nunca se han predicado mas sermones, nunca se han visto mas libros espirituales y doctrinales; pero ¿corresponde el fruto á tanto cultivo? *Verbum meum*, dice Dios por su profeta, *non revertetur ad me vacuum* (1): Mi palabra no volverá á mí sin efecto. Para los que la oyen con puro y dócil corazon, es fruto de salud; mas para los que no se aprovechan de ella, es principio de reprobacion. *Væ vobis legisperitis*: Ay de vosotros doctores de la ley, porque teniendo la llave de la sabiduría para abrir á otros la puerta, vosotros no entrais por ella, y muchas veces desviais á los que deseaban entrar. Ay de aquel que oye ó lee esta divina palabra, sin ser por eso mejor; y al contrario: *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud* (2): Bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y practican lo que ella les enseña.

El evangelio es del cap. 18 de san Mateo.

In illo tempore, accesserunt discipuli ad Jesum, dicentes: Quis putas major est in regno cœlorum? Et advocans Jesus parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus

En aquel tiempo los discípulos se llegaron á Jesus, diciendo: ¿Quién juzgas es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesus á un niño, le puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo, que si no os transformais, y haceis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humillare como este

(1) Isai. 55 — (2) Luc. 11.

iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis, qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. Væ mundo à scandalis! Necesse est enim ut veniant scandala: veruntamen væ homini illi, per quem scandalum venit! Si autem manus tua, vel pes tuus scandalizat te, abscide eum, et projice abs te: bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quàm duas manus, vel duos pedes habentem mitti in ignem æternum. Et si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice abs te: bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quàm duos oculos habentem mitti in gehennam ignis. Videte ne contemnatis unum ex his pusillis: dico enim vobis, quia angeli eorum in cœlis semper vident faciem Patris mei, qui in cœlis est.

niño, ese será mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiese en mi nombre un niño como este, me acoje á mí mismo. Pero el que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, le seria mejor que le colgasen del cuello una piedra de molino, y fuese sumergido en el profundo del mar. ¡Ay del mundo por causa de los escándalos! Porque es cosa necesaria que haya escándalos; pero ¡ay de aquel hombre por cuya culpa viene el escándalo! Si tu mano, pues, ó tu pié te escandaliza, córtatelo, y échalo de tí: mejor le es entrar en la vida débil ó cojo, que ser echado al fuego eterno teniendo dos manos ó dos piés. Y si tu ojo te sirve de escándalo, sácatelo y échalo de tí: mejor te es entrar en la vida con un ojo, que ser echado al fuego del infierno teniendo dos ojos. Guardaos no despreciéis alguno de estos pequeñuelos; porque os hago saber, que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos.

MEDITACION.

DEL ESCÁNDALO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay pecado contra el cual se haya explicado mas fuertemente el Salvador, ni hay alguno que mas haya anatematizado, que al escándalo y al

escandaloso. *¡ Ay del mundo por los escándalos ! ¡ ay de aquel por quien el escándalo viene ! Si tu ojo te escandaliza , sácatelo , y arrójalo lejos de ti.* Por unas expresiones tan vivas y tan espantosas podrás hacer juicio de la malicia de este pecado.

No hay otro que mas directamente se encamine á extinguir la caridad cristiana; no hay otro mas injurioso á Jesucristo; no hay otro de malicia mas refinada. Los demás pecados solamente irritan la justicia de Dios; este ofende su misericordia , porque su fin es hacerla inútil, destruyendo, digámoslo así, la obra de la redencion y los trabajos del Redentor.

Los demás pecados son personales, esto es, solo hacen daño al que los comete; pero este arma lazos á la inocencia de los otros. El veneno de los demás pecados se queda encerrado dentro del alma del que peca; el contagio de este se pega á todos los presentes, y cunde mas allá de todos los límites y términos. Basta un solo pecado de escándalo para amortiguar la devocion, y aun hacer vacilar la fe de muchos; este es el escollo de las almas flacas; y pregunto, ¿es grande el número de las fuertes? ¿A cuántos réprobos sirvió el escándalo de ocasion y como de causa de su condenacion? En muchos se hubiera conservado la inocencia hasta la muerte, si no hubiera sido por el mal ejemplo. Las lecciones que hablan con los ojos, siempre son eficaces. El menor mal que causa el escándalo, es debilitar el alma y desarmarla; en semejante estado, ni puede estar libre de insultos, ni conservarse mucho tiempo sin caer.

Derrámase el escándalo como un torrente impetuoso que lleva delante de sí todo cuanto encuentra; apenas hay árbol que no arranque, edificio que no eche por tierra, dique tan fuerte que no rompa su violencia.

Los demás pecados solo quitan la vida al alma del

pecador; este es homicida de todas aquellas á quienes escandaliza: los demás solo merecen cierta pena determinada; este carga con todas las que corresponden á los pecados á que él induce con su mal ejemplo. Pecado verdaderamente monstruoso; porque, ¿qué mayor horror puede haber que causar la muerte á una alma, que, siendo inocente y justa, era agradable á los ojos de Dios? Pecado esencialmente opuesto á la redencion de Jesucristo, que murió por todos los hombres; porque el fin del escandaloso es perderlos á todos, haciendo todo cuanto está de su parte para que se condenen. Comprende ahora, si es posible, la gravedad del escándalo; pero comprende tambien la rigurosa severidad con que pedirá Dios cuenta á los escandalosos de todos los pecados de que fueron ocasion ó causa.

Esas solicitaciones perdieron á tu hermano; esos discursos y conversaciones licenciosas mancharon su pureza; esas detestables máximas de libertad y de disolucion pervirtieron su entendimiento; esos malos ejemplos emponzoñaron su corazon; esas zumbas llenas de impiedad y de irreligion le hicieron abandonar la vida cristiana á que habia dado principio, los ejercicios de devocion á que se habia dedicado, y fueron ocasion de que volviese á hundirse en el abismo de sus antiguos desórdenes. *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* Hombre escandaloso, tú me darás cuenta de la pérdida de esta alma. ¡O Dios, y qué pecado tan horrendo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el pecado de escándalo es tanto mas digno de temerse, cuanto es mas comun, y se comete con mayor facilidad; pues no pocas veces nos hacemos reos de él, aun cuando no tenemos intencion de

cometerlo. Para escandalizar á las almas, no es necesario darlas ocasion de pecado con intencion de que caigan en él, ni tener voluntad deliberada de acarrear al prójimo su ruina; basta que en cuanto está de mi parte se la ocasione con mis palabras poco cristianas, con mis desarregladas costumbres y con mis malos ejemplos.

Un padre, una madre de familias, no se proponen escandalizar á sus hijos; pero ¿dejarán de escandalizarlos sus conversaciones libres, su indevocion y sus arrebatos coléricos? ¿Qué ejemplo se da en esto á los hijos y á los criados? En una familia en que reina el espíritu del mundo, apenas se habla nada, apenas se hace nada que no sea un escándalo. ¿Qué impresion no hacen en el corazon de los hijos esas conversaciones familiares en que solo se trata de profanidad, de galas, de bienes de fortuna, de empleos, de distinciones, y de todo aquello que puede lisonjear la ambicion y la vanidad? No se oye mas que máximas de mundo, y en este espíritu se imbuye á los niños desde sus mas tiernos años: pocas de esas conversaciones hay que no sean pecados de escándalo.

Aquella mujer casada escandaliza á los hijos y criados con su profanidad en el vestir, con su indevocion, con estar todo el dia mano sobre mano, con su continuo juego y con su criminal ociosidad. Levántase tarde; va á oir misa por bien parecer, por costumbre ó por otro motivo peor; reparte el dia entre las visitas, los cortejos, la comedia, el juego y otras diversiones. Los padres y madres de esta especie ¿serán muy á propósito para honrar la religion de Jesucristo, para criar bien á sus hijos, y para inspirarles máximas cristianas? Bien sé lo que previene el Hijo de Dios: *Haced lo que os dicen, y no hagais lo que hacen*; pero tambien sé que los ejemplos arrastran, y que se olvida fácilmente lo que se oye á los que prac-

tican todo lo contrario de lo que dicen. Un padre de familias, un amo, un superior tienen terrible cuenta que dar, si todas sus acciones y palabras no son otros tantos ejemplos de cristiandad, de religion y de virtud.

¡O Dios mio, cuánto tengo de que acusarme! ¡cuántos motivos de amargo arrepentimiento en todo mi proceder! Quizá, quizá no he sido hasta aquí mas que piedra de escándalo por mi disolucion y por mi desarreglada vida. Haced, Señor, que mis ejemplos futuros reparen los escándalos pasados, y que ellos sean la prueba mas convincente de mi sincero arrepentimiento.

JACULATORIAS.

Ab ocultis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo. Salm. 18.

Limpiadme, Señor, de todos mis pecados ocultos, y perdonadme los ajenos que hice cometer con mis escándalos.

Christi bonus odor sumus. 2. ad Cor. 2.

Haced, gran Dios, que mis operaciones tengan un olor de Jesucristo.

PROPOSITOS.

1. Las personas de autoridad, ó las que obtienen algun empleo público, cometen pocas faltas que dejen de ser escandalosas. Mas bien se examinan las obras que las palabras de aquellos que tienen autoridad para corregirnos; siempre se juzga que antes se les debe imitar que creer. De aquí nace que las personas distinguidas por su nacimiento, por su clase, por su dignidad, por su estado, por su mérito personal, por su empleo y por sus años, como son príncipes, prelados, amos, sacerdotes, personas religiosas, maestros, confesores, directores y predica-

dores, no pueden cometer defecto público que no tenga la malicia de escandaloso, y que no sea castigado como tal. ¡Cuántos se condenan por este pecado! ¡qué pocos son los que se hacen cargo de su enormidad! Muchos ni aun piensan en confesarlo, aunque no ignoran la espantosa sentencia fulminada por Jesucristo contra todos los que escandalizan al prójimo. El profeta David, que penetraba bien esto, pedia incesantemente á Dios que le perdonase los pecados ajenos, esto es, los que con sus malos ejemplos habia sido causa ú ocasion de que otros cometiesen. He aquí un poderoso motivo de temor y materia de exámen para tí: cuanto mas elevado te mires sobre los otros, cuanto mayor fuere tu autoridad, cuantos mas súbditos ó mas dependientes tengas, cuanto mayor sea tu mérito personal, cuanta mas estimacion logres en el mundo, tanto mayores y mas perniciosas consecuencias se seguirán de tus menores faltas. Palabras inconsideradas, movimientos ó ímpetus de las pasiones, máximas poco cristianas, ejemplos de poca edificacion, haz cuenta que todas son lecciones de iniquidad. ¿Y dónde está la penitencia que has hecho de ellas? Examina tu conciencia sobre estos puntos. En las personas religiosas, aunque sea su vida particular y retirada, cualquiera falta pública, por leve que sea, es de mal ejemplo. Ah! tienes abundante materia para el exámen de conciencia, para la confesion y para el arrepentimiento.

2. Ten siempre muy presente que los mejores consejos, las mas cristianas instrucciones, los sermones mas eficaces, que no van acompañados con el buen ejemplo, solo sirven para endurecer mas el corazon en el vicio, para hacerle insensible á la gracia, y para inspirarle máximas de impiedad y de irreligion. ¡Cuánto daño hace un predicador que no vive como predica! Pues lo mismo hacen las personas de auto-



S. GREGORIO NACIANZENO, O.

ridad, los que están conceptuados por hombres sabios y de buen proceder, siempre que escandalizan. Para evitar de aqui en adelante un pecado que pierde tantas almas, aprovechate de las advertencias siguientes. Primera: Guardar siempre la mayor reserva delante de tus hijos, criados y familia, sin que jamás se te escape palabra, accion, movimiento ó gesto que les pueda dar mal ejemplo. Segunda: No permitas en tu casa pinturas menos decentes, ni libros sospechosos, ya sea en órden á la doctrina, ya en órden á las costumbres. Tercera: Nunca apruebes las máximas del mundo, ni aquello que algun dia has de condenar. Cuarta: Cuanto mayor fuere tu autoridad, mayor ha de ser el respeto y la modestia con que te has de dejar ver en los templos; porque la menor irreverencia en personas de tu esfera, es un escándalo que trae funestas consecuencias. Quinta: Frecuenta los sacramentos en público, especialmente en las fiestas principales, porque debes dar este buen ejemplo; no te contentes con esas comuniones privadas en tu oratorio, porque no solo tienes obligacion de ser cristiano, sino de parecerlo.

DIA NUEVE.

SAN GREGORIO NAZIANCENO, OBISPO.

San Gregorio, por sobrenombre *el Teólogo*, una de las mas brillantes lumbreras de la iglesia griega, fue hijo de un padre y de una madre santos, hermano de santa Gorgonia y de san Cesáreo, y nació en Arianzo, pueblo pequeño en el territorio de Nazianzo, en la provincia de Capadocia. Su padre, que tambien se llamaba Gregorio, habia sido gentil; pero la vir-

tud, las lágrimas y las exhortaciones de su mujer santa Nona le convirtieron á la fe de Cristo tan de veras, que, habiendo sido bautizado por san Leoncio, obispo de Cesárea, mereció con el tiempo ser elevado á la dignidad episcopal, y despues de su muerte ser contado en el número de los santos.

El niño Gregorio fué fruto de las oraciones de santa Nona, que no pedia á Dios un hijo sino para consagrarle á los altares; así le recibió como un presente que le hacia el cielo, para ser mera depositaria de él. Fué correspondiente á esta idea la educacion que le dió. Parecia haber nacido Gregorio solamente para la virtud: todos los entretenimientos de su niñez se reducian á ejercicios de devocion; su mayor diversion era retirarse á orar; y el tierno amor que casi desde la cuna profesó á la santísima Virgen, podia parecer presagio del que por toda su vida conservó á la virginidad y á la pureza.

Él mismo refiere que siendo niño se le representaron en sueños dos hermosísimas y modestísimas doncellas, y le dijeron que se llamaban la *Castidad* y la *Templanza*; que continuamente asistian al trono de Jesucristo, y eran el principal ornamento de todos los que componian su corte; y diciendo esto, desaparecieron. Despertó Gregorio, y desde entonces quedó tan enamorado de la castidad, que jamás admitió cosa que pudiese manchar ni aun levemente esta preciosa virtud.

Al paso que se le iba desarrollando la razon, iba tambien creciendo en la piedad; y los ejemplos domésticos, sobre todo despues de la conversion de su padre, hicieron tanta impresion en él, que en nada encontraba gusto sino en la oracion y en la leccion de libros espirituales.

Advirtiendo sus padres la vivacidad y la extraordinaria penetracion de su ingenio, con una admi-

rable disposicion para el estudio de las letras humanas, le enviaron á estudiar primero á Cesárea de Capadocia, y despues á Palestina; en todas partes sobresalió por la superioridad de su talento y su singular virtud.

Era entonces muy célebre la universidad de Atenas, donde florecian todas las artes y ciencias. Pasó á ella nuestro Gregorio, padeciendo en la navegacion una furiosa tempestad, que le hizo mirar ya con grande tedio aquella gloria poco sólida, y aquella brillante fortuna que podia prometerse de su rara elocuencia y de su grande sabiduría. Concurrió al mismo tiempo á aquella famosa escuela san Basilio; y desde entonces contrajeron los dos santos una estrecha amistad que conservaron toda la vida. Distinguiéronse ambos entre todos por su ingenio y por el arreglo de sus costumbres, que se hacia reparar mas en medio de la disolucion que reinaba en la ciudad. Hallábase á la sazon estudiando en la misma universidad Juliano Apóstata, primo del emperador Constancio, y movido de lo mucho que oia hablar de los santos, tuvo con ellos algunas conversaciones. Solicitó la amistad de entrambos; pero no pudo engañar su religion ni su penetracion: por mas que procuró disimular las perniciosas máximas en que ya estaba imbuido, descubrió san Gregorio el desórden de aquel corazon y de aquel entendimiento por la descompostura de sus acciones; y al despedirse de él en cierto dia, exclamó: *¡Qué monstruo abriga en su seno el imperio romano!*

Habiéndose retirado de Atenas san Basilio, no pudo Gregorio detenerse allí largo tiempo: al cabo de un año se retiró tambien, á pesar de las instancias que hicieron para detenerle los que tanto le amaban y estimaban. Llegando á Nazianzo, recibió el bautismo de mano de su padre, que ya era obispo

de aquella ciudad. Sintióse alumbrado con el sacramento de una nueva luz, á cuyo favor distinguió la falsa brillantez del mundo de la verdadera y sólida gloria que solo se halla en la virtud, y resolvió trabajar únicamente para ganar el cielo.

« Todo lo di, dice el santo, á aquel de quien todo
» lo recibí, y me ha recibido á mí; consagréle mis
» bienes, mi salud y el talento para predicar que se
» sirvió concederme. La única utilidad que he pre-
» tendido sacar de estos beneficios, es poderle hacer
» un eterno sacrificio de ellos, y tener algo con que
» acreditar que para mí todo es nada respecto de
» Jesucristo, quien de aquí en adelante me servirá de
» todo. »

Al disgusto del mundo se siguió el deseo de la soledad; y el ejemplo de su grande amigo san Basilio, que ya se habia retirado al Ponto, le hubiera desde luego atraido allí, á no haberle detenido en Nazianzo la mucha ancianidad de sus padres. Pero el ruido y el tumulto de los cuidados domésticos le obligaron presto á arrepentirse de su condescendencia; y acusándose á sí mismo de haber dado demasiadamente oidos á las voces de la carne y sangre, rompió los lazos que le detenian, y se escapó al desierto del Ponto, donde se reunió con su amigo, que ya se habia establecido en la soledad que debia serles comun.

Ningun anacoreta los excedió en la velocidad con que corrian por el camino de la perfeccion; su fervor no reconocia límites; la penitencia de entrambos llegó á ser excesiva. Al rigor de los ayunos, de los cilicios, de los rallos, de los sacos ó capotillos de cerda, y de otras cien invenciones para macerar la carne, tardaron poco en convertirse de dos hombres en dos esqueletos. A las vigilias, á la oracion y al estudio de la sagrada Escritura se seguia inmedia-

tamente el trabajo corporal, y al trabajo corporal volvia á seguirse la oracion. Fomentábase la virtud de los dos con sus recíprocos ejemplos, cuando un accidente imprevisto turbó el dulce reposo de su retiro.

Engañado el santo viejo obispo de Nazianzo por la artificiosa sagacidad de los arrianos, firmó, como lo hicieron otros prelados, el capcioso formulario de Rimini, que en términos equívocos contenia un puro arrianismo. Noticiosos de esto los monjes de Nazianzo, no quisieron comunicar con su obispo, y todos los católicos siguieron el ejemplo de los monjes. En medio del grande amor que nuestro Gregorio tenia á la soledad, apenas llegó á su noticia esta division, cuando voló á remediarla. Descubrió luego al buen viejo el lazo que le habian armado los herejes, y volviendo á unir al pastor con las ovejas, tuvo el consuelo de verle abjurar un error en que habia caido puramente por engaño.

Aprovechóse su padre de la detencion que en esta ocasion hizo Gregorio en Nazianzo; y considerando el gran bien que se seguiria á la Iglesia si un sugeto de aquel mérito y de aquella virtud fuese elevado á la dignidad del sacerdocio, resolvió conferirle los sagrados órdenes. Sobresaltóse el santo al oir esta proposicion, estremeciéndole la consideracion de un estado tan sublime; pero hubo de rendirse en vista de una vocacion tan manifiesta. Ordenóse de presbitero el dia 6 de enero del año de 362; aumentóse su fervor con el nuevo carácter, y dominándole siempre el amor á la soledad, volvió á huir secretamente al Ponto, y fué en derechura á buscar á su amado Basilio. Pero duró poco este segundo retiro; porque la extremada ancianidad de su padre que pasaba ya de 90 años, las necesidades de la iglesia de Nazianzo que clamaba por él, y los consejos de su santo amigo

Basilio, le obligaron á restituirse á la ciudad despues de dos meses y medio de ausencia. Dióse á conocer á los fieles el dia de Pascua por el primer sermon que predicó en ella; y como apenas habrá habido predicador mas poderoso en obras y en palabras que nuestro santo, predicó con tanta energía, con tanta mocion y con tanto fruto, que desde entonces fué econocido y apellidado el apóstol de Nazianzo.

No se limitó su zelo á la predicacion. Perseguia ya entonces furiosamente Juliano Apóstata á la Iglesia, y habia prohibido á los cristianos que enseñasen las letras humanas, para impedir por este medio á la juventud de estudiarlas, ó precisarla á aprenderlas de maestros gentiles. Pero Gregorio supo burlar este artificio, componiendo un gran número de poesías piadosas, que indemnizaron ventajosamente á los cristianos de la pérdida de sus escuelas.

Por este tiempo, hallándose ya san Basilio arzobispo de Cesárea, y conociendo mejor que otro alguno el extraordinario mérito de nuestro santo, resolvió elevarle á la dignidad episcopal á pesar de su invencible repugnancia. Fué consagrado en Cesárea por el mismo san Basilio el año de 372, destinándole para la iglesia de Sasimo, pero nunca tomó posesion de ella; y como el obispo de Nazianzo no pudiese ya atender á las funciones de su ministerio por su grande ancianidad, pidió á Gregorio para que cuidase de su iglesia. Hízolo con aquella actividad que se debia esperar de su zelo, logrando por fruto de él la reformacion general de las costumbres; tanto, que en menos de seis meses mudó de semblante toda la ciudad.

Habiendo muerto su padre y su madre santa Nona, cuya oracion fúnebre predicó el mismo Gregorio en presencia de san Basilio y de todo el clero, se le volvieron á renovar las ansias por su amada soledad:

pero no pudiendo negarse á las necesidades de aquella afligida iglesia, tomó á su cargo el cuidado de ella, no como obispo titular, sino como vicario y forastero, protestando él mismo que no se encargaba del rebaño sino esperando al pastor legítimo. Con efecto, como viese que los obispos de la provincia se daban poca priesa á proveer de prelado aquella iglesia, desapareció de repente, y se retiró á Seleucia en Isauria, donde se encerró en el monasterio de santa Tecla, y vivió seis años en él desconocido, ocupándose únicamente en ejercicios de oracion y de penitencia.

Murió san Basilio el año de 379; y esta muerte le confirmó en la resolucion que habia tomado de no salir jamás de su retiro; pero pocos meses despues le arrancó de él la necesidad de socorrer á la iglesia de Constantinopla, tan desolada por los arrianos, que ya no tenian los católicos iglesia alguna en aquella corte imperial. Hallábase vacante aquella primera silla, y todos convenian en que solamente Gregorio era digno de ocuparla: la dificultad estaba en hallar modo para sacarle de su amada soledad, donde asi las calumnias como las persecuciones que habia padecido en otras partes, le hacian dulcísima aquella vida particular, santa y tranquila; pero supieron pintarle con tanta viveza el lamentable estado á que se hallaban reducidos los pobres católicos, y disimularle con tanto cuidado el ánimo que tenian de colocarle en aquella grande silla, que al cabo se determinó á hacer el doloroso sacrificio de su tranquilidad; y aunque agoviado con la vejez, consumido con la penitencia, y lleno de penosos achaques, pasó á Constantinopla.

« Era sin duda un espectáculo bien nuevo, dice » nuestro santo, ver á un hombre desconocido, de » malà figura, pequeño de cuerpo, calvo, arrugado,

» consumido con las lágrimas y con la penitencia,
» sin equipaje, sin cortesanía, sin apoyo, pobre y mal
» vestido, venir él solo á declarar la guerra á la he-
» rejía en la capital del Oriente, donde reinaba con
» insolencia y con seguridad, y donde se habia he-
» cho fuerte por la union de todas las sectas. »

Apenas entró san Gregorio en Constantinopla, cuando todos los herejes se sobresaltaron. Armáronse contra él los arrianos, los novacianos, los macedonios, los apolinaristas y los eunominianos, jurando todos perderle. Valiéronse al principio de injurias, calumnias, sátiras denigrativas y malignas con que procuraron manchar su reputacion. Amotinaron al pueblo, especialmente á las mujeres y á las doncellas contra aquel hombre extranjero, persuadiéndolas que era un monstruo disimulado, estragador de las costumbres, mago y aun idólatra; citáronle ante los tribunales seglares, y no pocas veces en las mismas calles le perseguian á pedradas. Nuestro santo á todo esto no oponia mas que la paciencia, la modestia y la dulzura. Como los arrianos estaban en posesion de todas las iglesias de Constantinopla, Gregorio juntaba los católicos en la casa donde se hospedaba, la cual se llamó despues *Anastasia*, que quiere decir *resurreccion de la fe*, y fué con el tiempo una de las mas célebres iglesias de aquella corte imperial.

Al fin, su heróico sufrimiento y sus modales atentos, suaves y apacibles, fueron ablandando poco á poco los ánimos de los herejes. Concurrian á oirle hasta los mismos gentiles, al principio por curiosidad, y despues con tanta admiracion y gusto, que volvian á sus casas medio católicos. Por eso el célebre Rufino, hablando de nuestro santo, dice que no vió el mundo hombre mas elocuente, ni elocuencia mas noble, mas persuasiva ni mas enérgica que la suya;

habiéndose reconocido siempre su doctrina tan pura, que lo mismo era oponerse á ella, que hacerse sospechoso en la fe.

Al eco de lo que esparcia la fama concurrieron á Constantinopla para verle y tratarle muchas personas de distincion de diferentes provincias, siendo una de ellas san Jerónimo, que no quedó menos admirado de su eminente virtud y de su rara modestia, que de su elocuencia y profunda erudicion.

Entre tanto iba creciendo cada dia el número de los católicos; porque en las disputas, conversaciones y conferencias con los arrianos cada dia hacia nuevas conquistas. En vista de tantas maravillas resolvió el patriarca de Alejandria con los demás obispos colocar en la silla de Constantinopla á nuestro santo; lo que se ejecutó, á pesar de su repugnancia, con general aplauso del clero y de todo el pueblo. Fué extraordinario el júbilo en toda la ciudad; pero lo turbó presto la artificiosa ambicion del mas insigne embustero que acaso ha visto el mundo.

Cierto hombre, llamado Máximo, por sobrenombre el Cínico, habilísimo en el arte de fingir y de engañar, despues de haber vagueado por diferentes provincias, dejando en todas ellas muchas señales de sus delitos, por los cuales habia sido castigado, vino finalmente á hacerse discípulo de nuestro santo, y en poco tiempo supo ganar su estimacion y confianza con sus artificios y con su refinada simulacion. Este mal hombre forjó el proyecto de suplantar á Gregorio; y habiendo tenido arte para conseguir una grande suma de dinero que le prestaron, sobornó con él á muchos de los mismos que al principio habian mostrado mas inclinacion y mas zelo por nuestro santo. Logró corromper hasta al mismo patriarca de Alejandria, el cual, con una cábala de obispos de Egipto ya conjurados, aprovechó la coyuntura de una en-

fermedad de Gregorio para ordenar furtivamente á Máximo. Amotinóse toda la ciudad al ruido de este atentado; y Gregorio, penetrado de un vivo dolor, y previendo lo que podia suceder, resolvió á los principios retirarse, por no ser ocasion de nuevas turbaciones á una iglesia que tan felizmente habia restituido á su antiguo esplendor y tranquilidad. Subió al púlpito en medio de su indisposicion para despedirse de su pueblo; pero este levantó hasta el cielo un clamoroso alarido, pidiéndole con ruegos y con lágrimas que no le desamparase, y como no quisiese consentir fácilmente, le pusieron guardas de vista.

Arrojado de Constantinopla, como merecia, el embustero cínico, y cargado con la maldicion de todos, tuvo no obstante el descaro de irse á echar á los piés del emperador Teodosio, acompañándole aquel puñado de obispos egipcios que le habian ordenado. Hallábase el emperador en Tesalónica; pidióle Máximo su proteccion contra Gregorio; pero el religioso príncipe no se dignó ni aun escucharle; y vuelto á Constantinopla, no reconoció á otro por legítimo pastor que á nuestro santo, honrándole con todas las muestras de su estimacion y de su benevolencia. Púsole en posesion de todas las iglesias que habian ocupado los arrianos; mandó se le restituyesen las rentas que habian usurpado estos herejes, y le hizo dueño del palacio episcopal. Instaron al santo para que hiciese pesquisas á fin de descubrir los bienes que le habian ocultado, pero no fué posible vencerle: desinterés generoso que cerró la boca á sus émulos, y edificó á toda la Iglesia. Pero ni esta moderacion fué bastante para que mas de una vez no conspirasen contra su vida; mas su presencia desarmó á los asesinos, y no solamente los perdonó, sino que los convirtió, siendo esta la única venganza que tomó de ellos.

No se dió por vencido el partido de Máximo; y como no cesase de inquietar y de perturbar á la Iglesia, consintió el emperador en que se convocase en Constantinopla un concilio, que fué el segundo general, compuesto de 150 obispos. Confirmóse en él la fe del concilio Niceno; Máximo fué declarado intruso, y el concilio y el emperador reconocieron solemnemente á Gregorio por obispo de Constantinopla; en virtud de esto fué segunda vez colocado en su silla con la mayor aclamacion del pueblo, por san Melecio de Antioquía, presidente del concilio. Por mas que el santo expuso mil razones, valiéndose de ruegos y de lágrimas para que le exonerasen de aquella pesada carga, no fué oido; porque se atendió mas á las necesidades de aquella iglesia y á los clamores de los buenos, que á su extrema repugnancia.

Muerto poco tiempo despues san Melecio, quedó Gregorio por presidente del concilio. Esta nueva preeminencia, que no se le podia disputar, renovó la emulacion de muchos prelados, los cuales afectando ignorar que san Gregorio no habia tomado posesion del obispado de Sasimo, y que solo habia cuidado del de Nazianzo como gobernador, y no como obispo titular, se quejaron de que se le hubiese hecho patriarca de Constantinopla contra la disposicion de los cánones, puesto que ya era obispo de otra iglesia. Era fácil probar lo contrario; pero como el santo únicamente suspiraba por el retiro, siendo enemigo de todas las grandezas, tomó ocasion de estas contestaciones para pedir se le permitiese hacer dimision de la suya. Entró, pues, en el concilio, y declaró el ansia con que deseaba contribuir á la paz, y que pues su eleccion parece que la turbaba, estaba pronto como otro Jonás á que le arrojasen al mar para sosegar la tempestad, aunque no la habia excitado. Quedaron atónitos todos los obispos al oir una pro-

posicion tan inesperada; pero el santo habló en favor de su dimision con tanta elocuencia, y supo persuadir tan eficazmente, que al fin consiguió lo que pretendia. Gozosísimo de verse exonerado de tan pesada carga, salió de la sesion, y antes de dar tiempo á que los obispos se arrepintiesen, se fué derecho al palacio del emperador, y exponiéndole su avanzada edad y sus achaques, le suplicó que se dignase no oponerse á su retiro. No fué fácil mover al emperador á dar su consentimiento; pero al fin le dió únicamente en atencion á sus achaques. No perdió tiempo Gregorio; despidióse del concilio por un admirable discurso que pronunció en la catedral en presencia de los padres, los cuales, arrepentidos ya de su consentimiento, pensaban en retractarse; pero el santo los previno, y sin detenerse salió de Constantinopla, y se retiró á Capadocia.

Estando en Nazianzo, publicó su testamento, que habia ordenado en Constantinopla antes de hacer la dimision; era su fecha del dia último de diciembre del año de 381, y estaba firmado por siete obispos; siendo este el documento mas antiguo, ó á lo menos el mas auténtico de esta especie que nos dejó la antigüedad. El principal legado es en favor de los pobres de Nazianzo, á quienes deja por sus herederos, y nombra á uno de sus diáconos, llamado Gregorio, su ejecutor testamentario. Suplica á sus sobrinos y á los demás parientes suyos no lleven a mal que deje sus bienes á los pobres; *porque un eclesiástico,* dice, *no debe tener otros herederos.*

Ni en su fervor ni en su zelo se reconoció jamás la fuerza de sus continuos achaques. En la corta mansion que hizo en Nazianzo, purgó la ciudad de los errores de los apolinaristas; y habiéndosele aumentado sus dolencias, se trasladó á Arianzo, lugar de su nacimiento. En esta dulce soledad, retirado del ruido

de los negocios, y libre de las tempestades que por toda la vida le habian agitado, pensaba únicamente en perfeccionarse mas y mas, entregado totalmente á ejercicios de devocion y de rigurosa penitencia. Y aunque agoviado con la vejez, extenuado con los ayunos y consumido con los trabajos, permitió Dios, para su mayor purificacion, que al fin de su vida fuese ejercitado con violentas tentaciones, las cuales, al mismo tiempo que le humillaban y le hacian gemir continuamente, le obligaban á doblar la oracion y las penitencias.

No estuvo ocioso en su retiro de Arianzo. En él compuso aquel gran número de poesías cristianas, que publicó para oponerlas á las obras cultas, elocuentes y engañosas de que llenaban el mundo los herejes, logrando por este medio que los fieles arrimasen á un lado los libros perniciosos. Tambien escribió entonces en verso la historia de su vida, concluyéndola con un compendio de los principales sucesos de ella; y quiere que este epílogo le sirva de epitafio.

« ¿De dónde nace, Señor (exclama el santo), que
» al paso que el vigor del cuerpo se va extinguiendo,
» siento que se va avivando el fuego de las pasiones
» y los estímulos de la carne? Mi vida se ha reducido
» á una serie de tempestades, de contradicciones
» y de combates; pero en todos me sostuvísteis vos
» por vuestra gran misericordia. Logré por padre á
» un hombre todo de Dios, y tuve por madre á una
» mujer santa, que, mirándome como fruto de sus
» oraciones, me ofreció y me consagró á vos desde
» la cuna. Siendo niño me inspirásteis en un sueño
» el amor á la castidad; y desde entonces no cesás-
» teis de colmarme de favores. Híceos sacrificio de
» mis bienes, de mi honra, de mi salud y de mi vida.
» Fui pastor sin ovejas, y no tuve poco que padecer

» aun de los mismos pastores. Esta ha sido la vida de » Gregorio. Dejo á Jesucristo el cuidado de lo futuro, » como lo ha tenido de lo pasado. Y concluye así: » *Exprimat ista lapis*: Grábese esto por epitafio sobre » la piedra de mi sepultura. »

Comenzaba Gregorio á gustar las delicias de la soledad, cuando quiso el Señor coronar su perseverancia, y premiar sus trabajos. Acabó dichosamente sus dias siendo de edad de casi 80 años, que vivió en la inocencia, en el sufrimiento, en la piedad y en ejercicios de rigurosa penitencia. Los milagros que hizo en vida, y los que continuó el Señor en su sepultura despues de muerto, hicieron célebre su culto en todo el Oriente. Fué enterrado en Nazianzo, pero despues fué trasladado su cuerpo á Constantinopla en tiempo del emperador Porfirogenetes, y colocado con gran solemnidad en la iglesia de los doce Apóstoles. En la decadencia del imperio griego fué conducido el santo cuerpo á Roma, donde estuvo en la iglesia de las religiosas griegas hasta el año de 1580, en que el papa Gregorio XIII trasladó por sí mismo sus reliquias, con gran pompa y solemnidad, á la magnífica capilla que en honra del santo habia hecho edificar á sus expensas.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Nazianzo, san Gregorio obispo, llamado el Teólogo á causa de su profundo conocimiento de las cosas divinas; restableció en Constantinopla la fe católica que estaba casi enteramente destruida, y sofocó las herejías nacientes.

En Roma, san Hermes, de quien habla san Pablo en la carta á los Romanos, el cual, sacrificándose á sí mismo, y haciéndose una hostia agradable á Dios, entró en el reino de los cielos resplandeciente con la gloria de sus virtudes.

En Persia, trescientos y diez bienaventurados mártires.

En Cagli, sobre la via Flaminia, san Geroncio, obispo de Cervia.

En Vandoma, san Beato confesor.

En Constantinopla, la traslacion de los cuerpos de san Andrés apóstol, y de san Lucas evangelista, traidos de Acaya, y de san Timoteo discípulo del apóstol san Pablo, traido de Efeso. Mucho tiempo despues, el cuerpo de san Andrés fué trasladado á Amalfi, en donde es honrado con la concurrencia y piedad de los fieles. De su sepulcro mana continuamente un licor milagroso que cura las enfermedades.

En Roma tambien, la traslacion del cuerpo de san Jerónimo, presbitero y doctor de la Iglesia, traido de Belen de Judá á la iglesia de santa María la Mayor.

En Bari, la traslacion de san Nicolás obispo, cuyo cuerpo fué traido de Mira, ciudad de Lidia.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Gregorium ministrum tribuisti; præsta, quæsumus, ut quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis. Per Dominum nostrum...

O Dios, que concediste á tu pueblo por ministro de su eterna salvacion al bienaventurado Gregorio, haz que merezcamos tener por intercesor en el cielo al que logramos por maestro nuestro en la tierra. Por nuestro Señor...

La epistola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, cap. 4.

Charissime: Testificor coram Deo et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos,

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los

per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, insta opportune, importune; argue, obsecra, increpa in omni patientiæ et doctrina. Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus; et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solùm autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

muertos, por su venida y por su reino, que prediques la palabra, que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido; y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

« La última vez que san Pablo estuvo en la cárcel, » escribió esta segunda carta á su amado discípulo » Timoteo, que se hallaba á la sazon en Asia. El intento » que tuvo en escribirla, no fué solo para llamarle á » Roma, sino para exhortarle de nuevo á que cum- » pliese con todas las obligaciones de obispo. Y como » el apóstol estaba entonces cercano á la muerte, y » en vísperas de su martirio, llama san Crisóstomo á » esta epístola *el testamento de san Pablo*. »

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no darán oidos á la sana doctrina; antes bien, llevados de curiosidad, buscarán maestros sobre maestros que les hablen á medida de su gusto; y apartando la atencion de la verdad, la convertirán toda á las fábulas. En materia de religion los errores del entendimiento ordinariamente nacen del desórden del corazon. La fe siempre se resiente de las enfermedades del alma; desde que se deja de vivir bien, se comienza á no creer con rendimiento: no hay pasion que no ciegue. Tráigase á la memoria el principio de todas las herejías, y se hallará que la ceguedad fué efecto de la corrupcion de las costumbres. Las voces siempre son de reforma, porque no ha habido heresiarca que no haya gritado contra la relajacion, y que no haya aparecido con su máscara de penitencia; pero siempre se han visto por fruto de la nueva secta los mas vergonzosos desórdenes. A este precipicio conduce el disgusto de la sana doctrina; y este disgusto es el primer síntoma de un corazon corrompido. Una curiosidad orgullosa excita el apetito; pero un apetito depravado no halla gusto mas que en alimentos nocivos. ¿Hállanse por ventura muchos de aquellos que están encaprichados y preocupados de algun error, que soliciten con sinceridad instruirse y desengañarse? Los enfermos de esta especie no pretenden curarse, sino confirmarse en la aprension de que están buenos. Buscan maestros, dice el Apóstol, pero para que les hablen á medida de su gusto; señal visible de que el corazon es el primer móvil. Una vez que domina la pasion, no se busca la verdad, sino pretextos para autorizar el error. Al que va extraviado tanto le importa ir por la izquierda como por la derecha; ¿y cómo se le enderezará,

si él mismo está contento con su extravío? Por mas que se le grite que ha errado, que no es aquel el camino real, ó no oye, ó hace como quien no entiende. ¿De dónde nacerá esta indocilidad de nuestro órgullo? Vuélvese toda la atencion á las fábulas: es cierto que estas lisonjean, que gustan, que embelesan; pero ¿dejan por eso de ser fábulas? ¡O mi Dios! ¿qué se va á ganar en ser el juguete y la víctima del amor propio y de las pasiones? Píquenos en buena hora la curiosidad; pero sea por saber la ciencia de los santos: cualquiera otra es bien poco necesaria para la salvacion; y la que no sirve para esto, es bien inútil. Solo tenemos necesidad de un maestro; y solo Jesucristo tiene palabras de vida eterna. En el Evangelio encontramos todas las lecciones que hemos menester; los santos son los modelos que debemos imitar. ¿No es locura dejar este camino por seguir senderos que nos desvían del término? Parece que queremos hacernos artífices de nuestra propia salvacion, pues que buscamos caminos distintos de los que Cristo nos señaló. Desde que no se puede sufrir la sana doctrina, luego se forja cada uno un evangelio al gusto de sus pasiones y de sus deseos; pero ¿cuál será el fruto de este nuevo evangelio? la indocilidad, el orgullo, la obstinacion, y lo que á esto se sigue, la reprobacion eterna.

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se evapora ¿con qué se salará? No vale ya para nada, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad

accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum, ut luceat omnibus qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cœlum et terra, iota unum, aut unus apex non præteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á vioarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será repulado el menor en el reino de los cielos, mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

DEL ESCÁNDALO QUE SE DA CON LA PERSEVERANCIA EN LAS FALTAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera lo que aquí se entiende en nombre de escándalo, que es una accion menos arreglada, que se ve ejecutar á personas de las mismas obligaciones, que debieran darnos ejemplo. ¡Qué conducta mas lastimosa! Vemos cometer una falta, y nos persuadimos que podemos cometer otra semejante sin ha-

cernos reprensibles, por cuanto no somos nosotros los que damos el mal ejemplo, sino los que le seguimos. ¿De cuándo acá las faltas de los otros excusan, ó autorizan las nuestras? Nunca prescribe el quebrantamiento de la ley divina. Cuanto mas distinguida es una persona por su nacimiento, por su empleo, y por el concepto que se tiene de su virtud, mas escandalosas son sus faltas. ¡Qué flaqueza dejarse arrastrar de las flaquezas de otro!

Aquella persona que está reputada por virtuosa, se dispensa sin escrúpulo en ciertas obligaciones, se toma tal libertad, comete tal y tal falta; ¿porqué no podré yo hacer lo mismo? Yo no me siento con fuerzas para aspirar á mas alta santidad; tengo á aquel por mas virtuoso que yo; ¿pues porqué no podré seguir su ejemplo?

Aquellos sugetos tan respetables por su edad, por su mérito y por su buen proceder, asisten á los espectáculos; no faltan en concurrencia alguna de gusto y de diversion; tienen un despejo, unos modales no solamente desembarazados, sino bastantemente libres; se dejan llevar algunas veces de la corriente, y escrupulizan poco en acomodarse á las máximas y á las leyes del mundo. ¿Están acaso persuadidos de que arriesgan su salvacion con esta vida menos austera, y poco regular? ¿Tendrán menos gana de salvarse que yo? Hállome en el mismo estado, con las mismas obligaciones, y constituido en la misma clase: si no me conformara con su conducta, esto seria reprenderlas tácitamente: estas singularidades se califican de censuras, y en el comercio de la vida no hay cosa mas odiosa que el que á un hombre le tengan por censor.

¡Es posible que unos raciocinios tan infelices y tan lastimosos pretendan ser regla de las costumbres! Jesucristo condena esos espectáculos, esas maximas del mundo, esas diversiones poco cristianas; ¿pues

qué hombre es capaz de autorizarlas? ¿ni qué mérito puede comunicar á estos pecados esa imaginaria reputacion de los hombres? Si bajara un ángel del cielo, decia san Pablo, y os anunciara otro evangelio que el que yo os anuncio, seria anatematizado. Yo añado, si bajara un ángel del cielo, y procediera segun las máximas que condena el Evangelio, debiérais guardaros bien de imitarle. No reconocemos otro maestro, ni tampoco otro modelo que á Jesucristo. Los malos ejemplos bien pueden darnos aliento, pero nunca podrán justificarnos. El Señor nunca nos puso á los hombres por modelo; y solo nos dijo: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial.* Ni aun de los mismos que nos enseñan nos mandó que imitásemos los ejemplos, antes expresamente nos previno: *Haced lo que os dijeren, pero no siempre hagais conforme á sus obras.* En vista de esto, ¿quién pretenderá ya autorizar, ó á lo menos excusar sus faltas con las de otros? ¡Mi Dios, ¡qué confusion, y qué arrepentimiento nos causará esto algun dia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué no hay cosa mas fuera de razon ni mas lastimosa que pretender excusar las faltas propias con el ejemplo de las ajenas. ¿Pues qué, porque otro, que tiene las mismas obligaciones que yo, falte á ellas, tengo yo derecho para faltar á las mias sin incurrir en pena alguna? ¿porque me den mal ejemplo los que debieran dármelo bueno, ya me es lícito imitarlos? ¿Discurrimos de esta manera cuando se trata de la vida, de la hacienda y de la honra? ¿Pues en qué consiste esta diferencia?

Una persona respetable por sus años, por su talento y por sus empleos, comete un desacierto, y pierde la gracia del príncipe; ¿porqué no harán lo mismo sus adoradores y sus partidarios? El ejemplo de un

hombre tan acreditado los autoriza. Arruinóse un amigo por haber abrazado tal partido, ó por haber entrado en tal negocio; ¿pues porqué los demás no siguen el mismo rumbo? ¿Aunque destruyan sus casas, no tienen ya ese ejemplo con que cubrirse? Pero mientras llora y gime la pobre familia, ¿será buena excusa el decir: fulano y fulano, hombres de juicio, y prudentes, se arruinaron entrando en tal negocio, ¿porqué no he podido yo hacer lo mismo¿ ¡Ah Dios mio! ¿Es posible que los hombres solamente discurran mal cuando se trata de la salvacion? Conócese la necedad de este modo de discurrir cuando se atraviesa la salud, la honra, ó la hacienda; y solo cuando se atraviesa la ley de Dios se discurre extravagantemente con la mayor tranquilidad.

Lo malo siempre es malo; y aquello que está prohibido cuando los demás no me dan mal ejemplo, igualmente lo está, aunque me den los mas perniciosos. ¿Por ventura infunde algun mérito en la infraccion de la ley la reputacion ni la edad del que la quebrantó? ¿Y será legítima excusa en el tribunal de Dios el decir: no cumplí con tal obligacion, falté á la observancia de tal regla, porque fulano y zutano, que eran tan religiosos como yo, me dieron mal ejemplo? Mueve á indignacion solo el oir semejante necedad; y en medio de eso este es un escollo en que se hace pedazos la virtud de la mayor parte de los jóvenes.

¡Cuánto tengo, Señor, de que acusarme, de que confundierme en este punto! ¡Cuántas veces pretendi cubrir mi fragilidad y mi ingratitud para con vos con el ejemplo de los otros! Efecto es de vuestra gracia el dolor que ahora siento de haberlo hecho así; dignaos, Dios mio, acabar esta vuestra obra; resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á no dejarme arrastrar mas del mal ejemplo; dadme aliento y fortoleza para cumplirlo.

JACULATORIAS.

Da mihi in animo constantiam, ut contemnam; et virtutem, ut evertam. Judith. 9.
Dadme, Señor, constancia para despreciar el mal ejemplo, y fortaleza para suplantarle.

Custodi me à laqueo, quem statuerunt mihi. Salm. 140.
Libradme, Señor, de los lazos que me arman con los malos ejemplos que me dan.

PROPOSITOS.

1. Si un hombre tenido por capaz y por sugeto de buenas costumbres tomara veneno, ¿tendria muchos imitadores? ¿seria esto bastante para cohonestar la locura ó la desesperacion de los que hiciesen lo mismo? Basta proferir esta proposicion para conocer su ridiculez y su extravagancia. ¿Y será menos imprudencia pretender cubrir la relajacion con el mal ejemplo? Acuérdate de que no tienes otra regla para tu gobierno que los mandamientos de la ley de Dios, los de la santa madre Iglesia y el Evangelio, ni debes imitar otro ejemplo que el de Jesucristo y sus santos. Estima y honra à todo el mundo, pero no sigas el ejemplo de todos. Las personas mas virtuosas tienen sus faltas, y mientras viven pueden pervertirse: imita sus virtudes, pero á ninguno has de tomar por universal modelo. Judas, Tertuliano y Orígenes fueron buenos por algun tiempo, y Salomon tambien fué sabio. Fú atento á las máximas del Evangelio, y á los ejemplos de los santos; ni pienses jamás en autorizar tu relajacion con la de otros.

2. Es muy loable excusar las faltas de nuestros hermanos: pero la accion viciosa siempre es reprensible; y la caridad cristiana que nos obliga á excusar al pecador, nos obliga tambien á desaprobar el pecado.

Sobre este principio has de hacer siempre distincion entre la persona y entre sus imperfecciones; respeta á aquella, pero trata con desprecio á estas. *Es preciso que haya escándalos; pero desventurado de aquel por quien el escándalo viene* (1). Está siempre alerta contra los artificios del enemigo, y contra las engañosas solicitaciones del amor propio: mira como una tentacion muda, pero muy peligrosa, la relajacion de las personas que te parecian observantes y ajustadas. Aun es muy conveniente prevenir de esto con tiempo á la gente moza: los remedios preservativos son muy importantes, y así se les debe precautelar contra estos lazos que están tendidos y armados por todas partes. Las almas tiernas, y por decirlo así, nuevecitas, que entran en el mundo con las mas bellas disposiciones para la virtud, difícilmente se defienden del contagio en vista de los malos ejemplos; y los que se crian en religion, presto dan al través si defieren demasiado á la relajacion de aquellos, cuyo mérito, edad y empleos los hacen hombres de distincion. *In lege quid scriptum est? quomodò legis?* ¿Qué dice la ley? Esta debe ser la regla inmutable de nuestras operaciones; los ejemplos de los santos, las máximas de Jesucristo, su sagrado Evangelio. Atente á lo que está escrito.

DIA DIEZ.

SAN ANTONINO, OBISPO.

San Antonino, á quien en el bautismo se puso el nombre de Antonio, y despues por la pequeñez de su cuerpo le llamaron *Antonino*, fué hijo de Nicolás Pierozzi, notario de la ciudad de Florencia, y de

(1) Matth. 18.

Tomasia, ambos de familia honrada, y uno y otro recomendable por su conocida bondad. Nació en el año de 1389; y como era hijo único, y sus padres eran tan virtuosos, se dedicaron con el mayor desvelo á darle una cristiana educacion. Costóles poco trabajo, porque Antonino habia nacido con tan bellas inclinaciones, que la devocion parecia en él como natural. Llamaban comunmente en Florencia al niño Antonino *el santico*; no hallándosele en casa, era sabido que se le encontraria en la iglesia, y siempre de rodillas delante de una imágen de la santísima Vírgen. En su porte nunca se notó accion, ni movimiento pueril; siempre dulce, siempre afable, dócil y modesto, nada habia que reprender en sus procedimientos. Tuvo toda su vida tanto horror al pecado, que se tiene por cierto conservó hasta la muerte la inocencia bautismal; debiendo particularmente, como lo confesaba él mismo, á la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, la inviolable integridad de su pureza.

Dedicáronle con tiempo al estudio, en el cual hizo maravillosos progresos. Era de ingenio vivo y penetrante, de memoria feliz y de una asombrosa aplicacion al trabajo, con lo que adelantó mucho en una edad en que otros apenas saben los primeros rudimentos; pero el amor que tenia al estudio de las letras, no podia competir con el que profesaba al de la importante ciencia de la eterna salvacion.

Ya hacia tiempo que para satisfacer los deseos que tenia desde sus mas tiernos años de consagrarse á Dios enteramente, habia puesto los ojos en algun claustro religioso. Pero entre todos era el objeto de sus ansias el de los padres predicadores, donde reinaba la sabiduria, el zelo de la fe y una ejemplar observancia. Acudió al famoso padre fray Juan Domínici, que despues fué cardenal, arzobispo dé Ragusa

y legado de la santa sede en el reino de Ungría, y le pidió el santo hábito. Examinóle este célebre predicador, y quedó hechizado de la viveza de su ingenio, del candor y de la inocencia de sus costumbres, y de los ardientes deseos con que suspiraba por ser admitido en la religion de santo Domingo; pero viéndole tan pequeño y tan niño, le aconsejó que esperase todavía algunos años; y para librarse de sus instancias con alguna salida plausible, habiendo entendido en el discurso de la conversacion que gustaba mucho de leer el decreto de Graciano, añadió sonriéndose: *Mira, estudia todo el derecho canónico, y en sabiéndolo de memoria, yo te doy palabra de que serás recibido.* Era muy dura la condicion, y el padre Dominici solo intentaba por aquel medio despedir con honor al pretendiente, quitándole toda esperanza de ser admitido; pero quedó sorprendido y asombrado cuando dentro de pocos dias volvió Antonino á reconvenirle con su palabra, diciendo que estaba pronto á dar razon de todo el derecho canónico. Con aquella extraordinaria prueba de su casi milagrosa memoria y habilidad, le recibieron luego los padres, sin reparar en la debilidad de su complexion, ni en sus pocos años; y en breve tiempo conocieron lo mucho que valia el que habian admitido.

El fervor del novicio sirvió de religiosa emulacion á los mas ancianos. Temíase que no tendria fuerzas para resistir al rigor de la observancia; pero dióselas su aliento, y en todas ocasiones se mostró el mas humilde, el mas obediente, el mas mortificado y el mas exacto de toda la comunidad. Desde luego le miraron los frailes como el mas cabal modelo de la perfeccion religiosa, en vista de sus abstinencias, de sus vigilias, de su desasimiento de todas las cosas, de su aplicacion al estudio, de su continua oracion que era toda su ocupacion y sus delicias, de su devocion tierna y

fervorosa, y de su exactitud en el cumplimiento de todas las obligaciones de su estado.

Creció el fervor con la dignidad del sacerdocio. Siempre que celebraba el divino sacrificio le veian bañado en dulces lágrimas, que incesantemente hacia derramar de sus ojos el fuego del amor de Dios, que le consumia y abrasaba. En vano intentaron moderar el rigor de sus penitencias; su vida fué un continuo ejercicio de ellas; sano y enfermo dormia siempre en la dura tierra; y aunque se vió elevado á los mayores empleos de la religion, casi siempre hizo á pié todos sus viajes.

No obstante de ser todavia muy mozo, como la virtud suplia la falta de los años, le hicieron prior del convento de Roma, el que gobernó con tanta prudencia, con tanta suavidad y con tanto acierto, que le encargaron sucesivamente el gobierno de los conventos de Nápoles, Gaeta, Cortona, Sena, Florencia, Pistoya, Siésoli y de otras muchas ciudades de Italia: renovó en todos ellos el primitivo espíritu de la regla, mas con sus ejemplos, que con sus palabras.

Hiciéronle vicario general de la provincia de Toscana, y despues de la de Nápoles; sin que por eso disminuyese el rigor de sus ordinarias penitencias. Humillándose mas, cuanto mas le elevaban, daba siempre principio á la visita de los conventos ejerciendo los oficios mas bajos de la casa; se veia tan confundido el vicario general con los menores frailes, que solo el mayor fervor le distinguia de ellos.

Hallábase Antonino en la visita de la provincia de Nápoles cuando vacó la silla episcopal de Florencia. Por mucho tiempo se llevó la atencion del papa Eugenio el cuidado y la eleccion de un sugeto digno que ocupase aquella silla; resuelto á no dar oidos á empeños, pretensiones y parcialidades, pensaba úni-

camente en dar á Florencia un prelado santo; mas apenas le hablaron del vicario general de los Predicadores, cuando sin detenerse un punto en deliberar, le nombró por arzobispo de Florencia. Recibió el santo la noticia volviendo de la visita, y hallándose ya en uno de los conventos de su provincia; sobresaltóse tanto con ella, que, dejando de repente el camino de Nápoles, sin darse por entendido, se encaminó á las costas de Toscana, con resolucion de embarcarse para la isla de Cerdeña, y pasar en ella desconocido el resto de sus dias; pero estaban ya tomados los puertos, y le condujeron á Sena. No hubo medio de que no se valiese para librarse de aquella dignidad; pero el papa no hizo caso de sus razones, y se mantuvo inexorable á sus ruegos; envióle las bulas, mandándole que cuanto antes se hiciese consagrar. Rindióse á la obediencia, haciéndola el mas doloroso sacrificio, siendo las lágrimas que derramó durante la ceremonia de su consagracion el mayor testimonio de su dolor, y de que no hallaba otro consuelo que el de la resignacion.

Arregló su familia de manera que, sin deslucimiento de la dignidad episcopal, todo olia á religion y á modestia. Parecióle que los pobres serian su mejor tren y equipaje, persuadido que eran de ellos las rentas de la mitra, y que el mayor esplendor de esta consistia en dar muchas limosnas. Mandó á sus criados que jamás despidiesen á pobre alguno sin darle algo; y despues de haber consumido en limosnas todo el dinero, se le vió echar mano de los muebles, y reducirse á sí mismo á una extrema pobreza para socorrer á los pobres. Fundó el colegio de san Martin, en que estableció doce administradores de las rentas destinadas para socorrer á familias vergonzantes, que reducidas á miseria tienen empacho de pedir; y ha echado Dios su bendicion á esta obra pia de manera, que hoy

se mantienen con ella mas de seiscientas familias, proveyendo á todas sus necesidades.

Correspondia el zelo á la caridad. Todos los años visitaba el arzobispado, haciendo tanto fruto con su modestia, apacibilidad y ejemplo, como con sus exhortaciones. Desterráronse de todas partes los abusos, reconciliáronse las enemistades, extermináronse los desórdenes, y se reformaron las costumbres. Nada se ocultaba á su vigilancia, ni burlaba su solicitud. Habianse introducido en Florencia los juegos que llaman de azar, con grande ruina de las familias; emprendió el santo arzobispo desterrarlos, y lo consiguió.

Cierto hereje disfrazado, que tenia fama de insigne médico, y lograba con este título mucha introduccion en las casas particulares, se aprovechaba de ella para sembrar disimuladamente sus errores, vomitando con especialidad horribles blasfemias contra la santísima Vírgen. Llególo á entender san Antonino, y al punto hizo ver que el verdadero zelo, aunque siempre dulce y afable, sabe obrar con teson y con fortaleza cuando se atraviesan intereses de la religion. Por mas protectores que tuvo el hereje, el santo arzobispo se mantuvo inflexible; y no habiendo querido convertirse aquel infeliz, fué condenado á la hoguera.

Como el espíritu de Dios era el primer móvil de todas sus operaciones, san Antonino no se desmintió jamás en su conducta: dormia muy poco, y aunque velaba hasta muy entrada la noche, todos los dias se anticipaba á los canónigos en la asistencia á los maitines. Cuando volvia de ellos daba al estudio el tiempo que otros concedian al descanso: despues de la misa, que celebraba cada dia con devocion tierna y sensible, se dedicaba enteramente á los negocios del arzobispado hasta la entrada de la noche, sin

cesar de dar audiencia á cuantos se le presentaban, mas que para ir á visitar á los pobres en los hospitales, ó para administrar los sacramentos á los enfermos.

A todas horas se le encontraba visible, afable y accesible á todo el mundo, siendo todo para todos para ganarlos á todos. Igualmente daba audiencia al pobre y al rústico, que al rico y al poderoso, sin acepcion de personas; hallándose siempre en él un director, un pastor y un padre, sin que accidente alguno fuese capaz de alterar su dulzura y su tranquilidad.

Habiendo arrestado á un ministro del papa el consejo supremo de Florencia, y no habiendo podido lograr el arzobispo que le pusiesen en libertad, mandó cesar el oficio divino en la catedral á la vista de los magistrados, y puso entredicho á la iglesia. Por mas que le maltrataron, se mantuvo inflexible; y como le amenazasen que le echarian de la ciudad, mostrando el santo la llave de la celda que ocupaba en el convento de Cortona, y traia siempre colgada de la cintura, respondió: *Si me obligaren á salir de Florencia, siempre tendré donde retirarme.*

Sus grandes negocios y ocupaciones nunca le apartaron del recogimiento interior, ni del espíritu de oracion, y en medio de ellas estaba como pudiera en el mas sosegado retiro. Además del oficio divino, el de la Vírgen, y los salmos penitenciales, que rezaba todos los dias, rezaba el oficio de difuntos dos veces á la semana, y los dias de fiesta todo el salterio entero. En medio de tantas tareas halló tiempo para enriquecer la Iglesia con excelentes obras, como son *la Suma doctrinal, ó teológica; la Suma histórica; la Suma de la confesion; un tratado de la excomunion; el discurso sobre los discípulos cuando iban al castillo de Emaús, y un tratado de las virtudes*, descubriéndose en todas estas obras las mayores pruebas de la pureza

de su fe, de la santidad de su doctrina, de su gran virtud, erudicion y sabiduría.

Estaba tan extendido por toda Italia el concepto de su elevada santidad, que acudian los pueblos á los caminos por donde se sabia que habia de pasar para recibir su bendicion. El papa Nicolao V dijo públicamente, *que tenia por tan digno de ser colocado en los altares al arzobispo de Florencia estando vivo, como á Bernardino de Sena, á quien él mismo acababa de canonizar, despues de muerto.* Nombráronle los Florentinos para que llevase la voz en una solemne embajada que enviaron á los papas Calixto III y Pio II, reparando todos, que cuanto mas le colmaban de honores, mas humilde se hacia. Suplicáronle que se encargase tambien de la embajada al emperador Federico; pero no le pudieron reducir, porque jamás se resolvió á salir de su arzobispado no siendo por los intereses de la Iglesia.

Habiendo llegado á noticia del papa Pio II el gran fruto que habia hecho en Florencia con su zelo suave, pero siempre ferviente y eficaz, cortando de raiz los escándalos públicos, desterrando los juegos de azar y otros desórdenes inveterados, quiso hacerle de la junta que habia formado para reformar los abusos de Roma; pero antes llamó Dios á su fiel siervo para premiarle eternamente. Murió con la muerte de los santos el dia 2 de mayo del año 1459, á los sesenta de su edad, y á los tres de su arzobispado. Hallábase á la sazon en Florencia el papa Pio II, y no solo quiso honrar con su asistencia el entierro del santo, sino que concedió siete años de indulgencia á los que concurriesen á honrar tambien su cuerpo en la sepultura. Sesenta y cuatro años despues le canonizó solemnemente el papa Clemente VII, fijando su fiesta Inocencio XI al dia 10 de mayo. Venérase el santo cuerpo con gran concurso de los fieles en la iglesia de los

padres dominicos de Florencia, y se conservan algunas reliquias suyas en la del colegio de la Compañía de Múnster.

SAN EPIFANIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

Nació san Epifanio en Palestina, en el territorio de Eleuterópolis, por los años del Señor de 310. Se cree que sus padres eran cristianos, y que así le educaron desde niño en los principios de nuestra religion. Aficionado desde jóven al estudio de las santas Escrituras, adquirió un profundo conocimiento de ellas; y para penetrar mejor su sentido, aprendió la lengua hebrea, la egipcia, la siriaca, la griega y la latina.

Llevado de su amor á la piedad, iba á hacer frecuentes visitas á los solitarios, para recibir en sus conversaciones instrucciones saludables; y el ejemplo de sus virtudes le movió tan vivamente, que se resolvió, siendo todavía muy jóven, á abrazar la vida monástica. Puso en práctica esta resolucion en Palestina; pero poco tiempo despues pasó á Egipto con objeto de vivir en los desiertos de aquel pais.

Habiendo vuelto á Palestina por los años de 333, edificó un monasterio cerca del lugar de su nacimiento. La vida que hacia nuestro santo, era austerísima. Algunas personas le echaron en cara que llevaba demasiado lejos los rigores de la penitencia; pero el santo respondió: *Dios no nos dará el reino de los cielos, sino con condicion que trabajemos por nuestra parte; y ¿qué proporcion guarda lo que podemos hacer nosotros, con la corona de gloria eterna que nos espera?* A las maceraciones corporales juntaba los ejercicios de piedad, la perseverancia en la oracion, y una aplicacion infatigable al estudio. No contento con

leer todos los buenos libros que se publicaban entonces, viajó por diferentes provincias, habiendo considerado esto como medio muy á propósito para adquirir mayor variedad de conocimientos.

El Señor habia permitido entonces que el grande san Hilarion, despues de haber estado escondido veinte y dos años en el desierto, fuese manifestado al mundo. La fama de sus virtudes y de sus milagros le atraia gran número de discipulos. San Epifanio, aunque muy versado en los caminos de la perfeccion, le escogió por su maestro, y se dirigió por sus consejos desde el año 333 hasta el año 356. La amistad de estos dos santos fué siempre muy estrecha, sin que la distancia de los lugares pudiese disolver su vínculo ni entibiar su fervor. Parece ser cierto que san Hilarion fué el que mas adelante determinó á la iglesia de Salamina á pedir á san Epifanio por obispo; y cuando la muerte arrebató al primero, consagró el segundo su pluma á dar á conocer sus virtudes.

Durante la cruel persecucion que excitaron los arrianos contra los católicos, bajo el imperio de Constancio, san Epifanio abandonó muchas veces su retiro para volar al socorro de los que combatian por la fe católica. Separóse de la comunion de Eutiquio, obispo de Eleuterópolis, que por miras de politica habia entrado en el partido de estos herejes. Tambien mostró mucho zelo en precaver á los católicos contra los errores que habia descubierto en los escritos de Orígenes.

Retirado en su monasterio, era nuestro santo el oráculo de la Palestina; de todas partes concurrian á verle, á consultarle, y ninguno se apartaba de su lado sin haber recibido los mas acertados consejos. Su reputacion se extendió bien pronto á las provincias mas lejanas, y con noticia de sus virtudes la

ciudad de Salamina, en la isla de Chipre, le eligió por su obispo hácia el año 367. Esta dignidad no produjo ningun cambio en su método de vida; vistió siempre el hábito de monje, y aun siguió gobernando á sus religiosos, á quienes iba á visitar de cuando en cuando. Mas no era tal el apego que tenia á sus observancias, que no supiese dispensarse de ellas por miras de caridad; así era menos rígida su abstinencia cuando se trataba de obsequiar á los huéspedes que recibia en su casa.

Su caridad con los pobres carecia de límites; socorríalos con abundantes limosnas, haciéndole dispensador de las suyas muchas personas piadosas, de cuyo número fué santa Olimpiades, que le hizo donativos muy considerables en dinero y en fincas.

La santidad de Epifanio era tan universalmente reconocida, que todos le veneraban, y aun los mismos herejes no podian menos de respetarle. Asi es que en la persecucion excitada por los arrianos, protegidos por el emperador Valente, en el año 371, nuestro santo fué casi el único obispo ortodoxo á quien perdonó la herejía en aquella parte del imperio.

Cinco años despues, emprendió un viaje á Antioquía, con objeto de procurar la conversion del obispo Vidad, que habia caido en el apolinarismo; pero desgraciadamente fueron infructuosos los esfuerzos de su zelo. En el año 382 acompañó á Roma á Paulino, obispo de Antioquía, y ambos se hospedaron en casa de santa Paula. En la primavera siguiente volvió nuestro santo á Salamina; y en el año 385 tuvo el consuelo de recibir y tener diez dias en su compañía á la misma santa Paula, de camino para Palestina.

Estando en Jerusalen el año de 394, predicó contra el origenismo, en presencia del patriarca Juan

en quien sospechaba cierta inclinacion á esta herejía: su discurso fué muy mal recibido por el patriarca y sus partidarios; visto lo cual, nuestro santo se retiró á Belen, y persuadió á san Jerónimo á separarse de la comunion de Juan hasta que diese pruebas públicas de su catolicismo. Al mismo tiempo ordenó de sacerdote á Pauliniano, hermano de san Jerónimo; lo cual fué orígen de nuevas diferencias con el patriarca de Jerusalen, quejándose este públicamente de un acto que calificaba de atentado contra sus derechos. San Epifanio trató de justificarse en una carta que le escribió al efecto. « Yo he podido, le decia, ordenar á un monje que en clase de extranjero no » se reputa pertenecer á vuestra provincia. El temor » de Dios es el que me ha hecho obrar de esta ma- » nera, no habiéndome propuesto otro fin que la » utilidad de la Iglesia. No hay diversidad de sa- » cerdocio, cuando se atraviesa la caridad de Jesu- » cristo. Así es que yo no he desaprobado semejantes » ordenaciones hechas en mi provincia. ¿Porqué. » pues, os dejais acalorar tanto contra una accion » cuyos motivos han sido tan puros (1)? »

San Epifanio hizo un viaje á Constantinopla en el año 401. Prevenido allí por los clamores de Teófilo contra los solitarios llamados los *Grandes Hermanos*, formó un juicio desfavorable de ellos, y los trató de origenistas. Los grandes hermanos fueron á visi-

(1) De la conducta que observó san Epifanio en esta ocasion, y mas adelante en Constantinopla, se colige que entonces no se tenian ideas tan exactas como hoy dia acerca de la jurisdiccion de los obispos fuera de sus diócesis; y es que la Iglesia no se abia explicado aun sobre este punto de disciplina de una manera tan explícita como lo ha hecho despues. De otro modo no se hubiera permitido san Epifanio conferir órdenes en diócesis ajena, ni habria predicado en Constantinopla sin haber obtenido de antemano la licencia del arzobispo. Pero el santo creia poder hacer en la diócesis de otros obispos, lo que no tomaba á mal que estos hiciesen en la suya.

tarle, con objeto de explicarle sus verdaderos senti mientos. « Padre, le dijeron, nosotros deseamo » saber si habeis visto nuestros discipulos, ó leidi » nuestros escritos. —No, les respondió el santo. — » Pues ¿cómo, replicó Armonio, uno de los solita» rios, nos habeis juzgado herejes sin tener pruebas » de nuestros sentimientos? No hemos hecho así » nosotros; porque muchas veces hemos encontrado » vuestros discípulos y leido vuestros escritos, entre » otros el *Ancorato*; y como muchos quisiesen criti» carlo y acusaros de herejía, hemos tomado vues» tra defensa. » Esta reflexion tan justa desarmó á san Epifanio, y fué bastante para que formase mejor concepto de ellos. Si el santo, dice el historiador Sócrates, cayó en esta y otras semejantes equivocaciones, debe atribuirse al ardor de su zelo y á la sencillez de su corazon; teniendo tanto en el alma la pureza de la fe católica, que la sombra sola de herejía le causaba el mas vivo sobresalto. Por lo que hace á los grandes hermanos, llamados así por su grande estatura, eran cuatro, y se nombraban Dióscoro, Armonio, Eusebio y Eutimio. Habian abrazado la vida solitaria en la montaña de Nitria, juntamente con sus hermanas que vivian en un hospicio separado. Hiciéronse célebres por la austeridad de su penitencia, por el fervor y perseverancia en la oracion, y tuvieron el honor de sufrir por la consubstancialidad del Verbo.

No tardó san Epifanio en recibir el premio debido á la pureza de su fe y al ardor de su zelo. Habíase embarcado en Constantinopla para volver á su diócesis; pero no pudo llegar á Salima, y murió en el camino en el año 403, á los noventa y tres de su edad y treinta y seis de obispado. Sus discípulos edificaron en Chipre una iglesia bajo su advocacion, donde colocaron su imágen con las de otros muchos santos,

y el Señor honró su sepulcro con gran número de milagros. San Agustin, san Efren, san Juan Damasceno, Focio y otros han hecho de nuestro santo magníficos elogios, dándole entre otros títulos los de *doctor católico, varon admirable, varon lleno del espíritu de Dios.*

Las obras de san Epifanio de que tenemos noticia, son: 1º El *Panario,* ó libro de los antídotos contra todas las herejías; en el cual es muy digno de notarse que san Epifanio establece la necesidad de la tradicion, valiéndose de ella así como de la Escritura para refutar las herejías: por la tradicion justifica la práctica y aprueba la obligacion de orar por los difuntos (1). 2º El *Ancorato*, llamado así porque es como una especie de áncora para fijar los entendimientos en la verdadera fe, seguido del *Anacefaléosis*, que es como un compendio. 3º El *tratado de los pesos y medidas*, el *Fisiólogo*, ó coleccion de las propiedades de los animales, y el *tratado de las piedras preciosas*, para la inteligencia de la Biblia. 4º Dos *Cartas*, la una dirigida á Juan, obispo de Jerusalen, de que ya hemos hablado; y la otra á san Jerónimo, en la que le avisa la condenacion de Orígenes por Teófilo de Alejandría. A mediados del siglo pasado se descubrió entre los manuscritos de la biblioteca del Vaticano un comentario de nuestro santo sobre el libro de los Cantares.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Antonino, arzobispo de Florencia, cuya dichosa muerte se celebró el dia dos de este mes.

En Roma en la via Latina, los santos mártires Gordiano y Epímaco, de los cuales el primero, por haber confesado á Jesucristo en tiempo de Juliano el

(1) Hær. 76, cap. 7

Apóstata, fué azotado largo tiempo con plomadas, y despues decapitado. Durante la noche los cristianos enterraron su cuerpo sobre la misma Via en una gruta, á la que poco antes habian sido trasladadas las reliquias de san Epímaco desde Alejandría, en donde habia padecido martirio por la fe de Jesucristo.

En la tierra de Hus, el santo profeta Job, varon de una paciencia maravillosa.

En Roma, san Calepodio, presbítero y mártir, á quien hizo degollar el emperador Alejandro, y ordenó que su cuerpo, despues de haberlo arrastrado por toda la ciudad, lo arrojasen al Tíber; mas habiéndolo hallado el papa Calixto, hizo darle sepultura. Tambien fué decapitado el cónsul Palmacio, con su mujer, hijos y cuarenta y dos personas de su casa, tanto hombres como mujeres. El senador Simplicio fué condenado al mismo suplicio con su mujer, hijos y sesenta y ocho personas de su familia, igualmente que Félix y Blanda su mujer. Las cabezas de estos santos mártires fueron colgadas en diversas puertas de la ciudad para intimidar á los cristianos.

Además, en Roma, sobre la via Latina, en el sitio llamado Cien Salas, la fiesta de los santos mártires Cuarto y Quinto, cuyos cuerpos han sido trasladados á Capua.

En Lentini en Sicilia, los santos mártires Alfio, Filadelfo y Cirino.

En Esmirna, san Dioscórides mártir.

En Bolonia, el bienaventurado Nicolás Albergati, religioso cartujo, obispo de esta ciudad y cardenal de la santa Iglesia Romana, ilustre por su santidad y por las legacías que le confió la santa sede; su cuerpo fué enterrado en la Cartuja de Florencia.

En Taranto, san Cataldo obispo, célebre por sus milagros.

En Milan, la invencion de los santos Nazario y Celso, en memoria del dia en que san Ambrosio obispo, habiendo hallado el cuerpo de san Nazario cubierto con la sangre al parecer fresca, lo trasladó á la iglesia de los santos Apóstoles, juntamente con el del bienaventurado Celso, niño, que habia educado aquel santo mártir, y á quien el juez Anolino habia hecho decapitar con él, durante la persecucion de Neron, el veinte y ocho de julio, dia en que se celebra su fiesta.

En Madrid, san Isidro labrador, canonizado á causa de sus milagros por el papa Gregorio XV, juntamente con los santos Ignacio, Francisco, Teresa y Felipe.

La misa es en honra del santo, y la oracion es la siguiente.

Sancti Antonini, Domine, confessoris tui atque pontificis, meritis adjuvemur; ut sicut te in illo mirabilem prædicamus, ita in nos misericordem fuisse glorientur. Per Dominum nostrum...

Ayúdennos, Señor, los merecimientos del santo confesor y pontífice Antonino; para que así como te ensalzamos admirable en sus virtudes, así tambien te experimentemos misericordioso en nuestras necesidades. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 44 y 45 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia V, pág. 97.

NOTA.

« El libro que se intitula *el Eclesiástico*, fué escrito » en hebreo por un judío llamado Jesus, hijo de Sirac, » en el pontificado de Onías III, reinando Tolomeo » Epifanes y Antioco, y lo tradujo en griego un nieto » del autor, llamado tambien Jesus, en el reinado de » Tolomeo Fiscano, hermano de Tolomeo Filometor. » Afirma san Jerónimo haber visto en su tiempo un » ejemplar hebreo, que se intitulaba : *libro de las » Parábolas.* »

REFLEXIONES.

Dios le glorificó. No hay otra gloria verdadera que la que viene de Dios; y aun es menester que el mismo Dios nos la dé. La que los hombres solicitan, ó la que se dan unos á otros, pierde todo el mérito y la estimacion, ó por la malignidad del principio, ó por lo torcido del fin. Todo ese incienso se desvanece como el humo; ¿y qué queda despues del buen olor? No hay en el mundo cosa mas lisonjera que la alabanza, pero tampoco la hay mas frívola ni mas mentirosa. No es digno de ella el que se glorifica á sí mismo, sino aquel á quien glorifica Dios. El verdadero mérito por sí mismo resplandece; el fuego y el diamante brillan solo con dejarse ver; las piedras falsas son las que necesitan que las preconicen, y que se muestre como con el dedo su aparente resplandor. Esta es la causa legítima de esas necias y groseras vanidades, que ha inventado el orgullo de los hombres para lisonjear su pasion, y para divertir á su misma razon natural, ocultándola la enfadosa vista de su necesidad y pobreza.

Glorificóle Dios delante de los reyes. Por humildes que sean los buenos, por oscura que sea su condicion, ó su nacimiento; por mas que sean menospreciados, perseguidos y maltratados, la verdadera virtud se hace lugar entre los oprobios y entre el polvo; brilla en medio de los oscuros calabozos, y hace valer sus derechos y su superioridad hasta sobre el trono. Hónrase siempre á la virtud; y se puede decir que solo á la virtud propiamente cristiana es á quien se honra. No hay hombre racional, no hay clase ni condicion que no se vea obligada á pagar, por decirlo así, esta especie de tributo. El natural entonamiento de los grandes no acierta á sostenerse á la vista de la dulzura y de la apacibilidad de los virtuosos. Solamente la virtud está exenta de su desgracia: hasta la

emulacion mas maligna, hasta la mordacidad mas insolente la respeta : bien puede perseguirla y maltratarla, pero en el fondo la estima. Y aun la persecucion, si se reflexiona bien, nunca es contra la que se concibe como virtud verdadera, sino contra la que se representa como falsa; á la primera, ninguna pasion tiene osadía para denigrarla.

¡O buen Dios! siendo los hombres tan ambiciosos y tan apasionados de gloria, ¿porqué no la buscarán donde verdaderamente se halla? Los empleos mas elevados no siempre son los mas tranquilos. La grandeza, el esplendor, la autoridad, es cierto que exigen honores, imponen obligaciones, inspiran respeto y temor; pero el corazon y el alma solamente los gana la virtud. A la santidad todo el mundo se rinde. Una persona sólidamente virtuosa es honrada, respetada, estimada, y todos hacen confianza de su rectitud y de su bondad. ¿Y se hace tal vez tanto caso de las grandezas humanas? Todos los hombres aman la gloria; pocos pueden aspirar á esas brillantes fortunas : mas ninguno hay que con la gracia de Dios no pueda ser santo. ¡Pues qué objeto mas digno de la ambicion de un corazon cristiano! ¡y qué locura la de suspirar por otra gloria!

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia* V, *pág.* 100.

MEDITACION.

DEL RETIRO ESPIRITUAL.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el retiro espiritual, que consiste en pasar algunos dias en silencio y en soledad, lejos del tumulto del mundo y del ruido de los negocios, para entregarse únicamente á la consideracion de las ver-

dades mas importantes de la religion, y al gran negocio de la salvacion eterna; considera, vuelvo á decir, que este piadoso retiro es entre todos los ejercicios de devocion el mas propio, y aun el mas necesario para convertir á una alma, y acaso el único que jamás se practica inútilmente.

Es cosa muy fácil que las verdades mas terribles de la religion hagan no mas que una impresion leve y pasajera, cuando todo contribuye, ó á disipar el espíritu, ó á estragar el corazon; la luz de la fe está entonces medio apagada, y no se deja percibir bien la voz de Dios entre el estruendo del mundo. Pero cuando retirados del bullicio y del tráfago de los negocios, cuando en lugar de tantas falsas brillanteces y de esa infinita multitud de objetos engañosos que se nos ponen delante, solo se ofrecen á nuestros ojos aquellas imágenes que nos hacen casi palpables estas terribles verdades que jamás habíamos penetrado bien, y ahora las miramos á buenas luces; ¿cómo es posible que no hagan grande impresion en un tiempo en que la gracia se comunica con mayor abundancia, el espíritu está menos distraido, y el corazon mejor dispuesto?

Nunca se comunica la gracia con mayor abundancia; y así el mismo retiro ya es una gracia preciosísima. Mas si Dios nos dispensa siempre tantas gracias aun en medio del mayor tumulto del mundo; si grita, si estrecha, si solicita, si corre tras el pecador, aun cuando el pecador huye de él; ¿qué misericordias no derramará ese mismo Dios sobre una alma penitente, cuando se retira del mundo para buscar á su Salvador, para llorar sus pecados, para desarmar su justicia, y para aplacar su ira? ¿Retiraráse de la soledad aquel misericordiosísimo Dios que tanto se deja sentir del alma aun cuando está mas acompañada, y que dice por su profeta, que *aun cuando ella le haya*

olvidado, él mismo la llevará á la soledad para hablarla al corazon?

Experiméntanse en el discurso de la vida algunos vivos y fervorosos deseos de trabajar en el negocio de la salvacion; fórmanse grandes proyectos de conversion en estos como intervalos de la razon y de la piedad; sálese de un sermon con el corazon altamente penetrado y movido; una muerte repentina, una desgracia, una enfermedad, la lectura de algun libro sobresaltan tal vez á una conciencia que hasta entonces se conservaba demasiadamente tranquila. Parecia que en ciertas fiestas solemnes, con motivo de aquella confesion y comunion, estaba ya concluida la grande obra de la conversion, y que se iba á dar principio á la enmienda general de las costumbres; pero el tropel de tantos objetos tentadores, el tumulto de la familia, la multitud de los negocios que indispensablemente acompañan al empleo y al estado, las inconstancias y variaciones enfadosas de la vida, y sobre todo, el torrente de los malos ejemplos, lo desvanecieron todo. El grano era bueno, pero cayó en las espinas, y se sufocó; ó cerca del camino, y lo pisaron, ó lo comieron las aves del cielo. Todo esto prueba, mi Dios, la indispensable necesidad de retirarse, sin lo cual es muy difícil convertirse.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay estado que pueda dispensarnos de este piadoso ejercicio. O has vivido inocente y fervoroso, ó has tenido la desgracia de abandonarte á las pasiones: pues el retiro conserva la inocencia, y produce casi infaliblemente la conversion. No parece posible pasar, emplear muchos dias en la meditacion de aquellas terribles verdades que convirtieron al mundo; no perder de vista el horror de la sepul-

tura; bajar con la consideracion hasta aquellos torbellinos de fuego que la ira de todo un Dios omnipotente tiene encendidos para castigar á los pecadores; penetrar bien aquella espantosa eternidad, que es la justa medida de los tormentos que ha de padecer una alma réproba: no parece posible pasar exacta revista de todas sus maldades; ponerse delante de aquel abismo de culpas, y tener presente todo lo que Jesucristo padeció para satisfacerlas: no parece posible considerar seriamente y con sosiego la grande contradiccion que hay entre lo que creemos y lo que practicamos, entre nuestra fe y nuestras costumbres; comparar las máximas del mundo, que se siguen, con las del Evangelio, que se deben seguir; pensar en el corto número de los que se salvan, y en la inmensa multitud de los que se condenan: no parece posible, vuelvo á decir, hacer todas estas saludables reflexiones en la quietud de la soledad, donde todo conspira á que abramos los ojos para conocer las cosas como son, y para palpar las vanidades del mundo, sin que nos penetren, sin que nos muevan, sin que nos conviertan.

¡Cosa extraña! todos convienen en la importancia, y aun en la necesidad del retiro; pero pocos encuentran lugar ni tiempo para retirarse. Las ocupaciones, los negocios, dicen los mas, nos absorben todo el tiempo. ¿Acaso el negocio de la salvacion no es negocio? ¿Se nos puede ofrecer nunca otro que nos interese mas, ni que sea de mayor consecuencia para nosotros? ¿Qué digo? ¿tenemos por ventura otro negocio que merezca propiamente tal nombre mas que este? Unicamente para trabajar en él se nos ha concedido toda la vida; y juzgó Dios que no era menester menos tiempo para salir bien con él: y nosotros no hallamos tiempo para dedicar á él ocho ó diez dias al cabo del año. Si nos acomete una enfermedad, el

cuidado de la salud nos hace olvidar todo otro cuidado: si nos amenaza el peligro de perder un pleito; si á un pariente, si á un amigo se le ofrece un lance de empeño y peligroso, todo se arrima, todo se abandona, se monta prontamente á caballo, se deja la casa, y se pasan meses enteros en agencias y en solicitudes; ciérrase la puerta á todo otro negocio, y solo en este se piensa. Dirás que entonces lo pide la necesidad; ¿pues qué, salir del estado del pecado no será por lo menos tan grande necesidad, como librarse de una enfermedad peligrosa? ¿no perder el cielo no será tan necesario, como conservar una herencia? ¿hay negocio que nos interese mas que la salvacion de nuestra alma? Retírase uno para ajustar sus cuentas, para poner en órden sus negocios; retírase para tomar sus medidas, para reflexionar sobre los medios mas propios de acertar en una empresa, para conseguir una pretension de importancia; retírase á la campaña, ó se encierra en su casa, negándose á las visitas, y todo esto por negocios temporales: pero por el de la salvacion eterna, por mi eterna felicidad, un retiro de ocho dias ¡oh! eso es demasiado; ¿dónde se ha de hallar tiempo para retirarse ocho dias? ¡Y luego extrañaremos que sea tan corto el número de los que se salvan! ¡luego nos admiraremos de que sea tan crecido el número de los que se condenan!

Conozco, amable Salvador mio, toda la fuerza de estas verdades; comprendo bien cuán necesario es el retiro, asi para aprovechar bien los talentos recibidos, como para tomar justas medidas en órden á la eternidad. Solo confío, Señor, en vuestra misericordia, y espero que se ha de señalar en un hombre tan vil como yo, especialmente cuando tome todos los medios que me sean posibles para agradaros.

JACULATORIAS.

Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine. Salm. 54.
Huí del tumulto, alejéme del bullicio, y recogíme en la soledad para meditar las importantes verdades de la religion.

Quis dabit mihi in solitudine diversorium viatorum, et derelinquam populum meum? Jerem. 9.
¿Quién me dispondrá en la soledad un lugar muy apartado para abandonar á este pueblo, y para huir de en medio de él?

PROPOSITOS.

1. Entre todos los ejercicios de devocion, uno de los mas eficaces para convertir á un pecador, para encender el fervor en una alma, y acaso el único remedio eficaz contra la tibieza, es el retiro espiritual. No bajó visiblemente el Espíritu Santo sino al desierto, ó al retiro del cenáculo: y si Jesucristo se retiró solo tantas veces á la soledad del monte, fué sin duda para enseñarnos la necesidad que tenemos de retirarnos de cuando en cuando á la soledad; pues en ella fué tambien donde el mismo Señor dió á gustar á tres de sus apóstoles unos destellos anticipados de la gloria, colmándolos de los mayores favores. Sírvete de este medio, y no dejes pasar año alguno sin retirarte ocho ó diez dias á unos ejercicios. Tengas los negocios que tuvieres, y sea tu empleo el que fuere, hurta el cuerpo por algun tiempo á esas ruidosas ocupaciones, á esas concurrencias peligrosas. Una calentura, un reumatismo, una jaqueca te harian invisible á todos; pues hágate invisible por algunos dias el cuidado de tu eterna salvacion. La semana santa y la de Pascua del Espíritu Santo parecen tiempo muy á propósito para ocuparte en estos santos

ejercicios; pero al fin, escoge el que fuere mas acomodado para tí: y si no pudieres retirarte á alguna comunidad religiosa, retírate á lo menos en tu casa, que esto parece que ya lo podrás hacer.

2. Unos ejercicios sin fruto son pronóstico muy funesto; muy malo está el enfermo cuando no hacen efecto alguno en él los remedios mas eficaces. Ten presente que el fruto de los ejercicios depende en gran parte, ó de los fines por que se hacen, ó de la disposicion con que se entra en ellos, ó de los medios que se aplican para hacerlos bien. Los fines que debes proponerte para entrar en ejercicios, son: Primero, arreglar las cosas de tu conciencia por medio de una confesion general, que repare los defectos de las anteriores, y quite la necesidad de hacerla en la hora de la muerte: segundo, reformar la vida: tercero, arreglar tu proceder en lo sucesivo: cuarto, caminar eficazmente á la perfeccion de tu estado. Las disposiciones se pueden reducir á cinco: primera, deseo sincero de aprovechar: segunda, gran desconfianza de sí mismo, acompañada de una firme confianza en Dios: tercera, un corazon liberal para con Dios, determinado á no negarle cosa que le pida: cuarta, una suma exactitud en observar el órden y distribucion de horas que se señalare en los ejercicios: quinta, una total soledad y perfecto retiro, con una entera persuasion de la gran necesidad que tienes de él. Los medios pueden ser: primero, una singular devocion á la santísima Vírgen, haciéndola cada dia alguna oracion particular para implorar su proteccion: segundo, el uso de los sacramentos: tercero, un profundo silencio: cuarto, considerar estos ejercicios como los últimos que has de hacer en tu vida, y que en cierta manera depende de ellos tu conversion y salvacion.

DIA ONCE.

SAN MAYOL, ABAD DE CLUNI.

San Mayol, hijo de Foquer, uno de los señores mas ricos y mas poderosos de la Provenza, nació el año de 906 en Valenzola, villa reducida del obispado de Riez. La ejemplar virtud de sus padres le proporcionó una educacion correspondiente á su religion y á su nacimiento. Desde la cuna mostró el niño tanta inclinacion á todo lo bueno, acompañada de un natural tan dócil, y de tan bella disposicion para el estudio de las letras, que en poco tiempo se hizo Mayol un mozo cabal. Tenia una memoria feliz, y un entendimiento vivo, penetrante y naturalmente culto, acompañado de una aplicacion poco comun en los de aquella edad, con lo que en breve tiempo adelantó mucho en las ciencias; pero mas adelantó en la ciencia de los santos por su cuidado en corresponder á las grandes gracias con que el Señor le previno desde su mas tierna edad.

Profesó desde ella un singular amor á la virtud de la pureza, y en fuerza de él evitó cuidadosamente todo aquello que podia manchar su hermosísimo candor. Ignoró los entretenimientos de la infancia, causándole disgusto los juegos que esta usa; toda su diversion era la oracion, la leccion y el estudio. El mayor presagio de su futura santidad fué la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen. Nunca se desmintió su virtud, la que tenia gran cuidado de cultivar con la frecuencia de los sacramentos y con el ejercicio de rigurosas penitencias.

Faltáronle sus padres siendo aun muy jóven. Antes

de morir el padre habia hecho donacion á la nueva abadía de Cluni de mas de veinte hermosas posesiones; liberalidad muy del gusto del santo hijo, y que contribuyó mucho para aumentarle mas la estimacion y el amor que tenia al estado religioso. Tentábanle poco los otros grandes bienes en que se veia heredado; y estaba pensando en retirarse á alguna soledad dentro de sus mismas posesiones, cuando le obligaron á salir de ellas las incursiones que hacian en la Provenza los Sarracenos de España, y se refugió en Macon en casa de un pariente suyo. Dióse á conocer muy presto por su virtud, por su reputacion y por su nacimiento al obispo de la ciudad, llamado Bernon. Luego que el prelado le vió y le tanteó, se persuadió que un jóven tan prudente, tan virtuoso y de prendas tan relevantes, estaba sin duda destinado de Dios para la Iglesia; y á fin de moverle á seguir este estado, le ordenó de primeras órdenes, y le dió una canongía en su catedral.

Cuando el santo se vió canónigo, no creyó que el título de la prebenda era título de ociosidad: comprendió todas las obligaciones con que cargaba, y se aplicó á desempeñarlas. Habiendo conseguido licencia del cabildo para ir á concluir sus estudios en Leon, cuyas escuelas eran á la sazon muy celebradas, se dejó admirar en aquella ciudad por su modestia, por el arreglo de sus costumbres, y por su rara sabiduría. Restituido á su iglesia, en poco tiempo fué su ejemplo y su admiracion. Pocas veces habia visto el clero y el pueblo tanta edificacion en personas de aquella calidad y en la flor de la juventud; lo que obligó al obispo á irle promoviendo por los grados y pasos regulares hasta el diaconado, y á pesar de su humildad le hizo arcediano de su iglesia.

Con la nueva dignidad se sintió encendido en un nuevo zelo por su propia perfeccion y por la salvacion

de las almas. Propúsose por modelo al santo diácono y protomártir san Estévan; y sin exageracion se puede asegurar que imitó todas sus virtudes. Fué tan ardiente su caridad con los pobres, que no solamente les repartia con la mayor fidelidad las limosnas de los fieles, como lo pedia su ministerio, sino que les daba á manos llenas sus propias rentas. En una hambre que sobrevino, despues de vaciar sus paneras, no solo vendió los muebles, sino tambien muchas de sus tierras para socorrer á los pobres. Mas de una vez autorizó el Señor con milagros sus crecidas limosnas; porque habiendo gastado cuanto tenia para atender á la pública miseria, halló en una ocasion sobre el mismo dintel de la puerta de su cuarto un bolsillo lleno de piezas de plata; y ofreciéndosele el mismo escrúpulo que al santo Tobías, sobre si aquel bolsillo seria de alguno que le hubiese perdido allí, hizo que le publicasen; pero no habiendo parecido dueño, al punto repartió entre los pobres todo cuanto habia en él.

Aun se extendió á mas su caridad; porque habiéndosele suplicado que explicase algunas lecciones de filosofía y de teología á los clérigos de la iglesia de Macon, lo hizo con tanto aplauso y fruto, que mezclando entre las cuestiones mas áridas é insípidas las instrucciones morales mas vivas y mas eficaces, salian sus discípulos aun mas santos que sabios.

La fama de su virtud le dió á conocer en otras provincias lejanas. Muerto Guifredo, arzobispo de Besanzon, le pidió por pastor suyo esta ciudad; pero se resistió con tanta sinceridad y con tanta resolucion, que perdieron la esperanza de reducirle. Aunque salió victorioso de este lance, quedó tan sobresaltado del peligro, que para que no se viese en otro semejante su humildad, determinó retirarse á algun claustro religioso.

La célebre abadía de Cluni, tan fecunda en hombres santos y sabios, gobernada á la sazon por Aimardo, su tercero abad, estaba reputada por el mas santo retiro que se conocia por aquel tiempo en Europa. Florecia en ella la disciplina monástica con el mayor rigor, y hacia gran ruido en el mundo el espíritu de penitencia que reinaba en aquella austerísima comunidad. Ya se tenian noticias de Mayol en el monasterio, y así fué recibido en él con singular alegría. Como era tan virtuoso, apenas tuvo otra cosa que mudar sino el vestido. El desasimiento de todos los bienes de la tierra, el espíritu de recogimiento, su tierna devocion, su vida penitente y su profunda humildad le llevaron en poco tiempo á la cumbre de la perfeccion, en un lugar donde parece que se habian refugiado y reunido todas las virtudes.

Conociendo el abad Aimardo las que sobresalian tanto en el nuevo monje, acompañadas de su raro talento natural, no quiso que las sepultase; y encargándole el cuidado de enseñar á los jóvenes estudiantes, le encargó al mismo tiempo todos los negocios mas importantes de afuera, nombrándole bibliotecario y apocrisario del convento. Desempeñó nuestro santo con la mayor integridad y zelo todos estos empleos, sin que los viajes que se le ofrecieron para tratar con los príncipes en diversas córtes de la Europa, disipasen en él aquel su natural espíritu de retiro y de mortificacion; tan recogido, tan humilde y tan austero consigo mismo en medio de la corte, como en el centro del monasterio, no perdió jamás un punto de su primitivo fervor.

Hallándose el abad Aimardo muy debilitado y casi ciego á causa de su avanzada edad, propuso á los monjes que le diesen por coadjutor suyo á nuestro santo: consintió unánimemente el capítulo, sin que otro que Mayol contradijese la eleccion, conque se vió

precisado á rendirse al yugo de la obediencia. Juntáronse en Cluni todos los obispos vecinos con muchos abades, y habiendo sido solemnemente bendecido, fué declarado abad del monasterio; pero aunque Aimardo le obligó á que ocupase su lugar, nunca se consideró sino como su vicario y coadjutor. Cierto monje, que tenia oficio en el monasterio, faltó en no sé qué cosa á Aimardo; y este con mas resentimiento del que fuera justo, mandó juntar el capítulo, y haciéndose llevar á él, preguntó al abad Mayol en presencia de todos los religiosos, si era súbdito ó superior suyo. Respondió el santo con aquella su genial modestia y apacible mansedumbre, que siempre se habia considerado y se consideraba como el último de todos los monjes; que hacia profesion de obedecerle en todo, y que le honraria y veneraria como á padre hasta la muerte. Pues si así es, replicó Aimardo, deja ese asiento del abad, y vete á sentar entre los demás religiosos. Al punto obedeció nuestro santo, y Aimardo declarándose por único abad del monasterio, comenzó á proceder como juez y presidente del capítulo: acusó al monje que le habia ofendido, dejóle penitenciado; y habiendo hecho el oficio de juez por espacio de media hora, dejó el sitio de abad, y mandó á nuestro santo que volviese á ocuparlo; y él lo hizo con la misma indiferencia con que lo habia dejado. No sobrevivió el anciano abad á este último acto de jurisdiccion; y hallándose ya Mayol solo con todo el peso del gobierno de la casa, se dedicó únicamente á hacer que floreciese la disciplina monástica en ella, elevando la abadía de Cluni á aquel supremo grado de perfeccion que la hizo tan célebre en todo el universo. Renovó el fervor en todo el monasterio, así con sus ejemplos, como con sus instrucciones. Nunca la religion de san Benito habia llevado á tan alto punto la perfeccion religiosa, ni

acaso vió jamás la vida monástica tanto número de santos juntos, debiéndose en gran parte á los desvelos de san Mayol.

Acompañaba la fama del abad á la fama del monasterio; y así fué muy particularmente estimado de todos los papas, emperadores y reyes de su tiempo.

Suplicáronle el emperador Oton I y la emperatriz Adelaida que tomase á su cargo la reforma de los monasterios de Alemania, y de algunos otros que estaban en los dominios del imperio. Aceptó con mucho gusto esta comision, por lo mismo que tenia bien previsto lo mucho que habia de padecer en ella. Correspondió el fruto á sus trabajos, y cedió en grande crédito de su zelo. Introdujo la regla del monasterio de Cluni, que era como una especie de reforma de la religion de san Benito, en Ravena, en Pavía, en la Suavia y en el país de los Suizos. Tambien la Francia experimentó los efectos del zelo que le animaba; porque renovó la antigua disciplina en las abadías de Marmoutier en Turena, san German de Auxerre, Moutier-San-Juan, san Benigno de Dijon, san Mauro de las Fosas cerca de Paris; y tambien hizo recibir la reforma de Cluni en el célebre monasterio de Lerins, por órden del papa Benedicto VII. No pudieron hacerse en menos de diez años tan grandes mudanzas sin grandes milagros, y con efecto los hizo el santo en todas partes; siendo tambien una especie de milagro el recogimiento interior, la íntima union con Dios, y las rigurosas penitencias que hacia Mayol entre el tumulto de tantos cuidados y negocios como ocurrian en el gobierno de tan célebre abadía.

Era una de sus particulares devociones ir en peregrinacion á aquellos lugares donde era venerada la santísima Virgen con alguna especialidad; por lo que muchas veces visitó el santuario de nuestra señora de Veley y el de Loreto, de donde pasó á Roma para

visitar el sepulcro de los santos apóstoles, y siempre con el mismo espíritu y con la misma devocion.

Pasando por la ciudad de Coira en los Grisones, restituyó la salud al obispo Alberto, molestado mucho tiempo habia de unos agudísimos dolores que le tenian reducido á un estado deplorable; y san Pedro Damiano refiere que, habiendo desobedecido á nuestro santo un monje del monasterio de Pavía, le mandó en penitencia que besase á un leproso, y ejecutándolo el monje, quedó el leproso repentinamente sano.

Al volver de uno de estos viajes á Roma, encontró una tropa de Moros que corrian los Alpes, y cogian todos los pasos de Italia. Cautiváronle con los religiosos que le acompañaban, al pié de la sierra que se llama el gran San Bernardo, y le condujeron á Pont-Ouvrier, donde le metieron en prisiones. No se puede decir lo mucho que le hicieron padecer aquellos bárbaros; pero ni por eso perdió un punto de su devocion ni de su vida penitente todo el tiempo que duró su cautiverio: y no fué este sin grande fruto, porque con sus exhortaciones convirtió á muchos infieles, y tuvo el consuelo de administrarles por su mano el santo bautismo. Rescatado del cautiverio por una gran cantidad de dinero, supo que el emperador Oton II trabajaba eficazmente para hacer que le eligiesen por papa. Esta noticia sobresaltó su humildad; la generosa y firme resolucion con que rehusó esta suprema dignidad, edificó maravillosamente á todo el orbe cristiano, y quizá dió mas honor al santo abad, que le daria la dignidad misma.

Conociendo por sus muchos años y achaques que se acercaba el fin de sus dias, puso los ojos en su discípulo san Odilon para sucesor suyo; propúsole á la congregacion, y ella le aprobó con general consentimiento.

Descargado ya del peso del gobierno, y libre del

embarazo de los negocios, solo pensaba en prevenirse para la muerte, redoblando su fervor, sin dejarse ver en público, gozando la dulce tranquilidad de una profunda abstraccion, soledad y retiro, cuando Hugo Capeto, rey de Francia, que le estimaba y le veneraba mucho, le suplicó que pasase á París para reformar la abadia de san Dionisio. Asi las instancias de aquel príncipe, como los impulsos de su zelo, que nada habia perdido de su primitivo vigor con la fuerza de los años, le hicieron olvidar su debilidad, y desatender las lágrimas de sus monjes, que le disuadian de aquel viaje. Púsose en camino, y habiendo llegado á Souviñi en el Borbonés, murió con la muerte de los justos el dia 11 de mayo del año 994, casi á los ochenta y ocho de su edad. Fué enterrado en la iglesia de San Pedro, y su sepulcro se hizo glorioso por los milagros que obró el Señor por su intercesion.

Hallándose el papa Urbano II en Souviñi el año de 1096, fué levantado el santo cuerpo de la tierra, y se hizo su primera traslacion con solemnidad; y en tiempo de Honorio IV se hizo la segunda. Consérvanse en Souviñi estas preciosas reliquias, juntamente con las de san Odilon su sucesor.

SAN FRANCISCO DE JERÓNIMO, CONFESOR.

El Señor que, velando incesantemente por la conservacion de su Iglesia, ha hecho aparecer de cuando en cuando varones extraordinarios, quienes á imitacion de los apostoles acreditasen con su doctrina, su virtud y sus milagros la divinidad de la religion católica, nos ha enviado en estos últimos siglos á san Francisco de Jerónimo, para confundir la incredulidad moderna con su santidad y sus prodigios. Nació este

santo el 17 de diciembre de 1642, en la Grotaglia, provincia de Otranto, reino de Nápoles, de Juan Leonardo de Jerónimo, y de Gentilesca Gravina, honrados y piadosos ciudadanos. Desde su mas tierna infancia advirtieron en el niño una grande inclinacion á la virtud, y destinándole ya desde entonces al servicio del Señor, le enviaron á educarse en la piadosa congregacion de clérigos que, bajo la advocacion de san Cayetano Tianeo, fundó el arzobispo de Taranto D. Tomás Caracciolo, y era conocida en la Grotaglia por el nombre de la *Comunidad*. Señalóse en ella nuestro santo, así en la piedad para con Dios, levantándose á orar por la noche, pero ocultando este piadoso ejercicio con hallarse en el lecho al toque de la campana, como en la caridad para con los pobres, á quienes daba todo el dinero que recibia para sus diversiones. No contento con esto, cuando iba á la casa de sus padres, no cesaba de pedir limosnas para aquellos, y como una vez le reprendiese su madre, temiendo que faltase la provision necesaria á la familia, la respondió: *no temais, madre, porque no falta en casa ni dinero ni pan.* Llevada de curiosidad la madre, fué á visitar la dispensa, y la halló tan provista como si nada hubiera dado.

Con tan piadosas costumbres, y el cuidado que ponian en su instruccion los sacerdotes de la *Comunidad*, se halló en estado de recibir la prima tonsura en diciembre de 1658. Para hacerse un eclesiástico mas instruido, pasó á Taranto á estudiar la filosofía en el colegio de jesuitas, donde fué ordenado de diácono. De allí, por consejo de los jesuitas, pasó á Nápoles, donde estudió la teología y el derecho civil y canónico; y el 18 de marzo de 1666, con la dispensa de edad que pidió á Roma, fué ordenado de sacerdote en Puzzoles. Para tener menos distrac-

cion en el estudio, solicitó y obtuvo la plaza de prefecto de una sala del colegio de nobles, dirigido por la Compañía; en cuyo empleo se hizo admirar por su zelo y exactitud en la observancia del reglamento, y por su paciencia en sufrir las impertinencias y traversuras de los niños.

Mientras se ocupaba en esto, y al mismo tiempo se aplicaba al estudio para ejercer útilmente el sacerdocio en su pais, mudando no se sabe cómo de pensamiento, pidió ser admitido en la Compañía. Halló grandes dificultades, tanto por parte de los jesuitas que dudaban en admitirle por su débil complexion, como por parte de sus padres que deseaban tenerle en casa para bien de la familia y de la patria; pero vencidos todos estos obstáculos, entró en el noviciado el primero de julio de 1670, y al recibirlo dijo el P. Mari, rector: *Hoy ha ganado la Compañía un santo sacerdote.* Para fundar su perfeccion en el cimiento de la humildad y de la obediencia, le prohibió celebrar misa mas de tres veces á la semana; y el obedientísimo novicio en los dias vedados asistia á ella con los demás, bien que se le aparecia Jesucristo en medio de dos ángeles de quienes recibia su santísimo cuerpo. Pasado el primer año de novicio, le destinó el superior á la mision de la provincia de Otranto, en compañía del P. Agnello Bruno, misionero experimentado; á los tres años fué llamado á Nápoles para completar su estudio de teología; despues de lo cual, le destinaron á la casa profesa para presidir la comunion general que se hace allí el tercer domingo de cada mes.

Por este tiempo dispuso el arzobispo de Nápoles hacer en la ciudad una mision extraordinaria, y quiso que cada dia predicase en la catedral un predicador distinguido de cada órden religiosa. El dia que tocó á los jesuitas, predicó el P. Andrea Sambiasi; pero no

siendo capaz aquella vasta iglesia para el innumerable concurso del pueblo, para los que quedaron fuera predicó en la plaza el hermano Francisco; y lo hizo con tanto fervor y zelo, que no se pudo discernir cuál de los dos predicadores habia movido mas á su auditorio. Habia pedido san Francisco al P. General que le destinase á las misiones de la India; pero con este suceso se conoció que el campo destinado por Dios á nuestro santo para promover su mayor gloria, era el reino de Nápoles. Dedicándose desde entonces á seguir la voluntad de Dios, manifestada por la de sus superiores, no puso límites á su zelo: además de la mision de Nápoles, y de la provincia del reino á que fué destinado, extendió sus fatigas á predicar en las cárceles, en las galeras, en los hospitales, congregaciones y monasterios de monjas; y hasta su última enfermedad no cesó de trabajar por la honra y gloria de Dios. Ni de dia ni de noche se excusaba de acudir á cuantos le llamaban, ó para confesarlos, ó para consolarlos en sus aflicciones y enfermedades.

El ejercicio de su ministerio le ofreció materia abundante para ejercitar la paciencia y la mansedumbre cristiana, siendo unas veces burlado y escarnecido, otras maltratado, y otras no queriéndosele oir, y aun negándosele en alguna parte una campanilla y un crucifijo para poder predicar. Pero no era pequeño el provecho que de todo sacaba el santo, ya por el acrecentamiento de sus méritos, ya por las señaladas conversiones de muchas almas; y algunas veces volvió el Señor por la honra de su siervo de una manera ostensible. Una mala mujer, llamada Catalina, habia tomado por costumbre escarnecer á nuestro santo cuando predicaba en la plaza pública, imitando su voz y remedando sus acciones. Murió de repente, y habiendo ido el santo á predicar aquel mismo dia,

como no oyese las acostumbradas insolencias, preguntó por ella; refiriéronle la desgracia, acercóse á ver el cadáver, y animado del espíritu de Dios, le preguntó: *Catalina, ¿dónde estás ahora?* Y no habiendo contestado la primera ni segunda vez, á la tercera respondió con una voz espantosa: *estoy en el infierno.*

Fueron singulares las gracias que el Señor concedió á Francisco para atraer á sí muchas almas, ya con la eficacia de sus sermones, ya con piadosas industrias, ya con una luz especial que infundió en su mente para conocer las cosas ocultas, como lo acredita el siguiente suceso. Predicaba una vez en la plaza de Castelo Novo, y hallábase en el auditorio una mujer que con traje de hombre hacia vida de soldado en la milicia española. Acabado el sermon, la llamó á parte el santo, y la dijo si queria confesarse. « No, respondió ella, porque no estoy en pecado, ni » la conciencia me remuerde de ningun delito. » Pero el santo la dijo: « ¿No estás en pecado? pues ¿por » qué razon mientes el hábito, el sexo y el nombre? » No eres tú, no, Carlos Pimentel, sino Maria Ca» sier, que con una hermana mataste á tu padre » mientras dormia en el campo, y escondisteis su » cadáver entre unas zarzas. Díme ahora, si te pa» rece, que no te remuerde ningun pecado. » Admiróse la mujer de ver descubierta una cosa tan secreta, pero sin arrepentirse por esto, quiso salir del paso diciendo fingidamente que ya veria de confesarse con él. Esperó el santo algunos dias, pero viendo que no acudia, fué á exigirla el cumplimiento de su palabra; y ella se excusó con que debiendo embarcarse su compañía para Toscana, la era imposible obedecerle. « No partirá de Nápoles, dijo el santo: dame » nueva palabra de que vendrás mañana al Nuevo » Jesus para confesarte. Ten ánimo, porque espero

» que el Señor cumplirá el deseo que tengo de tu sal-
» vacion. » Con efecto, la órden de la marcha fue revocada, y viniendo María Casier á la iglesia, se confesó con nuestro santo, exponiendo ante todo con muchas lágrimas el parricidio cometido. Pasó todo el dia en la iglesia, y al anochecer depuso en la capilla de los Mártires el uniforme de soldado, y con su verdadero nombre tomó el vestido de mujer. Retiróse por cuatro meses á casa de la marquesa de san Estévan, pasados los cuales, se fué á vivir en una casita, donde se sustentó con el sueldo de inválido que la alcanzó nuestro santo, con quien siguió confesándose, y pudo despues de muerto dar testimonio de estas y otras maravillas.

Con semejantes sucesos creció la fama de nuestro santo en todo el reino de Nápoles, y de todas partes venian á buscarle. Hizo diferentes excursiones en el Abruzo, en la Tierra de Labor, en la Pulla y tierra de Otranto, ganando en todas partes muchas almas á Dios, y desarraigando inveterados abusos de deshonestidad, venganzas, contratos usurarios y juegos ilícitos. Solia servirse en sus misiones de algun espectáculo devoto para excitar el pueblo á la compuncion, como era sacar en procesion la imágen de la Vírgen de los Dolores, ó de algun otro santo; y su caridad ingeniosa le inspiraba otros medios, segun las circunstancias, para mover á los pecadores mas endurecidos. Fué muy ruidosa, y seguida de mucho fruto la reconciliacion que hizo en Cesa de dos poderosos enemigos. Tenian estos el pueblo dividido en bandos, y se temia que, concurriendo á la iglesia con motivo de la mision, no armasen querella y viniesen á las manos dentro del mismo templo. Con efecto, los dos jefes de partido habian acudido armados á oir el sermon. ¿Qué hace el santo? Principia á hablar con mucha eficacia de las penas del infierno, y cuan-

do cree conmovido al auditorio, dispone que algunos sacerdotes, con ceniza en la cabeza, salgan acompañando la imágen de san Cesáreo, patrono de aquel pueblo. A este espectáculo compungido uno de los jefes enemigos, pide permiso para subir al púlpito, y declara que está muy agraviado, pero que por amor de Jesucristo perdona á su ofensor, y promete tener á este en lugar del hermano que le habia muerto. Bajando luego del púlpito, se reconciliaron ambos enemigos á la vista de todo el pueblo, y la mision fué fructuosísima como habia predicho el santo.

No fueron menos maravillosos los sucesos que acompañaron sus misiones fuera de Nápoles. En Nola, en el último dia de mision, predicando en la plaza que hay delante del colegio de la Compañía, interrumpiendo el discurso, prorumpió en esta palabras: *Ahora en este punto, mientras yo estoy bendiciendo á Jesucristo, en una indigna casa no lejana de aquí se está ofendiendo á nuestro Señor.* Despues continuó su sermon; y pocos dias despues murió impenitente, rehusando recibir los sacramentos, aquel de quien se presume habia hablado el santo. En el pueblo de Cardito, una mujer piadosa, Magdalena de Fusco, que hospedaba en su casa al santo, al pasar cerca de la iglesia la cayó un cimbalillo en la cabeza, quedando aturdida del golpe, sin voz y sin oido. Mandóla llamar el santo, y la dijo sonriéndose que fuese á la iglesia, y pidiendo al sacristan la imágen de san Francisco Javier, le dijese: *El P. Francisco os da las buenas tardes, y os pide que me cureis luego.* Hízolo Magdalena, y volvió sana á su casa.

No es fácil referir todos los milagros que obró el Señor por medio de su siervo; mas fácil es comprender el fruto que se seguiria á unos sermones acompañados de tantas maravillas. Pero no debemos pasar en silencio la que obró con su mismo padre, en la

mision que hizo en la Grotaglia. Hallólo postrado en una cama, atormentado de una fiebre con delirio, complicada con otras enfermedades, no siendo la menor la edad de ochenta y ocho años; pero el santo, despues de los primeros saludos, le dijo con respeto: *mañana, padre mio, os espero en los ejercicios espirituales.* En efecto, contra la esperanza de todos, el enfermo se repuso de tal forma, que pudo al dia siguiente y consecutivos asistir á todas las funciones de la mision; acabada la cual, dos años despues, murió en paz á los noventa de su edad.

Tuvo tambien san Francisco el don de profecía. Entre las muchas predicciones que hizo, no es para callarse la del terremoto que arruinó á Sulmona. Predicando en esta ciudad, á la puerta de la iglesia de la Anunciacion á causa del gran concurso, se puso á mirar al monte Morrone vecino á aquella ciudad; y luego, volviéndose hácia la iglesia, exclamó: *O veneradas imágenes de los santos, sagrados muros de esta santa iglesia, ¿por qué delito va á caer sobre vosotros la ira de Dios? Yo soy el último que predicaré en este púlpito.* Ninguno de los oyentes sospechó entonces que anunciase algun mal, creyendo que estas expresiones eran un arrebato de su zelo; pero les desengañó la experiencia, porque hundiéndose con un horrible terremoto las casas, la iglesia y su púlpito, reflexionaron que estaban advertidos á tiempo, aunque solo se acordaron cuando era inútil repararlo con el llanto.

Estas gracias singulares, que los teólogos llaman *gratis datas*, no siempre son una prueba de santidad; pero lo fueron en nuestro santo, por haber practicado todas las virtudes en un grado eminente. La excelencia de su fe se echa de ver en que, no habiendo alcanzado licencia de sus superiores para propagarla entre los bárbaros de la India, no perdió

ocasion de instruir en la doctrina cristiana á las personas rudas, donde quiera que las hallase; y cuando no podia por sí mismo, exhortaba á que lo hiciesen á los demás predicadores. No rehusaba conversar con los turcos que iban á Nápoles, si por casualidad con sus buenos modales podia atraerlos á hablar de la fe; pero entre cristianos no podia tolerar que se hablase menos católicamente, y en el confesonario era inflexible con los que leian libros prohibidos. La esperanza de los bienes celestiales era en él tan viva, que siempre con la mira en ellos se estimulaba á trabajar incesantemente para merecerlos; y en esta esperanza, nacida toda de su grande confianza en Dios, se fundaba aquella generosidad y fortaleza de ánimo para emprender las cosas mas difíciles. Pero el alma de todas estas virtudes era su ardentísima caridad para con Dios. Con Dios y de Dios queria hablar siempre; y si alguna vez versaba la conversacion sobre otras materias, tenia la destreza de hacerla volver luego á las cosas de Dios. En él pensaba de dia, ejerciendo las funciones de su ministerio; con él conversaba de noche, pasando las horas y aun las noches enteras en oracion; y este santo ejercicio le servia de escuela donde recibia los mas útiles documentos para bien de las almas.

Al amor de Dios correspondia el del prójimo. Hubiera querido sacrificar su vida por sus hermanos; y esta caridad no se limitaba á los bienes espirituales del alma, extendíase á socorrer las necesidades temporales del cuerpo. Mendigaba para hacer limosna; daba parte de su comida á los pobres, con licencia del P. Prepósito, introducíase con los ricos para sacarles limosnas, y no pocas veces tuvo que sufrir el mal humor de estos, y aun muchas groserías por parte de los pobres. Pero el santo lo toleraba todo, porque era caritativo, y además de esto hu-

mildísimo. La humildad se puede decir que era su virtud predilecta. El llamarse *plebeyo*, *villano*, *ignorante*, y el firmarse en sus cartas con el título de *pecador*, no era en él una pura ceremonia; era la expresion de su convencimiento. Decia que la Compañía le hizo merced en recibirle, porque no habia hombre mas nulo que él ni de menos letras, y que merecia ser echado de casa. Si en alguna mision no sacaba mucho fruto, echaba la culpa á su ignorancia: si era muy fructuosa, lo atribuia todo á Dios; si hacia milagros, los cubria con la intercesion de un san Ciro, san Cesáreo y san Francisco Javier, de quienes era muy devoto. De este último decia que imploraba su patrocinio, *porque era bravo y animoso soldado de la milicia de Dios.*

De este bajo concepto que tenia de sí mismo, nacia el rigor con que trataba su cuerpo. Dormia poquisimo, y esto sobre una tarima ó una silla, y los viernes en el duro suelo. Su abstinencia era grande, aunque tardó en echarse de ver, porque con mucha destreza ocultaba en el refectorio la racion que le daban; aun lo poco que comia, cargábalo de sal, para hacerlo desagradable. No le detenia el mal tiempo para salir á sus excursiones y negocios espirituales, y siempre iba á pié. Recogióse una vez bajo el pórtico de un palacio, hasta que pasase una fuerte granizada; y ofreciéndole un señor su coche, respondió: *despues de tantos años que sirvo de criado, ¿quiere V. que por tan leve causa haga el caballero?* Tomaba tres disciplinas al dia; vistió por mas de un año un saco de cerdas, á la raiz de las carnes, que dejó por obediencia. Su cuarto despues de su muerte parecia un arsenal de penitencia, segun eran las cadenas, los azotes, las puntas, los rallos y cilicios que se hallaron en él.

Con este tenor de vida inocente, mortificada y laboriosa, llegó san Francisco á los setenta y cuatro

años de edad, cuando una pulmonía que le atacó estando haciendo los ejercicios en el seminario de nobles, hizo conocer que su muerte no estaba lejana. Mucho antes la habia previsto el santo, como se prueba por algunas de sus cartas y conversaciones. Toleró con admirable sufrimiento los agudos dolores de tan penosa enfermedad, consolándose con la lectura del tratado *de felicitate sanctorum* compuesto por el cardenal Belarmino; recibió el santo viático el tres de mayo de 1716, y no quiso recibirlo en la cama, sino vestido y de rodillas; dió gracias á la Compañía por haberle tolerado en su seno; fué de nuevo fortalecido con el pan de los fuertes los dias siete y nueve del mismo mes, y recibió la extremauncion; por último, en la mañana del once, poco antes de mediodía, entregó su alma en manos de su criador, y pasó á recibir el premio de sus trabajos emprendidos por su gloria.

A la primera noticia de su muerte, todo Nápoles se despobló para ir á la iglesia de la Compañía; celebráronse sus exequias mas como fiesta que como funerales; estuvo expuesto su cuerpo á la veneracion del pueblo dos dias, y en la noche del último, metido en una caja de plomo, fué puesto en la sepultura comun; pero al cabo de dos meses, con licencia de Roma, fué trasladado á la capilla de san Ignacio, adonde todavia concurre el pueblo á venerarlo. Los muchos milagros que ha hecho despues de su muerte con los que invocan su patrocinio, han extendido su devocion por todas partes. En la Habana, el colegio de jesuitas pidió al provincial de Nápoles reliquias de san Francisco, deseando servirse de ellas para el bien espiritual y temporal de aquellos pueblos. En España en 1746, el dean de Plasencia don Bernardo Egidio, el cual hacia ocho meses que estaba postrado en cama, reconoce haber debido al santo su entera curacion.

Estas y otras maravillas que ha obrado el Señor por la intercesion de su siervo, movieron á la silla apostólica á abrir el proceso de su beatificacion; y justificadas competentemente, asi la heroicidad de sus virtudes, como la grandeza de sus milagros, el papa Pio VII de feliz memoria le declaró beato; y Gregorio XVI, que felizmente reina, le colocó en el catálogo de los santos, el dia de la Santísima Trinidad del año 1839.

SAN MAMERTO, OBISPO.

Entre los obispos célebres en virtud y doctrina que florecieron en el siglo quinto de nuestra era cristiana, se cuenta san Mamerto, eminente prelado de la iglesia de Viena, digno de eterna memoria por la institucion laudable del tiempo, método y forma de las rogativas que preceden á la festividad de la Ascension de nuestro Señor Jesucristo. Aunque no nos constan los hechos de su vida antes de haber ascendido á la silla episcopal de Viena, colocado ya en esta sublime dignidad, fué el objeto del amor y veneracion del pueblo, por su eminente virtud, y por el apostólico zelo con que se esmeraba en dirigir á su rebaño santamente; pues no satisfecho con velar como pastor vigilante sobre él de continuo, y con instruirle por sí mismo, se valia para que le ayudasen de los ministros de la mayor sabiduría y virtud, especialmente de su hermano Claudiano, presbítero de la misma iglesia, hombre de una vida ejemplarísima y de una vasta erudicion.

Durante su obispado tuvo nuestro santo muchas aflicciones, que le fueron muy sensibles por la ternura con que llevaba en su corazon á todos los que sometió á su cuidado la divina Providencia.

Estas aflicciones eran causadas por diversos géneros de desgracias que sucedieron en su tiempo, las cuales pusieron el país en una triste desolacion. Los continuos terremotos, los frecuentes incendios, las diarias ruinas y los formidables estruendos hicieron que las fieras, llenas de temor y espanto, dejando las concavidades de los montes y desiertos, se refugiasen en las poblaciones. Cada dia se veian nuevas señales de la ira de Dios que descargaba sobre los habitantes de aquella tierra, iban en aumento dichos espantosos espectáculos, y no se hablaba de otra cosa que de los desastres públicos.

Consternados los fieles en vista de estos azotes merecidos por sus culpas, esperaban con impaciencia la festividad de la Pascua de Resurreccion, confiados en que por los gozosos misterios que en ella se representan, y por las saludables disposiciones con que se preparan los cristianos en la cuaresma para recibir la comunion pascual, el Señor pondria término á tan formidables castigos. Animados con esta esperanza, concurrieron todos contritos la vigilia de la gloriosa noche á celebrar en la iglesia el misterio; pero habiéndose incendiado, mientras estaban en ella, las casas consistoriales, abandonaron el templo, y huyeron con precipitacion á los campos, dirigiendo sus tristes clamores al cielo.

Solo el santo obispo quedó en la iglesia, postrado ante el altar, implorando con profundos gemidos y llanto la divina misericordia; y fué tal la eficacia de sus fervorosas oraciones, que con el agua de sus lágrimas aplacó la voracidad del fuego. El gozo que causó esta maravilla en el espíritu de su pueblo, hizo que se reuniese para continuar los oficios divinos; pero despues que Mamerto hubo concluido los misterios, y tributado á Dios humildes gracias por un favor tan visible, aprovechándose de la contricion

que manifestaba el pueblo, le dió á entender que la penitencia y la oracion eran los verdaderos y eficaces remedios de las desgracias de que se quejaban. Bajo este supuesto ordenó que se hiciesen ciertas rogativas públicas, acompañadas de ayunos y preces, y consultando el tiempo y modo de su establecimiento, le pareció conveniente que fuesen en los tres dias que preceden á la festividad de la Ascension de nuestro Señor Jesucristo. Asistió á ellas toda la ciudad con un semblante humilde y penitente, dejándose ver todos sus habitantes poseidos de una gran compuncion de corazon y mezclando las preces con lágrimas y gemidos, con lo que cesaron las calamidades públicas. Divulgada la fama de esta laudable institucion, y de los admirables efectos que produjo, fué abrazada en las provincias vecinas, y se comunicó muy pronto á casi toda la iglesia de Occidente, donde se ha continuado sin interrupcion hasta nuestros dias; de manera que, aunque semejantes preces precedieron á la edad de san Mamerto en tiempos indefinidos, en cuanto á la determinacion de este método y forma de su ejecucion, reconocen por primer autor á este insigne prelado su hijo espiritual san Abito, obispo de Viena, Sidonio Apolinar, Gregorio de Tours y otros escritores.

Tambien se debió á su religioso zelo la invencion de las reliquias de san Julian y san Feréolo, ilustres mártires de Jesucristo, que padecieron en tiempo de la sangrienta persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano; las cuales trasladó á una magnífica iglesia que edificó, á fin de que en ella les tributasen los fieles la veneracion y obsequio correspondientes.

Finalmente, despues de haber gobernado algunos años su pueblo como un zeloso pastor, pasó á disfrutar los premios eternos á fines del siglo quinto.

Su cuerpo fué sepultado primeramente en la iglesia de los santos Apóstoles, extramuros de la ciudad de Viena, desde donde se trasladaron despues sus reliquias á la basílica constantiniana de Santa Cruz de Orleans. Allí se conservaron con grande veneracion hasta el siglo XVI, en el que los Hugonotes, durante sus sacrílegas irrupciones del año 1562, entrando en Orleans, quemaron la cabeza y huesos del santo que estaban en diferentes cajas, y esparcieron sus cenizas.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en la via Salaria, la fiesta de san Antimo presbítero, esclarecido por sus virtudes y por su predicacion, el cual, habiendo sido precipitado en el Tiber durante la persecucion de Diocleciano, un ángel le sacó y le restituyó á su oratorio; despues, habiendo sido decapitado, entró victorioso en el cielo.

El mismo dia, san Evelio mártir, uno de los oficiales de Neron; movido del martirio de san Torpeto, creyó en Jesucristo, y fué decapitado.

Además en Roma, en la via Salaria, los santos Máximo, Baso y Fabio, martirizados en tiempo del emperador Diocleciano.

En Camerino, los santos mártires Anastasio y sus compañeros, á quienes hizo morir el presidente Antioco en la persecucion de Decio.

En Osimo, en la marca de Ancona, los santos Sisinio diácono, Diocles y Florencio, discípulos de san Antimo, que fueron apedreados en tiempo de Diocleciano, y así consumaron su martirio.

En Varenes, san Gangulfo mártir.

En Viena, san Mamerto obispo, que por causa de una gran calamidad instituyó en aquella ciudad las Letanías solemnes en los tres dias que preceden á la Ascension de nuestro Señor, cuyo rito recibió y aprobó despues la Iglesia universal.

En Serviñi, el tránsito de san Mayol, abad de Cluni, cuya vida fué ilustre por la santidad de sus obras.

En San Severino en la marca de Ancona, san Iluminato confesor.

La misa en honra del santo es del comun de los abades, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Majoli abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion de san Mayol, abad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 45 del libro de la Sabiduría.

Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque le oyó á él y á la voz de él mismo, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos y la ley de vida y de ciencia.

NOTA.

« Antioco Epifanes, el mayor perseguidor que tu-
» vieron los Judíos despues que volvieron del cauti-

» verio, subió al trono de Siria el año de 3828; y en » este tiempo es probable que Jesus, hijo de Sirac, » compuso su obra, al principio de la persecucion » contra el gran sacerdote Onias. Previene el autor la » ruina de su patria y la desolacion de las cosas san» tas, habiéndose retirado á Egipto, donde se cree » que escribió este libro. »

REFLEXIONES.

Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ, et disciplinæ. Dióle públicamente los preceptos y la ley, para que arreglase por ellas su vida y sus costumbres. ¿Hablarán estas palabras solamente con Moisés y con los santos? ¿dió el Señor á solos estos su ley y sus preceptos para que arreglasen su vida y sus costumbres? Y si esta órden habla con todos los cristianos, ¿qué deberemos pensar en vista de una vida tan desarreglada, de unas costumbres tan corrompidas en la mayor parte de los fieles?

La ley de Jesucristo, aquella ley tan santa, tan pura, tan perfecta, debe ser la única regla de nuestras operaciones. Cualquiera otro sistema es abusivo; no tenemos, ni debemos tener otros principios de moral; todo camino que no sea este, extravía. ¡O buen Dios, á cuántos desesperará esta verdad al fin de la vida! ¿Son regla de las costumbres de los grandes del mundo las máximas del Evangelio y la ley de Jesucristo? ¿es el Evangelio la regla de sus deseos, de sus proyectos, de su ambicion, de su profanidad, de su conducta?

El Evangelio es el que debe reglar todas las condiciones, todos los estados, todas las edades; no se nos ha de juzgar por otras leyes; no se han de consultar otras máximas para formarnos el proceso; no se han de seguir otras doctrinas. Ciertamente que se tras-

torna el juicio y la razon cuando se considera que esas gentes que solo se apacientan con vanas quimeras de fortuna, con frívolas ideas de grandeza; que dejan á las almas sencillas, y á los que llaman ellos pueblo y vulgo, el cuidado de cumplir con las obligaciones de cristiano; gente que no tiene mas ocupacion que la ociosidad, y que al parecer solo se avergüenza del Evangelio; que estas gentes, vuelvo á decir, crean sinceramente las verdades mas terribles de la religion, y todo lo que dejó dicho Jesucristo de la indispensable obligacion de vivir segun sus máximas.

Créese que el Evangelio es la única regla de las costumbres, que cualquier otro sistema es falso, que es vano cualquier otro razonamiento, que no es posible hallar otro camino para el cielo, ni otra regla en las sendas de la salvacion: y créese todo esto por aquel jóven disoluto, que hace vanidad de no tener religion; por aquella mujer mundana, que no toma gusto en otra cosa sino en las diversiones y en las galas; por aquel avariento, cuyo corazon está todo en sus tesoros; por aquel hombre de negocios, que no reconoce otra regla para su conducta que su ambicion; por aquella persona entregada enteramente á la sensualidad; por aquel presumido de espíritu fuerte, que hace burla de las mas piadosas devociones, de las máximas mas santas del Evangelio. Sí, por cierto, todos estos creen que el Evangelio es la única regla de la vida y de las costumbres. ¿Quién querrá salir por fiador de su fe? Y querremos nosotros experimentar la suerte de una conducta tan poco cristiana? ¡Qué monstruosa contradiccion es la que se palpa entre lo que se cree y lo que se obra! Todos se aman tanto, que ninguno quiere condenarse; pero ¿viven todos tan cristianamente, que puedan esperar no ser condenados? Es un asombro que entre los cristianos se

hallen algunos que se esfuercen en no creer aquello mismo que temen; pero aun es mayor asombro que se encuentren en el cristianismo muchos que no temen aquello mismo que creen. ¿Qué es peor, no creer casi nada de lo que se debe creer, ó no hacer casi nada de aquello que verdaderamente se cree?

El evangelio es del cap. 19 de san Mateo, y el mismo que el dia v, pág. 136.

MEDITACION.

DE LA INDISPENSABLE NECESIDAD QUE HAY EN TODOS DE TENER CADA AÑO ALGUNOS DIAS DE RETIRO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no todos pueden abandonar para siempre sus negocios y su casa, para ocuparse en la soledad en el negocio importante de la salvacion: este privilegio es para algunas almas favorecidas. Semejante vocacion es una gracia muy singular; pero pocas personas hay que no puedan conceder al retiro algunos dias del año: ninguna absolutamente que no deba hurtar por algun tiempo el cuerpo al cuidado de los negocios temporales, para pensar únicamente en el importantísimo negocio de su eterna salvacion.

Unas fiestas, una boda, la estacion del verano, suspenden tal vez por muchos meses los negocios del mayor interés; y para el negocio de mi salvacion ¿no podré hallar tres ó cuatro dias libres? Aunque se vea uno en los primeros empleos de la milicia ó de la toga, aunque cargue sobre sus hombros todo el gobierno del estado; siempre halla al cabo del año algunos dias desocupados, algun tiempo para la respiracion y el descanso: ¿y será posible que solo no se encuentre para dedicarlo al importante negocio de la

salvacion? Pues ello es así, que para trabajar eficazmente en este importantísimo negocio, no hay cosa mas necesaria que el retiro.

¿Quieres convertirte? ¿quieres tranquilizar y sosegar tu conciencia? ¿quieres salir de ese funesto estado de la tibieza ó de la culpa? ¿quieres romper esos lazos, domar ese genio, vencer esa pasion, reformar esas costumbres, múdar esa mala vida? pues aléjate por algunos dias del tumulto del mundo; retírate á alguna casa destinada para este fin, en donde, separado del comercio de los hombres, y desembarazado de todo negocio temporal y de todo cuidado doméstico, examines á solas con tu Dios si te hallas en estado de comparecer ante el tribunal del Juez supremo, si tus costumbres, si tus máximas, si tu conducta pasada te dan prendas de tu felicidad eterna. Sin este medio, ¿cómo se pueden arreglar con seguridad los negocios de la conciencia? ¿Cuántas veces has juzgado, y has dicho tú mismo, que no es posible trabajar eficazmente en el negocio de la salvacion en medio de los embarazos y tumulto de la vida? Tu propia experiencia te convence de la necesidad de algunos dias de retiro. Preciso es que sea uno muy enemigo de sí mismo, y que esté muy resignado en su eterna perdicion, cuando piensa y cuando dice que no tiene tiempo para esto.

Hallaráse este tiempo en la hora de la muerte, y se encontrará por toda una desdichada eternidad. Entonces sí que estará en un eterno, pero espantoso retiro; y entonces sí, que á pesar suyo meditará muy despacio el infeliz condenado estas terribles verdades, que no quiso meditar durante la vida; entonces se repasarán los años con una cruel amargura, pero ya todo sin fruto. ¡Qué locura, qué malignidad, qué furor, no haber prevenido esta desdicha por medio de un saludable retiro!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la conversion es una obra dificil : es preciso desengañarse de muchos errores y preocupaciones que habia adoptado el amor propio ; es preciso condenar muchas máximas que habia autorizado una inveterada costumbre ; es preciso sufocar deseos, reprobar ideas, dejar usos, oponerse á inclinaciones, ahogar pasiones, en fin renovar todo un corazon corrompido por el vicio. Todo esto no es posible hacerlo sin largas y serias reflexiones ; sin profundizar las verdades terribles de la fe ; sin desentrañar los misterios de la religion. Y esto, ¿cómo se podrá practicar entre el ruido del mundo, entre los estorbos de un estado ó de un empleo rodeado de estruendo y de tumulto, entre la esclavitud de una vida enemiga del reposo? Luego es indispensable el retiro.

Pocas personas se hallarán que no tengan necesidad de renovar una multitud de confesiones mal hechas. No siempre son las mejores las primeras y las mas antiguas ; si no se faltó á la integridad, se faltó al dolor. El poco fruto da bastantemente á entender que hay en el árbol algun defecto esencial. ¡Qué locura, qué desdicha, aguardar para reparar estos defectos aquel tiempo en que no se puede hacer ! Es menester sosiego, quietud, espacio y otros auxilios que no se pueden conseguir sin el retiro.

Hagamos concepto de la necesidad de este medio por el fruto que se saca de él, y por la misma repugnancia que se siente en practicarlo. Apenas parece posible (á lo menos es cosa muy extraordinaria) retirarse á unos ejercicios, y no sacar fruto de ellos. Será muy raro el pecador que los haga bien, y no se convierta. Descúbrense en ellos las verdades de nuestra religion con tanta claridad, que no pueden dejar

de hacer fuerza; y es tan abundante la gracia que en ellos se comunica, que no puede dejar de convertir. O se hacen mal los ejercicios, ó infaliblemente se sigue á ellos la enmienda de las costumbres. Desde que se introdujeron los ejercicios en el mundo, comenzaron á contarse mas frecuentes las portentosas conversiones; y esta es la verdadera causa porque se siente tanta repugnancia, y se ofrecen tantos obstáculos para entrar en ellos.

Como el tentador es tan enemigo de nuestra salvacion, dilata nuestra conversion todo lo que puede, y por eso no hay medio que no practique para desviarnos de los ejercicios. No atribuyas á tus negocios, ni á tu estado, ni á tu poca salud, ni á otros accidentes imprevistos, la resistencia que has hecho hasta aquí á este poderoso medio. Si los ejercicios fueran una diversion, aunque arriesgaras en ella tu salud, ninguno de esos estorbos te la impediria; pero el demonio interesa mucho en abultar las dificultades, y en forjar otras nuevas para desviar las almas de un retiro tan contrario á su malicia y á sus depravados intentos.

Demasiado he experimentado yo, Dios mio, este fatal artificio del enemigo de mi salvacion: conozco bien que, apartándome de los ejercicios espirituales, me he apartado de mi conversion. Tened, Señor, piedad de mis extravíos y de mi miseria. Comprendo y confieso que tengo necesidad de retirarme por algunos dias; no permitais que malogre esta gracia, y dadme tiempo para que haga eficaz esta resolucion.

JACULATORIAS.

Deduc me in semitam mandatorum tuorum, quia ipsam volui. Salm. 118.

Conducidme, Señor, al camino de vuestros manda mientos, porque no quiero otro.

Melior est dies una in atriis tuis super millia. Salm. 83. Un solo dia de retiro en tu santa casa vale mas que mil entre el estruendo del mundo.

PROPOSITOS.

1. Sea uno de la condicion que quisiere, y tenga el empleo que tuviere, no es creible que al cabo del año le falten tres ó cuatro dias para retirarse. Siempre se encuentran los que se quieren para una diversion, para un viaje; no son menester mas, y muchas veces ni aun tantos, para unos ejercicios; lo único que falta para hacerlos, es un poco de buena voluntad. Pero al fin, concedamos á cierta clase de gentes que sus ocupaciones, sus negocios, su estado y sus empleos no las dejan lugar para tres dias de ejercicios; ¿qué excusa racional se podrá alegar para no retirarse por lo menos un dia cada mes? Toma desde luego esta resolucion, y ponla en práctica desde el domingo que viene. Este ejercicio respecto de los seglares no les trastorna las horas, como las puede trastornar respecto de los religiosos; sin faltar á tus obligaciones puedes fácilmente tener un dia de retiro. No hay cosa mas útil, mas fácil, ni mas necesaria; imponte una ley indispensable de practicarla; la experiencia te enseñará que no es posible tener cada mes un dia de retiro, y no hacerse santo en poco tiempo.

2. Determina desde luego el dia que destinas para esto, escogiendo aquel que te parezca será el mas desocupado; y la víspera prevente, desembarazándote de todo lo que pueda distraerte en el mismo dia. Prepárate la noche antes con una corta meditacion sobre la parábola de la higuera, que el padre de familias está resuelto á arrancar, porque no lleva mas que hojas, y solo dilata el arrancarla hasta ver si con

un nuevo cultivo producirá finalmente algun fruto. Aplícate á tí mismo esta parábola, y madrugando el dia siguiente sin tener pereza, despues de haber adorado al Señor, y pedídole su gracia para pasar santamente aquel dia tan importante para tu salvacion, emplea una, ó por lo menos media hora, en la meditacion de alguna de las grandes verdades de nuestra religion, aplicándote siempre la doctrina que estas nos enseñan. Lee despues un capítulo en el libro de la imitacion de Cristo, y dedica una hora á recorrer en la amargura de tu corazon los años de la mala vida pasada. Considera tus desórdenes, tus maldades, el abuso de los santos sacramentos, el desperdicio de tantos auxilios; y disponte para la confesion que debes hacer desde el último retiro, con tanto dolor, que pueda reparar los defectos de las confesiones particulares antecedentes. Oye misa con la misma disposicion, y comulga como si recibieras al Señor por modo de viático. Antes de comer ten otra meditacion; y entre cinco y seis de la tarde la tercera. La leccion espiritual sea en algun libro escogido, enérgico y convincente, y toma despues tus medidas para que tus propósitos sean eficaces. En una palabra, debes procurar hallarte al fin de este dia como quisieras encontrarte en la hora de la muerte.

DIA DOCE.

LOS SANTOS NEREO Y AQUILEO, SANTA DOMITILA Y SAN PANCRACIO, MÁRTIRES.

Es muy célebre en la Iglesia desde el segundo siglo la memoria de los santos mártires Nereo y Aquileo, siendo su culto de los mas antiguos que se solemni-

zan en ella. Eran dos hermanos, que habiendo entrado en el servicio de la princesa Domitila, sobrina del emperador Domiciano, siendo aun muy niños, tuvieron la dicha de ser instruidos en la fe, y bautizados por el mismo apóstol san Pedro, juntamente con toda aquella ilustre y santa familia, que derramó con el tiempo su sangre por Jesucristo.

Distinguianse tanto entre todos los criados de la princesa Nereo y Aquileo por sus costumbres y por su buen ejemplo, que esto mismo les mereció la particular estimacion de su ama, quien los hizo gentileshombres de cámara, y les dispensó su confianza.

Refieren las actas mas antiguas de estos dos santos, que viendo un dia el cuidado y esmero con que la princesa se estaba adornando para recibir la visita del conde Aureliano, con quien estaba desposada, lo sintieron vivamente; y animados del zelo que tenian por la salvacion de su alma, la representaron con cristiana libertad, pero con el mayor respeto, cuán indigno era aquel gran deseo de agradar á un hombre mortal, de una alma que ellos habian creido siempre destinada para ser esposa de Jesucristo, y para aumentar con esta augusta cualidad el número de las vírgenes. Esta reverente representacion, efecto puro de un zelo prudente y desinteresado, hizo impresion en el corazon de la princesa; y advirtiéndolo los dos hermanos, aprovecharon la ocasion, y prosiguieron representándola con igual respeto que su religion y su virtud la prometian mayor fortuna; y trayendo á la memoria la boda que la proponian, la hablaron con tanta energía de la vanidad de todas las honras y bienes de este mundo; de cuán vacíos son todos los gustos, entretenimientos y placeres; de la brevedad de los dias de la vida, y singularmente de los trabajos, amarguras y esclavitud del estado del matrimonio; y le hicieron una pintura tan eficaz y tan viva del va-

lor y mérito de la virginidad, y de todas las ventajas que trae consigo esta amabilísima virtud, que Domitila protestó no tendria jamás otro esposo que á Jesucristo, á quien desde aquel instante únicamente queria y pretendia agradar; y volviéndose á los dos hermanos, les dijo: « Pues Dios se ha valido de vosotros para inspirarme el deseo de ser esposa suya, tratad de conseguir que logre cuanto antes la honra de traer la divisa que se acostumbra, y de obligarme solemnemente á no reconocer jamás otro esposo que á él.» Hablaba la santa de la bendicion que recibian en aquel tiempo las vírgenes, y del velo que traian en la cabeza en señal de celibato.

Muy gozosos Nereo y Aquileo, y no menos consolados al ver la bendicion que habia echado el Señor á su zelo, se presentaron luego al papa san Clemente, sucesor inmediato de san Pedro, y le dieron cuenta de la resolucion en que estaba la princesa Domitila de no perder jamás el precioso tesoro de la virginidad. Dió gracias el santo pontífice al Señor; y pasando luego al palacio de la princesa, á quien halló mas determinada que nunca á no admitir otro esposo que á Jesucristo, la dijo: *¿Has considerado bien, hija mia, el fuerte combate que te espera? ¿y tendrás valor para prometerte victoria? Tu amante irritado del que reputa desaire, infaliblemente te acusará al emperador de que eres cristiana; y entonces, ¡ó buen Dios, á qué tentaciones tan furiosas no se verá expuesta tu fe y tu constancia! ¿Ni como podremos tú y yo evitar entonces el martirio? — ¿Y qué mayor dicha nos podrá suceder?* respondió la santa. *Yo confio poco en mis fuerzas, pero todo lo espero y todo lo confio de la poderosa gracia de mi Esposo celestial, y la persecucion no hará mas que adelantar nuestra felicidad y nuestra gloria.* Enternecido san Clemente al oir tan generosa respuesta, y mucho mas edificado del ardiente deseo que mostraba

Domitila de consagrarse al Señor, la dió su bendicion con solemnidad, y la echó el velo sobre la cabeza.

No tardó mucho tiempo en cumplirse lo que habia pronosticado el santo pontífice; porque informado Aureliano del partido que habia abrazado Domitila, entró en una especie de furor, y despues de haber empleado inútilmente promesas y amenazas, hizo asegurar á todos los que sospechó haber tenido parte en la mudanza de la princesa, y á todos los acusó de que eran cristianos, con resolucion de emplear todo su crédito para que todos fuesen condenados al último suplicio.

Los primeros de quienes se echó mano, fueron Nereo y Aquileo, confidentes de Domitila, persuadido el conde de que ganados estos, presto rendiria á la princesa. Valióse de cuantos medios pudo para sorprender su religion: de halagos lisonjeros, de esperanzas, de promesas tentadoras y de solicitaciones; pero nada fué bastante para conmover la fe de los siervos de Dios, é irritando su constancia á Aureliano, consiguió que fuesen al punto despojados de sus vestidos, y azotados con toda la crueldad imaginable. La alegria que monstraron los santos en este tormento, hizo perder al tirano toda esperanza de pervertirlos, y asi fueron declarados cristianos, y consiguientemente enemigos del emperador y del estado. Temiendo que su firmeza aumentase la de Domitila sirviéndola de ejemplo, fueron enviados á Terracina, para que el cónsul Minucio Rufo les formase causa.

Esta se sustanció presto : mandóles que renunciasen á la fe de Jesucristo, y que en el mismo instante ofreciesen incienso á los ídolos. Respondieron con una intrepidez que asombró al mismo tirano : que habiendo sido bautizados por el apóstol san Pedro, y habiendo sido alumbrados con las luces de la fe, no reconocian otro Dios que el Dios de los cristianos;

llorando la desgracia y la ceguedad de los gentiles, que se forjaban casi tantos dioses como hombres, siendo lo mas deplorable que en sus falsas divinidades no adoraban mas que sus propias pasiones.

Enfurecióse el tirano al oir una respuesta tan breve como determinada, y mandó que al punto fuesen puestos en el potro. Era este una especie de tormento en que á las cuerdas que suspendian en el aire los cuerpos de los mártires, se las apretaba á torno hasta lograr que tuviesen toda la tirantez posible; y despues de haberlos despedazado los costados, mandó que se aplicasen á ellos hachas encendidas. Los agudísimos dolores que sentian solo sirvieron para encenderlos mas y mas en el amor de Dios, saliendo al semblante el gozo que ocupaba el corazon; tanto, que temiendo el tirano que esta maravilla hiciese impresion en el ánimo de los paganos, les hizo cortar la cabeza el dia 12 de mayo del año de 98. Sus cuerpos fueron ocultamente recogidos por su discípulo Auspicio, y enterrados en la via Ardeatina á media legua de Roma, donde con el tiempo se edificó una iglesia para eterno monumento del triunfo de estos gloriosos mártires.

No vaciló con su muerte la fe de la ilustre vírgen Domitila; pero atendiendo el emperador á su nacimiento, á su nombre, á su hermosura y á su mérito, no se resolvió á quitarla la vida, y se contentó con desterrarla á la isla de Poncia, cerca de Terracina, de donde Aureliano consiguió que se la levantase luego el destierro, y se fuese á vivir en Terracina, no desconfiando todavía de poderla reducir á su voluntad. Para lograrlo, halló medio de introducir en su casa dos jóvenes doncellas, hermanas de leche de la misma Domitila, que se llamaban Eufrosina y Teodora, cuerdas y honestas á la verdad, pero imbuidas en las máximas y espíritu del mundo, con

grandes deseos de hacer fortuna en él. Prometiéronlas que á una y otra las colocarian ventajosamente como pudiesen determinar á la princesa á que se casase con el conde; esperanza que las movió á emplear á este fin cuantos medios pudo inventar el artificio y el ingenio. Unas veces la preguntaban si podrian ellas abrazar su religion, y si para salvarse en la religion cristiana era necesario ser vírgen; otras, si era lícito el matrimonio, y en suposicion de serlo, qué motivo podia tener para negarse á un estado que no la estorbaba el ser cristiana, antes la abria camino para hacer algun dia cristianos á su marido, á sus hijos y criados.

Descubrió fácilmente Domitila el espíritu que las movia á hablar de aquella manera; y habiendo respondido á sus preguntas en tono que no admitia réplica, ella tambien quiso hacer las suyas. Preguntólas, pues, si estando las dos prometidas para casarse con dos señores ricos, oirian sin indignacion que tuviesen valor para pretenderlas despues dos viles esclavos. No por cierto, respondieron ellas; á menos de haber perdido enteramente el juicio, no se podria llevar con paciencia semejante proposicion. ¿Pues porqué os admirais, replicó la santa, de lo que yo hago? ¿porqué calificais de menos prudente mi conducta? Habiendo consagrado mi virginidad á Dios, estoy desposada con su único hijo Jesucristo; este vínculo ha de durar por toda la eternidad; las conveniencias que trae consigo son infinitas. ¿Qué os parece? Hallándome ya honrada con este ilustre título, ¿deberé preferir á la mano del único hijo de Dios vivo, la de un hombre mortal? ¿podré oir sin disgusto que me hablen de otro matrimonio? Dijo esto con tanta gracia y con tanta viveza, que movidas y aun convencidas con sus razones Eufrosina y Teodora, se mostraron como dudosas; pero

no rindiéndose aun á los impulsos interiores de la gracia : Si lo que dices es verdad, la replicó Teodora, haz que tu divino esposo restituya la vista á un hermano ciego que yo tengo. Tu hermano, respondió la santa, está ausente, y se dilataria mucho el milagro; ahí tienes una muchacha muda que te sirve; hazla venir, y se manifestará mas presto en ella el poder de Jesucristo, para que tambien quedes tú mas presto convencida. Vino la muda, hizo oracion por ella Domitila, desatósela la lengua, y las primeras palabras en que prorumpió fueron publicar que no habia otro Dios que el Dios de los cristianos. En vista de esta maravilla las dos hermanas se arrojaron á los piés de la princesa, declararon que eran cristianas, y que no querian otro esposo que á Jesucristo.

Llegando á noticia de Aureliano lo que habia sucedido, resolvió llevar adelante su resentimiento, sin guardar mas consideraciones; y habiendo ganado fácilmente la voluntad del cónsul, hombre cruel, y enemigo mortal de los cristianos, hizo poner fuego á la casa donde estaba Domitila con sus dos neófitas, y todas tres fueron inmoladas como puras víctimas del Dios vivo, consumando de esta manera su glorioso martirio. Al dia siguiente acudió el diácono Cesáreo para recoger aquellas preciosas cenizas; pero se quedó admirado cuando encontró á las tres doncellas postradas, el semblante contra la tierra, como si estuvieran en oracion, sin que el fuego que consumó su sacrificio hubiese ofendido ni uno de sus cabellos: tomó los santos cuerpos, y los enterró en un lugar donde con el tiempo se edificó una iglesia.

El mismo dia se hace mencion del santo jóven Pancracio, originario de Sinada, ciudad de Frigia, que perdió á su madre pocos dias despues que nació, y el padre tampoco sobrevivió á su mujer mucho

tiempo. Antes de morir dejó este encomendado el niño Pancracio á un hermano suyo, llamado Dionisio, que fué tutor y padre de su tierno sobrino. Llevóle consigo á Roma, donde pasó á residir, y dispuso la Providencia que tomase casa junto á una donde estaba retirado el papa san Marcelino, durante la persecucion que Diocleciano y Maximiano habian encendido contra los cristianos. Con esta ocasion la tuvieron de tratar al santo pontífice, cuya dulce conversacion, modestia, dulzura y piedad hechizaron tanto á los dos extranjeros, que ambos le pidieron el bautismo. Dionisio murió pocos dias despues de su conversion, y pocos despues de su muerte fué preso por cristiano el niño Pancracio, el cual á la sazon no tenia mas que quince años. Refieren las actas antiguas de su martirio que el emperador Diocleciano, por haber conocido en otro tiempo á su padre, quiso verle, y no perdonó medio alguno para obligarle á volver al paganismo. Primero intentó ganarle con promesas, despues pretendió atemorizarle con amenazas, y finalmente se valió del artificio; pero nada bastó para hacer vacilar su constancia. «Señor, le dijo el heróico » mancebo, inútilmente te fatigas, si te persuades » que me harás perder la fe amenazándome con que » he de perder la vida; no saben los cristianos qué » cosa es temer la muerte; toda su dicha es derra» mar su sangre por Jesucristo; los suplicios apresu» ran su eterna felicidad, y para ellos espirar en los » tormentos es conseguir una gloriosa victoria. » Irritado el emperador, no quiso que hablase mas y mandó que al instante le cortasen la cabeza.

No es menos antiguo el culto de este santo, que el de los santos Nereo, Aquileo y Domitila, por lo que la santa Iglesia junta la fiesta de todos en un mismo oficio. Pronunciando san Gregorio una homilía delante de su sepulcro, dice estas palabras: « Los san-

» tos, delante de cuyo sepulcro estamos, miraron » siempre al mundo con desprecio, aun cuando la » paz, la fertilidad, la abundancia, lo florido y vigo- » roso de su edad parecian hacerlo digno de ser » amado por ellos, ó á lo menos les aumentaban las » dificultades que hay para desprenderse de él. »

Por haber sido título del cardenal Baronio la iglesia antigua de estos santos, la reedificó, y con autoridad de Clemente VIII restituyó á ella la estacion de los fieles, que se habia perdido con el tiempo.

Honorio I reparó la iglesia de san Pancracio; Leon X instituyó en ella una de las estaciones de Roma; Inocencio X la volvió el título de iglesia abacial, y finalmente fué cedida á los padres carmelitas descalzos, que hoy dia la poseen.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la siguiente.

Semper nos, Domine, martyrum tuorum Nerei, Achillei, Domitillæ, atque Pancratii, foveat, quæsumus, beata solemnitas, et tuo dignos reddat obsequio. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que la gloriosa solemnidad de tus santos mártires Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio nos sea siempre provechosa, y nos haga dignos de tu santo servicio. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 5 *de la Sabiduria, y la misma del dia* 1, *pág.* 12.

NOTA.

« Pocos libros tenemos del antiguo Testamento » mas doctrinales que el de la Sabiduría, y ninguno » se ha escrito hasta ahora que mereciese con mas » razon este nombre; por lo que con razon le llaman » los santos Padres *el libro de la Sabiduria cristiana.* » Basta para prueba de este merecido concepto el

» capítulo de donde se sacó la epístola precedente; » porque en ninguna parte se explican con mayor » viveza y claridad los crueles remordimientos que » padecerán los condenados en el dia del juicio » universal, y aun en el mismo instante en que » espiran. »

REFLEXIONES.

Estos son aquellos de quienes en otro tiempo nos reimos y nos burlamos: *Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum.* Estos fueron objeto de nuestras bufonadas y chocarrerías. ¡O insensatos de nosotros! Teníamos su vida por locura, y ahora los vemos elevados á la dignidad de hijos de Dios. ¿Por qué razon no discurriremos y no hablaremos en vida como hemos de hablar y como hemos de discurrir en la hora de la muerte? Entonces se juzga sin preocupacion; no ciegan las pasiones; se miran de cerca los objetos, y no se padece engaño. La razon, la religion y la fe vuelven, por decirlo así, á entrar en posesion de sus derechos; revélanse los misterios mas ocultos del corazon, y la verdad se deja ver con toda su claridad. ¡O qué bella atalaya es la cama en la hora de la muerte! ¡Qué efecto producirán en el alma unas reflexiones que solo tienen por fruto estériles arrepentimientos, y unos arrepentimientos que van acompañados ó seguidos de una infinidad, de una eternidad de suplicios!

Hi sunt: yo me burlaba de la modestia de aquel jóven, de la compostura, del recogimiento de aquella doncellita, de la ajustada y arreglada vida de aquellas personas devotas que edificaban con su virtud á toda la ciudad, mientras yo era la fábula de toda ella.

Hi sunt: yo miraba con una especie de lástima y de compasion á aquellas esposas de Jesucristo; su

clausura me parecia una prision insufrible; su velo un yugo insoportable; su estado y su condicion una verdadera desgracia. Cuando yo estaba engolfada en medio de ese gran mundo; cuando me habia de hallar precisamente en todo lo que era juego, diversion y entretenimiento; cuando era el alma del baile, del sarao, de la conversacion y del paseo, ¿hubiera trocado yo mi suerte por la de aquella hermanita mia religiosa? ¡Con qué ojos compasivos y aun desdeñosos miraba yo aquellos ayunos, aquellas penitencias; y con qué empeño, con qué complacencia defendia yo mi profanidad, mis galas, mi vida regalona y licenciosa, mi indevocion y mi impiedad! *Ecce quomodò computati sunt inter filios Dei :* y ahora mira, mira como está contada en el número de los hijos de Dios; mientras yo (¡infeliz de mí!) me veo condenada al fuego eterno; me veo precipitada en el infierno, hecha por toda la eternidad el oprobio del universo, el juguete de los demonios, la execracion de Dios y de los hombres!

Nos insensati. ¡Locos, necios, insensatos de nosotros! ¿Es por ventura tiempo de conocer uno sus desaciertos, sus extravíos y sus locuras despues de la muerte? ¿es tiempo de que el reo se haga cargo de la enorme gravedad de su delito, cuando ya está en el cadalso? ¿es tiempo de que el litigante advierta la injusticia de su pleito, cuando ya está sentenciado? Allá, en medio de aquellos alegres dias que estaban todos contados; allá, cuando gozabas una salud robusta, floreciente y vigorosa; allá, cuando te ocupaba tanto tiempo inútilmente el sosiego, la ociosidad y el regalo; entonces, entonces sí que era ocasion oportuna de reconocer esas máximas tan contrarias al espíritu del cristianismo; entonces habias de descubrir el veneno de esas conversaciones tan poco cristianas, los lazos de esas concurrencias, el con-

tagio de esas diversiones; entonces era tiempo de advertir los peligros de los espectáculos, la vanidad de esas galas profanas y orgullosas que alimentan ó irritan las pasiones; entonces debieras haber reparado en la infelicidad de esa vida ociosa, delicada, y casi enteramente gentílica; entonces venia bien prevenir las funestas consecuencias de esas mesas de juego, de esos bailes, de esas ostentosas comilonas, de esas temporadas de quinta, aldea ó de campaña, tan perniciosas á la inocencia, como propias para la disolucion. *Nos insensati.* ¡Qué insensatos somos en dejarnos engañar de unas flores, que se marchitan casi al mismo tiempo que se abren! ¡insensatos en correr al precipicio con los ojos vendados! ¡insensatos cuando estámos condenados á muerte, y nos reimos!

El evangelio es del cap. 4 de san Juan.

In illo tempore, erat quidam regulus, cujus filius infirmabatur Capharnaum. Hic cùm audisset quia Jesus adveniret à Judæa in Galilæam, abiit ad eum, et rogabat eum ut descenderet, et sanaret filium ejus: incipiebat enim mori. Dixit ergo Jesus ad eum: Nisi signa, et prodigia videritis, non creditis. Dicit ad eum regulus: Domine, descende priusquàm moriatur filius meus. Dicit ei Jesus: Vade, filius tuus vivit. Credidit homo sermoni, quem dixit ei Jesus, et ibat. Jam autem eo descendente, servi occurrerunt ei, et nuntiaverunt dicentes, quia filius ejus vi-

En aquel tiempo habia un cierto régulo en Cafarnaum, el cual tenia un hijo enfermo. Este, habiendo oido que Jesus habia venido de Judea á Galilea, se fué á él, y le suplicaba que fuese y sanase á su hijo, porque estaba cercano á morir. Jesus, pues, le dijo: Si no veis milagros y prodigios, no creeis Respondióle el régulo: Señor, ven antes que mi hijo muera. Díjole Jesus: Vé, tu hijo vive. El hombre creyó á las palabras que le dijo Jesus, y se marchó. Y estando cerca de su casa, le salieron al encuentro los criados, y le anunciaron que su hijo vivia. Por tanto les pre-

veret. Interrogabat ergo horam ab eis, in qua meliùs habuerit. Et dixerunt ei: Quia heri hora septima reliquit eum febris. Cognovit ergo pater, quia illa hora erat, in qua dixit ei Jesus: Filius tuus vivit: et credidit ipse, et domus ejus tota.

guntó la hora en que habia comenzado á mejorarse. Y le dijeron: Ayer á la hora séptima le dejó la calentura. Conoció, pues, el padre que aquella era la hora en que le dijo Jesus: Tu hijo vive: y creyó él y toda su casa.

MEDITACION.

DEL CUIDADO QUE LOS PADRES DEBEN TENER DE LA EDUCACION DE SUS HIJOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay obligacion mas estrecha para los padres y para las madres, que la de dar una cristiana educacion á sus hijos. No es mayor la obligacion de alimentarlos, que la de criarlos bien; ellos son como tutores de sus hijos, especialmente cuando se hallan en edad en que las primeras impresiones que reciben son como los principios, ó como la semilla del destino que han de tener eternamente. Con seguridad se puede decir que la salvacion ó la condenacion de los niños pende principalmente de su buena ó mala educacion.

Ningun padre, ninguna madre puede dispensarse de esta obligacion; ¿pero cuántos hay que se dispensan á sí mismos de ella? ¡Cuántos hijos que se condenaron, deben á su mala crianza su eterna desdicha! Esto es lo que debieron á sus crueles padres. Y si la sangre del inocente Abel está clamando á Dios venganza desde la tierra, ¡qué gritos estarán dando desde el profundo del infierno aquellos hijos desdichados, pidiendo á Dios que castigue á sus impíos y desnaturalizados padres, porque con su negligencia,

con su criminad descuido en darles una buena educacion, fueron causa de su eterna desgracia!

Gran pecado es impedir á los hijos que abracen la religion cristiana; pero ¿será por ventura menor culpa no cuidar de que los que son cristianos vivan como manda la religion? Desengañémonos, que la salvacion de los padres y madres tiene grande conexion con la salvacion de los hijos. Aquel hombre que parece muy arreglado en su conducta personal, y que seria un santo si no tuviera hijos, quizá se condenará por el descuido en el gobierno de su familia. Aquella otra mujer seria irreprensible á los ojos de Dios, si no tuviera que responder á su Majestad de los desórdenes de una hija, porque no cuidó de criarla con recogimiento y con temor de Dios. Helí era un hombre justo por lo que toca á su persona; pero ¡en qué abismos no le precipitó la blanda indulgencia con sus hijos!

No cuidar de los hijos, dice el Apóstol, es renunciar á la fe, y ser peor que un infiel. El Espíritu Santo no gasta exageraciones. ¿Y será causa legítima de los padres decir que fiaron ese cuidado al desvelo de los ayos, de los maestros, de los extraños? El cuidado de estos no descarga del todo á los padres de su obligacoin, porque á lo mas los ayudan á llevar la carga. Los hijos pueden tener maestros; pero los padres tienen obligacion de saber si los maestros cumplen con la suya, y si los educan bien; y aun es mas indispensable la obligacion que los estrecha á darles buen ejemplo. Mas imitan los niños lo que ven, que lo que oyen; y por esta razon no hay en los padres accion exterior menos arreglada, que no tenga la malicia de escandalosa.

¡Que cuenta tan terrible tendrán que dar al Señor aquellos padres y madres tan poco cristianos, que apenas conocen a sus hijos, segun las pocas veces

que los ven; y cuando los ven, parece que solo es para sembrar en sus corazones principios de irreligion con sus perversos ejemplos! ¡aquellos padres, á quienes no da mas cuidado la buena crianza de sus hijos, que si no fueran suyos, y juzgan haber cumplido bastantemente su obligacion con darles un maestro de escribir y otro de baile! Y despues de esto ¿nos admiraremos de que la gente moza salga tan disoluta, y de que la ira de Dios caiga sobre tantos padres negligentes y sobre tantas madres descuidadas en órden á la salvacion de sus hijos y de sus hijas? Este solo capítulo bastará para hacer desesperar á muchos padres y á muchas madres en la hora de la muerte.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si Dios pide tan estrecha cuenta, como dice el profeta Ezequiel (1), á aquellos ministros mudos ó demasiado condescendientes, de la sangre del impío á quien dejaron morir en su iniquidad; ha de serlo mucho la que pedirá á los padres descuidados en la cristiana educacion de sus hijos, que por esta negligencia fueron causa de su perdicion.

No aguarda Dios á la otra vida para castigarla. Esos trabajos, esas pesadumbres, esas divisiones que se ven en las familias, que las arruinan y aniquilan, frutos suelen ser de la mala crianza de los hijos, y justo castigo con que el Señor se anticipa á dar su merecido á la negligencia de los padres.

No se oyen por todas partes mas que amargas quejas de la desenfrenada licencia de la juventud; clámase contra la general corrupcion de las costumbres; grítase contra la disolucion, contra la irreligion de la gente jóven. Traten los padres de educar cristianamente á sus hijos; no confien este cuidado entera-

(1) Cap. 3

mente á los extraños; autoricen su buena doctrina con sus buenos ejemplos, y presto se verá el mundo reformado. La buena educacion endereza las torcidas inclinaciones del mal genio, y auxilia á la naturaleza; sin ella las mejores prendas son tal vez infructuosas. ¿Qué producirá la mejor tierra faltándola el cultivo? espinas y abrojos: pues así el mejor natural bastardea si le falta la educacion. Son los hijos unos depósitos que Dios confió á los padres; ¿no es lástima dejar esas tiernas plantas sin cultura? ¿no es crueldad, no es malicia sembrar en esta nueva tierra grano inútil ó pernicioso? Parece que muchos padres solamente lo son para trasplantar sus vicios en sus hijos.

El que no cuida de los suyos, particularmente de sus domésticos, dice el Apóstol, *negó la fe, y es peor que un gentil.* ¿Libraránse de esta nota aquellos padres que apenas ven á sus hijos; aquellas madres, que cuidando únicamente de sus galas, de su tocador y de sus divertimientos, abandonan la educacion de sus hijos á merced de los criados?

¿De qué servirá dejar á los hijos muchos bienes sin virtud, y no pocas veces sin religion? Será poner la espada en manos de un furioso. A un hijo mal criado, ¿qué honra le dará el mas rico patrimonio? La herencia mas preciosa que se puede dejar á un hijo, es la buena educacion.

¡O Señor, cuántas acusaciones, cuántos remordimientos descubro en mi corazon á la luz de estas reflexiones que acabo de hacer! ¡qué descuidos, ya con mis hijos, ya con mis criados, ya con mis súbditos, ya con todos aquellos que vos pusísteis á mi cargo! Dadme tiempo, Señor, y dadme gracia para reparar una negligencia tan culpable con una vigilancia ejemplar y cuidadosa.

JACULATORIAS.

Ab occultis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo. Salm. 18.

Perdonadme, Señor, los pecados personales que no conozco; y los que siendo ajenos, hice propios por haberlos ocasionado mi descuido.

Dabis, Domine, servo tuo cor docile, ut populum tuum judicare possit. 3. Reg. 3.

Hacedme bueno, Señor, para que yo pueda hacer tales á los que vos pusísteis á mi cargo.

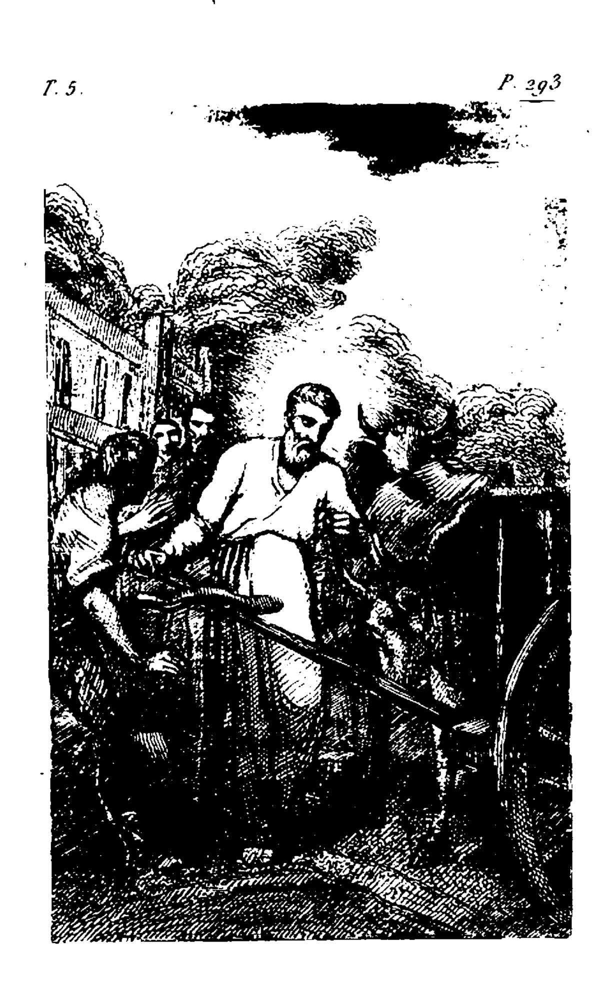
PROPOSITOS.

1. Si á los niños se les criara en los principios y máximas de la religion; si el padre, la madre, y aquellos que los tienen á su cargo, cumplieran con esta obligacion; si las instrucciones que se les dan fueran acompañadas de algunos sentimientos de piedad, el horror al vicio creceria en ellos con los años, y les seria como natural el amor á la virtud. Pero ¿qué es lo que se suele aplaudir en los niños; y qué es lo que comunmente celebra una madre indiscreta en una hija de corta edad? ¿la modestia? ¿la inclinacion á la virtud? ¿el horror al pecado? ¿unos ciertos asomos de piedad y de devocion? Estos debieran ser los frutos de sus primeras instrucciones. ¡Pero ah! que acaso se dan lecciones muy contrarias á aquellas inocentes almas, ó á lo menos ejemplos perniciosos de donde ellas las aprenden. Celébrase cierto despejo, cierta vivacidad anticipada en los niños y en las niñas; celébranse ciertas ocurrencias ó respuestas ya demasiado atrevidas; celébrase no sé qué airecillo de vanidad, de orgullo y de propia satisfaccion; unos modales desembarazados y demasiadamente libres; una cierta

desenvoltura que raya en descaro, y un gusto fino y delicado por todo lo que sabe á mundo; aplaudese el talle, la voz, la agilidad para la danza; alábanse las galas, las diversiones y las profanidades; y si tal vez se dan algunas lecciones de piedad ó de devocion, y esas muy secas, es únicamente á aquellos hijos á quienes se destina para la Iglesia ó para el claustro. Las primeras impresiones duran mucho, y con dificultad se borran las primeras lecciones: por lo mismo, sean siempre cristianas todas las que des á tus hijos, procurando acompañarlas con dulzura y con cierto aire insinuante, pero evitando cuidadosamente cierta ternura excesiva, una demasiada condescendencia, no menos nociva á los niños que el excesivo rigor ó severidad. Nunca se reprende con fruto cuando se reprende con pasion: la destemplanza ó el furor del padre y de la madre son comunmente mas reprensibles que la falta del hijo que se pretende corregir. Y al contrario, una correccion seria, pero sosegada, rara vez se hace sin fruto. Tal vez hay algunas correcciones mudas que son aun mas eficaces. Y en fin, siempre se ha de cuidar que en la correccion entre algun motivo de religion y de piedad.

2. Hay naturales tan ardientes, que al instante toman fuego; apenas se les toca, cuando al momento chispean. A estos se les ha de corregir con grandísima calma, dejando que se apague la llama antes que llegue la correccion. Los hay tan impetuosos y aturdidos, que solo les viene la reflexion despues que incurrieron en la falta, sin que les sirva aquella mas que para hacer mas visible su imprudencia; estos son mozos por largo tiempo, y es menester reprenderlos siempre con dulzura y con sosiego. Otros hay tan tímidos y tan pusilánimes, que temen, digámoslo así, hasta la misma luz del dia; las advertencias se les figuran reprensiones, y los buenos ejemplos que

ven en otros los desalientan. A estos se les ha de animar y alentar, y sin disimularles las faltas, reprendérselas con arte, excusándolas al mismo tiempo con benignas interpretaciones. Algunos genios hay flojos é indolentes; su pasion dominante es la pereza, y si se reconoce en ellos alguna vivacidad, es para la holgazanería y los placeres; á estos conviene espolearlos sin misericordia; y si fueren de habilidad y de talento, cargarlos bien de quehaceres, teniéndolos continuamente ocupados, sin dar oidos á su desidia. Otros naturales hay alegres y esparcidos, que solo piensan en chocarrear, reir y divertirse; enemigos de toda sujecion, todo su afan es por tener libertad, y vivir á sus anchuras; todo los distrae, y las mayores bagatelas los divierten. Tampoco á estos se les ha de perdonar nada; háseles de corregir con seriedad, y jamás se han de celebrar sus chocarrerías, ni ha de reirse de sus bufonadas. Hállanse tambien otros genios tristes, melancólicos, pensativos; de estos conviene compadecerse, y contemporizar algo con ellos. Si se les aprieta mucho, se ahogan; es preciso corregirlos con suavidad, con cariño, con un semblante risueño, y en cierta manera lisonjearlos. No se les ganará el entendimiento, mientras no se les gane el corazon. Naturales hay enfadadizos, caprichosos y tercos, de los cuales apenas se puede sacar cosa alguna, sino que sea por una especie de artificio. A estos se les ha de reducir por amor; es preciso disimular, excusarlos y hacer estudio en alabar lo que tuvieren de bueno; este artificioso cariño los domestica, y á fuerza de hacerles creer que los estiman, se enmiendan, y se hacen estimables. En fin, hay algunos genios enteramente felices, pero son muy raros; á estos se les ha de cultivar con cuidado para que no bastardeen.



S.to DOMINGO DE LA CALZADA.

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, CONFESOR.

Aunque no se sabe de cierto cuál fué la patria de santo Domingo de la Calzada, la mayor probabilidad está en favor de Villoria, lugar pequeño en la Cantabria, por decirlo asi un leccionario muy antiguo de la iglesia Asturicense, que refiere su vida. Nada se sabe de los padres venturosos que dieron fruto de tanta bendicion al mundo; pero se cree que fueron virtuosos, aunque pobres, por la cristiana educacion que dieron á su hijo, en quien desde la edad juvenil habian ya echado profundas raices las mas sublimes virtudes. Siendo jóven y sin letras, sabia lo bastante para estar persuadido que ninguna cosa hay en el mundo capaz de saciar el humano corazon, y que es vana toda aquella ciencia que no se funda en la humildad y caridad cristianas. Por esta causa meditó dentro de sí que le era mejor retirarse al claustro y profesar su austeridad y obediencia, que vivir expuesto á los peligros del mundo. Con este pensamiento se presentó al abad de Valbanera, de la órden de san Benito, y le pidió humildemente que le admitiese en su compañia, y le enseñase las doctrinas cristianas y sagradas que eran necesarias para poder ayudar á sus hermanos en la instruccion de los pueblos. La demanda no podia ser mas justa; sin embargo, no fué admitida por aquel abad, que hallaria motivos razonables para negar al siervo de Dios el cumplimiento de sus deseos. Lo mismo le sucedió en el convento de San Millan, á cuyo abad hizo el santo la misma súplica y propuesta que habia hecho al de Valbanera; pero este abad le desechó, porque viéndole pobre, y en traje que hacia fundada cualquier sospecha,

no quiso ser responsable de las consecuencias que se podrian seguir en unos tiempos en que toda precaucion no era suficiente para evitar los multiplicados peligros.

Viendo el santo frustrados sus deseos, se fué á un santo ermitaño que hacia vida solitaria y contemplativa en un bosque cercano al convento de San Millan, y le pidió instrucciones para arreglar su vida de tal modo, que se cumpliesen en parte sus deseos. El ermitaño le hizo una breve plática acerca del desprecio del mundo, y manifestó con su ejemplo cuán poco debia apegarse á las cosas terrenas; pues con toda sencillez y buena voluntad le ofreció una pobre celdilla que habia hecho para sí, dispuesto á dejar aquel sitio, y buscar otro en que continuar su vida solitaria, luego que quisiese hacerla en él su huésped. No quiso aceptar Domingo tan generosa oferta; y así instruido y edificado, despidiéndose del solitario, se marchó á un sitio de la Bureba, donde hoy está la ciudad que tiene su nombre. Estaba aquel sitio muy lleno de malezas, y por lo mismo era muy á propósito para servir de guarida á los ladrones, que salian á molestar á los peregrinos que pasaban por allí cerca yendo á visitar el cuerpo del apóstol Santiago; nuestro santo concibió el proyecto de hacer allí su mansion para poder proporcionarles algun consuelo y seguridad. Los proyectos de la caridad siempre encuentran recursos para llevar á debido efecto sus obras. En poco tiempo no solamente dispuso con el sudor de su rostro un huerto hermoso y fecundo, no solamente plantó viñas, con cuyo fruto pudiese consolar y alimentar á los fatigados peregrinos, sino que además edificó una ermita en honor de la madre de Dios, en donde dirigia sus fervorosas oraciones al cielo. Cinco años permaneció allí el santo ocupado en ejercicios fervorosos de contemplacion y de caridad, hasta que yendo á

aquel sitio un santo, llamado Gregorio, obispo de Ostia, que habia sido enviado á España por el sumo pontífice para negocios muy interesantes, se juntó con él para aprovecharse de su doctrina, y hacerse participante de los muchos méritos que contraia predicando la palabra de Dios.

Habiase propagado por el reino de Navarra tanta langosta, que sin poder bastar diligencias humanas para exterminarla, devastaba los campos, y ponia á todo el reino en una lastimosa miseria; acudieron los navarros al sumo pontífice, pidiéndole que les ayudase con sus oraciones y las de la Iglesia para aplacar la ira de Dios que tanto los afligia. El pontífice, que á la sazon era Benedicto IX, envió á este san Gregorio, obispo de Ostia, varon muy sabio y de mucha piedad, para que hiciese cuanto le dictase su prudencia en beneficio y consuelo de aquellos pueblos; en efecto, lo hizo de manera, que con las procesiones que instituyó, las rogativas y públicas penitencias que hizo, y la enmienda de las costumbres, se aplacó el enojo de la divina justicia, y cesó la plaga que tenia consternado á todo el reino de Navarra. Con este santo varon estuvo Domingo bastante tiempo, acompañándole en todas sus evangélicas expediciones, contentísimo de servir de algun modo á un tan gran santo en el ministerio de la palabra, ya que él no era capaz de predicarla sino con el ejemplo, que aun es mas eficaz.

Muerto san Gregorio, tuvo Domingo que entrar en consulta consigo mismo sobre el método que habia de guardar en su vida. No deseaba otra cosa que servir y aprovechar á sus hermanos, cumpliendo el primero y mayor de los preceptos; y para este fin consideró que en ninguna parte podria hallar materia tan abundante, como en aquel mismo lugar de donde salió para juntarse con san Gregorio. Volvióse á él, y

comenzó á proseguir con mas eficacia la obra que antes habia comenzado. Como estuvo algunos años en la compañia del santo obispo, habian vuelto á crecer las malezas en aquel sitio fragoso, y á guarecerse en él los malhechores. De consiguiente los peregrinos padecian ya las mismas ó mayores vejaciones que en los años pasados, siendo muchas veces despojados y maltratados por los ladrones. Volvió, pues, el santo á su antigua morada; reparó, ante todas cosas, la capilla que habia dedicado á María santísima, y se dispuso para hacer un camino ó calzada cómoda y segura por donde pudiesen ir los pasajeros libres de insultos. Taló aquellos pedazos de bosque que impedian mas la seguridad, cegó algunos lugares pantanosos, é hizo construir un puente muy seguro y costoso, concurriendo voluntariamente á secundar sus intenciones benéficas todos los pueblos comarcanos. De este modo en breve tiempo quedó concluido aquel camino, y se edificaron en aquel sitio tantas habitaciones, que llegaron á formar una poblacion numerosa, la cual por ser fundacion de este santo se llama Santo Domingo de la Calzada.

La mayor parte de esta grande obra fué debida, mas que á las diligencias humanas, á las fervorosas oraciones de este gran siervo de Dios. Era ya muy anciano cuando el puente y las demás fábricas estaban en el hervor de su construccion. Cuando habia alguna dificultad que vencer, ó faltaba algo que fuese necesario para seguir la obra, tomaba su báculo, y se marchaba á la capilla de la Vírgen, y allí con ruegos fervorosos y lágrimas vencia finalmente todas las dificultades. No pocas veces manifestó el Señor con milagros cuán gratos le eran los trabajos de su siervo. Sucedió un dia de fiesta, que habiéndose publicado en el ofertorio de la misa una súplica de parte del santo, para que cada uno contribuyese á la cons-

truccion del puente, como todos ofreciesen segun sus facultades, unos sus carros, otros sus caballerías, otros sus brazos y dinero, no faltó un rústico temerario é indevoto, que queriendo burlarse del santo, dijo de esta suerte: Yo ofrezco por un dia, para la obra del puente, dos toros que tengo en el monte, con condicion que el padre Domingo los traiga. Eran los toros feroces en extremo, y el rústico hacia aquella promesa ilusoria con la confianza de que el santo no iria por ellos, pues estaba seguro de que lo mismo seria acercarse que hacerle pedazos. Pero sonriéndose el santo, dijo: *Con el favor de Dios voy á poner en ejecucion la oferta que me haces.* En efecto, fué el santo al monte, y al punto que le vieron los indómitos animales, se acercaron á él como mansos corderos: tomólos por las hastas, unciólos á un carro, y trabajaron cuanto se les mandó como si fueran bueyes bien domados. Así quedó escarmentado y enseñado aquel hombre indevoto, favorecida una obra dictada por la caridad, y el santo mas honrado y glorificado, cuando el villano juzgó que sería burlado y escarnecido.

No contento el santo con haber dispuesto un buen camino para los peregrinos, dispuso fabricar un hospital en donde fuesen recogidos y refrigerados del cansancio y las fatigas. En esta fábrica se le ofrecieron algunas contradicciones que superar, ya por la madera que fué necesario cortar de un monte vecino, ya porque habiendo hecho un pozo para comodidad del hospicio, comenzaron á quejarse algunos mal contentos de que se les habia hecho no sé qué injuria. La primera contradiccion se desvaneció fácilmente, viendo que santo Domingo, sin mas auxilio que una pequeña hoz, cortaba y derribaba encinas enteras, lo cual conocieron que no podia hacerse sin una virtud sobrenatural y divina; pero la segunda tuvo conse-

cuencias mas funestas. Llegó á tanto el atrevimiento y encono de aquella gente enfurecida, que comenzaron á apedrearle; pero el santo, en lugar de huir, se acercó á los mismos que le maltrataban, quienes al verle libre de sus piedras, y con un rostro sereno y majestuoso, que mudamente les reprendia su temeridad, cesaron de perseguirle, cayéndoseles las piedras de las manos, y la ira del corazon. Solo dos peregrinos que habian recibido mil mercedes del venerable anciano en su hospicio, tuvieron tanta insolencia, que prosiguieron tratándole mal de palabra, y peor de obra; pues uno de ellos tuvo la audacia de poner las manos en el santo, haciéndole caer en medio del fuego que estaba allí cerca encendido. Levantóse sin lesion, y sin dar la mas lijera muestra de impaciencia; pero Dios, á cuyo cargo está el cuidar que no perezca ni un cabello de la cabeza de sus siervos, no dejó sin venganza tan atroz delito. Trabáronse de palabras aquellos dos miserables sobre la ejecucion de sus mismas insolencias: riñieron, y riñieron de modo que ambos quedaron muertos en la pendencia, y sus cadáveres fueron destrozados y comidos de perros. Semejante castigo, aunque no tan riguroso, experimentó otro aldeano, que por dar enojo al santo introducia sus ovejas en el huerto que habia plantado para consuelo de los peregrinos. Amonestóle caritativamente, y le rogó con el mayor encarecimiento que no hiciese aquel daño á una heredad que era de los pobres; pero sordo á los avisos, y obedeciendo á lo que le dictaba su malicia, prosiguió en el mismo delito, hasta que un dia, en el mismo acto de introducir las ovejas en el huerto, castigó el cielo su temeridad, dejándole sordo, baldado de todos sus miembros, derrengado y calvo, sirviéndole asi el mismo castigo de afrenta.

No contento nuestro santo con ejercitarse en obras

de caridad, procuraba aumentar su mérito con la oracion y con los ejercicios de penitencia. Tenia continuamente en la memoria que llegaria presto el momento en que habia de ser presentado ante el tribunal del Juez supremo de vivos y muertos, y queria que no le cogiese desprevenido una hora tan terrible. Era tal su cuidado en este punto, que siete años antes de morir hizo labrar su sepulcro en una peña; y para que este lugar no estuviese ocioso, lo llenaba de trigo al tiempo de la cosecha para repartirlo despues entre los pobres. Un dia fué á visitarle una devota mujer, que era comadre del santo, y como para obsequiarla quiso enseñarla el sepulcro que se tenia ya prevenido. Viéndolo la mujer, le dijo: *¿Qué motivo habeis tenido para disponer vuestro entierro tan lejos de la iglesia?* A lo cual respondió santo Domingo: *No tengais cuidado de eso, señora: la divina Providencia cuidará de que mis miembros reposen en lugar sagrado; porque os hago saber, que ó la iglesia seguirá mis pasos extendiendo á este lugar su recinto, ó mis miembros disfrutarán de sus favores.* El suceso manifestó que habló con espíritu profético, pues con el transcurso de los tiempos vino el sepulcro á estar dentro de la iglesia.

Lleno de virtudes y merecimientos, habiendo llegado á una edad avanzada que empleó por la mayor parte en beneficio de sus prójimos, conociendo que se le acercaba el tiempo de unirse perpetuamente con su Dios, acrecentó los ejercicios de piedad, y procuró disponerse para dejar este destierro y caminar hacia la patria de los justos. Recibió con suma devocion los santos sacramentos de la Iglesia, y durmió en el Señor en 12 de mayo del año 1109, dejando á sus familiares lágrimas en los ojos, y ejemplos de celestial doctrina fijados en el corazon. Su cadáver fué sepultado en el sepulcro que de antemano se habia dis-

puesto, el cual glorificó Dios con repetidos milagros en testimonio de la santidad de Domingo. Apenas murió, un labrador que no aprobaba los plantíos hechos por el santo, tomó una hacha y comenzó á cortar los árboles que habia plantado en el huerto de los peregrinos; pero perdiendo repentinamente la vista, castigó el cielo su temeridad, y aprobó la caridad de su siervo fiel que siempre se habia empleado en el cumplimiento del mayor de los preceptos. Tambien experimentó el mismo castigo una avarienta mujer que, viendo las copiosas limosnas que los fieles ofrecian en el sepulcro del santo, concibió el temerario designio de robarlas, fingiendo que se acercaba para ofrecer las suyas. Al punto que verificó sus malos pensamientos se halló ciega repentinamente, de modo que desatinada y aturdida se daba contra las paredes. Iba con ella un hermano suyo, quien ignorando la causa de un mal tan repentino, la preguntó qué habia hecho de que la pudiese resultar aquella calamidad. Entonces la infeliz le confesó abiertamente su delito, y cómo habia hurtado algun dinero de las limosnas del santo, por lo cual Dios la habia castigado con aquella ceguera. Llevóla su hermano al sepulcro, la hizo restituir lo que habia robado, y con lágrimas de cumpuncion pidieron ambos á santo Domingo perdon de aquel desacato, y que alcanzase del Señor misericordia. No les salieron vanas sus esperanzas, pues allí mismo le fué restituida la vista del cuerpo, y tambien la del alma, siendo de allí en adelante mas devota y mejor cristiana.

Son innumerables los prodigios que Dios ha obrado por la intercesion de este santo con todos los que se han encomendado á sus oraciones, ó han visitado su sepulcro. Unas veces han visto consolidados sus miembros los que estaban mancos, cojos ó tullidos; otras han recuperado su salud enfermos desahuciados;

otras han adquirido vista, oido y habla, los ciegos, los sordos y los mudos: otras, en fin, se han rescatado de la tiranía del demonio muchos miserables que estaban poseidos de este cruel enemigo, hasta el punto de despedazarse á sí mismos, y tener que atarlos para que no se quitasen la vida. Pero entre todos los que han experimentado su poderoso patrocinio, se ha señalado el mismo pueblo de la Calzada. Es digno de perpetua memoria el prodigio con que fué librada esta ciudad de un horroroso exterminio con que la amenazaba el rey don Pedro, llamado el Cruel, teniéndola asediada y sin mas arbitrio para su defensa que la proteccion de su santo fundador. Habia seguido en la division civil que acaeció sobre el reinado de los dos hermanos don Pedro y don Henrique, la faccion de este último. Por tanto vino sobre ella don Pedro, la cercó y estrechó hasta el último apuro, con designio de hacer en sus habitantes un escarmiento que confirmase el renombre de Cruel, que con otras devastaciones semejantes se habia ganado. Ya veian los acongojados vecinos difundirse el fuego por todas sus habitaciones, devorar la ciudad entera, y amenazar el desapiadado cuchillo á todas sus gargantas. En tamaño conflicto recurrieron con lágrimas y fervorosas oraciones á santo Domingo: hicieron vigilias en su sepulcro; le visitaron con solemnes procesiones, vestidos de penitentes; é instaron con tanto ardor, que llegó á enternecerse el cielo de su desgracia, y á darles socorro por medio de su protector. Cuando la mayor parte del pueblo afligido estaba derramando súplicas y gemidos al rededor del santo sepulcro, he aquí que todos oyeron una voz milagrosa que los dejó suspensos. Inmediatamente aparecieron y se dejaron ver por una ventanilla que tenia el sepulcro, dos manos blancas como la nieve; en lo que entendieron que el

brazo omnipotente del Todopoderoso se declaraba en su defensa. Permanecieron algun tanto las manos visibles, y volvieron á esconderse dentro del sepulcro, dejándolos á todos llenos de turbacion, de consuelo y de esperanza. En el interin el rey don Pedro se apresuraba á ejecutar la venganza que tenia determinada; pero ¡ó prodigio! al llegar con su ejército á una montañuela que domina la ciudad, todo él se halló cercado de una espesa y negra nube que le dejó en tinieblas. El mismo rey y todos sus soldados se hallaron de pronto con tanta agua en los ojos, que los dejó como ciegos; de manera que no podian moverse del sitio en que se hallaban, sin darse unos contra otros. Volvieron en sí conociendo el milagro: pidieron perdon á Dios y á santo Domingo; mandó el rey dejar libre la ciudad, y que marchase el ejército hácia otra parte, y luego recobraron la luz y la vista que antes habian perdido.

Otros muchísimos milagros se refieren de este glorioso santo, los que seria muy largo referir: todos manifiestan su gran santidad, el afecto con que desde el cielo mira á sus devotos, y la gloria que recibe Dios de que le pidan mercedes por medio de este siervo suyo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en la via Ardeatina, los santos mártires Nereo y Aquileo que estuvieron largo tiempo desterrados en la isla Poncia, con la vírgen santa Flavia Domitila, de quien eran oficiales; en seguida sufrieron una cruel flagelacion; despues, el consular Minucio Rufo, habiendo intentado inútilmente hacerles sacrificar con los tormentos del caballete y del fuego, como respondiesen siempre que, estando bautizados por el apóstol san Pedro, no podian de ninguna manera ofrecer incienso á los ídolos, les hizo cortar la

cabeza. Sus sagradas reliquias, con las de santa Flavia Domitila, fueron trasladadas solemnemente, por órden del papa Clemente VIII, de la sacristía de San Adrian á la antigua iglesia de su nombre, en donde ya habian estado, y que se habia reparado despues : esta traslacion se hizo la víspera de su fiesta.

Allí mismo, en la via Aureliana, san Pancracio, que á la edad de catorce años consumó su martirio, habiéndole cortado la cabeza en tiempo del emperador Diocleciano.

Además en Roma, san Dionisio, tio paterno del mismo san Pancracio.

En Sicilia, san Felipe de Argiran, el cual habiendo sido enviado á esta isla por el soberano pontífice, convirtió á Jesucristo la mayor parte de sus habitantes : su santidad se manifiesta señaladamente en curar á los energúmenos.

En Salamina en Chipre, san Epifanio obispo, varon de grande erudicion en todo género, y muy hábil en el conocimiento de las sagradas letras; no menos admirable por la santidad de su vida, que por su zelo en mantener la fe católica, por su liberalidad con los pobres y por el don de milagros.

En Constantinopla, san German obispo, esclarecido en virtud y doctrina, el cual reprendió con gran firmeza al emperador Leon el Isaúrico, porque hacia publicar un edicto contra las santas imágenes

En Tréveris, san Modeoldo obispo.

En la Calzada en Castilla, santo Domingo confesor.

La misa es del comun de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente.

Clementissime Deus, qui beatum Dominicum, confessorem tuum, egregiis virtutibus	Clementísimo Dios, que te dignaste adornar á tu bienaventurado confesor Domingo con

illustrare dignatus es: concede, quæsumus, ut cujus hodiè natalitia celebramus, ejus intercessione à peccatorum nostrorum nexibus liberari, et illius consortio in cœlis perfrui mereamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

virtudes tan excelentes: concédenos que por la intercesion de un justo, cuyo nacimiento para el cielo celebramos en este dia, seamos libres de las cadenas con que nos aprisionan nuestros pecados, y merezcamos gozar de su compañía en los cielos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31 de la Sabiduría.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. ¿Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus; facere mala, et non fecit. Ideò stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fué hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

Bienaventurado el varon que fué encontrado sin mancha, y el que no se fué tras del oro, ni puso su esperanza en el dinero y en los tesoros. ¿Quién es este, y le daremos alabanzas? Porque hizo unas cosas admirables en su vida. Si se reflexionan bien estas palabras de la santa Escritura, se hallará que en todos tiempos ha sido la misma la avaricia de los hombres por juntar tesoros, y la fuerza de estos para hacerse esclavos los corazones. Entre cristianos y entre gentiles, entre

sabios é ignorantes, entre los jóvenes y los viejos, siempre el oro ha tenido mas ó menos una fuerza mágica para corromper las almas. ¿Qué cosas tan prodigiosas no le atribuyen los paganos en la mitología? Solamente la fábula de un Dios convertido en lluvia de oro para vencer una honestidad guardada con muros y con candados, manifiesta á un mismo tiempo los desvarios de la delirante fantasía y el poder ilimitado que á este encantador metal han querido dar los hombres. ¿Qué virtud, pues, no será necesaria para despreciarlo? Ya lo insinúa el Espíritu Santo, cuando despues de ensalzar como dichoso y bienaventurado á aquel varon sin mancha, que no se dejó llevar de sus atractivos, pregunta: *¿Y dónde está?* ¿dónde se hallará un hombre de tanta virtud, que tenga valor para despreciar lo que apetecen todos con tanta ansia, y por lo que exponen tan frecuentemente sus haciendas y sus vidas?

En los tiempos en que vemos tan propagada la religion sacrosanta de Jesucristo, somos tan felices, que podemos citar muchos ejemplos de esta heróica valentía. Pudiéramos dar á aquella pregunta del Espíritu divino muchas respuestas categóricas, señalando infinitos discípulos del Crucificado, que no solamente han apartado su corazon del oro, que no solamente no han colocado en él sus esperanzas, sino que lo han hollado, que lo han mirado con sumo desprecio; que han colocado su felicidad en padecer una santa pobreza; y últimamente, que cuando lo han tenido, no le han estimado, sino en cuanto les proporcionaba el mérito de despreciarlo, ó de emplearlo en socorrer á los pobres de Jesucristo. Cuando nuestra religion santa no tuviera otro apoyo de su sublimidad, este desprecio solo, superior á las fuerzas ordinarias del hombre, bastaria para ensalzarla y caracterizarla de sobrenatural y divina. Así sucedia en

los primeros siglos del cristianismo. Se pasmaban los perseguidores del nombre cristiano al ver que los discípulos de Jesucristo estimaban en nada las riquezas, por las que los demás hombres padecian tantas fatigas. ¿Qué dirian si viesen hoy tantos jóvenes ilustres, tantas doncellas delicadas, que criados entre los brazos de las riquezas hacen profesion de despreciarlas, constituyéndose en la obligacion de ser pobres toda su vida? ¿Qué dirian viendo á nuestros justos, como santo Domingo, afanarse, trabajar, rogar, pedir, no para tener, no para hacerse rico, sino para derramar el oro en preparar caminos, en plantar huertos, en alzar puentes, en edificar magníficos y cómodos hospicios en beneficio de sus hermanos, quedándose él solamente con el trabajo y la fatiga? En vista de estos efectos de la religion y de la caridad, desaparecen los estériles discursos de todos los filósofos, que por lo comun nunca han sido mas que palabras. Desaparecen aquellas decantadas virtudes sociales que no son mas que fantasmas, mientras la religion cristiana católica no las vigoriza y las da una existencia verdadera.

¡Divina religion, caridad sublime, sociedad venturosa la que sigue la doctrina de Jesucristo! Si los cristianos se parasen en considerar las ventajas que les proporciona su profesion sobre cuantos hombres ha tenido el mundo, ¿habria uno que no cumpliese sus preceptos, aunque no fuese sino por la satisfaccion de ser respecto de ellos un héroe? Pero la religion te pide mas. Como ella es sobrenatural, y tiene su origen en el cielo, quiere que fijes allí tus intenciones para hacer buenas y fructuosas tus obras. No se contenta con que te desprendas del oro; no basta que lo repartas con larga mano: Dios mira á tu espíritu. Si este es puro y recto; si es la gloria de Dios, el provecho del prójimo, el socorro del necesitado,

y el cumplimiento de la ley lo que da vigor á tus manos cuando repartes tus riquezas, serás, segun la palabra del mismo Dios, bienaventurado y digno de alabanza. Pero si buscas una gloria mundana y perecedera; si ofreces tus riquezas á tu misma vanidad; si tus limosnas no salen de la esfera de la carne, lejos de ser bienaventurado, tendrás la misma suerte que aquellas gentes que ignoran á Dios.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor, cuando vuelva de las bodas, para que viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familias supiera á qué hora vendria el ladron, velaría ciertamente, y no dejaria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

SOBRE LOS EFECTOS MARAVILLOSOS DE LA CARIDAD.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la caridad es tan maravillosa en sus efectos, que sabe juntar de un modo admirable extremos opuestos y contrarios, haciendo que el pobre sea rico.

« Por pobre que seas, dice san Agustin (1), siempre tendrás que dar, con tal que tengas henchido el pecho de caridad » — « Esta virtud, dice el mismo (2), es una deuda que siempre tienes en favor de tu prójimo. Se paga cuando se ejercita, y se debe cuando se recibe, porque no hay tiempo alguno en que no se deba ejercitar. » Considera bien y despacio sus propiedades, las cuales al mismo tiempo que te admiren, es preciso que te enamoren el alma. « No se pierde la caridad, prosigue el mismo santo, cuando se presta, sino que antes bien prestándose se multiplica : se presta, y sin embargo te quedas con ella sin padecer desfalco alguno; porque el que la tiene, es quien la ejercita, no quien carece de ella. Y siendo verdad que no se puede dar si no se tiene, ni tenerla sin darla, lo es tambien que tanto mas crece la caridad, cuanto mas se ejercita, y tanto mas se adquiere de ella, cuanto son mas aquellos á quienes se dispensan sus oficios. No se gasta la caridad como se gasta el dinero, porque además de que este se disminuye y aquella se aumenta, se distinguen tambien en que no pidiendo la deuda pecuniaria, nos hacemos mas gratos á nuestros deudores; pero al contrario, nunca manifestamos á

(1) Enar. in Ps. 36. Serm. 2, n. 13. — (2) Epist. 192, n. 1 y 2.

nuestro prójimo mas benevolencia, que cuando exigimos que nos corresponda en la caridad con que le amamos y servimos; y así no puede ser buen gastador ó distribuidor de caridad, el que no sea tambien un recaudador benigno.»

¡Grande consuelo para los que se determinan á ser caritativos! Si lo que ata tus manos para distribuir los bienes que te ha dado el cielo, á fin de que con ellos socorras á los pobres, es un temor necio de que te puede faltar, sal ya de ese engaño: nada se posee con mas seguridad que lo que se emplea en socorrer al necesitado. Y no solamente esto, sino que tanto mas tendrás cuanto mas dieres. Porque además de la autoridad de san Agustin y de todos los santos padres, que dicen lo mismo, ¿cómo es posible que nos engañe la misma verdad por esencia? ¿No tiene dicho el Espíritu Santo: Deja el cuidado de tí al Señor, que él te alimentará? ¿No nos dice el mismo Jesucristo: No querais decir qué comeremos, qué beberemos, ó con qué nos haremos vestido, el Padre celestial tiene cuidado de eso? ¿No ha ofrecido Dios al que desprecie los bienes de este mundo por su amor, darle ciento por uno, y además la vida eterna? ¿No leemos continuamente en las vidas de los santos verificadas muchas veces todas estas verdades, autorizándolas el Señor con mil prodigios? Un san Julian que encuentra llenos los graneros cuantas veces manda sacar trigo para los pobres, sin que haya miseria que sea capaz de agotar la provision que hacia la caridad: un santo Tomás de Villanueva que daba limosna tres veces mas de lo que tenia de renta, y que jamás encontró sin dinero una bolsa que tenia para los pobres, por mucho que sacase; un santo Domingo de la Calzada, pobre y sin mas arbitrios que la caridad, edificando hospitales magníficos, puentes, y una ciudad entera, son un testimonio tan auténtico

de la riqueza que es amar y hacer bien á sus prójimos, que desvanecen todos los temores en contra, y acusan á los tibios que se recelan de seguir sus pasos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la caridad no solamente hace al pobre verdaderamente rico, sino que además, de cobarde y apocado le hace fuerte y valeroso: hace que las cosas mas graves y pesadas de suyo le sean lijeras y gustosas; le da esfuerzo para vencer las adversidades y contradicciones; y de un hombre miserable, incapaz por sí mismo de ninguna obra que no lleve consigo el sello de su bajeza, forma un hombre nuevo, invencible, capaz de las mayores empresas, y tal, que mas parece un ángel que administra el poder de Dios, que un puro hombre que obra por sus propias fuerzas.

Ya san Pablo describió con bastante prolijidad todos estos efectos de la caridad, y otros muchos, en la epístola primera á los Corintios; y hablando de sí mismo en la que escribió á los Romanos, pregunta: *¿Quién será capaz de separarnos de la caridad de Cristo? ¿Acaso la tribulacion, ó la angustia, ó la hambre, ó la desnudez, ó el peligro, ó la persecucion, ó el cuchillo? Todo esto lo vencemos por aquel que nos amó antes que nosotros le amásemos; y así estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni lo elevado, ni lo profundo, ni criatura alguna, sea la que fuere, podrá separarnos del amor de Dios que está en nuestro Señor Jesucristo.* Cuando lees estas expresiones animosas, se conmueve tu corazon ciertamente. Conoces el poder de la gracia de Dios; conoces que así como en las cosas terrenas se ve que nada es penoso ni difícil al que verdaderamente ama,

con mucha mas razon se verifica esto mismo respecto de las cosas celestiales y divinas. Te vienen á la memoria los hechos de los mártires, y te admiras de que en el tierno pecho de una doncella cupiese el valor necesario para presentarse voluntariamente al tirano, y vencer los tormentos mas atroces, dando alegre su vida, cantando himnos y cánticos á Jesucristo. Las penitencias de los confesores, la abstraccion y soledad de los anacoretas, la castidad y la obediencia de los monjes, y sobre todo, el desinterés y santa liberalidad con que todos ellos se desprendian de los bienes que tanto apetece el resto de los hombres, te admiran, te sorprendren y te llenan de confusion. Pues todas esas heróicas acciones no tienen otro secreto que la caridad. Si esta divina virtud habita en tu pecho, por fuerza te verás inflamado para manifestarla en tus obras.

Te acometerán todos los contratiempos, todas las persecuciones, todos los trabajos del mundo; tu honor será lacerado acaso por una negra calumnia; tus bienes los verás en manos de tus enemigos por medio de una violenta usurpacion; tus méritos y trabajos recibirán el abandono y el desprecio en lugar de recompensa: pero si tienes caridad, todo esto lo vencerás fácilmente. Acometerán á tu alma todas las pompas de Satanás, todas las vanidades del mundo; cada vicio de por sí asestará sus tiros contra tu flaqueza; la soberbia querrá hinchar tu corazon; la ambicion te estimulará para que pretendas ensalzarte sobre tus hermanos; la ira te provocará á venganza por las ofensas mas mínimas; la gula te convidará á hacerte un ídolo de tu vientre, aunque sea á costa de la razon; la envidia te sugerirá medios de deprimir el verdadero mérito y talento de tu prójimo; la avaricia en fin, no solo te atará las manos para privarte de hacer bien, sino que deseará que te afanes, que pierdas el

reposo, que cometas injurias, que te expongas á mil peligros para que llegues á juntar un gran repuesto de plata y oro en que se deleite tu corazon: pero como tengas caridad, todos estos esfuerzos, todas estas sugestiones, todos estos atractivos serán vanos, inútiles y sin fruto. Tú te burlarás del mundo, del demonio, de todas sus pompas y vanidades; tendrás á los vicios por vicios, y en lugar de incensar sus altares, buscarás los templos de Dios vivo, buscarás los hospitales, las casas de las viudas oprimidas y desamparadas, las de las doncellas honestas que peligran por su pobreza; buscarás á los pobres y necesitados, y allí harás sacrificios á la caridad. Aunque tu estómago sea delicado, no extrañará la inmundicia y fetidez de las cárceles y hospitales; aunque ames mucho tu salud, no temerás jamás que se llegue á tí el contagio; aunque seas rico y poderoso, estimarás los pobres ajuares y habitacion reducida de la viuda, del huérfano, del desvalido, y con tal que seas honesto y recatado, no temerás las murmuraciones injustas del mundo cuando te vea socorrer á la honestidad que peligra; aunque tus rentas sean muy reducidas, no temerás jamás que te falte lo necesario por socorrer á los pobres; aunque tu corazon sea de suyo débil, flaco y apocado, verás como no hay ni trabajo que le haga desmayar, ni persecucion que le supere, ni dificultades que le arredren, ni cosa alguna visible ó invisible que le desposea del valor sobrenatural que le comunica la caridad. En vista de esto, ¿será todavía posible que medites y reflexiones sobre estos prodigiosos efectos, y que con todo eso no seas caritativo?

JACULATORIAS.

Ignem ardentem extinguit aqua, et eleemosyna resistit peccatis. Ecclesiastic. cap. 3.

Dios mio, yo sé que así como el agua apaga el ardor del fuego, de la misma manera la limosna resiste al pecado, y no permite que entre en el alma.

Melius est modicum justo, super divitias peccatorum multas. Salm. 36.

Mas hace el justo con una mediana fortuna, que el pecador con muchas riquezas?

PROPOSITOS.

1. Tú experimentarias en tu alma todos los admirables efectos de la caridad, si como has tenido ocasiones y auxilios, hubieras tenido resolucion de ejercitarla. Encontraste á un pobre miserable y llagado: al punto te acordaste que en él estaba representado Jesucristo; luego se siguió el deseo de favorecerle y aliviar de algun modo su miseria; á estos efectos sucedió la contemplacion de que semejantes obras tienen un premio eterno, además de la satisfaccion que causa la obra buena por sí misma. Y qué ¿te resolviste á darle una limosna cuantiosa capaz de aliviarle en su miseria? No: un miserable cuarto ú ochavo fué todo el fruto de las sugestiones de la caridad. Oyes la opresion que padece una pobre viuda cargada de tres ó cuatro hijos, que no puede alimentar: una pequeña y reducida hacienda pudiera aliviar sus congojas; pero un avariento se la tiene secuestrada con un pleito injusto, y tiene esperanzas ciertas de prevalecer contra la pobreza indefensa. La caridad te dicta que la ampares, que te opongas como un muro fuerte contra la perversidad del invasor injusto, que emplees tu autoridad, tu valimiento y una corta porcion de tus

intereses para librar á aquella infeliz de la opresion que padece, y consolar á toda una familia. ¿Y pones por obra estas santas inspiraciones? No.

El temor de criarte un enemigo poderoso acobarda á tu corazon; el apego al dinero ata tus manos; el necio rezelo de que podrá hacer falta á tu familia lo que gastes en la piadosa obra de socorrer á un necesitado, desvanece todos los caritativos pensamientos que habias concebido. ¡O santa caridad, que así hayan de vilipendiar los hombres tu poder y tu influjo! Conoce, ó cristiano, tu error; conoce que todos tus temores son vanos y fantásticos; que cuanto empleees en socorrer al oprimido, te lo volverá Dios con ganancias, aumentando aun en este mundo tus riquezas; que á la vista de la caridad armada de fortaleza, desmayan las fuerzas y las astucias del inicuo que intenta triunfar de la pobreza inocente; que tu familia se verá colmada de bendiciones del cielo, en recompensa de la beneficencia que ejerzas con aquella viuda, con aquel huérfano, con aquel menesteroso; que tal vez á tu misma familia está reservada igual suerte despues de tus dias, y que Dios dispondrá que otro varon caritativo defienda á tu mujer y á tus hijos de vejaciones iguales á las que tú remediares en tu prójimo. Persuádete intimamente de que nunca falta Dios al verdadero caritativo, y en este verdadero supuesto arroja todo temor de tu alma, y da en ella lugar á la caridad para que obre sus prodigiosos efectos. Así lo haré, Dios mio, y mi caridad será perfecta. Así os lo prometo con toda mi alma; y si hasta aquí el temor, la cobardía, ó el demasiado apego á los bienes de este mundo, han sofocado en mi pecho las influencias de vuestra caridad y de vuestra gracia, de aquí en adelante yo imitaré el valor de vuestros siervos, y me contentaré con vos, que sois todo mi bien, toda mi riqueza y toda mi ventura. Y aunque pierda

los bienes terrenos, y la amistad de los hombres inicuos y perversos que oprimen al desvalido, ¿qué cuidado me deberá dar cuando vos me aseguraís vuestra amistad eterna, y unos bienes infinitos que no están sujetos á las mudanzas de la fortuna?

DIA TRECE.

SAN JUAN SILENCIARIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Juan, llamado *Silenciario* por el profundo recogimiento y silencio que guardó por espacio de muchos años, nació en Nicópolis de Armenia el año de 454. Su padre Encracio y su madre Eufemia eran tan conocidos en el imperio del Oriente por sus muchos bienes de fortuna y por su antigua nobleza, como por los grandes empleos con que habian sido honrados sus antecesores, pues uno y otro contaban en su familia generales de ejércitos y gobernadores de provincias: pero fueron mucho mas ilustres por su ejemplar piedad, y asi tuvieron gran cuidado de dar á sus hijos una cristiana educacion.

Aprovechóse bien de ella nuestro santo; pues hallándose á los diez y ocho años de su edad heredero de un pingüe patrimonio por la muerte de sus padres, solo se sirvió de él para hacer mayor su sacrificio. Por la tierna devocion á la santísima Virgen, que habia mamado con la leche, lo empleó todo en edificar en Nicópolis una magnífica iglesia dedicada á esta Señora, y en fundar un monasterio, en que él mismo se encerró con otros diez compañeros escogidos, que habiendo dejado tambien todo lo que tenian, no querian pensar en otra cosa que en su eterna salvacion.

A un principio tan generoso y tan perfecto se siguió pronto el ejercicio de todas las virtudes. La humildad fué desde luego la virtud de sus cariños; se hubiera dicho que solo tenia talento para humillarse. Sus vigilias, su abstinencia, sus penitencias en tan tierna edad, sustentaron aquella pureza de cuerpo y alma que conservó toda la vida, y cada dia con mayor aumento. Su fervor y sus ejemplos eran lecciones tan eficaces, que cada uno de los monjes experimentaba un vivo deseo de perfeccionarse, viendo al jóven abad que iba siempre delante de todos en los ejercicios de la vida regular. Era tan admirado por su prudencia, por su suavidad y por su discrecion en el gobierno, como por su eminente santidad. Ganó el corazon y la estimacion de todos sus súbditos; así fácilmente les sirvió á todos de modelo, y en breve tiempo llegó á ser un seminario de santos el monasterio de Nicópolis.

La misma reputacion de su prudencia y de su virtud no permitió á los monjes gozar mucho tiempo del santo abad. Murió el obispo de Colonia, y todos los votos del clero y del pueblo se unieron en favor del abad de Nicópolis; pero como no se ignorase su repugnancia á todo género de dignidades, fué menester valerse de una estratagema para vencerla. El arzobispo de Sebaste, á quien como metropolitano tocaba proveer de obispo á aquella iglesia, confirmando la eleccion del clero y pueblo, persuadido igualmente de que ninguno podia ocupar mas dignamente aquella silla que nuestro Juan, aunque á la sazon de edad de solos veinte y ocho años, le envió á llamar con otro pretexto. Apenas le hizo la proposicion del obispado, cuando el santo mozo se sobresaltó; pero el arzobispo estaba resuelto á no ceder á su repugnancia, especialmente cuando ella misma era una nueva prueba del acierto de la eleccion. Fué preciso obedecer; y re-

cibidos los sagrados órdenes, fué consagrado obispo con tanto aplauso como solemnidad.

La nueva dignidad en nada alteró su antiguo modo de vivir. De ninguna de las mortificaciones que usaba en el monasterio se dispensó; siguió la misma abstinencia, el mismo continuo ejercicio de oracion, la misma humildad. Por el amor que profesaba á la pureza se interdijo para siempre el uso del baño, sin que la nueva dignidad le sirviese mas que para añadir las penitencias de monje á las apostólicas fatigas y solicitud pastoral de obispo.

En fuerza de su caridad, de su zelo y de las demás virtudes, se vió muy presto florecer la piedad en todo el obispado; pero no fueron solas sus ovejas las que se aprovecharon de sus ejemplos; hasta en la misma corte penetró la admiracion de su virtud. Hizo tanta impresion en su hermano Pérgamo y en su primo Teodoro, ambos muy distinguidos y estimados en el palacio de los emperadores, que, reformando sus costumbres, fueron uno y otro modelo de cortesanos ajustados y ejemplares.

Pero el gozo espiritual que le causó la conversion de aquellos dos señores, se templó mucho con el dolor de la caprichosa y menos cristiana conducta de Pasinico, cuñado de nuestro santo. Era gobernador de la Armenia, y en lugar de contribuir á sostener las santas intenciones y el zelo del santo prelado, todo lo perturbaba dentro de su misma diócesis. Estorbaba á los eclesiásticos el cumplimiento de sus obligaciones, molestábalos con todo género de vejaciones, y violaba la inmunidad de las iglesias. Valióse el santo obispo de ruegos y de representaciones, pero muy inútilmente; y viendo que el mal empeoraba cada dia, resolvió llevar sus quejas al emperador Zenon, y partió en persona para Constantinopla. El emperador le hizo justicia; pero estos disgustos

renovaron en su espíritu el amor á la soledad y la aversion á las dignidades, con tanta fuerza, que habiendo puesto órden en los negocios del obispado, que tan prudentemente habia gobernado casi por espacio de diez años, hizo secretamente la renuncia, y desapareciéndose de entre los eclesiásticos que le acompañaban, se embarcó solo en un navío, y sin darse á conocer pasó á Palestina. Detúvose algunos dias en el hospital de Jerusalen, suplicando con lágrimas al Señor le guiase al lugar que fuese mas á propósito para pasar el resto de sus dias en la oscuridad, desconocido de los hombres, y ocupado únicamente en el cuidado de su salvacion.

Hallándose una noche en oracion, advirtió que iba hácia él una estrella muy resplandeciente en figura de cruz. Asombrado al ver aquel fenómeno, oyó al mismo tiempo una voz, que le dijo la siguiese. No se detuvo ni un momento, y en breve tiempo le condujo la brillante guia á la Laura, esto es, al monasterio de san Sábas, donde vivian ciento y cincuenta anacoretas.

Recibió san Sábas á nuestro santo sin conocerle, y desde luego le puso á las órdenes del mayordomo, á quien sirvió como de criado. Los oficios mas penosos y mas humildes eran los de su mayor gusto: iba por agua al arroyo, servia de peon á los albañiles que edificaban el hospital ó el hospicio para los forasteros, llevándoles el ripio y las piedras. Admirábanse todos en vista de su apacibilidad, de su devocion, de su silencio y de su recogimiento. A los treinta y ocho años de su edad le hicieron hospedero. Mas reconociendo san Sábas alguna cosa extraordinaria en aquel humilde súbdito, y admirando los dones que el Señor habia depositado en él, le concedió una celda para que se retirase á ella y se entregase á la contemplacion: allí vivió tres años sin dejarse ver de nadie los cinco

primeros dias de la semana, que pasaba casi sin alimento; el sábado y el domingo acudia á la iglesia, donde daban testimonio de su tierna devocion las lágrimas que derramaba, especialmente mientras se celebraba el santo sacrificio de la misa.

Despues de los tres años le hicieron mayordomo: pero ni la continua disipacion de este oficio ocasionó en el habitual recogimiento de su espíritu distraccion alguna. Entre tanto, admirando san Sábas cada dia mas y mas la eminente virtud de su mayordomo, juzgó que no habia en todo el monasterio sugeto mas digno de recibir el sacerdocio que él; y sin hablarle palabra, le llevó consigo al patriarca de Jerusalen, y le pidió se sirviese conferir á aquel monje los órdenes sagrados, haciéndole sacerdote. El patriarca, sobre el testimonio de un hombre como san Sábas, que aseguraba no haber tenido jamás religioso mas santo, mas capaz, ni mas perfecto, determinó ordenarle. Viéndose el siervo de Dios precisado á descubrirse, pidió audiencia secreta al patriarca; y despues de haberle encargado el secreto, le declaró que era obispo. La vista de mis culpas, añadió, me obligó á renunciar el obispado, y á retirarme al desierto para hacer penitencia de ellas. Igualmente asombrado que edificado el patriarca, llamó á san Sábas, y le dijo que aquel religioso le habia confiado en secreto cierta cosa, en virtud de la cual no le podia ordenar de sacerdote; y así se lo recomendaba para que le dejase en el silencio, sin permitir que ninguno le inquietase.

Sensiblemente afligido el santo abad de haberse engañado, á lo que él creia, en el ventajoso concepto que habia formado de la virtud de aquel monje, teniéndole por digno del sacerdocio; inquieto sobre el estado interior de aquel desconocido religioso, se retiró á una gruta, distante una legua del monasterio,

donde doblando sus penitencias y oraciones, pidió al Señor que le diese á conocer si aquel hombre, á quien él habia juzgado digno del sagrado ministerio, era un vaso de eleccion destinado para la gloria, ó un vaso de ira preparado para perecer eternamente. Oyó Dios su oracion, y percibió una voz que le dijo que aquel religioso era un vaso de eleccion, adornado con el carácter episcopal, y que en él tenia un tesoro escondido en su monasterio. Lleno san Sábas de gozo y de admiracion, corrió á la celda del santo, y abrazándole con ternura y con respeto: *Padre*, le dijo, *vengo á quejarme de que me hayas ocultado quién eres, y aun ahora lo ignoraria, si Dios no me lo hubiera revelado.* No pudo Juan disimular su sentimiento de verse descubierto; y habiendo dado á entender que pensaba en retirarse á otra parte, san Sábas le conjuró que no se moviese, dándole palabra delante de Dios que no descubriria á persona alguna quién era. Con esta promesa se aquietó, y habiéndose encerrado en su celda, estuvo en ella cuatro años sin hablar palabra. No salió de ella sino para asistir á la consagracion de la iglesia dedicada á la santísima Virgen, que habia edificado san Sábas, y vino á consagrar san Elías, patriarca de Jerusalen, el cual quiso ver á nuestro Juan, y no quedó menos admirado de su humildad, que de su raro mérito.

Habiéndose introducido en la nueva Laura el espíritu de division y de parcialidad, se retiró de ella san Sábas; y Juan, á la sazon de edad de cincuenta años, no queriendo tener comercio con los sediciosos, la abandonó tambien, y se fué al desierto de Ruba, donde vivió nueve años sin hablar con persona alguna, sustentándose de la fruta y raices silvestres que él mismo iba á coger en aquella vasta soledad.

Hicieron en ella una incursion los Sarracenos, conducidos por Alamundar, llenando de sobresalto y de

turbacion á aquel santo desierto; pero Juan confiando en la proteccion del Señor, no pensó en refugiarse en otra parte. Premió Dios su fe enviándole un leon que no se apartaba de su lado, y ponia en fuga á los bárbaros.

Sosegadas las turbulencias de la Laura, volvió á ella san Sábas; y ansioso de ver á nuestro santo, le fué á buscar, y le condujo á su primera celda, donde estuvo cuarenta años sin hablar con nadie sino con Dios, poniendo todo su cuidado en hacerse invisible y desconocido á los hombres.

No dejó el Señor de manifestar la santidad de su siervo con muchas maravillas. Fué á visitar los santos lugares de Jerusalen un arzobispo del Asia, llamado Atero, hombre de gran virtud; y estando en oracion, tuvo una vision en la que se le dió á entender era la voluntad de Dios que visitase la Laura de san Sábas, para admirar en ella un vaso de eleccion en la persona del solitario Juan, que, siendo obispo, se habia hecho simple religioso; y casi invisible á los mortales, pasaba la vida en la penitencia y en la soledad, meditando dia y noche las verdades eternas. No perdió Atero un solo instante; voló al desierto, y arrojándose á los piés del santo, publicó en presencia de san Sábas y de todos los monjes las maravillas que Juan les habia ocultado.

Muerto san Sábas, se apareció á nuestro santo, y le dijo que, aunque era tan ardiente su deseo de ver y gozar de Dios, queria su Majestad detenerle en la tierra por algun tiempo, para que consolase y fortaleciese en la fe á sus hermanos durante una cruel persecucion que habian de mover los herejes.

Con efecto, no se puede decir lo mucho que tuvieron que padecer aquellos monjes en defensa de la verdad, contra los que seguian los dogmas de Orígenes y de Teodoro de Mopsuestia; pero nunca pudo

penetrar el error en una comunidad de anacoretas que tenia por guia y por cabeza á nuestro santo. En vano fué perseguido; declaróse abiertamente contra el error, y sufrió la mas dura persecucion por defender los decretos de la Iglesia. En fin, cargado de dias y merecimientos, siendo de edad de ciento y cuatro años, sin haber perdido ni el vigor del espíritu, ni aquella dulzura que conservó siempre inalterable, despues de haber pasado setenta y seis años en el desierto, y casi todo este tiempo en una elevada contemplacion, en una asombrosa penitencia y un continuo silencio, murió con la muerte de los santos el año 558, y muy presto fué el objeto de la veneracion del pueblo.

La misa es del comun de confesores pontífices, y la oracion la siguiente.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Joannis confessoris tui veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, nos concedas que la venerable solemnidad del bienaventurado Juan, tu confesor y pontífice, aumente en nosotros la devocion y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia* I, *pág.* 12.

NOTA

« El libro intitulado el Eclesiástico, que algunos » intitulan en griego *libro de toda virtud*, fué com» puesto en hebreo, como se advierte en su prólogo, » por un Judío, llamado *Jesús*, hijo de Sirac, y tra» ducido en griego por un nieto del autor en tiempo » de Tolomeo Fiscon, ciento cuarenta y cinco años

» antes de la venida de Cristo. Declaróse por libro
» canónico en el concilio de Roma, en tiempo del
» papa Gelasio, despues por un decreto de Eugenio,
» y últimamente en el concilio de Trento. »

REFLEXIONES.

No se halló quien guardase como él la ley del Altísimo. El verdadero mérito del hombre depende de su perfecta sujecion á la ley de Dios. El que no es buen cristiano no puede ser hombre de bien; y aun hablando en rigor, solamente es hombre de bien el buen cristiano. El nacimiento, la complexion, el genio, la educacion, el trato, el estudio, la reflexion, y hasta las mismas pasiones pueden hacer á un hombre afable, oficioso, culto; pero la verdadera hombría de bien solo puede ser fruto de la virtud cristiana. Sin ella puede un hombre ser obsequioso por inclinacion, bondadoso por interés ó por orgullo, apacible, atento, afable por artificio; pero estas son apariencias, ficciones y meras exterioridades. Cúidase poco en el mundo de ser hombre de bien en realidad; todo el empeño se pone en parecerlo. Puédense muy bien saber todas las ceremonias exteriores, y practicarlas del mismo modo que un comediante representa el papel de rey en el teatro. La que se llama honradez ú hombría de bien en el mundo, consiste en un modo de portarse arreglado, atento, cortesano, obsequioso y culto: el mundo no pide mas; pero todo esto puede ser una monada ó un puro aparato, y nada mas. Con efecto, ese supuesto hombre de bien, tan bondadoso, tan atento, tan obsequioso y tan magnífico, allá detrás del telon muchas veces no es mas que un trapacero, un vicioso, un hombre brutal. La verdadera hombría de bien cuesta mucho al corazon. Es preciso hacer resolver

sus hinchazones, endulzar sus amarguras, allanar sus desigualdades, reprimir sus ímpetus. Esta victoria solo puede ser obra de la virtud. Las pasiones, tan contrarias á la verdadera hombría de bien, no reconocen otro dueño que las sujete. El estudio, la reflexion, la política y el trato con los hombres pueden contenerlas por algun tiempo; pero presto se librarán de la opresion, y recobrarán su libertad con usura. De aquí nace que comunmente el hombre de bien en el mundo lo es solo por humor, por interés y por capricho; el serlo por principios se reserva únicamente á la virtud. Esta es la que enseña á ser hombre de bien para otros y para sí. El verdadero hombre de bien nunca es desigual; su mérito es real, y su honradez verdadera. Debe conocer todos los respetos y todas las atenciones que pide la sociedad, y debe practicarlas. La fidelídad en desempeñar las obligaciones de su estado, es uno de los mas bellos rasgos de su retrato. Solo él es buen padre, buen pariente, buen amo y buen amigo. Como su honradez no depende del capricho, del interés ni de las circunstancias de las personas, nunca se desmiente; su rectitud nunca se envejece, su cortesanía siempre es nueva. Superior á las vicisitudes de la vida, y dueño de sus pasiones, no altera el órden y economía de sus operaciones, porque solo tiene á la vista su obligacion y la lèy santa de Dios, única regla de toda su conducta. Díme ahora, ¿bastará únicamente la buena crianza, el trato, el talento y un buen juicio para hacer una obra de este mérito y de este valor? Sin virtud ¿se podrá conseguir aquella rectitud inalterable, àquella apacibilidad siempre uniforme, aquella honradez sin ficcion y sin artificio? Es hombre de bien un mundano; tiene pundonor, talento, despejo, unos modales gratos y caballerosos; su garbo cautiva, y su oficiosidad encanta. Pero si son estragadas sus

costumbres, si es débil su fe, si se reconoce en él poco ó nada de religion, ¿merecerá grande estimacion su postiza y superficial honradez? ¿se podrá hacer gran caso de aquella máscara, de aquel fantasmon de hombría de bien? ¿habrá quien deba fiarse de aquella artificiosa, de aquella afectada bondad? El que solo es hombre de bien por artificio ò por genio, no lo será siempre, ni en todas partes, ni por largo tiempo.

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia* v, *pág.* 100.

MEDITACION.

DE LAS OBLIGACIONES DEL ESTADO DE CADA UNO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todos tienen en su estado cuanto han menester para salvarse y para ser santos. Es error grosero, y con todo eso es muy comun, pensar que se encontrarán menos estorbos, y se hallarán mas medios para salvarse en cualquiera otra condicion que en la que ha abrazado cada uno; delirio de imaginacion enferma, que se figura conducirá mucho para recobrar la salud el mudar de cama; pero esta inquietud es efecto del mal que está en la sangre. Si te hallas ya establecido en el mundo, ¿á qué fin suspiras por la mayor facilidad que hay para ser santo en el estado religioso? ¿A qué fin, aun dentro de la religion, envidias en los religiosos de otra profesion ciertos medios que te parecen mas ventajosos para ser perfectos? Deseos inútiles proyectos frívolos que solo sirven para engañarnos, y para que cada dia seamos mas imperfectos, siendo menos regulares y menos observantes.

Efecto es del extravagante genio de los hombres no apreciar sino lo que nace en países extranjeros, y no hacer caso de lo que tenemos delante de los ojos y estiman los extranjeros. Esta extravagancia del gusto trasciende hasta el espíritu y corazon cristiano. ¿A qué fin hacer dependiente de la condicion lo que únicamente depende de la fidelidad de la persona? No hay estado que no tenga sus obligaciones; cumple exactamente con las del tuyo, y nada tendrás que envidiar á los mas fervorosos. Cuanto mas lijeras ó mas menudas son estas obligaciones, mas se merece en cumplirlas. Nada se le niega á Dios cuando se le ama mucho. El amor atiende poco á la importancia ó á la calidad del servicio; solo se considera la voluntad y el gusto del dueño á quien se presta. Este es todo el secreto de la mas sublime perfeccion, esta es la verdadera virtud.

Tu estado te impone ciertas obligaciones; en cumplirlas consiste la devocion, el mérito y el fervor. La oscuridad de la obligacion no disminuye el resplandor de la virtud, antes la realza. Aquel Dios que, por decirlo así, es el único que valora el precio y el mérito con su aprobacion; este Dios, vuelvo á decir, no pide de aquel padre ni de aquella madre de familias que asistan siempre á los oficios divinos, que estén continuamente en la iglesia, que no falten á ejercicio ó acto alguno de devocion que se practique en el pueblo: pero les pide que cuiden muy particularmente de la educacion de sus hijos, y de edificarlos con buenos ejemplos; pídeles que velen sobre su familia, puesto que algun dia le han de dar estrecha cuenta de ella.

Pide Dios á aquel magistrado, que procure hacerse mas y mas hábil cada dia por su estudio y aplicacion: pide á aquel militar, que sirva á Dios y á su rey con valor y con fidelidad; pide á aquel eclesiástico, que

desempeñe las estrechísimas obligaciones de su estado, y sostenga en todo la eminente santidad de su sagrado carácter; pide á aquel religioso, que jamás se dispense en la observancia de sus reglas; pide en fin á todos, que cumplan con los deberes de su estado. Esto es negociar cada cual con sus talentos; con esto se contenta Dios; no nos pide mas, pero nos pide todo esto.

¡O mi Dios, y cuánto me acusa esta importante verdad! ¡y qué de remordimientos, qué de tristes reflexiones no me obliga á hacer esta acusacion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay en la vida condicion, no hay estado que no tenga sus obligaciones particulares. Si estás consagrado al ministerio de los altares, si abrazaste el estado eclesiástico, ¡qué pureza de costumbres mas exacta! ¡qué regularidad de porte mas ejemplar! ¡qué reforma mas indispensable! Obligacion de buenas obras, obligacion del oficio divino, obligacion de hacer buen uso de las rentas. Las diversiones propias de los seglares se prohiben; las concurrencias profanas se proscriben. El estudio propio del estado, la ciencia necesaria para desempeñar dignamente el ministerio, estas son las obligaciones de un eclesiástico. ¿Y serán para olvidadas estas obligaciones?

Si vives en el mundo, ¡ó mi Dios, cuántas obligaciones de conciencia, que debes considerar como otras tantas cargas que te impone la religion! ¡qué rectitud, qué buéna fe en el comercio! ¡qué hombría de bien en todo tu porte! ¡qué multitud de obligaciones respecto de tus hijos y de tus criados! ¡qué precision de darles buen ejemplo! ¡cuántas reglas de compostura, que tambien son obligatorias! Es el

mundo la region de las pasiones, y debiera ser el cadalso de su suplicio. ¿En qué otro lugar hay mayor precision de combatirlas y de vencerlas? El mundo, respecto de la salvacion, es un país enemigo en que es necesario estar siempre con las armas en la mano. ¿Pedirá por ventura este estado almas ociosas, ó espíritus cobardes?

En fin, si tienes la dicha de haber abrazado el estado religioso ¡qué obligaciones mas estrechas ni mas delicadas que las que te imponen tus sagrados votos! ¿Será razon que reputes todas tus reglas por unos meros consejos? En tus constituciones y en tu instituto se contienen muchas obligaciones que no puedes ignorar. Por estos documentos se ha de sentenciar definitivamente el proceso decisivo de tu suerte eterna. ¡O mi Dios, y qué digno de lástima es un religioso inobservante y tibio! ¿Quién podrá tranquilizarle en la hora de la muerte, cuando se le representen todas sus obligaciones?

No hay estado que no tenga sus deberes; en el cumplimiento de ellos consiste todo el mérito; cualquiera otra devocion no es mas que error, y esto es lo que prueba que la santidad está al alcance de todos. Nunca nos faltan los auxilios necesarios proporcionados á lo que hemos menester; lo que nos falta muchas veces, es la fiel y debida correspondencia á estos auxilios.

Uno de ellos, Señor, es la gracia que me dispensais para hacer estas reflexiones; pero muy desgraciado seré si hago inútil esta gracia. No lo permitais, Señor, pues ya he tomado mi partido. De hoy en adelante toda mi aplicacion y todo mi estudio será, mediante vuestra divina gracia, comprender bien mis obligaciones, y dedicarme á cumplirlas.

JACULATORIAS.

Paratus sum, et non sum turbatus : ut custodiam mandata tua. Salm. 118.

Pronto estoy, Señor, á cumplir con las obligaciones de mi estado, sin que nadie sea capaz de hacerme titubear en esta resolucion.

In æternum non obliviscar justificationes tuas : quia in ipsis vivificasti me. Salm. 118.

No, Dios mio, jamás me olvidaré del cumplimiento de mis obligaciones, pues en esto cumplo vuestra ley, que es la que me vivifica.

PROPOSITOS.

1. He aquí materia muy abundante para el exámen y para la confusion de toda clase de personas. La virtud mas elevada consiste en que cada uno cumpla fiel y constantemente con las obligaciones de su estado. Ninguno las ignora; todas ellas están á nuestro alcance; ninguno hay que se atreva á negarlo; ¿pues quién podrá disculpar su negligencia si no es santo? Si estamos en el mundo, no hay que ir á los claustros con nuestros quiméricos proyectos, ni con nuestros vanos deseos; ni es menester ir con ellos á la Tebaida, si queremos practicar la religion. En la vida mitigada del religioso instituto que hemos abrazado, no tenemos que envidiar á los que eligieron otro mas austero. El estado en qué nos hallamos, la condicion en que vivimos tiene sus obligaciones, este religioso instituto tiene sus reglas; pues Dios no te pide mas que el exacto cumplimiento de esas obligaciones, la puntual observancia de esas reglas. El tesoro de la felicidad eterna está, digámoslo asi, en tu heredad; este tesoro está escondido para muchos, que

no quieren hacerse santos sino donde no están, pretendiendo que el terreno que pisan solo puede producir espinas. Cultívenlo bien, y verán como fructifica á proporcion del cultivo. Convéncete hoy de esta verdad llena de consuelo, y no pienses en hacerte santo sino en el estado fijo en que te hallas, cumpliendo con las obligaciones que él te impone.

2. Conviene que hagas desde luego un breve apuntamiento de estas obligaciones. Si estás en el mundo, mira cuáles son las obligaciones de tu estado; cuidados personales de la familia y de los domésticos, atencion y vigilancia sobre sus costumbres y su porte, respeto y modestia religiosa en el templo, frecuencia de sacramentos, devociones de la mañana y de la noche, buenos ejemplos, etc. Recorre todos estos deberes, y forma la resolucion de cumplirlos. Si eres religioso, tienes reglas, y toda tu perfeccion consiste en observarlas. Examina cuáles son las de que menos cuidas, y las que quebrantas mas frecuentemente. Acuérdate de que, aunque no obligan bajo pena de pecado, algun dia sabrás que de su observancia depende no solo la perfeccion, sino en cierta manera la salvacion de las personas religiosas. Es muy difícil quebrantar habitualmente la mayor parte de las reglas, y guardar los votos. No te engañes ni te lisonjees con frívolas distinciones: en el tribunal de Jesucristo no se hace caso de ellas. Comienza desde hoy á cumplir con tus obligaciones, y á observar aquellas reglas que has quebrantado hasta aquí

SAN SEGUNDO, OBISPO Y PATRON DE AVILA.

Uno de los santos varones apostólicos, que por los años del Señor de 63 ó 64 vinieron á España para sacarla de sus errores, fué san Segundo, de cuya vida,

padres y patria solamente se sabe lo que el oficio mozárabe, el leccionario Complutense, y otros documentos, que se guardan en la biblioteca del Escorial, refieren sucintamente. Segun ellos, san Segundo, siendo ya de edad proporcionada para el ministerio evangélico, fué ordenado por san Pedro en Roma, poco antes de la primera persecucion sangrienta que movió Neron contra la Iglesia de Jesucristo. Instruido por los santos apóstoles san Pedro y san Pablo en las altas funciones del ministerio que le habian confiado, se embarcó con los demás compañeros suyos, ansioso de desempeñarlas con acierto para la mayor gloria de Dios. Sobre su viaje á España, llegada á las costas de Andalucía, y el maravilloso suceso de Guadix, siendo hechos comunes á los siete varones apostólicos, para no repetirlos tantas veces, remitimos á nuestros lectores á la vida de san Torcuato al dia quince de este mes.

En la particion que hicieron entonces entre sí de las diferentes provincias de España, para hacer mas general y fructuosa la predicacion del Evangelio, cupo en suerte á san Segundo la ciudad de Avila con toda su comarca, que á la sazon estaba floreciente. Desde esta division cesan ya las noticias auténticas que han quedado de estos primeros maestros de nuestra fe. Por el oficio mozárabe se sabe que, cuando iban á sus respectivos destinos, lo abrasaban todo con el fuego de su predicacion, haciendo maravillosas conquistas en favor de la religion que predicaban. Llegado san Segundo á Avila, emprendió con el mayor vigor la conversion de aquellas ciegas gentes, no perdonando trabajo, por penoso que fuese, para reducirlas á la grey de Jesucristo; pero esto mismo le hizo víctima de su caridad, dando la vida por la misma fe que predicaba.

No se sabe el género de martirio que padeció, y

mucho menos las circunstancias que le acompañaron: las lecciones del oficio antiguo que usaba aquella catedral, le dan constantemente los títulos de obispo y de mártir; lo que no permite dudar que este santo fué uno de los discípulos de Santiago, que, ordenado obispo por san Pedro, coronó el empleo del sacerdocio con la lauréola del martirio. Su cuerpo fué recogido por los cristianos de aquel tiempo, y colocado con honor y reverencia en un decente sepulcro. Las continuas invasiones que hicieron los bárbaros en nuestra península, y el estrepitoso ruido de las continuas guerras ofuscaron de tal manera su memoria, que permaneció enteramente extinguida por espacio de muchos siglos, hasta qué una casualidad dichosa ofreció la invencion de su sepulcro y sus reliquias. Sucedió esto en el año de 1519, en que intentando hacer un arco que diese fácil entrada á dos capillas del templo de Santa Lucía, sito á las riberas del rio Adaja, al tiempo de demoler dos pequeños arcos antiquísimos, vieron que en sus cimientos se descubria un hueco, que daba á entender que allí habia algun sepulcro. En efecto, hallaron una pequeña tumba de madera, que tenia por la parte de afuera una reja dada de verde. Admirados de la novedad los obreros, prosiguieron cavando con mayor cuidado; á la primera noticia, concurrió el clero y gran parte del pueblo; y prosiguiendo la excavacion, encontraron una arca de piedra, y dentro de ella otra de madera con esta inscripcion: *SAN SEGUNDO*. Abrióse el arca en presencia del cabildo eclesiástico y magistrados de la ciudad, y en ella hallaron un cadáver con insignias episcopales, un cáliz, y un anillo de oro, y de todo salió una suavísima fragancia que llenó la iglesia. La sensacion que causó en los corazones de todos tan precioso hallazgo fué excesiva, y la manifestaron con todas las demostraciones de

júbilo y alegría. Dios quiso tambien manifestar la gloria de su siervo con milagros de su divina omnipotencia. Estaba allí un enfermo, llamado Francisco Arroyo, natural de Avila, el cual muchos años habia que estaba padeciendo una enfermedad molesta, que se reducia á tener fuera de su lugar gran parte de los intestinos. Deseoso de recobrar su salud, dijo delante de todos: *Quiero ponerme encima del cuerpo de este santo, para ver si la divina misericordia se compadece de mí, y por sus méritos é intercesion me sana de mi peligrosa dolencia*. Dicho esto, se puso sobre el arca, levantó las manos al cielo, y dijo con grande alegría: *Yo te doy gracias, Señor mio Jesucristo, que por la intercesion de san Segundo ya me hallo sano.* Divulgóse el milagro por toda la ciudad; todos á una voz glorificaron al Señor por sus misericordias y maravillas; y gozosos con el hallazgo de tan precioso tesoro, trataron de colocarlo en un sitio decente y cómodo. El dean y cabildo de la catedral intentaron llevar el sagrado cadáver á su iglesia, alegando que este les competia por derecho, habiendo sido san Segundo el primer obispo de la ciudad; además que de este modo se proporcionaba al santo mayor veneracion y culto, y á los fieles el consuelo de tenerle mas cercano para dirigir por su medio á Dios sus súplicas y sus votos. Opúsose á este proyecto la cofradía de San Sebastian, establecida desde tiempo muy antiguo en la iglesia de Santa Lucía, con la obligacion de defender los derechos de aquella parroquia. En esta disension se acordó colocar por el pronto el arca con las santas reliquias en un lugar honorífico de aquella iglesia, sin dejar por esto el dean y cabildo de la catedral de hacer todas las diligencias necesarias á fin de que se les diese la posesion.

Por aquel tiempo fué nombrado obispo de Avila fray Francisco Ruiz, varon de mucho espíritu y pie-

dad, el cual, conviniendo con su cabildo en los deseos de honrar las reliquias de nuestro santo, acudió al papa Leon X para que expidiese una bula en su favor, la cual fué dada en 25 de febrero de 1520, mandando que se entregase al obispo el cuerpo de san Segundo. Notificóse esta bula á los interesados, y comenzóse la fábrica de un altar magnífico en la catedral; pero habiendo sido Dios servido de llevarse para sí al zeloso obispo á los principios de la obra, quedó esta suspensa, y el cuerpo de san Segundo en la misma arca, sepulcro é iglesia en que antes se hallaba. Allí siguió hasta el año de 1593, en que habiendo sanado milagrosamente de una mortal dolencia, por intercesion del santo, el obispo actual de aquella diócesis don Jerónimo Manrique de Lara, reconocido á tan soberano favor, volvió á activar la traslacion de sus reliquias, para darles el correspondiente culto; y á fin de no tener obstáculo en la autoridad civil, que hasta allí habia protegido á la cofradía de San Sebastian, solicitó una carta órden del rey Felipe II. Oyó este piadoso monarca las justas reclamaciones del obispo, é inmediatamente expidió una real cédula, mandando ejecutar las letras pontincias, previniendo á los magistrados de la ciudad, y á todos aquellos que hasta entonces se habian manifestado interesados, que incurririan en su justa indignacion si ponian el menor óbice á la ejecucion mandada. Esta autorizacion acalló todas las quejas y pretensiones, y facilitó una operacion que de otro modo hubiera sido imposible.

Juntáronse los magistrados, el cabildo y el obispo para determinar el dia y las circunstancias de la traslacion deseada. Conviniéronse en ciertas condiciones; enviaron comisionados al católico monarca, para que se dignase autorizar con su presencia una funcion tan magnífica; y se determinaron todos los demás

requisitos necesarios para la pompa, adornos y festejos que en celebridades tan suntuosas suelen manifestar la piedad de los fieles. Aunque el rey no dejó de dar algunas esperanzas de que asistiria para el dia proyectado, se excusó en tiempo con la atencion que requirian mas graves negocios; y así encargó al obispo que se hiciese la traslacion sin costosos dispendios, y que al tiempo de hacerla separase una reliquia insigne del santo para trasladarla al monasterio del Escorial. El dia 9 de setiembre del año de 1594, el obispo con grande acompañamiento de eclesiásticos y seglares de la mayor dignidad y nobleza, se trasladó á la iglesia de Santa Lucía, y habiendo primeramente implorado el auxilio divino, cantando las letanías, abrió el sepulcro del santo; sacó con sus propias manos una á una las reliquias que se conservaban en la antigua caja; ofreciólas á la veneracion del pueblo numeroso, que asistia con velas encendidas en las manos, lleno de ternura y de devocion, y luego las fué colocando en una caja nueva de nogal, ricamente labrada, con preciosos adornos de plata y oro. Cerróla, y la colocó en el altar mayor de aquella iglesia, hasta el dia destinado para la procesion solemnísima. Este fué el domingo dia 11 de setiembre, en el cual, habiendo celebrado el dean de la catedral solemne misa del santo, se formó una procesion, magnífica por el número de personas que la componian, por los muchos grandes y nobles que la autorizaban, y por los multiplicados adornos que con riqueza y esmero habian puesto los vecinos de Avila en todas las calles por donde habia de pasar. Llegaron á la iglesia de san Segundo, y habiendo celebrado el obispo misa pontifical, tomó la caja de las sagradas reliquias, y la entregó á los eclesiásticos de mayor dignidad y á los nobles de mayor jerarquía, quienes sobre sus hombros y debajo de un palio riqui-

simo la condujeron á la iglesia catedral. Las demostraciones de regocijo y alegría que manifestó todo el pueblo en un acto tan solemne y piadoso, compitieron con la ternura y las lágrimas que corrian por sus rostros, en testimonio de la consolacion que recibian sus piadosos corazones. Al dia siguiente se celebró misa solemne en accion de gracias al Todopoderoso; se apartaron las reliquias que se enviaron al rey, y siguieron por ocho dias continuos los ejercicios de piedad y los júbilos del pueblo. Inmediatamente cuidó el obispo de construir una suntuosa capilla, de la cual puso él la primera piedra, hecho ya inquisidor general, en el dia 23 de abril de 1595. Concluida, se trasladaron á ella las sagradas reliquias de san Segundo, en donde hasta estos tiempos ha manifestado Dios con continuos milagros que descansa allí un amado siervo suyo, uno de los primeros maestros de nuestra fe, y el protector y patrono de la noble ciudad de Avila.

La misa es del comun de mártir pontífice, y la oracion la siguiente.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus; et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Secundi, martyris tui atque pontificis, intercessio gloriosa nos protegat. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Omnipotente Dios, mirad nuestra flaqueza, y haced que ya que nos es tan pesada la carga de nuestra miseria, experimentemos la proteccion gloriosa del bienaventurado san Segundo, vuestro mártir y pontífice. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia I, *pág.* 12.

REFLEXIONES.

Nada mueve tan poderosamente el corazon de los hombres como el escarmiento que ven en la cabeza

ajena, en órden á los delitos de que ellos mismos se conocen manchados. El ver frustradas sus esperanzas, el sentir el castigo de unas acciones que ellos tenian por gloriosas, y el ver por otra parte coronadas aquellas obras que miraron con desden y con desprecio, excita los mas vivos sentimientos de dolor y de penitencia; pero despues de concluido el tiempo concedido para merecer, este mismo dolor se convertirá lastimosamente en tormento irremediable, y en rabiosa desesperacion. ¡Qué ufanos, qué alegres y qué satisfechos quedaban los tiranos despues de haber regado la tierra con la inocente sangre de los mártires! Ya se lisonjeaban de que su poder y su crueldad habian llegado á exterminar de la tierra unos hombres que ellos tenian en el concepto de fanáticos é infelices. Miraban su profesion como una locura supersticiosa, y su constancia y alegría en medio de las mayores crueldades como una insensatez. Sus ojos ofuscados con la espesa niebla de sus pasiones, no veian mas felicidad ni mas gloria que gozar completamente de los bienes de la tierra. Pero ¡qué dolor el suyo, cuando descorrido con la muerte aquel velo funesto que les impedia ver la verdad, se hallaron engañados! ¡Qué desesperacion se apoderaria de sus corazones al ver contados entre los hijos de Dios á aquellos mismos á quienes ellos reputaban por desgraciados é infelices!

Semejante engaño tiene su principio en lo poco que reflexionan los hombres sobre las verdades de la otra vida; engaño que se hace lugar aun en muchas personas que, teniendo continuamente en la boca los nombres de gloria, de infierno, de Dios y de eternidad, apenas piensan en lo que significan. De otro modo ¿se miraria con tanto desprecio la pobreza de los miserables, y la desgracia de los enfermos y desvalidos? ¿Podria un poderoso sumergir su corazon en

los deleites del mundo viendo á su lado á un hermano suyo anegado en lágrimas? ¿Se tendrian los hospitales y las cárceles por unos lugares de horror y de espanto; se escasearian tanto los socorros á los miserables que yacen oprimidos entre la escasez y la miseria, si se fijasen por un momento los ojos de la fe en una vida eterna, y en el castigo ó premio que la ha de acompañar? La verdad no nos permite dudar de la respuesta. Si fuera posible trasladar á un poderoso desde el seno de sus delicias, en donde mira con ojos desdeñosos los pobres que le rodean, á aquel tribunal de verdad y de justicia en donde se presentan las cosas segun son en sí mismas, juntamente con aquellos mismos pobres, se llenaria de confusion al ver qué distinto aprecio merecian estos del justo Juez. Con razon exclama el Espíritu Santo por boca de su profeta, diciendo: *La tierra está desolada, porque no hay ninguno que reflexione.* Hombre cristiano, á quien la divina gracia ilumina en esta hora por medio de estas consideraciones, no seas pródigo de un bien tan celestial y divino. Lo mismo que nos dice el Espíritu Santo que sucedió á los inicuos perseguidores de los mártires de Jesucristo, te ha de suceder á tí. La vida es breve; tu espíritu es inmortal: la fe y la razon te enseñan que muy presto comparecerás en un tribunal, en donde serán examinadas tus obras. Sabes que Dios tiene dicho que no es aceptador de personas, y que lo que se ejecuta con el mas pequeñuelo y miserable lo toma en cuenta para la recompensa ó el castigo, como si con el mismo Señor hubiera sido ejecutado. Da, pues, en tu corazon lugar á la justa estimacion que exigen de tí tus hermanos. Venera en cada uno de ellos, por pobre que sea, la persona del mismo Jesucristo, y procura en esta vida perecedera precaver con obras de caridad la confusion y horror, que de otra ma-

nora te será indispensable sufrir en la vida interminable.

El evangelio es del cap. 15 de san Juan, y el mismo que el dia VII, *pág. 174.*

MEDITACION.

SOBRE LAS CONVERSACIONES, SUS UTILIDADES Ó PELIGROS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la conversacion de los cristianos, como de unos hombres destinados á gozar eternamente de la compañía de los ángeles, dice san Pablo que debe ser de cosas del cielo.

Esto quiere decir, que nuestras conversaciones se han de emplear en asuntos que conduzcan á nuestra bienaventuranza, y no en aquellos inútiles ó perniciosos que nos extravían de nuestro último fin. Nada mas frecuente entre los hombres que tomar á su cargo la discusion de negocios que Dios no ha confiado á su inspeccion, y murmurar de la buena ó mala direccion que les dan aquellos á quien los ha encargado su divina Providencia. Frecuentemente se censura la conducta de los demás ciudadanos; se examina y moteja el modo de obrar de los príncipes, de los magistrados y de los ministros. No solamente no se les respeta, sino que muchas veces se reprueban sus acciones, y aun sus respetables providencias. El calos de la conversacion nos hace olvidar de los preceptos é insinuaciones de la caridad, y nos cierra los ojos para que en nuestros superiores no veamos unos representantes del supremo poder, á quienes debemos venerar y obedecer, no solamente por temor del castigo, sino tambien para no manchar nuestras conciencias. Evitemos, pues, las reuniones con aquellas personas que creen darse importancia en criticar y

murmurar de sus mayores: su conversacion es una especie de contagio que nos pega insensiblemente los malos resabios de su torcido corazon. Por eso dice el Espíritu Santo: *Apartaos de los tabernáculos de los hombres impíos, y no toqueis siquiera las cosas que les pertenecen, no sea que os enredeis en sus pecados.* Y en los Proverbios se dice: *No seas amigo del hombre iracundo, ni te juntes con el furioso, no sea que aprendas su modo de obrar, y se escandalice tu alma.* Somos naturalmente inclinados á imitar mas presto los vicios y perversas cualidades de aquellos con quienes tratamos, que sus virtudes y santas operaciones: y siendo cierto que la conversacion continua hace semejantes á los que conversan, por tanto, conviene siempre tener presente lo que dice san Pablo á los Corintios, *que las conversaciones malas corrompen las costumbres, no de otra manera que las buenas causan el efecto contrario.*

Es necesario hacerse cargo que á todos nos mueve un deseo de complacer á aquellos con quienes vivimos, y de aprobar y hacer lo que ellos hacen. San Agustin no cesó de llorar en toda su vida esta criminal complacencia. « ¡O enemiga amistad, exclamaba, ó incomprensible error del alma! Por mero deseo de complacer á aquellos con quienes conversaba, sin tener provecho alguno, ni malicia para ejecutarlo, llegué á ser vicioso, y á pretender alabanza y fama por el mismo vicio. Cuando se junta una tropa de jóvenes licenciosos, y dicen: *Vamos, hagamos esto,* casi se hace necesario caer en el precipicio; da vergüenza entonces el no ser desvergonzado. » Si queremos, pues, vivir una vida cual conviene á los cristianos, que viven en este mundo como en un valle de lágrimas ó en un penoso destierro, esto es, una vida espiritual, y que solo trate de lo que conduce á nuestro último fin, debe-

mos amar mejor la soledad y el retiro que la compañía y conversacion de las gentes. Y esta es una regla dada por los santos padres, quienes por su propia experiencia habian aprendido cuán verdadera es la sentencia del Espíritu Santo, que dice : *En la mucha conversacion dificilmente dejará de haber delito.*

PUNTO SEGUNDO.

Considera la profesion que tomaste cuando recibiste el bautismo, y de consiguiente cuales son los negocios mas interesantes de que debes tratar, y en qué deben ocuparse tus coloquios y conversaciones. La experiencia nos enseña que cada uno habla de aquellos negocios que mas le interesan : el conquistador habla de guerras y de batallas; el mercader de ganancias, de tráficos y de pérdidas; el labrador habla del campo, y el artesano de las obras é instrumentos que son propios de su oficio. Supuesto esto, ¿cuál deberá ser la conversacion de un cristiano? Sus intereses responden, que no debe ser otra que la que trate de la vida, pasion y muerte de Jesucristo; de los frutos admirables de su divina redencion; de aquellas espirituales medicinas en que dejó vinculado todo el precio de su sangre, para que nos librase de nuestras dolencias : en una palabra, debe versar la conversacion del cristiano sobre los ejercicios de caridad para con Dios y con el prójimo. Aquel que ama verdaderamente á Dios, tiene placer en hablar de él y de las cosas de su servicio. ¿Acaso acostumbran los labios producir otra cosa que los sentimientos del corazon? ¿No es natural á los hombres complacerse y engolfarse en la conversacion en que tratan de las cosas que aman, ó de aquellas personas á quienes están muy aficionados? San Agustin refiere que, tratanto con su madre

de la felicidad que gozan los bienaventurados, fué tanta la alegría que inundó su alma en aquel coloquio, que despues le parecian bajas y despreciables todas las diversiones, todas las alegrías y delicias que se puden disfrutar en esta vida. Jesucristo mismo nos enseñó con su ejemplo á regular nuestras conversaciones segun el oficio ó profesion que nos ha sido encargado por el cielo; pues como le manifestase su madre algun género de queja, cuando se perdió en Jerusalen, la respondió: *¿No sabiais, Señora, que debo ocuparme en el ministerio que he recibido de mi Padre?*

El ejemplo y autoridad de un maestro como Jesucristo son superiores á todas las razones y á todos los ejemplos. Tú, pues, debes considerar continuamente que eres cristiano, y que por lo mismo tus conversaciones no deben ser de las cosas terrenas, habiendo dicho el Salvador á sus discípulos: *Vosotros no perteneceis á este mundo.* El cristiano tiene su origen en el cielo, tiene sus intereses en el cielo, debe caminar hácia él como hácia su patria: el cielo debe ser el norte á que se dirijan todas sus operaciones; luego su conversacion no debe tratar jamás de cosas de la tierra. Y si esto es verdad respecto de todos los cristianos, tú, que eres religioso ó religiosa, que renunciaste al mundo y pusiste tus intereses únicamente en la casa de Dios; que no tienes mas patrimonio que la pobreza, ni mas alegría que las lágrimas, ni mas dignidad que la humillacion, ¡con cuánta mas razon deberás ceñir tus conversaciones, no solamente á la profesion de cristiano, sino á la profesion en que te constituyen tus votos! Tú, sacerdote, que consagras diariamente el cuerpo y sangre de Jesucristo, que tienes por oficio el llevar sobre tu alma todo el peso de los pecados del pueblo que Dios te ha encargado, que debes con tus pala-

bras y con tus ejemplos estar continuamente ganando las almas de tus hermanos, que no debes hablar, finalmente, sino para edificacion de tus prójimos, ó para ensalzar las misericordias del Señor; reflexiona si las conversaciones en que frecuentemente te ocupas, corresponden á la dignidad y alteza de tu sagrado ministerio. ¡O Dios eterno! Si los hombres reflexionasen continuamente estas verdades, ¡cuán diferentes serian sus conversaciones!

JACULATORIAS.

Discedite à me omnes, qui operamini iniquitatem. Salm. 6.

Apartaos de mí, de mi compañía y conversacion, todos cuantos obrais la iniquidad.

Non sedi cum consilio vanitatis, et cum iniqua gerentibus non introibo. Salm. 25.

No tomé, Señor, asiento en las juntas de vanidad; y ayudado de vuestra divina gracia, os prometo no conversar jamás con los inicuos.

PROPOSITOS.

1. Desde el principio del mundo quiso la divina Providencia que viviesen juntos los buenos y los malos, los justos y los injustos, para que, como dice san Agustin, los primeros fuesen purificados, y los segundos tuviesen la escuela del buen ejemplo para moderar sus costumbres. En la familia de Adan se encuentra un Cain; entre los hijos de Noé un irreverente, digno de maldicion; en la de Abrahan hay que echar fuera á Ismael; y en la familia de Jacob, José, que era el mas inocente de sus hermanos, fué vendido por ellos, y faltó poco para que le quitasen la vida. Estamos en este mundo mezclados malos

y buenos; es necesario el trato y conversacion con unos y otros; pero el alma que oye las sólidas instrucciones de la virtud, sabe hallar el medio de aprovecharse de los buenos ejemplos de los unos, sin que le contaminen y manchen los excesos de los otros. Pero ¡ó Dios mio! ¿he seguido yo esta doctrina los muchos años que tan inútilmente he pasado ya en este mundo? ¡Oh, y cómo en este punto me confunden los remordimientos de mi conciencia! Las concurrencias peligrosas, las compañías de iniquidad, las conversaciones pecaminosas, ó á lo menos los discursos vanos é inútiles, han sido por lo comun la ocupacion de mi alma. Esta se ha angustiado muchas veces conociendo bien las sangrientas heridas que en tales conversaciones ha padecido. Yo me he visto tibio, indevoto, y muchas veces pecador é inicuo. Conozco, Señor, mis yerros, y de aquí en adelante propongo no oir mas palabras que las de vuestra divina sabiduría; no escuchar otros discursos que los que vuestro divino espíritu sugiere continuamente á mi entendimiento; y emplear todas mis conversaciones en el importante y único negocio de mi eterna salud. Lejos de mí, de aquí en adelante, la asistencia á aquellas reuniones de hombres ociosos, que malogran las horas que les concedeis para llorar sus culpas y merecer vuestra bienaventuranza; lejos de mí la asistencia á aquellos espectáculos profanos en que se manchan las costumbres, y en que se atropellan los derechos de la virtud: lejos de mí, finalmente, toda conversacion que no trate de vuestros divinos atributos, de los ejemplos de vuestros siervos, y de los ejercicios que pueden conducir para agradaros y serviros, y conseguir la salvacion de mi alma.

SAN PEDRO REGALADO, CONFESOR.

San Pedro Regalado, á quien Dios tenia destinado para ser ejemplo de santidad, prodigio de penitencia, y modelo de perfeccion religiosa, reformando el austero instituto que estableció en la Iglesia san Francisco, nació en Valladolid, por los años del Señor de 1389, de padres esclarecidos por su antigua nobleza, y mucho mas por su piedad y cristianas virtudes. Su padre se llamó Pedro Regalado, y su madre doña María de Costanilla, quienes recibieron de sus progenitores ilustres gran copia de bienes de fortuna. Pero era tanta su piedad y misericordia con los pobres y necesitados, que parecian mas bien procuradores ó dispensadores, que dueños de sus riquezas. Siendo todavía Pedro tan niño, que apenas podia conocer á su padre, le faltó este, llevándoselo Dios para darle el premio debido á su gran misericordia y á las muchas limosnas con que la ejercitaba. Quedó en poder de su madre, viuda, la cual le educó santamente, instruyéndole y acostumbrándole á los ejercicios de piedad que ella misma ejercitaba. Llevábale consigo cuando iba á confesar al convento de san Francisco; y como el ejemplo de los padres es el aliciente mas poderoso para formar el corazon de los niños, y aficionarlos á los ejercicios de virtud, se arraigó esta tan profundamente en aquella inocente alma, que al paso que iba creciendo, iban admirándose en él las fecundas semillas que con el tiempo habian de producir tan copiosos y sazonados frutos. Manifestaba mucho gusto en asistir á los templos y á los divinos oficios, y el ver á su madre frecuentar los sacramentos despertó con anticipacion en el santo niño unos encendidos deseos de alimentarse con el pan de vida que bajo

del cielo; lo que hacia con sumo consuelo de su alma. Entre tanto no se descuidó su madre de hacerle aprender con un buen maestro las primeras letras, y cuanto convenia saber á un jóven de su noble estirpe. Pero Dios tenia sobre Pedro mas altas miras, y con la frecuencia en ir al convento de san Francisco con su madre, fué poco á poco inspirando en su corazon la vocacion y santos deseos de alistarse entre los hijos de tan grande patriarca.

En efecto, á los trece años se sintió movido de una mano invisible y poderosa que le estimulaba á abrazar el instituto religioso. Ejercitóse muchos dias en fervorosa oracion, pidiendo á Dios fuese servido declararle el camino por donde queria ser hallado; consultólo con su padre espiritual, y certificado por él de que aquella vocacion era del cielo, comunicó á su madre la determinacion que tenia de hacerse religioso. Era natural en ella la repugnancia, considerando que Pedro era el único hijo varon que la habia quedado; que de él solo pendia principalmente la continuacion de su noble estirpe y de su casa; que las prendas amables con que el cielo habia enriquecido al jóven, daban lugar á concebir de él las mayores esperanzas; y últimamente, el amor de madre, la ternura de su edad, y la dulce compañía que en su viudedad la hacia, eran suficientes motivos para manifestar sino aversion y repugnancia, á lo menos disgusto ó indiferencia. Nada de esto sucedió: como una fervorosa Ana convino en dedicar á su pequeño Samuel al templo, para que en él sirviese al Señor toda su vida. Hizo por sí misma las diligencias necesarias para privarse de un hijo tan amado, y además de ofrecer al santuario una víctima tan perfecta y tan preciosa, tuvo el mérito de ofrecerla con resignacion, con conformidad, con gusto, con alegría, con complacencia.

Tomó el santo jóven el hábito de franciscano claustral en el mismo convento que tanto habia frecuentado en compañía de su madre; y en pocos dias conocieron los religiosos el tesoro de virtudes que Dios les habia enviado. Luego que Pedro se vió agregado á los hijos de Francisco, levantó sus ojos á este grande patriarca, y le tomó por dechado para ajustar todas sus acciones. Mortificacion de todos los sentidos, abstraccion del mundo, silencio, retiro, contemplacion, humildad, y una subordinacion perfecta á la voluntad de su superior, fueron las principales virtudes que resplandecian en sus obras. Practicaba con puntualidad y alegría los ejercicios mas humildes, sin olvidar por esto el cuidado de instruirse completamente en la regla que se proponia observar en todo el discurso de su vida. Como su vocacion no habia sido una llamarada pasajera del espíritu, formada por los acasos de la fortuna, sino un llamamiento positivo de la divina gracia, permaneció todo el año del noviciado sin aflojar un punto en el rigor y exactitud con que habia comenzado. Esta constancia en la virtud certificó á los religiosos de su aptitud para un estado tan perfecto; y asi, cumplido el tiempo establecido para su probacion, no dudaron en admitirle á la profesion, la cual hizo Pedro á los catorce años de su edad, segun permitian los cánones en aquel tiempo. Apenas se vió profeso, consideró que debia ir de dia en dia aprovechando en la virtud. Redobló su fervor, sus ayunos, sus oraciones y penitencias; y entregado enteramente á la vida espiritual, hizo progresos tan asombrosos, que los mas provectos tenian en él mucho que aprender, y muchísimo que admirar. Era el primero en cualquier ejercicio penoso, sin que jamás pudiese su caridad hallar disculpa para dispensarse de la menor molestia, con tal que de ella resultase el obedecer á sus superiores ó el consuelo de sus

hermanos. Particularmente se deleitaba en asistir á los enfermos é imposibilitados, y por asquerosas que fuesen las enfermedades, ó impertinentes los enfermos, nunca se retraia de su asistencia, antes bien allí asistia con mas frecuencia y gusto, en donde conocia que habia de estar mas mortificado. Pero como el instituto riguroso del santo patriarca habia padecido alguna relajacion inseparable de la flaqueza y miseria humana, no hallaba todo el fomento que deseaba la severidad de su espíritu para imitar á san Francisco en la parte de penitente y riguroso. Vivia por esta causa algun tanto desconsolado, deseando proporciones de entablar una vida mas austera, pero temeroso de hacerse singular en la regular observancia que entre los claustrales florecia.

Oyó Dios los secretos suspiros de su corazon. Ya habia veinte años que fray Pedro de Villacreces, varon de sobresaliente virtud y de eminente sabiduría, habia emprendido en sí mismo la reforma del instituto franciscano. Deseoso de reducir á la práctica la verdadera pobreza que estableció su santo patriarca, y de dar fuerza y vigor á sus santos preceptos, se habia retirado á un lugar escabroso y desierto en el término de Covarrubias, á hacer vida pobre, penitente y solitaria, y pedir á Dios le diese fuerzas y auxilios para entablar la reforma que pretendia. Veinte años gastó en oraciones, mortificacion y lágrimas, apartado enteramente del comercio de los hombres, y encerrado en una horrorosa y estrecha gruta que parecia mas bien un sepulcro. Al cabo de este tiempo se presentó al mundo, en traje tan pobre y con semblante tan penitente y austero, que mas parecia un esqueleto que un hombre. Dirigió á su general sus súplicas para que le permitiese poner en ejecucion el proyecto de reforma, y con su licencia la comenzó en el eremitorio de Nuestra Señora de la

Salceda, en la provincia de la Alcarria; pero bien fuese porque los padres claustrales de Toledo reclamasen aquel sitio como suyo, ó por otra causa, Villacreces lo dejó, y tuvo que buscar en otra parte sitio á propósito para sus intentos. Ya Dios le habia determinado, señalándole con luces milagrosas, cerca de Aguilera en el obispado de Osma, cuyo obispo, dicen, era pariente del santo Villacreces, y por tanto propenso á favorecer los evangélicos designios que este manifestaba. Entabló, pues, con el obispo la pretension de que le cediese aquel eremitorio de Aguilera, en donde habia edificado una iglesia, y puesto un sacerdote con un ministro que le ayudase á misa. El prudente obispo, que estaba bien informado, no solamente de la sabiduria y sólida virtud del reformador, sino de lo necesario y conducente de la reforma, no tuvo dificultad alguna en ceder generosamente el eremitorio y la iglesia, ofreciendo además su proteccion y autoridad para llevar á debido efecto la empresa. Tanto puede conseguir la virtud, cuando se manifiesta en su traje sencillo, y libre de los resabios de la ambicion ó interés.

Entre tanto que se trataba este negocio, vivia san Pedro en Valladolid empleado en fervorosos ejercicios, pero anhelando siempre por vida mas semejante á la de su penitente patriarca. A esta sazon se presentó en aquella ciudad el santo Villacreces, cuya vista llenó de terror y de edificacion á cuantos le vieron. Iba vestido de un sayal sumamente tosco, descalzo de pié y pierna, consumido de penitencias, y predicando con su mismo ejemplo la reforma que deseaba establecer. Habia entre los mismos claustrales muchos religiosos que llevaban á mal la relajacion que se habia introducido, y no apetecian mas que una ocasion oportuna para declararse en favor de la reforma. Uno de ellos era san Pedro, el cual, aunque hacia poco

que habia profesado, con el fervor de su grande espíritu se habia adelantado á los demás. Luego que entendió las facultades que tenia del general el padre Villacreces para admitir al nuevo método de vida á todos los que quisiesen profesarla, se fué á verle, le comunicó sus intentos, y le pidió ardientemente que le llevase consigo. El reformador, viendo la excelente índole de aquel jóven, sus adelantamientos en la virtud, y las grandes esperanzas que ofrecia de mayores medras, le admitió con mucho gusto como un don que el cielo le ofrecia para cimentar sobre sólidas virtudes el edificio de su reforma. Regalado, por su parte, quedó igualmente consolado, mirando á Villacreces como á un ángel que Dios le habia enviado para satisfaccion de su espíritu y santificacion de su alma. Habiendo llegado al eremitorio, se desnudó del hábito de claustral, y se vistió el saco de la nueva reforma, profesando en manos de su bendito maestro todo el rigor de la observancia segun la regla primitiva de san Francisco. Once años permaneció en este lugar el santo, dedicado á todos los ejercicios de las virtudes, y empleado en las mayores austeridades. Su pobreza era suma, pues algunas veces llegó hasta faltar aceite para la lámpara del Santísimo; su comida se reducia á algunas legumbres, pocas en cantidad, y mal condimentadas; la oracion era continua, los ayunos sin interrupcion, y las penitencias ásperas y multiplicadas. Observó por muchos años las nueve cuaresmas que llaman de san Francisco, en que se comprendia la mayor parte, ó por mejor decir casi todo el año; y de los dias que le quedaban libres destinaba muchos al ayuno de pan y agua, sin que jamás se permitiese la condescendencia de una lijera colacion por la noche.

Con la continuacion en orar llegó á tan alto grado de contemplacion, que en ella era alimentado su es-

píritu con extraños regalos del cielo. Padecia frecuentemente raptos ó éxtasis, y eran tan vehementes, que le vieron muchas veces levantado en el aire, siguiendo lo terreno de su cuerpo la misma direccion que llevaba su espíritu. A estos éxtasis acompañaba una circunstancia maravillosa, y era el rodearle un resplandor tan claro y luciente, que, aunque fuese de noche, parecia que era de dia; y los que estaban lejos llegaron á juzgar alguna vez que ardia el convento de Abrojos, y fueron atropelladamente cargados de agua é instrumentos para apagar el incendio. En medio de tanta sublimidad de espíritu, no dejaba de atender á las cosas mas bajas y menudas; no habia ocupacion humilde, ni ejercicio trabajoso y despreciable en que no fuese el primero; y tan risueño se veia su semblante cuando barria el convento, ó andaba de puerta en puerta solicitando de la piedad de los fieles el alimento para sus hermanos, como cuando embebido todo en Dios disfrutaba en la oracion sus soberanos favores. Ardia su pecho en caridad por la salvacion de sus prójimos, y conociendo que para lograrla mejor seria conducente el sacerdocio, halló entre sus continuos ejercicios de piedad tiempo oportuno para estudiar la ciencia de Dios en toda su extension, hasta hacerse capaz, no solamente de ordenarse de sacerdote, sino de hacer admirable fruto en las almas por el ministerio de la palabra. En uno y otro sentia indecibles delicias su espíritu: la alegría que mostraba en la conversion de los pecadores, y la celestial dulzura que sentia su alma al consagrar el cuerpo y sangre de Jesucristo y alimentarse con tan divino manjar, manifestaban claramente que, aunque Pedro vivia en carne mortal, estaba por su fervor transformado en ciudadano del cielo.

Por este tiempo fué Dios servido de coronar los grandes merecimientos del santo Villacreces, lleván-

dole á gozar de su gloria; y habiéndose juntado los religiosos de los dos eremitorios, el de Aguilera y el de los Abrojos, para elegir vicario, todos de comun consentimiento eligieron á san Pedro, que brillaba entre los demás por sus virtudes como el sol entre las estrellas. Aceptó el gobierno como una carga que Dios ponia sobre sus hombros para que la llevase en beneficio de la religion y de sus hermanos; y así rigió como un padre benigno que ama á sus hijos, aun cuando la justicia y el mismo amor le obligasen á corregir sus defectos por medio del castigo. Era manso, dulce y benigno con los humildes y apocados; pero duro, severo é inexorable con los soberbios y contumaces. Iba delante de todos con su ejemplo, para que á ninguno le fuese pesado el rigor de la observancia. Jamás caminó sino á pié y descalzo, sin omitir por esto los ayunos acostumbrados, ni dispensarse de la oracion, largos rezos y multiplicadas fatigas. Defendió con teson y constancia los derechos de la nueva reforma, acometida desde sus principios por muchos emisarios del comun enemigo que procuraba su destruccion, rezeloso de los grandes perjuicios que con el tiempo le habia de causar. Con este motivo padeció deshonras, calumnias y persecuciones las mas sangrientas; pero cimentado bien en la humildad, y siguiendo el ejemplo de aquel que dió su vida en una cruz por sus ovejas, lo toleró todo con suma paciencia, y prevaleció su constancia contra las astucias del dragon infernal.

En medio de los peligrosos cuidados de la prelacía, no desatendió un punto el principal de su propia santificacion; bien cierto, que de nada le serviria ganar todo el mundo si padecia el menor detrimento su alma. Fortaleció esta con el escudo inexpugnable de todas las virtudes; pero en las que mas sobresalia su agigantado espíritu eran las tres teologales,

como base y fundamento de todas las demás. Su fe era tan viva, que jamás llegó á persuadirse que podia accidente alguno de la tierra turbar la serie de tantas ocupaciones como se habia impuesto, para continuar y propagar la santa observancia. Dios mismo la premió diferentes veces con repetidos milagros, haciendo que en el breve espacio de una hora pudiese andar en ayunas, á pié y descalzo, catorce leguas, para cumplir en diversos lugares con las obligaciones de su ministerio. Su confianza en Dios era firme, y cual podia prometerse de su viva fe; y así sucedió que, teniendo necesidad de pasar del eremitorio de Abrojos á algun sitio vecino para ejercitar la piedad, no dudó en extender su capa sobre las aguas del Duero, y pasar sobre ella al otro lado. Pero en lo que mas resplandeció este gran siervo de Dios, fué en la sublime virtud de la caridad para con Dios y sus prójimos. Las obras maravillosas que con estos ejecutaba, manifiestan claramente el incendio que ardia en su pecho. En cualquiera parte que encontrase á algun necesitado, le abrazaba, le consolaba, y no le dejaba ir hasta haber remediado enteramente su miseria. Si por casualidad encontraba algun pobre enfermo en el camino, le levantaba con sumo agasajo, le ayudaba y sostenia; y si no podia andar, le ponia sobre sus hombros, y le llevaba al convento. Allí le disponia toda suerte de medicinas y regalos hasta que recobraba la salud, y quedaba muy contento y satisfecho con besar los piés y abrazar muchas veces caritativamente á aquel pobre que tan vivamente le representaba al mismo Jesucristo. Compadecíase en extremo de los leprosos, á quienes asistia y curaba con mas esmero, besaba sus asquerosas llagas, y muchas veces premió el cielo este fervor de su ardentísima caridad, sanando milagrosamente á aquellos infelices. Pero semejantes mara-

villas se habian ya visto patentemente por todos, en confirmacion de lo gratas que eran á Dios las limosnas y obsequios que este santo varon empleaba en el socorro de los menesterosos.

Estaba el santo empleado en el oficio de portero en el convento de Abrojos; y como su corazon compasivo no podia ver una necesidad sin procurar inmediatamente remediarla, era tanta la limosna que daba, que llegaron los religiosos á murmurar de él, y solicitar del guardian que pusiese oportuno remedio. Entre los muchos infelices, se señalaba por su desolacion y su miseria una pobre viuda destituida de todo auxilio humano, y con la carga de tres hijos pequeñuelos, que aumentaban su dolor y su miseria. Un dia fué esta pobre á pedir limosna á la hora de comer: advirtieron todos los religiosos que estaban en el refectorio, que Regalado tomó con grande precipitacion muchos pedazos de pan y de carne, y echándolos en la falda del hábito, iba á salir hácia la portería. Entonces el prelado le mandó detenerse delante de todos, y le dijo: *Gran priesa llevais, fray Pedro; ¿qué es eso que teneis en la falda?* Turbóse el santo algun poco, conociendo el principio de donde nacia la pregunta; pero vuelto en sí, respondió: *Padre, llevo rosas para darlas á una pobrecita que tiene de ellas necesidad. — Mostradlas al punto,* replicó el guardian. Entonces el bendito religioso, lleno de un santo pudor, abrió la falda, y vieron todos con admiracion convertidos en rosas los pedazos de carne y pan que ellos mismos habian visto antes con sus ojos. Admiraron la bondad de Dios, que tan maravilloso se manifiesta en sus siervos; le dieron infinitas gracias por un hecho tan milagroso, y vuelto á él el prelado, le dijo: *Id, Padre, en el nombre del Señor, y dad esas rosas á la pobre que las necesita; y no solamente eso, sino dad cuanto fuere vuestra voluntad.*

que para eso nos lo concede liberalmente la divina beneficencia.

Una de las muchas gracias con que le adornó el cielo en premio de su santa vida, fué el don de profecía, con el cual decia de antemano los sucesos futuros, y veia las cosas que estaban muy distantes de su presencia. Una noche estaba con sus religiosos cantando los maitines, y concluidos, mandó que se vistiesen algunos ministros las sagradas vestiduras, y precedidos de la cruz y del acetre, los llevó á la ribera del rio Duero que pasa por allí cerca. Admiraban los religiosos una determinacion tan extraña por todas sus circunstancias; pero poco despues de haber llegado á la orilla del rio, cesaron sus dudas y creció su admiracion, viendo venir por el rio, y hácia la parte en que estaban, el cadáver de una mujer, que por defender su castidad se habia precipitado en las aguas. Sacáronlo, y le dieron honrosa sepultura, alabando á Dios que tales cosas habia revelado á su siervo, pues era imposible que se supiese el caso por ningun medio humano. En otra ocasion mandó tocar á comer, y que fuesen los religiosos al refectorio, no obstante que el dispensero le habia certificado de que no habia ni un bocado de pan. Pero apenas se sentaron, despues de bendecir la mesa, cuando llamaron á la portería; acudió el portero, y encontró una mula cargada de pan y de otros comestibles; y habiéndolos conducido al refectorio, quiso recoger la caballería para cuidarla; mas fué en vano, porque por mas diligencias que practicó para hallarla, jamás pudo encontrar rastro alguno del camino que habia tomado, ni saber de donde habia venido. Seria cosa muy prolija referir todos los portentos que obró la divina omnipotencia en recomendacion de la gran virtud de este santo. Basta saber que llegó á extenderse tanto su fama, que aun en las partes mas re-

motas se encomendaban las personas piadosas a sus oraciones en los mayores conflictos, sin que dejasen las mas veces de conseguir un éxito feliz.

Lleno ya de virtudes y merecimientos, macerado su cuerpo con indecibles penitencias, enriquecido su espíritu con los dones del Espíritu Santo, y habiendo gobernado con admirable rectitud y prudencia hasta consolidar la reforma, quiso Dios llevar á nuestro santo á gozar el premio debido á sus trabajos. En el año de 1456, al principio de la cuaresma, cayó en una enfermedad peligrosa, de la cual luego entendió que habia de morir. Contristábanse sumamente los religiosos por la pérdida de un tan ejemplar y tan santo padre; solo él estaba con el rostro alegre, consolándolos en su justo dolor, y exhortándolos continuamente á la constancia en el rigor comenzado. Uno de los accidentes de su enfermedad era un hastío á todo género de comida, que le hacia casi imposible tomar alimento. Deseoso el médico, por el amor y veneracion que le tenia, de encontrar alguna vianda que le fuese grata, le preguntó un dia si comeria una codorniz. Respondió el santo que sí; pero esta respuesta contristó mas á todos, porque en aquel tiempo era poco menos que imposible poder satisfacer su apetito. Pero Dios, que queria glorificar á su siervo de diversas maneras, hizo que al salir el médico del convento, le viniese á la mano una, á la cual acosaba el milano. Cogióla, y se fué muy contento á encontrar al santo, lisonjeándose de que ya habia hallado con que satisfacer su apetito, y prolongar su vida. San Pedro tomó la codorniz, y haciéndola muchas caricias, y componiéndola las plumillas que tenia espeluznadas, dijo: « Preciosa avecita, Dios te ha librado de las uñas crueles de tu enemigo, ¿y será razon que mueras ahora en las mias? No, de ninguna manera; anda y alaba á aquel que te crió,

y que te libró de la muerte.» Y diciendo esto la echó á volar, admirando todos la dulzura de su genio, y aquella generosidad con que preferia la vida de una ave á su propia conveniencia. Entre tanto la enfermedad se iba agravando de modo que conoció que estaba su muerte muy cercana. Dispúsose para ella con el santo sacramento de la confesion, y pidiendo perdon á sus hermanos con muchas lágrimas de los defectos que les pudiesen haber servido de escándalo ó de molestia. Despues recibió con suma devocion el santísimo sacramento de la Eucaristía; y queriendo los religiosos administrarle el de la extremauncion, el santo, que veia con iguales ojos lo presente que lo futuro, les mandó que esperasen á que viniese el obispo de Palencia, que á la sazon era don Pedro de Castilla, sobrino del rey don Pedro, á quien Dios habia inspirado para que fuese á hacerle este último honor. El suceso acreditó la verdad de la profecía; pues de allí á poco llegó el obispo, y le administró la extremauncion. Hecho esto, mandó á sus religiosos que rodeasen la pobre cama en que yacia, y rezasen las oraciones y salmos que para este fin tiene la Iglesia; y mientras ellos, llenos de fervor y anegados en lágrimas, recomendaban el alma de su santo padre, este levantó las manos al cielo, y diciendo, *en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, le entregó en manos de su Criador con suma tranquilidad. Murió el dia 30 de marzo del año expresado y á los sesenta y seis de su edad; y su cuerpo fué sepultado en el sepulcro comun de los demás religiosos, como él lo habia pedido con muchas ansias antes de morir, rezeloso de que los religiosos quisiesen hacerle alguna distincion.

Pero Dios, á cuyo cargo está el cuidar de que sean honrados y venerados sus siervos, le ensalzó con tantos y tan estupendos milagros, que por su mul-

titud no permiten referirse aquí. Muchos que habian muerto violentamente ó de enfermedad, recobraron la vida poniéndose sus cadáveres sobre el sepulcro del santo. Iguales beneficios recibieron cojos, mancos, ciegos, tullidos, apestados, heridos y enfermos de cualquiera peligrosa dolencia; de manera que ninguno llegaba á implorar su proteccion á su sepulcro, que se fuese desconsolado. Un dia se llegó un pobre á pedir limosna al portero, el cual le dijo que no tenia nada para darle. Fuése el pobre al sepulcro de san Pedro, y oró así: *¡O santo varon! Si tú vivieras hoy dia, no saldria yo de aquí desconsolado y sin limosna para no perecer de hambre.* Al decir esto, ¡ó misericordia de Dios! se abrió el sepulcro, y alargando el santo la mano, dió un pan á aquel infeliz, que fué por todas partes pregonando la maravilla. A este tenor eran tantas las que Dios obraba por su siervo, que solamente en los seis meses primeros despues de su muerte, se justificaron ciento veinte y ocho milagros, por deposicion de las personas que fueron á dar gracias, ó á presentar sus votos por los beneficios recibidos.

Treinta y seis años permaneció el cuerpo de san Pedro en el lugar humilde en que habia sido enterrado; pero fué glorificado con gran copia de milagros, y honrado por él gran concurso de gentes de todas jerarquías que concurrian á implorar su patrocinio y venerar sus reliquias. Reyes, príncipes, prelados, pueblos enteros se veian ir continuamente publicando la santidad de san Pedro, y pidiendo que su cuerpo fuese trasladado á mas decente sepulcro. Pero esto no se verificó hasta el año de 1492, dia 15 de mayo, en que habiéndose construido un magnífico sepulcro de alabastro de órden de la reina Isabel, en la capilla mayor, al lado del evangelio, se desenterró el sagrado cadáver, y se trasladó allí con gran pompa y

aparato, asistiendo á la procesion la misma reina, muchos obispos y grandes, y el clero y religiosos de los pueblos circunvecinos. Al tiempo de hacer la exhumacion, se hallaba presente la reina Isabel, que á este efecto habia acudido desde Granada despues de su conquista, dejando allá al rey para cuidar de la ciudad, mientras ella daba gracias á Dios por la victoria. Sin embargo de que el lugar en que estaba sepultado era sumamente húmedo, hallaron el cuerpo entero é incorrupto, fresco y flexible, y el olor fragantísimo que exhalaba se difundió por el convento, y aun por los campos vecinos. Admirada la reina de aquella maravilla, y deseosa de que el rey su marido la viese y alabase á Dios en sus santos, mandó que le cortasen una mano para enviársela por reliquia á su esposo. Ejecutóse así, y salió la sangre tan fresca y encarnada como si estuviera vivo, recogiéndola en lienzos que empaparon en ella, y que se conservan en el convento de Aguilera entre las mas preciosas reliquias. Con estos portentos creció la fama de su santidad tanto, que hasta los reyes, príncipes, arzobispos, nuncios apostólicos, y el rey Felipe III, con su esposa Margarita de Austria y el príncipe heredero, fueron á visitar al santo, é implorar su favor en los sucesos calamitosos, recibiendo siempre los premios debidos á su fe y á tan piadosos actos de religion. No omitieron los religiosos diligencia alguna para justificar en la forma debida, tanto la veneracion y culto que tributaban los fieles á este gran siervo de Dios, como los innumerables prodigios y milagros que por su intercesion hacia Dios cada dia; y hallando el santo padre Urbano VIII que uno y otro correspondia á la informacion que se hizo de sus heróicas virtudes, le declaró santo en 24 de junio del año de 1683. Celébrase su fiesta con oficio y misa propia, por decreto de Ino-

cencio XI, expedido á 13 de mayo, que quiso que todos los fieles gozasen el consuelo de tener en el discurso del año un dia destinado á la invocacion de este gran penitente, de este ejemplo de prelados y norma de corazones caritativos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la Dedicacion de la iglesia de Santa María de los Mártires, hecha por el bienaventurado papa Bonifacio IV, quien, despues de haber purificado este antiguo templo dedicado á todos los dioses con el nombre de Panteon, lo consagró en honor de la bienaventurada siempre Vírgen María y de todos los mártires, en tiempo del emperador Focas.

En Constantinopla, san Mucio, presbítero y mártir, que, despues de haber padecido mucho por defender el nombre de Jesucristo en la ciudad de Anfípolis, bajo el procónsul Laodicio y el emperador Diocleciano, llevado de allí á Bizancio, fué decapitado.

En Heraclea, santa Gliceria, nacida en Roma, martirizada en tiempo del emperador Antonino y del presidente Sabino.

En Alejandría, la conmemoracion de muchos santos mártires, que fueron muertos por los Arrianos en la iglesia de san Teonas en odio de la fe católica.

En Maestric, san Servasio, obispo de la iglesia de Tongres, cuyo mérito manifestó Dios, porque cuando toda aquella comarca estaba cubierta de nieve en el invierno, jamás llegó á cuajarse encima de su sepulcro, hasta que los habitantes edificaron sobre él un templo.

En Palestina, san Juan el Silencioso.

En Valladolid, san Pedro Regalado confesor, del órden de Hermanos Menores, restaurador de la disciplina regular en los conventos de España, al cual canonizó el papa Benedicto XIV.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui dilectum famulum tuum Petrum, carne mortificatum, ad delicias gloriæ tuæ assumere dignatus es: concede propitius, ut ad delectationes, quæ in dextera tua sunt usque in finem, meritis ejus et intercessione pervenire valeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que te dignaste llevar á gozar de las delicias de tu gloria á tu amado siervo Pedro, despues de las mortificaciones que en su cuerpo habia sufrido: concédenos, misericordioso Señor, que por sus méritos é intercesion podamos llegar á las eternas delicias que nos teneis preparadas para siempre á vuestra diestra. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31 *de la Sabiduría, y la misma del dia* XII, *pág.* 304.

REFLEXIONES.

Bienaventurado el varon, dice el Espíritu Santo, *que fué encontrado sin mancha.* ¡Qué diverso lenguaje el que usa Dios del que usa el mundo, cuando se trata de definir la verdadera felicidad de los hombres! Dios llama dicha á todo aquello que por lo comun es mirado del mundo con tedio, con temor, con aborrecimiento. El padecer persecuciones, el estar consumido y abismado por la pobreza, el alimentarse con el pan de la tribulacion y de las lágrimas, en una palabra, el ser objeto de la contradiccion del mundo y de su desprecio, es felicidad y bienaventuranza segun el espíritu de Dios. Así clama de continuo en las sagradas Escrituras: Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que son perseguidos, y bienaventurados los que fueron hallados sin mancha. Por el contrario, el mundo no encuentra felicidad sino en las riquezas, en los deleites, en los pasatiempos, y en un tenor de vida libre de toda mortificacion y

miseria. Llama felices á los príncipes poderosos, á los astutos ministros, á los grandes orgullosos, á las mujeres mundanas, y á todos aquellos que sirven sin reserva á la ambicion, á la avaricia, ó á la torpeza. Bienaventurados, dice, los ricos que con un metal encantador se proporcionan la satisfaccion de todos sus deseos; bienaventurados los que rien en el festin, en el pasatiempo, celebrando con burlas y chocarrerías el contratiempo de su enemigo, el infortunio sobrevenido á su rival, y las miserias de todos; bienaventurados, en fin, aquellos que jamás vieron el ceñudo rostro á la tribulacion, ni corrieron sus lágrimas por otro motivo que por un exceso de alegría; siempre contentos, siempre abastecidos, siempre servidos y celebrados de todos.

Pero ¿quién tendrá razon, quién calificará las cosas segun son en sí mismas, sin trocar las ideas ni hacer una confusa mezcla de la mentira y la verdad? ¿Quién será el que nos dé una instruccion sólida sobre nuestra verdadera felicidad, Dios, ó el mundo? Si fueran nuestras pasiones las que hubiesen de dar respuesta á estas preguntas, desde luego se declararian en favor de este último. Pero si se consulta la razon y la experiencia, se hallará que Dios, que es verdad por esencia, y que nos amó hasta el punto de dar á su Hijo unigénito por nuestra redencion, es el único que nos dice la verdad, y el que nos señala el camino verdadero para conseguir la bienaventuranza. *Si por casualidad*, dice san Agustin (1), *teneis riquezas, honores, ó dignidades, no penseis que sois por esto felices. Para el que sabe alegrarse en el Señor, y entiende cuál es el fin y paradero de las cosas de este mundo, su felicidad no es honor, sino peso.*

El evangelio es del cap. 12 *de san Lucas, y el mismo que el dia* XII, *pág.* 307.

(1) Serm. 301.

MEDITACION.

SOBRE LAS DIVERSIONES Y COMPLACENCIAS DE ESTA VIDA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, segun el dictámen del angélico doctor santo Tomás, las diversiones y alegrías de este mundo son para el cristiano lo mismo que para un enfermo las medicinas.

Tres condiciones debe tener una medicina para conseguirse el efecto deseado : debe no ser nociva, no ser peligrosa, ni demasiadamente continua; pues de la misma manera ha de ser la diversion. En primer lugar debe carecer de todo pecado; porque si no se puede lograr sin cometer ofensas contra Dios, ya es contraria al fin para que se elige, que es la moderada recreacion del ánimo. Considera, pues, ¿cómo podrán serte lícitas aquellas conversaciones en que se desenfrena la libertad para murmurar de tu prójimo, ridiculizar sus acciones y censurar su conducta? ¿Cómo puedes dar el nombre de diversion á la lectura de ciertos libros impíos ó escandalosos, que debilitan la fe, minoran el respeto y reverencia que se debe á las cosas sagradas y divinas, y llenan el corazon de una obscena ponzoña, que envenena la honestidad y las costumbres? ¿Cómo te será lícito divertirte en aquella tertulia, á que concurren personas profanas, que con su aspecto y conversaciones libres te contaminan, te escandalizan, y dan con tu inocencia en un precipicio? Semejantes diversiones son realmente una sentina de culpas, y por tanto ilícitas al cristiano.

En segundo lugar deben no ser peligrosas; porque escrito está que el que voluntariamente se pone en el

peligro, perecerá en él. Jamás llegan los hombres á la demencia de poner en peligro la vida por adquirir alguna mayor robustez en el cuerpo; ni habrá enfermo tan inconsiderado que tome un vaso de medicina sabiendo que tomándola puede correr su vida gran peligro, mayormente si sabe que no hay necesidad alguna de tomar precisamente aquella medicina, sino que hay otras varias inocentes con las cuales no peligra su salud. Así obran los hombres respecto de la vida temporal: ¿y seremos tan necios, que sigamos diversa conducta cuando se trata de la vida eterna? Por una diversion momentanea y pasajera, ¿será justo que se ponga esta en peligro? ¿No es una necedad criminal, habiendo tantas diversiones inocentes con que recrear el ánimo de las fatigas que te causan las indispensables obligaciones de tu estado, elegir precisamente aquellas en que pones tu vida eterna en peligro? Examina tu conciencia; repasa tu vida; pregunta á tu misma experiencia, ¿qué fruto sacaste de tales y tales diversiones? Acuerdate si despues de ellas tuviste que llorar á los piés del confesor la pérdida de la divina gracia, y recuperar con ayunos y arrepentimientos lo que en pocos minutos te robó una risa pasajera, y una diversion desarreglada y peligrosa. En una palabra, siempre que expongas á algun detrimento tu alma, siempre que en la diversion haya algun secreto veneno que vaya poco á poco resfriando tu devocion, llevándose el tiempo destinado á piadosos ejercicios, retrayéndote de la continuacion de los actos virtuosos en que te habias ejercitado, ó seduciendo de otra cualquier manera tu corazon para que caiga en la deshonestidad, en la avaricia, en la impiedad, en la indevocion, ú otro lazo de Satanás, la tal diversion es peligrosa, y de consiguiente debes huirla.

Mas supongamos que es tal, que ni tiene en sí

culpa, ni en ella ha encontrado tu conciencia peligro. Todavia te resta otro inconveniente que evitar, y es el de la inmoderada continuacion. Un poco de diversion, decia Aristóteles, basta para reparar la vida, así como un poco de sal es suficiente para condimentar los alimentos; y otro gentil, Ciceron, decia que se ha de usar de los juegos y recreaciones como del sueño con parsimonia. Los remedios dejan de serlo, y aun llegan á ser venenos verdaderos, cuando se toman en una cantidad excesiva. De la misma manera las diversiones dirigidas á la recreacion del ánimo, dejan de ser útiles cuando se frecuentan demasiado, ó en ellas se consume una considerable y preciosa parte de tiempo. Siendo esto así, ¿qué juicio podremos hacer de aquellos hombres disipados, que parece no han nacido para otra cosa que para emplearse en diversiones continuas? ¿Cómo podrán tener sus conciencias tranquilas aquellas mujeres, que, aunque no dan entrada á los excesos contrarios á la honestidad, desean y procuran que se sucedan sin interrupcion las diversiones y pasatiempos? ¡Es posible que un cristiano no ha de encontrar gusto y alegría sino en disipar lastimosamente las horas destinadas á merecer la eterna bienaventuranza! ¡cuán digno es de compasion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera los daños que nacen de las diversiones mas comunes que se estilan en la sociedad, cuales son el juego, los festines y el baile.

Ellos son, á la verdad, tantos en número y de tanta trascendencia, que solamente la falta de consideracion puede hacer que los hombres se entreguen á semejantes diversiones. Porque, ¿qué vicio falta donde llega á encenderse la pasion al juego? Poco á

poco entra dominando la avaricia : esta se apodera del corazon, y ahuyenta de él la amistad, la honestidad, la decencia, el cuidado solícito de las obligaciones : ¿qué mas? hace que el jugador traspase todas las leyes del amor que prescribe la naturaleza, y los derechos supremos debidos á la divinidad. Aunque al principio te sientes á la mesa de juego con indiferencia, con desinterés y con intencion determinada de no hacer mas que recrear el ánimo, dentro de poco advertirás que se va encendiendo el fuego de la avaricia, y que consume aquellos racionales propósitos.

A esto se añade, que entre los jugadores nunca deja de haber rabia y desesperacion, y de consiguiente todos los desórdenes que á esto se siguen. Las palabras obscenas suelen pasar con el nombre de chistes y gracias; las blasfemias y maldiciones se tienen por desahogos tolerables en aquel que pierde; la buena fe padece sus heridas cuando se declara la suerte en favor de la avaricia; el temor, la esperanza y mil afectos contrarios despedazan el corazon y envuelven el alma en un abismo de confusion y de delitos. Si pierdes, disipas los bienes que te concedió el cielo para la manutencion de tu familia; reduces tal vez á tu inocente mujer y á tus tiernos hijos á una estrechez y miseria vergonzosa; descuidas entre tanto su educacion y la de tus criados; te pones en peligro de cometer mil ruindades y bastardías, y te quedas con el eterno pesar de haber aventurado á un ciego golpe de fortuna lo que ganaste con tantos cuidados, sudores y fatigas. Si ganas, eres ocasion de producir en otra familia estos mismos males : luego de cualquier manera, el juego en que aventures sumas considerables, no solamente es peligroso, sino que es ilícito, es injusto, es execrable.

Igual juicio se puede hacer, sin peligro de en-

gañarse mucho, de aquellas diversiones conocidas con el nombre de festines. ¡Dios inmortal, cuántos desórdenes, cuántos excesos, cuántas abominaciones y delitos en lo que se reputa por una diversion! ¿Acaso pretenderás engañarte diciendo que tú no vas allí por ningun fin torcido, y que la caridad te enseña que debes juzgar lo mismo de tu prójimo? Pero esto no es otra cosa que una ilusion especiosa con que se procuran cohonestar los excesos de las pasiones. Atiende sino á las obras de cada uno, y juzga despues de los fines que pudieron proponerse antes de ejecutarlas. ¿No procura toda mujer presentarse con los adornos que mas hagan resaltar su natural hermosura? ¿No se emplean con profusion caudales, tiempo, artificios, y cuanto tiene la naturaleza de precioso para lograr este efecto? Los hombres, por su parte, ¿no se previenen solícitos de todos los atractivos que conocen pueden hacer impresion en los corazones débiles? ¿Cada persona no es un objeto de escándalo, que se tiene por inútil cuando no ha logrado enredar en sus lazos alguna de las almas que tuvieron la desgracia de asistir á tan inicua asamblea? ¿No se ve palpablemente andar por toda la sala del festin la palabra obscena, la vista provocativa, la accion torpe, el movimiento lúbrico, la risa descompuesta, la chanza licenciosa, la solicitacion, la murmuracion, la deshonestidad y todos los monstruos del abismo? No se puede negar esto, ni que el festin es el medio mas oportuno de que se vale el comun enemigo, para dar en tierra con aquella virtud que no pudo derribar de otro modo. En esta materia sabe que obran de concierto con él todos los cristianos; unos ensanchando el Evangelio para hacer que permita un género de divertimientos, en que peligran las almas; otros persuadiéndose neciamente que los consejos de los padres espirituales, y las amenazas de los ministros de

Dios, nacen mas de la severidad de su genio, que de los preceptos de la moral; otros excitando, otros solicitando, otros consintiendo que la matrona honrada y la inexperta doncella vayan á poner su inocencia en un manifiesto peligro; y todos, finalmente, contemporizando con los designios de aquel infernal dragon que, segun la expresion de san Pedro, anda continuamente al rededor de nosotros con deseos de devorarnos. En vista de estos daños tan atroces, ¿podrá un cristiano aventurar en tales diversiones una alma cuya redencion costó á Jesucristo verter toda su sangre, y morir en una cruz?

JACULATORIAS.

Lætabor et exultabo in te, psallam nomini tuo, Altissime. Salm. 9.

¡O altísimo y amabilísimo Dios mio! mis complacencias y regocijos serán siempre en tí, y en ensalzar tu santo nombre.

Non sedi in concilio ludentium, quoniam comminatione replesti me. Jerem. 15.

Movido, Señor, de tus justas amenazas, ni me senté, ni me sentaré jamás á la mesa de los que consumen en juegos ilícitos el tiempo destinado por vos á labrar la corona de la bienaventuranza.

PROPOSITOS.

Las honestas y moderadas recreaciones no están prohibidas ni por el Evangelio, ni por ninguna otra ley divina ni humana. No hay teólogo tan severo, que no admita la virtud llamada en la filosofía moral *eutrapelia*, la cual conserva un medio entre la vida demasiadamente triste y austera, y aquella que no es otra cosa que una continua sucesion de diversiones y alegrías; de manera que el oficio de esta virtud es

arreglar los divertimientos y recreaciones, segun las reglas de la honestidad, y los dictámenes de la razon. Dios nuestro Señor, que conoce perfectamente nuestra flaqueza, como que es una de las penas que impuso á la primera transgresion, sabe que no somos capaces de estar siempre en un trabajo no interrumpido. Su misericordia se apiadó de nuestra miseria, concediéndonos algun tiempo para emplearlo en descansar de nuestras fatigas, reparar las fuerzas perdidas, y cobrar nuevo vigor para los ejercicios futuros. De aquí nace la consecuencia de que las honestas recreaciones nos son lícitas por la ley de la necesidad, que es la suprema entre todas las leyes.

Pero de esto mismo se deduce tambien, que el hombre afeminado, el ocioso, el que sigue continuamente los usos y costumbres del mundo, ya estando siempre en una vergonzosa inaccion, ya empleando su vida en juegos, festines y espectáculos, no puede lícitamente consumir tiempo alguno en divertirse; y de consiguiente, cada diversion para este, aunque ella por sí sea inocente, es pecaminosa. La razon es manifiesta; pues siendo las diversiones, segun santo Tomás, una especie de medicina concedida únicamente para reparar las fuerzas perdidas con el trabajo, es claro que no puede ni debe tomarla el que de ninguna manera puede reputarse por enfermo de esta clase, puesto que siempre está ocioso. Y así, aun el uso de las diversiones lícitas le es nocivo é ilícito, por causa de que su intencion está continuamente dañada. Se infiere igualmente, que las diversiones peligrosas, aunque puedan reparar las fuerzas realmente perdidas en el trabajo, no son lícitas, porque ponen en peligro la salud del alma, que debe preferirse á la misma vida. Ultimamente se infiere que toda diversion que es contraria á su fin, ó por su naturaleza, ó por sus circunstancias, esto es,

porque está prohibida por las leyes, como los juegos de envite, ú otros semejantes, ó porque por el exceso de la cantidad que se aventura, por la pérdida del tiempo, por el descuido de las obligaciones, por los peligros ó escándalos, llega á ser frecuentemente nociva á la conciencia, no es de ninguna manera lícita.

Padres y madres de familias, que no contentos con la ruina que causais en vosotros mismos, y con descuidar la buena educacion de vuestros hijos y criados, exponeis la inocencia y suerte de unas jóvenes inexpertas, conduciéndolas á los festines para que sean el cebo de las insolentes miradas, y para que por su parte sientan en el tierno pecho todo el fuego de la vanidad y de la concupiscencia, mirad lo que haceis; y ya que no tengais piedad de vuestras almas, tenedla á lo menos de aquellas inocentes, que perecen las mas veces, no tanto por exceso de malicia, como por defecto de instruccion y experiencia. Todos los hijos se persuaden que caminan seguros siguiendo los consejos y ejemplos de sus padres: por tanto, estos serán responsables de sus vicios y deslices; las madres de familias habrán de dar cuenta á Dios, no solo de los escándalos que ocasionaron con la vanidad propia, sino de los que causan sus hijas, de quienes son directoras y maestras.

DIA CATORCE.

SAN BONIFACIO, MÁRTIR.

Hácia el principio del cuarto siglo, bajo el imperio de Galerio Máximo, se admiró en la Iglesia una de aquellas extraordinarias conversiones que obra algunas veces la mano poderosa del Señor para animar

la confianza de los pecadores, y para descubrir al mismo tiempo á los hombres los tesoros de sus misericordias.

Habia en Roma una dama jóven, noble, rica y poderosa, llamada Aglae, hija de Acacio que habia sido procónsul, de familia senatoria, la cual estaba tan entregada al fausto y á la vanidad, que solia dar al pueblo juegos públicos, cuyos gastos costeaba ella misma. Era á la verdad cristiana, pero desacreditaba el nombre y la profesion con su desarreglada vida. Ocupada toda del espíritu del mundo, se entregaba totalmente á las diversiones, hasta tocar la raya de la disolucion, con grande escándalo de todos los fieles.

Tenia comercio ilícito con su mismo mayordomo, jóven de bella disposicion, pero dado al vino y á todos los demás desórdenes. Llamábase Bonifacio, y aunque era tambien cristiano, lo era solo de nombre, deshonrando la profesion, igualmente que su ama, por la disolucion de sus costumbres. En medio de estos defectos, se notaban en él tres buenas prendas: compasion de los miserables, caridad con los pobres, y hospitalidad con los extranjeros.

Hacia mucho tiempo que traia una vida muy desordenada, cuando el Dios de las misericordias mudó su corazon con la conversion de la misma que le habia pervertido. Movida Aglae de una poderosa gracia interior, abrió los ojos para conocer sus desórdenes, y espantada con la vista del número y de la gravedad de sus pecados, despedazado el corazon de dolor, resolvió aplacar la ira de Dios con sus limosnas y con una pronta penitencia.

A la conversion de Aglae se siguióinmediatamente la de Bonifacio, y ambos repararon con ventaja el escándalo que habian dado á los fieles, con la mudanza de su vida y con sus grandes ejemplos. Comenzó Aglae haciendo á Dios un generoso sacrificio

porque está prohibida por las leyes, como los juegos de envite, ú otros semejantes, ó porque por el exceso de la cantidad que se aventura, por la pérdida del tiempo, por el descuido de las obligaciones, por los peligros ó escándalos, llega á ser frecuentemente nociva á la conciencia, no es de ninguna manera lícita.

Padres y madres de familias, que no contentos con la ruina que causais en vosotros mismos, y con descuidar la buena educacion de vuestros hijos y criados, exponeis la inocencia y suerte de unas jóvenes inexpertas, conduciéndolas á los festines para que sean el cebo de las insolentes miradas, y para que por su parte sientan en el tierno pecho todo el fuego de la vanidad y de la concupiscencia, mirad lo que haceis; y ya que no tengais piedad de vuestras almas, tenedla á lo menos de aquellas inocentes, que perecen las mas veces, no tanto por exceso de malicia, como por defecto de instruccion y experiencia. Todos los hijos se persuaden que caminan seguros siguiendo los consejos y ejemplos de sus padres: por tanto, estos serán responsables de sus vicios y deslices; las madres de familias habrán de dar cuenta á Dios, no solo de los escándalos que ocasionaron con la vanidad propia, sino de los que causan sus hijas, de quienes son directoras y maestras.

DIA CATORCE.

SAN BONIFACIO, MÁRTIR.

Hácia el principio del cuarto siglo, bajo el imperio de Galerio Máximo, se admiró en la Iglesia una de aquellas extraordinarias conversiones que obra algunas veces la mano poderosa del Señor para animar

la confianza de los pecadores, y para descubrir al mismo tiempo á los hombres los tesoros de sus misericordias.

Habia en Roma una dama jóven, noble, rica y poderosa, llamada Aglae, hija de Acacio que habia sido procónsul, de familia senatoria, la cual estaba tan entregada al fausto y á la vanidad, que solia dar al pueblo juegos públicos, cuyos gastos costeaba ella misma. Era á la verdad cristiana, pero desacreditaba el nombre y la profesion con su desarreglada vida. Ocupada toda del espíritu del mundo, se entregaba totalmente á las diversiones, hasta tocar la raya de la disolucion, con grande escándalo de todos los fieles.

Tenia comercio ilícito con su mismo mayordomo, jóven de bella disposicion, pero dado al vino y á todos los demás desórdenes. Llamábase Bonifacio, y aunque era tambien cristiano, lo era solo de nombre, deshonrando la profesion, igualmente que su ama, por la disolucion de sus costumbres. En medio de estos defectos, se notaban en él tres buenas prendas: compasion de los miserables, caridad con los pobres, y hospitalidad con los extranjeros.

Hacia mucho tiempo que traia una vida muy desordenada, cuando el Dios de las misericordias mudó su corazon con la conversion de la misma que le habia pervertido. Movida Aglae de una poderosa gracia interior, abrió los ojos para conocer sus desórdenes, y espantada con la vista del número y de la gravedad de sus pecados, despedazado el corazon de dolor, resolvió aplacar la ira de Dios con sus limosnas y con una pronta penitencia.

A la conversion de Aglae se siguióinme diatamente la de Bonifacio, y ambos repararon con ventaja el escándalo que habian dado á los fieles, con la mudanza de su vida y con sus grandes ejemplos. Comenzó Aglae haciendo á Dios un generoso sacrificio

de todas sus galas y sus joyas; prohibióse todo género de diversiones, y se retiró para siempre de todas las concurrencias mundanas. A las antiguas diversiones ilícitas sucedió el ayuno, la oracion, el cilicio y otras muchas penitencias; y procurando redimir sus pecados con sus limosnas, se sepultó en un profundo retiro, determinada á pasar lo restante de su vida entre gemidos y llantos. Por su parte Bonifacio no omitia medio alguno para ser fiel á la gracia, dando cada dia nuevas pruebas de la sinceridad de su conversion.

Noticiosa Aglae de que el emperador Galerio Máximo continuaba en el Oriente la persecucion contra los cristianos, que habia cesado en Roma despues de algunos años, y que cada dia sellaba la fe con su sangre algun generoso confesor de Jesucristo, llamó á Bonifacio, y le dijo con las lágrimas en los ojos: « Bien sabes la necesidad que tú y yo tenemos de so» licitar la proteccion de los santos mártires, tan » poderosa con el Señor. He oido decir, que todos » los que sirven á los santos que combaten por Jesu» cristo, merecen que los mismos santos intercedan » por ellos en el tribunal del supremo Juez; la per» secucion es cada dia mas furiosa en el Oriente; to» dos los dias se hacen nuevos mártires; vé, pues, y » tráeme algunas reliquias; haz cuanto puedas para » presentarme el cuerpo de algun mártir, que yo le » recibiré con veneracion, y construiré en su honor » un oratorio. »

Muy gustoso Bonifacio con semejante comision, dispuso un magnífico tren para partir á desempeñarla: tomó una gran cantidad de dinero, así para comprar los cuerpos de los mártires, como para socorrer á los siervos de Dios que estaban en las cárceles, y para hacer cuantiosas limosnas á los pobres. Prevenidos, pues, doce caballos, tres literas, y

diversos aromas para embalsamar los santos cuerpos, partió para la Cilicia. Al despedirse de su ama, la dijo como por chanza : « Señora, vos me enviais á que os » traiga el cuerpo de algun mártir; si Dios me hiciera » la gracia de que diese mi vida por la fe, y os traje- » ran mi cuerpo, ¿le tendriais por reliquia? — Boni- » facio, le respondió Aglae, ya no es tiempo de chan- » zas; la corona del martirio no se hizo para tan » grandes pecadores : procura no desmerecer traer- » me el santo depósito que te encargo, y hacerte » digno de la proteccion del santo cuyas reliquias me » condujeres. »

Hicieron estas palabras grande impresion en nuestro santo. Prohibióse el uso de la carne y del vino por todo el tiempo del viaje; y juntando á esta abstinencia la continua oracion que hacia á Dios, y las copiosas lágrimas de contricion que derramaba, se iba disponiendo para la corona del martirio.

Luego que llegó á Tarso de Cilicia, envió al meson el equipaje y los criados, y él se fué en busca de algunos cristianos de la ciudad para saber lo que en ella pasaba. Muy presto le informaron sus mismos ojos; porque habiendo llegado á una gran plaza, vió en ella atormentar á los santos mártires, que eran en número de veinte. Unos estaban colgadns cabeza abajo, encima de una hoguera encendida; otros extendidos sobre cuatro palos, y horriblemente despedazados; estos descuartizados, aquellns enclavados, aserrados, empalados, azotados, casi espirando á la violencia de los golpes, y tan cruelmente atormentados, que los circunstantes, aunque por la mayor parte paganos, estaban horrorizados.

Encendido Bonifacio, á la vista de este espectáculo, en un nuevo deseo del martirio, y animado de mayor aliento, lleno de confianza en la misericordia de aquel Señor que le daba tanto espiritu, rompe por la

muchedumbre, se acerca á los santos mártires, les abraza, besa tiernamente sus heridas, y grita con esfuerzo fervoroso: « Grande es el Dios de los cristia-
» nos; poderoso es el Dios á quien adoran estos san-
» tos mártires, y por cuya gloria tienen la dicha de
» derramar su sangre. Siervos de Dios, héroes cris-
» tianos, yo os suplico que rogueis á Jesucristo por
» mí, y me consigais la gracia, aunque soy tan grande
» pecador, de que tenga parte en vuestros combates
» y en vuestro triunfo. » Arrojándose despues á los piés de los generosos confesores, besaba sus cadenas, y levantando la voz, les decia: « Buen ánimo, már-
» tires de Jesucristo; combatid por aquel que com-
» bate con vosotros; confundid á todo el infierno con
» vuestra fe y con vuestra constancia; pocos momen-
» tos os quedan para padecer; el combate es corto,
» el premio es inmenso, es eterno. »

El gobernador Simplicio, que estaba presente, habiendo advertido lo que pasaba, dió órden para que le condujesen á su tribunal, y le preguntó quién era, y qué queria decir aquella especie de entusiasmo. Yo soy cristiano, respondió Bonifacio con tono intrépido y firme, y envidio á los bienaventurados mártires la dicha que tienen de derramar su sangre por un Dios que, hecho hombre para redimirnos, dió primero su sangre y su vida por nosotros. Admirado el gobernador de aquella intrepidez, le preguntó: ¿Cómo te llamas? Ya te lo he dicho, respondió el santo: yo soy cristiano; pero si quieres saber mi nombre vulgar, me llamo Bonifacio. Muy osado eres, replicó el gobernador, pues me vienes á insultar al pié de mi tribunal y á la vista de los suplicios. Ahí tienes un altar, para que aquellos de tu religion que quisieren librarse de ellos, sacrifiquen á los dioses: sacrifica tú al instante al gran Júpiter, porque sino, voy á dar órden para que seas atormentado de mil

maneras. Puedes hacer de mi lo que quisieres, respondió el santo; pues ya te he dicho repetidas veces que soy cristiano, y no quiero ofrecer sacrificios á los infames demonios. Irritado furiosamente el gobernador con esta respuesta, le mandó apalear hasta que moliesen sus huesos; y haciendo aguzar unas pequeñas astillas, ordenó que se las hincasen entre las uñas. Era el dolor vivo y agudo, pero el santo lo toleró con un semblante risueño. Juzgando Simplicio que le insultaba con aquella rara serenidad, dió órden para que le echasen en la boca plomo derretido. Persuadido Bonifacio que este tormento le quitaria el uso de la lengua, quiso prevenirle para consagrar à Dios el último ejercicio de ella; y levantando los ojos al cielo, hizo esta devota oracion.

Te doy gracias, Señor mio Jesucristo, porque te dignaste aceptar el sacrificio que te hice de mi vida: ven, Señor, en socorro de tu siervo, perdónale todas sus maldades; sean purgadas con su sangre, y sirvale la muerte de penitencia. Fortificame con tu gracia, y no permitas que me venzan los tormentos. Acabada esta oracion, se volvió á los otros mártires, y con voz alta les dijo: *Yo os suplico, siervos de Jesucristo, que rogueis á Dios por mi.* Todos los santos mártires se encomendaron tambien á sus oraciones. Enternecióse el pueblo á la vista de este espectáculo, y Bonifacio comenzó á clamar á voz en grito: *¡O qué grande es el Dios de los cristianos! No hay otro Dios; el Dios de los mártires es el único Dios verdadero. Jesucristo, Hijo de Dios, salvadnos; todos creemos en vos, tened misericordia de nosotros.* A este tiempo el pueblo echó por tierra el altar, y comenzó á arrojar piedras contra el gobernador, que se vió precisado á retirarse y á esconderse hasta que se apaciguase la sedicion.

El santo fué conducido á la cárcel, y el dia siguiente, hallándole el juez tan firme y tan intrépido

como el anterior, mandó que le echasen en una caldera de pez y aceite hirviendo. Hizo el santo mártir la señal de la cruz sobre ella, y reventando la caldera por todas partes, salieron torrentes de pez derretida, que abrasaban á los circunstantes. Espantado el gobernador del poder de Jesucristo, y temiendo otra nueva sedicion, mandó que le cortasen la cabeza. Así purgó Bonifacio las culpas de su vida pasada, derramando su sangre por Jesucristo. A su muerte, que sucedió el dia 14 de mayo, se siguió inmediatamente un gran temblor de tierra, que atemorizó á los gentiles, y muchos se convirtieron.

En este tiempo los compañeros y criados de Bonifacio, ignorantes de lo que habia pasado, inquietos y cuidadosos, viendo que despues de dos dias no habia parecido en la posada, le andaban buscando por todas partes; y aun algunos se adelantaron á juzgar que estaria sin duda en alguna casa de juego, ó quizá en otra peor. Como andaban preguntando por un extranjero, recien llegado de Roma, de mediano talle, robusto, de pelo rubio y rizado, con una capa roja, encontraron con el hermano del carcelero, que por las señas les dijo era sin duda uno que dos dias antes habian preso por cristiano, y le habian cortado la cabeza. ¿No nos harás el favor de enseñarnos el cuerpo? le dijeron ellos. Y él les respondió: No teneis mas que seguirme, pues todavía le hallaremos en la arena.

Apenas le reconocieron, cuando llenos de admiracion, de gozo, y de arrepentimiento por los malos juicios que habian hecho, se arrojaron á sus pies, deshaciéndose en lágrimas. Entonces la cabeza del santo mártir, con un prodigio verdaderamente extraordinario, abrió los ojos, y mirándolos á todos con una halagüeña sonrisa, los llenó de compuncion y de consuelo. Despues de haber satisfecho su devocion, pidieron al oficial que les permitiese llevarse el

santo cuerpo; y lo consiguieron mediante quinientos escudos de oro que le dieron por él. Embalsamáronlo, y envolviéronlo en preciosas telas, y metiéndolo en una litera, volvieron á tomar el camino de Roma, no cesando de alabar á Dios por el dichoso fin del santo mártir.

Por este tiempo, hallándose Aglae en oracion, oyó una voz del cielo, que la dijo: *El que antes era criado tuyo, ya es hermano nuestro; recíbele como á tu Señor, y colócale dignamente, porque singularmente á su intercesion deberás que Dios te perdone tus pecados.* Levantóse prontamente, y saltando su corazon de alegria, rindió mil gracias á Dios por la misericordia que habia usado con su siervo. Rogó á algunos clérigos que la acompañasen, y salió á recibir las santas reliquias, cantando devotas oraciones por el camino, todos con velas en las manos y con prevencion de aromas. Apenas habian andado un cuarto de legua, cuando llegó el cuerpo del santo mártir. No se puede explicar la veneracion y las lágrimas de gozo con que fué recibido. Enterráronle en un terreno que era posesion de Aglae, y allí mismo esta hizo levantar un magnífico sepulcro, y algunos años despues mandó construir un oratorio. Renunció enteramente al mundo, repartió sus bienes entre los pobres, dió libertad á sus esclavos, y no teniendo consigo mas que algunas doncellas que la servian, dispuso que la hiciesen una ermita junto á la capilla del santo mártir, donde vivió todavia trece años entregada á los mas ejemplares ejercicios de devocion, y murió santamente, declarando el Señor la santidad de su sierva con muchos milagros.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Bonifacio mártir, que padeció en Tarso de Cilicia en tiempo de los emperadores Dio-

cleciano y Maximiano; su cuerpo fué llevado despues á Roma, y enterrado en la via Latina.

En Francia, san Poncio mártir, por cuya predicacion ó industria se convirtieron á la fe de Jesucristo los dos Filipos Césares; alcanzó la palma del martirio en el imperio de Valeriano y Galieno.

En Siria, san Víctor y santa Corona mártires, en tiempo del emperador Antonino. Víctor fué primeramente atormentado por el juez Sebastian con muchos géneros de suplicios, y todos igualmente horribles: entonces la mujer de un soldado llamada Corona, admirando la constancia con que sufria tan crueles dolores, principió á alabar su esfuerzo y á llamarle bienaventurado; al mismo tiempo vió caer dos coronas del cielo, la una para Víctor, y la otra para ella; y asegurando esto á todos los circunstantes, fué despedazada entre dos árboles, y Víctor decapitado.

En Cerdeña, los santos mártires Justo, Justina y Henedina.

En Roma, san Pascual papa, que hizo sacar de las grutas muchos cuerpos de santos mártires, y colocarlos honoríficamente en varias iglesias.

En Ferento en Toscana, san Bonifacio obispo, el cual, segun escribe el papa san Gregorio, floreció desde su infancia en santidad y milagros.

En Nápoles, san Pomponio obispo.

En Egipto, san Pacomio abad, que fundó en este país un gran número de monasterios, y escribió para sus monjes la regla que le habia dictado un ángel.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beati Bonifacii martyris tui solemnia colimus,

Concédenos, ó Dios omnipotente, que los que celebramos la festividad de tu bienaventu-

ejus apud te intercessionibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

rado mártir Bonifacio, seamos ayudados con su intercesion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5 de la Sabiduría, y la misma que el dia 1, *pág.* 12.

NOTA.

« El libro de la Sabiduría es sublime y persuasivo
» en muchos lugares. Inspira un profundo respeto á
» las cosas de Dios, y gran desprecio de todo lo que
» parece mas estimable en el mundo. Hace una pin-
» tura tan viva del espanto y de la desesperacion de
» los malos, cuando se vean en el tribunal de Dios,
» que quizá no hay en toda la Escritura cosa mas
» capaz de hacer una terrible impresion en los cora-
» zones. »

REFLEXIONES.

¡ Qué necios fuimos ! ¡ qué insensatos ! dicen en la hora de la muerte los mundanos, los disolutos, los carnales, los impíos. Esto se llama conocer muy tarde sus extravíos; ¿ y de qué servirá entonces ese conocimiento? ¿qué efectos produce esa confesion? Turbaciones, arrepentimientos punzantes, pero estériles, un despecho que dista poco de la rabia, y una desesperacion que es seguida de una infelicidad eterna. El que voluntariamente se quiso mantener en la ilusion y en el error, el que quiso ser insensato en la vida, se hace prudente y discreto en la hora de la muerte; pero discrecion muda, ineficaz; discrecion puramente especulativa, que llega ya muy tarde; discrecion que descubre el error sin remedio, porque ya no es tiempo. Esta discrecion tambien la tienen los demonios y los condenados en el infierno, del mismo modo que tienen aquella fe que los espanta,

que les descubre su pasada necedad, que les hace estremecer, pero no los convierte.

Verdaderamente causa grande compasion ver aquella necia seguridad, y aun aquella complacencia con que los hombres se extravían. Por poco que la voluntad y la razon estén de acuerdo en algun punto, ya no se admite ni la mas leve sospecha de error; la mayor ilusion se juzga por la mas constante verdad, y aun muchas veces por primer principio en la filosofía del mundo. De aquí nace aquella licencia de costumbres, á la verdad civilizada y cortés, pero cuya corrupcion causa tanto mayor estrago, cuanto parece menor su malicia, no causando espanto ni aun novedad.

No se habla aquí de aquellos groseros desórdenes, de aquellas disoluciones que siempre se miran con horror, que condenan todos los hombres de bien; háblase de aquellos vicios domesticados, de aquellas pasiones civilizadas, que el amor propio ha encontrado medio de hacer reinar pacíficamente aun entre gentes que hacen profesion de devotas. La pasion dominante, ese vicio favorecido de cada uno, logra de ordinario esta suerte. Ya fatigue, ya atormente, ya consuma el cuerpo, y ya desgaste el espíritu, no se la inquieta; como su dominacion es tan dulce, siempre es tranquila; se excusan, y aun se autorizan hasta sus mismos excesos. Nada mas pasmoso que los sistemas de bondad, de honradez y aun de virtud que cada uno se forja á favor de la ilusion. Siempre codiciosos de bienes, siempre mas y mas afanados por acumularlos, siempre esclavos de una insaciable avaricia, todo se sacrifica al interés: tranquilidad, amigos, conciencia, todo se inmola á este ídolo. Si la religion, si la razon, si la conciencia gritan que es impiedad, que es injusticia, no se les da oidos; porque en el tribunal que favorece á la

pasion están corrompidos todos los testigos. Cuando el amor propio quiere, por decirlo así, elevar al trono la ambicion, la avaricia ó alguna otra de aquellas pasiones á que es mas propensa la inclinacion del corazon humano, tiene gran cuidado de ganar primero la razon; una vez logrado su voto, no solamente todo cede, sino que todo concurre á hacer su reinado tranquilo. Ya no se piensa en descubrir su tiranía, sino en amar su opresion y su dureza. Esta es la grande obra de aquellas ilusiones, que lo son mas del corazon que del entendimiento. El desvarío llega hasta una especie de insensatez. Hágase la pintura mas viva y mas natural de la pasion dominante, ó del vicio mas favorecido de cada uno; represéntese con los colores mas expresivos; todos son muy ingeniosos para aplicarla á otros, y ninguno hay que reconozca en ella su retrato. No se piensa mas que en ganancias; no se habla mas que de negocios; no se emplea el tiempo mas que en expedientes; toda la vida se pasa en un trabajo duro y penoso, que la ilusion llama gobierno, prevision y prudencia. Un suceso feliz, pero pequeño, aunque nunca corresponda á la esperanza, aviva todos los deseos y no apaga ninguno. En medio de una disposicion tan poco cristiana se vive sin remordimientos, porque el corazon y el entendimiento están acordes. La preocupacion cierra la puerta á todas las reflexiones; con que nada puede disipar aquella niebla. Una vez que la conciencia es muda, ya no se da oidos á los consejos saludables, ni á las mas fuertes inspiraciones: ni aun se advierte el peligro cuando se vive en el error. Luego que Sanson se vió esclavo, perdió la fuerza y los ojos; imágen viva de nuestras ilusiones. *Nos insensati.* ¿A qué cosas llamaremos locura, si no lo es la falsa seguridad de muchísimas personas? En la hora de la muerte se desvanecen todas las ilusiones;

entonces se ve, se piensa, se discurre con acierto; mas ¿para qué? para inferir que todo se ha perdido: *Ergo erravimus.* Sinceridad llena de desesperacion.

El evangelio es del cap. 15 *de san Juan, y el mismo que el dia* VII, *pág.* 174.

MEDITACION.

DE LA VIDA ESTÉRIL EN BUENAS OBRAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto ha hecho Dios por nuestra salvacion; cuánto ha trabajado hasta ahora para que diésemos fruto; con qué bondad nos ha estrechado, solicitado y ofrecido mil medios para santificarnos.

Trae á la memoria aquella parábola, por una parte tan instructiva, y por otra tan eficaz, de que se valió el Salvador, cuando dijo que, habiendo ido el padre de familias á recoger el fruto de una higuera que habia plantado en una viña, y hallado que ninguno habia dado, dijo al guarda: Ya ves que hace tres años que vengo á buscar el fruto de esta higuera, y en todos tres no ha dado fruto alguno; córtala, pues, que no es razon ocupe inútilmente la tierra. El guarda le respondió: Señor, tened á bien permitir que se la deje un año mas; yo la cultivaré, y si el fruto no correspondiere á mi cultivo, entonces se podrá cortar.

Nosotros éramos en el mundo no solamente árboles estériles, sino desecados y carcomidos con el pecado original. Trasplantónos Dios, por decirlo así, en el campo fértil de su Iglesia, por un efecto particular de su misericordia, prefiriéndonos á tantos otros; ó, por gracia aun mucho mas especial, nos trasplantó en el campo de la religion, si tenemos la dicha de haber abrazado el estado religioso.

¿Hemos hecho alguna vez digna reflexion sobre la ventaja que logramos en haber sido trasplantados en una tierra tan santa, tan cultivada con los trabajos, y tan regada con el sudor y con la sangre de un hombre Dios? Esta es aquella tierra que en todos tiempos ha producido aquellos ilustres héroes del cristianismo, y que todos los dias está produciendo tan grandes santos de todas edades, de todos sexos y de toda suerte de estados. Esas grandes almas con la misma cultura, esto es, con los mismos auxilios que nosotros logramos, dieron y están dando cada dia frutos dignos de la vida eterna.

No tuvieron otro Evangelio ni otros sacramentos; los auxilios en todos tiempos han sido abundantes. Solo tuvieron cuidado de vivir segun las máximas de Jesucristo, de aprovecharse del frecuente uso de los sacramentos, de cumplir exactamente con las obligaciones de su estado, y de corresponder con fidelidad á la gracia.

Si tenemos la dicha de vivir en el estado religioso, miremos á los grandes santos que nos precedieron, como originales ó modelos que debemos imitar. No tuvieron otras reglas que las nuestras; solo fueron mas fieles en observarlas, y solo con observarlas se hicieron santos. Fuera de eso, nosotros logramos una ventaja que nó lograron ellos, y es el estímulo de sus buenos ejemplos. Ellos pasaron delante, y nos enseñaron qué cosa tan dulce y tan segura es el seguirlos. Nosotros mismos confesamos que fueron verdaderamente discretos y verdaderamente dichosos, por haber vivido como vivieron; ¿seremos nosotros prudentes, y podremos racionalmente esperar que seremos felices, viviendo como vivimos? ¡Mi Dios, qué manantial este de reflexiones, de arrepentimiento, y acaso tambien de un justo sobresalto, considerando mis ingratitudes, mi cobardía y mis in-

fidelidades pasadas! ¡y qué deberé yo esperar, si no producen otro fruto estas reflexiones!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hemos recibido de Dios solamente los beneficios ordinarios y comunes: cada uno encuentra dentro de sí mismo grandes motivos para confundirse en vista de las singulares misericordias del Señor, y de su propia ingratitud. Traigamos á la memoria todos los cuidados con que Dios ha procurado cultivarnos, si puede decirse así, á fin de que demos mas fruto.

¡Qué Providencia mas amorosa desde la misma cuna! ¡qué serie mas continuada de auxilios y de medios poderosos por todo el curso de nuestra vida! ¡cuántos buenos pensamientos, cuántas luces espirituales desde que amaneció en nosotros el uso de la razon! ¿Podremos contar el número de todas las gracias que Dios nos ha dispensado desde que estamos en el mundo? ¡Cuántas veces nos ha sustentado con el pan de los ángeles, esto es, con su propia carne y con su preciosa sangre! ¡cuántas nos ha hablado en lo interior del corazon con secretas inspiraciones! ¡Cuántas luces sobrenaturales, cuántas solicitaciones amorosas, cuántos fuertes impulsos, cuántas gracias, cuántos auxilios en aquellas comuniones, en aquel sermon, en aquellas enfermedades, en la noticia de aquella muerte, en vista de aquel accidente, en aquella conversacion, en esta misma lectura! ¡Cuántos avisos, cuántos buenos ejemplos, y cuántos otros innumerables favores de que nos ha colmado Dios!

Ciertamente no eran menester tantos medios para hacer un gran santo. ¿Y cuántos santos habrá en el cielo que no tuvieron tantos? Con todo eso dieron

copiosos frutos de santidad; aprovecharon bien sus talentos, y su vida fué fértil en buenas obras. Ni la falsa brillantez de las grandezas humanas, ni el contagio de los malos ejemplos, nada fué bastante para alterar su constancia. Trabajaron eficazmente en el negocio de su salvacion, correspondiendo á la gracia; y colmados de méritos, gozan al presente de la eterna bienaventuranza, justa recompensa de su fidelidad. ¡Cuánto debe cunfundir á los cristianos cobardes y á los religiosos tibios el ejemplo solo de san Bonifacio!

Considera seriamente y sin lisonjearte, si habiendo recibido los mismos auxilios que estos santos, ha sido tu vida fecunda en buenas obras como la suya, y si la sangre de Jesucristo, que te ha regado como á ellos, ha producido en tí copiosos frutos. No nos excusemos con la mala calidad del terreno; de suyo todo es ingrato, y no produce mas que abrojos y espinas; para cultivarle es menester continuacion y aplicacion al trabajo.

¡O Dios mio, y cuànta verdad es que yo soy aquel sarmiento que solamente sirve para ser arrojado al fuego! ¡qué misericordia, qué bondad la de haberme sufrido tanto tiempo! ¡oh, y qué sensible impresion hace en mí vuestra paciencia! No os canseis, Señor, de esperarme, ni de asistirme con vuestra gracia; desde este instante me rindo, y mediante vos, ninguna cosa será capaz de hacer frustrar mi conversion.

JACULATORIAS.

Tempus faciendi, Domine: dissipaverunt legem tuam. Salm. 118.

¿Qué tiempo mas oportuno, Señor, para producir frutos, y dejar de ser estéril, que este tiempo en que tan mal se observan vuestros mandamientos?

Benedictus es, Domine: doce me justificationes tuas. Salm. 118.

Bendito seais, Señor, por haberme sufrido tanto tiempo. Ahora solo deseo que me deis á entender vuestra voluntad, y os suplico me concedais gracia para obedecerla.

PROPOSITOS.

1. ¿Qué importa que estemos arraigados en Jesucristo por medio de la fe? Todo vástago infructuoso se corta y se echa á tierra: *Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum* (1). Es preciso producir mas que flores y hojas; no basta esto, es menester que los frutos lleguen á madurar. Tienes fe: pero la fe sin obras ¿de qué sirve? estas son las que se llaman frutos. ¿Has negociado al doble con los talentos que has recibido? ¿has llevado frutos dignos de penitencia? ¿son tus dias verdaderamente llenos? Has sido prevenido con mil bendiciones; te ha socorrido Dios con grandes auxilios; has recibido de su liberalidad singulares gracias: pero ¿qué fruto ha producido todo esto? ¿qué reforma de costumbres? ¿qué aumento de fervor? ¿qué ternura de devocion? Acuérdate que fué castigado aquel siervo que no negoció con el talento, sin valerle el haberlo conservado intacto. Una vida infructuosa é inútil es un motivo de condenacion.

2. Hay frutos de diferentes especies, y hay varias calidades en estos frutos. Unos siempre están verdes, y jamás maduran; otros son ásperos y de gusto desabrido; otros están roidos ó carcomidos; y algunos hay que no tienen mas que un lindo color, una bella apariencia. Ten presente que las obras de mayor edificacion se corrompen muchas veces por un mo-

(1) Joan. 15.



S. ISIDRO LABRADOR.

tivo bastardo. El secreto orgullo suele ser un gusano que roe la mayor parte de las buenas obras. Las pasiones son ingeniosas, y saben disfrazarse con mucho arte. Suélese tener por zelo lo que muchas veces no es mas que viveza de genio, ó una actividad natural en que tiene mucha parte la vanidad, aunque parezca servir de principal móvil el pretexto de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas. Es menester que nuestros frutos sean de la estacion para estar maduros, quiero decir, que las virtudes que practicamos sean propias de nuestro estado. Una mujer casada y madre de familias, que todo el dia quisiera estar en la iglesia, desagradaria mucho á Dios, al mismo tiempo que le agrada mucho una religiosa que pasa en ella la mayor parte de la vida. Considera bien de qué calidad son las buenas obras que practicas, cuáles los motivos y cuáles los frutos. ¿No te hacen tus devociones melancolico é intratable? Personas hay que nunca se muestran de peor humor que cuando han estado largas horas en la iglesia. ¡Y cuántas hay que solo trabajan por bien parecer al mundo! Su vida es laboriosa, pero infructuosa para la eternidad. ¿Eres tú de este número?

DIA QUINCE.

SAN ISIDRO, LABRADOR.

San Isidro, que por su condicion fué un pobre labrador, y por su eminente santidad le eligió por patrono la corte de Madrid, siendo protector de toda España, nació hácia fin del siglo undécimo. Su nacimiento fué en Madrid, de padres pobres, pero temerosos de Dios, los cuales pusieron al niño el nombre de Isidro ó Isi-

doro, por la devocion que tenian á san Isidoro, arzobispo de Sevilla. La humildad de su familia nos ha ocultado el conocimiento de las particularidades de su niñez : todo lo que sabemos de ella es, que casi desde la cuna fué prevenido con las mas dulces bendiciones del Señor, y tan inclinado desde luego á la virtud, que jamás perdió el candor de la primera inocencia.

Enseñado por el Espíritu Santo aun mas que por los hombres, formó tan elevado y tan claro concepto de la santidad de nuestra religion, tomó tal gusto á sus verdades, y practicó todas sus máximas con tanta exactitud, que su vida fué modelo de perfeccion cristiana para toda clase de estados, y su virtud en la condicion humilde de labrador admiró á la villa de Madrid.

Habiéndose casado con una virtuosa doncella, que se llamaba María, la inspiró desde luego su misma devocion y sus piadosas máximas; é hizo esta tantos progresos en la virtud, que tambien es venerada como santa. El único hijo que tuvieron por fruto del matrimonio, imitó la piedad de sus santos padres, que le dejaron por herencia la posesion de sus admirables ejemplos.

Reconociendo san Isidro las virtuosas inclinaciones de su santa mujer, la propuso que en adelante habian de vivir como hermano y hermana ; obligáronse á ello con voto, y desde entonces fueron cada dia mas abundantes los favores que recibieron del cielo aquellos dos castos esposos.

Como se vió precisado á mantenerse á sí y á su corta familia con el trabajo de sus manos, entró á servir á un vecino de Madrid, llamado Juan de Vargas, obligándose á cultivarle las tierras, mediante los pactos y el salario en que se concertaron. La nueva obligacion no le privó de emplear como antes

el tiempo que tenia destinado para sus diarias devociones. Madrugaba mucho, y antes de ir á trabajar visitaba algunas iglesias, y particularmente la de nuestra señora de Atocha, donde oia misa cada dia, y hacia con fervor sus acostumbradas oraciones.

No faltaron muchos que censuraron su devocion. Como estaba asalariado, hubo algunos que le acusaron á su amo de que, en lugar de irse al campo muy de mañana, como era su obligacion, se andaba visitando iglesias, dejando la tierra sin cultivo; y que así estaba manteniendo á un hipócrita y holgazan. Examinó Juan de Vargas lo que le decian, y hallando ser cierto que su criado iba todos los dias á hacer oracion á muchas iglesias, se persuadió que sus tierras no podian menos de padecer detrimento por una devocion que quitaba al trabajo las mejores horas del dia. Teniendo por seguro el sorprenderle, fué una mañana al campo lleno de cólera; pero quedó admirado cuando á bastante distancia descubrió dos pares de bueyes, extraordinariamente blancos uncidos á dos arados, que estaban arando á los dos lados de su criado. El ansia de saber lo que era le hizo acelerar el paso; pero luego que se acercó, desaparecieron los bueyes y los arados. Ya se le habia templado la cólera con lo que habia visto; pero creciendo el deseo de saber lo que era, saludó á su buen criado con mucho cariño, y le dijo con el mayor agrado: *Isidro, dime con ingenuidad, ¿quiénes eran los dos que estaban arando contigo, y desaparecieron luego que yo me acerqué?* — *Yo, Señor*, respondió el santo, *no sé que me ayude otro que Dios, á quien invoco cuando me pongo á trabajar, y no le pierdo de vista en todo el dia.* Comprendió entonces Vargas lo que significaba la vision; y conociendo tambien la santidad de su criado, le exhortó á que prosiguiese en sus diarias devociones, y mas cuando reconoció que en

todo el término no habia tierras mejor laboreadas que las suyas, ni que prometiesen cosecha mas abundante.

Habia recibido Isidro un don de oracion tan elevado, que su oracion era una continua contemplacion. Estando un dia en la iglesia de la Magdalena, fueron á decirle que acudiese prontamente á socorrer á su jumentillo, porque le iba siguiendo un lobo: prosiguió tranquilamente en su oracion, y saliendo despues de la iglesia, halló al jumento paciendo en el prado, y al lobo muerto á sus piés.

La devocion que profesaba á la santísima Vírgen, parecia haberse anticipado al uso de la razon: el *Ave Maria* era su oracion predilecta; nunca hablaba de la Madre de Dios sino con entusiasmo, y en términos que explicaban bien lo tierno y lo encendido de su amor.

Su caridad con los pobres carecia de límites, teniéndose por un milagro las muchas limosnas que daba; y con efecto hizo Dios muchos prodigios para acreditar su liberalidad y su confianza. Habiendo distribuido un dia á los pobres todo lo que tenia en casa, llegó despues uno, á quien el corazon de Isidro no pudo resolverse á negar una limosna. Buscóla su santa mujer con la mayor diligencia, y no habiéndola hallado, declaró á su marido que era imposible socorrer á aquel pobre. *No tienes confianza*, la dijo el santo, *anda vuelve á buscar con mas fe, y encontrarás que dar*. El suceso acreditó la profecía, porque de repente se halló la casa llena de una milagrosa abundancia. Acudió un gran número de pobres, y la santa mujer conoció la virtud que tiene la caridad para hacer eficaz la confianza.

No solo autorizaba Dios la caridad de Isidro con los pobres, sino que hacia milagros para acreditar su compasion con los animales. Yendo un dia á moler

trigo, y estando el campo cubierto de nieve, reparó en un árbol gran multitud de pájaros que se estaban muriendo de hambre; compadecióse de ellos, y apartando la nieve con sus manos, descubrió un buen pedazo de tierra, y echó en ella una gran porcion de trigo, diciendo con su acostumbrada sencillez y apacibilidad: *Pajaritos, comed, que para todos da Dios abundantemente*. Un amigo suyo que le acompañaba, hizo burla de su simplicidad, y le tuvo por un tonto; pero salió pronto de su error, cuando, llegados al molino, vió que los costales de Isidro estaban mas llenos que antes de haberlos vaciado; y el mismo maligno censor fué despues el pregonero de esta maravilla.

La buena economía con que gobernaba su casa, junto con la frugalidad y templanza con que vivia, no solo le pusieron en estado de no padecer necesidad, sino que le dieron con que hacer limosna á los pobres todos los dias. Nunca dejó de socorrerlos por miedo de que le faltase; y habiendo inspirado á su mujer la misma confianza en Dios, el mismo amor á los pobres, y el mismo desasimiento de los bienes y conveniencias de la vida, la hizo compañera de sus buenas obras, y perfecta imitadora de sus heróicas virtudes.

Así vivia Isidro en aquella feliz oscuridad, desconocido de los grandes del mundo, confundido con los pobres labradores, y contado en el número de los que se llaman poco favorecidos de la fortuna, cuando quiso Dios recompensar la inocencia, la devocion y la caridad de su siervo, y confundir el fausto y el falso resplandor de las grandezas humanas con los honores que le tenia prevenidos para despues de su muerte.

Sintiéndose acometido de una grave enfermedad, conoció anticipadamente el dichoso dia en que Dios

queria terminar la carrera de sus trabajos. Preparóse con un nuevo fervor para aquella última hora; su semblante siempre apacible y risueño, su devocion mas tierna que nunca, su afabilidad, su dulzura y su paciencia daban nuevo lustre á su santidad. Recibió los sacramentos con tanta devocion, que admiró é hizo derramar lágrimas de ternura á todos los que le asistieron en la última agonía; en fin, abrasado del amor de Dios, lleno de virtudes y colmado de merecimientos, murió el dia 15 de mayo del año 1130, siendo de edad de unos cincuenta y cinco años, como quieren unos, ó de sesenta, como afirman otros.

Luego que espiró, manifestó Dios la santidad de su siervo con gran número de milagros, que hicieron glorioso y célebre su sepulcro por toda España. Con todo eso, por espacio de cuarenta años estuvo enterrado el santo cuerpo sin distincion alguna en el cementerio de la parroquia de San Andrés de Madrid, hasta que, creciendo cada dia el número de los que iban á implorar su intercesion, quiso Dios glorificarle, sacándole de aquella humilde sepultura, y haciéndole despues glorioso por toda la monarquia.

Aparecióse en sueños san Isidro á un conocido suyo, y le dijo que procurase hacer sacar su cuerpo del cementerio de San Andrés, para que fuese colocado en lugar mas decente dentro de la misma iglesia. Habiéndose descuidado este en hacerlo, ó por timidez ó por desconfianza, al punto fué castigado con una grave enfermedad, de que no sanó hasta el mismo dia en que se hizo la traslacion del santo cuerpo. Aparecióse despues el santo á una virtuosa señora, y esta fué mas obediente. Dió cuenta al clero y á la autoridad civil; hízose una procesion al cementerio, y al primer golpe de azadon se tocaron por sí mismas las campanas de San Andrés, y no cesaron

hasta que se concluyó la ceremonia. A este milagro, de que fué testigo toda la villa, se siguió la vista de otro no menos admirable, que subsiste aun el dia de hoy. Habiendo estado el santo cuerpo enterrado en el cementerio por espacio de cuarenta años, se halló tan entero y tan fresco como si estuviera vivo. Exhalaba una suavísima fragancia, que se dejó percibir de todos los asistentes, quienes no pudieron reprimir las lágrimas de ternura y de devocion. Envolvióse el santo cuerpo en preciosas telas, y encerrado en una caja nueva, fué solemnemente trasladado á la iglesia de San Andrés, donde despues de mas de 580 años se conserva tan flexible, tan entero y con el color tan natural, como el mismo dia en que se descubrió esta preciosa reliquia.

El tiempo que ha trascurrido desde aquella traslacion hasta ahora, ha sido una continua serie de milagros que ha obrado el Señor por la intercesion de san Isidro; lo que obligó al papa Paulo V, despues de las informaciones y solemnidades acostumbradas, á publicar la bula de su beatificacion el año de 1619, permitiendo que se celebrase todos los años la fiesta del santo en los dominios del rey de España Felipe III, cuyo zelo en activar esta beatificacion fué bien pronto recompensado. Volviendo de Lisboa cayó tan peligrosamente enfermo en Casarrubios del Monte, que los médicos llegaron á desconfiar de su vida. Experimentándose inútiles todos los remedios, se recurrió á la intercesion de san Isidro labrador. Estábase celebrando la misa en honra del santo en la iglesia de San Andrés, con asistencia de todo el clero de Madrid, cuando llegó un correo con la triste noticia de que el rey estaba sin esperanzas de vida, perdido ya del todo el conocimiento. Fué general la consternacion; pero la confianza en el santo moderó las lágrimas, sobre todo cuando se divulgó en la villa

que á instancia de los magistrados se habia de llevar la caja del santo cuerpo al cuarto del rey enfermo.
Hízose esta ceremonia eclesiástica con la mayor pompa y solemnidad, tanto, que mas parecia triunfo que procesion. Colocóse la caja sobre una especie de carro triunfal, magníficamente adornado; iba á caballo toda la nobleza y todo el clero, con hachas encendidas en las manos; seguíase una prodigiosa multitud de coches y carrozas con muchos coros de música, y un inmenso pueblo que se aumentaba continuamente. Media legua antes de llegar á la casa real, se incorporaron mas de seis mil personas, entre eclesiásticos, religiosos y seglares, que habian acudido procesionalmente de los pueblos circunvecinos. El príncipe heredero salió á recibir la santa reliquia con toda la corte hasta la entrada del parque, y la acompañó hasta el cuarto del rey su padre, donde estaba toda la casa real. La caja, conducida en hombros de los cuatro eclesiásticos mas autorizados de la iglesia de Madrid, se colocó en una especie de trono debajo de un magnífico dosel. El rey, que milagrosamente habia quedado libre de calentura desde que la caja salió de la iglesia de San Andrés, se halló enteramente curado luego que entró en su cuarto la reliquia. Restituyóse esta á Madrid con igual triunfo; acompañábanla mas de seis mil personas á caballo con hachas en las manos, y entró en la villa entre el estruendo de la artillería y el repique general de campanas. A ningun monarca se tributó jamás tanto honor ni se hizo recibimiento tan solemne como á aquel pobre labrador: tanto se hace respetar de todos la santidad. El año siguiente se colocó al santo cuerpo en otra caja mas suntuosa de plata, que costó mas de diez y seis mil pesos de oro; y todo el año se pasó en la corte de Madrid en fiestas públicas, con extraordinaria magnificencia asi en el adorno de las calles,

como en el de los templos. Finalmente, el papa Gregorio XV, á instancias del rey Felipe IV, y para satisfacer los vivos deseos de toda España, procedió solemnemente á su canonizacion el dia 22 de marzo del año de 1622; y no se puede explicar la alegría y la magnificencia de los pueblos en celebrar la fiesta de este santo patron de la villa y corte de Madrid, y protector especial de todo el reino.

La misa es del comun de confesor no pontifice, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Isidori confessoris tui annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad del bienaventurado Isidro, tu fiel confesor; danos gracia para que, celebrando la nueva vida que recibió en el cielo, imitemos las acciones que ejecutó en la tierra. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31 *de la Sabiduría, la misma que el dia* XII, *pág.* 304.

NOTA.

« Jesús, nieto de Jesús hijo de Sirac, autor del » Eclesiástico, tradujo este libro del hebreo al griego » en tiempo de Tolomeo Evergetes. Por lo que toca » á la traduccion latina, no se sabe, hablando en » rigor, cual es su autor, ni el tiempo en que se hizo. » Se sabe sin embargo que es muy antigua y que fué » hecha en los primeros siglos de la Iglesia, pues la » citan los primeros padres en la misma conformidad » en que la vemos hoy. »

REFLEXIONES.

Parece paradoja, y es una verdad innegable que la condicion de los ricos no es la mas envidiable ni la

mas feliz. Sin hablar de los cuidados, de las pesadumbres, de los sobresaltos que traen consigo las riquezas, ¿cuántos estorbos, cuántos tropiezos se atraviesan con ellas en el camino de la salvacion?

Lógrase un empleo, un título, una renta que nos distingue del comun del pueblo; rara vez resulta en favor de la virtud esta distincion. Levántanos del polvo una rica herencia, un buen suceso; al instante nos olvidamos de lo que fuimos. El amor propio siempre hace fortuna con la persona. Se ve raras veces que el orgullo, la delicadeza y la diversion se separen de la prosperidad. Parece que el regalo, la indevocion y la ociosidad son el dia de hoy las mejores pruebas de nobleza, singularmente en las mujeres del mundo. El abuso es intolerable, no se puede negar; pero ¿deja por eso de ser menos autorizado por la muchedumbre? ¡Oh, y con cuánta razon tiene el Sabio por una especie de prodigio á un hombre que conserva su inocencia en medio del esplendor y de la abundancia! Desengañémonos, todo es de temer cuando todo nos halaga.

En la prosperidad del mundo todo es tentacion, todo peligro. La autoridad disfraza el delito, la suntuosidad lo atrae, la adulacion lo domestica, y la abundancia lo sustenta. En medio de esta region de gustos y de placeres, ¿se podrá prudentemente esperar una pronta conversion hácia el dolor y hácia la penitencia? Es menester que un hombre rico y pecador deje de vivir como rico, si ha de vivir como penitente. ¿Y se hallan el dia de hoy muchas conversiones de estas? Segun el espíritu del Evangelio, cuanto mas rico es un cristiano, mas mortificado debe ser; esto es, cuanto mayor es su abundancia y mas facilidad tiene de lograr todos sus gustos, mayor debe ser su esmero en cercenar las conveniencias de la vida. El pobre no tiene tantos sacrificios que hacer; pero el

rico no puede ser discípulo de Jesucristo sino con esta precisa condicion. ¿Esta doctrina será del gusto de muchos? mas ¿dejará por eso de ser doctrina de Jesucristo? Todas aquellas grandes máximas de renunciacion, de despojo ó de mortificacion, ¿serán por ventura únicamente para los pobres que ya por su mismo estado se ven despojados de estas preciosas superfluidades? Y los ricos, á quienes principalmente se dirigen estos oráculos, ¿se podrá creer que los tienen por artículos de fe, cuando no ponen límites á su codicia; cuando en su mesa no hay delicadeza que los satisfaga, en sus muebles no hay magnificencia que los contente, en su tren y en su profanidad no hay ostentacion que del todo los llene? ¿Quién no dirá que la delicadeza, la ociosidad, el regalo, la irreligion y la licencia deben crecer á proporcion de los bienes que se poseen? Lo cierto es, que por lo comun no tienen otra medida ni otra regla. ¡*Væ qui opulenti estis in Sion, et confiditis in monte Samariæ!* ¡Ay de vosotros los que en Sion lograis la abundancia de todo, y por eso colocais toda vuestra confianza en el monte de Samaria! Hablemos claro; una vida deliciosa nunca fué vida cristiana. Los gustos de este mundo son en parte el carácter de los réprobos. *Væ vobis divitibus!* dice el Salvador: ¡Ay de vosotros ricos, pues ya habeis recibido vuestro premio! ¡Cosa extraña! no hay condicion en el mundo donde haya mayores peligros para la salvacion, mas violentas tentaciones, mas poderosos estorbos; precipicios por todas partes, nuevas dificultades á cada paso, y casi á cada paso una caida; y con todo eso no hay condicion en la vida donde se esté con mayor tranquilidad y ninguna mas envidiada; de suerte que hoy mas que nunca nos vemos obligados á decir: *Bienaventurado aquel que no corrió tras del oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros, ni en las riquezas.* ¿Quién

es este, y le alabaremos? porque verdaderamente es un prodigio ¿Prueba esto que tienen fe, y que se salvarán muchos ricos?

El evangelio es del cap: 12 de san Lucas, y el mismo que el dia XII, *pág.* 307.

MEDITACION.

QUÉ FRUTOS ESPERA DIOS DE NOSOTROS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por los frutos que espera Dios de nosotros, no se entienden ciertas devociones secas y estériles, ciertas exterioridades de virtud que por lo regular solo sirven para tener entretenidas á las personas imperfectas, manteniéndolas en una vida tibia, en la cual á favor de aquellas aparentes señales de piedad, viven llenas de groseras imperfecciones, y mueren muchas veces impenitentes. Las virtudes de perspectiva de esta especie de gentes, á lo mas son hojarasca; esto es, unas bellas apariencias que deslumbran los ojos de los hombres, y á ninguno engañan mas que á los mismos que las representan. ¡Qué fácil es equivocarse en esto! Cuando no se tiene mas que una devocion superficial, se juzga ser efecto de la virtud lo que solamente lo es ó de la pasion disfrazada, ó del genio, ó de la educacion.

Por frutos dignos de penitencia, como los llama san Juan, ó por frutos del Espíritu Santo, segun la expresion de san Pablo, se entienden los efectos de un amor de Dios real y sincero, y de una perfecta caridad con el prójimo: se entienden aquellos frutos que produce una virtud verdaderamente sólida, esto es, un sumo horror á los menores pecados, una insaciable hambre de la justicia, una mortificacion constante y

generosa, una sincerísima humildad de corazon, una gran puntualidad en el cumplimiento de las obligaciones correspondientes al estado de cada uno: se entiende un aborrecimiento verdadero de todo lo que aborrece Jesucristo, un singular amor de todo lo que ama: se entiende la victoria de las pasiones, la reformacion de las costumbres, en fin, una vida constantemente cristiana. Este es el sentido de estas palabras: *Facite ergo fructus dignos pœnitentiæ*: haced frutos dignos de penitencia; esto es, mostrad en todas vuestras obras, y en todo vuestro porte, que estais verdaderamente convertidos.

Considera ahora si has llevado hasta aquí muchos de estos frutos. Los dias y los años pasan rápidamente; muchos se hallan ya á la vista de la sepultura; ¿cuántos habrá que no llegarán al fin de este año? ¿y qué provision han hecho para la eternidad? El supremo Juez está ya para sustanciar el proceso. ¡Y hay quien se duerma! ¡hay quién se divierta! ¡hay quién piense en todo, menos en esto! ¡O mi Dios, y cuántos árboles están ya con la segur á la raiz para ser cortados y arrojados al fuego!

PUNTO SEGUNDO.

Considera con cuánta bondad, con cuánto cuidado nos ha cultivado Dios. Hace mas de tres años, y acaso mas de diez, que está trabajando el Señor para que demos frutos de buenas obras. Muchos menos auxilios han lleuado el cielo de grandes santos, y todos ellos no han bastado para hacerme á mí un verdadero religioso, ni acaso un buen cristiano. No es por cierto culpa de la tierra en que estoy plantado; ella es santa, ella es fecunda, ella da ciento por uno; ¿y cuántos conozco de aquellos mismos con quienes vivo, que con los mismos auxilios que yo recibo producen copiosos frutos?

¿Qué provecho he sacado de tantas misas, de tantas confesiones, de tan crecido número de comuniones? Bastaba una sola para convertir al mas grande pecador, y para elevar á una alma á la mas sublime perfeccion. ¡Ah, Señor! acaso he comulgado mas de doscientas veces; acaso he celebrado el divino sacrificio mas de mil; y todavia no me he enmendado de un solo defecto. Despues de tanta lectura espiritual, despues de tanta reflexion, despues de tantas devociones, despues de tantos buenos ejemplos, ¿soy por ventura mas humilde, mas caritativo, mas apacible, menos desabrido á costa mia, mas exacto, mas observante, mas mortificado? ¿me he hecho acaso mas religioso y mejor cristiano?

¿Qué se hicieron tantas buenas máximas en que en otros tiempos estaba tan imbuido? ¡Habia formado tan nobles proyectos de conversion, estaba tan desengañado, tan disgustado de todas las vanidades del mundo! ¿Adónde se fué aquella tierna devocion, aquella delicadeza de conciencia tan exquisita? ¿adónde el fervor de los primeros años de mi conversion? Gustaba de Dios, me causaba horror el mas mínimo pecado, me estremecian las terribles verdades de la religion; y ahora nada me hace fuerza. ¿Estas verdades han dejado por ventura de serlo? ¿ó son hoy menos terribles de lo que eran antes? ¿el pecado ha dejado de ser pecado, ó se ha disminuido su malicia? y aquel Dios que cada dia me colma de nuevos beneficios, ¿merece ya el que le sirva menos, ó se ha hecho menos amable? ¡O Dios, y qué cuenta tan terrible tengo de dar de tantos auxilios como he malogrado, de tanto tiempo como he perdido, de tantos talentos que no he empleado bien!

Estas reflexiones asustan, estremecen; pero ¡cuál será el fruto de ellas? Engañamos á otros, y nos engañamos á nosotros mismos con el oropel de algunas

buenas obras pasajeras, con una ostentacion de virtud, con alguna lijera reforma de que hacemos alarde, y á la cual nos limitamos, confundiendo las gracias y las inspiraciones para convertirnos con la misma conversion. Y á esto se reduce todo el zelo que presumimos tener de nuestra salvacion eterna.

Dignaos, Señor, ilustrar con vuestra gracia mi entendimiento, y mover tan eficazmente mi corazon en vista de la esterilidad de mi vida, que comience desde ahora á ser árbol menos estéril, y á dar frutos dignos de ser presentados á vos. Haced por vuestra gracia que sean eficaces mis propósitos de amaros y serviros, no ocupando por mas tiempo inútilmente un terreno que hasta aquí he ocupado tan mal.

JACULATORIAS.

Adhæsit pavimento anima mea : vivifica me secundùm verbum tuum. Salm. 118.

Desecado estoy en fuerza de mis miserias; vivificadme segun vuestra palabra.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.

Sí, mi Dios, mi alma ya no piensa mas que en reparar las negligencias pasadas, observando exactamente vuestra divina ley el resto de mis dias.

PROPOSITOS.

1. No nos pide Dios frutos de países remotos; solamente son de su gusto, por decirlo así, los que nacen en nuestro propio terreno. No es menester salir de nuestra condicion, ó de nuestro estado; no es menester buscar otro empleo que aquel en que nos ha colocado la divina Providencia; no es menester aguardar á edad mas madura, ni á vida mas tranquila: cada dia y cada hora se puede presentar á Dios un

nuevo fruto; ya un acto de caridad que se ejerce, ya una mortificacion ó una humillacion que se padece; ora la victoria de una pasion que se consigue, ora un sacrificio del amor propio que se hace. Pocas horas hay en que no se pueda practicar algun acto de virtud; ¿y cuántos actos de paciencia se podrán practicar en una hora? ¡O mi Dios, y en cuán poco tiempo nos hariamos ricos en bienes espirituales, si supiéramos aprovecharnos de todo! No desprecies ocasion alguna, y hazte familiar este ejercicio: no dejes pasar hora alguna sin ofrecer á Dios algun fruto, aunque no sea mas que un acto de amor de Dios, que en cada hora se puede, y se debe hacer muchas veces. Gran medio para que tu vida sea abundante en buenos frutos, y para que tus dias sean verdaderamente llenos.

2. Examina bien cuál es tu pasion dominante; ella te proporcionará muchas ocasiones para ejercitarte en actos de virtud. Ten previstas sus solicitaciones, preven sus asaltos, aprovéchate de todo. ¿No tienes alguna envidia, alguna aversion, alguna antipatia? No hay gusano mas roedor de este género de frutos espirituales. Mira que Dios hace grande aprecio de ellos; no desestimes su cultivo. Nunca leas libro alguno piadoso, sin sacar de él algun fruto; y para eso al acabar de leer, determina cuál ha de ser. Aprovéchate de los buenos y aun de los malos ejemplos; el zelo de la propia perfeccion tiene mil industrias para servirse de todo. Cuida mucho de que no sean infructuosas las instrucciones y lecciones que te dan; y procura tener el consuelo de no confesarte ni comulgar jamas sin sacar algun fruto de la confesion y comunion.

SAN TORCUATO, OBISPO Y MÁRTIR.

El mayor de todos los beneficios que puede recibir una nacion de mano del Dios de las misericordias, es aquel don celestial y divino, sin el cual es imposible agradarle. La fe es entre todas las gracias la primera en el órden, y la mas necesaria, indispensable para ser contado entre los hijos de Dios, y poder entrar en la participacion de sus misericordias. Por esta causa todas las naciones y provincias celebran justamente la memoria de aquellos varones que las enriquecieron con la fe, y depositaron en ellas las verdades del Evangelio. España, mas feliz en esta parte que casi todas las naciones del mundo, no se cansa de manifestar su gratitud por un beneficio tan señalado, celebrando la memoria de los primeros padres de su fe en repetidos dias del año. No se contenta con dedicar devotisimas solemnidades al apóstol Santiago, á quien venera como á su primer maestro; se acuerda tambien de aquellos grandes discípulos suyos, que despues de haber visto su martirio, vinieron á consumar la obra que el santo apóstol habia comenzado.

El principal entre estos varones apostólicos, y á quien constantemente dan todos los manuscritos antiguos el primer puesto y dignidad, es san Torcuato, obispo de Guadix, cuya memoria celebra la iglesia de España en este dia, y de cuyos hechos y vida se sabe muy poco mas que lo que refiere la historia de los demás Apostólicos. Segun ella, san Torcuato se hallaba en Roma al mismo tiempo que san Pedro y san Pablo difundian las luces del Evangelio en aquella capital del mundo. Estaba el santo bien instruido en todos los misterios y doctrina de la religion evangélica,

y era capaz no solamente de manifestarla en sus obras, sino tambien de someter á ella con su predicacion y su zelo á las naciones deslumbradas todavía con las supersticiones de la gentilidad. Su adhesion á los divinos misterios, s fervorosa caridad en socorrer á los necesitados, su zelo ardiente por la propagacion del Evangelio, fueron otros tantos motivos que movieron á san Pedro y san Pablo á poner sobre sus hombros la pesada carga del obispado. Conocieron sin duda que del conjunto de virtudes y sabiduría que resplandecian en Torcuato, no se podian esperar sino grandes conversiones y muchas conquistas en favor del cristianismo. Ordenáronle de obispo, y recibida su bendicion y el ósculo santo de paz, se embarcó con sus compañeros, dirigiendo el rumbo á aquella region predilecta, en que su santo maestro habia ya empleado las primicias de sus sudores y trabajos evangélicos. Aunque la nave pasó por las costas de Tarragona, que era entonces el emporio que los romanos tenian en España, no tuvo por conveniente desembarcar en aquella ciudad; sin duda, porque habiéndose publicado la persecucion sangrienta de Neron, consideró que en las grandes ciudades, donde habitaban los pretores, habria mayores obstáculos para sembrar la primera semilla del Evangelio. Por tanto, pasaron adelante hasta llegar á las costas de la Bética, entrando en un puerto que prudentemente se conjetura ser el de Urci, ó *Puerto Magno*, junto al sitio que ocupa Almería actualmente. Desembarcó allí san Torcuato con sus compañeros, ardiendo sus pechos por comenzar la grande obra que traian proyectada. Vieron los inmensos campos que habian de ser el teatro de su predicacion cubiertos de peligros. Consideraron que en España sería menester acaso combatir con mas monstruos de supersticion é idolatría que en otra parte del mundo: por cuanto el

atractivo de sus riquezas era un convite hecho á todas las naciones paganas, que conducidas por la avaricia introdujeron en ella sus vicios y sus errores. Así se ve, que en las monedas de la antigua España se encuentran los signos no solamente de la monstruosa religion de los Griegos y Fenicios, sino tambien de otra particular y no menos monstruosa en que estaba sumergido este desgraciado país. Pero cuando la caridad ha llegado á apoderarse del corazon humano, los mayores peligros no son otra cosa que incitativos para grandes obras. Apenas puso los piés en tierra san Torcuato, cuando inmediatamente comenzó á caminar tierra adentro juntamente con sus compañeros, deseoso de encontrar gentes en quienes dar feliz principio á su grande ministerio. Ni el cansancio de la navegacion, ni el caminar á pié por parajes escabrosos, ni la desconfianza que es preciso que infunda el verse rodeado de tierras infieles y desconocidas, pudieron hacer vacilar la constancia de los ministros del Evangelio. Muy poco mas de trece leguas habrian andado, cuando se les presentó á la vista la ciudad de Acci, hoy Guadix, en la cual determinó san Torcuato derramar la primera semilla de la fe de Jesucristo. Detuviéronse algunos instantes fuera de la ciudad, en un sitio que distaba de ella cosa de un cuarto de legua; y como los ardientes deseos de evangelizar y convertir almas para Jesucristo no les dieron lugar para proveerse de los alimentos que traian en la embarcacion, les fué necesario enviar algunos que los comprasen en la ciudad.

En aquel dia celebraban los gentiles una solemnisima fiesta á sus deidades, que segun el Cerratense eran Júpiter y Mercurio, y segun otros la diosa Juno; pero si se ha de dar lugar á conjeturas, la fiesta que en tiempos antiguos celebraba la España de todos estos santos el dia primero de mayo, prueba que en

este dia fué su feliz arribo á la ciudad de Guadix; y sábese por Ovidio que el primer dia de mayo le tenian dedicado los gentiles á la fiesta de los *Lares Prestites*, númenes que tenian á su cuidado las casas y domicilios de los gentiles. Es creible que se hallasen en la solemnidad de estas deidades, cuando llegaron á buscar alimento los enviados por san Torcuato: su aspecto extraño y severo, su modo de vestir pobre, y que denotaba distinta profesion; ó lo que es mas cierto, el trastorno de la razon que habia causado en aquellos hombres ciegos la borrachera, la gula y la inmoderada alegría, que eran los principales ritos con que honraban á sus dioses, los sacó de tino, y les hizo enfurecer contra los santos. Acaso estos viendo ocasion oportuna de comenzar á esparcir las luces del Evangelio, y enardecidos con el zelo de la honra de Dios, al ver tributar al demonio adoraciones solamente debidas al Hacedor de todas las cosas, se explicarian con vehemencia contra aquellos ritos profanos. Como quiera que sea, Dios, de cuya providencia dependen los buenos y los malos sucesos, iba preparando un feliz principio á la primera plantificacion de la fe en España, por medio de un asombroso milagro. El pueblo de los gentiles tumultuosamente conspirado, principió á maltratar á nuestros santos, y como estos se diesen prisa á salvarse con la fuga, la multitud exacerbada comenzó á perseguirlos con ánimo resuelto de quitarles la vida. En el camino que seguian los perseguidores y perseguidos, habia un puente magnífico, de tan sólida construccion, que todos los documentos antiguos convienen en que era capaz de resistir á la fuerza de los tiempos. Entraron en él los santos, y lo pasaron felizmente; entraron tambien los perseguidores, y cuando todo el puente estaba lleno de ellos, y ya juzgaban tener en la mano á los que perseguian, aquel Dios, á cuya

vista se estremecen las columnas del firmamento, hizo que, derrocándose á un tiempo los grandes pilares en que estribaba el puente, viniese abajo con estrépito envolviendo en sus ruinas á todos aquellos miserables. Con la muerte de tantos infelices fué universal la consternacion que se apoderó de los corazones de todos los Acitanos. Un saludable terror ocupó el lugar que antes ocupaba el furor y la ira, y convirtiéndose en respeto y veneracion lo que antes era abominacion y desprecio, determinaron enviar mensajeros á los santos para que pasasen á la ciudad. Entre todos los ciudadanos se distinguió en la piedad y en los obsequios una noble matrona, cuyo nombre era Luparia, quien dió benigna acogida en su casa á aquellos extranjeros, en cuyo favor se manifestaba el cielo tan generoso. Luego que los tuvo en su presencia, les comenzó á preguntar por su patria, por su profesion, y por los fines que les habian hecho emprender el peligroso viaje y peregrinacion de aquellas tierras. Gozoso san Torcuato por los buenos auspicios de su expedicion, y viendo cuán buena ocasion se le ofrecia de comenzar la grande obra de la conversion de aquellas gentes, dió cuenta á Luparia del fin de su venida, que no era otro que la conversion y felicidad eterna de sus almas. Díjola que eran enviados del mismo Jesucristo; que este era el Hijo de Dios vivo, que por la salud del género humano se habia hecho hombre, habia predicado una ley de gracia, y habia sido crucificado para redimir á los mortales de la esclavitud del demonio; que por encargo de este hombre Dios venian á predicar el Evangelio y la remision de los pecados, la cual conseguiria todo aquel que creyese los misterios que anunciaban y recibiese el bautismo. La gracia divina difundió sus luces en el entendimiento de aquella noble matrona, para que, á la sencilla proposicion de tan sublimes verdades,

prestase dócil su alma para creerlas, y gustoso el corazon para abrazarlas. Como habia oido que la felicidad que anunciaban no se podia obtener por otro medio que por el bautismo, solicitó con ansia el recibirlo; pero san Torcuato, como el mayor y mas venerable entre todos, la advirtió que no podian complacerla en sus santos deseos, hasta tanto que estuviese bien instruida en los principales dogmas de la religion; y entre tanto que recibia esta instruccion, la significaron que seria oportuno construir un baptisterio, en donde celebrar aquellos ritos sagrados. La docilidad con que la santa mujer recibia todas las instrucciones de aquellos hombres celestiales, no permitia creer que alegaria excusas ni andaria con dilaciones en la ejecucion de lo que la insinuaban; y en efecto inmediatamente ofreció sus riquezas y su autoridad para la construccion de la obra proyectada. Concluida esta, y hallándose Luparia con la necesaria instruccion de los divinos misterios, recibió el santo bautismo en el baptisterio que ella misma habia construido, con un sencillo aparato de ceremonias sagradas, que, aunque pocas y sin ostentacion, tenian en sí tal carácter de sublimes y divinas, que merecieron la veneracion y reverencia de todos los espectadores.

Nada hay en el mundo tan poderoso y eficaz para propagar las buenas ó malas costumbres, como el ejemplo de aquellas personas que por su nobleza, riqueza y autoridad, tienen un gran ascendiente sobre el pueblo. El haber visto que Luparia, mujer rica, poderosa y de familia distinguida, habia hospedado en su casa á aquellos extranjeros, y abrazado su religion por medio del bautismo, movió tan poderosamente á los ciudadanos de Guadix, que todos á porfia deseaban imitar á Luparia, ya tratando con amor y respeto á los varones apostólicos, ya recibiendo sus saludables instrucciones con gusto y ale-

gría, y lo que es mas, abominando los ritos supersticiosos de sus falsas deidades, hasta llegar á destruir las estatuas y demoler sus templos. En uno de estos, dice el leccionario Complutense, erigieron una muy decente iglesia, que dedicaron al glorioso precursor de Jesucristo san Juan Bautista. Ya en este tiempo se habia transformado Guadix de colonia de ciudadanos romanos en colonia de Jesucristo; y así era poco lo que tenian que hacer tantos obreros del Evangelio en una ciudad en que casi todos sus habitantes habian sometido el cuello á su yugo. Determinaron, pues, repartirse por otras ciudades, en donde sus trabajos pudiesen rendirles sazonados frutos; y á este fin eligieron aquellas, entre todas las de la península, que, ó por su mayor cultura, ó por gozar de un gobierno mas pacífico, estaban menos expuestas a la crueldad de los perseguidores del nombre cristiano. Habiéndose, pues, convenido en la manera con que habian de proceder en la predicacion del Evangelio, y habiéndose abrazado caritativamente, cada uno emprendió aquel camino que le sugirió el Espíritu Santo.

Quedóse san Torcuato, como mas antiguo, en la ciudad de Guadix, regentando aquella primera silla episcopal de nuestra España. Los copiosos frutos que habian producido estos primeros ensayos en la predicacion del Evangelio, animarian su espíritu para proseguir con zelo y actividad los comenzados trabajos. Continuamente se ocuparia en instruir á los fieles en los divinos misterios, enseñando á los ignorantes, exhortando á los débiles, enardeciendo á los tibios, y cumpliendo en todo con los deberes de un buen pastor y padre, que señala san Pablo. Como era tan reciente la memoria del paganismo, y los ministros imperiales contraian un mérito en impedir la propagacion de cualquiera doctrina que fuese contraria á las supersticiones de la gentilidad, es creible que el santo

tendria por estos motivos frecuentes ocasiones en que ejercitar su resignacion y su paciencia. Por desgracia ningun documento auténtico nos han dejado el tiempo, las revoluciones y la opresion de las naciones bárbaras, de donde podamos deducir con certidumbre las virtudes, obras caritativas, predicacion continua, y considerables trabajos, que debieron ocupar á este gran santo; pero la tradicion inmemorial nos ha conservado la memoria de un milagro, que manifiesta la particular asistencia con que protegió el cielo su predicacion, y autorizó su doctrina. Este era, que habiendo plantado á la puerta de la iglesia una oliva, producia todos los años tan copioso y maravilloso fruto, que tomando de él los fieles, tenian un antídoto seguro contra todas las enfermedades. Aunque comunmente se atribuye á todos los Apostólicos la plantacion de esta milagrosa oliva, la singularidad de florecer repentinamente, y dar fruto la víspera del dia en que se celebraba en Guadix la fiesta de san Torcuato, da bastante fundamento para creer que la oliva fué plantada por él, y que en honor suyo principalmente manifestaba el cielo tan grandes maravillas. Hoy dia se conserva junto á la ermita de san Torcuato una oliva que denota una antigüedad asombrosa; pero bien sea porque no es la misma que plantó el santo, ó bien porque no sea igual la fe de los cristianos presentes á la de los antiguos, lo cierto es que no produce frutos milagrosos. Como quiera que sea, los trabajos de san Torcuato merecian del cielo las demostraciones mas claras de proteccion, así como le merecieron la gracia de dar testimonio de la fe que predicaba por medio del martirio. No se saben las circunstancias de este; pero se debe presumir que, habiendo sido tan sangrienta y cruel la persecucion de Domiciano, y estando en Guadix los ministros imperiales á cuyo cargo estaba el gobierno

civil, juzgarian estos que el medio mas oportuno y eficaz para desarraigar la religion de Jesucristo y cumplir el decreto del emperador, era quitar la vida á la cabeza y obispo de aquella iglesia, que era san Torcuato. En efecto, el santo cadáver de este prelado es el testimonio mas auténtico que se puede alegar, tanto para probar su martirio, como para deducir que fué muerto á cuchilladas. En el año de 1593, con motivo de hacerse un reconocimiento jurídico de su santo cuerpo, existente en el monasterio de Celanova, para enviar á la santa iglesia de Guadix una insigne reliquia que solicitó su digno obispo don Juan Alonso Moscoso, se observó que en la cabeza del santo habia un golpe, y en él pegada todavia con la misma sangre seca un pedazo del lienzo de la mortaja. Semejantes testimonios no permiten dudar ni del martirio de este santo, ni de algunas de sus circunstancias. Succdió este en un campo llamado Faceretama, á legua y media de Guadix el viejo, en cuyo sitio se erigió despues una ermita con el nombre de este santo mártir. En aquellas inmediaciones hay unas cuevas, sobre las cuales se han visto muchas noches luces muy claras y resplandecientes. Refiere esta singularidad Diego Perez de Mesa por estas palabras: « Dicen que san Torcuato padeció martirio en un campo que está á dos leguas de Guadix, en el cual se ve muchas veces de noche una muy grande luz, que parece llegar al cielo, y se ve de lejos muy clara, la cual nadie ha podido explicar, aunque lo han procurado muchos. Es opinion muy admitida en esta tierra, que aparece esta luz en la misma parte donde padeció martirio el glorioso santo; y así la llaman vulgarmente la lumbre de san Torcuato. » Todo esto convence, que si el santo no padeció martirio en este preciso lugar, á lo menos estuvieron allí sus reliquias y su glorioso sepulcro; obrando el cielo tan pródigamente

maravillas con los que iban á encomendarse á su proteccion, que, segun el leccionario Complutense, se bacian participantes de ellas hasta los mismos gentiles.

Mantuviéronse en Guadix los sagrados despojos de su primer prelado todo el tiempo que duró en España la dominacion de los reyes godos; pero invadida esta nacion por los moros, fué necesario trasladar las reliquias á sitio mas seguro. No consta ciertamente el tiempo en que se hizo esta traslacion; pero habiendo sido Abderramen el perseguidor, no solamente del nombre cristiano, sino tambien de los cuerpos y reliquias que habia en las iglesias, y que llamaban santos, como dice el moro Rasis, es creible que en tiempo de este rey impío, y por los años de 777, fueron trasladadas las reliquias de san Torcuato para defenderlas de la furia del perseguidor. El sitio venturoso que mereció ser enriquecido con tan precioso tesoro, fué a iglesia llamada de Santa Colomba, sita en el obispado de Orense, no lejos de un rio llamado Limia, la cual iglesia de allí en adelante se llamó Santa Colomba de San Torcuato. Era este templo antiquísimo, hecho en forma de cruz, en cuyos brazos estaban construidas dos capillas, y en la que está al lado de la epístola fué colocado el cuerpo de san Torcuato, en un sepulcro de mármol blanco, de estructura y grandeza correspondiente á su objeto. Este sepulcro se conserva todavía allí, aun despues de haber sido trasladado san Torcuato al monasterio de Celanova; concurriendo los fieles con tanta fe, y glorificando Dios á su siervo con tantas maravillas, que aun los polvos del sepulcro bebidos por el que padece flujo de sangre, le sanan maravillosamente de su dolencia, como afirma haberlo visto Castella.

Muy cerca de dos siglos se mantuvo en Santa Colomba el santo cadáver, hásta que habiendo san

Rudesindo edificado el monasterio de Celanova, quiso honrar su iglesia con los sagrados despojos de san Torcuato, trasladándolos de la primera iglesia que pertenecia á sus posesiones. El año de 1174, hallándose en Celanova el cardenal Jacinto, legado de Alejandro III, quiso que colocasen debidamente las reliquias sagradas que poseia aquel monasterio; y habiendo mandado construir una hermosa capilla, hizo que á los dos lados de su altar se levantasen dos sepulcros sobre cuatro columnas, y en ellos se depositasen los dos cuerpos de san Rudesindo y san Torcuato. Mas de cuatrocientos años se mantuvieron las sagradas reliquias en este estado, hasta que habiéndose constituido España en un perfecto estado de paz, y sintiendo justamente la santa iglesia de Guadix verse privada de su primer prelado y pastor, solicitó del rey Felipe II que se la hiciese participante de alguna porcion insigne de aquellas reliquias, para tener el consuelo de venerar mas de cerca al padre de su fe. Por esta solicitud obtuvieron la media caña de un brazo y un dedo pulgar, que recibió aquella iglesia con sumo aparato de solemnes y devotas festividades, siendo obispo el señor don Juan Alonso Moscoso. Cuando se abrió el sepulcro del santo mártir de Jesucristo en el año de 1593, se halló el cuerpo envuelto en un lienzo blanquísimo, tan nuevo como si en aquella hora se hubiese depositado. La carne se habia convertido en cenizas; el corazon permanecia entero, exhalando una suavísima fragancia; y el craneo estaba envuelto en un sudario ensangrentado, que denotaba la magnitud de la herida con que el santo habia padecido martirio. Hizo el abad la separacion de las reliquias que se enviaron á Guadix, al Escorial y á Santiago; y lo demás que quedó fué depositado en una preciosa arca de plata, y colocado en la capilla mayor frente del cuerpo de san Rude-

sindo, en el año de 1601, en donde uno y otro son venerados de los fieles como titulares y patronos.

En este mismo dia celebra la iglesia de España la fiesta de san Indalecio, de cuya vida nada mas se sabe que lo que ya queda dicho de los demás Apostólicos. Por tanto se omite la molesta repeticion de unos mismos hechos, mayormente cuando en lo referido hallará la piedad cristiana todos los motivos que pueda desear para desahogarse en las efusiones mas fervorosas de devocion y gratitud.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En España, los santos Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Hesiquio y Eufrasio, los cuales, habiendo sido ordenados obispos en Roma por los santos apóstoles, fueron enviados á predicar la palabra de Dios en España; y despues de haberla anunciado en muchas ciudades, y sometido al yugo de la fe una multitud innumerable de pueblos, murieron en paz en diversos lugares de este reino: á saber, Torcuato en Guadix, Tesifonte en Béjar, Segundo en Avila, Indalecio en Urci, Cecilio en Elvira, Hesiquio en Gibraltar, y Eufrasio en Andújar.

En Evora en Portugal, san Marcio mártir.

En la isla de Quio, la fiesta de san Isidoro mártir. Todavía se ve en la iglesia que lleva su nombre, el pozo en que se cree fué arrojado, y cuya agua sana frecuentemente á los enfermos.

En Lampsaco en el Helesponto, los santos Pedro, Andrés, Pablo y Dionisia mártires.

En Fausina en Cerdeña, san Simplicio obispo, que consumó su martirio siendo traspasado con una lanza, en tiempo del emperador Diocleciano y bajo el presidente Bárbaro.

En Clermont de Auvernia, los santos mártires Casio, Victorino, Máximo y sus compañeros.

En Brabante, santa Dimpna, vírgen y mártir, hija de un rey de Irlanda, por cuya órden fué decapitada por la fe de Jesucristo y por la conservacion de la virginidad.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos per beatum Torquatum, martyrem tuum atque pontificem, ad agnitionem tui nominis venire tribuisti: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum...

O Diós, que nos concediste la gracia de que viniésemos á conocer tu santo nombre por medio de tu bienaventurado mártir y pontífice Torcuato: concédenos, misericordioso Señor, que nos alegremos con la proteccion de aquel, cuyo nacimiento en el cielo celebramos rendidos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia* 1, *pág.* 12.

REFLEXIONES.

Nosotros insensatos juzgábamos que su vida era locura y su fin deshonrado. Este es el concepto que merecen al mundo los hombres virtuosos, los que oyendo las inspiraciones del Espíritu Santo determinan despreciar las profanas pompas y vanidades, tomar sobre sus hombros la cruz de Jesucristo, y seguir fielmente sus pasos. Los mundanos truecan fácilmente los nombres, á proporcion que ellos tienen trocadas las ideas. Al retirado le llaman tosco é intratable; al silencioso le tienen por estúpido; al que frecuenta los sacramentos por hipócrita, y al que cumple con todas las obligaciones de la ley evangélica, por necio, por imbécil, de juicio y corazon menguado. Y esto ¿porqué? Porque un hombre engolfado en los placeres del mundo, y que mira sus

riquezas y su vientre como su única deidad, es un ateista práctico, que condena con sus obras todos los dictámenes de la razon, y todos los preceptos de la religion revelada. Como su conducta es enteramente contraria á ellos, y no puede menos de amar y aprobar en su corazon esta misma conducta, es consiguiente desaprobar todos los ejercicios de piedad como contrarios y repugnantes à los ejercicios mundanos. Por esta causa se oyen con tanta frecuencia aquellas crueles murmuraciones contra los que desengañados de la vanidad del mundo, y arrepentidos de sus delitos, abominan para siempre la vida mundana y relajada, y emprenden con constancia y fervor otra vida religiosa y devota. Los relajados miran con risa los piadosos ejercicios en que se emplea este cristiano arrepentido: desaprueban que prefiera la moderacion y pobreza evangélica á la soberbia y al lujo; que quiera mas bien mortificar su carne con ayunos y cilicios, que regalarla con espléndidos banquetes; que halle mayor delicia en pasar las horas llorando los desconciertos de su vida, postrado delante del Santísimo Sacramento en un rincon de alguna iglesia que en asistir á las grandes concurrencias y á los espectáculos profanos.

Pero semejantes juicios y modos de pensar tan propios de la carne y sangre, ¿tienen en sí la recomendacion de la verdad y la justicia? ¿Y deberan causar tal sensacion en las almas devotas, que las hagan avergonzarse de su nueva conducta, y lleguen hasta retraerlas de los ejercicios santos que han emprendido? La divina Verdad, que es Jesucristo, decia á sus discípulos, con una energía que denotaba el deseo de que se grabasen en su corazon, estas notables palabras: *Sabed, discípulos mios, que el mundo os aborrece porque no sois de su partido; si lo fuérais, él os amaria como á cosa suya; pero por cuanto perteneceis à Dios,*

y aborreceis las obras mundanas, por esto tambien el mundo os aborrece á vosotros. Pero sirvaos de consuelo el saber que primero me ha aborrecido y perseguido á mí; y no es razonable que pretenda el discípulo ser mas que su maestro. Estas palabras de la divina Sabiduría encarnada, al paso que explican el orígen de la persecucion contra los buenos, les sirven á estos de gran consuelo para no desmayar nunca en el camino de la virtud.

El evangelio es del cap. 15 *de san Juan, y el mismo que el dia* VII, *pág.* 174.

MEDITACION.

SOBRE LA PERFECCION DE LA LEY EVANGÉLICA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la ley instituida por Jesucristo, y promulgada por los varones apostólicos, á la cual se te manda arreglar todas tus acciones, es la ley mas justa que pudieron establecer jamás los mas sabios legisladores.

Bajo cualquier punto de vista que mires la ley del Evangelio, hallarás que todos sus preceptos son justos y arreglados á la razon. Prescribe una profunda sumision al Ser supremo, criador de todas las cosas, y remunerador de las obras segun su mérito. A este Ser incomprensible manda que se le tribute el culto interior y exterior en señal de su supremo dominio. Para este efecto, en la misma ley se dignó el Señor revelarnos gran multitud de profundos misterios que, al paso que testifican la infinita bondad y grandeza de Dios, confunden y humillan al hombre demostrando los cortos alcances del entendimiento humano, Porque si Dios no lo hubiera revelado, ¿en qué imaginacion pudiera caber el misterio de la Trinidad,

los arcanos de la predestinacion, y sobre todo aquel exceso de caridad con que de tal manera amó Dios al mundo, que hizo que su Hijo unigénito tomase carne mortal para servir de precio por el mismo mundo? A este culto y sumision al Ser supremo junta la ley evangélica los preceptos mas oportunos para conservar á los pueblos en la obediencia á sus soberanos, y en la paz mas tranquila entre sí mismos. Manda que se miren aquellos que están sentados en el trono como unos representantes de Dios en la tierra; que se veneren sus leyes, y que se cumplan sus preceptos. La reverencia, el respeto, los tributos y cuantos auxilios pueden ser necesarios para conservar el supremo dominio, todo esto manda dar la ley evangélica á los príncipes y emperadores legítimos; en tanto grado, que hasta el mismo Jesucristo, siendo rey de reyes y supremo señor de todos los imperios, no se desdeñó de pagar el tributo al César siempre que le fué exigido. Si se vuelven los ojos á los preceptos que conducen para la tranquilidad de las naciones, y para la felicidad de los hombres entre sí mismos, se hallará que solo el precepto del amor del prójimo contiene en sí las instituciones mas oportunas que puede producir la sana filosofía, y los medios mas blandos y seguros que puede hallar la política mas refinada. Solo con amarse los hombres mutuamente como á sí mismos, cesarian todos los delitos, y se convertiria la tierra en una mansion de paz y de bienaventuranza. El que ama á su prójimo, desea su felicidad, estima todo cuanto le pertenece; no le envidiará el goce de todos aquellos bienes de que le hizo dueño la divina Providencia; jamás abrigará en su pecho el inicuo pensamiento de denigrar su honra, de menoscabar su fortuna, y mucho menos de poner violentas asechanzas á su vida. De consiguiente, si se guardase esta ley exacta-

mente, vivirian los hombres como hermanos, y su vida tendria ya principios de aquella tranquilidad, paz y dulzura de que gozan los bienaventurados.

Todo esto se percibe con mayor claridad, comparando la ley evangélica con las que establecieron los legisladores profanos, y aun con la ley que promulgó Moisés por mandado de Dios mismo. En la de los humanos legisladores se encuentra tal monstruosidad de inicuos preceptos, que el temor de que cause su narracion escándalo á las almas, dicta prudentemente que se cubran con el velo del silencio. Basta saber que el homicidio, el adulterio, el robo y otros delitos nada inferiores á estos, han hallado lugar en los códigos de algunos legisladores. Por lo que toca á la ley de Moisés, es bien sabido que el mismo Jesucristo dijo que tenia algunos preceptos, que solamente podia justificar la dureza de corazon de un pueblo carnal. Dirigíase principalmente á preparar y disponer los hombres á la ley evangélica, la cual, aunque acomodada á la debilidad de la naturaleza humana, con todo eso mira la santificacion del espíritu con tanta escrupulosidad, que no solamente prohibe los pecados, sino los pensamientos deshonestos y los deseos peligrosos. ¡Con cuánta razon debes exclamar con el inspirado autor de los Proverbios: *Vuestros mandamientos, Señor, son para mí una antorcha, vuestra ley una luz resplandeciente, y vuestras prohibiciones el camino seguro para conducir mi vida!*

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la ley que recibimos de los primeros padres de nuestra fe, no solamente es justísima, sino muy suave, muy útil, y fáciles de ejecutar sus preceptos.

Si se compara con la ley antigua, desde luego sobresale la preferencia del Evangelio en su ejecucion, sobre la dificultad y dureza de aquella. Una sola consideracion bastará para manifestar esta verdad. Nada desea mas el hombre, á quien el uso de la razon ha hecho conocer los yerros y estravíos de su vida, que la facilidad de poder expiar sus delitos y reconciliarse con su Dios ofendido. Esto no lo podian conseguir en la ley antigua, ni aun los mismos patriarcas, sino por un acto heróico de caridad ó de contricion perfecta: ningun otro medio tenian para poder alcanzar el perdon de la culpa, y la remision de la pena. Pero en la ley de gracia tuvo cuidado nuestro divino Legislador de instituir el sacramento de la penitencia, en el cual, aunque nuestras lágrimas no nazcan de un perfectísimo dolor de nuestras culpas, está la sangre de Jesucristo, que suple los defectos de nuestra caridad, y borra los pecados como si nunca hubieran sido cometidos. Fuera de esto se manifiesta la facilidad de la ley de gracia por la conformidad que tienen sus preceptos con los arreglados dictámenes de la razon. Si te manda el Evangelio dar culto á Dios, amar á tu prójimo, honrar á los mayores, mirar con respeto las posesiones de tu hermano, y últimamente, no querer para otro sino aquello mismo que en iguales circunstancias quieres que sea practicado contigo; todo esto lo prescribe la misma razon natural cuando no está oscurecida ó dominada por las pasiones.

Pero todavia se descubre mas la dulzura y facilidad de los preceptos evangélicos, si se hace una lijera comparacion con las leyes del mundo. Este es un cruel tirano, inexorable acerca la observancia de sus durísimas leyes. Diga sino el avariento, ¡cuántos desvelos, cuántas fatigas, cuán penosos trabajos no tiene que sufrir para adquirir unas riquezas que se

desvanecen como el humo! Diga el cortesano, ¡cuánta repugnancia encuentra en sujetarse á las leyes de la mentira, de la adulacion y de la lisonja! ¡cuán duro le es tener que inclinar la cabeza, y tratar con respeto á un hombre soberbio, á quien interiormente mira con deprecio! Digan finalmente los que viven entregados á las delicias y pasatiempos del mundo, ¡ cuántas amarguras les hace sufrir la asistencia á los espectáculos; cuántas molestias y privaciones el sostener un excesivo lujo; cuántos zelos, envidias y aun desesperaciones el seguir aquel mundano amor en que piensan encontrar deleites inagotables! El infeliz que una vez se decidió á vivir segun las leyes del mundo, jamás ve el rostro á la paz y á la tranquilidad; vive ansioso y sobresaltado; no goza de las naturales delicias que ofrece una familia bien arreglada. En todas las horas y en todos los momentos le persiguen los remordimientos de su conciencia; ni su salud ni su fortuna pueden sobrellevar el desarreglo de sus obras; es verdaderamente un hombre desventurado, y al fin tiene que padecer para con los demás mundanos el sonrojo de oir que no es un exacto observador de las leyes del mundo. Pero aquel que vive segun las leyes del Evangelio, ¡qué paz tan dulce siente en su alma! ¡ qué tranquilidad observa en su conciencia! ¡qué de inocentes delicias encuentra en el cumplimiento de sus obligaciones! ¡ qué gusto tan sublime en el trato con Dios, en la contemplacion de sus divinos atributos, y en la imitacion de las heróicas virtudes en que resplandecieron sus siervos!

Bajo cualquier aspecto que se presente á sus ojos la ley evangélica, precisamente ha de confesar que no solamente es justa y santa, sino blanda en sus preceptos, facil en la ejecucion, y provechosa en los frutos. Pero ¿lo considero yo así? ¿Me he sometido hasta ahora al yugo suave del Señor? ¿No he

querido mas bien cargar sobre mis hombros el duro peso de las leyes del mundo? ¡O Dios mio! si se atiende á las obras y ejercicios que hasta aquí han ocupado mi atencion, yo parezco en vuestra presencia como un hombre ciego, que ha andado continuamente por derrumbaderos y precipicios, apartado del verdadero camino; yo he seguido las leyes del mundo, obedeciendo ciegamente la iniquidad de sus preceptos. Sentia en mi corazon un acíbar que llenaba de amargura todas mis delicias, y no conocia que esto mismo era un efecto de vuestra divina gracia, el contraveneno que habeis puesto en los gustos mundanos para que se aparten de ellos los hijos de los hombres.

Vos, Señor, me habeis abierto los ojos. Conozco la justicia, santidad y dulzura de vuestras santas leyes, y espero, con vuestra divina gracia, que de aquí en adelante han de ser ellas solas el yugo suave á que esté sometido mi cuello.

JACULATORIAS.

Lex Domini immaculata convertens animas. Salm. 118.
La ley del Señor es santa é inmaculada, que convierte las almas.

Non erubesco evangelium: virtus enim Dei est in salutem omni credenti. Ad Rom. 1.
De aquí en adelante no tendré vergüenza de practicar las leyes del Evangelio, porque en él reside la virtud de Dios y toda felicidad para aquel que lo cree y lo practica.

PROPOSITOS.

1. La ley evangélica es le compendio de todas las leyes; y así cumplir el Evangelio no es otra cosa que llenar todas las medidas de la justicia. Esto se veri-

fica no solamente respecto del complexo de toda la ley, sino aun respecto de aquellos preceptos que se tienen en ella por principales. San Pablo asegura que todo el cumplimiento de la ley consiste en la caridad; y escribiendo á los de Galacia, vuelve á confirmar lo que habia escrito á los Romanos, diciendo estas palabras: Toda la ley se reduce á estos pocos términos: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. Lo mismo se deduce del exámen de cualquiera otro de los preceptos de Jesucristo. Uno de ellos es el que dice: *Que el verdadero cristiano ha de negarse á si mismo, ha de tomar sobre sus hombros la cruz que puso sobre ellos la divina Providencia, y ha de seguir las pisadas de su maestro y legislador.* No tiene duda que el precepto de la caridad, recomendado por la naturaleza, tiene tal conexion con la abnegacion de sí mismo, que no se puede observar el uno sin cumplir exactamente con lo que prescribe el otro. Todo lo cual convence la perfeccion de nuestra ley, y la infinita sabiduría de su legislador. Por esto san Agustin asegura que no hay ley qué contenga preceptos mas sabios, ni mas fáciles de ejecutarse, ni que produzcan tantas felicidades en aquel que los observa como la ley evangélica. Convencido de esta verdad, é ilustrado tu corazon con las luces de la gracia, es justo que depongas los engaños de la vida pasada y propongas firmemente vivir de aquí en adelante segun la ley á que te sujetaste en el bautismo.

2. Aborrece con todo tu corazon las leyes inicuas á que quiere sujetarte el mundo: conoce que todas ellas no se dirigen á otra cosa que á hacerte eternamente desventurado. Aun en esta vida te tiene acreditado la experiencia que nada te han producido sino sobresaltos y amarguras: en lo sucesivo no puedes esperar que produzcan otros efectos. Si hasta aquí has vivido engañado é infeliz, engaños é infelicidades

puedes prometerte en lo sucesivo. Por el contrario, si te determinas á seguir exactamente las leyes del Evangelio, tendrás por fruto la paz y tranquilidad de la vida, la estimacion y honor de las personas sensatas, la amistad de Dios y de sus santos, y últimamente, aquella firme esperanza de felicidad que te hagar mirar la muerte como un sueño, y la vida como un estorbo que te impide la vision beatífica para que estás destinado. La razon, la naturaleza, la gracia, el ejemplo de tus hermanos, y hasta tu misma experiencia te deben tener convencido de todo esto. Infeliz de ti, si despreciando las inspiraciones y las luces que te comunica el Espíritu Santo, abandonando los convencimientos que en este instante siente tu corazon, y cerrando los ojos á las luces de la verdad y de la justicia, persistes en tus errores antiguos, prefiriendo á la ley de Dios las leyes del mundo, y viviendo segun sus perniciosas máximas. La maldicion de Dios te seguirá en todas tus operaciones; experimentarás en esta vida el justo castigo que tiene decretado el cielo contra los que ponen mano al arado, y vuelven atrás en su camino; y por complemento de tu infelicidad mirarás la muerte como un principio de dolores interminables.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN UBALDO, OBISPO.

Nació san Ubaldo en Eugubio, ciudad de la Umbría, en Italia, por los años de 1084, de una de las mas nobles y mas distinguidas familias del pais. Habiendo perdido á su padre casi estando aun en la cuna, fué confiado á la tutela de un tio suyo, llamado

tambien Ubaldo, que le habia sacado de pila, y era un caballero aun mas distinguido por su virtud que por su noble nacimiento. Él mismo le dió las primeras lecciones de una cristiana educacion, reconociendo en el niño Ubaldo admirables disposiciones para la virtud, y no menor ingenio para sobresalir en el estudio de las letras. Púsole despues á pension en casa del prior de San Mariano y Santiago, para que estudiase en compañía de otros niños dedicados al servicio de la Iglesia; y en poco tiempo hizo muchos progresos en las letras humanas y divinas, pero mucho mayores en la ciencia de la salvacion.

Tuvo que padecer grandes combates su inocencia en medio de una casi general corrupcion de costumbres. Cansado en fin, y ofendido de la licenciosa vida que se toleraba en los niños colegiales, compañeros suyos, dejó el colegio ó seminario de San Mariano, y entró en el de San Segundo, donde se vivia con mucho mayor arreglo, y allí concluyó sus estudios. Cuanto mas sabio se hacia, mas devoto se mostraba. La tierna y afectuosa devocion que profesaba á la Reina de los cielos le inspiró tanto amor á la pureza, que aun siendo muy niño, y hallándose heredero de un pingüe patrimonio, resolvió renunciar á todas las vanidades del mundo, é hizo voto de perpetua castidad.

Una virtud tan rara en un jóven rico, noble, de buena disposicion y de mucho ingenio, en una ciudad donde eran tan pocos los buenos, movió al obispo san Gramairiano á atraerle á su compañía; y noticioso de que habia abrazado el celibato, le hizo prior de su iglesia catedral, que era la de San Mariano, donde habia pasado Ubaldo los primeros años de su niñez.

El cabildo, de que se halló cabeza nuestro santo siendo todavia tan jóven, hacia muchos años que

vivia sin órden y sin disciplina. Estaba desterrada de él la regularidad, abandonados los divinos oficios, y se tocaba á las horas canónicas, pero no se decian. El claustro de los canónigos estaba abierto á todo el mundo; el desórden era tan público y tan continuo de noche como de dia; en una palabra, eran pocos los canónigos que no llevaban una vida escandalosa. Gimió Ubaldo en vista de tan deplorable situacion; derramó torrentes de lágrimas en la presencia de Dios, y no cesaba de implorar su misericordia por la conversion de sus hermanos.

El mal era grande, y la cura difícil. La misma inocencia y la misma virtud del santo prior eran al principio como un estorbo, mirándole los canónigos como un mudo censor que los incomodaba. Su silencio, su modestia y sus mismas urbanas atenciones en vez de templar los ánimos los enconaban mas y mas. Como su vida era una vivísima reprension de la que ellos traian, no podian sufrir que fuese cabeza de su comunidad. A los principios intentaron obligarle á renunciar la dignidad á fuerza de pesadumbres; pero su afabilidad, su paciencia y su política los hicieron mas tratables; solo los desesperaban sus ejemplos, y así nunca le podian mirar sin enfado.

Conociendo muy bien san Ubaldo así la naturaleza de la enfermedad, como el temperamento de los enfermos, se contentaba con procurar cumplir con las obligaciones de su estado, sin darles mas leccion ni aplicarles otro remedio que el del buen ejemplo. Comenzó ganando á tres canónigos de los menos viciosos, á los cuales persuadió que, juntándose á el, viviesen todos en comunidad, no teniendo mas que un refectorio, un dormitorio y un coro comun. Edificó á toda la ciudad esta ejemplar vida, resucitando en el clero el fervor de su primitivo espíritu. Por este tiempo, habiendo oido nuestro santo elogiar á cierta

comunidad de eclesiásticos, que con el título de canónigos reglares habia fundado un gran siervo de Dios, llamado Pedro de Honestis, en la iglesia de Santa María del Puerto, territorio de Ravena, pasó allá, y estuvo tres meses en ella para empaparse en su espíritu y observar su disciplina. Agradóle el instituto, y trajo consigo á Eugubio sus constituciones, las que gustaron tanto á los canónigos de su reducida comunidad, que todos unánimes resolvieron abrazarlas. Bendijo Dios la perseverancia y el zelo de nuestro santo; porque todo el cabildo se convirtió, admitió el nuevo instituto, y en poco tiempo fué una de las mas ejemplares comunidades de canónigos reglares que florecian en la Iglesia universal.

Algun tiempo despues un incendio, que abrasó la mayor parte de la ciudad, redujo á cenizas el convento y claustro de los canónigos; ocasion que pareció á Ubaldo muy oportuna para renunciar el priorato, y satisfacer el deseo que tenia de retirarse á la soledad. Pero no queriendo proceder en cosa alguna sin consejo, fué á verse con el bienaventurado Pedro de Rimini, prior del desierto de Font-Avelle, para comunicarle sus intentos. Disuadióselos el siervo de Dios, declarándole ser tentacion del enemigo, y lazo que le armaba para destruir el nuevo instituto, y arruinar en la cuna la reforma: aconsejóle que se restituyese al punto á su iglesia, y procurase reedificar cuanto antes el convento. Obedeció Ubaldo, y bendijo Dios su docilidad y sus trabajos, logrando ver en breve tiempo á su cabildo de Eugubio uno de los mas santos y mas florecientes de toda Italia.

Pero como se habia extendido por todas partes la fama y la reputacion de nuestro santo, no era fácil que le dejasen gozar de su quietud por mucho tiempo; y habiendo muerto el obispo de Perusa, el clero y el pueblo de comun acuerdo nombraron á Ubaldo para

que le sucediese. Noticioso de su eleccion, salió secretamente de la ciudad, y se escondió en un sitio muy retirado, hasta que supo que los diputados de Perusa se habian vuelto á sus casas. Entonces salió de su retiro, y llevado de su aversion á las dignidades eclesiásticas, se fué directamente á Roma, se echó á los piés del papa Honorio II, y le suplicó no atendiese al nombramiento de la iglesia de Perusa hecho en su favor, vertiendo tantas lágrimas, y alegando tantas razones para que le excusase del obispado, que el papa se dejó persuadir, y declaró nula la eleccion del pueblo de Perusa.

No duró mucho tiempo el triunfo de su humildad; porque habiendo sucedido dos años despues la muerte de Estévan, obispo de Eugubio, y no conviniendo el clero y el pueblo en la eleccion, se vió precisado Ubaldo, como prior ó dean de la catedral, á volver á Roma para suplicar al papa que pusiese fin á aquellas contestaciones El papa, que estaba muy arrepentido de la facilidad con que antes habia condescendido con su repugnancia, le nombró obispo de Eugubio, sin que le valiesen sus razones, súplicas ni lágrimas; fuéle preciso obedecer y rendirse á una eleccion que mereció el universal aplauso del clero y pueblo. Fué consagrado por el mismo papa el año de 1129, declarando Dios ser suya esta eleccion, y justificándola el santo desde luego por los grandes ejemplos de virtud, y por los maravillosos frutos de su zelo.

Persuadido que la virtud de un simple prior no era suficiente para un obispo, dobló su fervor, su devocion y sus penitencias. Siempre habia sido parca su mesa; pero no obstante aun hizo que fuese mas frugal, refinando, por decirlo así, su abstinencia, su modestia y su pobreza. Solia decir que el obispo debe hacerse respetar por su virtud, mas que por su tren y por su equipaje; y añadia : *Si el obispo tiene*

mas renta que un canónigo, no es para mantener mas criados, sino para sustentar mas pobres. Vivia con una continua mortificacion de sus sentidos, y con un completo desasimiento de todas las cosas. Infatigable en los trabajos de la penitencia, y en los que eran inseparables de su ministerio, velaba continuamente sobre el rebaño que se le habia encomendado. Ganaba los corazones con su agrado, con su apacibilidad y con su paciencia. Diciendo un dia á un albañil que no habia hecho bien en levantar una pared en suelo ajeno, aquel bárbaro lleno de furor echó al santo obispo en un monton de cal. Levantóse tranquilamente el humildísimo prelado, y se retiró á su palacio sin hablar palabra; pero el pueblo, que no era tan moderado, clamaba por el castigo de tan sacrílega insolencia, y temiendo el santo obispo que maltratase al delincuente, le puso á salvo en su mismo palacio. El albañil, penetrado ya de un vivísimo dolor de su delito, se ofreció á expiarlo con su misma vida; pero todo el castigo que le dió, fué despedirle con un ósculo de paz.

Queriendo en cierta ocasion sosegar un tumulto popular, se metió intrépidamente entre las espadas desnudas; y en vista del peligro que corria el santo prelado, se dejaron todos caer las armas de las manos, siguiéndose la reconciliacion por efecto de sola su presencia. Ninguno fué mas dueño de los ánimos y de los corazones de todos. Despues que el emperador Federico Barbaroja hubo sujetado á los Romanos, y saqueado la ciudad de Espoleto, se dirigia á Eugubio con ánimo de hacer lo mismo; pero habiéndole salido á recibir el santo obispo, le desarmó. Lleno Federico de respeto y de veneracion á su virtud, dejó todo el fausto que le rodeaba, se postró á sus pies, le pidió su bendicion, y perdonó á la ciudad.

En medio de sus continuas y dolorosas enfermedades,

que disimulaba siempre con un semblante alegre, apacible y sereno, ningun año dejó de hacer la visita de su obispado, y ningun dia de sustentar al pueblo con el pan de la divina palabra. Así como no hubo pastor mas amado de sus ovejas, así no hubo ovejas mas dóciles á la voz de su pastor. El culto divino restituido á su esplendor antiguo, los abusos desterrados, y las costumbres reformadas, fueron fruto del infatigable zelo de san Ubaldo, que consumido al rigor de sus penitencias y pastorales fatigas, debilitado por sus achaques, y presintiendo que se iba acercando la hora de su muerte, se hizo llevar á la iglesia de San Lorenzo, donde se mantuvo como en una especie de retiro hasta el dia de la Ascension, disponiéndose para aquella última hora. Mandó despues que le restituyesen á su palacio episcopal, donde no cesó de dar saludables instrucciones todo el tiempo que tuvo libre el uso de la lengua. Agravándose la enfermedad la víspera y dia de Pentecostés, corrieron todos á recibir su última bendicion al pié de su humilde cama; sin oirse en la ciudad mas que llantos y universales gemidos, hasta que en la noche del dia siguiente, que fué el 16 de mayo, pasó tranquilamente á la gloria eterna de los bienaventurados, en el año 1160, á los setenta y seis de su edad, y treinta y uno de su obispado.

Acudieron á venerar el santo cadáver todos los pueblos vecinos á la primera noticia de su muerte, pareciendo triunfo mas que pompa fúnebre sus magníficas exequias; y los grandes milagros que obró Dios por intercesion del santo, estando aun de cuerpo presente, continuándolos despues en su glorioso sepulcro, movieron al papa Celestino III á canonizarle el año 1192. Cuatro años despues se hizo la traslacion de su cuerpo á la iglesia catedral de San Mariano y Santiago, que está sobre un montecillo extramuros

de la ciudad, y se comenzó á llamar *el Monte de san Ubaldo*, por haberse edificado allí una suntuosa iglesia dedicada al santo, siendo cada dia mayor y mas solemne la devocion de aquel pueblo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Auxilium tuum nobis, quæsumus, Domine, placatus impende, et intercessione beati Ubaldi, confessoris tui atque pontificis, contra omnes diaboli nequitias dexteram super nos tuæ propitiationis extende. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que, aplacada tu ira, nos concedas auxilios particulares, y que por la intercesion del bienaventurado Ubaldo, tu confesor y pontífice, nos alargues tu mano poderosa para defendernos de todas las asechanzas del demonio. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduria, y la misma que el dia V, *pág.* 97.

NOTA.

« Hay gran variedad de opiniones sobre el tiempo » en que se escribió el libro del Eclesiástico. Los que » le atribuyen á Salomon suponen que fué en su » tiempo; otros quieren que fuese en el pontificado » de Eleazar, y en tiempo de Ptolomeo Filadelfo rey » de Egipto; pero la opinion mas comun es que se es» cribió siendo pontífice Onías III, y Antioco Epifanes » rey de Siria. »

REFLEXIONES.

Dióle el gran sacerdocio para que ejerciese sus funciones, para que cantase alabanzas á Dios, para que en su nombre anunciase al pueblo su gloria, y para que ofreciese incesantemente al mismo Dios incienso digno en olor de suavidad. Esto es puntualmente lo que quiere Dios de todo aquel á quien eleva á la alta dignidad del sacerdocio; que ejerza sus funciones,

fungi sacerdotio; esto es, que todos los dias ofrezca en el altar el cordero sin mancilla : *Sacrificia ipsius consumpta sunt igne quotidiè* (1). Que su ocupacion y su oficio sea cantar alabanzas al Señor, y predicar al pueblo su palabra. Y por cuanto un ministerio tan santo y un carácter tan sagrado están pidiendo una vida pura, inocente y ejemplar, que en todo tiempo exhale el buen olor de Jesucristo; exige Dios de todos los sacerdotes un arreglo de costumbres el mas exacto, una virtud la mas particular, un fervor constante y que no se desmienta jamás. Son los sacerdotes por su carácter, personas consagradas; por su estado, ministros del altar; por su título, conquistados ó adquiridos especialmente por el Señor, y escogidos para ser oráculos de Dios vivo, intérpretes de su voluntad, depositarios de los méritos, y aun de la misma sangre de Jesucristo; sus favorecidos, sus ministros, encargados de las oraciones del pueblo, por su oficio; obligados á servirle de luz, por su ministerio; destinados á alabar dia y noche al Señor, por deber. Su vida escondida en Jesucristo, segun la expresion del Apóstol, debe representar á los ojos de todos la vida del mismo Cristo. Sus dias no son suyos; reservóselos para sí el que los llamó á su servicio; estáles prohibida toda ocupacion puramente profana; para ellos todos los dias son ferias; esto es, dias de fiesta y solemnidad : fines, acciones, deseos, diversiones, hasta la misma aparente ociosidad, todo debe ser en ellos santo ó santificado. Siendo respetables aun á los ángeles por su elevado carácter, no lo deben ser menos á los hombres por la inocencia y por la santidad de su vida.

¡Qué desolacion, qué desgracia, exclama el Profeta, que las piedras del santuario, tan dignas de nuestra veneracion mientras están en su lugar, se

(1) Eccl. 47.

hallen esparcidas por los rincones de las calles, pisadas y tratadas con desprecio, cuando ya no sirven mas para el uso á que estaban destinadas!

¡Qué escándalo seria si aquellos ministros del Altísimo, que solo debieran encontrarse entre el vestíbulo y el altar llorando sus pecados y los del pueblo, se hallasen todos los dias en las concurrencias profanas, frecuentando las academias de la ociosidad. siendo el alma de las diversiones y el espíritu del juego, malogrando todo el tiempo en una delicadeza ó en una disipacion escandalosa!

¡Pero ah! ¿y no se hallan por nuestra desgracia algunos de esos mercenarios, de esos sacerdotes intrusos, que con lastimoso daño de la religion desacreditan su sagrado ministerio? ¿No se hallan algunos de esos hombres indignos, que, sin mas vocacion al estado que abrazaron que el de una renta pingüe, consideran un beneficio eclesiástico como suplemento de una legítima escasa? ¡O santo Dios, y qué terrible cuenta han de dar al supremo Juez del uso de sus rentas, de las obligaciones de su estado, y de todos los dias de su vida pasados en la ociosidad, cuando ni un solo momento debieran tener que no lo empleasen bien!

La vida ociosa y delicada tiene sin duda sus entretenimientos; pero hay pocos que sean inocentes, y ninguno que no sea indigno de un eclesiástico. Pocos ociosos hay de esta clase que dejen de ser culpados. Como son, ó se hacen personas necesarias para las diversiones de otros, sin ellos parece que no tiene alma la conversacion; al juego, en su ausencia, le falta toda la gracia; y en fin, las visitas, el paseo, las tertulias, y cuantas fiestas profanas hay, les absorben todo el tiempo, reservándose solo unos pocos instantes, y esos los últimos de la noche, para rezar precipitadamente algunos salmos. Aun esta corta

obligacion del estado, desempeñada tan mal y de corrida, les parece una carga insoportable. Háceseles pesada la santidad de su carácter, y falta poco para que una gruesa renta, con obligacion de hacer oracion á Dios, no les parezca un beneficio á título oneroso.

¡Pues qué! ¿No se separaron del puebro, no se alistaron en la familia de Jesucristo, sino para hacerse mas lugar en las concurrencias mundanas? ¿Puede representarse escena mas escandalosa, puede darse al público espectáculo mas digno de risa? Siempre hace una figura muy ridícula el que representa un papel que no le conviene; nunca sale uno de lo que corresponde á su estado, sin hacerse digno de risa por el mismo hecho. Y esta ridiculez ¿no será mas visible en una persona eclesiástica? ¡Ay mi Dios! ¿Quién podrá tranquilizar en la hora de la muerte á un hombre cargado de obligaciones, todas á cual mas estrecha, todas á cual mas indispensable, todas á cual mas sagrada, y que muere sin haber cumplido jamás puntualmente ni aun quizá con una sola de ellas? Ellos solos bien puestos á cubierto de las miserias y de las calamidades de los tiempos; ellos solos exentos de los trabajos y de los cuidados inseparables de los demás estados y condiciones; ellos solos ricos con los bienes de los pobres; ¡es posible que solo han de encontrar lugar para los pasatiempos! ¡que su sagrado carácter solamente les ha de servir para la diversion, y sus crecidas rentas para arrastrar un gran tren y un magnífico equipaje! ¿Entraron acaso en la Iglesia solo para engolfarse mas en el mundo? ¡Oh, y qué cuenta darán á Dios!

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia V, pág. 400.

MEDITACION.

Á QUÉ PELIGRO SE EXPONEN LOS QUE PASAN UNA VIDA OCIOSA.

PUNTO PRIMERO.

Considera á qué riesgo nos exponemos en una vida ociosa é inútil, y cuánto debemos temer el castigo de un Dios justamente irritado, que puede fulminar contra nosotros aquella terrible sentencia de reprobacion pronunciada contra el árbol que no lleva fruto.

Mucho tiempo ha que no cesa Dios de darnos avisos: inspiraciones, gracias, auxilios, instrucciones, accidentes imprevistos, lectura de libros, todo se dirige á convertirnos. Hace mucho tiempo que el Señor busca frutos, y no encuentra mas que hojas, ó frutos semejantes á los del campo de Gomorra, que debajó de una bella corteza solo esconden podredumbre y amargura. ¿Cuál será, pues, nuestra suerte? ¿qué destino podemos esperar? El árbol estéril es condenado al fuego; un cristiano vacío de buenas obras, sin devocion, y que no tiene mas que la apariencia de cristiano, ¿tendrá el cielo por herencia?

Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ, et non feci? ¿Qué mas debí hacer por mi viña que no hiciese? dice el Señor por el profeta. Trae á la memoria los auxilios que te he concedido, las gracias que te he dispensado. Despues de tantos afanes, ¿no debia esperar yo que esta mi viña me correspondiese con frutos dulces? Y en medio de eso no me ha dado mas que algunos racimos muy amargos.

Nunc ergo, habitatores Jerusalem, et viri Juda, judicate inter me, et vineam meam. Juzgad, pues, ahora vosotros mismos, hombres ingratos, si tengo razon

para quejarme de vosotros. Hice por vosotros mas de lo que vosotros mismos os atreveríais á esperar, y en cierta manera aun mas de lo que podríais creer. Convenis en los beneficios que habeis recibido de mi liberal mano; pero ¿me habeis servido por eso con mayor fidelidad, me habeis amado mas?

¿No tenemos motivo para temer el justo castigo con que Dios amenaza á la viña estéril? *Auferam sepem ejus, et erit in direptionem*: Echaré por tierra el cercado con que la resguardé, y dejaréla abierta al arbitrio de los caminantes y de los pasajeros; convertiráse en camino público, y será pisada de todos; ya no se cultivará mas: si produjere algo, serán espinas y abrojos; y para colmo de su desdicha, haré que no llueva mas sobre una tierra tan ingrata, sobre una viña que no da fruto. Es fácil entender lo que significan estas expresiones. Hiciéronse en tiempo de Pascua los propósitos mas santos; conocióse el peligro de ciertas visitas, de ciertas funciones, de ciertas concurrencias, de ciertas conversaciones, y de ciertas malas costumbres; fué fruto del dolor y del arrepentimiento un plan de vida nueva; concluyóse que era indispensable la enmienda y la reforma; pero pocos dias despues todo esto dió por tierra. Y un Dios tan justamente irritado ¿continuará despues sus extraordinarios desvelos? ¿derramará despues con profusion sus especiales favores? ¿dejará en pié ese cercado que tú mismo haces tantos esfuerzos para derribar? ¿te colmará siempre de nuevos beneficios y de nuevas gracias?

PUNTO SEGUNDO.

Considera la desgracia de una alma á quien castiga el Señor con esta justa, pero espantosa privacion. Derribada la cerca, esto es, perdido aquel recogimiento interior, debilitado aquel saludable temor de

los juicios de Dios, esterilizados los talentos, y reiteradas las recaidas, se entregará el alma indiferentemente á todos los desórdenes, y será presa infeliz de todas las pasiones; ocuparán tumultuariamente el corazon mil turbulentos cuidados: apenas se dejará percibir la voz de Dios sino allá en lo mas hondo del mismo corazon; no harán impresion los saludables consejos de un confesor docto y prudente; miraráse la virtud con tedio y con disgusto; haráse intolerable el yugo del Señor, parecerá como seco y agotado el manantial de las gracias. ¿Y qué será de una pobre alma en tan lamentable estado?

Acaso te lisonjearás con que no te has abandonado al último desórden, pero acuérdate de que el siervo holgazan y perezoso no fué castigado porque hubiese perdido el talento, sino por no haber negociado con él. Esperas volver en tí, y confesarte en la primera fiesta; pero si la confesion que hiciste por Pascua de Resurreccion fué inútil, ¿no debes temer que no lo sea tambien la que hagas por Pascua del Espíritu Santo? Entre tanto el tiempo se pasa, y quizá, quizá estamos ya tocando el término fatal de nuestra vida: *Jam enim securis ad radicem posita est.* Acaso será esta la última solicitacion de la gracia; acaso será la postrera vez que Dios nos advertirá, que Dios nos tocará el corazon, que Dios nos apretará para que salgamos de este estado infructuoso y estéril. Y despues de todo esto, ¿no debemos temer que pronuncie contra nosotros aquella sentencia del padre de familias contra la higuera que no daba higos: *Succidite illam, ut quid terram occupat?* Corten este árbol cuanto antes, arrójenlo al fuego; ¿para qué se le ha de dejar ocupar el terreno de otro que puede dar exquisito fruto acreditando las diligencias del cultivo?

¡Cosa extraña! hacemos todas estas reflexiones;

á muchos los estremecerán estas verdades; todos convenimos en que es muy arriesgada una vida inútil para el cielo; y en medio de eso, ¿para cuántos serán inútiles estas reflexiones?

No permitais, Señor, que sea yo de este número. Arbol estéril hasta aquí, he hecho ineficaces todas vuestras gracias, inútiles todos vuestros desvelos. No os canseis, Dios de las misericordias; continuad, Señor, continuad los auxilios de vuestra gracia á mi alma, que espero dará fruto de hoy en adelante.

JACULATORIAS.

Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Matth. 18.
Dadme, Señor, todavía un poco de tiempo, que yo os satisfaré lo que os debo.

Domine Deus, ostende hodie, quia tu es Deus Israel, et ego servus tuus. III. Reg. 18.
Mostrad, Dios mio y Señor mio, en este dia que vos sois mi soberano dueño, y que yo soy fiel y humilde siervo vuestro.

PROPOSITOS.

1. Si has comprendido el peligro á que expone una vida ociosa, inútil y floja, fácilmente evitarás este peligro con el horror que te causará semejante vida. Pero guárdate bien de que este horror se reduzca solo á proyectos aéreos, á deseos inútiles que matan al perezoso. Procura que sea siempre práctico el fruto de todas tus meditaciones, esto es, que se dirija siempre á la reforma de tus costumbres, á arreglar tu conducta, y á la práctica de la virtud. Hasta aquí ha sido inútil tu vida, ó á lo menos ha habido en ella grandes vacíos; procura que en adelante sean dias llenos todos tus dias, segun la frase de la Escritura. Da desde luego principio por el dia

de hoy, practicando en él todas aquellas obras y ejercicios que corresponden á tu estado. Visita á los pobres enfermos en el hospital; consuélalos con tus palabras y con tus limosnas. Si no los puedes visitar en el hospital, ejercita esta obra de caridad con algunos de tu parroquia. Hay muchas familias honradas que tienen gran falta de todo; lo que á tí te sobra, las acomodaria mucho á ellas; socórrelas, y gasta en esto lo que habias de gastar en una mesa espléndida, en un convite inútil, en un vestido superfluo, ó en un mueble no necesario, que bien puedes pasar sin él. Harás en esto un gran sacrificio; ruégote que tomes gusto á esta práctica.

2. Huye la compañía de la gente ociosa, y aun debes dejar de asistir adonde reina la ociosidad. Ten continuamente alguna cosa en que ocuparte. Una señora cristiana siempre debe tener alguna labor que la ocupe; á la labor suceda la oracion, ó la lectura de algun libro devoto. Procura que sea útil hasta tu mismo descanso, por medio de conversaciones que fomenten la virtud y que edifiquen. Acostúmbrate á levantar el corazon á Dios frecuentemente con breves jaculatorias, y con actos de amor suyo. Es devocion muy provechosa rezar el *Ave María* siempre que da alguna hora. Mucho se adelantará con una vida empleada en estos devotos ejercicios; son unas industrias espirituales, al parecer de poca entidad, pero en realidad de gran valor para enriquecerse el alma.

SAN JUAN NEPOMUCENO, MÁRTIR.

Entre las varias calamidades que ha padecido la Iglesia, y en la mayor corrupcion de los siglos mas relajados, siempre ha hecho ver su esposo Jesucristo

que no podian prevalecer contra ella las puertas del infierno, antes bien, las mismas persecuciones harian resaltar el precio y hermosura de la virtud. Vióse esto con la mayor claridad en el reinado turbulento y sanguinario de Venceslao, rey de Bohemia, indigno por sus excesos de haber sido hijo del generoso Carlos IV. Entre los varones que ilustraron por aquel tiempo la iglesia de Bohemia, y principalmente la metropolitana de Praga, con el lustre de su nacimiento, con la copia de doctrina, con la fortaleza en defender la inmunidad eclesiástica, con la inocencia de costumbres, y con todas las demás virtudes propias de los grandes sacerdotes, fué uno san Juan Nepomuceno, cuya vida y felicísima muerte, honrada con la lauréola del martirio en defensa del sigilo sacramental, es como se sigue.

Nació san Juan Nepomuceno en un lugar de Bohemia llamado Nepomuk, entre el año de 1320 y 1330, segun se deja inferir de los sucesos de su vida. Sus padres, hombres de mediana fortuna, fueron mas ilustres por la solidez de su piedad, que por la antigüedad de su ascendencia. Habian llegado á una edad avanzada, cercana á la senectud, sin el consuelo de tener sucesion: dirigian al cielo sus votos, derramando copiosas lágrimas delante de la imágen de la Madre de Dios que se veneraba en Verdemonte, monasterio de Cistercienses, mas para ejercitar su piedad, que porque esperasen tener hijos en edad tan desproporcionada. Pero la piadosa Madre de misericordias oyó sus oraciones, y no solamente alcanzó de su Hijo que los alegrase con el nacimiento de Juan, sino que habiendo este enfermado tan peligrosamente que se desconfiaba de su vida, sanó repentinamente luego que sus padres acudieron á ofrecer sus votos delante de aquella santa imágen. Toda su puericia fué un continuo tejido de santas obras, que

manifestaban la verdad con que el cielo habia indicado antes de nacer la pureza de sus costumbres y los ardores de su caridad, por medio de unas hermosas llamas que descendieron del cielo rodeando la casa en que nació. Deleitábase siendo todavía muy niño en ayudar á misa á los sacerdotes, asistiendo á la iglesia antes de amanecer, y lo hacia con tal modestia y compostura, que parecia un ángel del cielo destinado á la iglesia por ministro. Habíale dotado la naturaleza de un semblante en que se juntaban la majestad y hermosura, con una amabilidad y sencillez, que arrebataba los corazones. Su genio vivo, su rara memoria, y su entendimiento agudo y perspicaz, no desmentian un punto los anuncios felices de su semblante. Para no malograrlos cuidaron sus padres de proporcionarle los estudios de latinidad y elocuencia, y para este efecto le enviaron á la ciudad de Zatecio, donde en poco tiempo estudió las humanidades, y sobre todo la retórica con gran nota de aprovechamiento. El emperador Carlos IV acababa de fundar entonces la universidad de Praga, atrayendo á ella con grandes premios los maestros mas sobresalientes en todas facultades que tenian en aquel tiempo París, Padua y Bolonia. El jóven Juan fué enviado á esta floreciente escuela y en ella estudió la filosofía y las sagradas ciencias, hasta conseguir el grado de maestro en la primera, y el de doctor en sagrada teología y cánones.

Desde que habia comenzado á instruirse en las letras humanas, habia conocido el santo que la grande propension que sentia al estudio de la elocuencia, denotaba cierta vocacion al sacerdocio, y á procurar la salvacion de las almas. Cuanto mas fué internándose en los secretos de la verdadera sabiduria, y penetrando las sublimes verdades de la religion en las ciencias sagradas, tanto mas se iban

encendiendo en su corazon los deseos de servir á la Iglesia y á la salud de sus prójimos por todos los dias de su vida. Desconfiaba sin embargo de su propio juicio; y aunque en todo el tiempo que habia consumido en los estudios no habia dejado de practicar obras de piedad y de virtud, con todo eso determinó retirarse por espacio de un mes entero, para examinar con seriedad su vocacion al sacerdocio. Pasó el santo mancebo todo aquel mes en una rigurosa soledad, purificando y examinando su conciencia, afligiendo su inocente cuerpo, y dirigiendo al cielo fervorosas oraciones con copiosas lágrimas, para que se dignase hacerle patente su voluntad, y darle los auxilios necesarios para cumplirla. Conoció por la constancia en sus propósitos, y mucho mas por aquella interior ilustracion con que Dios se insinúa en los corazones de sus siervos, que este Señor le llamaba al estado eclesiástico; y así concluidos sus ejercicios, recibió los órdenes sagrados, y comenzó á ejercer las funciones de su nueva dignidad por medio de la predicacion. No eran sus sermones como los de aquellos oradores que mas bien parece van á predicarse á sí mismos, haciendo ostentacion de una vana elocuencia, que á ganar las almas perdidas, y reducirlas á la grey de Jesucristo: los discursos de san Juan eran vivos, enérgicos, persuasivos, llenos de aquella fuerza superior con que el espíritu divino ablanda el corazon empedernido del pecador mas obstinado. La mocion, los sentimientos que excitaba en las almas de los oyentes, el gusto con que estos le oian, sus lágrimas, y mucho mas la enmienda de sus vidas, daban un claro testimonio de la excelencia de su predicacion. En breve tiempo todos los vecinos de Praga reconocieron en san Juan Nepomuceno un ministro evangélico, en quien resplandecia á un mismo tiempo la sublimidad de doctrina y la santidad

de las obras; y en esta justa persuasion no tuvieron dificultad de nombrarle predicador de la basílica de Nuestra Señora de Trein, en Praga la antigua, que era el sitio mas principal y noble de aquel pueblo, y en donde solo se permitia predicar á oradores consumados.

Era empresa ardua ocupar el lugar de hombres tan sabios como le habian precedido, sin el justo temor de incurrir en el desagrado de los oyentes, acostumbrados á oir los oradores mas sublimes que habia tenido Bohemia. Uno de estos habia sido Conrado Stickna, hombre elocuentísimo; y otro, el mas inmediato, Juan Milicio, cuya fuerza en el decir era tanta, que de resultas de un discurso suyo todas las matronas de la ciudad de Praga abandonaron á un tiempo el lujo y profanidad de sus vestidos; las mujeres públicas dejaron sus vidas licenciosas, encerrándose en conventos; y hasta los ciudadanos mismos llegaron á destruir los lupanares, entregándose á las lágrimas y á la penitencia. Sin embargo de esto, el nuevo predicador llenó de tal manera la espectacion de todos, que hizo olvidar el mérito de sus predecesores, y aun les aventajó en la prudencia y en el respeto con que se debe mirar la cátedra del Espíritu Santo. Porque aunque los referidos predicadores tenian grande mérito por su elocuencia, como su corazon no estaba animado de un zelo tan puro como el de san Juan, habian zaherido en sus discursos á los órdenes mendicantes, causando escándalo á los oyentes, desprecio de su ministerio, acusaciones en Roma, y alborotos y disensiones muy ajenas del ministerio de la palabra. Entre tanto la doctrina, virtud y continuo trabajo de este digno sacerdote iba creciendo en tanto grado, que todos á una voz publicaban su mérito, y clamaban por su exaltacion. Distinguióse entre todos el arzobispo de aquella santa

iglesia, por cuya solicitud no solamente fué hecho nuestro santo canónigo de aquella respetable catedral, sino que se le confió el delicado empleo de predicar al César en la iglesia de San Vito. En vano pretendió excusarse, alegando su incapacidad para dar acertados consejos é instrucciones convenientes á tan altos personajes; las excusas de su humildad no lo fueron para los que conocian su mérito, y así se vió obligado á aceptar el canonicato, con el cargo de predicador de la corte, que ejerció por muchos años con aplauso general de los palaciegos, y con grande admiracion y fruto de cuantos concurrian á oirle. El argumento ordinario sobre que formaba sus sermones, era la penitencia y arrepentimiento de los pecados; la relajacion, soberbia y gastos superfluos de los nobles; la fealdad y consecuencias perniciosas de la embriaguez, vicio entonces muy ordinario; el lujo y profanidad de los vestidos; y últimamente, el juicio tremendo que espera á todos los delincuentes, y las penas acerbas é interminables que han de tener por castigo. El mismo rey Venceslao fué movido por los discursos del santo predicador, y refrenó por algun tiempo sus pasiones desarregladas.

Entre tanto llegó á vacar la silla episcopal de Leitomeritz, y el emperador, para dar una prueba del aprecio que hacia de san Juan Nepomuceno, le ofreció su nombramiento; pero no fué posible determinarlo á que lo aceptase. Imaginando que su renuncia se fundaba acaso en los peligros y trabajos inseparables del obispado, le ofreció la pabordía de Wischeradt: era esta la primera dignidad eclesiástica de Bohemia despues del obispado, tenia cien mil florines de renta al año, no exigia cuidados, penas ni fatigas, y llevaba anexo el título de canciller hereditario del reino. Pero conoce poco á los santos el

que les hace semejantes ofertas : el virtuoso canónigo rehusó esta dignidad con tanta mas razon, cuanto el único aliciente que ofrecia eran los honores y las riquezas.

Pero cuanto mas despreciaba el santo las grandezas del mundo, tanto mas permitia Dios que el mundo le estimase. Empeñóse de nuevo Venceslao en nombrarle su limosnero; y el santo admitió este cargo, ya por no agriar el ánimo del emperador resistiendo á sus porfías, ya por la facilidad que le daba para instruir á la corte con mayor autoridad y mas fruto, y ya por la proporcion de satisfacer su ternura y caridad con los pobres. Por otro lado este destino no le exponia á distracciones, ni le ofrecia aquellas riquezas y honores que tanto le atemorizaban : así fué la humildad la que le fijó en la corte, adonde la ambicion conduce á casi todos los hombres. Desempeñó su empleo de tal modo, que todos los cortesanos estaban admirados de la destreza, política é integridad con que se conducia en palacio : los pobres daban gracias al cielo, sorprendidos de su ardiente caridad y de sus largas limosnas, y todos admiraban en su conducta y buen desempeño los efectos de una prudencia celestial y de una justicia consumada.

La emperatriz Juana, hija de Alberto de Baviera, conde de Hainaut y de Holanda, era una princesa adornada de las mas bellas cualidades y de todo género de virtudes. Movida de la uncion que acompañaba los sermones de san Juan Nepomuceno, de la seguridad y solidez de sus máximas, y de la fuerza victoriosa con que persuadia la virtud, determinó tomarle por su confesor para que dirigiese su conciencia, y fuese maestro de su vida. Este hecho movió á algunos conventos de vírgenes á solicitar su direccion, seguras del aprovechamiento que les resultaria si llegaban á conseguir tan acertada enseñanza. Las pre-

cisas obligaciones del empleo de limosnero no permitieron este consuelo sino á las religiosas de San Jorge, que con la direccion del santo llegaron en breve al mas sublime grado de la perfeccion religiosa. En este tiempo resplandecia Nepomuceno como una luciente antorcha, que difundia por todas partes las luces de su santidad y su doctrina. La santa iglesia metropolitana de Praga le miraba como á su mayor ornamento, y toda la corte como á un oráculo en donde hallaban sus dudas claridad, solucion sus dificultades, y un ángel de paz sus pleitos y disensiones. En esto último llegó á tan elevado concepto la prudencia de nuestro santo, que acontecia poner en sus manos los pleitos mas considerables, interesantes y ruidosos, sujetándose las partes voluntariamente á su sentencia. Tan grande era la opinion que de su sabiduría é integridad habian concebido todos, que muchos, no cediendo á las decisiones de los tribunales reales, oian y abrazaban sin apelacion las decisiones de san Juan Nepomuceno.

Entre tanto el rey Venceslao, que era de un carácter feroz, y propenso á todos los vicios, iba empeorando sus costumbres, manchándolas con su fiereza y deshonestidades. Dícese que los infames aduladores que le rodeabau, le dieron confecciones con que excitar hasta lo sumo su crueldad y su impureza; pero ¿qué confecciones tan activas para pervertir el corazon de un príncipe, y hacerle execrable á los ojos de Dios y de los hombres, como las palabras y consejos de los aduladores, cuyas lenguas serpentinas están llenas de un mágico y pestífero veneno? Este pudo tanto en aquel príncipe infeliz, que llegó á convertirle en un loco furioso, ó en un monstruo que no hallaba deleite sino en la crueldad y en los mas infames delitos. La piadosa reina miraba con sumo dolor los excesos de su esposo; y la piedad y ternura de su

corazon se conmovian mas violentamente en vista de las crueldades diarias que cometia. No podia ver sin horrorizarse que su marido, imitando á los príncipes mas crueles, llegase hasta el extremo de manchar la mesa y las viandas que comia, con la sangre de los grandes que allí mismo mandaba degollar. Gemia la inocente reina en el secreto de su corazon, y redoblaba sus suspiros al ver que su honesta conducta era mirada del rey con ojos infieles y zelosos. No hallaba consuelo sino en la soledad y en el retiro, dirigiendo á Dios ruegos humildes para que ablandase el corazon de su esposo. Cuando los males que se padecen son extremos, no halla el afligido descanso sino en la conversacion con Dios y en el seno de la virtud. Por tanto, con ningun ejercicio podian templarse las lágrimas y amargura de la reina sino con la confesion sacramental, que comenzó á frecuentar con mas esmero, con la oracion continua, con el socorro de los pobres, y con los ejercicios de una vida completamente espiritual, en que se empleaba dia y noche.

Estas piadosas ocupaciones de la reina, sus mortificaciones y abstraccion, que bastarian por sí solas para ablandar el corazon mas rebelde, y para excitar en él los estímulos de un verdadero y puro amor, produjeron en Venceslao efectos enteramente contrarios. No podia sufrir la presencia de su esposa; aborreciala con todo su corazon cuando se presentaba á sus ojos; pero cuando la veia retirada y apartada algun tanto de su presencia y comercio, su corazon se abria no tanto al amor, cuanto á la loca pasion de los zelos. Produjeron estos en el inicuo rey la desatinada curiosidad de saber la confesion de su esposa, los pecados que confesaba al sacerdote, los consejos que este la daba, y principalmente cómo pensaba de su marido, y si acaso tenia su amor empleado en otro

objeto: tan locos pensamientos es capaz de producir la tiranía, cuando se aconseja con la crueldad, con la torpeza y con la lisonja. Mandó, pues, llamar á san Juan Nepomuceno, y despues de varios rodeos de discursos y palabras, hizo que cayese la conversacion sobre las cualidades y condicion de las mujeres casadas, significando que sus intenciones mas ocultas y sus obras, por santas y secretas que fuesen, debian saberlas sus maridos, principalmente siendo estos reyes. Propúsole riquezas, honores, dignidades, y cuanto pudiera apetecer un hombre ambicioso, con tal que le revelase alguna parte de lo que la reina le confesaba, asegurándole que guardaria secreto, y quedaria tranquilo su corazon. Escandalizóse y llenóse de horror el sagrado ministro al oir semejante propuesta, y con evangélica libertad hizo entender al rey su impiedad y sacrílega pretension, aconsejándole que se arrepintiese de tan execrable delito, y dejase de solicitar lo que de ninguna manera podria jamás conseguir. El corazon del rey se encendió en furor oyendo la repulsa, y mucho mas la reprension agria con que el varon apostólico habia afeado su procedimiento; pero considerando que los primeros pasos suelen ser inútiles para la consecucion de las cosas difíciles, y que las instancias continuadas suelen conseguir finalmente lo que habia parecido inasequible al principio, reprimió los movimientos de su ira, disimuló por entonces, y dilató para tiempo mas oportuno el reiterar las diligencias para lograr su loca pretension.

Un suceso inesperado, que llenó todo el palacio y toda la corte de terror, aceleró el tiempo que el rey habia determinado dar de treguas á sus sacrílegas intenciones. Presentaron un dia á su mesa un capon, que Venceslao no halló preparado á su gusto; y por un rasgo de barbarie digno de Calígula ó Heliogábalo,

mandó que cogiesen al cocinero, y atadas las manos y los piés, le asasen en el mismo fuego en que habia estado el capon. Estremeciéronse al oir esto todos los palaciegos; sus semblantes pálidos denotaban el terror de sus corazones; mirábanse unos á otros, significando en sus miradas la iniquidad y barbarie que concebian en la sentencia; pero ninguno osaba reclamar, ni interceder con el rey enfurecido, temerosos todos de que decretase contra ellos igual suplicio. Estaba á la sazon en palacio san Juan Nepomuceno, y avisado de lo que pasaba, no tuvo dificultad en presentarse al rey, con todo el valor que infunde en los pechos cristianos la caridad y la justicia. Rogó primeramente con palabras blandas y humildes por la vida de aquel infeliz; y cuando vió que persistia duro en su bárbara sentencia, le afcó con razones fuertes y terribles la iniquidad de su decreto. Pocas palabras habia pronunciado, cuando el inicuo principe, irritado hasta lo sumo, y centelleándole los ojos, llamó á grandes voces á la guardia, y sin tener respeto al sacerdocio, ni mirar por el decoro de la real dignidad, mandóque llevasen al santo á un oscuro y fétido calabozo. Permaneció en él algunos dias, tan molestado de la hediondez y de la hambre, que llegó á punto de espirar; pero su alma daba á Dios gracias continuas, y alababa su misericordia porque se habia dignado darle ocasion de padecer por la caridad, y por el honor de su santo nombre. Bien conocia el santo que todas aquellas penas las dirigia el astuto principe á vencer su constancia, para poder llegar á descubrir los secretos que deseaba; pero cuanto mas crecia la astucia y crueldad del principe, tanto mas se fortalecia el corazon de este digno ministro de la penitencia, resuelto á perder mil veces la vida, antes que violar el secreto de la confesion.

En semejantes propósitos se entretenia, cuando

entró en la cárcel un gentilhombre enviado por el rey, el cual le dijo de su parte, que S. M. estaba arrepentido de lo que habia ejecutado con él; que le perdonase aquella injuria, y olvidando todo cuanto habia pasado, saliese de la cárcel, y fuese libre á gozar de su sosiego. Le aconsejó al mismo tiempo que para afirmarse mas en la gracia del rey, procurase al dia siguiente hacerle la corte, asistiendo con los demás personajes á la comida. Asintió el santo, y segun lo pactado, fué á palacio al dia siguiente mientras el rey estaba comiendo, del cual fué recibido con demostraciones muy honoríficas. Habiéndose quitado la mesa, y despedido la comitiva, manda el César que Nepomuceno venga á su presencia, lo cual se ejecuta. Inmediatamente comienza á explicarse, manifestando su desasosiego é inquietud por saber lo que deseaba, y rogando al santo que le descubra una por una todas cuantas cosas le habia manifestado la reina en el sagrado tribunal. Su pretension iba acompañada de cuantos artificios puede sugerir una pasion loca, ayudada de todas las astucias que puede inspirar el demonio. Unas veces le halaga y lisonjea, otras manifiesta dureza y severidad; ya promete guardar un inviolable silencio, ya desmiente su promesa con las perversas intenciones que se dejaban entrever en los artificios de su curiosidad. Unas veces le excita con los premios, honores y dignidades mundanas; y otras prorumpe en amenazas, dándole á entender que ejecutaria en su persona los mas atroces y sangrientos castigos. El santo respondió á este discurso explicándole el ministerio de confesor, lo sagrado y augusto del sigilo sacramental, y concluyó con que ninguna cosa seria capaz de hacerle faltar jamás á sus deberes. Esta firme respuesta irritó de tal modo el corazon del príncipe, que inmediatamente mandó llamar á sus satélites y al verdugo, á quien ordinariamente tenia

á su lado, y por una cruel bufonada le daba el nombre de *padrino*. Dióles órden de que llevasen al santo á la cárcel, y que, poniéndole sobre un potro, descoyuntasen sus miembros, y quemasen con hachas encendidas sus costados. Crécse que asistió al tormento el rey cruel, ya por su costumbre de asistir á las bárbaras ejecuciones, ya porque esperaria descubrir entre aquellas crueldades alguna parte de los secretos. El mártir de Jesucristo sufrió aquel tormento horroroso con invencible constancia; su alma embebida en Dios, y apartada de los dolores que padecia su carne, estaba fija en Jesucristo y en su santísima Madre, pronunciando sin cesar sus dulces nombres. Al fin le descendieron del potro, casi próximo á espirar, y le dejaron en la cárcel, donde el Señor visitó á su siervo, y llenó su alma de las mas dulces consolaciones.

Nada hay mas cobarde en el mundo que la crueldad y la tiranía. Al paso que la ferocidad de Venceslao tenia sus delicias en ver derramar sangre, y oir los lamentos que arrancaba su venganza de los afligidos corazones, temia á cada paso el justo castigo de sus excesos, que le reprendia su conciencia. Rezeloso del escándalo que habia de causar en toda la corte lo que habia ejecutado con un varon tan santo y respetable, mandó que le sacasen de la cárcel secretamente, y le dejasen ir libre á su casa. San Juan Nepomuceno, olvidado enteramente de las injurias, dolores y tormentos que habia padecido, los ocultó en el secreto de su corazon, sin participarlos á ninguno, ni aun á sus amigos y familiares. Procuró con el mayor sigilo curarse las heridas, y restablecido de ellas volvió con nuevo ardor á emplearse en las sagradas funciones de su ministerio. Conocia muy bien la índole severa y contumaz del obcecado príncipe, y que no desistiria de su intento hasta quitarle la

vida. En esta inteligencia redobló los ejercicios fervorosos de piedad en que antes se ocupaba, preparándose de este modo á una muerte violenta, que, avisado del cielo, sabia estaba ya muy cercana. Predicando un dia en la iglesia de San Victor, y tomando por texto estas palabras: *Dentro de poco no me volveréis á ver mas*, repitió tanto esta expresion: *Ya serán muy contadas las palabras que oigais de mi boca*, que todo el auditorio comprendió que les anunciaba la proximidad de su última hora. Al fin del mismo discurso, poseido de una especie de entusiasmo profético, con lágrimas en los ojos, predijo los males que habian de inundar aquel reino: dijoles que dentro de poco tiempo saldria del abismo una funesta herejía, que mezclaria sacrílegamente lo sagrado y lo profano con una confusion escandalosa; que serian consumidos por el fuego todos los templos y conventos de Bohemia, y que los sacerdotes perecerian con tormentos exquisitos; últimamente, que estaba cercano el desgraciado fin que habia de tener la religion católica en todo aquel reino. Concluyó el sermon, despidiéndose de todos, pidiendo perdon á prelados y canónigos de la iglesia de Praga, con las expresiones mas humildes, acusando su inocente vida, y ponderando sus mas leves faltas. Florecia á la sazon la iglesia de Bohemia por la observancia de la disciplina eclesiástica, por la santidad y sabiduría de sus prelados, y por la integridad de costumbres con que vivian sus ministros. Esto mismo causó mayor admiracion á cuantos oyeron el sermon de un varon tan santo, lleno de profecías tan funestas, y de novedades que conmovian los corazones de todos. El dolor interior, el respeto, la sumision á los divinos arcanos, se apoderaron de sus almas en tanto grado, que el abatimiento y desconsuelo se manifestaban en sus semblantes, el silencio en sus bocas, y las lágrimas en sus ojos.

Hay en Breslau una devota imágen de María santísima, venerada con gran piedad de los fieles, quienes la recibieron de san Cirilo y san Metodio como una prenda segura de sus felicidades, y un lugar de refugio adonde acudiesen en sus infortunios y trabajos. A este santuario se fué san Juan Nepomuceno, pocos dias despues de haber predicado aquel famoso sermon, para ocuparse en oracion fervorosa, y en piadosos ejercicios con que prepararse para la muerte. Las veras con que imploraria los divinos auxilios; los tiernos afectos con que llamaria una y mil veces á la Madre de piedad, á quien desde muy niño se habia entregado con una devocion ardentísima; los encendidos suspiros que saldrian de su pecho pidiendo al Omnipotente su asistencia para sufrir con valor la muerte por su nombre, solo Dios, que ve los secretos del corazon, y que tiene en su diestra aquel peso de eterna justicia con que pesa los méritos de los justos, puede saberlo. Pero la vida inmaculada de este santo, sus costumbres inocentes, su vida fervorosa, y el horror de una muerte cercana, persuaden que en aquel santuario derramó los mas ardientes suspiros que habia exhalado en su vida, preparándose para el martirio con oraciones dignas de esta sublime gracia.

Confortado vigorosamente Nepomuceno con los auxilios del Espíritu Santo, volvia de Breslau á Praga, al tiempo que el ocioso rey, despues de haber satisfecho su destemplanza y su gula, miraba desde una ventana lo que pasaba en la calle. Por casualidad pasó por allí el santo, y su vista reprodujo en el ánimo del rey todos los furiosos afectos que anteriormente habia manifestado. Una nube de zelos y sospechas contra su inocente esposa se puso delante de sus ojos; la memoria de las repulsas que se habia llevado su sacrílega pretension, y la constante firmeza

con que el siervo de Jesucristo le habia resistido, exacerbaron su corazon y llenaron de furia su pecho, de tal manera que mas que hombre, parecia un leon enfurecido. Envía al punto ministros que le traigan ante sí á san Juan; y no sufriendo la cólera detenerse en muchas palabras, le dijo lacónicamente: *Ten entendido, ó sacerdote, que vas á morir, si inmediatamente no me revelas la confesion de mi mujer, exponiendo todas cuantas cosas ha fiado á tu secreto, aun las mas mínimas. Está concluido, morirás: juro á Dios que beberás agua.* Con esta última expresion significó la perversa intencion que tenia de hacerle precipitar en el rio desde lo alto del puente. Oyó san Juan Nepomuceno la sacrílega pretension del airado y contumaz monarca; y juzgando indigno del sacerdocio responder tantas veces á un asunto tan impío, despreció la propuesta del rey sin dignarse siquiera darle respuesta de palabra; pero con el semblante severo, y volviendo á otro lado la cabeza, manifestó lo execrable del delito, y la abominacion con que lo miraba. El rey furioso llama á grandes voces sus satélites y verdugos, los cuales, cogiendo al santo con gran furia, le llevaron á otra estancia, esperando las órdenes del rey para ponerlas en ejecucion. Este, temeroso de que se sublevase el pueblo si se ejecutaba públicamente la pena de muerte en el santo, les dió órden de que le llevasen con secreto en el silencio de la noche al puente que tiene el rio que divide á Praga antigua de la nueva Praga, y atado de piés y manos le precipitasen en el rio. Los verdugos obedecieron ciegamente el decreto inicuo; y habiendo llevado al santo al expresado puente, ejecutaron la sentencia, por medio de la cual consumó san Juan Nepomuceno el glorioso martirio en defensa del sigilo sacramental. Sucedió esto en la víspera de la Ascension del Señor, año de 1383.

Habia deseado el cruel monarca cubrir con el silencio los excesos de su ferocidad; pero el cielo, que habia ilustrado con el milagro de unas luces resplandecientes el nacimiento de su siervo, quiso glorificar con las mismas luces milagrosas su preciosa muerte. Creció repentinamente el rio Moldava, y entre sus olas bulliciosas llevaba como en pompa el santo cadáver, acompañándole continuamente aquellas resplandecientes luces, que parecian hacerle los funerales. Conmovióse toda la ciudad á espectáculo tan peregrino, preguntándose unos á otros qué sucedia, ó qué habia sucedido que moviese á semejantes portentos al cielo. La reina Juana, que ignoraba lo que habia pasado, fué presurosa á buscar á Venceslao, y mostrándole las luces que sobre el Moldava se veian, le preguntó qué podia significar aquel portento. Semejante pregunta, la conciencia de su delito, y el ver con sus ojos tan grande milagro, todo junto hirió como un rayo aquella alma proterva, de tal modo que se apartó á un aposento retirado, y por espacio de tres dias permaneció sin hablar con nadie, bien fuese amedrentado del temor, ó simulando un dolor fingido de lo que habia hecho. Por toda aquella noche permanecieron las llamas al rededor del santo cadáver, y en los ánimos de los ciudadanos la admiracion y la duda, hasta que al amanecer del dia siguiente vieron todos con dolor el orígen de las luces maravillosas. Vieron en las orillas del Moldava un cuerpo exánime, que por el vestido, por la majestad y gracia del semblante, y por la decentísima postura en que estaba colocado, conocieron ser el de san Juan Nepomuceno. Divulgóse al instante por toda la ciudad el rumor de un hecho tan bárbaro, cuyo autor se dejó conocer bien presto, ya por los antecedentes que habia contra el César, ya porque sus aduladores, satélites y verdugos eran in-

capaces de guardar silencio, por lo que sucede en tales casos. Llegaron finalmente á entender los canónigos de la santa iglesia metropolitana el hecho atroz, y ordenando una devota procesion, tomaron con mucho honor y reverencia el cuerpo de su santo hermano, y lo trasladaron á la iglesia de Santa Cruz de los Penitentes, que estaba allí cerca, depositándolo hasta tanto que se dispusiese en la iglesia metropolitana un digno sepulcro. Premió el santo esta piedad, zelo y fortaleza de sus hermanos en procurar honrar su cadáver á la vista de un príncipe, en quien era tan pronta la ira como la ejecucion de sus intentos. Al tiempo que, para formar el honroso sepulcro que habian meditado, cavaban los cimientos en la iglesia de San Victor, se encontró un tesoro con gran copia de oro, plata y alhajas preciosas, que parecian ser el precio que el cielo destinaba á la piedad de los canónigos.

Entre tanto permanecia el cuerpo de san Juan en la iglesia de Santa Cruz, adonde concurrió inmensa multitud de gente á venerar al mártir de Jesucristo. Unos publicaban la constancia y fortaleza que habia tenido entre los atroces tormentos, y en la misma muerte; otros ensalzaban la causa de su martirio, que cedia en tanta gloria del sigilo sacramental: besábanle otros los piés y las manos, encomendábanse á su poderosa intercesion, y tocaban al santo cuerpo rosarios y medallas para tenerlos por reliquias. Y como la solemnidad del dia de la Ascension ofrecia buena ocasion para desahogarse á su salvo la encendida piedad de los fieles, se juntaron estos en tanta multitud, manifestando á voces el concepto que de san Juan les inspiraba el cielo, que se puede decir que desde aquel punto fué canonizado por santo. Noticioso el rey de lo que pasaba, y temiendo una sublevacion en el pueblo, mandó decir á los religiosos

de Santa Cruz que impidiesen el tumulto en su iglesia, retirando el santo cadáver á un rincon el mas apartado. Hízose lo que mandaba el tirano monarca, pero dispuso el cielo que esto mismo sirviese para mayor gloria de nuestro santo. Fué el caso, que el cuerpo de este encerrado y escondido comenzó á exhalar tan suave fragancia, que de ninguna manera pudo mantenerse oculto, ni dejar de aumentarse de nuevo el concurso numeroso de los que acudian á venerarle. Para colocarle en lugar mas decente y proporcionado á los continuos votôs que ofrecian los fieles agradecidos á sus favores, se habia construido un sepulcro honorífico en la iglesia catedral. Los canónigos, todo el clero, y una inmensa multitud de pueblo, se formaron en procesion; y habiendo ido á la iglesia de Santa Cruz, tomaron el cuerpo del santo, lo llevaron con gran pompa á la metropolitana, resonando al mismo tiempo todas las campanas de la ciudad, y aclamándole por santo todo el concurso numeroso. Antes de enterrarle, á peticion del pueblo, se abrió el arca en que estaba el cadáver depositado, el cual fué venerado de todos, recibiendo al mismo tiempo con su contacto salud repentina muchos enfermos. Depositóse finalmente en el sepulcro preparado, acompañando este acto las lágrimas de todos, principalmente de los pobres, que con la muerte de san Juan Nepomuceno lloraban la pérdida de un padre. Púsose encima del sepulcro una gran piedra, y en ella una inscripcion que decia así: *Aquí yace el venerable señor y maestro Juan Nepomuceno, canónigo de esta iglesia y confesor de la Reina, el cual, habiendo sido tentado en vano por Venceslao, rey de Bohemia, hijo de Carlos IV, para que quebrantase el sigilo sacramental, sufrió con invicta constancia crueles tormentos; y últimamente, fué precipitado desde el puente al rio Modalva. Ilust~óle Dios con milagros,*

y fué sepultado en este sitio en el año del Señor de 1383.

Veneróse su cadáver por mucho tiempo en este sepulcro, haciéndole Dios glorioso con infinitos milagros, y visitándole con gran reverencia las personas mas condecoradas, como eran religiosos, canónigos, obispos, arzobispos, y hasta los mismos emperadores, quienes le tenian por santo. Pero no habia declarado esto la silla apostólica con la formalidad acostumbrada, hasta que en el año de 1719, siendo comisionado el obispo de Praga para reconocer el cadáver, pasó á hacerlo acompañado del cabildo y de toda la nobleza. Alzóse la lápida que cubria el sepulcro, y vieron todos con admiracion la integridad é incorrupcion del cadáver de san Juan Nepomuceno. Creció el pasmo, cuando habiendo hecho reconocimiento de la lengua, se halló estar fresca, y tan flexible, que no resistia á la cisura de una lanceta que se mandó hacer por un cirujano. Separóse esta preciosa reliquia en una rica caja de oro, é informado debidamente de todo lo acaecido Inocencio XIII, declaró el culto inmemorial; y Benedicto XIII le canonizó con toda la solemnidad que acostumbra la Iglesia en esta augusta ceremonia, extendiendo su culto por todo el cristianismo. Son innumerables los prodigios que ha obrado Dios por la intercesion de san Juan Nepomuceno con todos aquellos que han implorado su patrocinio en las mayores necesidades; pero en lo que mas se han manifestado las misericordias de Dios, y el grande valimiento que para con él tienen las súplicas de este su siervo, es en el favor que han experimentado los que padecian alguna injusta infamia. Es tambien singular protector y abogado de aquellos que, no habiendo tenido vergüenza para ser ingratos á su Dios, la tienen en el tribunal de la penitencia para manifestar sus culpas al confesor

y llorarlas con amargas lágrimas de compuncion. A unos y otros favorece este santo, y por su intercesion logran la integridad de su honor, la paz de su conciencia, y la expiacion perfecta de sus delitos: por todo lo cual sea Dios glorificado en sus siervos. Amen.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Gubio, san Ubaldo obispo, célebre por sus milagros.

En Isauria, la fiesta de los santos mártires Aquilino y Victoriano.

En Auxerre, el martirio de san Peregrino, primer obispo de esta ciudad, que con otros eclesiásticos fué enviado por el papa san Sixto á las Gaulas, en donde, despues de haber ejercido dignamente el ministerio de la predicacion evangélica, habiendo sido condenado á perder la cabeza, mereció la corona de la inmortalidad.

En Uzali en Africa, los santos Félix y Genadio obispos.

En Palestina, el martirio de muchos santos monjes, que fueron muertos por los Sarracenos en la laura de san Sábas.

En Persia, los santos mártires Abdas obispo, siete presbíteros, nueve diáconos y siete vírgenes, los cuales, en tiempo del rey Isdegerdes, habiendo pasado por diversas clases de tormentos, completaron gloriosamente su martirio.

En Praga en Bohemia, san Juan Nepomuceno, canónigo de la iglesia metropolitana, el cual, habiendo sido instigado inútilmente á violar el sigilo de la confesion, fué arrojado en el Moldava, y mereció la palma del martirio.

En Amiens, san Honorato obispo.

En Mans, san Domnolo obispo.

En la Mirándula en la Lombardía, san Posidio, obispo de Calamo, discípulo de san Agustin, é historiador de las bellas acciones de este gran santo.

En Troyes, san Falo confesor.

En Irlanda, san Brandano abad.

En Frejus, santa Máxima vírgen, que murió en la paz del Señor esclarecida en virtudes.

La misa es del comun de mártir, y la oracion la siguiente.

Deus, qui ob invictum beati Joannis sacramentale silentium nova Ecclesiam tuam martyrii corona decorasti : da nobis ejus intercessione et exemplo, linguam caute custodire, ac omnia potius mala, quam animæ detrimentum, in hoc sæculo tolerare. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que por el invicto silencio sacramental del bienaventurado san Juan Nepomuceno adornaste tu Iglesia con una nueva corona de martirio : concédenos por su intercesion y ejemplo que acertemos á tener cautela con la lengua, y á sufrir antes en este mundo todos los males, que admitir el menor daño en nuestras almas. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 5 *de la Sabiduría, y la misma del dia* 1, *pág.* 12.

REFLEXIONES.

En todos tiempos ha manifestado Dios que por mas que las puertas del abismo se conjurasen contra su Iglesia, siempre permaneceria esta como roca inmoble, superior á todos los combates del error y de la herejía. Ha cuidado de producir en todos tiempos varones admirables en santidad y letras que la defendiesen con su doctrina, y no dudasen verter su sangre en defensa de sus misterios. Entre estos el de mas consuelo para los pecadores es el santo sacramento de la penitencia, llamado justamente una tabla

de salvacion en el naufragio de la culpa. En este sacramento se enjugan sus lágrimas, se purifican sus conciencias, se aviva su fe. y revive nuevamente la esperanza de las eternas dichas que estaba amortiguada. Pero todos saben que, para lograr estos maravillosos efectos, dispuso Jesucristo, segun nos enseña la tradicion derivada de los apóstoles, que se han de confesar los pecados al sagrado ministro, para que este como juez, padre y maestro pueda dar la sentencia de absolucion, enseñar al pecador los caminos de la salud, y suministrarle como á hijo todos los medios de consolacion y seguridad que dictan el amor paternal, la compasion y la ternura.

Pero la miseria del hombre llega á tal extremo, que, despreciando los ajustados dictámenes de la razon, aprecia y estima los de las pasiones y del comun enemigo, que tienden á tenerle como aprisionado en el vicio. Esto se ve con frecuencia en las dificultades que encuentran muchas personas en confesar sus culpas, presentándoseles unas veces con horror la necesidad que tienen de revelar sus mas secretos excesos, y otras concibiendo temores vanos de que puedan en algun tiempo salir de las tinieblas del silencio á que fueron confiados. Para vencer estos temores, celebra hoy la Iglesia la constancia de un santo mártir, que, tentado con los mas exquisitos tormentos y con las promesas mas especiosas para que quebrantase el sigilo sacramental, se mantuvo constante delante del tirano, y dió gustosamente su vida en defensa de tan inviolable secreto. Esta constancia es un nuevo timbre con que quiso Dios adornar su Iglesia, y un motivo de seguridad y consolacion para los débiles que dan oidos á las voces de su flaqueza. Es cierto que el ministro sacramental es un hombre capaz de todos los deslices á que está expuesta la

fragilidad humana; pero su ministerio le extrae en cierta manera de esta clase, y le representa á los ojos de la fe y de la piedad con un carácter tan grande y respetable como el ministerio que ejerce. El confesor es vicario de Jesucristo, ejerce un ministerio instituido por Jesucristo, obra con autoridad y poder del mismo Jesucristo; y por eso Jesucristo emplea misericordiosamente todos los caudales de su gracia, y todos los esfuerzos de su omnipotencia, para conservar el crédito y perfeccion de una de las mas santas obras suyas. El comun enemigo procura astutamente formar nuevos grillos y cadenas para aprisionar á los que una vez ha sujetado á su imperio, como dice Jeremías: tales son los temores y la vergüenza que infunde en el corazon de los que van á confesar sus culpas; pero si no quieres echar un velo á tus ojos, conocerás que sus astucias no deben prevalecer contra la seguridad y confianza que predicó san Juan Nepomuceno, y testificó con su sangre. Desecha, pues, de tu pecho los vanos temores que le oprimen, ahuyenta la perniciosa vergüenza que confunde tu semblante, y detestando las culpas que la hacen esclava del demonio, confiésalas al ministro del santuario con lágrimas de compuncion. A esto te convida la Iglesia, á esto te anima la palabra de Jesucristo, y á esto finalmente te excita el glorioso martirio que en defensa del sigilo sacramental padeció san Juan Nepomuceno.

El evangelio es del cap. 10 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum, quod non revelabitur; et occultum quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Nada hay cubrirse; ni oculto, que no llegue á saberse. Lo que os digo á oscuras, decidlo pública-

aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere; sed potius timete eum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam. Nonne duo passeres asse veneunt, et unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in cœlis est.

mente; y lo que se os dice al oido, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno el alma y el cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos pájaros por la menor moneda, y ninguno de ellos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temais, pues: mucho mas valeis vosotros que muchos pájaros. Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

MEDITACION.

SOBRE LOS DAÑOS DE LA VANA CURIOSIDAD.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la vana curiosidad es la fuente y orígen de la mayor parte de los males que suceden en este mundo.

Cuando esta verdad no tuviese á su favor otra prueba que la que suministra el pecado del primer hombre, seria suficiente para manifestar que de ella nacen todas las calamidades y todas las culpas en que está el mundo sumergido. Vió la primera mujer la fruta prohibida, que se presentaba á los ojos deliciosa; la astuta serpiente la provoca á gustarla, con la especiosa promesa de que no tendria cumplimiento la amenaza de Dios, sino que antes bien, en comién-

dola, experimentaria por su virtud una ciencia peregrina, que la hiciese conocer el bien y el mal, elevando su naturaleza al grado sublime de la divinidad. Movida de la curiosidad de experimentar tan grandes ventajas, come la fruta, hace que la guste su marido, traspasa el precepto del Criador, y en un momento se vieron ambos cubiertos de ignorancia, avergonzados con una miserable desnudez, privados del paraiso y sus delicias, condenados á mantener su vida con el sudor de su rostro, y á sufrir, despues de innumerables trabajos y congojas, la necesidad indispensable de la muerte. De esta curiosidad nacieron todas las calamidades que oprimen al género humano, las cuales, si se hubiesen de contar una por una, excederian en número á las estrellas; pero basta para conocerlas la propia experiencia en cualquiera que reflexiona. Estos males crecen todavía mas, considerando que á la curiosidad, que es su orígen, se la tiene regularmente en el concepto de un leve delito, cuando nuestra ceguera no quiera apropiarla el carácter de virtud. Suele juzgarse que la curiosidad es un medio para disipar la ignorancia: seria así si la culpa no nos hubiese privado del tino para encontrar aquel dichoso medio en que consiste la virtud. Por tanto la curiosidad causa en nosotros daños muy perniciosos y muy multiplicados.

Hace que ansiosos de saber los negocios ajenos, descuidemos nuestras propias obligaciones; que fijemos la vista en los defectos de nuestros prójimos, y tomemos por diversion el exagerarlos, lacerando las entrañas de la caridad, y ennegreciendo el honor de nuestros hermanos. La curiosidad nos aparta del conocimiento de nosotros mismos, desviando nuestra consideracion de nuestras debilidades y de nuestras culpas, para que no tengamos la ocasion de llorarlas; retrae á los padres de familias de la ins-

peccion precisa de su casa, haciéndoles abandonar la direccion de su mujer y de sus hijos, y apartando su corazon de los ejercicios piadosos. Es tambien la causa de la mayor parte de las tentaciones que combaten nuestra virtud, porque las irrita, las ceba, y las alimenta aquel que por curiosidad pretende ver, oir y poseer los objetos que son capaces de producirlas ó excitarlas. Por eso san Agustin se queja muchas veces, en los libros de las Confesiones, de los grandes daños que le hizo la curiosidad, unas veces disipando su espíritu, y otras pegando su corazon á los bienes criados. Conoce, ó cristiano, estas verdades, y escarmentando en los daños que has visto padecer á tu prójimo por causa de la curiosidad, procura arrojar del corazon semejante vicio.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la curiosidad es un vicio tan ciego y atrevido, que ni respeta las cosas sagradas, ni se atemoriza de los mas horrorosos delitos, ni teme los castigos con que ha manifestado Dios el odio que le tiene.

El vano deseo de satisfacer la curiosidad humana ha precipitado innumerables hombres, que por otra parte parecian sabios, en el desprecio de la revelacion y de la autoridad divina, pretendiendo con temeridad contradecir las verdades enseñadas por el Espíritu Santo á la Iglesia, y despreciando aquel prudente consejo que nos avisa que no intentemos averiguar lo que excede nuestros alcances, porque el que se atreve á escudriñar la Majestad será oprimido del resplandor de su gloria. Este es el orígen de tantos heresiarcas como en todos tiempos han turbado la Iglesia con sus perniciosos errores; de tantos impíos y atrevidos filósofos, que, pretendiendo medir por las

fuerzas naturales los consejos y grandes obras de la divinidad, han llegado hasta el extremo de decir en su corazon: *Dios no existe*; y de aquí finalmente tomaron su principio aquellos sacrílegos cristianos, que desmintiendo tan sacrosanto nombre se introdujeron en el secreto del santuario, profanando sus misterios, é intentando sujetar la autoridad divina á las humanas disposiciones. Solamente el martirio de san Juan Nepomuceno, que celebra la Iglesia en este dia, es un testimonio de tan notoria excepcion, que por sí solo basta para la calificacion de todas estas verdades. ¿Qué otra cosa precipitó al desgraciado príncipe Venceslao en el abismo de tantos delitos execrables, sino la curiosidad? ¿No llenó esta su corazon de inquietas sospechas y rabiosos zelos, con que comenzó á dudar de la inocencia y honestidad de su augusta esposa? Esta furiosa pasion ¿no produjo en su alma el loco empeño de profanar el sacramento de la penitencia, pretendiendo que se le revelasen sus secretos? ¿Y no fué esta pasion la que irritó su protervo ánimo hasta el extremo de conculcar la respetable dignidad del sacerdocio, desconocer los privilegios de la virtud, sujetando á un hombre venerable á unos tormentos igualmente infames que atroces? Y últimamente, ¿no le despeñó en el exceso de quitar la vida injustamente al ungido del Señor, porque guardaba con respeto los sagrados misterios que se le habian confiado? Así es á la verdad. Pero quien considere que esta loca pasion de saber lo que nada conduce para nuestra felicidad, ha llevado los hombres á los mayores horrores que abomina la naturaleza, no extrañará que induzca al desprecio de las cosas sagradas, que para los ojos que no saben levantarse del polvo de la tierra no incluyen en sí tanto motivo de horror y escándalo. La curiosidad ha movido á algunos físicos á disecar vivos algunos infelices,

atándolos de piés y manos para despedazar lentamente sus entrañas, y averiguar de este modo sus movimientos. Otros han cometido la atrocidad abominable de ejecutar lo mismo con mujeres embarazadas, despedazándolas vivas para averiguar qué postura y situacion tenia el feto en su seno; sin que los lamentos que á estas infelices hacia producir el dolor de una operacion tan cruel, como ver con sus ojos despedazar sus entrañas y al hijo que aun tenian en ellas, pudiesen ablandar unos corazones que la curiosidad habia extraido de la clase de humanos, convirtiéndolos propiamente en bestias feroces.

¿Creerias tú, ó cristiano, que un vicio, al parecer de tan poco momento, pudiera despeñar á los hombres en tan execrables excesos? Así se verifica que una pequeña centella es capaz de producir un fuego devorador que abrase el mundo. Una vista algo curiosa precipita á David en homicidios y adulterios; la vana curiosidad hace de Venceslao un perseguidor de la religion, y la misma curiosidad ha trastornado muchas veces las ciudades y los imperios. Pero Dios ha manifestado suficientemente el aborrecimiento con que mira este vicio, para que su consideracion te mueva á tí á detestarlo.

JACULATORIAS.

Filii hominum, usquequò gravi corde: ut quid diligitis vanitatem, et quæritis mendacium? Salm. 4.

¡Hasta cuándo, hijos de los hombres, habeis de mantener la dureza de vuestro corazon? ¿porqué amais la vanidad, y caminais en pos de la mentira?

Vani sunt homines, in quibus non subest scientia Dei. Sap. 13.

Considerad que los hombres que no están adornados con la verdadera ciencia de Dios, son mirados de este Señor como vanos y de ningun precio.

En esta traslacion se hizo un repartimiento auténtico de algunas de sus reliquias. Consérvase una costilla del santo en la iglesia de los jesuitas de Puy, otra en la de los de Turnon, otra en la de los de Anonay, y otra en la iglesia del colegio de Viena. En la del colegio grande de Leon se venera una vértebra, ó hueso del espinazo, engastada en un rico busto de plata, y en cada una de las iglesias de los otros dos colegios que tienen los padres en aquella ciudad, se venera otra reliquia semejante. La ciudad de Perusa en Italia ha tomado á este gran santo por uno de sus patronos; y habiendo regalado el señor arzobispo de Viena un hueso del brazo del santo al colegio de los jesuitas de Aviñon, no se puede explicar la devocion y la veneracion con que es adorado de los fieles. Ahora mas que nunca honra el Señor á su fiel siervo con la multitud casi infinita de milagros que obra cada dia por su intercesion. La tierra que se saca de su sepultura, llevada por reliquia, y aplicada á los enfermos, hace una multitud de curaciones milagrosas; confirmándose cada dia mas con nuevos prodigios el poder que tiene el santo con Dios, como lo reconoció el sumo pontifice Clemente XI, que gobernaba entonces la Iglesia con tanta sabiduría y dignidad, en su breve de la beatificacion del bienaventurado Juan Francisco Regis, expedido en 8 de mayo de 1716, que dice así:

« El Espíritu Santo nos enseña que se debe tributo de alabanzas á aquellos varones gloriosos, ricos en virtudes, que se hicieron ilustres en sus naciones, esto es, á aquellos santos y elegidos del Señor á quienes plugo á la divina Providencia adornar con los dones mas brillantes de sus diferentes gracias. Como entre estos ilustres varones haya querido la misma divina Providencia que brillase en todas partes la gloria del siervo de Dios Juan Francisco Regis, sacer-



S. PASQUAL BAYLON C.

manifestado vuestra ira. Dadme, Señor, gracia para que estos mis deseos no sean vanos, sino que se confirmen con mis santas obras.

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN PACOMIO, ABAD Y CONFESOR.

San Pacomio, tan célebre en todo el mundo cristiano, y á quien se puede considerar como el verdadero fundador de la vida religiosa y cenobítica, esto es, de los que bajo de una misma regla, y sujetos á un superior, viven en comunidad dentro de un monasterio, nació al mundo en la superior Tebáida hácia el año de 278. Siendo niño, le llevaron sus padres, que eran gentiles, á un templo de los ídolos. Enmudeció el demonio, declarando que no hablaria mas palabra mientras estuviese presente aquel niño. Persuadiéronse todos en vista de este suceso, que Pacomio habia de ser con el tiempo enemigo de los dioses; y se confirmaron en este concepto, viéndole vomitar el vino que se habia ofrecido á los ídolos. Sin embargo, sus padres cuidaron mucho de su educacion, buscando maestros que le instruyesen en la ciencia de los antiguos, y procurando que aprendiese con perfeccion la lengua egipcia.

Apenas salió Pacomio de estos estudios, cuando fué reclutado por fuerza, juntamente con otros mancebos, en una leva que se hizo para el ejército de Constantino contra el tirano Aquileo. Embarcáronlos á todos en el Nilo, y aquella misma noche desembarcaron en una ciudad que era casi toda cristiana. Fueron recibidos por sus habitantes con tando agrado,

con tanta caridad, y con tan extraordinario agasajo, que asombrado Pacomio, preguntó al patron, qué motivo tenian para tratar de aquella manera á unos extranjeros y hombres desconocidos. Respondióle el patron, que así lo mandaba la religion cristiana, que se profesaba generalmente en aquella ciudad. Rogóle Pacomio que le explicase qué religion era esta, cuáles sus dogmas, y qué doctrina enseñaba. Instruido de todo, entró desde luego en tan vivos deseos de hacerse cristiano, que resolvió pedir el bautismo luego que, concluido el tiempo de servicio, obtuviese su licencia.

Consiguióla inmediatamente que se acabó la guerra de Egypto, y puso en ejecucion su propósito, presentándose en la iglesia del Burgo de Chenobosco, donde se hizo catecúmeno. Era de excelente capacidad y de costumbres puras, con que tardó poco en ser instruido, y consiguientemente bautizado. Luego que se vió cristiano, resolvió hacerse santo, practicando lo mas perfecto que se lee en el Evangelio. Dudando, no sin alguna congoja, en la eleccion de los medios mas convenientes para conseguir este fin, llegó á su noticia que en lo mas interior del desierto habitaba un santo viejo y gran siervo de Dios, llamado Palemon. Buscóle, y le rogó que le admitiese por discípulo suyo. El santo viejo, sin abrir la puerta de la celda, le respondió desde dentro que alababa su buena resolucion, pero que buscase á otro para que fuese su maestro en la vida solitaria; porque otros muchos, disgustados como él del mundo, se le habian presentado con la misma pretension, y ninguno habia perseverado. Insistia Pacomio, y Palemon le respondió: «Hijo mio, tú no te podrás acomodar con mi género de vida: yo no como mas que pan y sal, y no gasto aceite; no bebo vino; estoy en vela la mitad de la noche, empleándola en rezar salmos y en me-

ditar la sagrada Escritura, y algunas veces la paso toda entera sin dormir, entregado á la oracion.» Atemorizóse Pacomio al oir este discurso, pero no se desalentó; antes lleno de confianza en Dios, replicó á Palemon: «Padre, yo espero que aquel Señor que me ha enviado á ti, me dará fuerzas para seguirte.» Enamorado el buen viejo de su fe y de su aliento, le abrió la puerta de la celda, y le dió el hábito de solitario.

En poco tiempo llegó el discípulo á la perfeccion del maestro, y aun la aventajó. En nada encontraba dificultad su fervor; ayunos, vigilias, penitencias, trabajo de manos, todo le parecia fácil. Cuando rezaban el oficio divino por la noche, y observaba el viejo que á Pacomio le molestaba el sueño, le sacaba fuera de la celda, le hacia llevar arena de una parte á otra para despertarle, encargándole mucho que juntase siempre la oracion con el trabajo, y el recogimiento con la oracion.

En un dia de Pascua previno Palemon á Pacomio que dispusiese de comer por la solemnidad de la fiesta, y creyó Pacomio que debia añadir un poco de aceite á la comida ordinaria, en atencion á tanta solemnidad. Gustóla Palemon, y exclamó: *Mi Salvador fué crucificado, ¡y yo he de gustar condimento en la comida!* No la volvió á probar, y Pacomio no quiso ser menos mortificado que Palemon.

Fué á visitarlos un solitario del desierto inmediato, y les preguntó, si tendrian tanta fe que se atreviesen, como se atrevia él, á caminar con los piés desnudos sobre brasas encendidas. Descubrió san Palemon en aquel solitario un gran fondo de orgullo, y le respondió: *Hermano, si tenemos mucha fe, tendremos mucha humildad.* El trágico fin de aquel solitario orgulloso hizo mas humilde á nuestro santo. Habiéndole dado Dios á entender en una revelacion

que fuera de la Iglesia católica no podia hallarse la verdad, miró por toda su vida con grande horror á los herejes y á los cismáticos, singularmente á los marcionitas y á los melecianos.

Habiendo pasado muchos años en compañía de san Palemon, un dia que se alejó mucho de la celda, se halló en un sitio muy solitario, llamado Tabena, donde se puso en oracion, y oyó una voz que le dijo: *Pacomio, fija aquí tu habitacion, y funda un monasterio capaz para dirigir en él, segun la regla que te daré, á todos los que vinieren á ti, para que los guies por el camino de la salvacion.* Al punto se le apareció un ángel, y le entregó una tabla en que estaba escrita la regla que despues se observó con gran fruto. Refirió Pacomio á Palemon lo que le habia sucedido, y los dos se retiraron al desierto de Tabena, donde á los principios solo edificaron una pequeña celda, que fué como la cuna del célebre monasterio de Tabena á las orillas del Nilo.

Poco tiempo despues sucedió la muerte de Palemon, en quien perdió Pacomio un gran auxilio; pero le consoló Dios enviádole á Juan su hermano mayor, que fué á buscarle, y abrazó el mismo género de vida. Estuvieron solos algunos años, trabajando en hilar y en hacer sacos, que vendian para sustentarse y para dar limosna á los pobres, á quienes repartian todo lo que les sobraba del trabajo de sus manos. Vestian una túnica muy grosera, que solo se mudaban cuando habia necesidad de lavarla.

Nunca se desnudó nuestro santo de un áspero cilicio, que le llegaba hasta las rodillas. En quince años no se acostó; dormia sentado en una piedra, sin arrimarse á la pared. Regularmente hacia oracion con los brazos en cruz, y algunas veces pasaba las noches enteras en esta postura.

Tuvo mucho que sufrir del genio desabrido y en-

fadoso de su hermano Juan, que murió poco tiempo despues; pero mucho mas ejercitaron su paciencia las violentas tentaciones de que fué combatido, y las fortísimas ilusiones con que el demonio procuró sorprender su fe y cansar su sufrimiento. Causan admiracion los artificios de que se valió el enemigo comun para engañarle; pero de todos libró al santo su humildad y su frecuente recurso á la oracion. En la mas terrible fuerza de estos combates le deparó Dios á un santo solitario llamado Apolo, que le fortificó y le alentó mucho, exhortándole á que pusiese toda su confianza en Dios y en la proteccion de la santísima Vírgen. Con efecto, mediante la asistencia de la divina gracia triunfó de todo el infierno; resplandeció mas su virtud, y la manifestó Dios con el don de los milagros. Caminaba sobre las serpientes sin recibir lesion alguna, y muchas veces le vieron pasar el Nilo conducido de los cocodrilos.

Aunque la primera vision habia hecho grande impresion en el ánimo y en el corazon de Pacomio, no obstante fué necesaria segunda advertencia del cielo para resolverse á juntar discípulos, y á instruirlos segun la regla que le habia traido el ángel. Era esta muy breve, proporcionada á la flaqueza humana, llena de prudencia, y muy propia para conducir el alma á la mas elevada perfeccion.

Ordenaba que á cada uno se le permitiese comer segun su necesidad, y ayunar segun sus fuerzas; pero que al mismo tiempo cada cual fuese obligado á trabajar á proporcion de lo que comia, queriendo que la desidia y la pereza estuviesen desterradas para siempre del monasterio. Prescribia que hubiese tres monjes en cada celda; que no hubiese mas que una cocina y un refectorio; y para que no se viesen unos á otros durante la comida, todos calasen la capilla ó el capucho; que el silencio fuese perpetuo, y la mo-

destia de los ojos singular; que todos vistiesen una túnica de lino ceñida con una correa, y un manto blanco de pelo de cabra, con cuyo traje habian de comer y habian de dormir; pero que para comulgar fuesen no mas que en túnica y capilla. Disponia que los novicios no fuesen admitidos al trato con los monjes antiguos hasta pasados tres años de probacion, en cuyo tiempo no se les debia permitir otro estudio que el de la oracion, humildad y mortificacion; que el silencio perpetuo, y la ciega obediencia á la menor insinuacion del superior, habia de ser distintivo de todos. Mandaba que la comunidad se distribuyese en veinte y cuatro clases ó familias diferentes, correspondientes al número de las letras del alfabeto griego, con una letra en cada clase, que tuviese cierta alusion secreta á las costumbres y genio de los que la componian. La clase de los mas dóciles, por ejemplo, estaba señalada con la letra *jota* ó J; la de los menos dóciles ó mas dificiles de gobernar con la letra *xi*, cuya extraña figura Ξξ, compuesta de rasgos irregulares, expresa perfectamente el genio de los imperfectos y la irregularidad de su proceder. Ordenaba, en fin, que se hiciese oracion doce veces por la mañana, doce por la tarde, y doce por la noche. Y como á Pacomio le pareciese que la regla era demasiadamente suave, el ángel le respondió que, habiéndose formado la regla mas bien para los flacos que para los perfectos, era razon atender mas á la flaqueza de los unos, que al fervor de los otros; no exigiendo de aquellos sino lo que estaban obligados á hacer, y dejando libertad á estos para que añadiesen lo que les inspirase su devocion.

Los primeros que acudieron á ponerse bajo la disciplina de Pacomio, fueron Psentheso, Suris y Obris, seguidos despues de tantos otros, que fué preciso

edificar nuevas celdas, y en pocos dias subieron á algunos millares los discípulos de nuestro santo. En todos encendia el fervor con sus desvelos, con sus oraciones y con sus ejemplos: era el primero en todos los actos de comunidad; servia á la mesa, trabajaba en el huerto, barria la casa, asistia dia y noche á los enfermos, sin otra prerogativa ni distincion que la de vivir con mayor austeridad que todos los demás, y ser mas humilde que todos.

Hasta que sus monjes fuesen elevados á la dignidad del sacerdocio, hacia venir de los lugares vecinos algunos sacerdotes que dijesen misa en el monasterio; y teniendo noticia de que en aquella comarca habia muchos pobres pastores, privados de la palabra de Dios y de los sacramentos, trató de este punto con san Aprion, obispo de Centira, á cuya diócesis pertenecian, y les edificó una iglesia, adonde iba el mismo santo á hacer oficio de lector, y á explicarles el Evangelio. Inspirábales devocion la sola presencia del santo abad; y su grato semblante, aunque extenuado, su modestia, su apacibilidad y su virtud convirtieron á la fe á muchos paganos, reduciendo tambien á la Iglesia un gran número de herejes.

Por este tiempo, visitando san Atanasio, patriarca de Alejandría, las provincias de su jurisdiccion, fué á ver el célebre monasterio de Tabena. Salióle á recibir san Pacomio con todos sus religiosos, distribuidos en sus veinte y cuatro clases, que formaban otros tantos coros; recibiéronle cantando himnos y salmos; pero nuestro santo, que aborrecia toda distincion, supo ocultarse entre los demás tan diestramente, que san Atanasio no pudo distinguirle.

Noticiosa la hermana de san Pacomio de su maravillosa vida, fué al monasterio con grandes ansias de verle; pero el siervo de Dios la negó este consuelo, enviándola á decir por el portero que debia conten-

tarse con saber que estaba vivo y sano, y que así la rogaba se volviese en paz á su casa; pero que si, movida de Dios, queria pasar en el desierto los dias de su vida, él la haria edificar un monasterio, adonde pudiese retirarse ella y todas las demás que quisiesen imitar su ejemplo. La virtuosa doncella, enternecida y edificada del desprendimiento de su hermano, aceptó la proposicion que la hacia, considerándola como una órden bajada del cielo, y resolvió pasar en la soledad lo que le restaba de vida. Hizo Pacomio que sus monjes la edificasen un monasterio distante del suyo, con el Nilo entre los dos, donde en poco tiempo fué madre de un crecido número de religiosas, á las cuales señaló el santo abad un director, dándolas una regla, y prescribiéndolas cierta forma de vida, casi en todo semejante á la que observaban los monjes. Cuando moria alguna religiosa, las demás disponian todo lo necesario para la sepultura, y conducian el cadáver hasta la orilla del Nilo, que separaba los dos monasterios, cantando salmos segun la costumbre de la Iglesia; pasaban despues los monjes el rio con ramos de palmas y de oliva, y cantando igualmente salmos, la llevaban á la orilla opuesta, y la enterraban en el cementerio con muchas ceremonias y solemnidad.

Favoreció Dios á san Pacomio con el don de profecía, de lenguas y de milagros, haciéndole tan célebre en todo el Oriente, y atrayéndole tantos discípulos la fama de su santidad, que fué preciso edificar otros muchos monasterios, á los cuales señalaba el santo superiores particulares, teniendo cuidado de visitarlos todos los años. Fué tan prodigioso el número de los monjes, que se contaban mas de veinte mil, poblándose de santos todo aquel vasto desierto.

Atendia el santo abad con singularísimo desvelo á desterrar de sus monasterios todo espíritu de novedad;

y así fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron los herejes para introducir en ellos sus errores, porque Pacomio eludió sus artificios. Por el especial horror con que miraba las obras de Orígenes, prohibió á los monjes su lectura bajo graves penas; y hallando en cierta ocasion un libro suyo, lo arrojó al Nilo con indignacion, diciendo que lo hubiera arrojado al fuego, á no estar en él escrito el nombre santo de Dios.

Un jóven caballero de edad de solos catorce años, llamado Teodoro, hijo único y heredero de un rico patrimonio, oyendo referir las maravillas que obraba san Pacomio, se sintió tan movido, que, renunciando á todas las vanas esperanzas con que el mundo le lisonjeaba, y robándose á la ternura de su madre, se escapó al monasterio de Tabena, y pidió al santo abad que le admitiese en el número de sus hijos. Recibióle Pacomio, previendo que algun dia habia de ser ornamento y padre de aquellos monjes. Corrió la madre para sacarle, pero el novicio no la quiso ver; y las respuestas que la envió por el portero del convento, hicieron tanta impresion en aquella buena mujer, que, renunciando al mundo, y distribuyendo al punto sus bienes entre los pobres, se fué á poner bajo la regla y direccion de la hermana de san Pacomio. Templó Dios la alegría que causaban al santo estas prosperidades espirituales, con una vision que tuvo sobre la suerte de su instituto. Diósele á entender que con el tiempo se habia de relajar el fervor de sus hijos, y que esta funesta desgracia sucederia por la relajacion de los superiores, que, dejando de ser hombres interiores, comenzarian á gobernar por espíritu de prudencia humana y por razones políticas, abriendo la puerta á muchos abusos, y despreciando como menudencias las mas pequeñas observancias religiosas; que por su debilidad en el gobierno, y por su indevocion y malos

ejemplos se perderia la disciplina regular, y con ella todo el espíritu de la órden.

Afligió mucho esta vision al santo abad, y no perdonó á medio alguno para prevenir tan lastimosa desgracia; pero no halló otro consuelo que el que le suministró la solidez de su virtud.

Tambien quiso Dios probarle con otras tribulaciones, que le sobrevinieron con motivo de sus mismas visiones, milagros y profecías. A solo el nombre de Pacomio huian los demonios de los cuerpos de los endemoniados; acudian de tropel los enfermos, y sanaban todos con las oraciones del santo. En medio de eso no dejaron de calumniarle, acusándole de hechicero, y de que tenia pacto con el demonio. Juntáronse algunos obispos en la ciudad de Latopla, hácia el año de 346, y le mandaron comparecer para justificarse. Hízolo el santo de manera que aquellos prelados quedaron admirados de su humildad, de su sabiduría, de su prudencia, y de las extraordinarias gracias que Dios habia depositado en su pura alma. Restituido á su monasterio, prosiguió empleando los grandes talentos que habia recibido, hasta que extenuado con sus penitencias, debilitado con sus trabajos, y colmado de merecimientos, cayó enfermo algunos dias despues de Pascua. Durante su enfermedad no aflojó nada de su fervor, ni perdió aquella alegría natural con que siempre habia servido á Dios despues del bautismo. Dos dias antes de morir mandó juntar los monjes; dióles algunas instrucciones; encargóles con el mayor encarecimiento que jamás tuviesen comunicacion con los sectarios de Arrio, de Melecio, ni de Orígenes; propúsoles por sucesor suyo á Petronio, y se entretuvo despues por algun tiempo con su querido discípulo Teodoro, por sobrenombre el *Santificado*. En fin, lleno de alegría y de confianza en Jesucristo á quien habia servido con fidelidad, y en

la intercesion de la santísima Vírgen á la cual amaba con ternura, entregó su bienaventurado espíritu en manos de su Dios, el dia 9 de mayo del año 348, cerca de los 72 de su edad, habiendo pasado 35 en el monasterio de Tabena; y fué enterrado con la solemnidad que merecia un santo tan grande.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion del santo la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Pacomii abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion de san Pacomio, abad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 5 de la que escribió san Pablo á los de Éfeso.

Fratres: Videte quomodò cautè ambuletis; non quasi insipientes, sed ut sapientes; redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Proptereà nolite fieri imprudentes; sed intelligentes quæ sit voluntas Dei. Et nolite inebriari vino, in quo est luxuria; sed implemini Spiritu Sancto, loquentes vobismetipsis in psalmis, et hymnis, et canticis spiritualibus, cantantes et psallentes in cordibus vestris Domino, gratias agentes semper pro omnibus, in nomine Domini nostri Jesu Christi, Deo Patri.

Hermanos: Cuidad de caminar cautamente; no como ignorantes, sino como sabios, recobrando el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto, no seais imprudentes, sino entended cuál sea la voluntad de Dios. Y no os emborracheis con vino, en el cual está la lujuria; sino llenaos del Espíritu Santo, hablando entre vosotros con salmos é himnos, y cánticos espirituales; cantando y salmeando al Señor en vuestros corazones, dando gracias siempre por todas las cosas á Dios Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

NOTA.

« Desde Roma, donde estaba preso el Apóstol,
» escribió esta carta á los fieles de Éfeso, en cuya
» conversion habia trabajado con tantas fatigas y con
» tanta felicidad. Escribióla por los años del Señor
» de 62; y es esta epístola como un compendio de la
» vida cristiana. »

REFLEXIONES.

Hermanos, mirad si vivis con la debida circunspeccion, no como hombres sin juicio y sin prudencia, sino como personas de razon, recobrando el tiempo perdido, porque los dias son malos. ¿Se dirigirá esta advertencia á los cristianos de nuestros tiempos? Y si habla con todos los fieles lo que dice el Apóstol, ¿qué caso hacen de ello los cristianos de nuestros dias? Todo está lleno de lazos, todo es peligros para la salvacion; vivimos, por decirlo así, en un país enemigo; el aire es contagioso, los ejemplos seductores; debemos desconfiar aun de nuestro propio corazon; nuestras pasiones siempre son temibles. Para navegar en un mar tan peligroso, tan difícil y tan famoso por los naufragios y por los escollos, ¿no serán menester grandes precauciones? ¿y son muchas las que se toman en estos desgraciados tiempos? Expónense, entréganse los hombres al peligro cantando y riendo. Concurrencias mundanas, conversaciones amorosas, diversiones en poblado y en el campo, pasatiempos á cual mas contagiosos, amistades peligrosas, inclinaciones perversas, frecuencia de visitas sumamente sospechosas; en todas partes objetos halagüeños y tentadores: ¿y qué precauciones, qué preservativos se toman? con qué miedo se entra en estas ocasiones? En lo mas retirado del desierto, y debajo de un áspero

cilicio temian las almas inocentes; ¡y hoy no se teme en medio de un horno ardiendo! ¿Quién nos alienta? ¿quién nos da confianza? Muy enfermo está el que no siente su enfermedad. Siempre hacen compañía á la inocencia el temor y la delicadeza de conciencia; una alma estragada y un corazon corrompido nada temen. Pero dirás, y así lo dices, que en las personas devotas, en las circunspectas, en las piadosas hacen mas impresion los objetos, que en las personas del mundo, á quienes la costumbre quita toda impresion y toda sensibilidad. ¡Error grosero, débil razon, ilusion miserable! Quien se domestica con el pecado ya no le tiene horror; ni se distinguen ya los movimientos pecaminosos, cuando la mala costumbre los ha hecho como ordinarios. Las expresiones mas significativas, las licencias menos modestas, las demostraciones de ternura que pasan mucho mas allá de los términos de la cortesanía, todo se justifica con el nombre de desembarazo y de despejo. No todos se niegan á los afectos tiernos, pareciéndoles que son naturales: solo despierta el alma al ruido de las culpas mas groseras. El olor de tantas flores como se gastan en el mundo trastorna; las falsas brillanteces deslumbran; y desde el mismo punto que las pasiones dejan de ser reprimidas, acaban de cegar. De aquí nace que los hombres mas disolutos, aquellas personas mundanas que encanecen, por decirlo así, en la iniquidad, cuando se llegan al tribunal de la penitencia, apenas tienen de qué acusarse: pásanseles pocas horas en el dia sin pecar, y despues de muchos años apenas se reconocen culpables de un corto número de pecados. ¿De dónde provendrá este escaso conocimiento? Es fácil averiguarlo. Cuando está casi apagada la luz de la fe, se alcanza á ver muy poco con la luz de la razon. Desengañémonos; la fe se debilita al paso que se debilita la delicadeza de conciencia! ¡O mi Dios, qué

turbaciones tan congojosas, qué crueles espantos, qué amargos arrepentimientos se siguen en la hora de la muerte á una vida licenciosa, mundana y tranquila! Entonces se ve, entonces se conoce la precaucion con que se debiera haber caminado entre tantos precipicios como nos cercan durante esta miserable vida. Los que han leido esto, los que han hecho todas estas reflexiones, ¿serán en adelante mas cautos? ¿serán mas circunspectos?

El evangelio es del cap. 12 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis: Adhùc modicum lumen in vobis est. Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebræ comprehendant: et qui ambulat in tenebris, nescit quò vadat. Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis. Hæc locutus est Jesus; et abiit, et abscondit se ab eis.

En aquel tiempo dijo Jesus à las turbas: Todavía está con vosotros la luz por poco tiempo. Caminad mientras teneis luz, para que no os sorprendan las tinieblas: y el que camina en las tinieblas, no sabe adónde va. Mientras teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz. Estas cosas habló Jesus, y en seguida se retiró y se escondió de ellos.

MEDITACION.

LA PÉRDIDA DEL TIEMPO ES IRREPARABLE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas preciosa que el tiempo, y acaso tampoco la hay cuya pérdida se sienta menos. Muchas otras pérdidas se pueden remediar, pero la del tiempo es irreparable; es decir, que por mas que se haga, no se puede recobrar un solo instante perdido.

Para personas capaces de reflexion y que quieren

salvarse, no seria menester decir mas para que conociesen de qué importancia es el buen uso del tiempo.

Es cierto que están contados todos los momentos de nuestra vida; empleemos bien ó mal estos preciosos momentos, no hemos de aumentar su número; este está determinado, y se va disminuyendo en cada instante. Una hora ha teníamos mas tiempo para vivir y para trabajar en el negocio de nuestra salvacion; dentro de un cuarto de hora tendremos menos tiempo del que ahora tenemos.

Por mas que vivamos de aquí en adelante tan santamente como vivió un san Pacomio; aunque no perdamos ni un solo momento del tiempo que nos queda de vida; siempre es cierto que el tiempo pasado no volverá jamás, y que el que no empleamos en nuestra salvacion se perdió sin remedio.

El buen uso del tiempo futuro podrá librarnos del peligro en que nos precipitó el malogro del pasado; pero no nos puede librar de haberlo perdido, y de haber perdido con él todas las gracias que Dios tenia destinadas al buen empleo de aquellas horas perdidas, y todos los méritos que podíamos haber adquirido empleándolas como debíamos. ¡O santo Dios, y qué pérdida!

Vamos á pasar el tiempo. Así nos explicamos, y asi se llama aquel tiempo que se pasa en vanos entretenimientos, en diversiones muchas veces poco cristianas, en el juego, en el paseo, en el campo. ¡Mi Dios, y qué mal cae este lenguaje en boca de un cristiano! *Vamos á pasar el tiempo.* Y ese tiempo pasado, ese tiempo miserablemente perdido, volverá acaso para nosotros? ¿podrá ser reparado? Luego ya se perdió para siempre el tiempo de mi infancia: luego aquellos hermosos dias, aquellos años floridos de mi juventud enteramente se extinguieron. De dos ó de tres mil

dias que habré vivido, ¿cuántos dias llenos podré contar? ¿cuántos empleados en el negocio de mi salvacion?

¡Cosa extraña! Siendo el tiempo tan precioso y tan breve, parece que toda nuestra ansia es porque se pase cuanto antes. Apenas entramos en una edad, cuando deseamos pasar á otra; no bien nos hallamos en una estacion, cuando suspiramos por la que se sigue. ¿De qué principio provendrá esta inquietud? ¿será porque es demasiadamente largo el tiempo de nuestra vida? ¿será porque nos cansamos de vivir? No por cierto; ningunos experimentan mas este desasosiego que los que viven deliciosamente, y los que mas ansia tienen por vivir. La principal razon de esta inquietud involuntaria es el mismo mal uso del tiempo, que nos inquieta; el pensamiento, y acaso la inclinacion natural á emplear mejor el tiempo futuro, nos hace desearlo. Hablando propiamente, la pérdida que hacemos y conocemos, es lo que nos turba y nos pone tan inquietos; no hay gusto ni diversion que nos libre de está inquietud: ella nos acompaña en todas partes siempre que perdemos el tiempo; y el mayor desconsuelo es, que esta inquietud no nos puede resarcir el daño de esta pérdida. ¿Será posible, Señor, que por una parte seamos tan codiciosos, tan esclavos de nuestros intereses, y por otra tan insensibles á la pérdida mas preciosa y mas irreparable de todas cuantas podemos hacer?

PUNTO SEGUNDO.

Considera de cuánto valor se nos representa en la hora de la muerte todo el tiempo de la vida que ya se pasó, y de qué consecuencia se nos figura la irreparable pérdida de este malogrado tiempo. ¡O tediosa ociosidad, y qué tesoros me hiciste perder! Insípidas

y frívolas diversiones, visitas inútiles, largas horas empleadas en el juego, ¡y qué caras me habeis salido! ¡Oh, y si lograra hoy una hora de tantas como empleé mal, cómo la aprovecharia! Pero tuve aquel tiempo, tuve por cierto aquellos hermosos dias; ¡ah, y si entonces hubiera conocido, como lo conozco ahora, el valor de aquellos preciosos momentos! Pero ¿no lo conocia entonces? ¿no lo habia meditado muchas veces? Luego á sola mi malicia debo atribuir la irremediable pérdida que hice. ¡Oh, si en lugar de aquellas eternas mañanas, consumidas en una sensual delicadeza en la cama, en el tocador, ó al espejo, hubiera empleado siquiera media hora en meditar las verdades mas importantes de la religion! ¡Oh, si en vez de aquella ociosidad de profesion, de aquellas concurrencias mundanas, en que el tedio, el enfado, la molestia, los zelos, el cansancio, el desabrimiento estaban sin cesar, pero silenciosamente, royéndome el corazon y las entrañas, hubiera empleado siquiera media hora delante del Santísimo Sacramento, en leer un libro espiritual ó en alguna otra buena obra! ¡Qué consuelo seria ahora el mio! ¡qué confianza tendria al presente viendo que no he empleado mal el tiempo! Pero ya lo perdí; esta pérdida es de la mayor consecuencia; ¡y yo muero! Así pensarán, así discurrirán muchos en la hora de la muerte. Prevengamos con tiempo estos estériles, estos desesperados remordimientos, mientras estamos en esta vida.

Apenas conoció un san Pacomio las verdades de la religion; apenas rayaron en su alma las luces de la fe; apenas se hizo cristiano, cuando voló á sepultarse en un desierto, cuando empleó todos los instantes en el negocio de la salvacion, llegando á lamentarse de perder dos horas en el sueño, aun cuando estas no le dispensaban en el ejercicio de la penitencia; y nosotros

pasamos toda la vida en un eterno olvido de Dios, contando el tiempo malogrado por el número de los años que hemos vivido, ¡ y en medio de eso estamos tranquilos !

Todavia teneis luz por un poco de tiempo, caminad mientras la luz os alumbra. Acuérdate que vendrá un dia en que ya no tengas tiempo, porque al tiempo se ha de seguir la eternidad : *Et tempus non erit amplius.* Empleemos, pues, bien el tiempo que nos queda, y no perdamos ni un solo instante : *Ergo dum tempus habemus, operemur bonum.*

Si cuando se va á esas concurrencias mundanas, donde reinan la ociosidad y la delicadeza, se pensara en los ansiosos deseos que tienen inútilmente los condenados de lograr algunos instantes de esas horas que se van á perder en conversaciones tan inútiles; si se pensara en el arrepentimiento que se tendrá en la hora de la muerte, y tal vez por toda la eternidad, de haber perdido un tiempo tan precioso; ¿se haria á sangre fria y con mucho gusto una pérdida tan lastimosa?

¡ Qué favor, mi Dios, qué gracia seria si concediérais un solo dia á aquella persona que se condenó, ó á la otra que está para morir en pecado! ¡Cómo se aprovecharian de este corto tiempo! Vos me concedeis á mí esta gracia, vos me dais este dia, y acaso todo este mes, y aun este año; pues yo os prometo, con vuestra asistencia, que no perderé ni un solo momento.

JACULATORIAS.

Quot sunt dies servi tui : quando facies de persequentibus me judicium? Salm. 118.

¿Cuántos son, Señor, los años que me quedan de vida? ¿Cuándo me libraréis de estas pasiones que ponen en peligro mi salvacion?

Anni nostri sicut aranea meditabuntur : omnes dies nostri defecerunt, et in ira tua defecimus. Salm. 89.
Es nuestra vida como una tela de araña, que un soplo la deshace. ¿Qué se hicieron nuestros dias? ¿Y qué será de nosotros, cuando nos juzgues en el tiempo de tu ira y de tu furor?

PROPOSITOS.

1. Ninguno hay que no deba llorar el tiempo perdido; porque ninguno hay que no haya perdido mucho tiempo durante su vida, y ninguno que pueda reparar el tiempo que perdió. Todo cuanto se puede hacer, mediante la divina gracia, es emplear bien el tiempo que nos queda. Para esto procura comprender desde hoy el valor y el mérito de este tiempo. Considera qué gracia, qué favor insigne, qué milagro de su misericordia seria si concediese Dios el tiempo de media hora á una alma condenada. ¡Ah! no necesitaria mas para salir del infierno, para merecer la gloria, para ser santa. Dios me ha hecho á mí este favor, esta gracia, este milagro. No me ha dado solo media hora de tiempo, me ha dado todo el dia de hoy, acaso me dará el de mañana, quizá un año entero; pero con la seguridad de que cada momento puede ser el último, ¡perderé yo un instante de este tiempo! He aquí una verdad de que debes convencerte.

2. Practica lo siguiente : 1. Al tiempo de levantarte por la mañana, y de ofrecer á Dios tus obras, considera lo mucho que vale ese dia que comienzas á vivir, y que acaso será el postrero de tu vida, como lo será ciertamente para muchísimos otros. 2. Atiende bien cómo empleas el tiempo. *Todas las cosas tienen el suyo : hay tiempo de trabajar, y tiempo de descansar* (1), pero así el trabajo como el descanso han de ser útiles; el desahogo del espíritu y del cuerpo debe

(1) Eccles. 3.

ser meritorio para la vida eterna, por el motivo que se ha de tener presente para tomarlo. 3. Jamás estés del todo ocioso; lleva siempre contigo algun buen librito, que te puede servir mucho en mil ocasiones. Cuando no puedas hacer otra cosa, ora : *Sine intermissione orate* (1). Hay ocupaciones que son una verdadera pérdida de tiempo. Es cierto que las personas mundanas, las indevotas pocas veces dejan de estar ocupadas; pero ¿en qué? en el juego, en la diversion, en el paseo, en la caza, en leer algunos libros; pero las consolará mucho algun dia el haber empleado el tiempo en esto?

SAN PASCUAL BAILON, CONFESOR.

Por los años del Señor de 1540, reinando Carlos V, y presidiendo la silla de san Pedro el papa Paulo III, nació san Pascual Bailon, el dia 17 de mayo y primero de la Pascua de Pentecostés, para gloria de España y ornamento de la religion de san Francisco. El lugar de su nacimiento fué una pequeña aldea del reino de Aragon, llamada Torrehermosa. Sus padres fueron Martin Bailon é Isabel Jubera, honrados labradores de escasa fortuna, pero ilustres por la piedad de sus costumbres. Siendo todavía niño, comenzó la gracia á dirigir sus operaciones, como preludios que eran de la sublime santidad á que habia de llegar en la edad provecta. Si alguna vez le dejaba su madre solo, se iba á la iglesia, en donde le encontraba con los ojos fijos con tal intension en las imágenes de Jesus y de María, que le costaba trabajo separarle de ellas. Ya jóven, le dedicaron sus padres al oficio de pastor; y aunque este solitario ejercicio parece que le cerraba

(1) I. Thessal. 4.

las puertas para aprender á leer y escribir, pudo tanto su diligencia, que aprendió uno y otro, ya preguntando á los que sabian, ya ilustrándole Dios por medio de su gracia. Su zurron, en lugar de contener el ordinario alimento, era un pequeña biblioteca de libros piadosos, y entre ellos el oficio de la Vírgen que rezaba diariamente con suma devocion y consuelo de su alma. Por esta causa se separaba de los demás pastores, aborrecia sus juegos y entretenimientos, y vivia en aquel oficio como el ermitaño mas aprovechado. Su conversion era santa y agradable; sus modales apacibles y dulcísimos; su genio manso y templado; de modo que los demás pastores admiraban en él la madurez y prudencia de un anciano, y la pureza é inocencia de un ángel. Hablábales él muchas veces de la grandeza de las virtudes, de la santidad de la vida cristiana, y de la fealdad de los vicios; y esto lo hacia con tanta gracia, y con tan fervoroso espíritu, que los demás pastores, con ser ya algunos hombres ancianos, se movian á compuncion corriendo las lágrimas por sus rostros. Con singularidad les inspiraba una tierna devocion á la Madre de Dios, á quien él amaba y servia con todo el ahinco de su corazon. Si alguna vez advertia que sus compañeros se desazonaban y prorumpian en juramentos ó blasfemias, los corregia amorosamente, y los suplicaba que pusiesen sus ojos en María santísima; y de este modo logró apaciguar sus rencillas, y muchas veces librarlos de peligros.

No se olvidaba al mismo tiempo de añadir á los duros trabajos de pastor otras varias mortificaciones, entre ellas el andar descalzo por lugares escabrosos y llenos de espinas, procurando de este modo imitar al Pastor divino, que tanto habia padecido por sus ovejas. Divulgándose la fama de sus amables prendas, entró en deseos Martin García, hombre poderoso, á

quien el santo servia, de tenerle por hijo, estimando en mas esta gloria que todas sus riquezas. Llamó á Pascual, y cuando le tuvo en su presencia le manifestó que queria adoptarle por hijo, haciéndole dueño de las muchas posesiones y riquezas que le habia dado el cielo: bien veia cuánto le convenia aceptar este partido, trocando la vida trabajosa que entonces llevaba por otra regalada y abastecida de bienes de fortuna. *Ven, pues*, le dijo, *ven á mi casa, serás mi hijo, y despues de mi muerte serás mi heredero.* Cualquiera que tuviese espíritu menos desinteresado que el de Pascual, hubiera aceptado con sumo gusto aquella oferta, estimándola como principio y fin de su fortuna. Pero el santo jóven, que habia ya elegido en su corazon á Jesucristo por su heredad y toda su riqueza, le respondió, con el semblante lleno de modestia, que se habia propuesto en su corazon servir á Dios en pobreza voluntaria; que nada aborrecia tanto como los bienes de este mundo, que tenia por lazos é impedimentos para conseguir la verdadera felicidad; y que distaba tanto de admitir su generosidad, que antes bien pensaba en hacerse religioso, abandonando no solamente los bienes temporales, sino la posibilidad de obtenerlos. Que por lo demás le daba rendidas gracias, y le estaria agradecido encomendándole á Dios en sus oraciones.

Con este pensamiento procuraba Pascual estrechar su vida con nuevas mortificaciones, ensayándose en la vida austera que debia emprender. Siendo ya de edad de veinte años, deliberando sobre la ejecucion de sus santos intentos, pasó al reino de Valencia. Quiso despedirse de una hermana que habitaba en un lugar intermedio; y habiendo ido á su casa, le recibió esta con sumo amor, y quiso regalarle segun sus facultades la permitian. Dispúsole una abundante cena; pero por mas instancias y súplicas que le hizo,

no pudo determinarle á tomar otra cosa que un poco de pan y agua. Admiróse la hermana de tanta abstinencia, y conjeturando que á esta mortificacion acompañarian otras mayores, con una compañera llamada Juana García, se puso á acechar á la puerta del cuarto, en que habian dispuesto la cama á nuestro santo. A poco tiempo de haber entrado en él, advirtieron que se desnudaba, y sacando unas disciplinas, se azotaba con tanta crueldad, que tuvieron que apartarse de allí, no pudiendo contener las lágrimas que sacaba de sus ojos aquel sangriento espectáculo. A la mañana siguiente, habiendo tomado pan y agua por desayuno, encargó mucho á su hermana que viviese en el santo temor de Dios, y despedido de ella prosiguió su viaje.

Llegó al reino de Valencia con intencion de hacerse religioso; pero no proporcionándose ocasion oportuna para ello, tuvo que volver á su ejercicio de pastor. Ocupábase en él en las cercanías de Montfort, pueblo del reino de Valencia, en el cual habia uno de los primeros conventos de la reforma de san Pedro de Alcántara, y en su iglesia una devotísima imágen de Nuestra Señora de Loreto. Aficionóse tanto á esta imágen, que venia frecuentemente á visitarla, y cuando estaba en el campo tenia por lo comun vuelto el rostro hácia la iglesia, no pudiendo separar sus ojos de donde tenia el corazon. Hablaba con los demás pastores de cosas pertenecientes al espíritu, logrando en ellos tanto fruto, que en presencia suya ninguno osaba hacer cosa reprensible. Sin embargo vivia descontento, porque el ejercicio de pastor le privaba de muchos consuelos espirituales, y porque era sumamente difícil alimentar bien el ganado sin menoscabo del prójimo. En esta materia llegaban sus escrúpulos hasta el extremo de delatarse á sí mismo: luego que su ganado habia hecho algun daño, y él lo

advertia, se iba al dueño, y no se separaba de él hasta que, tasado prudentemente, se lo satisfacia con su soldada. Otro motivo de descontento en su vida de pastor, era el ver las desarregladas costumbres y perversos hábitos de aquellos toscos pastores : no era lo mas la usurpacion de los bienes ajenos, dejando entrar el ganado en las heredades; el nombre de Dios, á quien bendicen las yerbas y flores del campo, era blasfemado; las mutuas rencillas de los pastores se terminaban en maldiciones y juramentos; de lo cual ofendido en gran manera el santo jóven, determinó escapar cuanto antes de tan multiplicados peligros. Significólo á un amigo suyo, que era de los mas moderados entre aquellos pastores, el cual le respondió : « Si piensas entrar en religion, ¿porqué no te » vas al monasterio de Nuestra Señora de Huerta, » que es monasterio rico y está en tu tierra? — Por » eso mismo, respondió el santo, yo he dejado mi » patria, mis padres y parientes para vivir en este » mundo como en un destierro, sin mas pensamiento » que buscar el camino derecho para la patria celes- » tial; yo he renunciado el rico patrimonio y adop- » cion que me ofrecia mi amo, por la pobreza de » Jesucristo; y así nada me puedes prometer mas » opuesto á mis intentos, que la entrada en un mo- » nasterio rico, y que está en mi patria. »

Aunque hasta entonces no tenia Pascual determinacion fija del sitio y religion en que haria sacrificio á Dios de si mismo, con todo eso, la divina Providencia le iba adjudicando en cierto modo á la religion franciscana en su nueva reforma. Daba á entender esto aquella devocion particular á Nuestra Señora de Lòreto, que le habia inspirado la gracia, y el especial afecto que á los religiosos de aquel convento profesaba. Veia en ellos una suma pobreza en la comida, en el vestido, en los ajuares de sus habita-

ciones, y aun en los utensilios para los ministerios sagrados; veia una humildad verdaderamente cristiana, de aquellas que huyen las exaltaciones y grandezas de la ambicion; veia, en fin, la mortificacion de Jesucristo y su cruz, y esto mismo se conformaba con sus santos propósitos y sus costumbres. Añadíase á esto que por aquel tiempo vivian en el convento Lauretano muchos religiosos de una virtud verdadera y de una mortificacion asombrosa. Tratábalos el santo con frecuencia, porque acudia con ella á consolar su alma en los santos sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía; y con este frecuente trato íbase aficionando á vivir con ellos. Los santos son delicados en la ejecucion de sus resoluciones. Siempre están temerosos de sus propias luces, y solícitos de averiguar el verdadero camino por donde quiere Dios que le sigan. Padecia Pascual ansiedades en su espíritu, y suplicaba al cielo con fervorosos suspiros que se dignase manifestarle su voluntad para ponerla luego por obra. La oracion sencilla, las lágrimas que salen del corazon, encuentran inmediatamente acogida en la divina misericordia. Una vision celestial aseguró á Pascual de su vocacion: parecióle ver, en un enajenamiento de espíritu, un religioso y una religiosa que vestian un hábito de penitencia muy semejante al que usaban los religiosos del referido convento. Vuelto en sí, entendió que la voluntad de Dios era que tomase allí el hábito; y sin mas dilacion se presentó al guardian, y se lo pidió con humildad. Como eran bien conocidas las virtudes del santo jóven entre todos los religiosos, accedieron con gusto á sus súplicas, y le dieron el hábito con suma complacencia, persuadidos de que Dios los enriquecia con un tesoro de santidad. Luego que Pascual se vió religioso, contempló que debia manifestar su gratitud al beneficio recibido, con nuevos ejercicios de piedad. Dobló sus penitencias, enfervorizó su

espiritu, dedicóse á la oracion con mas ardor y mas perseverancia que antes. Aunque por su instruccion y talento podia haber aspirado á ser religioso de misa, escogió ser religioso lego; y su humildad se complacia en ejercer los oficios mas bajos y mas penosos de la casa. Vista su verdadera vocacion, y reconocida por inspirada del cielo, le dieron la profesion, el dia de la Purificacion de Nuestra Señora, en el año de 1565.

Viéndose Pascual libre de los lazos del mundo, y dedicado para siempre al servicio de Dios, atada su voluntad con los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, dió gracias al Todopoderoso, y comenzó de nuevo la carrera de la perfeccion. Nunca se le vió ocioso: la oracion, la mortificacion y las ocupaciones de la obediencia dividian su tiempo y sus obras. Solícito de la santificacion de su alma, huia como de una serpiente de la ocasion mas remota en que pudiese haber ofensa de Dios. Nadie vió en su conducta obra ó palabra que pudiese notarse, no ya de pecado grave, pero ni aun leve. Era amantisimo de la verdad. Siendo portero, llamaron unas mujeres, solicitando que el guardian bajase á confesarlas; llevó el santo el recado, y respondiéndole el superior que le excusase, diciendo *que no estaba en casa*, respondió el santo: *Perdonadme, Padre, no diré tal cosa, porque eso seria pecado venial.* Amaba á Jesucristo con tal ternura, que todas las acciones de su vida y los tormentos de su pasion, los tenia siempre presentes para imitarlos. De aquí nacia aquella mansedumbre con que trataba á todos, aquella alegría que hacia su rostro semejante al de un ángel; de aquí aquella prontitud á cuanto le mandaba la obediencia, aquella austeridad y rigor con que trataba su cuerpo, sujetándole á las leyes del espíritu; y de aquí finalmente aquel zelo y solicitud de la salvacion de las almas, que procuraba por todos los medios.

No se contentaba con aliviar la miseria temporal de sus prójimos pidiendo limosna para darla despues á los necesitados : su caridad se extendia á mas altos fines, y sus limosnas eran acompañadas de discursos patéticos sobre la fealdad del pecado, sobre las penas del infierno y sobre la grandeza de Dios. Esta invencion feliz redujo á muchas almas de un estado de perdicion á una vida fervorosa, contándose entre ellas muchas mujeres perdidas, muchos pecadores endurecidos y obstinados en sus vicios, que, acobardados de su enormidad, llegaban á desconfiar de la divina misericordia. Con el mismo espíritu de caridad reprendia las faltas que advertia, no solamente en sus hermanos, sino aun en los mismos superiores. Tenia en esto tanta gracia, y era tan dulce el artificio que le sugeria su zelo, que jamás su correccion produjo disgustos ni desazones, sino reconocimiento y enmienda.

La fe, aquel don sobrenatural y divino que levanta el alma á la contemplacion de los sublimes misterios, y da fuerzas al hombre para emprenderlo todo con una segura confianza en la asistencia del cielo, tuvo en san Pascual tan feliz acogida, que sus obras maravillosas se pudieran contar por sus acciones. Son innumerables los milagros que obró Dios por su intercesion, ya venciendo el poder de la enfermedad y de la muerte, y ya produciendo repentinamente alimentos con que socorrer á los necesitados. En sí mismo manifestaba de continuo un estupendo milagro, que era premio de su sencilla humildad y de la viveza de su fe. Jamás habia aprendido mas que á leer y escribir; su trato habia sido con pastores; sus ejercicios mecánicos. El continuo empleo de su tiempo en las obligaciones de portero, limosnero y otros ejercicios semejantes, le alejaba de las conversaciones de los religiosos instruidos en materias

teológicas. Sin embargo, los sabios religiosos que le trataron aseguraron con juramento que hablaba de los dogmas mas sublimes de la religion con una precision, exactitud y sublimidad, que los dejaba asombrados. Proponianle las cuestiones mas difíciles acerca de la Trinidad, de la Encarnacion y divinos atributos, y á todas satisfacia con tan sublime doctrina y tan acertadas respuestas, que se veia claramente ser el divino Maestro quien le enseñaba. En efecto, en la oracion era en donde Dios le manifestaba aquellos arcanos, que no es dado al hombre comprender, y mucho menos explicar con palabras. Importunábanle los religiosos con las preguntas mas arduas y argumentos mas difíciles que tiene la teología, deseosos de alimentar sus almas con aquella ciencia no aprendida que salia de sus labios. Pero el santo, temeroso de los perjuicios que podria ocasionar á su humildad esta prueba, inventó un artificio para ocultar su milagrosa sabiduría. Procuróse varios libros teológicos, leia en ellos, y de ellos daba á entender que sacaba las respuestas que le oian. Para este efecto escribió dos libros, en donde trataba de la union hipostática del Verbo divino, y de otras materias igualmente intrincadas; y para dar á entender que nada de lo que allí habia era produccion suya, puso en la portada esta inscripcion : *En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un Dios verdadero, criador de todas las cosas visibles é invisibles, á quien sea dada la gloria y el imperio por todos los siglos de los siglos, amen. Yo fray Pascual Bailon, natural de Torre-hermosa de Santa María de Horta, escribí este fárrago para mi espiritual recreo, habiéndole recogido fielmente de muchos libros santos.* No obstante esto, estando en cierta ocasion enfermo, pidió con suma eficacia al guardian que quemase estos libros, para

que no quedase en el mundo cosa alguna de donde le pudiese resultar honor y gloria.

Persuadido que la humildad es el mejor cimiento de la perfeccion, aun en las acciones mas mínimas procuraba Pascual su abatimiento. Ocultaba con estudio todas las gracias que recibia del cielo, para que no hiciesen aprecio de él. Huia de los lugares donde la fama de su santidad habia producido una extraordinaria veneracion de su persona. En el convento buscaba con esmero los oficios mas bajos, y se ejercitaba en ellos con tanto gusto como pudiera tener un ambicioso en los empleos mas honoríficos. Deseando el santo que el vestido contribuyese á ejercitarle en la virtud de la humildad, lo traia humildísimo; su hábito era un centon de remiendos, y estos encontrados en los muladares. Sucedió algunas veces reprenderle públicamente el prelado por faltas que Pascual no habia cometido; jamás pretendió excusarse: puesto de rodillas, clavados los ojos en el suelo, y con un semblante lleno de majestuosa tranquilidad, oia la injusta reprension: y acabada, besaba los piés al prelado, y quedaba muy gozoso de haber imitado en algo á Jesucristo. Otras veces se juntaba con los religiosos jóvenes, ó con los novicios, cuando el maestro les imponia alguna penitencia, humillándose como reo, y sujetándose al castigo el que era reconocido inocente y venerado de todos por santo. Así llenaba por todos los medios las obligaciones que prescribe la humildad cristiana, sin que jamás se le viese ni dar excusa abonando su conducta, ni quejarse del agravio que se le hacia, ni echar la culpa á quien la tenia verdaderamente, ni rehusar la reprension ó el castigo, ni últimamente dar muestras de resentimiento en su semblante.

La virtud de la humildad, la de la paciencia y la de la obediencia están tan íntimamente unidas, que

con dificultad se encuentra la una sin la otra. En los ejercicios de la obediencia hallaba Pascual mucho que sufrir, y ocasiones de humillarse; y de la misma manera en la paciencia y en la humillacion encontraba el mérito de la obediencia. Jamás se negó á disposicion alguna de sus prelados, sino á la que tenia visos de darle alguna superioridad. Si le mudaban de convento, lo recibia con gusto, teniéndose por peregrino sobre la tierra. Si le mandaban pedir limosna, le parecia estar imitando á Cristo, que se hizo pobre para que nosotros con su pobreza fuésemos ricos. Si le mandaban cavar en el huerto, y hacer el oficio de hortelano, creia estar sufriendo el castigo dado por Dios á nuestro primer padre, y se regocijaba viendo que con el sudor de su rostro sustentaba á sus hermanos y aliviaba la miseria de muchos pobres desvalidos. En todos los ejercicios, en todos los empleos, en todos los destinos encontraba este siervo de Dios el consuelo de su alma, y los medios de santificarla mas y mas. Su espíritu fervoroso en nada encontraba dificultad, ni temia ningun peligro con tal que pudiese conducir para este fin. Vióse esto en la difícil peregrinacion que hizo á Francia en el año de 1570. Ofrecióse al custodio de su provincia un caso arduo que necesitaba consultarse al general; residia este á la sazon en París, á donde la escasez de los correos en aquel tiempo hacia necesario enviar un religioso. Habiendo meditado el custodio quién seria mas apto para una expedicion en que peligraba la vida, por causa de estar infestadas las provincias de Francia de herejes hugonotes que odiaban mortalmente á los frailes, halló que solo fray Pascual aceptaria un encargo tan arriesgado. Llamóle, y le mandó que emprendiese este viaje; y el santo con suma alegría se puso al instante en camino, confiado en que Dios le sacaria de todos los peligros. Llegó al

primer convento que tenia su religion en Francia; y habiendo examinado los sabios padres de aquella comunidad la comision que llevaba, y conociendo por otra parte que peligraba su vida, se pusieron á disputar si era lícito obedecer con semejante peligro. Resolvieron que sí, y le dejaron seguir su camino. Iba el santo descalzo de pié y pierna, con un hábito andrajoso, y un rostro de penitencia que llevaba tras sí los ojos de todos. Por cuantos lugares pasaba, en otros tantos recibia infinitos insultos y persecuciones del pueblo, que gritaba con furor : *Al papista, al papista,* acompañando estas insultantes palabras con malos tratamientos, y apedreándole muchas veces. En un pueblo le rodearon una porcion de herejes, creyendo que un fraile, en la apariencia sin letras, podria fácilmente ser convencido é imbuido en sus errores. Preguntáronle si creia que en la hostia consagrada se contenia el cuerpo de Cristo; y habiendo respondido *que si*, comenzaron á argüirle con sofismas para apartarle de la verdadera creencia. El santo respondió á todo con tanta copia de doctrina y solidez de razones, que, confusos los herejes, empezaron en despique á apedrearle; pero Dios le salvó milagrosamente torciendo la direccion de las piedras. Prosiguiendo su camino, y hallándose molestado de la hambre, se llegó á pedir limosna á la puerta de un poderoso. Mandóle este entrar, púsole á su mesa, y mientras comia le dijo que sus trazas eran de espía español, y que como tal, debia tener por cierto que al levantarse de la mesa mandaria darle la muerte. Calló el santo, quedándose con una serenidad admirable; en vista de lo cual, movida la señora á compasion, hizo echarle de casa sin que lo viese su marido. A este tenor se halló en otros muchos peligros y trabajos; pero como obraba por obediencia, Dios premió esta heróica virtud, haciendo que concluyese su expe-

dicion, y volviese á Almansa bien despachado, como el custodio le habia prometido.

Sobresalió nuestro santo en la virtud de la penitencia. A pesar de ser tan casto que en toda su vida no ofendió á esta virtud, ni con el mas leve pensamiento, se ejercitaba en tan crudas penitencias como pudiera necesitar el mas vóluptuoso y distraido. Sufria los frios del invierno caminando con los piés desnudos sobre los yelos y la nieve; y en el verano trabajaba con la cabeza descubierta para que los rayos del sol le hiriesen con mayor vehemencia. Sin embargo de que su vestido ni le daba abrigo, ni le libraba de las inclemencias del tiempo, todavía juzgaba Pascual que era un regalo; y asi para desquitarse, llevaba debajo de él varias suertes de cilicios, que con piadosos artificios formaba, unas veces de cerdas, otras de espinas de cardos, y otras de puntas de hierro. Su cama era el duro suelo, ó una porcion de leña, que mas bien servia para atormentar el cuerpo cansado, que para tomar alivio. Pasaba la mayor parte de la noche en continua oracion, ya puesto de rodillas, ya postrado en tierra con los brazos extendidos, para que á la meditacion acompañase el mérito de la penitencia. Dábase crueles disciplinas casi todos los dias del año, particularmente en las fiestas de los mártires, deseando experimentar en sí de alguna manera los dolores del martirio. En las festividades de los ángeles repetia la disciplina hasta el número de nueve veces, rezando en cada una de ellas el salmo *Miserere*.... A las maceraciones del cuerpo juntaba la abstinencia. Desde su entrada en la religion se habia propuesto por modelo á su santo patriarca; y anteriormente habia hecho profesion de seguir los pasos del divino Maestro, que, estando crucificado, quiso tener el tormento de gustar hiel y vinagre. Con este pensamiento ayunó acsi todos los dias de su vida á pan y agua.

Si tomaba algunas legumbres, era sin condimento alguno, para que el paladar no percibiese deleite. Alguna vez comió carne; mas para imitar el tormento del divino Maestro, la dejaba primero que se corrompiese, de manera que el fetor y hediondez la hiciesen mas desagradable que la hiel y vinagre. Este ayuno prodigioso lo observaba aun estando enfermo, sin que las persuasiones del médico y de sus hermanos alcanzasen de él moderacion alguna en su severa abstinencia.

A virtudes tan sublimes acompañaba una oracion continua y una altísima contemplacion de los divinos misterios, en la cual gustaba su alma de tan soberanas dulzuras, que recompensaban abundantemente todos sus rigores, ayunos y penitencias. Oraba de continuo en cualquier lugar que se hallase. La continuacion y el fervor le llevaron á tan alto grado, que se le vió muchas veces privado de sus sentidos, y haciendo unos movimientos que manifestaban los raptos de su alma, y el torrente de delicias que recibia en la oracion. Estos efectos eran mas sensibles en presencia del sacramento de la Eucaristía, ó de las sagradas imágenes de Jesucristo y su santísima Madre. Tal vez enajenado y fuera de sí mismo, se daba contra las paredes, y rodaba las escaleras hasta que el dolor le volvia á su ser, y le hacia cortar el ímpetu de la contemplacion. De sus escritos en esta materia se deduce la alteza y perfeccion á que llegó este siervo de Dios. Ellos contienen lo mas puro, lo mas acendrado y sublime de cuanto escribieron los santos. Allí se ven unos coloquios tan tiernos y afectuosos, que prueban el ardiente fuego en que fueron engendrados. Lo mas patético de los salmos, las oraciones mas fervorosas de la Iglesia, los afectos mas encendidos de los contemplativos, las expresiones mas vivas y amorosas, las gracias mas humildes y rendidas, la ponderacion

mas justa de las grandezas de Dios y de sus divinas piedades, todo se encuentra en el pequeño tratado de oracion que escribió este santo para su instruccion y consuelo. A la Madre de Dios tenia una devocion tierna y afectuosa; veneraba sus imágenes con una humillacion y respeto, que infundia devocion en cuantos lo veian. Rezaba su santo rosario con tanta frecuencia, que tenia las cuentas gastadas; y en sus pláticas y conversaciones jamás trataba de otra cosa que de la vida y pasion de Jesucristo y de las grandezas de su Madre santísima.

Unas virtudes tan heróicas quiso Dios que estuviesen adornadas en su siervo con aquellas gracias que se llaman *gratis datas*, las cuales, aunque no tienen esencial conexion con la virtud verdadera, las suele conceder Dios misericordiosamente para manifestar la santidad de sus siervos. Tuvo el don de profecía, el de penetrar los corazones, y el de hacer milagros. En todos ellos fué admirable, juntando al mismo tiempo la exaltacion de la gloria de Dios y el provecho de sus prójimos. Una de las cosas que predijo, fué el dia y hora de su muerte. Segun se acercaba esta, notaba el santo en la efervescencia de su espíritu que queria desasirse de las cosas terrenas y de los lazos de la carne, para unirse eternamente á aquel á quien habia amado toda su vida. Notó esto tambien una mujer piadosa, que, viendo al santo ayudar á misa, advirtió en su semblante una alegría y sonrisa tan extraordinarias, que la pareció ver á un bienaventurado. Estando, pues, en el convento de Villareal, y presintiendo que estaba cercana su muerte, dijo á un religioso que le lavase los piés. Extrañó este semejante diligencia en un hermano que tan poco cuidaba del aseo de su persona, y mucho mas sabiendo la profunda humildad que caracterizaba sus acciones y pensamientos. Significó al santo su extra-

ñeza, y este le respondió con una calma y sencillez admirables : *No os admireis, hermano, que quiero tener los pies limpios para recibir el santo sacramento de la extremauncion, si acaso Dios quisiere que me sea necesario recibirle.*

El suceso manifestó que hablaba con espíritu profético; pues de allí á pocos dias cayó gravemente enfermo. Sufrió con suma paciencia los dolores y congojas de una dolencia que las tiene tan mortales, como es el tabardillo y dolor de costado. Nunca le oyeron quejarse, ni pedir medicina ni alimento, ni volverse de un lado á otro en la cama; antes bien, su rostro alegre y tranquilo manifestaba el deseo que tenia de ser desatado de los lazos de la carne para vivir eternamente con Cristo. En el discurso de la enfermedad, que duró solos ocho dias, se levantó una vez á dar limosna á los pobres, dándole la caridad y la gracia las fuerzas que faltaban al cuerpo. En esta ocasion avisó á una pobre mujer, que estaba enferma, de que en un mismo dia saldrian los dos de este mundo; lo cual se verificó. Agravóse la dolencia; y habiendo recibido los sacramentos de la Eucaristía y extremauncion con devocion suma, pidió que para morir le sacasen de la cama y le pusiesen en el suelo, queriendo imitar en esto á su santo patriarca. No se le concedió, y así contento de todos modos con la voluntad de Dios y de sus superiores, teniendo un crucifijo en las manos, los ojos clavados en él, y el dulce nombre de Jesus en la boca, espiró dando su espíritu al Señor, el dia 17 de mayo del año de 1592, primer dia de la Pascua de Pentecostés, y á la misma hora que elevaba el sacerdote la sagrada hostia en la misa mayor. Su cuerpo quedó hermoso, flexible, y con un semblante que movia á un mismo tiempo á veneracion y á ternura. Las gentes se conmovieron, y acudian de todas partes á venerar el santo cadáver, publicándole

por santo. Teníase por dichoso el que podia lograr la parte mas mínima de un remiendo de su hábito, ó cualquiera otra cosa por despreciable que fuese. El cielo glorificaba á este siervo de Dios con infinitos prodigios, pues ningun doliente tocó al santo en los tres dias que estuvo expuesto á la veneracion de los fieles, que no recibiese el remedio de su enfermedad. Ya habian dejado casi desnudo el santo cuerpo, y de hora en hora crecia la multitud del pueblo que acudia movido de la fama de su santidad y de sus milagros. Pensaron en enterrarle, y para lograrlo tuvierón que valerse de la astucia y de la autoridad de la justicia. Pusieron el cadáver en una caja, con suficiente porcion de cal viva para que se consumiese la carne, y así lo depositaron debajo del altar dedicado á la purísima Concepcion de María. El año de 1611 se hizo por el comisionado del obispo de Segorbe la inspeccion del cadáver, el cual fué hallado entero é incorrupto, sin embargo de haber sido cubierto de cal cuando se hizo su entierro. Justificado esto, y una portentosa multitud de milagros que seria largo referir; habiendo acudido con reverentes súplicas los reyes, príncipes y grandes, entre ellos el duque de Gandía, que dedicó al santo un magnífico sepulcro; y últimamente, á solicitud de su religion, beatificó Paulo V á este siervo de Dios, el dia 19 de octubre de 1618, y Alejandro VIII le canonizó despues en 1690, continuando Dios sus prodigios, por la intercesion de este santo, con todos aquellos que para ser oidos procuran ser imitadores de sus santas obras.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Villareal en el reino de Valencia, san Pascual, del órden de Menores, hombre de admirable penitencia é inocencia.

En Pisa en Toscana, san Torpetes mártir, uno de los

principales oficiales de Neron, de quienes habla san Pablo escribiendo desde Roma á los Filipenses: *Todos los santos os saludan, pero principalmente los que son de la casa del César.* Despues de haberle abofeteado por la fe de Jesucristo, y azotado cruelmente con varas por órden de Satélico, le expusieron á las bestias para que le devorasen; mas no habiendo recibido mal alguno, le cortaron la cabeza el dia veinte y nueve de abril: su fiesta se celebra hoy á causa de la traslacion de su cuerpo.

El mismo dia, santa Restituta, vírgen y mártir, la cual, en tiempo del emperador Valeriano, habiendo sido atormentada de diferentes maneras en Africa por el juez Prócula, fué expuesta sobre el mar en una barca llena de pez y de estopas, para ser quemada en medio de las aguas; pero cuando se puso fuego, las llamas se volvieron contra los que las habian encendido, y la santa entregó su espíritu orando á Dios. Su cuerpo fué llevado milagrosamente con la barca á la isla de Isquia, cerca de Nápoles, donde lo recibieron los cristianos con grandes muestras de veneracion y de piedad. Constantino el Grande hizo edificar despues una iglesia en Nápoles en honra de la santa.

En Nion, los santos mártires Heraclio, Pablo y Aquilino, con otros dos.

En Calcedonia, san Solocano, y sus compañeros soldados, que padecieron martirio en tiempo del emperador Maximiano.

En Alejandría, los santos mártires Adrian, Víctor y Basilio.

En Vurtzbourg, san Bruno, obispo y confesor.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatum Paschalem confessorem tuum mirifica

O Dios, que adornaste á tu bienaventurado confesor Pas-

erga corporis et sanguinis tui sacra mysteria dilectione decorasti; concede propitius, ut quam ille ex hoc divino convivio spiritus percepit pinguedinem, eamdem et nos percipere mereamur. Qui vivis et regnas...

cual con un amor maravilloso acerca de los sagrados misterios de tu cuerpo y sangre; concédenos, misericordioso Señor, que merezcamos percibir aquella dulzura que el santo percibia en este divino convite del espíritu. Tú que vives y reinas.

La epistola es del cap. 31 *del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia* XII, *pág.* 304.

REFLEXIONES.

Aun mas que las riquezas desean los hombres el honor, la fama y la gloria. La soberbia, que hizo caer en pecado á nuestros primeros padres, de tal manera se ha propagado en todos sus hijos, que por lo comun ella es la que inficiona nuestras acciones. Por eso el Sabio no encontraba ninguna en toda la vida que no tuviese el sello de la vanidad, clamando en todas las cosas vanidad de vanidades, y todo vanidad. El hombre mas bien provisto de bienes de fortuna, piensa que nada tiene cuando le faltan los oropeles del honor; y aun este se desprecia, en comparacion de un nombre ruidoso que acarree mucha fama y mucha gloria. Por este bien imaginario se sacrifican con gusto el reposo, las riquezas, y hasta la misma vida; sin que haya peligro tan horroroso ni muerte tan aciaga que pueda retraer á los hombres, cuando una vez se han embriagado de la pasion de la gloria. Al paso que esto es verdad, no lo es menos que yerran los hombres el camino por donde pueden lograr seguramente el objeto que desean. ¿Porqué ensalzó Dios á Jesucristo, y le dió un nombre sobre todo nombre? Por haberse humillado, y haber sido obediente hasta sufrir muerte de cruz. He aquí el sendero derecho que guia á la inmortalidad y á la

gloria verdadera; y he aquí el mismo que propone el Espíritu Santo en la epístola de este dia. El que despreció las riquezas, el que no permitió que deslumbrasen sus ojos el brillo seductivo del oro, ni puso en él sus esperanzas, este será eternamente glorioso. Estas palabras de eterna verdad se ven comprobadas con una experiencia tan constante, que causa maravilla cómo han podido los hombres buscar otro camino para llegar á hacerse famosos en el mundo.

Todos los héroes que nos presenta la historia, llevan consigo la idea del desprecio, y aun de la execracion, cuando sus acciones no han estado selladas con el sello de la virtud. Un Alejandro subyugando al universo, un Julio César usurpando el poder de la mayor de las repúblicas del mundo, y otros semejantes personajes podrán conciliarse una vana admiracion; pero sus hechos sanguinarios cubrirán de una eterna ignominia su memoria. Al mismo tiempo que se admira su poder, se aborrecen sus obras, se censuran sus costumbres, y no se tiene envidia á la suerte que al presente disfrutan. Por el contrario, en el santo de este dia vemos un humilde lego de la religion mas pobre, sumergido en la pobreza, viviendo en la oscuridad, abatido y despreciado; pero ¿qué gloria puede igualar á la que al presente disfruta? Compárese con ella la de todos los sabios y conquistadores, y se hallará que se desvanecen como humo esos soberbios monumentos de la ambicion humana, delante de un humilde lego de la religion de San Francisco. Sus acciones son un ejemplo de heroismo que todos miran con admiracion, y con deseo de imitarlas. Su sepulcro es tenido como por un lugar de asilo contra todos los trabajos de esta vida. Sus sagrados despojos son mirados con un santo entusiasmo y una humilde reverencia.

Los grandes, los poderosos, y hasta los mismos monarcas humillan sus coronas, y ofrecen toda su fortuna por lograr su proteccion. Su nombre humilde y despreciable al parecer, cuando vivia, es repetido en las bocas de todos, y acompañado de alabanzas y bendiciones. Los sacerdotes, juntamente con los fieles, se congregan al rededor de los altares para decir y celebrar con himnos y cánticos aquellas mismas acciones que miraba el mundo con ojos desdeñosos. Todo conspira á ensalzar y llenar de gloria á aquel que despreció las riquezas, que holló las vanidades, y que vivió como un gusano despreciable de la tierra. ¡Qué locura, pues, es la tuya, ó cristiano, cuando con semejantes experiencias andas todavía tan solícito para procurar conseguir la gloria de este mundo! ¿Piensas que este mudará contigo su antigua costumbre de confundir y mirar con desprecio á aquellos que mas le han servido? ¿Crees que se puede mudar la misma verdad, y que podrán faltar jamás sus divinas palabras? No es posible que quepan en tu corazon ideas tan quiméricas. Luego si deseas gloria, debes estar persuadido que no podrás jamás conseguirla sino por el camino que la alcanzaron los santos. Aunque esta persuasion no debe ser motivo para que te ocupes en la virtud por la vana esperanza de ser algun dia glorioso á los ojos de los hombres, sin embargo, debes servirte de ella para conocer que tus pasos van mal encaminados, y que no podrán conseguir un premio que está reservado á sola la virtud.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia XII, *pág.* 307.

MEDITACION.

SOBRE LOS BIENES DE LA HUMILDAD.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la humildad es un manantial de bienes verdaderos para el alma que en ella se ejercita, los cuales no alcanzarán nunca los soberbios.

Estos miserables andan vagando, hechos presa de sus soberbios pensamientos, para encontrar la paz y tranquilidad de su alma, que á manera de sombra huye de ellos cuanto mas la persiguen. La soberbia, la ambicion y el deseo de elevarse sobre sus semejantes llenan el corazon del hombre de tales cuidados y fatigas, que le traen en un perpetuo desasosiego y en un círculo de inquietudes. Por mas que se adelanten sus pasos hácia el objeto deseado; por mas que consiga una gran parte de aquellas distinciones y autoridad que apetece, siempre se le presenta á los ojos un camino interminable, y una multitud de objetos que ponen á su soberbia en un nuevo y continuo movimiento. Por eso dice el Espíritu Santo (1), *que la soberbia está siempre en continuo ascenso.* ¡Y cuántos dolores, cuántas amarguras tiranizan el corazon humano, cuando no corresponde á sus deseos el éxito de sus pretensiones! El soberbio está continuamente formando proyectos, que desvanecen las casualidades; inventando artes y astucias, que salen vanas; teniendo pretensiones sin ningun resultado; sacrificando sus riquezas, para comprar los medios de su exaltacion. Pero ¡qué amargura la de su alma cuando despues de todas estas diligencias, que le quitan el sueño y le turban los placeres de esta vida, encuen-

(1) Salm. 73.

tra, ó que no ha logrado lo que deseaba, ó que su logro no ha llenado sus deseos! El gran padre san Agustin pinta en sí mismo esta infelicidad, con motivo de haber tenido que pronunciar un discurso delante del César. Anticipadamente sentia su corazon agitado de los crueles afectos del temor y la esperanza. Su admirable sabiduría parecia negarle sus auxilios para que el discurso saliese con todo el artificio y colores retóricos que pudiese encantar el ánimo del emperador. Desconfiaba de la voz, de la diccion y del gesto; y aunque era maestro de elocuencia, su soberbia le hacia parecer á sí mismo como un hombre estúpido y sin letras. El mismo deseo que tenia de ser ensalzado por aquel medio, le llenaba de tal agitacion, que á un mismo tiempo sofocaba su talento, y cerraba las puertas á sus esperanzas. Por esto exclama: « Vos, Señor, quisisteis que todo afecto desordenado fuese la pena de sí mismo, para que el hombre se persuada que no puede encontrar paz verdadera sino en vos, que sois Dios de la paz. »

El humilde por el contrario, ¡de qué gozo, de qué tranquilidad verdadera no tiene inundado el corazon! Con todo está contento, todo le satisface; mira los bienes de este mundo como impedimentos para ser feliz; las dignidades como el centro de la inquietud y de las amarguras; y el ser mas que los demás, como un motivo de mayor responsabilidad y de mayor peligro para su alma. Desde el abatido lugar en que habita, ve con ojo tranquilo derrocarse las torres altas que edifica la soberbia; y los grandes acaecimientos, que espantan al mundo, apenas logran en el una ojeada desdeñosa. Solo ve grandeza, riqueza y poder en Dios; y contento con servirle, coloca en esto toda su gloria. Nada le turba el sueño, porque sus pensamientos son pensamientos de paz. Ninguna cosa le da pesadumbre, porque en nada de este mundo

coloca su interés. Nada turba la tranquilidad de su alma, porque todo lo que no es Dios lo mira con indiferencia. Aun aquellas cosas que son comunmente tenidas por verdaderos trabajos, como son las enfermedades, las persecuciones y las injurias, no turban la serenidad de su alma, porque las abraza como regalos del cielo, y como medios de ser para siempre venturoso. Por eso los apóstoles salian contentos y regocijados de la presencia de los tiranos, porque habian merecido padecer injurias por el nombre de Jesus. Así que la humildad produce en el alma tanta paz y tranquilidad, como la soberbia inquietud y desasosiego.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la humildad, además de la tranquilidad que produce en el alma, es un iman que atrae hácia sí las divinas gracias y misericordias.

Santiago (1), explicó en pocas palabras las prerogativas singulares de la humildad, diciendo, *que Dios resiste á los soberbios, y da su gracia á los humildes.* En efecto, así como de un modo admirable hace que no tengan efecto todas las maquinaciones de los soberbios, de la misma manera por caminos escondidos ensalza á los humildes, llenándolos de gracias y de honores mas allá de sus esperanzas. ¿Quién no se pasma al ver al soberbio Amán estarse gozando con la próxima muerte y abatimiento del infeliz Mardoqueo? ¿Quién no admira la turbacion, el disgusto, la consternacion que le causaba en medio de toda su gloria, el que un hombre despreciable no le hiciese cortesía? ¿Y quién no admira sobre todo los designios de Dios, que á un hombre tan soberbio le abatió hasta el extremo de ocupar el cadalso que él mismo tenia preparado á aquel que le despreciaba? Por el con-

(1) Cap. 4.

trario, vemos á un José salir de los horrores de una carcel adonde le condujo la calumnia, para ir á gobernar el reino de Faraon, y para tener en su mano el corazon del monarca y la suerte de sus vasallos. Estos espectáculos con que ha querido Dios manifestar al mundo el horror con que mira la soberbia, prueban al mismo tiempo la generosidad con que ha derramado sus gracias sobre las almas humildes. Los santos comparan el corazon humilde á un ameno valle, que recibe todos los manantiales y corrientes cristalinas de los collados mas altos. Esta situacion le hace fértil, y le corona de flores y de frutos, manteniéndole con una perpetua lozanía, al paso que en las montañas no se ven mas que escabrosidades, aridez y precipicios. El alma que se abate al profundo de la humildad, recoge en sí todas las aguas de la divina misericordia. La humildad es un fundamento sólido y seguro para el edificio espiritual, sobre el cual crecen casi sin trabajo todas las demás virtudes. El humilde es caritativo, porque juzga que todas las cosas se deben á su prójimo. El humilde tiene una fe viva, porque, abismado en la nada de su ser, conoce el soberano beneficio de la revelacion, y cree con humildad los misterios adorables. El humilde tiene una sólida esperanza, porque no la funda en sus merecimientos, sino únicamente en la divina misericordia y en la gracia de Jesucristo. El humilde es verdaderamente sabio, porque conociendo la debilidad de las luces naturales, desprecia el orgullo de la humana filosofía, y sabe que toda la ciencia del cristiano se cifra en Jesucristo crucificado. A este tenor el humilde posee todas las virtudes, y se hace el teatro de las mas brillantes operaciones de la gracia. Una de e tas, la que mas le asegura y le hace mas feliz, es la tranquilidad de su conciencia. El verdaderamente humilde está libre de contaminarse

con los hábitos venenosos de la soberbia, de la vanagloria y de la confianza en sus propios merecimientos. Nada se atribuye á sí, de ninguna accion buena se reconoce autor; por mas que en sus obras brillen los influjos de la divina gracia, siempre atribuye á esta todo el mérito y valor. De consiguiente se reconoce delante de Dios por pecador, por indigno y despreciable. Esta humilde confesion excita la bondad divina á derramar sobre él las gracias en mas abundante copia; estas gracias le hacen de cada vez mas perfecto, y le colocan en un estado mas seguro; y de todo resulta, que el verdadero humilde llega á ser un tesoro que encierra en sí todos los bienes celestiales. Esta consideracion sola bastaria para ahuyentar de los hombres aun la sombra de la soberbia, y enamorarles de la preciosa virtud de la humildad.

JACULATORIAS.

Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere, quorum primus ego sum. Paul. 1. ad Tim. cap. 1.

Mi Redentor Jesucristo vino á este mundo á salvar los pecadores, entre los cuales mi conciencia me certifica de que por mi ingratitud soy el primero, y el mas digno de castigo.

Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies. Salm. 50.

Pero vos, Dios mio, por pecador que yo sea, teneis dada palabra de no despreciarme, siempre que me llegue á vuestros piés con un corazon contrito y humillado.

PROPOSITOS.

Dios se humilló, dice el gran padre san Agustin (1), *avergüéncese el hombre de ser soberbio.* Y con razon;

(1) De Virginit. cap. 43.

porque, ¿qué títulos puede ostentar el hombre para hacer excusable su soberbia despues que el mismo Dios se humilló, y como dice el Apóstol, *se anonadó, obedeciendo hasta padecer muerte de cruz?* ¿Eres poderoso? Jesucristo era el Verbo y el poder eterno con que se sacaron de la nada todas las cosas. ¿Eres príncipe, eres grande en el mundo? Jesucristo era el príncipe de paz, el rey pacífico, el que tiene su imperio sobre su hombro, el monarca de los monarcas, y el señor de los señores. ¿Tienes abundancia de riquezas? Jesucristo poseia todos los tesoros del Eterno Padre; á él le dió este toda la potestad sobre los cielos y la tierra. ¿Eres sabio? Jesucristo era la misma eterna sabiduría por esencia. ¿Eres noble? ¿haces ostentacion de una prolongada serie de ascendientes gloriosos? Jesucristo era de la sangre real de David en cuanto hombre, y en cuanto Dios es hijo del Eterno Padre. ¿Te ensoberbece esa hermosura de cuerpo que posees sin haber hecho diligencia alguna para adquirirla? Jesucristo es el mas hermoso y agraciado entre todos los hijos de los hombres, como dice el real Profeta. Sin embargo de todo esto, Jesucristo se humilla, y se humilla hasta morir; ¿qué deberás tú hacer? Avergonzarte de haber sido soberbio, y proponerte para lo sucesivo al mismo Hijo de Dios por ejemplar. *Cuanto mas ensalzado te halles sobre los demás hombres,* dice san Agustin (1), *tanto mas debes humillarte; la gloria del honor consiste en la virtud de la humildad.* Sin esta virtud no puedes decir que eres cristiano; y así dice el mismo santo Padre: *Si me preguntas, ¿qué es lo primero en la religion y ciencia de Cristo? Respondo, la humildad es lo primero. Si preguntas, ¿qué es lo segundo? Respondo, la humildad; ¿cuál es lo tercero? la humildad.* Así da á entender la necesidad de esta virtud para la

(1) Serm. 215

vida cristiana, y así hace ver que sin ella no puede subsistir el edificio de la gracia, ni llamarse ninguno verdadero cristiano. Siendo esto así, conoce cuán errado caminas, pretendiendo los privilegios de tan augusto nombre, siendo tan altanero en tu conducta. De aquí en adelante es preciso moderar ese genio altivo con que quieres avasallar á tus semejantes; es menester tratar con mas amor y dulzura á tus familiares, á tus criados y dependientes; es preciso ceder de tu opinion, y no querer que todos hayan de sujetar sus luces á tu modo de pensar; es necesario mirar á los pobres con ojos menos desdeñosos, y respetar en ellos todos los derechos de la naturaleza; es absolutamente necesario que entres dentro de tu corazon, que reconozcas tus defectos, que te confieses inferior en el tribunal de la verdad á aquellos que desprecias, y que convencido de todo esto imites y aprendas de aquel que dice (1): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.* De otra manera, teme la abominacion y execracion de Dios, que contra los soberbios tiene fulminada el Espíritu Santo en las sagradas Escrituras (2), y mira que Dios siempre cumple sus palabras.

DIA DIEZ Y OCHO.

SAN FÉLIX DE CANTALICIO, CAPUCHINO.

San Félix, llamado de *Cantalicio* del lugar de su nacimiento, lo tuvo el año de 1513 en una corta poblacion del mismo nombre, perteneciente al territorio de *Cita Ducale* en la provincia de Umbría. Sus padres fueron pobres, pero temerosos de Dios. Llamábase

(1) Matth. 11. — (2) Proverb. 6.

su padre Santo de Carato, y su madre Santa, ó porque fué este el verdadero nombre de los dos, ó porque lo merecieron por su virtud y vida ejemplar. Habiendo logrado Félix ser hijo de unos padres que se llamaron Santos, él lo fué casi desde la cuna, así por la inocencia bautismal, que jamás perdió, como por su ardiente amor de Dios y su tierna devocion á la santísima Vírgen.

Por su pobreza se vió obligado desde niño á guardar ovejas en el campo; y grabando una cruz en el tronco de una encina, se ponia de rodillas delante de ella, rezaba muchos rosarios al dia, y no pocas veces pasaba en oracion una parte de la noche.

Luego que se sintió con fuerzas bastantes para cultivar la tierra, se puso á servir á varios labradores. En casa de uno de estos amos oyendo leer en cierto dia la vida de los santos, y singularmente de aquellos solitarios que pasaron toda la suya en el desierto entregados al ejercicio de la oracion y de la penitencia, concibió un encendido deseo de imitarlos; y preguntando si habia todavía en el mundo aquella especie de hombres extraordinarios, le respondieron que sin ir muy lejos á buscar esos hombres muertos al mundo y crucificados, encontraria en la religion de los padres capuchinos todos aquellos ejemplos de virtud que se habian hecho admirar mas en los santos anacoretas.

No necesitó mas informe. Voló luego al convento de *Cita Ducale*, y pidió el santo hábito. El guardian para probar su vocacion, le hizo una horrorosa pintura de la mortificacion y de la penitencia que pedia la santa regla, y mostrándole despues un crucifijo todo ensangrentado, le añadió: ***Este es el modelo á que debe conformar su vida un capuchino.*** Así la vista de aquel sangriento espectáculo, como la instruccion del fervoroso prelado, traspasaron el corazon del

pretendiente, y hecho un mar de lágrimas, se arrojó á los piés del padre guardian, poniendo al cielo por testigo que ni iba allí á otro fin ni aspiraba á otra cosa que á una vida del todo crucificada. Admirado el guardian de su fervor, le recibió para fraile lego, y le envió al convento de Ascoli á hacer su noviciado. Era á la sazon de veinte y ocho años, y desde el primer dia conocieron todos á qué heróico grado de santidad habia de llegar presto aquel novicio.

Aun no hacia mas que veinte años que Dios habia suscitado en su Iglesia aquella nueva reforma del órden seráfico de san Francisco, y ya estaba extendida por todo el universo, haciendo revivir los antiguos prodigios de abnegacion, de desnudez, de penitencia y de humildad que se admiraron en los primeros siglos. Ya aquellos zelosos misioneros, poderosos en obras y en palabras; ya aquellos invariables defensores de la fe, enemigos de toda novedad; ya aquellos héroes de la pobreza evangélica, venerados en los pueblos, y respetados hasta de los mismos enemigos de la religion, edificaban entonces, como edifican hoy, á todo el mundo cristiano con su fervor, con su religiosa observancia y con su vida ejemplar.

En tal escuela fácil es comprender los progresos que nuestro santo haria en la virtud. Asaltóle en el noviciado una calenturilla lenta, que por su duracion hubiera precisado á los superiores á despedirle como inútil y sin fuerzas para los penosos ejercicios de su estado, si las pruebas que habia dado de su eminente santidad, no hubieran podido prevalecer á los prudentes temores que se tenian de su quebrantada salud. Recobrada esta, le enviaron al convento de Roma con el oficio de limosnero, el que ejerció por espacio de cuarenta años con tanta edificacion, con tanta modestia, con tanto recogimiento interior, con tanta

mortificacion y con tanta humildad, que en la bula de su beatificacion se hace muy amplia mencion de las virtudes que ejercitó en este oficio.

Los mas disolutos se contenian en vista de su afabilidad y de su modestia. Su humilde y religiosa compostura, la virtud retratada en su semblante, su circunspeccion y sus palabras hacian impresion en los corazones, y convertian á muchos obstinados pecadores. Salia por la ciudad con los ojos bajos, con el rosario en la mano, el corazon en Dios, y con un devoto silencio. Algunas veces decia al compañero: *Buen ánimo, hermano; los ojos en tierra, el espíritu en el cielo, y en la mano el santísimo rosario.* Era su oficio pedir el pan y el vino para la comunidad; y cuando volvia al convento cargado de pan y con el vino sobre sus hombros, solia decir con gracia: « Entré capuchino con ánimo de no probar el pan ni » el vino en toda mi vida, y Dios para probarme ha » querido hacerme como dueño de todo el vino y de » todo el pan que hay en Roma. »

Y era así, que aquella misma abundancia que introducia Félix en su convento, á él solo le servia para aumentar el mérito de su mortificacion y de su abstinencia. Ni una ni otra parece podian subir á mas alto punto. Jamás condescendió en cosa alguna con el gusto y con la inclinacion de sus sentidos. Ayunaba á pan y agua las tres cuaresmas de su seráfico padre san Francisco, y no comia sino los mendrugos de pan que dejaban los frailes; su cama era una manta sobre una tarima, su cabecera un haz de sarmientos, y el sueño nunca pasaba de tres horas; tomaba cada noche tres crueles disciplinas, y no se quitaba el cilicio. Siendo su oficio tan penoso, especialmente los últimos años de su vida, en que el cuerpo debilitado con los trabajos, extenuado con las penitencias y consumido con las enfermedades, apenas podia sos-

tenerse, ni por eso admitió jamás el menor alivio. Hallándose un dia en el palacio del cardenal de Santa Severina, protector de la órden, dijo el compañero á su Eminencia que mandase á fray Félix descargar la limosna que tenia sobre los hombros; y preguntado Félix por el cardenal qué le parecia, respondió: « Señor, el soldado ha de morir con la espada en la » mano, y el asno con la carga á cuestas; aña- » diendo: No permita Dios que yo alivie jamás á un » cuerpo, que solo es de provecho para que se le » mortifique. »

Siendo tan austero para consigo, era excesivamente blando y dulce para con todos los demás; causando admiracion que un hombre por su nacimiento humilde, y por su crianza rústico, pues al fin se crió entre las ovejas y los terrones, fuese de unos modales no solo atentos, sino urbanos y cultos. Su zelo era encendido, peró siempre moderado, prudente y humilde, sin traspasar jamás los límites de su estado, corrigiendo en tono de ruego, y no con aire de aviso, consejo ó advertencia. Tuvo noticia de la mala disposicion en que estaban ciertos jóvenes; buscólos, arrodillóse á sus piés, y les dijo con las lágrimas en los ojos: *Hermanos mios, os pido por caridad que tengais lástima de vuestras almas*; palabras con que apagó el fuego de sus pasiones, y los convirtió.

Era sencillo, pero no grosero; antes en su misma sencillez se descubria delicadeza, genio y buen gusto. Estando en casa de un magistrado á quien acababan de regalar una ternera, comenzó á mugir el animalito, y vuelto fray Félix al magistrado, le dijo sonriéndose: « ¿Sabe V. S. lo que quiere este pobre animalito? » pues le pide una sentencia favorable para el que se » lo regaló. » Sus reflexiones eran justas, y siempre muy al alma. Mostrábale un célebre abogado su copiosa librería, en medio de la cual habia un devoto

crucifijo; y preguntando á fray Félix qué le parecia de aquella multitud de libros, respondió : *Paréceme que todos estos libros solo deben servir para estudiar y entender bien este libro grande* (señalando al crucifijo) *que es el compendio de la ley, y debe ser la regla de nuestra vida.*

Sabiendo que un dia de carnaval concurria una inmensa multitud de gente á la comedia, encendido en santo zelo, pidió al padre Lupo, célebre predicador capuchino, que le acompañase para dispersar aquella muchedumbre. Dejóse ver fray Félix con una pesada cruz sobre los hombros, y con una calavera en la mano, cuyo espectáculo puso en muda suspension á todo el concurso; y el fervoroso sermon que predicó despues el padre Lupo movió tanto á todos, que, abandonado el teatro, no se volvió á hablar de comedia en todo el carnaval.

Impúsose una ley de no mirar jamás el rostro á mujer alguna, y la guardó exactamente; siendo tan excesiva su atencion en materia de pureza, que era dicho comun que la naturaleza de fray Félix mas se parecia á la de los ángeles que á la de los hombres : tan grande era la mortificacion de sus sentidos.

Pero su virtud favorita fué la caridad con los pobres enfermos y con los vergonzantes. Obtenida licencia de sus prelados para hacerles todo el bien que pudiese, no solo pedia limosna para sus frailes; sino para los pobres vergonzantes y enfermos, siendo pocos los de una y otra clase que se escondian á las diligencias de su caridad. De dia visitaba los pobres de Roma, y por la noche los enfermos de la comunidad, acompañando siempre sus visitas con alguna limosna ó con algun refresco. Apenas habia doncella pobre que peligrase, ó familia honrada en urgente necesidad, que no hallase recurso en la caridad de Félix. Pasaba los domingos y los dias de fiesta

en los hospitales, y todos los de Roma le debieron el suplemento de lo que faltó á sus rentas en una hambre universal.

Su ardiente caridad con los pobres era hija del encendido amor de Dios que le abrasaba las entrañas, no siendo fácil explicar á qué grado llegó este seráfico amor. Tenia el de Jesucristo grabado en el corazon, y por eso apenas su sacratísimo nombre se le caia de la boca, no pronunciándolo jamás sin que se viesen sus ojos bañados en lágrimas de ternura. Todos los dias ayudaba á la primera misa que se celebraba en el convento, con tanta devocion que la comunicaba á los asistentes. Comulgaba en los primeros años tres veces á la semana; pero los quince últimos de su vida recibia la sagrada comunion todos los dias, y siempre tan lleno de fervor, que apenas podia pronunciar el *Confiteor Deo* por la abundancia de lágrimas que derramaba; haciéndose en él tan ordinaria esta devocion sensible, que solo pronunciar en su presencia el dulcísimo nombre de Jesus, ó decirle solamente: *Hermano fray Félix, Deo gratias*, bastaba para verle inflamado y lleno de fuego el semblante.

Correspondia al amor que tenia al Hijo el que profesaba á su santísima Madre. Ayunaba á pan y agua todas las vísperas de sus festividades; los sábados la rezaba el rosario entero, y los demás dias una parte de él, pero siempre con tan devota ternura, que muchas veces se veia precisado á interrumpirlo. Llamábanle el predilecto de la Vírgen, de quien recibió favores muy singulares.

Haciendo oracion una noche en la iglesia de su convento, se sintió tan abrasado del divino amor, que, levantándose sin libertad, corrió apresurado al altar mayor, donde se veneraba una imágen de la santísima Vírgen, y sin atender mas que á los amorosos impulsos de su encendido corazon, pidió á la

madre de misericordia que siquiera por un momento le permitiese imprimir los mas tiernos y mas reverentes ósculos en su dulcísimo Hijo. Al punto se le apareció la Vírgen, y le puso al niño Jesus en los brazos. No es posible explicar ni los deliquios de amor, ni el torrente de suavísimas lágrimas que derramó nuestro santo durante aquel éxtasis maravilloso. ¡Con qué ardor, con qué ternura abrazaria, acariciaria, besaria mil veces á su divino Salvador! Mas al fin era preciso restituir á la madre el preciosísimo tesoro; hízolo, pero fué eterna la impresion que hizo en su alma este singular favor, y con razon se escogió despues como por su emblema ó por divisa, como se ve en sus imágenes y retratos.

La humildad y la obediencia de Félix fueron á un mismo tiempo efecto y prueba de su eminente santidad. Aniquilábase, por decirlo así, delante de sus prelados y de cualquier sacerdote; y preguntado porqué hacia aquellos excesos de abatimiento, solo respondia: *Vosotros sois sacerdotes del Altísimo, y yo un pobre hermano lego.* Cuando volvia al convento despues de pedir limosna, su mayor gusto era emplearse en los mas bajos y mas penosos oficios de la casa. Siendo en Roma universalmente reconocido por santo, honrado del pueblo, de los príncipes, de los cardenales, y hasta de los mismos papas, él formaba tan bajo concepto de sí, que no acertaba á comprender cómo le toleraban dentro de la religion. Era ciega su obediencia, y para él cualquiera insinuacion del superior era un decreto.

Hácia el fin de su vida le probó el Señor con crueles dolores cólicos, para purificar su virtud y para aumentar sus merecimientos. Cuanto mas vivos eran los dolores, mas sereno, mas apacible y mas risueño se manifestaba su semblante. Díjole un dia el médico, que pues habia curado á tantos con el dulcísimo

nombre de Jesus, porqué no se valia de este mismo dulcísimo nombre, aunque no fuese mas que para mitigar en algo la fuerza de sus dolores. Respondióle el santo : *Porque es mucho mi amor propio, y no tengo valor para privarme de lo que es todo mi gusto y consuelo.*

Pero en fin, queriendo Dios poner término á sus trabajos y coronar sus merecimientos, le reveló el dia de su muerte; y el santo se dispuso para ella con tan visibles aumentos de devocion, de fervor y de ternura, que todos comprendieron que tenia noticia cierta de su postrera hora. Cayó enfermo el último dia de abril, y aunque apenas podia moverse, fué menester una órden expresa para que no fuese arrastrando á la iglesia muchas veces al dia. Diez y ocho duró su enfermedad, que fué una oracion continua. Luego que recibió los sacramentos, se quedó como enajenado en una especie de éxtasis; los ojos clavados en un objeto que solo él veia, sus ímpetus de amor y de alegría, y sus brazos extendidos hácia el mismo objeto, todo denotaba alguna cosa muy extraordinaria que pasaba en su alma. Un hermano que le asistia, y se llamaba fray Urbano, le preguntó que era lo que veia. *¿Pues qué*, le respondió Félix, *no ves á mi querida madre la santísima Virgen, acompañada de tantos ángeles que me llenan de gozo y de consuelo?* Un cuarto de hora despues volvió en si, y advirtiendo que antes debia de haber hablado algo, suplicó al guardian que le dejasen solo. En fin, el dia 18 de mayo del año de 1587, y á los 72 de su edad, casi sin haber entrado en la agonía, dejó la tierra para ir á recibir en el cielo la corona de sus trabajos y virtudes.

Luego que se publicó en Roma su muerte, corrió toda la ciudad al convento, apresurándose cada uno por besar el santo cadáver, y por lograr alguna de

sus reliquias. Los muchos milagros que obró en vida, y los que hizo Dios por su intercesion despues de muerto, le granjearon presto la veneracion del público. El papa Sixto V, en cuyo pontificado murió san Félix, prometia testificar con su mismo testimonio diez y ocho, y quiso él mismo beatificarle, pero no tuvo tiempo para hacerlo. Paulo V mandó trabajar en el proceso de su beatificacion, y Urbano VIII hizo la ceremonia, beatificándole solemnemente el año de 1625, y permitiendo su rezo á toda la religion de capuchinos. Finalmente, el año de 1712, el papa Clemente XI le canonizó, siendo celebrada en toda la cristiandad esta canonizacion con extraordinaria devocion y magnificencia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Camerino, san Venancio mártir, que á la edad de quince años terminó con una gloriosa muerte los combates que habia sostenido por Jesucristo, habiendo sido decapitado con otros diez compañeros suyos, en tiempo del emperador Decio y del presidente Antioco.

En Egipto, san Dióscoro lector, contra el cual ejerció el gobernador todo género de crueldades hasta arrancarle las uñas y quemarle con hachas los costados, en cuya ejecucion habiendo aparecido de repente una luz del cielo, atemorizados los verdugos, cayeron en tierra; por último, habiéndole quemado con planchas encendidas, consumó su martirio.

En Espoleto, san Félix obispo, que alcanzó la palma del martirio en tiempo del emperador Maximiano.

En Egipto, san Potamion obispo, que, habiendo confesado ya la fe en tiempo de Maximiano Galerio, fué honrado con la corona del martirio en el imperio de Constancio bajo el presidente Filagrio arriano.

En Ancira en Galacia, san Teódoto mártir, y las santas Tecusa su tia, Alejandra, Claudia, Faine,

Eufrasia, Matrona y Julita vírgenes, entregadas por el presidente á jóvenes atrevidos, pero preservadas de todo mal por la gracia de Dios : en seguida fueron sumergidas en un lago con una piedra al cuello. A Teódoto por haber recogido y enterrado las reliquias de estas santas, mandó el juez prenderlo y azotarlo cruelmente; por último, atravesado con una espada, recibió la corona del martirio.

En Upsal en Suecia, san Erico, rey y mártir.

En Roma, san Félix confesor, del órden de Capuchinos, ilustre por su caridad y sencillez evangélica, á quien el papa Clemente XI puso en el catálogo de los santos.

La misa es del comun de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Felicis confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, Señor, benigno á las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Félix confesor tuyo, para que consigamos por su intercesion lo que no nos atrevemos á esperar de nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3 *de san Pablo á los Filipenses.*

Fratres : Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei : propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar

Hermanos : Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar á

in illo non habens meam justitiam, quæ ex lege est, sed illam quæ ex fide est Christi Jesu, quæ ex Deo est justitia in fide, ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius, configuratus morti ejus : si quo modo occurram ad resurrectionem, quæ est ex mortuis. Non quòd jam acceperim, aut jam perfectus sim : sequor autem si quomodò comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

Cristo, y ser hallado en él, no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe, para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte, á fin de llegar de cualquier modo que sea á la resurreccion de los muertos. No porque ya lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

NOTA.

« Bien sabido es que los cristianos de Filipos en » Macedonia, habiendo dado en muchas ocasiones á » san Pablo pruebas de su afecto y de su liberalidad, » le dieron nuevas muestras de su caridad luego que » supieron que estaba preso en Roma. Enviáronle á » Epafrodito, su obispo, y á la vuelta de este les es» cribió san Pablo esta admirable carta, en la cual » da muy saludables é importantes instrucciones. »

REFLEXIONES.

En comparacion de la eminente ciencia, que consiste en conocer bien á Jesucristo, todas las demás me parecen ignorancia: *Existimo omnia detrimentum esse, propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei.* Este es el lenguaje de todos los santos, y este fué siempre su verdadero dictámen; ¿es por ventura tambien el nuestro? Pero los santos ¿profesaron acaso

una religion distinta de la que nosotros profesamos, ó aprendieron diferente doctrina? Y siendo nuestras máximas tan opuestas á las suyas, siguiendo nosotros una práctica tan contraria al espíritu y á los principios del Evangelio, ¿podemos decir con verdad que profesamos la misma religion que ellos profesaron? No hay cosa mas monstruosa, ó por mejor decir mas irracional, que el sistema que en punto de religion se forjan las gentes del mundo. Quieren ser tenidos por cristianos, y así admiten todos los principios de la fe, y reconocen las verdades del cristianismo; pero llegando á la moral, la de Jesucristo los alborota; no hay que pensar en que se arreglen á lo que prescribe el Evangelio; la regla de sus costumbres ha de ser el impulso de sus pasiones. *He renunciado á todas las cosas*, dice san Pablo, *y todas ellas las he estimado por basura solo por ganar á Jesucristo.* Con efecto, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde á Jesucristo, pues perdiéndole se pierde á sí mismo? ¿Qué cosa podrá admitir en trueque por su alma? ¿Compréndese el dia de hoy esta verdad? ¿se la dá crédito? ¿Qué idea se forma hoy en el mundo de esto que se llama fortuna, herencia, dignidades? ¿Qué virtud resiste á la prueba del interés, sobre todo cuando se nació en los brazos de la pobreza? Y aun los que nacieron en los de la abundancia, ¿son acaso mas desinteresados? ¿Hácese grande aprecio de la eminente ciencia de Jesucristo, cuando se hace tan poco de su ley y de sus máximas? ¡Oh, y qué enorme diversidad de proceder, de concebir y de portarse se suele observar tal vez entre dos hermanas, entre dos hermanos! Uno se va á sepultar vivo en un claustro, porque el amor de Jesucristo le hace reputar por desgracias las aparentes felicidades que logra; otro brilla en el mundo, sobresale en las concurrencias, es como el alma de todas las diversiones; no halla

gusto sino en lo que satisface á los sentidos, solo estima lo que fomenta la concupiscencia, y considera que no hay mas dicha ni mas felicidad que la de los bienes temporales. No todos han de ser religiosos, dicen ellos: es así; pero todos deben ser cristianos, es decir, todos deben llevar una vida pura, ejemplar y mortificada; los estados de la vida son diferentes, pero la regla general de costumbres es una misma. Las perniciosas máximas del mundo no están menos prohibidas á los que hacen profesion de discípulos de Cristo en el siglo, que á los que le sirven en el claustro. No hay mas que una religion verdadera: luego no puede haber mas que una verdadera doctrina. Todo sistema de honestidad, de razon y de virtud que no es conforme con el Evangelio, es ilusion que debe causar lástima.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quò fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

DEL CORTO NÚMERO DE LOS QUE SE SALVAN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en todas edades, en todos tiempos fué corto el rebaño de los escogidos de Dios. ¿Qué era

una familia compuesta de solas ocho personas, comparadas con todos los habitadores del universo? Sin embargo, esta sola familia se escapó de las aguas del diluvio. De aquellas cinco grandes ciudades, á solas tres ó cuatro personas perdonó el fuego del cielo. Por espacio de muchos siglos no fué Dios conocido ni adorado sino en un rincon de la tierra. Despues se extendió por todo el universo la religion cristiana: pero ¡cuántos herejes hay! Y aun entre los católicos, aquellos á quienes plugo al Padre de las misericordias conceder el reino, ¿forman por ventura un gran rebaño? ¿qué te parece, serán muchos los que se salvan?

No hay mas que dos caminos para el cielo: la inocencia y la penitencia. El número de aquellas almas puras, que jamás fueron manchadas con el pecado mortal; el de aquellas almas privilegiadas que conservaron toda su vida la inocencia del bautismo, ¿te parece que es muy crecido? Y el de aquellas que despues de haber perdido la inocencia volvieron á la gracia por medio de la penitencia saludable, ¿juzgas que es muy grande? La corrupcion de costumbres se ha derramado por todas las edades y por todos los estados, el pecado inunda toda la tierra: ¿y hay en ella muchos penitentes verdaderos? ¿Hay muchos entre los grandes del mundo, en quienes tan frecuentemente reina el vicio con seguridad y con esplendor? ¿Hay muchos entre las señoras de alta clase, que á solo el nombre de penitencia se estremecen, si algunas ya no hacen burla de ella? ¿Hay muchos entre la gente de espada ó de letras, que con tanta facilidad suelen dispensarse en las leyes mas universales de la Iglesia? ¿Hay muchos entre esas personas de alguna distincion, que hasta en el sagrado tribunal de la penitencia quieren que se contemporice con ellas? ¿Hay muchos en fin entre el ínfimo pueblo, para el cual la

penitencia verdadera es un fruto ignorado y desconocido?

Toda carne corrompio sus caminos. ¿Pues dónde están los ayunos, dónde la maceracion del cuerpo, dónde las lágrimas? Un solo pecado mortal destruye en un momento todo el mérito de la mas larga y de la mas santa vida, si la muerte acompaña al pecado. ¿Se vive el dia de hoy con grande inocencia? ¡Cuántos pecados ocultos! ¡cuántos en la juventud que apenas se conocen! ¡cuántos graves que se reputan por lijeros! ¡O Dios, y qué grande es el número de los pecadores! Ninguno está seguro de su penitencia: pues concluyamos de aquí si será grande el número de los que se salvan.

En estos desgraciados tiempos, con tal que se observen ciertas apariencias de religion, ciertas exterioridades de virtud, no sé qué decencia ó circunspeccion exterior, cada uno se forma su particular sistema de conciencia, á cuyo abrigo vive tranquilo en órden al negocio de la salvacion. Pero ¿ignoramos acaso que los herejes tambien se forman su sistema, y que son mucho mas observantes de ciertas ceremonias que nosotros? Con todo eso creemos (y así lo debemos creer) que se pierden sin remedio, no obstante su imaginaria honestidad de vida, su circunspeccion, y su afectado arreglo de costumbres. ¿Pues en qué revelacion, ó en qué nuevo evangelio fundamos nuestra temeraria seguridad, ó esa loca confianza que presumimos tener de nuestra salvacion? Dirás que tú tienes la dicha de vivir en la religion verdadera, y los otros la desgracia de haberse extraviado. Es verdad; pero díme, ¿qué es menos malo, no creer casi nada de lo que se debe hacer, ó no hacer casi nada de lo que se cree?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que entre todas las verdades de nuestra religion, ninguna hay mas espantosa, pero quizá tampoco hay otra mas sensiblemente probada que esta. Consulta la sagrada Escritura : profecías, ejemplos, figuras, todo prueba que son pocos los que se salvan. Consulta al mismo Jesucristo. ¿Qué cosa mas clara ni mas precisa, cuál mas terrible que lo que dice de este corto número? *Pauci vero electi.* Verdad que igualmente persuaden la razon y la experiencia; verdad formidable, pero en medio de eso ¿nos mueve mucho esta verdad?

Aun cuando fuese cierto que de diez mil personas solo una se habia de condenar, debiera yo estremecerme y temer que fuese yo esa persona desdichada. ¡Ah, que de diez mil, acaso no se salvará ni solo una! ¡y vivo con reposo! ¡y nada temo! Este mismo no temer, es señal cierta de que debo temer mas. Mi seguridad en este punto solo puede ser efecto de mi error y de mi ceguedad, que, ocultándome el peligro, me distraen de prevenirlo y de evitarlo.

¡Cosa extraña! introdúzcase en el país una enfermedad contagiosa; todos temen, todos corren á los preservativos, aunque no todos hayan de morir del contagio. Corra la noticia de que naufragó un navío, sin expresarse cuál es; ¡cuántos se sobresaltan! Aunque haya diez mil navíos mercantiles en el mar, á todos los comerciantes asusta la confusa noticia del naufragio de uno solo. Sabemos que de todos los que hoy navegan por el mundo, muy pocos han de llegar al puerto de la salvacion eterna; sabemos que la mayor parte ha de naufragar miserablemente. ¿Quién me ha dicho á mí que no he de ser yo del número de estos infelices?

Si el hijo de Dios hubiera dicho que se habian de salvar todos los cristianos, y lo hubiera dicho tan expresamente como afirmó que era corto el número de los elegidos; ¿pudiéramos vivir con mayor seguridad de la que vivimos sobre el negocio de nuestra salvacion eterna? Convenimos en que todo está lleno de escollos, en que estamos en gran peligro de perdernos, y con todo eso vivimos tranquilos. ¿Quién nos ha dado esta seguridad? ¿acaso tenemos menos que temer, por lo mismo que estamos menos prevenidos? Por haber sido menos cautos, menos prudentes, menos discretos, ¿seremos menos desdichados si nos condenamos?

¡Ah! que cuando no tuviéramos otro motivo para temer sino esta fatal seguridad, esta insensibilidad extraña con que vivimos, ella sola seria sobrada causa para hacernos temblar por nuestra suerte. Pero no se piensa en esto. ¿Pues en qué se piensa, cuando no se piensa en la eternidad? ¿acaso no la creemos? Y si se cree, ¿cómo no se teme? Y si se teme, ¿cómo se puede dejar de pensar en ella?

Es verdad, Señor, que hasta la hora presente he seguido á la muchedumbre, he andado por el camino ancho; pero, mi Dios, muy resuelto estoy á caminar desde hoy en adelante por el estrecho, para ser del corto número de los elegidos. Aunque no se hubiese de salvar mas que uno solo de los que hoy viven, confío tanto en vuestra divina gracia, y voy á dar principio á una vida tal, que espero ser yo ese solo.

JACULATORIAS.

Tuus suum ego, salvum me fac. Salm. 118.

Tuyo soy, Señor, sálvame.

Salvum fac servum tuum, Deus meus, sperantem in te. Salm. 85.

Dios mio, salva á tu siervo, que confía en tí.

PROPOSITOS.

1. *No quieras temer, pequeña grey, porque plugo á tu Padre darte el reino celestial,* dice el Salvador del mundo (1). El tropel y la muchedumbre no logran esta dicha : ¿porqué? porque como el camino que conduce á la vida es tan estrecho, no encuentran con la entrada, y así hay pocos que entren por él (2); pero el camino que conduce á la perdicion es espacioso, y así son innumerables los que entran por él. Haz profesion de ser del rebaño pequeñito, del número de los pocos en lo que respecta á la doctrina y á la perfeccion cristiana. Son pocos los que en su conducta se gobiernan por las máximas de Jesucristo, mientras se atropella la multitud de los que siguen las máximas del mundo. Son pocos los que profesan una verdadera devocion; resuélvete desde luego á aumentar este corto número. Aun dentro de las comunidades religiosas se distinguen fácilmente los observantes y los fervorosos, pudiéndose asegurar que el número de estos no siempre es el mayor. Desde hoy en adelante pon todo tu cuidado, todo tu estudio, y coloca toda tu gloria en ser del pequeño número, puesto que á él está prometido el reino de los cielos.

2. En materia de reforma, las resoluciones y los propósitos siempre han de ser prácticos. Comienza desde este instante moderando ciertas galas demasiadamente mundanas; prívate de ciertas diversiones poco arregladas á la religion, de ciertos muebles, ó superfluos, ó menos conformes á tu estado, á tus votos y á tus reglas, si eres religioso. Guárdate bien de acobardarte por las irreligiosas censuras de los imperfectos y de los relajados, y mucho mas de avergonzarte de tu reforma. Ya no serás de la moda, ya no se acordarán de tí para que tomes parte en las

(1) Luc. 12. — (2) Matth. 7

diversiones, ya no serás del gusto del mundo; pero ¿qué importa si eres del gusto de Jesucristo? No dilates para mañana esta declaracion de tu nueva vida y de tu fervor; antes bien desde hoy mismo alístate en la pequeña grey, para la cual está reservado el reino de los cielos.

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN PEDRO CELESTINO, PAPA Y CONFESOR.

San Pedro, llamado de Muron, del monte en que tenia su ermita, y despues Celestino del nombre que tomó cuando fué elevado al pontificado, nació por los años de 1221 en un lugar llamado Isermia, en los confines de la Pulla y del Abruzo, cerca de la tierra de Labor en italia. En la historia de su vida, que el mismo santo dejó escrita de su mano, dice que sus padres eran de familia honrada, de piedad universalmente conocida, y que se hacian distinguir por su hospitalidad. Tuvieron doce hijos, de los cuales fué nuestro santo el onceno.

A la edad de cinco años perdió á su padre; pero en el amor, en el juicio y en la virtud de su madre halló un equivalente de esta pérdida. Entreteniéndose un dia esta virtuosa madre con su numerosa familia, dijo por modo de diversion: *¿Será posible que, habiéndome dado Dios tantos hijos, ni siquiera uno de ellos haya de ser un grande siervo suyo? — No madre*, respondió Pedro con inocente intrepidez, *eso no es posible, yo lo he de ser, porque quiero ser santo*.. Esta respuesta, junto con el anticipado juicio que en todo mostraba el niño, y con la facilidad en aprender cualquiera cosa que le enseñasen, determinó á la buena madre á dedicarle al estudio; pero como en la casa habia

tanta escasez de bienes de fortuna, que todos los demás hermanos se veian precisados á trabajar para comer, consideraban este destino del penúltimo como una vocacion de holgazanería. Sirvióse el demonio así de los zelos como de la murmuracion de sus parientes para cortarle la carrera de los estudios; pero como la divina Providencia tenia sus altos designios en órden á aquel mancebo, no permitió que la virtuosa madre se rindiese á las quejas ni á las murmuraciones. Habilitóse Pedro en las ciencias, pero mucho mas en la importante ciencia de la salvacion. Favorecióle Dios con muchas visiones, y le colmó de tan singulares gracias, que, disgustado y fastidiado del mundo, solo pensó en volverle las espaldas.

Era de solos veinte años, cuando saliendo de la casa de sus padres, se retiró á un monte, donde encontró una peña, que, pareciéndole muy acomodada para sus intentos, cavó al pié de ella una estrecha gruta, en que no cabia echado ni podia estar en pié. Allí pasó tres años en asombrosas penitencias, y en continuas tentaciones, representándosele con la mayor viveza todos cuantos objetos halagüeños y provocativos habia visto en el mundo, y apareciéndosele frecuentemente el demonio en varias figuras espantosas. Para resistir á tan furiosos combates no recurria á otras armas que á la oracion, á la penitencia, y á la proteccion de la santísima Vírgen, con las cuales y con la gracia de Dios consiguió siempre las mas gloriosas victorias. Por mas que procuró ocultarse le descubrió su virtud, á cuya fama concurrieron á él muchas personas, que, reconociendo su eminente santidad, le instaron para que se hiciese sacerdote, y al cabo le persuadieron que pasase á Roma para recibir los sagrados órdenes.

No pudiendo emprender por entonces el viaje, detenido por la nieve que cubria el monte y cegaba los

caminos, hizo reflexion á la sublime dignidad del sacerdocio, se atemorizó, y en vista de su indignidad mudó de parecer y resolvió no hacerse en su vida sacerdote. En este estado se le apareció un venerable anciano, vestido de blanco, y le dijo estas palabras: Di misa, hijo mio, di misa. Respondióle Pedro: « San » Benito y otros santos nunca se atrevieron á recibir » los órdenes sagrados, ¿cómo quieres que yo peca- » dor y miserable me considere digno de recibirlos. » *¡Digno, hijo mio!* le replicó el viejo, *¿y quién fué jamás digno de eso? Di misa con devocion y con respeto, di misa*; y al decir estas palabras desapareció. No deliberó Pedro ni un solo instante, poniéndose en camino para Roma. Recibido el sacerdocio, se restituyó á la Pulla, con resolucion de hacer una vida correspondiente á la santidad del carácter con que le habia honrado Dios. Retiróse al monte Muron, y eligió para su domicilio una estrecha cueva, que parecia una sepultura, en la que tenia su habitacion una monstruosa serpiente, que huyó luego que el santo entró á tomar posesion de ella.

Cinco años pasó en este horrible desierto, viviendo mas como ángel que como hombre, hasta que fueron á rozar aquella parte del monte, que rodeaba la cueva, para cultivarlo. Con esta novedad lo abandonó, pasando al monte Magela, donde halló una vasta y profunda caverna, en que se acomodó él y otros dos solitarios, que se habian puesto bajo de su direccion, y no querian dejarle. Pero el enemigo de nuestra salvacion, previendo ó rezelando los grandes bienes que habia de producir aquella reciente congregacion bajo la disciplina de tan gran maestro, no perdonó á medio alguno para deshacerla, ó á lo menos para turbar su quietud.

Ni las inclemencias del tiempo, ni las incomodidades del sitio, ni la espantosa austeridad de la vida eran la

mayor tentacion que padecian. No dejó el demonio invencion, estratagema ni artificio de que no se valiese para disgustarlos; y ya dos compañeros principiaban á atemorizarse y á titubear, si el santo director, haciéndoles visibles las ilusiones del enemigo, no les hubiera alcanzado la perseverancia.

Presto se aumentó su número; porque á pesar de los medios de que se valió Pedro para ocultarse, extendida por toda Italia la fama de su santidad, acudieron muchos á ponerse bajo de su direccion, aunque su humildad se resistia siempre á gobernar ninguno.

Este fué el principio de aquella célebre religion de los Celestinos, que mas de cuatrocientos años ha se hace tan respetable en el mundo por los grandes ejemplos que le da de penitencia, de soledad y de virtud, uniendo admirablemente, segun su instituto, el espíritu del retiro con el de la vida cenobítica. No tomó el nombre de religion de los Celestinos hasta que lo escogió su glorioso fundador, cuando le hicieron digno sucesor de san Pedro.

Luego que el santo se rindió á tener discípulos, concurrieron tantos de todas partes, que fué preciso hacer celdas, edificar un convento, y levantar iglesia en donde la modestia y la santidad se veia pintada en los hijos de nuestro Pedro, moviendo tanto á todos los que acudian á verlos por una devota curiosidad, que hacian cada dia insignes conversiones.

A los principios no tuvieron otra regla que los ejemplos de su santo director, siendo para ellos un modelo trazado segun la perfeccion del Evangelio. Empleaba el santo en oracion casi todo el dia, y la mayor parte de la noche, acompañándola siempre con abundantes lágrimas; y cuando no oraba, se ocupaba en algun trabajo de manos. Prohibióse el uso del vino y de la carne aun cuando estaba enfermo; y como si no hu-

biera bastado esta abstinencia, observaba al año cuatro cuaresmas; ayunaba las tres á pan y agua, la cuarta excedia en la abstinencia á las otras tres. En cierta ocasion llegó su penitencia á ser excesiva; porque se condenó á pasar los cuarenta dias en una especie de sepultura, sin otra provision que diez panes y ocho cebollas; en cuyo tiempo, resuelto á no dejarse ver de persona alguna, cayó tanta agua y tanta nieve, y fué el frio tan riguroso, que endurecidos y helados sus vestidos, hubiera perdido la vida al rigor del temporal, si su abrasado amor de Dios no le hubiera ayudado á vencer tales inclemencias. Al fin de la cuaresma, habiendo sus discípulos ido á verle en aquella cueva, ó sepultura, le encontraron medio muerto, y sacándole de allí, notaron que tenia aun cinco panes, y que no podia haber vivido tanto tiempo sin milagro. Obligáronle á que moderase algo sus inimitables penitencias; pero la moderacion fué casi imperceptible á los que eran testigos de ellas. Traia á raiz de la carne un cilicio de cerdas, sembrado de nudos, y una cadena de hierro; su cama era la desnuda tierra, ó cuando mas unos sarmientos, sin otra almohada que una dura piedra. Pero en medio de tan asombrosas penitencias conservaba siempre un semblante alegre, sereno y risueño, con un trato tan dulce y tan apacible, que hechizaba á cuantos concurrian á hablarle.

Pero creciendo cada dia el número de sus discípulos, y teniendo noticia de que en el concilio general, que estaba para celebrarse en Leon, serian extinguidas todas las religiones que no estuviesen aprobadas por la silla apostólica, fué con dos de sus discípulos á echarse á los piés de Gregorio X, para que aprobase la suya. Recibióle el papa con aquella veneracion que merece la verdadera santidad: confirmó y aprobó con grandes elogios su religion, y la dió por regla la

de san Benito. Vuelto el santo á Magela convocó sus religiosos, dióles constituciones, y desde entonces creció la órden con tan maravillosos progresos, que en poco tiempo se contaban mas de mil y seiscientos monjes en treinta y seis monasterios.

A la fama de los milagros que obraba Dios por las oraciones de su siervo, y de la veneracion que toda Italia le profesaba, concurrian á él de todas partes, tanto, que, siéndole imposible hablar y consolar á todos en particular, se veia precisado á subirse á algun lugar eminente, para que tuviesen el consuelo de verle y de oirle todos los que lo deseaban; pero haciéndosele insufrible esta concurrencia de gentes, por su grande amor á la soledad y al retiro, comenzó á mirar con tedio el monasterio del monte Magela. Resuelto á dejarle, escogió un corto número de monjes, y secretamente se retiró con ellos á un sitio muy solitario, llamado san Bartolomé de Loja; pero descubierto en él poco tiempo despues, aun fué mayor el concurso de los que le buscaban; lo que le obligó á escaparse con un solo religioso, huyendo á esconderse en una gruta casi inaccesible, que estaba en lo mas alto del monte Magela : empeño inútil, porque cuanto mas se esforzaba el humilde siervo de Dios en ocultarse á la vista de los hombres, mas se empeñaba el mismo Dios en manifestarle. No fué para él mas tranquilo este desierto que lo habian sido los otros; porque extendido el rumor de su nueva habitacion, aun fué mayor el concurso que lo habia sido en las antecedentes; esto le hizo creer que el Señor no le queria en aquel desierto, y así se restituyó á su antigua y primera celda del monte Muron.

Hacia catorce meses que estaba vacante la silla de san Pedro por muerte de Nicolao IV, y se pasaron todavia otros trece sin que los cardenales, congregados en Perusa, pudiesen convenirse en la eleccion

de sucesor, cuando cansados en fin de una dilacion tan perjudicial y tan sensible á todo el orbe cristiano, el cardenal de Ostia, Latino Malabranca, movido sin duda de cierta secreta inspiracion propuso en el cónclave al solitario Pedro de Muron, como al hombre mas santo que se conocia entonces en el mundo. Aplaudió todo el sacro colegio un pensamiento tan digno, y la Iglesia celebró con el mayor regocijo una eleccion tan legítima como desinteresada; pero quedaba por vencer la mayor dificultad, que era rendir la humildad del santo á que diese su consentimiento. Enviáronle la acta de su eleccion por el arzobispo de Leon, y por los obispos de Orvieto y del Puerto, con dos notarios apostólicos, y una carta muy reverente, pero muy enérgica, en que le suplicaban no se opusiese á la voluntad de Dios, resistiendo á su eleccion, y concluian pidiéndole que se dignase pasar cuanto antes á Perusa.

Faltó poco para que le costase la vida esta noticia; y sin dar oidos ni á las razones de los diputados, ni á las estrechas instancias de los reyes de Silicia y de Ungría, que habian ido á visitarle, se huyó secretamente; pero como era observado de tantos, presto le encontraron. Obligado en fin á ceder á tantas súplicas, partió para Aquilea, donde quiso ser consagrado, haciendo el viaje en un humilde jumento, sin que le pudiesen persuadir otra cosa las instancias de los príncipes ni de los cardenales. Fué su consagracion y su coronacion en la ciudad de Aquila el dia 29 de agosto del año 1264; y tomó el nombre de Celestino V, el que tomó tambien su religion, que hasta allí se habia llamado la congregacion de San Damian.

No hizo mudanza con la suprema dignidad, ni en la austeridad de la vida, ni en las máximas de su profunda humildad. Mandó construir en su palacio pontificio una celdilla de madera muy parecida á la

que tenia en la ermita. Era para el santo pontífice una verdadera cruz el tumulto de la corte, la multitud y el estrépito de los negocios; pero nada alteraba aquella paz y tranquilidad interior que gozaba su alma; siendo cada dia mas íntima su union con Dios, y dejándose admirar su virtud aun mas desde la elevacion de la silla de san Pedro, que en el monasterio de Muron.

Despues de su consagracion, á instancias y repetidas súplicas del rey de Sicilia, pasó á Nápoles, donde proveyó varios empleos para la administracion de las rentas de la sede apostólica, y para el gobierno de la corte de Roma. Nombró excelentes sugetos para muchos obispados vacantes, é hizo una promocion de doce cardenales, todos de mérito muy sobresaliente, siete franceses, y cinco italianos, entre los cuales habia dos de su órden, cuya virtud tenia bien experimentada. Daban todos mil gracias á Dios por haber enviado á su Iglesia tan santo pastor, cuando despertándose de nuevo su natural amor al retiro, no suspiró por otra cosa que por la soledad.

Puesta de acuerdo su humildad con su natural inclinacion, se persuadió que no podia menos de padecer mucho detrimento la Iglesia por su falta de experiencia en los negocios, y por su notoria insuficiencia. Parecíale que no tenia fuerzas para tan pesada carga, y suspirando siempre por su amado retiro, resolvió quitarla de sus hombros. No halló mucha resistencia en los cardenales, aunque algunos le quisieron meter en escrupulo por la voluntaria abdicacion que meditaba; pero otros muchos le sosegaban, poniéndose de parte de su resolucion. Expidió una bula en que declaraba que cualquiera pontífice podia renunciar por sí mismo la tiara; y á pesar de las instancias de muchos cardenales, así franceses, como italianos, que solo atendian á la eminente san-

tidad de tan gran pontífice, resolvió hacer dimision del sumo pontificado. Luego que se extendió la voz por la corte de Nápoles, concurrió á palacio en procesion un gran número de prelados, todo el clero, los religiosos y el pueblo; y habiéndose dejado ver el papa en una ventana para darles la bendicion, un prelado le suplicó en alta voz, en nombre de todo el clero y de todo el pueblo, que no pensase su Santidad en dejar un cargo que ejercia tan dignamente; pero nada de esto bastó para aquietar sus escrúpulos, y así renunció solemnemente el sumo pontificado en pleno consistorio el dia 13 de diciembre, cinco meses y ocho dias despues de su exaltacion. El mismo dia dejó todas las insignias, y tomando su hábito de monje con el nombre propio de Pedro, se echó á los piés de los cardenales, suplicándoles que remediasen cuanto antes sus desaciertos, con la pronta eleccion de un sucesor que ocupase dignamente la cátedra de san Pedro. Este espectáculo tan raro enterneció á los asistentes, sacándoles las lágrimas á los ojos. San Pedro Celestino descendió así del trono apostólico con mayor gozo que otros suben á él, y ya no pensó mas que en retirarse á su monasterio.

Pero el cardenal Benito Cayetano, que once dias despues fué nombrado papa en la misma corte de Nápoles, y coronado en Roma el dia 16 de enero siguiente, con el nombre de Bonifacio VII, juzgó que debia asegurarse de la persona de su predecesor, y le negó la licencia, que puesto de rodillas le pedia para retirarse al desierto, y pasar el resto de sus dias en su pobre celda. Creyendo el santo que esta repulsa no tenia otro principio que el deseo de detenerle en la corte, huyó secretamente á su monasterio, donde fué recibido con todas las demostraciones de alegría y de veneracion debidas á su virtud. Entró el papa

en aprension por esta fuga; y temiendo que algunos abusasen de su santa sencillez para excitar algun cisma, despachó inmediatamente á un camarero suyo con el abad de monte Casino, para que le trajesen á Roma. Tuvo el santo noticia anticipada de esto; y tomando consigo á uno de sus monjes, se escondió con él en un espeso bosque, donde pasó toda la cuaresma. Noticioso de que habian llegado al monasterio los que iban á buscarle de órden del papa, se metió en una barca para pasar el mar Adriático; pero obligado por los vientos contrarios á anclar en el puerto de Trieste, fué arrestado y conducido á Agnani, donde se hallaba á la sazon la corte pontificia. Fué célebre este viaje por la multitud de los que concurrieron de todas partes para ver al santo, y por los muchos milagros que hizo en el camino. Atribuyendo el papa la fuga de san Pedro á motivos muy distintos, tuvo por conveniente encerrarle en el castillo de Fumona. No se alteró la tranquilidad de nuestro santo viéndose en estado tan diferente; antes solia decir con mucha gracia: *No tengo de que quejarme, celda queria, y celda tengo.*

No fué larga la estancia en esta nueva especie de soledad: su avanzada edad, el rigor de sus excesivas penitencias que jamás mitigó, y la debilidad de su salud le advertian ya que no estaba distante el fin de su carrera; y acabando de decir misa con un fervor extraordinario el dia de Pentecostés del año de 1296, dijo á dos monjes de su órden que le hacian compañía, que ciertamente moriria dentro de la octava. Cayó enfermo el dia siguiente; pidió la extremauncion, que recibió tendido en una tarima, no habiendo querido usar jamás de otra cama, y murió con la muerte de los santos el dia 19 de mayo, pronunciando aquellas palabras del último salmo de laudes: *Omnis spiritus laudet Dominum*: Alabe al Señor todo lo que tiene

vida. Murió á la edad de casi 75 años, á los diez y siete meses despues de haber renunciado la tiara, y á los diez de su prision en el castillo de Fumona.

Mandó el papa Bonifacio que se celebrasen sus exequias con la mayor solemnidad, así en la iglesia de San Pedro, como en la de San Antonio, cerca de Ferentino, donde fué enterrado. Y continuando Dios en manifestar la santidad de su siervo con nuevos milagros, de órden de Clemente V se trabajó en el proceso de su canonizacion el año de 1305, y en el mismo se celebró esta el dia 5 de mayo con extraordinario aparato; pues no contentándose el papa con oficiar pontificalmente la misa, él mismo hizo un gran panegírico del santo, y fijó su fiesta al dia 19 de mayo. Venéranse sus reliquias en la iglesia de los Celestinos de la ciudad de Aquila, aunque hay tambien una porcion de ellas en los Celestinos de Paris, y otras menores en diferentes iglesias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Pedro de Moron, que de anacoreta fué creado papa con el nombre de Celestino V; pero renunciando el pontificado para volver á su soledad, vivió en ella santamente, y esclarecido en virtudes y milagros entró en el gozo del Señor.

En Roma, santa Pudenciana vírgen, que despues de haber sostenido infinitos combates, de haber enterrado con reverencia muchos cuerpos de santos mártires, y de haber distribuido casi todos sus bienes á los pobres por amor de Jesucristo, pasó en fin de la tierra al cielo.

Allí mismo, san Pudente senador, padre de esta misma vírgen, que, habiéndose revestido de Jesucristo en el bautismo que le confirieron los apóstoles, conservó sin mancha la ropa de la inocencia hasta el fin de su vida.

Además en Roma, en la via Apia, la fiesta de san Calocero, camarero mayor de la mujer del emperador Decio, y de san Partenio, superintendente en otro oficio, los cuales, no queriendo sacrificar á los ídolos, fueron martirizados por órden del mismo emperador.

En Nicomedia, san Filotero, hijo del procónsul Paciano, que, despues de haber padecido mucho en tiempo del emperador Diocleciano, recibió la corona del martirio.

En la misma ciudad, seis santas vírgenes y mártires: la principal que se llamaba Ciriaca, habiendo reprendido libremente la impiedad de Maximiano, fué azotada cruelmente, destrozado todo su cuerpo, y por último quemada.

En Cantorbery, san Dunstano obispo.

En Bretaña, san Ivon, presbitero y confesor, que por amor de Jesucristo abogaba las causas de los huérfanos, de las viudas y de los pobres.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatum Petrum Cœlestinum ad summi pontificatus apicem sublimasti, quique illum humilitati postponere docuisti: concede propitius, ut ejus exemplo cuncta mundi despicere, et ad promissa humilibus præmia pervenire feliciter mereamur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que sublimaste á la cumbre del sumo pontificado al bienaventurado Pedro Celestino, y despues le enseñaste á posponer á la humildad aquella elevacion; concédenos benigno, que á su imitacion despreciemos todas las cosas del mundo, y merezcamos conseguir los premios que están prometidos á los humildes. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduria, y la misma que el dia v, *pág.* 97.

NOTA.

« Ya se ha dicho que este libro, llamado unas veces » *del Eclesiástico*, y otras *de la Sabiduria*, se escribió

» en hebreo, y fué traducido en griego por un nieto
» del autor, y reinando Ptolomeo Fiscon. San Jerónimo
» asegura haber visto en su tiempo un ejemplar he-
» breo, que no se intitulaba *del Eclesiástico,* sino *de las*
» *Parábolas.* »

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios durante su vida. Solo fué grande porque agradó á Dios mientras vivió; cualquiera otra idea de grandeza es abusiva. El nacimiento ilustre da gran nombre, las riquezas gran crédito, las bellas y grandes acciones mucha fama, los empleos gran reputacion, y las dignidades puesto elevado; pero hablando con propiedad, nada de esto da la verdadera grandeza. El nombre se queda en los archivos, ó á lo mas en unos pergaminos viejos; el crédito se pierde con el dinero; la fama se olvida, y llega á extinguirse del todo con el tiempo; las dignidades y los empleos pasan sucesivamente de unos á otros como se le antoja al príncipe; y el mismo príncipe se ve despojado de todo su majestuoso aparato, enterrándose con él la grandeza y la majestad en el sepulcro. Háganos ahora ver el mundo dónde está la solidez y la estabilidad de esas imaginarias grandezas que tanto cacarea. Se puede tener gran nombre, grande equipaje, grandes rentas, gran dignidad, sin ser grande; porque la grandeza, hablando en rigor, debe ser cualidad inherente á la persona. ¿Dónde está la grandeza sin mérito? ¿dónde está el mérito sin virtud? Grandeza que se hunde, y se desvanece con la vida, no es grandeza, no merece este nombre; es una grandeza imaginaria, que solo subsiste en el lisonjero concepto, y en la vana fantasía de los hombres. Solo Dios es grande, y solo con respecto á Dios se ha de medir toda la humana grandeza. El mas pobre labrador es verdaderamente grande,

siendo santo. Los siervos de Dios no necesitan de empleos ni de dignidades para ser grandes; la grandeza va á buscarlos en sus mayores abatimientos, en su humildad mas profunda. Eminencias, excelencias, grandezas, títulos pomposos, respetables dignidades, tronos augustos, decidme: ¿pasais mas allá de la muerte? ¿se da mucho valor á vuestros derechos en el otro mundo? Desengañémonos; este privilegio solo es debido á la virtud cristiana; solo la santidad goza este derecho; á ella rinden homenaje los grandes de la tierra. Sea santo un pobre criado, un vil esclavo; postraráse á sus piés el mayor monarca del mundo; tendráse por dichoso en poner bajo de su proteccion á su persona, á su casa y á su reino. *Agradó á Dios.* No se dice nació de ilustre familia, obtuvo grandes dignidades, ocupó elevados puestos; distinguióse por la penetracion, por la vivacidad, por la solidez de su talento; fué espléndido en la mesa, magnífico en el tren; no se vió prelado mas ostentoso, ni ministro mas lucido. El Espíritu Santo usa otro lenguaje; Dios juzga de las cosas de otra manera. *Agradó á Dios;* y esto fué lo que hizo tan grande á este pontífice, repartió grandes limosnas, y en esto consistió su verdadera grandeza. Todos convienen en esta verdad; pero ¿cuándo llegará el tiempo de conformarse con ella?

El evangelio es del cap. 19 *de san Mateo, y el mismo que el dia* V., *pág.* 136.

MEDITACION.

SE DEBE DEJAR TODO, Y TODO SE DEBE SACRIFICAR POR DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, estando obligados indispensablemente á amar á Dios con todo nuestro corazon y con

todas nuestras fuerzas, esto es, sin miramiento ni reserva alguna; por la misma razon debemos estar prontos á dejarlo todo, á sacrificarlo todo por obedecerle y por agradarle. Esta es consecuencia precisa del primer mandamiento.

Solo nos pegamos á las criaturas por el corazon; las inclinaciones y la complacencia son lazos; donde hay mas nudos, allí hay menos libertad; aquello que poco se ama, sin dificultad se sacrifica. Pues si fuere verdad que amamos á Dios con todo el corazon, si fuere verdad que le amamos con todas las fuerzas, ¿nos costará mucho el sacrificarle el amor de todas las criaturas, que debemos amar tan poco?

El renunciar á las halagüeñas diversiones del mundo, y el hacer todos los demas sacrificios que parecen difíciles, solamente es sensible por los lazos que es necesario romper. Pues el amor de Dios los consume, los abrasa todos sin dolor y sin resistencia. Todo es fácil, todo cuesta poco á quien ama mucho.

Pero ¿merece Dios ese gran desasimiento, estos grandes sacrificios? Compasion causa oir esta pregunta. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido de Dios? ¿qué poseemos que no sea suyo? Suyos son esos bienes que idolatramos: tenémoslos como en depósito, y á lo mas como en arriendo. Tenemos talentos; él nos los dió, y nos los dió para negociar con ellos; así nos ha de pedir estrecha cuenta de su administracion: concediónos el uso de ellos solo por cierto tiempo; prestónoslos por pocos dias, y hablando en rigor, solo somos unos meros arrendatarios del padre de familias. ¿Puede haber mayor extravagancia, mayor locura que resistirse á restituir esos bienes, cuando clama por ellos su legítimo dueño?

Admiremos la bondad de nuestro gran Dios: quiere que le concedamos como don gratuito aquello mismo

que le debemos de justicia; quiere que nos sirva de mérito lo mismo que hemos de hacer por deber; quiere que le regalemos lo que es suyo; porque en realidad, ¿qué podemos ofrecerle ni sacrificarle que sea nuestro? Dios premia en nosotros sus mismos dones. ¡Qué indignidad, Señor, y qué injusticia no querer daros cosa alguna sin repugnancia y sin dolor! ¡Y que sean menester infinitos discursos, mandamientos expresos, y aun tambien amenazas para concederos aquello que un accidente repentino nos puede quitar en cualquier hora! ¡Qué mala vergüenza, digámoslo mejor, qué falta de religion, sentir dificultad en dar por su amor! ¿qué digo por su amor? ¡en darle á él mismo una corta limosna de sus mismos bienes! ¡Y luego nos admiraremos de que aquellas casas opulentas vengan á caer en la mayor miseria; de que aquellas ricas herencias no lleguen á la tercera generacion; de que los piratas se aprovechen, y las olas se traguen en una hora el fruto de muchos años; de que un infiel corresponsal se levante con todos esos caudales de que rehusamos á Dios una pequeña parte!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no solo es justicia, sino interés nuestro, dejarlo todo por Dios, ó á lo menos estar prontos á sacrificarlo todo, siempre que el mismo Señor nos pida este sacrificio. Nunca nos pide Dios algo sino para darnos mucho mas: nada le damos á que no corresponda prontamente con el céntuplo.

El que dejare por mí á su padre, á su madre, á sus hermanos, á sus hermanas, ó sus bienes, recibirá al presente el céntuplo, y despues la vida eterna. Dignóse el divino Salvador explicar este céntuplo para que no se confundiese con la vida eterna, y quiso se entendiese bien que no dilata para tan allá el premio de los

que le sirven con generosidad; desde luego, ya en esta vida recompensa esos pequeños sacrificios; ninguna buena obra se queda sin salario pronto. Al cabo del dia de la vida se da el cielo, pero el céntuplo se paga dentro del mismo dia; y al fin de él no se hace caso del céntuplo, ni entra en cuenta para el premio.

Y no son solas aquellas personas religiosas que lo renunciaron todo efectivamente las que reciben luego visiblemente este céntuplo; tambien lo reciben todos aquellos, que, obligados por su estado á conservar el uso de los bienes temporales, los sacrifican á Dios con el corazon por medio de un perfecto y sincero desasimiento de ellos. Págales Dios este desapego, y recibe como sacrificio efectivo el que no es mas que afectivo desprendimiento. De aquí nacen aquellas bendiciones espirituales y temporales que derrama el Señor de ordinario sobre los buenos; de aquí aquellos recursos nunca imaginados, que tanto los alientan; de aquí aquellas prosperidades jamás esperadas, que suelen ser fruto de la religion y de la piedad de los padres. ¡Mi Dios, qué de misterios ocultos revelará la muerte!

Dirás, no se experimenta ese céntuplo; pero ¿se hacen por ventura esos grandes sacrificios? ¿se da con todo el corazon lo que se tiene? ¿se deja sin dolor lo que se posee? ¿no se suspira jamás por lo que se dejó en el Egipto del mundo? Esa codicia, ese deseo de adquirir, esa ansia por ganar, ese dolor cuando suceden pérdidas y contratiempos, ese dilatar tanto la restitucion á pesar de tantos remordimientos, esos salarios tan disputados, esa dificultad en dar limosna, ¿todo esto es prueba de un grande desasimiento? ¿es un testimonio de que estamos prontos para hacer los mas grandes sacrificios? El corazon está asido á los bienes temporales, cada dia se mul-

tiplican los lazos; ¡y despues nos quejaremos de que no recibimos el céntuplo!

¡Cuándo podré, Dios mio, decir con vuestro apóstol: *Señor, veis aquí que todo lo he dejado por vos!* ¡Cuándo me aprovecharé del grande ejemplo que me da san Pedro Celestino de este perfecto desasimiento! ¿Esperaré por ventura á que la muerte me lo quite todo, para decir que quiero seguiros? No, divino Salvador mio, que entonces seria muy inútil el dolor y el arrepentimiento; no quiero ya tener pegado mi corazon á cosa criada; todo lo dejo por seguiros, y no esperaré á que la muerte venga á romper estos lazos.

JACULATORIAS.

Quid mihi est in cœlo, et à te quid volui super terram? Salm. 72.

¿Qué puedo yo, Dios mio, desear en el cielo ni en la tierra fuera de vos?

Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes. Joan. 6.

¿A qué parte, ni á qué cosa me inclinaré yo, Señor, si solo vos teneis palabras de vida eterna?

PROPOSITOS.

1. Jesucristo dió por ti hasta su misma vida; ¿qué has dado tú por Jesucristo? ¡Cosa extraña! nada tenemos que no hayamos recibido de Dios; bienes, honra, entendimiento, salud, vida. Todas las criaturas nos predican sus dones; solo de su liberalidad esperamos todo aquello que apetecemos. ¿Y cuál es nuestra correspondencia? ¿es cierto que nada le negamos? ¿obedecemos á su voluntad, observamos con puntualidad y con respeto sus santos mandamientos? ¿son muy exactas en la observancia de sus reglas todas las almas religiosas? Bastante hallaremos aquí de que

confundirnos, y sobresaltarnos. Se nos hace conocer bien claramente la voluntad de Dios por la Iglesia, por los superiores, por los doctores y por nuestras reglas : considera si la cumples con fidelidad, y si te opones á ella en algo. Mucho tiempo ha que deseas hacer á Dios el sacrificio de esa mortificacion, de ese resentimiento; ¿cuándo has de reducir á práctica esos deseos? No se pase este dia sin que pongas en ejecucion lo que tanto tiempo ha estás prometiendo inútilmente.

2. Pocos dias hay, y dentro de los dias pocas horas, en que no se ofrezca ocasion de hacer á Dios algun sacrificio; una palabrita, una mirada curiosa, un levísimo acto de mortificacion puede ser muchas veces de gran mérito. No se te pase dia sin hacer á Dios alguno de estos cortos sacrificios; determina en la oracion de la mañana cuál ha de ser el de aquel dia. Unas veces tal fruta, otras tal plato, otras tal vestido, tal gala, tal adorno, algunas tal visita, tal diversion, tal gusto. Tambien podrás sacrificarle la resolucion de hacer una visita de atencion ó de cariño á tal ó tal persona que te ha disgustado, y á quien ya miras con frialdad y con resentimiento. No pases el dia de hoy sin haber hecho alguno de estos pequeños sacrificios; estas son aquellas industrias espirituales con que se forman los santos. Ya en otra parte se dijo lo mucho que agrada á Dios la piadosa práctica de aquellos que el primer dia del año sacan por suerte la fruta de que se han de abstener en todo él por su divino amor. Verdaderamente que el amor de Dios es ingenioso.



S. BERNARDINO DE SENA.

DIA VEINTE.

SAN BERNARDINO DE SENA,

DEL ÓRDEN DE SAN FRANCISCO.

San Bernardino, uno de los astros mas resplandecientes del órden de san Francisco, y uno de los mas brillantes ornamentos de su siglo, fué de la ilustre familia de los Albizzeschis de Sena en Toscana. Su padre Tollo, y su madre Nera, mas ilustres por su piedad que por su nobleza, pedian á Dios con instancia les diese un hijo, poniendo por intercesora á la santísima Vírgen. Oyó el Señor sus oraciones y les concedió el hijo tan deseado, que salió á luz el dia de la Natividad de la misma Señora, 8 de setiembre del año de 1380. Nació en Masa, ciudad del estado de Sena, de que era bailio el señor Tollo. Perdió á su madre siendo de edad de tres años, y á su padre cuando solo contaba seis; por lo que quedó bajo la tutela de una tia suya materna, llamada Diana, señora de gran virtud, que procuró con el mayor cuidado darle una buena educacion, y sobre todo inspirarle desde luego el santo temor de Dios y una singular devocion á la santísima Vírgen. No la costó ningun trabajo, porque el genio, las inclinaciones é índole del niño Bernardino, naturalmente le llevaban hácia lo bueno. No tenia mayor diversion que estar en la iglesia, hacer altares y oir sermones, los que repetia despues con tanta gracia, que todos admiraban desde entonces el bello talento que mostraba para el púlpito. En la hermosura de su semblante se leia el candor y la pureza de su alma; estaba dotado

de un excelente ingenio; su rostro estaba siempre sereno y apacible; brillaba el pudor en su semblante; sus modales gratos y naturalmente cortesanos le hacian no menos amable que admirable á cuantos le conocian.

Siendo de once años, le llevaron á Sena sus tios paternos Cristóval y Angel Albizzeschi, donde le dieron maestros que le instruyesen en las ciencias. Allí aprendió la gramática y letras humanas, siendo su maestro Onufro, y de la filosofía Juan de Espoleto, que no cesaban de elogiarle, enamorados de su hermosura, de su ingenio, de su aplicacion, y sobre todo de su virtud.

Dejábase conocer en todas sus operaciones la inocencia y la pureza de sus costumbres. Si se descuidaban sus compañeros en alguna palabra menos compuesta, al punto se llenaba de un virginal empacho su semblante. Haciase respetar por su virtud, aunque tan mozo; su modestia contenia á los mas libres, y en su presencia no se oia conversacion menos honesta. *Bernardino viene*, se decian unos á otros los jóvenes, si tal vez se desahogaban en conversaciones algo libres.

Acabado el curso de filosofía, estudió teología y el derecho canónico, haciendo tantos progresos en la primera facultad, que fué uno de los mas hábiles teólogos de su siglo. Al paso que se hacia mas sabio, se hacia mas santo. No ignorando que la inocencia se alimenta y se conserva con la mortificacion, desde la edad de quince años se entregó al ejercicio de espantosas penitencias. Ayunaba tres veces á la semana, usaba el cilicio casi todos los dias, se acostaba vestido sobre la tierra desnuda, dormia poco para orar mucho; y acechándole algunos compañeros, observaron que despedazaba su inocente cuerpo con crueles azotes, sirviéndose algunas veces de un manojo de ortigas.

Al paso que crecia su fervor, crecia tambien su tierna devocion á la santísima Vírgen. Estando un dia con una de sus primas, viuda jóven, pero de eminente virtud, se despidió de ella, diciendo que iba á visitar á una señora de un mérito sin igual, de incomparable hermosura, y á quien amaba con pasion. Admirada la virtuosa señora de semejante confianza, le dijo no sin sobresalto: Pues qué, primo, ¡un mozo de tu virtud tambien se anda visitando señoras! Sin duda, respondió el santo sonriéndose, tanto, que me retiraria á casa con poco gusto, si dejase un dia de rendir mis respetos al dulce objeto de mi continuo cortejo. No replicó la prima, y despidióse Bernardino; pero presto se sosegó la virtuosa señora, porque saliéndose tras de él, y observándole de lejos, vió que entraba á hacer oracion delante de una imágen de la santísima Vírgen, que se veneraba en una capilla extramuros de la ciudad, adonde concurria infaliblemente todas las noches con grande edificacion del pueblo.

Disgustado del mundo, aun antes que lo pudiese conocer, á los diez y siete años de su edad se alistó en la congregacion *de los penitentes de la Vírgen,* fundada en Sena en el hospital de la Escala, y muy célebre por los grandes personajes que entraban en ella. Eran muy del gusto de nuestro santo los ejercicios de caridad y las obras de misericordia en que se empleaba aquella devota congregacion en favor de los pobres enfermos, como tambien las grandes penitencias que se practicaban en ella. Viéndose por este medio con alguna mayor libertad, soltó la rienda al ímpetu de sus fervores; pero en ninguna cosa acreditó mas su heróica virtud que en los grandes ejemplos de caridad con que edificó á todos en aquel santo hospital, durante la peste que por espacio de cuatro meses afligió á la ciudad de Sena. Ni de dia ni de noche se apartaba

de la cabecera de los enfermos; servíalos, consolábalos, enterrábalos, aunque morian á centenares. No contrajo la peste; pero habiendo cesado el contagio, rendido á las fatigas de su ardiente caridad, cayó enfermo en casa de una tia suya, muy virtuosa y muy anciana, que años habia estaba ciega y paralítica, empleando despues la convalecencia en asistir con el mayor amor y desvelos á esta pobre enferma, sin haber querido dejarla hasta que espiró.

Libre ya Bernardino de este cuidado, se retiró á una casa de los arrabales de Sena para vivir distante del bullicio, entregado á la soledad y á la oracion. En ella hizo un oratorio, y se prescribió por límites de su clausura las paredes del huerto que él mismo cultivaba con sus manos. Pero considerando que el religioso ligado con sus votos hace grandes ventajas al solitario, que se gobierna en todo por su propia voluntad, resolvió abrazar un estado tan perfecto. Escogió el convento de san Francisco de la estrecha observancia, fundado ya en Sena, por ser de aquella célebre reforma que habia resucitado el primitivo espíritu de su santo fundador, y haciendo profesion de seguir la primitiva regla á la letra, habia vuelto á encender el primer fervor en aquel ilustre cuerpo, renovando en la posteridad los grandes ejemplos de pobreza evangélica, desasimiento y desnudez, los prodigios de penitencia y de rigor, los maravillosos efectos de zelo y de magnanimidad, en una palabra, aquella elevada idea de perfeccion y de santidad que habia admirado el mundo en los primeros padres. A esta sagrada religion se retiró Bernardino á la edad de veinte y dos años; no tuvo mas que presentarse, y luego fué recibido y enviado al convento de Colombiere para hacer en él su noviciado. Como ya habia llegado á tan eminente grado de perfeccion, desde el primer dia fué respetado por modelo, causando

admiracion que pudiese traer del siglo tanta inocencia acompañada de tan sólida virtud.

Concluido el año del noviciado, hizo los votos religiosos el dia 8 de setiembre, consagrado á la Natividad de la santísima Vírgen, dia en que nació, dia en que entró en la religion, dia en que profesó, y dia en que el año siguiente dijo la primera misa. Lejos de entibiarse el fervor que mostró en su noviciado, cada dia se encendia mas. Todos estaban continuamente asombrados en vista del rigor con que trataba su inocente cuerpo. No hubo hombre que le excediese en amar los desprecios, los desaires, los insultos y las humillaciones; y Dios permitió que cada dia encontrase algunas nuevas, especialmente por parte de sus deudos, que no podian llevar con paciencia el que hubiese abrazado aquel género de vida.

Conociendo los superiores su grande talento, no consintieron que estuviese escondida por mas tiempo aquella brillante antorcha. Por mas que representó y que suplicó le dejasen estudiar primero á los piés del crucifijo las grandes verdades de la religion, se vió precisado á romper el silencio. Enviáronle á predicar en Milan; y luego que le oyeron en el púlpito, no se hablaba en la ciudad de otra cosa que de la santidad y de la elocuencia del nuevo predicador, pero sobre todo de las portentosas conversiones que hacia.

Conoció entonces que el Señor le llamaba al ministerio de la predicacion; y como se hallase con lo lengua naturalmente gruesa y tarda, pidió á Dios que se la desembarazase, dándole facilidad en hablar. Fué oida su peticion, y al punto sintió una milagrosa expedicion en la lengua, tanto, que no se ha visto voz mas agradable ni mas sonora, lengua mas expedita ni mas clara, elocuencia mas eficaz ni mas persuasiva. No era menester menos para predicar con fruto en un tiempo en que estaba extendida por toda

Italia la corrupcion de las costumbres, y en que, sostenida la licencia por los bandos y por las parcialidades, triunfaba impunemente la disolucion. No se veia en todas partes mas que engaños, usuras, enemistades, rencores, homicidios, desórdenes; la impureza estaba entronizada; la disolucion habia penetrado hasta en el lugar santo, y ni aun las casas religiosas estaban exentas de la relajacion. Contra estos monstruos tenia que combatir nuestro santo: atacólos, y los desbarató.

Desde el Milanés fué llamado á la Toscana. Predicó algun tiempo en Sena con el mismo fruto, y desde allí fué á hacerle igual en Plasencia, Bérgamo, Brescia, Verona, Vincencia, Venecia, Mántua, Ferrara, Bolonia, Regio y Módena. Desde los apóstoles no se habia visto predicador mas poderoso en obras y en palabras. No se hablaba en toda Italia sino de los portentosos frutos de su predicacion, de conversiones milagrosas, de monasterios reformados, de vocaciones al estado religioso, de abusos suprimidos y de una general mudanza de costumbres. Pocos sermones dejaban de ser interrumpidos con las lágrimas, sollozos y alaridos de todo el auditorio; ninguno en que no se viese alguna insigne reconciliacion; ninguno que no hiciese mudar de semblante á toda la ciudad. Los usurpadores de la hacienda ajena corrian apresurados á sus piés, y arrojaban á ellos el dinero para las restituciones; en la misma iglesia se buscaban unos á otros los mas mortales enemigos, se abrazaban tiernamente, y se pedian perdon; los avarientos derramaban en limosnas sus tesoros. Vióse como sufocado el furor de las facciones de Guelfos y Gibelinos que tenian puesta en combustion toda la Italia; destruidas las casas públicas de disolucion; fundados muchos hospitales, el lujo reformado, la frecuencia de sacramentos restablecida, y en menos de diez años

fué universal en toda Italia la reformacion de las costumbres.

Con el fin de que gozasen tambien otros paises de este nuevo apóstol, le nombró su general comisario de la Tierra Santa, adonde pasó, y fué guardian del convento de Belen. En todas partes era milagroso su zelo, y habiendo restituido en Oriente el primitivo fervor, le volvieron á llamar á Italia las necesidades de la Europa. Fuéle forzoso volver á Venecia, recorrer de nuevo toda la Lombardía, la Romania y la Toscana; y despues de haber predicado como apóstol en Florencia, en Luca, en Perusa, en Arezo, en Asís, en Espoleto, y en algunas otras ciudades de la Umbría y de la Marca de Ancona, en todas partes con el mismo fruto, le fué ordenado por sus superiores que pasase á ejercer este ministerio en Roma, siendo aquella capital del mundo el nuevo teatro donde brilló con mas esplendor la virtud del siervo de Dios.

El obrador de todas estas maravillas, como lo decia él mismo, era el grande amor que profesaba á Jesus, no siendo fácil que otro alguno le excediese en el fervor y en la ternura con que amaba al Salvador del mundo. Siempre que celebraba el santo sacrificio de la misa, la inflamacion del semblante, y las muchas lágrimas que derramaba despues de la consagracion, eran el mejor testimonio del fuego celestial en que se abrasaba. Tenia el dulce nombre de Jesus profundamente grabado en el corazon; y así no es de admirar que jamás se le cayese de la boca, sabiendo que no hay debajo del cielo otro nombre en cuya virtud los hombres sean salvos, ni tampoco otro Salvador que Jesus. Con este santo nombre estaban sazonados todos sus sermones, todas sus conversaciones familiares y todas sus obras. Llevaba pendiente del cordon una tablita en que estaba pintado el dulcísimo nombre de Jesus, y la mostraba al pueblo para animar su con-

fianza. Eran eficaces sus oraciones, porque todo lo pedia en virtud de este santo nombre.

En vista de las portentosas conversiones, y de las demás maravillas que obró en Roma, se armó todo el infierno contra él. Cargáronle de injurias y de calumnias. No hallando que decir contra sus virtudes, gritaron contra su doctrina. Acusáronle delante del papa de que enseñaba errores, y daba en excesos, con pretexto de extender la devocion al nombre de Jesus. No podia menos de ser criticada una moral tan pura: censurábanle la blandura con que trataba á los pecadores, y delataron como un crímen la facilidad con que los admitia á la penitencia y les daba la absolucion.

Quiso el papa Martino V que se defendiese; leyó con el mayor gusto su apología, y satisfecho de sus razones y de su proceder, le abrazó tiernamente, exhortándole á continuar la obra del Señor, y á derramar por todas partes el fruto de su zelo. Pocos dias despues de su justificacion fué nombrado para el obispado de Sena; pero pudo mas su profunda humildad, que los deseos de todos los cardenales y del mismo sumo pontífice. Clamaban por él mucho tiempo habia las ciudades de Génova, Sabona y Albenga; se fué á ellas, y quedaron convertidos los mas inveterados pecadores. Iba á dar principio á otra mision en Milan, cuando vacó el obispado de Ferrara. Parecióle al nuevo pontífice Eugenio IV que no podria encontrar sugeto mas á propósito para aquella mitra, y le concedió á los ansiosos deseos del pueblo y del clero; pero jamás fué posible lograr el consentimiento de Bernardino, y el papa cedió en fin á sus lágrimas y ruegos.

Las fatigas apostólicas no moderaban sus penitencias. Predicaba muchas veces al dia, y no por eso se dispensaba en sus vigilias y ayunos. Apenas se puede

concebir cómo un hombre era capaz de obrar tantas maravillas sin sucumbir á tantos trabajos. Además de sus misiones y apostólicas correrías, nos dejó escritos excelentes tratados y obras de piedad; como los tratados *de la religion cristiana; del Evangelio eterno; de la vida de Jesucristo; del combate espiritual; de meditaciones*, con el título de *sermones*, donde se descubre aquella tierna y profunda devocion que era en parte el carácter de su alma.

Cuando pasó á Roma el emperador Sigismundo, quiso que Bernardino le acompañase, y que asistiese á la ceremonia de su coronacion. Repitiéronse nuevos esfuerzos para obligarle á ser obispo, queriendo el papa que aceptase el obispado de Urbino; pero se mantuvo inmoble en su primera resolucion, siendo este el tercer triunfo que consiguió de los que estaban tan empeñados en elevarle á las dignidades eclesiásticas. Con todo eso no se pudo negar á aceptar el cargo de vicario general de todos los conventos de la observancia: empleo importante, que abrió nueva carrera á su zelo, porque restituyó el primitivo fervor en muchos conventos de religiosos y de religiosas que habian comenzado á aflojar. Hizo asombroso fruto en el reino de Nápoles, donde su monarca Renato le queria detener, cuando recibió un mandato del papa para que volviese á Toscana, y asistiese al concilio general que se habia trasladado de Ferrara á Florencia. Allí tuvo nuestro santo el gran consuelo de ver reunida la iglesia griega con la latina; predicó á los Griegos en su misma lengua, y aunque la ignoraba, habló con tanta elegancia, que los mismos Griegos quedaron asombrados.

No solo tenia Bernardino el don de lenguas; tambien tenia el de milagros. En Mantua atravesó un gran lago con un compañero, navegando encima del manto; muchos enfermos se hallaron de repente

sanos solo con tocar su hábito; pero aunque fué grande el número de sus milagros, el mayor de todos fueron las portentosas conversiones que hizo. Cuando tomó el hábito, no se contaban en toda Italia mas que veinte conventos de la observancia, y en ellos á lo mas doscientos frailes : cuando murió, pasaban los religiosos de seis mil, y los conventos de trescientos en sola Italia.

No obstante de hallarse ya con la salud muy quebrantada por sus continuas fatigas y excesivas penitencias, fué á predicar en Ferrara, Verona, Vincencia, Padua, Mantua, Lodi y Crémona. Advertido sin duda por el cielo del dia de su muerte, se despidió de los de Sena en un sermon muy tierno y muy patético. Partió de esta ciudad el dia 29 de abril de 1444 para volver al reino de Nápoles. Eran misiones sus viajes; el dia 3 de mayo predicó en la isla del lago de Perusa; ocho dias despues en Espoleto; el jueves siguiente en Cita-Ducal. Hacia tiempo que se sentia muy malo, pero el zelo suplia la debilidad; al fin se rindió á la cama. Condujéronle á Aquila, donde cuatro dias despues, consumido de fatigas y de penitencias, colmado de merecimientos y abrasado en llamas del divino amor, despues de recibir todos los sacramentos con sensible y tierna devocion, espiró tranquilamente, pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y de María, el dia 20 de mayo del año 1444, víspera de la Ascension, al mismo tiempo que sus frailes estaban cantando la antífona de las vísperas: *Pater, manifestavi nomen tuum hominibus*, etc. Padre, di á conocer á los hombres tu santo nombre, y ahora voy á tí. Murió á la edad de 64 años.

La noticia de su muerte hizo concurrir al entierro innumerable multitud de gente, así de la ciudad como de los pueblos de la comarca. Por los muchos milagros que obró en vida, y por los que se continua-

ron en su sepulcro despues de su muerte, se clamó con instancia por su canonizacion. Comenzáronse las informaciones en tiempo de Eugenio IV, que habia sido testigo de sus virtudes; continuáronse en el de Nicolao V, su sucesor, á solicitud de san Juan Capistrano, discípulo de san Bernardino; y en el año de 1449, cinco despues de su muerte, celebró solemnemente el papa su canonizacion el mismo dia de Pentecostés con grande aparato. El de 1481 fué colocado el santo cuerpo en una urna de plata que habia enviado el rey de Francia Luis XI. Los religiosos observantes de san Francisco veneran con razon á san Bernardino como su segundo fundador.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Aquila en el Abruzo, san Bernardino de Sena, del órden de Hermanos Menores, que ilustró la Italia con sus discursos y ejemplos.

En Roma, en la via Salaria, la fiesta de santa Basilia vírgen, descendiente de familia real, la cual, estando prometida á uno de los principales señores de la corte, y no queriendo casarse, fué denunciada por él como cristiana. Habiendo mandado el emperador Galiano que tomase este esposo, ó que fuese degollada, la santa, á quien habian llamado para oir esta sentencia, no vaciló en responder que tenia al Rey de los reyes por esposo, y en la misma hora le atravesaron una espada por el cuerpo.

En Nimes, san Baudilio mártir, que, rehusando adorar á los ídolos, y perseverando firme en la fe de Jesucristo, á pesar de los azotes y de otros tormentos, recibió con una muerte preciosa la palma del martirio.

En Edesa en Siria, los santos Talales, Asterio, Alejandro y sus compañeros, martirizados en tiempo del emperador Numeriano.

En la Tebaida, san Aquilas mártir, que fué descarnado con peines de hierro por el amor de Jesucristo.

En Bourges, san Austregisilo, obispo y confesor.

En Bresa, san Anastasio obispo.

En Pavia, san Teodoro obispo.

En Roma, santa Plautila, señora consular, y madre de la bienaventurada Flavia Domitila, que fué bautizada por el apóstol san Pedro, y murió en la paz del Señor con la reputacion de haber sobresalido en todo género de virtudes.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Domine Jesu, qui beato Bernardino confessori tuo eximium sancti nominis tui amorem tribuisti: ejus, quæsumus, meritis et intercessione spiritum nobis tuæ dilectionis infunde: Qui vivis et regnas in sæcula sæculorum. Amen.

Señor Jesus, que concediste á tu bienaventurado confesor Bernardino un amor tan grande á tu santo nombre; por sus méritos é intercesion te suplicamos que infundas en nuestros corazones el espíritu de tu divino amor: Que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amen.

La epístola es del cap. 31 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia* XII, *pág.* 304.

NOTA.

« El libro del Eclesiástico, de donde se ha sacado » esta epístola, no está recibido en el cánon de los » Hebreos como libro inspirado, aunque hacian de » él grande estimacion. Pero toda la Iglesia le ha » venerado siempre como canónico, y ningun santo » padre ha dudado de su autenticidad, aun antes que » los concilios la hubiesen declarado. »

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras del oro, ni puso su esperanza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién

es este, y le alabaremos? porque hizo maravillas en su vida. A la verdad, es en el dia de hoy tan universal la codicia, que con razon le parece al Sabio una especie de prodigio un hombre que no coloca su esperanza en sus tesoros. La avaricia reina en todos los estados; tanto el eclesiástico como el seglar, y á veces mucho mas el sacerdote que el lego, son esclavos de esta abominable pasion. A todos los corazones extiende su imperio; y lo mismo es dominarlos que cegarlos. ¡Cuántos arrepentimientos excusaria un poco de reflexion sobre la naturaleza de esta dolencia! pero entre todas las pasiones, la mas ignorada del mismo que está tiranizado de ella, es la pasion de las riquezas, la avaricia. Los avaros nunca se creen tales: unos disfrazan la avaricia con el nombre de economía, otros con el de prevision, algunos la cubren con el título especioso de modestia y de prudencia, y muchos quieren persuadir que es necesidad. Avergüénzase de sí misma esta villana pasion; es tan irracional y tan odiosa, que no tiene valor para dejarse ver con su verdadero nombre. El verse notado de ella, causa rubor.

Con efecto, ¿quién dejará de reconocer alguna y aun mucha debilidad de cabeza en la desordenada codicia? Agarrar á todas manos, amontonar dinero sobre dinero, hacer un gran caudal solo con sus ahorros, y con esto estar continuamente quejándose de la miseria, privarse de todo y llegar á padecer hambre, ¿no es una especie de locura? Es verdad; pero ¿qué remedio hay?

Gastar las fuerzas y la salud, atormentar el ingenio para descubrir, para encontrar cada dia nuevos medios, nuevos arbitrios de ahorrar, nuevos artificios para enriquecerse, nuevos secretos para tratarse mal, alambicando el discurso para hacer mas miserable á la misma miseria; esta es la seria ocupacion, este el

continuo estudio de un avariento. ¿Puede haber tráfico mas ruin ni mas soez?

Poner en contribucion, por decirlo así, toda su familia; no acertar á servir á nadie sino por interés; negociar hasta con el salario de los pobres trabajadores; temblar, estremecerse á cualquiera proposicion y aun con la memoria de un pequeño gasto; quejarse siempre por el que es preciso hacer para no dejarse morir; afectar la mayor pobreza en medio de la abundancia; anticiparse quizá á llorar el gasto que se ha de hacer en su entierro; duro para otros, igualmente duro para sí; pasar una vida triste, melancólica y retirada, aunque le sobren rentas, capitales y posesiones: si esto no es locura, ¿qué cosa lo será? ¡Oh, y con cuánta razon se dijo que el avariento nada deja que hacer á la mala fortuna! Por desgraciada que esta fuese, ¿le pudiera tratar peor? Pero á lo menos, si esta desdichada pasion se pudiera cubrir con algun motivo plausible, que fuese capaz de deslumbrar, pasaria por uno de los muchos errores que tienen alucinados á los mortales. Pero una avaricia desmedida, ¿de qué pretexto, ni aun aparente, se podrá cubrir? Fatigas excesivas, cuidados sin número, vida dura y vergonzosa, penitencia sin mérito, bajezas odiosísimas, ser para el pueblo objeto de risa, de mofa y de desprecio; esta es la herencia de un hombre avariento. Y todo esto ¿porque? No mas que por dejar una rica herencia, y muchas veces un tejido de injusticias y de latrocinios, á unos herederos que han de divertir al público con industrias dignas de risa de que se valió su bienhechor. ¿Se ha visto en el mundo mayor y mas insigne locura? Y valga la verdad, ¿cuál de las dos locuras será mayor, imaginarse uno rico, poderoso, un príncipe, remedar sus modales, afectar su lenguaje y aire, y aun pretender imitar su magnifi-

cencia, aunque sea un pobre plebeyo, aunque sea un hombre de la mas baja condicion; ó imaginarse siempre pobre, vivir como un miserable avaro, dar que reir al pueblo con sus bajezas y ruindades, aunque le sobren los doblones, y aunque sea un hombre honrado y de distincion? ¿Cuál de estas dos manias se acerca mas á la locura? ¿qué cosa puede haber mas digna de compasion ó de risa, que sobrarle á un hombre todo, y vivir como si todo le faltase?

El evangelio es del cap. 19 *de san Mateo, y el mismo que el dia* V, *pág.* 136.

MEDITACION.

DE LA DEVOCION AL SANTO NOMBRE DE JESUS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el santo nombre de Jesus fué siempre el objeto de la veneracion de los mayores santos y la confianza de los fieles verdaderos: *No hay salud en otro nombre,* decian los apóstoles (1), *porque no hay otro en el cielo ni en la tierra en cuya virtud los hombres sean salvos. Tiempo vendrá,* decia el apóstol san Pedro (2), *en que todo aquel que invocare el nombre del Señor se salvará.* En virtud de este santo nombre, por la confianza en este santo nombre (3), el que estaba cojo andaba derecho; por él sanan los enfermos; por él resucitan los muertos; por él hicieron tantos milagros los apóstoles y todos los demás santos. *Abatióse, anonadóse á si mismo Jesucristo,* dice el Apóstol, *haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz; por lo cual Dios le exaltó, y le dió un nombre sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesus todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra y en los abismos doblen la rodilla.* ¡Qué respeto, qué

(1) Act. 4. — (2) Act. 2. — (3) Cap. 3.

devocion deben profesar à este santo nombre todos los cristianos!

Es un nombre todo divino; impúsolo el Eterno Padre, trájolo el ángel, y mereciólo el Salvador por su muerte y por sus tormentos. Como él encierra en Jesucristo todas las cualidades de Salvador, no podemos pronunciarlo sin que excite en nosotros los mas dulces motivos de confianza. Al mismo tiempo, dice san Bernardo, que el nombre de Jesus significa que el Hijo del Altísimo es mi Salvador, me está diciendo tambien que este Salvador mio es mi rey, es mi buen pastor, es mi padre. Me dice que este mi amable Salvador vino principalmente por los pecadores; que por ellos lo padeció todo, hasta derramar su sangre; y que en esta sangre se han de lavar nuestras culpas. ¡Oh, y qué motivo de confianza encuentro en este dulcísimo nombre!

Si me atemorizan diciéndome que Dios ha de ser mi juez, este sagrado nombre me alienta trayéndome à la memoria que ese mismo soberano juez es mi Jesus, esto es, mi Salvador. ¡Cuánta es, buen Dios, nuestra necesidad, nuestra pobreza! ¡qué de cosas nos hacen falta! Bienes espirituales y temporales; gracias poderosas, auxilios particulares en los peligros; bendiciones, favores, indulgencias; todo se halla, todo se merece, y todo se consigue en virtud de este santo nombre. ¡Mi Dios, qué ricos, qué poderosos seríamos, si supiéramos aprovecharnos de este tesoro, si supiéramos usar de este remedio! El nombre de Jesus, dice san Bernardo, es un oleo saludable, como se explica la Escritura: *Oleum effusum nomen tuum*; es decir, que tiene todas sus propiedades y su virtud. El oleo alumbra, nutre y sana: *Lucet, pascit, ungit.* Todo esto hace el dulcísimo nombre de Jesus: enciende el fuego del divino amor y lo ceba; es un bálsamo divino que cura y cierra

las heridas del alma. No hay que admirarnos de que todos los santos lo tuviesen continuamente en la boca, pues lo tenian grabado en el corazon. Cien veces lo repite san Pablo en cada página; san Ignacio mártir no acertaba á hablar sin acompañar con él todas sus palabras; san Bernardino ponia á los ojos del pueblo este santísimo nombre, y por su virtud se convertian los mas obstinados pecadores.

¡Buen Dios, qué secreto mas poderoso! ¡qué remedio mas fácil! ¡qué devocion mas útil ni mas en la mano de todos! ¡qué dolor será el mio por no haberme aprovechado de una devocion tan saludable, y por no haber sabido usar de este tesoro escondido!

PUNTO SEGUNDO.

Considera la omnipotente eficacia de este suavísimo nombre. « Los que creyeren en mí, dice el Salvador del mundo, harán los prodigios que se siguen (1): En mi nombre lanzarán los demonios; en mi nombre hablarán nuevas lenguas; tomarán con la mano las serpientes, y las serpientes no les dañarán; beberán veneno, y el veneno no les hará daño. En fin, la virtud de mi nombre obrará toda especie de milagros; pondrán las manos sobre los enfermos, y los enfermos sanarán. » ¡Qué no se podria, y qué no se haria, si con una viva fe se profesase una verdadera devocion al santo nombre de Jesus!

Podemos poco, y hacemos menos, porque nos falta la devocion y la fe en este santo nombre. *En verdad os digo* (son palabras del Salvador del mundo), *que si pidiéreis alguna cosa en mi nombre á mi Padre, él os la concederá.* ¿Qué promesa de mayor consuelo, y que pueda excitar en nosotros mas viva confianza? ¿y qué otro motivo puede haber mas poderoso para

(1) Marc. 16.

movernos á profesar una tiernísima devocion al sagrado nombre de Jesus? Sea lo que fuere, como sea cosa justa lo que pidiéremos al Eterno Padre, el mismo Jesucristo nos asegura con una especie de juramento que lo conseguiremos. ¡Qué confianza debe alentar á los que llevan grabado en su corazon este dulcísimo nombre, á los que tierna y religiosamente lo respetan, y á los que jamás lo pronuncian sin nuevo consuelo, sin alguna nueva gracia!

Nuestras necesidades son cada dia mayores, cada dia crecen mas nuestras miserias, oramos, y no son oidas nuestras oraciones, porque nos falta la debida devocion y confianza en este santo nombre. *Hasta ahora nada habeis pedido en mi nombre* (1), dice este amable Salvador, *y por eso nada habeis recibido. Pedid, y recibiréis; pero todo lo que pidiéreis sea en nombre mio.* A favor de este nombre seremos benignamente recibidos y favorablemente despachados. Este nombre nos da título y derecho para que seamos atendidos.

El sagrado nombre de Jesus, prosigue san Bernardo, no solo es luz que alumbra, sino delicioso manjar que fortalece: *¿An non toties confortaris, quoties recordaris?* ¿No sientes en tí una nueva fuerza, un nuevo vigor siempre que lo pronuncias? Todo manjar es insípido si no está sazonado con esta sal y con esta salsa.

Jesus mel in ore, continúa el santo: ¿dónde hay miel mas dulce al paladar que el santo nombre de Jesus? ¿dónde hay música mas agradable al oido? ¿dónde mayor consuelo ni mayor alegria para el corazon que la que causa en él este santo nombre? ¿Padeces algun disgusto? ¿estás necesitado de socorro pronto y poderoso? Recurre á este santo nombre con toda confianza. ¡Mi Dios! ¿qué otra devocion

(1) Joan. 16.

puede haber mas oportuna para inspirarnos una piedad sincera y verdadera?

¡O divino Salvador mio, y cuánto es mi dolor por haber tenido hasta aquí tan poca devocion á vuestro santo nombre! De hoy en adelante yo lo tendré tan profundamente grabado en el corazon, que jamás se me caiga de la boca; y espero me concederéis la gracia de que sea todo mi consuelo y todo mi refugio en la hora de mi muerte.

JACULATORIAS.

Domine Deus noster, quàm admirabile est nomen tuum in universa terra! Salm. 8.

¡Mi Dios y mi Señor, qué admirable es tu santo nombre en todo el universo!

Juvenes, et virgines, senes cum junioribus laudent nomen Domini; quia exaltatum est nomen ejus solius. Salm. 148.

Alaben el santo nombre del Señor los jóvenes y las vírgenes, los viejos y los niños; porque no hay en el universo otro nombre grande sino este.

PROPOSITOS.

1. El santísimo nombre de Jesus no solo debe ser objeto de nuestro respeto y de nuestra veneracion, debe tambien animar nuestra confianza. Es como un compendio de todo lo que hizo el Salvador del mundo por nuestra salvacion; él solo significa, por decirlo así, todos los misterios de su vida. No hay otro nombre debajo del cielo concedido á los hombres, en cuya virtud podamos ser salvos. Asombra el ver que no profesan todos los cristianos á este santo nombre una ternísima devocion. Consiste esta lo primero, en tenerlo frecuentemente en la boca;

pero mucho mas en conservarlo afectuosamente grabado en el corazon, pronunciándolo siempre con el mayor respeto, y con afectos de amor y de reconocimiento. Lo segundo, en rezar cada dia devotamente algunas oraciones en honra suya, como pueden ser los himnos que se cantan en la iglesia. Lo tercero, en no emprender ni dar principio á obra alguna sino bajo los auspicios de este dulcísimo nombre.

2. Tambien es devocion muy loable, y fué muy familiar á muchos santos, el no negar cosa, en cuanto sea posible, que se nos pida por el nombre de Jesus; limosnas, oficios, favores. Al despertar por la mañana, y al acostarse por la noche, da principio y fin al dia con pronunciar los dulces nombres de Jesus y de María: costumbre santa que te facilitará el pronunciarlos con humilde confianza en la hora de la muerte. Muchas almas santas siempre que oyen pronunciar el dulce nombre de Jesus, corresponden reverentes inclinando un poco la cabeza, ó á lo menos interiormente con algun acto de amor de Dios, y con afectos de ternura y de agradecimiento. Adelántese tu veneracion á este santo nombre hasta respetar todo aquello donde lo veas escrito ó estampado. Ten á la vista en tu cuarto grabadas con letras grandes aquellas palabras del Apóstol: *In nomine Jesu omne genu flectatur, cœlestium, terrestrium et infernorum.* Doblen la rodilla al nombre de Jesus el cielo, la tierra y los abismos.

DIA VEINTE Y UNO.

SAN HOSPICIO, ó SAN SOSPIS,

RECLUSO DE PROVENZA, CONFESOR.

San Hospicio, llamado vulgarmente san Sospis, florecia en Provenza á mediados del sexto siglo. Era francés; pero se ignora el lugar de su nacimiento. Habiendo oido hablar de la vida penitente y de la santidad de los solitarios de Egipto, se sintió encendido en deseos de imitarlos. En medio de sus pocos años, se resolvió á pasar el mar para aprender de aquellos maestros de la vida espiritual la ciencia de los santos y el camino de la perfeccion.

Animado de este deseo, se encaminó á Egipto, y penetrando en lo mas interior del desierto, visitó á muchos de aquellos santos anacoretas. Fácilmente se puede comprender la impresion que harian en un corazon tan bien dispuesto aquellos grandes ejemplos de virtud. Admiraba en unos la inocente crueldad con que maceraban su cuerpo; en otros, aquel perpetuo silencio; y en todos, aquel universal desasimiento, aquel espíritu de mortificacion, aquel puro amor de Jesucristo, y aquella constante perseverancia en la oracion. Habiendo hecho de esta manera el noviciado de la vida ascética, se restituyó á Francia, con resolucion de poner en práctica los grandes ejemplos de que habia sido testigo, y las no menos grandes lecciones que habia aprendido. Desembarcó en la Provenza, y á una legua de Niza descubrió en una península un torreon arruinado, que le pareció muy á propósito para satisfacer su deseo de vivir en

una profunda soledad, y de exceder, si pudiese, las penitencias que hacian los anacoretas del Oriente.

Lleno de aquella santa confianza y de aquel aliento que inspira el amor puro de Dios, se encerró en aquellas espantosas ruinas, resuelto á ocuparse únicamente en Dios, entregándose á la abstinencia y á la mortificacion de la carne todo cuanto fuese posible á las fuerzas naturales, con asistencia de la divina gracia. Así lo hizo; y desde luego asombró á todos su vida, teniéndola por una especie de prodigio.

Andaba cargado de pesadísimas cadenas de hierro, bajo un áspero cilicio erizado de puntas que le picaban en la parte del cuerpo que no rozaban las cadenas. Su habitacion mas parecia sepultura que celda; su ayuno era continuo, y toda su comida se reducia á pan y dátiles. En tiempo de cuaresma doblaba las penitencias; su alimento en ella eran unas raíces de Egipto sumamente desabridas, y muy usadas de aquellos anacoretas, haciéndolas venir por medio de los mercaderes que iban á negociar en Alejandría. Trabajaba algunas horas en hacer cestos de junco y de hojas de palma, pasando en oracion el resto del dia y casi toda la noche. Apenas era su cuerpo mas que una llaga, despedazado por los instrumentos de mortificacion, y medio comido por los gusanos de que estaba todo cubierto; en fin, vivia por milagro.

Esparcióse presto la voz por toda la costa de que habia en el torreon un hombre maravilloso. Su aspecto, sus palabras y su penitencia hicieron conocer á todos el mérito y el valor de aquel tesoro escondido. El mismo Dios tomó de su cuenta manifestar la santidad de su siervo con gran número de milagros. Concurrian de todas partes á ver al anacoreta del Occidente, que en devocion, en ayuno y en penitencia excedia (así se decia) á los solitarios de

Egipto. Era tanto el concurso, que le obligó á tapiar el torreon, dejando solo una ventanilla bastante elevada por donde recibia el poco alimento que necesitaba, y desde donde hablaba á los que iban á consultarle y á encomendarse á sus oraciones.

A media legua de la ermita donde estaba nuestro santo habia un monasterio, cuyos monjes iban á visitarle frecuentemente, y siempre sacaban mucho provecho de sus conferencias espirituales. Por este trato familiar, y por lo mucho que los ayudaba á caminar hácia la perfeccion, le llamaban su padre y su abad; expresion de cariño y de respeto en que se fundó la equivocacion de algunos escritores, que juzgaron habia sido efectivamente abad de aquel monasterio. Dotado del don de profecía, predijo la irrupcion que los Lombardos habian de hacer inmediatamente despues de la muerte de su rey Cleb, ó Clefis, en los parajes de Francia contiguos á los Pirineos. Cuando Dios le dió á entender que se iban acercando aquellos bárbaros, lo previno á los pueblos de la campaña para que tomasen sus medidas, y se retirasen con tiempo á las poblaciones grandes, llevándose sus muebles y ganados.

El mismo aviso dió á los monjes del monasterio inmediato á su ermita, aconsejándoles que cuanto antes se retirasen con los vasos sagrados. Ellos le rogaron que tambien él mismo se retirase, y se fuese con ellos; pero no quiso abandonar su celdilla: y como insistiesen los monjes en que no lo habian de dejar, el santo les respondió: *Id, hijos mios, y poneos á cubierto mientras pasa la tempestad; no tengais cuidado de mi, porque, aunque los bárbaros ejecutarán conmigo mil ultrajes, no me quitarán la vida. Vosotros si que correis mucho peligro si cuanto antes no os poneis en salvo.*

El suceso comprobó luego la profecía. Pasaron los

bárbaros los Alpes hácia el año de 576, y se extendieron por la costa de Génova y de la Provenza. Una manga ó un destacamento de ellos se avanzo hasta Niza, y llegó al pié de la torre donde hacia penitencia nuestro santo. Al primer rumor que oyó, se asomó á la ventanilla, y luego que le reconocieron los Lombardos, cercaron la torre; pero no descubriendo puerta por donde entrar, dos de ellos escalaron hasta el techo, y por él descendieron á la celda. Quedaron asombrados, no menos de su tranquilidad que de aquella habitacion; pero reparando por entre el cilicio las cadenas que rodeaban todo su cuerpo, creyeron desde luego que seria algun insigne malhechor, á quien por sus delitos tendrian encerrado en aquella torre, y mirándole con horror, le cargaron bien de injurias. Buscaron un intérprete, por cuyo medio le preguntaron qué delitos habia cometido; y como el santo respondiese que era verdaderamente lo que ellos habian imaginado, pues apenas se hallaria maldad de que no se creyese delincuente, un bárbaro levantó el sable para hendirle la cabeza; pero secándosele de repente el brazo, y dejando caer el sable, se quedó con el brazo levantado; á cuya vista dando sus compañeros grandes alaridos, preguntaron al santo que se habia de hacer en aquel lance. Mandó Hospicio al soldado que se acercase á él, y haciéndole la señal de la cruz, no solo volvió repentinamente el brazo á su estado natural, sino que con otro mayor milagro el bárbaro se convirtió á nuestra santa fe; y en lugar de seguir á sus compañeros, no quiso separarse de nuestro santo, y despues se hizo religioso en el monasterio cercano, donde vivia aun con edificacion cuando san Gregorio Turonense escribia esta historia.

Retirados los bárbaros, se restableció la tranquilidad, y creció tanto la veneracion á nuestro Hospicio, que

de todas partes concurria la gente á encomendarse á sus oraciones. El suceso que verificó su profecía, la conversion del soldado y los milagros que obraba cada dia, hicieron célebre su nombre en toda Italia y en toda Francia.

Un ciudadano de Angers habia perdido el habla y el oido en una violenta enfermedad, que le puso al borde de la sepultura. Resolvió ir en peregrinacion á Roma con el piadoso fin de visitar los sepulcros de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, como tambien las catacumbas de los santos mártires, para que el Señor por su intercesion le concediese algun alivio en aquel doloroso accidente. Juntóse en el camino con un diácono, que hacia el mismo viaje; y habiendo llegado á la Provenza, tuvieron noticia de las maravillas que cada dia obraba el Señor por medio de nuestro santo, lo que les metió en gana de verle; pero asaltando al pobre enfermo la calentura, no le fué posible salir de la posada, y solo su compañero pudo ir á visitar á san Hospicio. Despues de haberle dicho el diácono el motivo de su viaje, le suplicó que en sus oraciones se acordase de su compañero. *Pues traédmele acá*, respondio Hospicio. Al punto fué el diácono por él, y conducido á la torre, sacó el santo el brazo por la ventana, asióle de los cabellos, arrimóle hácia sí, ungióle la lengua con algunas gotas de aceite bendito, derramó un poco sobre la cabeza, y exclamó: *Abranse tus oidos en nombre de nuestro Señor Jesucristo, y aquel mismo Dios omnipotente, que lanzó el demonio del hombre sordo y mudo, te restituya el uso de la lengua. ¿Cómo te llamas?* Al momento respondió el enfermo, expresándole su nombre con la lengua expedita y con voz clara y sonora; y lleno de gozo por verse de repente sano y bueno, levantó las manos al cielo, y exclamó diciendo: « Bendita » sea para siempre la bondad de mi Dios y mi Señor,

» por la maravilla que acaba de obrar con este siervo » suyo. Iba yo á Roma para hallar en la intercesion » de los santos apóstoles algun alivio en mis males; » pero en Provenza encontré con un san Pedro, con » un san Pablo, y con un san Lorenzo, en la persona » de este santo ermitaño. »

Todavía estaban todos atónitos en vista de este prodigio, cuando se apareció un buen hombre llamado Domingo, ciego de nacimiento, que por consejo de nuestro santo habia estado tres meses en el monasterio. Preguntóle el siervo de Dios si veria de buena gana: « Yo no sé qué cosa es ver (respondió el ciego), » porque jamás he tenido el uso de la vista; pero, se- » gun lo que he oido decir, esto de ver debe ser cosa » tan buena, que me alegraria mucho de hacer por » mí mismo la experiencia. » Haciendo entonces el santo la señal de la cruz sobre los ojos de Domingo con aceite bendito, le dijo estas palabras: *En nombre de Jesucristo, nuestro Redentor, sean abiertos tus ojos* Al instante se le abrieron; pero aquel hombre quedó tan lleno de admiracion y de asombro á vista de la luz, y de todo cuanto se le ponia delante, que por largo espacio de tiempo estuvo como inmoble y aturdido, siendo cada objeto para él un nuevo motivo de pasmo. Este segundo milagro hizo aun mas ruido que el primero. Concurrian los enfermos hasta de las mas remotas partes del Oriente, y todos se volvian alabando al Señor, y publicando en todas partes la eminente santidad y el gran poder que tenia con Dios aquel nuevo taumaturgo.

Habia mas de quince años que vivia Hospicio en su torre, mas como ángel que como hombre, cuando el cielo le reveló su cercana muerte. Confió esta noticia al prior del monasterio, pidiéndole que hiciese abrir la puerta de la torre, y que fuese de su parte á decir á Austadio, obispo de Niza, que dentro de tres

dias moriria; que le suplicaba fuese á visitarle, sin duda para que le administrase los santos sacramentos, y para que diese providencia en órden á su sepultura.

Esparciéndose en Niza la voz de la cercana muerte del santo, un ciudadano, llamado Crescente, corrió prontamente á la torre; y mirando atentamente á Hospicio por la ventana de la celdilla, quedó aturdido de lo que veia. Movido de lástima y de asombro, sin poder reprimir las lagrimas le preguntó: «¿Cómo es » posible que cargado de cadenas, y medio comido » de gusanos, hayas podido sufrir tantos años tan » largos y tan crueles tormentos? — Aquel Señor, » por cuyo amor me resolví á ponerme en este estado » (respondió el santo), pudo fácilmente darme fuer» zas para tolerarlos, y supo tambien endulzar toda » su amargura. »

Conociendo que se acercaba su fin, hizo que le quitasen todas las cadenas. Pasó despues muchas horas en oracion; levantóse de ella; tendióse sobre un banco con las manos elevadas al cielo, el semblante dulce, sereno y apacible; dió gracias á Dios por todos los favores que habia recibido de su liberal mano, y encomendándole su alma, espiró tranquilamente el dia 21 de mayo de 581. En el mismo instante que espiró, desaparecieron los gusanos de que estaba todo cubierto, quedando su cuerpo limpio; y el obispo Austadio dispuso enterrarlo con toda la pompa que merecia su eminente santidad.

San Gregorio Turonense asegura haber oido de boca del mismo sordo y mudo á quien curó milagrosamente san Hospicio, todo lo que refiere de esto en la vida que escribió de nuestro santo. En otra de sus obras añade que al tiempo de enterrarle, un hombre tomó una porcion de tierra de la sepultura para llevarla al monasterio de Lerins. Embarcóse en un navio que iba á Marsella; pero habiendo entendido que así

el patron como el piloto y la mayor parte de los marineros eran judíos, no se atrevió á declarar su intento; mas llegando enfrente de la isla de Lerins, se paró el barco, no obstante que soplaba un viento fresco por la popa. Quedó pasmada toda la tripulacion. Entonces declaró el pasajero que era cristiano, y que llevaba al monasterio de Lerins una porcion de tierra de la sepultura de san Hospicio; añadiendo que no dudaba sucedia el prodigio por virtud de aquella reliquia, y que mientras no volviesen la proa hácia la isla, seguramente no se moveria el buque. Aparejáronse hácia ella las velas, y se dirigió al mismo rumbo el timon; al punto movió el navío en derechura á la isla de Lerins, donde desembarcó el pasajero, y siguió el barco su derrota. Por este milagro fué nombrado san Hospicio por uno de los santos tutelares de la isla.

Guárdanse aun preciosamente en la catedral de Niza las reliquias de este gran santo; y se muestra tambien alguna parte de ellas en las iglesias parroquiales de Villafranca y de Torbia. La península donde estaba la torre, conserva todavía su nombre, llamándose la *península de san Sospis*.

SANTA MARÍA DE SOCORS, VÍRGEN.

Santa María de Cervellon, llamada comunmente de Socors, á causa de los socorros que prestó á toda clase de necesitados en la tierra y en el mar, nació por los años de 1230 en la ciudad de Barcelona, de la ilustre y muy distinguida familia de los Cervellones, enlazada con la real sangre de los condes de aquella ciudad. Fuese por los ruegos de san Pedro Nolasco, cuya proteccion invocaron los padres de la santa para

que intercediese con el Señor á fin de que les diese sucesion; ó porque Dios les concediese este único fruto de su bendicion, atendidas sus fervorosas súplicas y piadosas intenciones; lo cierto es que María se dejó ver en el mundo dotada de un sinnúmero de gracias correspondientes á los altos fines que sobre ella tenia la divina Providencia. Recibió el bautismo en la parroquia de Santa María del mar, y con él aquel candor y pureza que confiere el sacramento, la que conservó inviolable toda su vida, correspondiendo con su conducta á la santidad del nombre que le impusieron en honor de la Reina de los ángeles.

Su madre, señora de grande mérito, quiso encargarse por sí de su primera educacion, y formarla en la virtud desde sus mas tiernos años; creyendo juiciosamente que estas primeras impresiones influyen no poco en el resto de la vida, y que son la semilla fecunda á que corresponde el fruto en la sucesion del tiempo. Con estas miras se aplicó á imprimir en el delicado corazon de la niña los altos dictámenes de la religion, el desprecio de las vanidades del mundo, y las saludables máximas del Evangelio. Hacian estas lecciones tanto efecto en el alma de María, que por el gusto con que las oia, y los esfuerzos con que procuraba ponerlas en práctica, daba sensibles señales de su aprovechamiento. Su total distraccion de los pueriles entretenimientos, su inclinacion como natural á la virtud, su devocion, su caridad, su candor y su modestia, excediendo á lo que ordinariamente se puede esperar de una edad tan tierna como era la suya, hicieron conocer á sus padres que el temperamento y humor natural no eran los que gobernaban la madurez de juicio y gravedad de la niña, sino el movimiento de una particular gracia con que Dios la habia prevenido, para desprenderse del amor de las

cosas de la tierra en medio de la abundancia y esplendor de su familia. Notóse en ella una aficion muy particular á la oracion, aun antes de conocer el mérito de este santo ejercicio; y una compasion muy tierna para con los pobres en quienes invertia todo cuanto solian darla sus padres, ó adquiria ella con la labor de sus manos.

Nacida nuestra santa para la virtud, criada con máximas tan cristianas, y nutrida en los mas santos ejercicios de piedad, hacia cada dia maravillosos progresos en la carrera de la perfeccion. Se le conoció una grande inclinacion á la vida religiosa; y en proporcion era su aversion á todas las vanidades del siglo, y su abstraccion de los objetos de la tierra. Nunca salió de su casa sino para ir á la iglesia, en compañía de su buena madre; ó para visitar los hospitales, á los que iba tres dias á la semana, guiada de su fervorosa caridad, á fin de asistir, socorrer y aliviar á los pobres enfermos. Lo mismo practicaba con los enfermos de su casa, ejerciendo estos oficios con tantas y tales demostraciones de suavidad y afecto, que á la eficacia de este remedio se sentian los pacientes aliviados, y con superiores fuerzas para tolerar sus dolores.

Nada mudó María de estas costumbres, cuando fué creciendo en edad; pues conduciéndose por las inspiraciones del Espíritu Santo, que fueron siempre el móvil de sus acciones, supo conciliar con la devocion los rumbos de la nobleza, la humildad con las riquezas, la modestia con su estado, y conservar inviolable el candor de su pureza en medio de los peligros del mundo. Parece que su nacimiento y la opulencia de su casa habian de causar en ella alguna distraccion ó envanecimiento; pero no fué así, porque el deseo de ser feliz para siempre, la hizo amar únicamente las cosas divinas con total desapego de

las de la tierra. Con esta idea siempre se conducia con mucha circunspeccion y majestuosa gravedad, haciéndose no solo amar, sino respetar de cuantos la conocieron, de suerte que la ponia Barcelona por ejemplo de recato, piedad y modestia de todas sus doncellas.

A las relevantes prendas de que estaba adornada el alma de María correspondian las hermosas dotes de su cuerpo; y haciéndola objeto de la estimacion de las gentes, apenas llegó á la edad competente, se declararon muchos señores principales pretendientes de su mano, enamorados de su belleza, de su natural vivacidad y de su grandeza de espíritu, realzando estas cualidades un cierto aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones y movimientos. No se atrevieron los padres, conociendo el modo de vivir de su hija, á hacerla ninguna proposicion; pero no obraron así los parientes, quienes, mostrando el mayor empeño en que tomase estado, principiaron á asediarla, fatigándola con continuas reflexiones; y siendo mas pesado en ellas un tio suyo, le respondió María con el respeto debido, que le agradecia su cuidado, pero que supiese que la eleccion de estado la tenia confiada á Dios, por cuya luz se guiaba, esperando para deliberar en un negocio de tanto momento, que el Señor le manifestase su voluntad, y entonces lo manifestaria á sus padres. Admirado el tio de tan concisa, como sabia respuesta, cesó de molestarla.

Victoriosa así nuestra santa de la fuerte tentacion, redobló la vigilancia para conservar ilesa su integridad, valiéndose de la oracion, meditacion y ejercicios de penitencia, y separándose de todo trato humano, á excepcion del tiempo que empleaba en los hospitales y en las iglesias, frecuentando los sacramentos. Tanta exactitud en conservar su pureza virginal no podia dejar de protegerla el

cielo, en cuyo obsequio obraba la castísima doncella. Predicó en aquella coyuntura fray Bernardo de Corbaria, su director, un sermon sobre las prerogativas de la virginidad, y oyéndolo su hija espiritual, encendida en vivísimos deseos de conservar intacta una virtud tan agradable á los ojos de Dios, deshecha en lágrimas, se volvió á su madre, y apretándola la mano fuertemente la dijo: *Señora, conmigo habla el predicador; Dios mueve su lengua para mi desengaño; yo soy toda de Jesucristo que me llama para esposa suya, y así no tienen que porfiar mis parientes para que tome otro estado.*

Esta firme resolucion, que comenzó en el lugar santo, la siguió hasta su casa, donde, puesta de rodillas á los pies de un Crucifijo, hizo voto de perpetua castidad, suplicando al Señor se dignase auxiliar su propósito con el poder de su brazo. El mismo ruego hizo á la santísima Vírgen, implorando su proteccion con las expresiones mas tiernas y devotas; y tomando unas tijeras, se cortó el cabello, y se vistió de un sayal tosco y grosero. En esta disposicion se presentó á sus padres, y renovando el discurso que habia principiado en la iglesia, les hizo ver con sabias y concluyentes razones que, en consagrarse al Señor, se interesaba nada menos que su salvacion. Las tiernas lágrimas que vertieron los padres, admirados de una resolucion tan generosa, fueron las señales expresivas de su consentimiento; y en efecto, dispuestos á darla gusto, con acuerdo de su director, resolvieron que vistiese el hábito de beata de la Merced, y que siguiera libremente las ideas de una vida religiosa.

Desde aquel dichoso momento en que se halló vestida con la divisa militar de la Merced, se sintió María excitada interiormente á caminar hácia la perfeccion; y como hasta allí no habia cesado de ejercitarse en la

práctica de las virtudes cristianas, poco tuvo que añadir en el nuevo estado, á excepcion de algunas penalidades, que para mortificarse inventó su ingenioso fervor. Los ayunos, las disciplinas, el silencio, su particular recogimiento y su continua oracion, tenian tanto mayor mérito, cuanto los ejercitaba en medio de la multitud y opulencia de su casa.

Ocurrió la muerte de su padre cuando contaba María 30 años de edad, y tomando de aquí motivo para reducir la familia á menor número, persuadió á su madre que invirtiese gran parte de sus bienes en socorro de los pobres y en redencion de cautivos. No desatendió esta piadosa señora tan saludable consejo; dieron principio á su ejecucion, dejando su suntuosa casa, y reduciéndose á otra habitacion humilde cerca de la iglesia de Santa Eulalia, donde vivieron cinco años, siendo el ejemplo de toda la ciudad. Al fin de ellos, habiendo muerto tambien la devota madre, quedó María en plena libertad de poder satisfacer los deseos de consagrarse al servicio del Señor enteramente.

Sin embargo de que á los principios del establecimiento de la religion Mercenaria no se trató de recibir en ella mujeres, por razon del cuarto voto que forma el distintivo del instituto, por el que se obligan los profesos á quedar personalmente en rehenes, y aun en las mismas prisiones, si fuese necesario, para dar libertad á los cautivos que gimen bajo la esclavitud de los infieles; como muchas señoras de las mas principales de Barcelona deseaban abrazar el nuevo establecimiento (hasta entonces solo las era permitido vestir el hábito en calidad de beatas ó devotas), se propuso este punto en el capítulo que celebró la órden en 1260, con ánimo de hallar medio para vencer las dificultades; y aunque nada se determinó en aquella asamblea, quedando todos los ánimos dis-

puestos, se resolvió despues recibir en la religion á las mujeres, en el siguiente capítulo, habido en el año 1265, en que sucedió la muerte de la madre de María. Enterada esta de la resolucion, fué la primera que vistió el santo hábito de religiosa, en el dia 25 de marzo del mismo año, que era el 35 de su edad, 47 del establecimiento del órden, y 30 de su aprobacion por la santidad de Gregorio IX; y en el siguiente año hizo su profesion, con asistencia de toda la nobleza de la ciudad, en manos de su director, concebida en estos términos: *Yo, Sor María de Cerbellon, ofrezco á Dios y á la bienaventurada siempre Vírgen María de la Merced ó Misericordia, pobreza, obediencia y castidad, y me obligo á trabajar para la redencion de los cautivos, por los cuales haré lo que á nuestro padre general fuese bien visto.*

Luego que hubo hecho este solemne acto, é invertido en alivio de los pobres y en redencion de cautivos su cuantioso patrimonio, se retiró á una casa con otras nobles señoras y mujeres devotas que siguieron su ejemplo, á quienes el Rmo. Corbario dió ciertos estatutos muy sabios y prudentes, con que dirigiesen su vida religiosa. Era preciso nombrar superiora para la direccion y gobierno de aquella comunidad; y de comun consentimiento se hizo la eleccion en nuestra santa, á pesar de su humilde resistencia. Instruida plenamente María en las obligaciones del empleo, solo pensó en desempeñarlas con la perfeccion posible; y persuadida que los superiores deben mandar mas con las obras que con las palabras, emprendió un género de vida admirable, capaz de fomentar el fervor de sus súbditas, y de recomendar en los principios la santidad de aquel nobilísimo establecimiento. La vigilancia, la discrecion y la caridad con que gobernaba á sus hijas, y su conducta en toda suerte de virtudes religiosas, las hizo conocer

que se habia puesto al frente de ellas para servirlas de modelo, mas que de superiora. Sus instrucciones, que llevaban por delante sus ejemplos, se encaminaban á inspirarlas el menosprecio del mundo, el silencio, la paciencia, el amor á la pureza y á las humillaciones; pero mas que todo el deseo de servir á Jesucristo, de quien se habian consagrado esposas; y asimismo á los pobres, principalmente aquellos que lloraban en el cautiverio, cuyo rescate era el punto cardinal de su instituto.

Su régimen ordinario pareceria increible, en una salud sumamente debilitada con el rigor de sus grandes penitencias, á no asegurarlo las actas de su prodigiosa vida. Ella hacia hasta los oficios mas humildes y penosos de la casa; lavaba los piés con indecible ternura á los pobres cautivos que redimian sus hermanos; y como en su tiempo no se observaba la clausura que hoy guardan las religiosas, siguiendo su antigua costumbre, asistia tres dias á la semana á los hospitales. Sus disciplinas eran diarias y sangrientas; ayunaba á pan y agua tres dias cada semana, y siempre traia oprimido su virginal cuerpo con una cadena de hierro pesadisima. Su sueño era mas mortificacion que descanso, tomándolo, y siempre por corto tiempo, sobre el duro suelo; y quejándose del cuerpo, cuando la rendia el sueño, solia decir: *¿Quién me librará de esta muerte cotidiana, de este sepulcro en que vivo, y de este caos de miserias?* El tiempo sobrante de todos estos ejercicios lo empleaba en consolar á los afligidos, en socorrer á los pobres, en libertar á los encarcelados, y en procurar subsidios para la redencion de cautivos; cuyos hechos fueron tan notorios, comunes y públicos, que, dejando de llamarla por su propio apellido, era conocida de todos por María de Socors ó de Socorro.

Aunque los que procuró en la tierra, eran bastan-

tes para merecerla este nombre, aun fueron mayores los que prestó en el mar, por la especial gracia que la concedió Dios para socorrer á los navegantes que se hallaban en peligro de naufragar, por cuya razon la pintan comunmente con una nave en las manos. Tantas veces remedió estos fracasos, que su fama corrió por todos los mares; invocábanla los marineros apenas veian el peligro de una tormenta, y luego experimentaban su asistencia. No pocas veces la echaron menos sus hijas, y viéndola volver despues de largo rato, notaban que traia el hábito mojado y que destilaba gotas por toda su extremidad; indicios nada equivocos de haber andado sobre las aguas en semejantes expediciones.

Toda la ciudad de Barcelona fué testigo del prodigio que obró á su vista con una nave que iba á naufragar irremediablemente, si María no hubiese acudido á socorrerla, caminando sobre las olas como pudiera por tierra firme. No menos se celebró otro portento de esta especie, que ejecutó en el año 1283 en favor de fray Manuel de Alburqueque y fray Arnaldo Liniberio, que venian de hacer una redencion. Alborotado el mar furiosamente, corria el navío á discrecion de los vientos, muy expuesto á la desgracia de irse á pique; mas luego que invocaron á nuestra santa, la vieron venir sobre las olas, y llegándose á ellos, les dijo: *Ea, hermanos, buen ánimo, alentaos en el Señor que manda los vientos y el mar, que luego quedaréis sin riesgo*, como se verificó puntualmente.

Tal era la gracia de hacer milagros que habia concedido el Señor á la ardiente caridad de María para con sus prójimos: pero el amor que tenia á estos, nacia del inmensurable que profesaba á Jesucristo. Este Señor era el objeto atractivo de todas sus atenciones; en él vivia, en él se movia, en él existia,

no separándose jamás de su presencia. Este mismo amor en que se hallaba abrasado su corazon, la hacia prorumpir en palabras llenas de fuego, capaces de encender á los pechos mas frios. Oraba sin interrupcion, pues todas las ocupaciones y cuidados exteriores no eran capaces de distraer su espíritu. La materia mas frecuente de su oracion eran la pasion y muerte del Crucificado su esposo. En la consideracion de estos sacrosantos misterios se empleaba con tanta intension, con tanta ternura y con tanto afecto, que, permaneciendo en ellos por muchas horas, la merecieron el nombre de contemplativa; manifestándose no pocas veces arrebatada en largos éxtasis y admirables deliquios, que daban á conocer bastantemente el volcan de fuego que ardia en su pecho, y la facilidad de elevarse hasta la union con su amado.

Extenuadas las fuerzas de María al rigor de sus incomparables mortificaciones y grandes penitencias, entre otras infinitas gracias que la concedió el Señor, la manifestó que habia llegado al fin de su carrera. Dispúsose á recibir la muerte con las preparaciones que es fácil considerar en una alma encendida en el amor de Jesucristo; y despues de haber exhortado á sus hijas á practicar las virtudes religiosas, y á seguir con fervor el camino de la perfeccion, entre las lágrimas de estas, y afectuosas jaculatorias, abrazada con un crucifijo, entregó su espíritu en manos del Criador, á 19 de setiembre del año 1290. Apenas espiró, cuando Dios quiso hacer sensible la santidad y la gloria á que habia elevado á su sierva fiel, por un sinnúmero de prodigios: su cuerpo despidió un olor suave y aromático, y además trasporó cierto humor sutil, que, coagulándose en la superficie á manera de un precioso ungüento, fué eficaz medicina que sanó á muchos enfermos. Tuviéronlo tres dias en el féretro

para satisfacer la devocion del inconsolable pueblo que concurria á venerarlo; despues de los cuales se depositó en el mismo convento, en el cementerio destinado para las religiosas, donde se mantuvo en grande veneracion por mucho tiempo.

En el año 1380, noventa despues de su dichoso tránsito, don Pedro IV, rey de Aragon, devotísimo de la santa, mandó construir una arca primorosa y correspondiente á su real magnificencia, para que, trasladado á ella el venerable cuerpo, estuviese con mayor decencia. En el dia señalado para este acto, despues que hubo celebrado de pontifical don Pedro Planella, obispo á la sazon de Barcelona, cuando intentó depositarlo en la arca nueva, creció el cadáver tan considerablemente, que no cabia en ella; y convencidos por esta maravilla que era la voluntad de la santa, siempre amante de la humildad, permanecer en la pobre caja antigua, volviéndola á entrar en ella la colocaron en la capilla de santa Catalina Mártir, de donde, en la mañana siguiente, se trasladó por sí misma con no menor prodigio á la sacristía del convento. Con estos nuevos milagros se aumentó su devocion considerablemente; y continuándolos el Señor cada dia por la intercesion de su sierva, no es el menor la incorrupcion de su cuerpo, el cual, hecha inspeccion 339 años despues de su muerte, se halló íntegro y flexible, excepto la mano derecha, pié izquierdo y una costilla, que se habian extraido para reliquias.

Justificados todos estos y otros muchos milagros, con el heroismo de sus virtudes, en el proceso informativo hecho á este fin, declaró su culto inmemorial la sagrada congregacion de Ritos, en el dia 9 de febrero de 1692, cuyo decreto aprobó Inocencio XII en 13 del mismo mes; y autorizando aquella, en 2 de octubre de 1694, á la órden para que celebre el oficio

de la santa con el rito de rezo doble, lo confirmó su Santidad en 9 del mismo mes y año.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Mauritania, la fiesta de los santos mártires Timoteo, Poli y Eutiquio diáconos, quienes, despues de haber predicado la palabra de Dios en este país; merecieron recibir juntos la corona de la gloria.

En Cesarea de Capadocia, la fiesta de los santos mártires Polieucto, Victorio y Donato.

En Córdoba, san Secundino mártir.

El mismo dia, los santos Sinesio y Teopompo mártires.

En Cesarea de Filipo, la fiesta de los santos mártires Nicóstrato y Antioco tribunos, con algunos otros soldados.

El mismo dia, san Valente obispo, que fué martirizado con tres niños.

En Alejandría, la conmemoracion de san Segundo presbítero, y de otros muchos, á quienes en el imperio de Constancio asesinaron cruelmente en la fiesta de Pentecostés, por órden del obispo arriano Jorge.

Además, los santos obispos y los santos presbíteros á quienes desterraron los Arrianos, y los cuales merecieron ser asociados á los santos confesores.

En Niza en Provenza, san Hospicio confesor, célebre por su severa abstinencia y por su espíritu de profecía

La oracion de la misa en honor del santo es la que sigue.

Deus, qui nos beati Hospicii confessoris tui annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad del bienaventurado Hospicio, tu confesor; danos gracia para que, celebrando la nueva vida que recibió en el cielo, imitemos las acciones de la que vivió en la tierra. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 15 del profeta Jeremias.

Domine, inventi sunt sermones tui, et comedi eos, et factum est mihi verbum tuum in gaudium et in lætitiam cordis mei; quoniam invocatum est nomen tuum super me, Domine Deus exercituum. Non sedi in concilio ludentium, et gloriatus sum à facie manus tuæ: solus sedebam, quoniam comminatione replesti me.

Señor, yo encontré tu palabra y la comí, y tu palabra fué la alegría de mi corazon; porque tu nombre, Señor Dios de los ejércitos, fué invocado sobre mí. No me senté en las juntas de los entretenidos, ni me glorié sino de lo que hizo tu mano: y me sentaba solo, porque me llenaste de amenazas.

NOTA.

« Jeremías, hijo de Helcías, fué natural de Anathot, » pueblo de la tribu de Benjamin, de familia sacer- » dotal. No solo fué escogido de Dios, aun antes de » ser concebido, no solo fué consagrado profeta en » el vientre de su madre; sino que cuando no tenia » mas que quince años le declaró el mismo Señor » ministro suyo en las naciones y en los reinos, ofre- » ciéndole que le pondria las palabras en la boca para » que no se excusase con su tierna edad. Comenzó á » profetizar Jeremias el año de la creacion del mundo » 3375, esto es, 629 años antes del nacimiento de » Cristo. »

REFLEXIONES.

Non sedi in concilio ludentium. No concurrí á las partidas de juego. Necesariamente deben ser muy desagradables á Dios esas partidas, cuando se alegra tanto el profeta de no haber concurrido á ellas, y alega por mérito esto mismo. No es de hoy la aversion que muestra Dios á este género de diversiones. La pasion por el juego es perniciosa y vedada. Autorícela el mundo cuanto quisiere por la costumbre y por la publicidad; nuestro evangelio la proscribe, y

Dios la reprueba. En medio de eso, el juego es el dia de hoy la ocupacion mas ordinaria de la gente de distincion, de toda la que se llama gente de bien. Si no se jugara, ¿qué haria tanta multitud de personas ociosas? ¿en qué pasarian el tiempo tantas damas y tantos caballeros? Pero ¿será esta razon suficiente para autorizar la pasion por el juego, mientras la religion la condena? No quiero por ahora que miremos esta costumbre con ojos puramente espirituales; mirémosla no mas que á la luz de la razon cristiana.

Entre todas las diversiones se puede asegurar que el juego es la que ha hecho mas progresos, y si es lícito decirlo así, la que ha hecho mas fortuna en el mundo; porque embelesa con mas imperio, porque deja á la razon menos tiempo para fatigarnos con molestas reflexiones, y al corazon menos libertad para sentirlas. Es verdad que el juego ya no es diversion; es un estudio que deseca, un trabajo ingrato y estéril que consume; es una pasion á la cual se sacrifica la hacienda, el alma y el sosiego. Clámase contra la aplicacion del espíritu que se dice es inseparable de todo ejercicio de devocion. Pero una sola noche de juego pide mas aplicacion, consume mas espíritus que muchas meditaciones y una semana entera de ejercicios. ¡Qué atencion, mi Dios, para llevar á cabo un proyecto, para aprovechar un lance, para prevenir, si fuese posible, la casualidad, para eludir la habilidad y las astucias del contrario, para descubrir sus intentos y aun sus pensamientos, y en fin qué atencion para suplantar á mi rival que por lo menos es tan hábil como yo!

Representémonos una mesa de juego. No hay cosa mas grave: se deja ver en el semblantes de los jugadores una severidad triste y desabrida; sin hablar, ni pensar en otra causa que en ganar, están aguardando continuamente una coyuntura ó un incidente

que les favorezca. No interrumpen aquel inquieto silencio, ni aquel mal humor que les acompaña, sino para mostrar el miedo de perder, ó el sentimiento de haber perdido. Abstraidos siempre, y en cierta manera enajenados, se olvidan hasta de las mas comunes atenciones de la buena educacion; se les perdona todo desahogo; las mayores groserías, palabras ofensivas, arrebatos, como á aquellos enfermos que por una demasiada disipacion del espíritu, ó por una excesiva agitacion de la sangre, caen en frenesí. Dura el mal humor mas que el juego; y una obstinacion indiscreta, por no decir una especie de furor por ganar siempre, ó por desquitarse de la pérdida, renueva incesantemente las partidas, y hace mas violenta la pasion. Esta es aquella noble diversion, alma de todas las tertulias, ciencia de todas las edades, atractivo de todos los ociosos, nudo de todos los enredos, de todas las maquinaciones. Esto es lo que se llama desahogo del ánimo, recreacion inocente, diversion honrada de los hombres de bien; añadamos aun, pasion dominante de aquellas personas que no ignoran han de dar á Dios estrechísima cuenta de todos los instantes de la vida; de aquellas que, haciéndoseles muy pesado emplear para Jesucristo media hora del dia, no sienten dificultad en alargar el juego hasta deshora de la noche. Preténdese persuadir que el juego adormece todas las demás pasiones, y que suspendidas, ó cortadas todas, ceden á esta. Pero mejor se diria que á todas las despierta, todas la fomenta, y todas las resucita, mientras hace, por decirlo así, que se amodorre la razon, y se debiliten todas las demás buenas prendas del alma. ¡Cuántos hombres, en todo lo demas atentos, apacibles, políticos, sumamente afables, parece que solo en el juego tienen hiel, y por sus modales rústicos, groseros, por su colera y arrebatos se transforman en otros hombres! Parece

que no hay otra pasion mas adecuada para ahogar todo sentimiento de piedad y aun de religion, y para hacerlo con mas estrago y menos desconfianza por nuestra parte, que la pasion del juego.

Pero si todo cristiano debiera avergonzarse de ser jugador de profesion, ¿qué diremos de aquellos que por un indigno trafico, tan contrario á las buenas costumbres, hacen de sus casas academias de juego? ¿Puede haber condicion, estado mas lastimoso? ¡ofrecer, por decirlo así, alojamiento á la disolucion, cuartel á los disolutos, y á todos los vicios un asilo público! ¡Mi Dios, qué mayor ceguedad en esas almas viles y mercenarias, que la de querer hacerse responsables de todos los pecados que cometen los jugadores que concurren, y cargar, digámoslo así, con toda su iniquidad! No, por cierto, no es el gusto de tener compañía el que hace sacrificar su casa y su sosiego á la diversion y á la ociosidad de tanta gente desconocida. Tampoco nace esto de un genio condescendiente, naturalmente inclinado á complacer á muchos, á quienes tal vez no puede ver, á quienes aborrece y desprecia. Sin algun interés nunca llegó á tanto la mas oficiosa condescendencia. No puede ser otro el motivo, que el de un indigno tráfico de naipes y de dados á costa de la conciencia y de las buenas costumbres; ganancia real y efectiva, muy capaz á la verdad de mantener una familia cargada de deudas, y de surtirla hasta para lo superfluo; pero ganancia perniciosa, que llena las casas de desdichas, y tarde ó temprano reduce los hijos á la última miseria. Y dichosos ellos si se libran con solo este castigo; pero son pocos los de esta especie que verdaderamente se convierten.

El evangelio es del cap. 16 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, quia plorabitis et flebitis vos, mundus autem gaudebit: vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium. Mulier, cum parit, tristitiam habet, quia venit hora ejus: cùm autem pepererit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. Et vos igitur nunc quidem tristitiam habetis, iterum autem videbo vos, et gaudebit cor vestrum; et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que lloraréis y gemiréis vosotros, pero el mundo se alegrará: vosotros os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer cuando pare tiene tristeza, porque llegó su hora; pero cuando ha dado á luz un niño, ya no se acuerda de la angustia á causa de la alegría que concibe porque ha nacido al mundo un hombre. Vosotros, pues, teneis tambien ahora tristeza; pero volveré á veros segunda vez, y se alegrará vuestro corazon, y ninguno os quitará vuestra alegría.

MEDITACION.

DE LAS DIVERSIONES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que un cristiano en nada debiera encontrar diversion sino en la penitencia; este solo fruto habia de ser dulce para todo pecador. No por cierto, no vienen al caso las diversiones en un pais enemigo, y en tiempo de combate. ¿Quién puede divertirse estando desterrado, cuando todos los objetos le inspiran y le mueven á tristeza? *Sentados á la orilla del rio de Babilonia, derramamos torrentes de lágrimas acordándonos de Sion* (1), decian los israelitas desterrados

(1) Salm. 136.

de la santa ciudad. *Consumidos de dolor en medio de un pueblo bárbaro, colgamos los instrumentos músicos de los sauces, y nos abandonamos al llanto. Instannos para que cantemos los mismos que nos condujeron cautivos. Cantad* (nos dicen) *las canciones que cantábais en Jerusalen. Pero ¿cómo podremos cantar los cánticos del Señor en una tierra extraña?* Así hablaban los Judíos suspirando por volverse á Jerusalen; y así deben gemir los cristianos las miserias de su destierro, clamando por la Jerusalen celestial, su amada patria. La alegría mundana nunca fué herencia de los elegidos del Señor. *Vosotros lloraréis,* les decia el Salvador, *y el mundo se alegrará;* vosotros estaréis tristes, y el mundo se entregará á la delicadeza, á la ociosidad y á los pasatiempos. Describe aquí Jesucristo el carácter distintivo de dos géneros de gentes, de elegidos y de réprobos, de siervos suyos y de esclavos del mundo. Vosotros, esto es, vosotros amados de mi Padre; vosotros que permanecisteis constantes conmigo en la tentacion; vosotros, pequeña grey, estaréis preocupados de tristeza; pero el mundo, esto es, aquellas almas sensuales, que no tienen de cristianas mas que el nombre; aquellas mujeres profanas, que no tienen mas que una sombra de religion; aquella muchedumbre, que corre á su perdicion por el camino ancho, solo suspirará por los entretenimientos. Una alegría artificial y amarga hará toda su lastimosa felicidad; un encadenamiento de diversiones insulsas y tumultuosas será toda su herencia. Tristes esclavos de la vanidad, funestas víctimas del lujo, gentes del mundo, ponderad, levantad el grito cuanto quisiéreis, exagerando vuestras diversiones y vuestros pasatiempos. Decid en buena hora, que vuestra vida es una continua primavera; muchas flores, muchas hojas, mucho verdor, mucha lozanía; pero ¿cuáles son los frutos para la vida

eterna? Vuestra risa se va á cambiar en llanto; vuestra algazara, vuestros gritos de alegría en crueles gemidos; vuestro gozo superficial, tan breve, tan pasajero, en una eterna tristeza; mientras la tristeza aparente de los buenos va á convertirse en una alegría pura, llena, colmada, que jamás ha de tener fin. ¡O mi Dios! ¿hubo jamás estado mas lamentable que el de esos hombres de pasatiempos? ¿hay ni puede haber presagio mas funesto que el de una vida empleada toda en la sensualidad y en las diversiones?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no todas las diversiones están prohibidas; las hay lícitas; pero ninguna de las permitidas debe dejar de ser cristiana. Las diversiones deben ser un inocente desahogo del ánimo, fatigado por el continuo trabajo, y debilitado por la demasiada aplicacion; pero ¿qué seria aplicacion, ni qué pesado trabajo fatiga á los que solo se ocupan en la caza, en el juego, en los pasatiempos, y en puras bagatelas? ¡Cosa extraña! las personas del mundo mas hambrientas de pasatiempos, son siempre las mas ociosas; libres de todo cuidado, no tienen otra ocupacion que la de pensar en qué han de emplear el tiempo; fatígalas su misma ociosidad. Están embelesadas cuando se multiplican y se varían las diversiones; pero ese embeleso ¿no será por ventura aquella alegría de maldicion, que es como la semilla de una tristeza eterna? Gástase toda la vida en visitas, en el juego, en paseos, en convites. No solo no causa vergüenza una vida tan opuesta á las máximas del Evangelio, sino que se hace vanidad y gloria de ella. ¿En qué se pasa hoy la vida en el mundo, sino en lo que causaria horror á los primeros cristianos? Ni se habla, ni se sabe hablar de otra cosa que de juego, de caza, de

modas, de galas, de espectáculos. ¡Oh, y cuánta verdad es que en el mundo ninguno está menos necesitado de divertirse que los que mas se divierten! Los mas de ellos son pecadores, muchos disolutos, y algunos aun impíos; no debieran pensar en otra cosa que en el llanto y en la penitencia, y debieran desterrarse para siempre de toda diversion.

Sin embargo, sucede todo lo contrario. A una perpetua cadena de juegos y de diversiones se reduce hoy la mas seria y casi la única ocupacion de las gentes del mundo, y estas gentes no siempre son las mas ajustadas. No se divierten para vivir, viven para divertirse. Tiénese lástima de aquellos que por una disposicion mas piadosa y mas cristiana andan poco solícitos de esas frívolas é insustanciales diversiones. Al que no se halla en todas las concurrencias de diversion se le reputa por insulso, por hombre insociable. Solo el no saber en qué se ha de pasar una hora, causa inquietud. Al paseo se sigue el juego, al juego el baile, al baile la cena, y á este perpetuo enlace de diversiones están reducidos todos los afanes de las gentes del siglo. Su verdadera felicidad consiste en no tener un instante de reposo. Y despues de esto ¿les causará novedad cuando se les pregunta si son cristianos? Estos son aquellos honestos pasatiempos, aquellas inocentes diversiones que falta poco para que nos quieran persuadir que son actos de virtud y meritorios. Grite Jesucristo cuanto quisiere por la mortificacion, por la penitencia; las gentes del mundo no tienen batallas que dar, combates que sufrir, ni violencias que hacerse; solo tienen pasiones que fomentar, inclinaciones viciosas que encender. La vida ociosa y regalona ocupa el lugar de aquella vida penitente y laboriosa, que el Salvador quiso fuese la herencia y como el distintivo de sus verdaderos hijos. Todo lo que sabe á retiro, á modestia,

á regularidad, sobresalta; el nombre solo de devocion estremece y asusta. La mitad del tiempo se pasa en querer dar gusto á otros, y la otra mitad en no querer sino lo que á cada uno le gusta. Muy digno de compasion es un enfermo que solo gusta de lo que le daña. ¡Y despues de esto nos admiraremos de que el Señor esté tan irritado; de que gima el universo al peso de nuevos azotes que descargan sobre él cada dia; de que el error encuentre tantos sectarios; de que el vicio inunde toda la tierra, y de que se llene el infierno de cristianos!

Señor, que por vuestra misericordia os habeis dignado iluminarme para hacer estas reflexiones, no permitais que las haga inútilmente. Seguro estoy de que he merecido el infierno, pero no lo estoy de que haya hecho penitencia. Acaso, mi Dios, estoy en desgracia vuestra; ¡y todavía pienso en divertirme! No, dulce Jesus mio, no me conviene esa alegría; resuelto estoy á pasar el resto de mi vida en amarga penitencia.

JACULATORIAS.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isai. 38.

Lejos de pensar en pasatiempos, solo pensaré, Dios mio, en llorar los pecados de mi mala vida con amargura de toda mi alma.

Quomodò cantabimus in terra aliena? Salm. 136.

Desterrado estoy, y no es razon que me divierta en el lugar de mi destierro.

PROPOSITOS.

1. El ánimo tiene necesidad de algun desahogo, así como el cuerpo la tiene de algun descanso; pero así el descanso como el desahogo son perjudiciales á entrambos, si se toman sin regla y sin medida; el

ánimo se agrava y se entorpece, y el cuerpo se llena de humores y enferma. El mismo efecto producen las diversiones mas lícitas, si no se toman con sobriedad. De ninguna uses que no sea cristiana; siendo siempre la razon cristiana, y no la pasion, la que te obligue á tomarla. Huye cuidadosamente de toda diversion de bulla y de tumulto, guardándote bien de destinar tus diversiones para el dia de fiesta. ¡Qué abuso, qué desórden, qué impiedad, convertir el dia del domingo, esto es, *el dia del Señor*, en dia de juego, de baile, de peligrosa ociosidad, y de diversiones profanas! Mira con horror esta especie de irreligion, y en todas tus diversiones considera bien el tiempo, el motivo y la duracion. Ten siempre en la memoria que un fin recto debe ser la regla de todas las diversiones. Un hombre ocupado necesita de algun desahogo, un cuerpo fatigado por el trabajo pide de justicia algun descanso. Pero la diversion siempre ha de ser diversion, y nunca ocupacion; ha de dejar cierta alegría, y nunca arrepentimiento. Siendo excesiva, siempre es dañosa. No ha de ser la pasion el alma ni la regla de las diversiones; para ser lícitas, es menester que sean cristianas. Nunca olvides estos consejos, y ponlos en práctica.

2. Ten gran cuidado en que todas tus diversiones sean decentes, correspondientes á tu estado, á tu condicion, á tu profesion, á tu edad, y tambien á la reputacion en que generalmente te tienen. Debes desterrarte para siempre de toda diversion que pueda servirte de ocasion de pecado. En las mismas diversiones te has de mostrar siempre cristiano, religioso, modesto, atento, bien criado, y en fin, hombre ajustado, que siempre está muy sobre sí. Jamás te abandones totalmente á ellas; concédelas el ánimo pero no el corazon, porque te lo estragarán. Imponte como una ley de hacer interiormente cierto número

de actos de amor de Dios durante las diversiones; medio admirable para que te sean provechosas al mismo tiempo que son cristianas. La compostura, la urbanidad, el sosiego, de que jamás te has de olvidar en el juego y en las diversiones, contribuirán para hacerlas mas agradables. En ninguna otra ocasion se descubre mejor el genio y la virtud.

DIA VEINTE Y DOS.

SANTA JULIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Habiendo sorprendido á Cartago el año de 439 Genserico, rey de los Vándalos y uno de los mas ardientes protectores del arrianismo, ejecutó las mas bárbaras crueldades, principalmente en las familias mas distinguidas de aquella populosa ciudad. Resuelto á fijar en ella su corte, quiso desembarazarse de todo lo que podia causarle algun rezelo. La primera que experimentó su inhumanidad fué la nobleza. Quitó la vida, ó los obligó á que la salvasen huyendo, á todos los que obtenian los cargos, ó lograban en la república algun crédito. Despojó á los ricos de sus haciendas, y á las iglesias de sus ornamentos, apoderándose de todos los vasos sagrados; y no contento con reducir á los mas ilustres ciudadanos á la mendicidad, á todos los hizo esclavos. Las mujeres y doncellas de distincion fueron vendidas á los mercaderes, y por muchos dias fué entregada al pillaje la ciudad.

Entre estas ilustres esclavas se halló una de la primera nobleza, llamada Julia, que, habiendo sido educada con el mayor cuidado en las santas máximas de la religion cristiana, habia hecho maravi-



STA JULIA, V. Y M.

llosos progresos en la virtud, y era la admiracion de toda la ciudad. Arrancada del seno de su familia, fué vendida á un mercader gentil, llamado Eusebio, que la condujo á Siria. Fácilmente se deja considerar cuánto sentiria Julia una mudanza tan espantosa de condicion. Acostumbrada a ser servida, y á vivir delicadamente, se vió reducida á la triste suerte de servir y de vivir como una vil esclava.

Solo halló consuelo en la religion y en su propia virtud. La vista de Jesucristo crucificado templaba la amargura de su corazon, y detenia el torrente de sus lágrimas. Conoció que por servir á un amo idólatra, no por eso era menos sierva de Jesucristo; así se dedicó á cumplir exactamente con todas las obligaciones de su estado, santificándose mas y mas en la penosa y abatida condicion de esclava. Bien presto se hizo admirar por su virginal modestia, su compostura, su porte y su aplicacion á los oficios á que la destinaban. Estimóla tanto su amo, que el aprecio llegó á ser veneracion; y solia decir que sentiria menos la pérdida de todos sus bienes, que el perder solo á su esclava.

Este favor que merecia Julia á su amo, solamente la servia para dedicarse con mayor libertad y con mas ardiente fervor á los ejercicios de su santa religion. Ayunaba rigurosamente todos los dias; el amo se afligia al ver lo mal que Julia se trataba; pero todas sus instancias, y todos los medios de que se valió para obligarla á comer y á darse mejor trato, solo pudieron conseguir que se dispensase en el ayuno los domingos. El amor á la castidad se dejaba ver en todas sus acciones, no pudiendo subir á mas alto grado su delicadeza en esta preciosísima virtud. Aunque su extraordinaria hermosura la ponia en tantos peligros en medio de aquellos paganos, se habia hecho tan respetable por su virtud y por su modestia, que los

paganos mismos se portaban con la mayor circunspeccion cuando se hallaban en su presencia.

Cuando habia acabado las haciendas de la casa (porque su virtud no se acomodaba con la ociosidad), empleaba el tiempo en la oracion, y en la lectura de los libros devotos que pudo salvar del pillaje de su casa.

Como si el trabajo de servir no hubiera sido bastante para una doncella tierna, noble, criada con regalo y con la mayor abundancia, añadia crueles penitencias á las penalidades de su estado. Tenia grabado en su corazon á Jesucristo crucificado, y esta memoria renovaba cada dia su fervor, dándola nuevo aliento y nuevo gusto en las mortificaciones cada vez que le contemplaba. A la verdad derramaba el Señor en su alma tan abundantes consuelos, que siempre se la veia con un semblante risueño, y apenas se ponia jamás en oracion, sin que corriesen de sus ojos dulces y copiosas lágrimas.

El mayor elogio de la religion que profesaba Julia era su vida ejemplar; acreditábala con sus obras; y su mismo amo, aunque gentil, no cesaba de alabar continuamente la religion cristiana. Llenábase nuestra santa de consuelo al ver la justicia que se hacia á su religion; pero en esta prosperidad una sola cosa la afligia, y era parecerla que esto mismo la ponia cada dia mas distante del martirio. La esperanza que siempre habia tenido de derramar su sangre por Jesucristo, era lo que la alentaba en la triste condicion en que se veia; este era el objeto de sus ansias, la materia ordinaria de sus oraciones, y la gracia singular que incesantemente pedia á Dios por intercesion de la santísima Vírgen, á quien profesaba muy tierna devocion: pedíala diariamente con las mayores instancias que la alcanzase de su querido Hijo la palma del martirio.

Siendo tan amada del hijo y de la Madre la hu-

milde sierva de Dios, no podia dejar de ser oida. Habíanse ya pasado algunos años de su esclavitud en Siria, cuando á su amo Eusebio, que hacia en las Galias un gran comercio con los géneros mas preciosos de Levante, se le ofreció un viaje á la Provenza, y resolvió llevar consigo á su esclava. No podia Julia resistir á la voluntad del que tenia autoridad para mandarla. Embarcóse, pues, no dudando que tendria sus altos fines la divina Providencia en disponer aquel viaje, en el cual no la podian faltar, cuando menos, muchas ocasiones de padecer, y quizá se la proporcionaria la del martirio. Con efecto, la halló antes de mucho tiempo. Habiendo arribado el navío á la isla de Córcega, mandó Eusebio echar el ancla; y noticioso de que los habitantes de la isla, todos idólatras, celebraban una gran fiesta en honor de sus falsos dioses, quiso asistir á ella, y saltó á tierra con toda la gente.

Entró en el templo, y sacrificó un toro al demonio. Al sacrificio se siguió el convite y la disolucion, como era de costumbre. Julia se habia quedado á bordo con parte de la tripulacion, suspirando de lo mas íntimo de su corazon, gimiendo delante de Dios, y llorando amargamente la ceguedad de aquellos miserables idólatras. Algunos criados de Félix, gobernador de la isla, entraron en el navío; y habiendo visto á Julia hincada de rodillas, preguntaron á los de la tripulacion qué hacia allí aquella doncella. Respondiéronles que era una esclava del señor Eusebio, la cual trataba de vanas supersticiones todas sus ceremonias y todos sus sacrificios, sin poder llevar con paciencia ni aun el nombre solo de los ídolos. Volvieron á tierra los criados del gobernador, y luego le contaron que en el navío habia una tierna doncellita que hacia burla del culto de los dioses, y condenaba los sacrificios.

Como era Félix uno de los hombres mas encaprichados y mas ardientes defensores de las supersticiones paganas, preguntó á Eusebio por qué razon no habia concurrido al sacrificio toda la tripulacion, y quién era una doncella de poca edad que venia en el navío, y se burlaba de todas sus ceremonias. Es, respondió Eusebio, una doncellita cristiana, esclava mia, de quien jamás he podido conseguir que mude de religion, á pesar de los arbitrios de que me he valido para este fin; pero en lo demás es de costumbres irreprensibles, me sirve grandemente, y me tiene hechizado su prudencia. Ella es la que gobierna mi casa, y cada dia admiro mas su fidelidad. Con todo eso, replicó Félix, yo os aconsejo que la obligueis á que rinda á los dioses el debido culto, ó en caso de no quererlo hacer, á que os deshagais de ella. Ni á uno ni á otro me puedo resolver, respondió Eusebio, y el mejor partido que podemos tomar es dejarla en paz. Pues vendédmela á mí, replicó Félix, que yo os daré por ella todo cuanto me pidiéreis; y si no quereis dinero, escoged entre todas mis criadas aquellas cuatro que mas os agradaren. Todo cuanto teneis, respondió Eusebio, no vale lo que ella merece; y antes perderé yo todo cuanto tengo, que perderla á ella.

Conoció el gobernador que nunca lograria de él que se la entregase voluntariamente, y que era menester recurrir al artificio. Dispuso, pues, un magnífico banquete, como para cortejar á Eusebio, y tuvo gran cuidado de embriagarle. Logrólo, y aprovechándose de la ocasion, dió órden á sus criados que fuesen al navío, y que trajesen á Julia á su presencia. Cuando la tuvo delante, la dijo con artificiosa ternura: No temas, hija mia, que se pretenda hacerte algun insulto; estoy muy informado de tu virtud, y no merecen tus prendas que gimas por mas tiempo

en el indigno estado de esclava. Quiero tomar de mi cuenta tu fortuna, y no pido de tí otra correspondencia que el que vengas al templo á cumplir con tus devociones, y ofrecer sacrificios á nuestros dioses. Yo pagaré á tu amo tu rescate; si quisieres quedarte en nuestra isla, no te faltará un esposo digno de tus prendas y de tu persona; y si gustares de irte á otra parte, yo te pondré donde eligieres, y te equiparé á mi costa de todo lo que necesitares.

Respondió Julia con mucha modestia y compostura, pero con igual resolucion, que ella se consideraba verdaderamente libre, mientras tuviese la dicha de ser sierva de Jesucristo; que estaba contenta con su condicion, y que ni pretendia ni pensaba en hacer otra fortuna que la del cielo. Pero en órden á ese culto que me proponeis, añadió levantando la voz para ser oida de todos, tened entendido que por el sumo horror con que miro vuestras ciegas supersticiones me hace estremecer solo el oir semejante proposicion. Soy cristiana, y mi mayor dicha será perder la vida por mi señor Jesucristo.

Irritado Félix con tan animosa respuesta, la mandó abofetear tan cruelmente, que fué bañado en sangre su virginal semblante. Dijo entonces la santa: « Mi dulce Salvador fué primero abofeteado por mí; » gran dicha es la mia ser tambien abofeteada por » mi dulce Salvador. » No pudiendo Félix contenerse, ordenó que la colgasen de los cabellos, y que la moliesen á palos. Hubiera espirado en este tormento, á no haberla conservado Dios la vida milagrosamente. En medio de él se la oyó exclamar de esta manera : « Seais mil veces bendito, amable Salvador » mio, por la insigne gracia que concedeis á vuestra » humilde sierva; dichosa yo si merezco tener al- » guna parte en vuestros dolores; pero ¡ah Señor, » y qué diferencia tan grande! A mí me arrancan los

» cabellos, y yo veo una corona de espinas que tras-
» pasa vuestra sagrada cabeza; verdad es que á
» mí me quebrantan á palos, pero vuestro sagrado
» cuerpo esta despedazado con crueles azotes; con-
» tra mí vomitan maldiciones, mas tambien os estoy
» mirando á vos harto de oprobios. » Rebosaba de alegría en medio de los mas atroces suplicios, cuando temiendo el gobernador que despertase Eusebio, y no le permitiese llevar á cabo su bárbara resolucion, hizo que á toda priesa se levantase una cruz, ó una especie de horca, para colgar en ella á la santa. A la vista de la cruz se llenó de nuevo gozo, y exclamó diciendo: « Siempre he deseado ardientemente, ó
» amado Salvador mio, dar la vida por vos; pero
» nunca me atrevi á prometerme la honra de darla
» en un madero á imitacion de mi divino Maestro.
» Dignaos, Señor, admitir el sacrificio que os ofrezco
» de ella, tened misericordia de estos pobres ciegos,
» y perdonadles mi muerte. » Apenas pronunció estas palabras, cuando la colgaron los verdugos, y en el mismo punto en que espiró, despertó Eusebio. En vano llenó el aire de lamentos y de amenazas al gobernador; Julia era muerta, y tan inútiles fueron sus lágrimas como su resentimiento.

Luego que espiró la santa se apoderó un secreto terror del corazon de los impíos que habian contribuido á su muerte, ó se habian hallado presentes á ella. Retiráronse todos con precipitacion, y entre tanto se aparecieron dos ángeles á unos santos monjes que habitaban cierta isla vecina, llamada la isla Margarita, por otro nombre Gorgona, y habiéndolos informado de todo lo sucedido, les mandaron de parte de Dios que fuesen á retirar el cuerpo de la santa. Embarcáronse al punto, y llegando al Cabo, encontraron al santo cuerpo pendiente todavia de la cruz; y descolgándole, se volvieron á embarcar con él,

llevando todos palmas en las manos, y cantando salmos. Los monjes de la isla Capraria, ó Cabrera, mas inmediata á Córcega que la antecedente, salieron á recibir el santo cuerpo, y acompañándole como en triunfo hasta la puerta de su monasterio, dejaron que se lo llevasen los de Gorgona, donde estuvo sepultado en un magnífico sepulcro hasta el año 763, en que Didier, rey de Lombardia, lo hizo trasladar á Brescia, ciudad de sus estados, y hoy perteneciente á la república de Venecia, donde fué depositado en la iglesia del bello monasterio de monjas quo él mismo habia fundado, y era abadesa de él su hija Angelberga. Hicieron las religiosas edificar otra iglesia mucho mas suntuosa que la primera, dedicándola á santa Julia, y fué trasladado á ella el santo cuerpo con gran concurso de los pueblos. El martirio de esta ilustre vírgen sucedió el dia 22 de mayo. En el lugar donde fué colgada de la cruz brotó una fuente milagrosa, que aun se conserva el dia de hoy, y en el mismo sitio se levantó una capilla en honra de la santa, donde cada dia la ilustra mas el Señor con nuevas maravillas.

SANTA RITA DE CASIA.

Entre los pueblos fértiles del reino de Ungría, pertenecientes al obispado de Espoleto, hay uno llamado Casia, á cuya jurisdiccion pertenece Roca-Porrena, donde en el siglo XIV de nuestra era cristiana vivian dos esposos con admirable edificacion en su dichoso matrimonio, distinguiéndose sobre otras virtudes en la especial gracia de arreglar las diferencias, llamados por lo mismo pacificadores de Jesucristo. Sentian en el alma verse privados de sucesion; y para conseguirla,

recurrieron á Dios por medio de oraciones fervorosas y obras de piedad, suplicándole se dignase concederles fruto de su bendicion. Oyó el Señor propicio sus peticiones, y repitiendo con la madre de Rita los prodigios de fecundidad que antiguamente con Ana é Isabel, hizo que concibiese en su ancianidad. Admirada con la novedad, la consoló un ángel con la agradable noticia de que daria á luz una hija muy amada de Dios y estimada de los hombres por su eminente virtud. Desde luego quiso el cielo manifestarlo así; pues nació sin el menor dolor de su progenitora, dispensando en esto el Todopoderoso la ley penal, impuesta á todas las mujeres en la cabeza de Eva, por los méritos previstos de la recien nacida, por cuya boca se vió salir y entrar, estando en la cuna, un prodigioso enjambre de abejas blancas como la nieve, indicio nada equívoco de su inocencia, de su candor, de su dulzura y de su suavidad.

Dudaban los padres sobre el nombre que se la habia de imponer en el bautismo, y se les reveló que fuese el de Rita, jamás oido en el mundo, pero muy significativo de la rectitud que acreditó en su prodigiosa vida. Previnola Dios con sus dulces bendiciones: dotóla de un corazon noble, generoso y compasivo, de un entendimiento vivo, sólido, penetrante y perspicaz, y de una propension natural á la virtud. Todas estas cualidades ahorraron á sus padres las penosas fatigas de la educacion, teniendo el consuelo de ver en la niña un pequeño prodigio de la divina gracia, que parecia obraba en ella con mas actividad que la misma naturaleza. La lectura de los libros piadosos, y otros muchos ejercicios de devocion, eran todos los entretenimientos de Rita en su infancia; notándosele ya en aquella tierna edad un sumo horror á todo cuanto podia lastimar levemente la pureza. Miraba con indiferencia y aun con un total desprecio las galas

y vanidades, persuadida que los adornos exteriores, por mas que sean preciosos y ricos, no pueden dar un solo grado de mérito á las doncellas cristianas.

Su hermosura, su modestia y su compostura, acompañadas de cierto aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones, la merecieron el concepto de la jóven mas prudente y cabal de su siglo; y amada por lo mismo cada dia mas de sus padres, haciendo estos consistir toda su felicidad en proporcionarla un ventajoso matrimonio, apenas llegó á la edad competente, la prometieron á uno de los muchos que se declararon pretendientes de su mano, sin consultar con la inclinacion de la hija, ni atender á la resuelta determinacion que ya habia tomado de consagrar al Esposo eterno su virginidad. Sintió Rita en el alma un golpe tan inesperado, y consultando en semejante conflicto con el Señor, la fué inspirado que obedeciese á sus padres; siguiendo en esto la divina Providencia el designio de que fuese un modelo de perfeccion en el estado del matrimonio, como lo habia sido en el de vírgen.

Luego que entró Rita en el nuevo estado, hízose cargo de las obligaciones y trabajos de él. Su primer cuidado fué estudiar el genio, la inclinacion y el humor de su marido para darle gusto en todo; pero tuvo la desgracia, que este manifestó en breve tiempo una condicion brutal, siendo sus pasiones dominantes la cólera y una desenfrenada incontinencia. Aunque la santa se dedicó á templar la una con su modestia y apacibilidad, y la otra con su paciencia y disimulo, con todo, dejándose conducir el bárbaro marido de su destemplanza, hacia que fuese víctima de su furor la esposa que por ningun título merecia; llegando sus desprecios al extremo de injuriarla con indecentes palabras, y maltratarla con peores obras. Sufrió Rita con indecible paciencia tan deshecha tem-

pestad por espacio de doce años, resignándose en todo con la voluntad de Dios. El único consuelo que tenia en sus aflicciones, era el recurso á la poderosa intercesion de la santísima Vírgen, y al patrocinio de san Juan Bautista, san Agustin y san Nicolas de Tolentino, á quienes profesaba una particularísima devocion; empleándose además en rigurosos ayunos y obras de piedad, y pidiendo á Dios que mudase la condicion de su esposo. Oyó el cielo sus fervorosas súplicas, haciendo que reflexionase el bárbaro marido sobre los grandes ejemplos que por tanto tiempo habia observado en su mujer; y así admirado de su apacibilidad, de su sufrimiento y demás virtudes, se convirtió de un fiero leon en manso cordero; no siendo ya aquel hombre colérico, altivo, soberbio, disoluto, sino otro por el contrario modesto, humilde, casto y temeroso de Dios.

Serenada tan terrible borrasca, Rita llena de gozo por semejante mudanza se aplicó enteramente á la educacion de los hijos que se sirvió darla el Señor, y al gobierno de su familia, alentando á todos á seguir por el camino de la virtud con sus sabias exhortaciones y admirables ejemplos. Ocupada en estos oficios propios de su obligacion, ocurrió el trágico fin de su marido, que murió de muerte violenta. Sintiólo extraordinariamente Rita, pero resignándose á las disposiciones del cielo, se ocupó en rogar á Dios por su marido, y en educar cristianamente á sus hijos. Temerosa de que estos no quisiesen con el tiempo vengarse de los homicidas de su padre, no contenta con inculcarles continuamente las máximas del Evangelio sobre el perdon de nuestros enemigos, rogó al Señor que si habian de cometer aquel delito, se los llevase antes para sí; cuya oracion fué oida por su Majestad.

Viéndose Rita desembarazada de todo lo que podia

detenerla en el mundo, resolvió poner en ejecucion los primeros deseos de consagrarse al Señor. Pasó á este efecto al monasterio de Santa María Magdalena, del órden de san Agustin, sito en Casia, donde pidió el hábito de religiosa con humildes y fervorosas súplicas; pero se lo negaron por primera, segunda y tercera vez, disponiéndolo así Dios para que fuese su entrada mas ruidosa. En vista de la tercera repulsa, se propuso formar en su habitacion un retiro donde sirviese á Dios, como pudiera en el claustro; ocupóse en cuantos laudables ejercicios recomienda el Apóstol á las verdaderas viudas cristianas, y brilló en este estado con el mismo ejemplo maravilloso que en el de vírgen y en el de casada.

Estando una noche en fervorosa oracion, oyó tocar á la puerta y llamarla por su nombre; pero no habiendo visto á persona alguna luego que salió á responder por la ventana, volviéndose al mismo ejercicio, quedó en un éxtasis admirable, y en él se le aparecieron tres respetables varones que le dijeron con dulces palabras: *ven, Rita amada, pues es tiempo ya de que entres en el monasterio, del que has sido tantas veces repelida.* Consolada con tan extraordinario favor, acompañada de los tres venerables emisarios, que fueron san Juan Bautista, san Agustin y san Nicolas de Tolentino, caminó por un espantoso sitio, que está á la ribera de Roca-Porrena, y entró en el monasterio de Casia, estando cerradas todas las puertas y ventanas, con particular admiracion de las religiosas, que, en vista del prodigio, tuvieron que admitir por fuerza superior á la que no quisieron voluntariamente.

Constituida ya dentro del claustro, se llenó el corazon de Rita de imponderable consuelo al verse retirada del mundo para dedicarse enteramente al servicio del Señor, acompañando al despojo universal de todos los bienes de la tierra el sacrificio de su

propia voluntad. Sin embargo de estar tan acostumbrada en el siglo á la oracion y rigurosas mortificaciones, luego que vistió el hábito se entregó mas y mas á semejantes ejercicios; sujetóse rendidamente á todas las menudencias de la regla, huyendo cuidadosamente de toda singularidad; y reputándose indigna de estar en la compañía de las religiosas, se humillaba continuamente delante de ellas, y no habia en el monasterio oficio tan humilde y penoso que no desease hacer. Ninguna novicia principió con mas fervor la vida religiosa, ni hizo en tan poco tiempo mayores progresos en la carrera de la perfeccion. Oyó un dia en el sacrificio de la misa cantar aquellas palabras del Evangelio que dijo Jesucristo á sus discípulos: *Yo soy el camino, la vida y la verdad*; y penetrada del significado de estas expresiones, quedó tan encendida en el amor de Dios como si hubiera sido un abrasado serafin.

Con estas preparaciones hizo su profesion; y en la noche siguiente á la solemnidad de aquel acto, tuvo la dicha, como el patriarca Jacob, de ver una escala que llegaba desde la tierra al cielo, á donde la dijo su esposo Jesucristo que habia de llegar por los grados de sus votos. Alentada con este extraordinario favor hizo Rita empeño de satisfacer las promesas hechas á Dios, y en efecto las cumplió en términos que llenó de admiracion á las mas perfectas religiosas. Jamás se vió en el claustro mas ciega obediencia, mayor pobreza evangélica, ni castidad mas pura. Quiso probar la priora la obediencia de Rita, mandándola regar un tronco seco del huerto por mucho tiempo, y sufrió sin réplica este penoso é inútil ejercicio, hasta que se le alzó el precepto. La misma exactitud observó en la pobreza: despues de la renuncia total de cuantos bienes poseia en el siglo, vivió gustosisima atenida á la Providencia. En cierta ocasion que pasaba á Roma con sus her-

manas (en tiempo que no guardaban clausura las religiosas) para ganar el Jubileo, dió una prueba nada equívoca del amor que profesaba á esta virtud, arrojando á un rio una moneda que se hallaron, exhortándolas que debian caminar confiadas solo en la proteccion de Dios. Su delicadeza en guardar la prenda de la castidad fué tan escrupulosa, que le mereció el renombre de Angélica. Hizo el príncipe de las tinieblas los mas fuertes ataques para manchar su pureza, representándola los objetos mas vivos y libidinosos; pero fueron inútiles todas sus fuertes tentativas, porque las mas furiosas y vehementes sugestiones solo sirvieron de vergonzosa confusion á los espíritus malignos, quedando siempre victoriosa Rita de las baterías de todo el infierno.

La penitencia con que nuestra santa castigó su cuerpo, llenó de asombro á los espíritus mas perfectos. Sobre los rígidos ayunos que hacia en los dias prescritos por la Iglesia, observaba dos cuaresmas además de la comun para todos, ayunaba á pan y agua en todas las vigilias de las festividades de María santísima, y añadia otras asperísimas mortificaciones. De continuo traia pegada á la carne una túnica de cerdas de puerco, con que se martirizaba. Todos los dias tomaba tres sangrientas disciplinas: la primera con cadenillas de hierro por sufragio de los difuntos; la segunda con correas por los bienhechores; y la tercera con cordeles retorcidos por la conversion de los pecadores. A los que la reconvenian sobre este rigor, respondia con el Apóstol, que castigaba su cuerpo para reducirle á la servidumbre de la razon, y para desarmar de este modo al enemigo infernal; dejándose ver en medio de tan excesivas maceraciones acompañada de apacibilidad, dulzura, suavidad, y una modesta alegría para con todos.

Portentosa Rita en todos los referidos ejercicios,

en lo que mas se dejó admirar fué en el modo maravilloso con que estaba dedicada á la oracion. Aunque se puede decir que oraba todo el dia, porque siempre se hallaba su mente elevada á Dios, se empleaba con especialidad en esto santo ejercicio desde la media noche hasta romper la aurora; pareciéndola tan corto este tiempo, que se quejaba no pocas veces del sol, porque al salir la inquietaba con sus rayos quitándola el reposo y la quietud que gozaba con el silencio de la noche en sus dulces contemplaciones, en las cuales no pocas veces se dejaba ver en amorosos éxtasis, el cuerpo inmóvil, los ojos levantados al cielo, ó clavados fijamente en la imágen de un crucifijo, el rostro inflamado con el fuego del amor divino, tan agradable y pacífico, que mostraba bien los deliciosos consuelos que disfrutaba su alma.

Los misterios de la pasion y muerte de nuestro Redentor eran la materia mas frecuente de sus altas meditaciones; y para que estos pudiesen excitar su devocion y afecto con mayor eficacia, hizo fijar en su celda los pasos de la Pasion de Jesucristo, con el fin de visitar el Via Crucis todos los dias; cuyo ejercicio practicaba con tal ternura, que en repetidas ocasiones la hallaron las religiosas ó enajenada enteramente de sentidos, ó echada en tierra, desfallecida á fuerza del dolor que sentia su alma.

Contemplando cierto dia en el vehemente dolor que padeceria el Señor cuando le pusieron la corona de espinas, le suplicó que se dignase hacerla participante de aquella pena; y con efecto, condescendiendo Jesucristo con sus ruegos, la fijó en la frente una aguda espina de su corona, la cual, sobre el dolor vivísimo que le causó, la produjo una llaga incurable siempre llena de gusanos y de putrefaccion, cuyo intolerable hedor la hizo separarse de sus hermanas para no serles molesta, quedando con este motivo sola en

plena libertad para comerciar únicamente con Dios. Sufrió con indecible paciencia todo el discurso de su vida esta penosísima mortificacion, á excepcion de un corto tiempo que pasó en Roma para ganar el Jubileo, en el que, por haberse resistido la superiora á concederle este permiso por razon de la asquerosidad de la llaga, se le cerró prodigiosamente; bien que á su regreso al monasterio se volvió á abrir, manteniéndose en la misma disposicion hasta su muerte.

El mérito que contrajo Rita en el dilatado tiempo de su padecer, y el grado á que se elevó su espíritu en la contemplacion, no son fáciles de explicarse, como ni tampoco el heroismo en toda clase de virtudes teológicas y morales. A la fama de su eminente santidad concurrian innumerables personas de todas partes, con el fin de admirar aquel oráculo celestial, pues entre otras gracias especiales que la dispensó el Espíritu Santo, tuvo la de un alto conocimiento, penetracion, y explicacion de los mas sublimes misterios de nuestra santa fe.

Visitóla el Señor últimamente por medio de una penosa y dilatada enfermedad, en la que dió ejemplo de sufrimiento y resignacion, sin perder nunca, en medio de los dolores, su apacibilidad, su tranquilidad y su paciencia inalterable. Sobre todo llenó á las religiosas de admiracion el ver cómo sé podia mantener tanto tiempo con el corto alimento que tomaba; y creyeron que la frecuencia de la sagrada Eucaristía suplia el sustento corporal. En fin, consumida aquella bienaventurada víctima, mas por la fuerza del amor divino que por el rigor de la enfermedad, despues de haber recibido los últimos sacramentos con la devocion y ternura propias de su espíritu, y de haber pedido á sus hermanas perdon por sus defectos, recreada con la vista de su amado esposo y de su santísima Madre, que la dejaron anegada en dulces

contemplaciones, rindió su espíritu en manos del Criador, en el dia 22 de mayo del año 1456, quedando su rostro tan hermoso y apacible como si estuviese dormida.

Luego que espiró, dió el cielo grandes señales de la santidad y gloria de su fiel sierva por medio de muchos prodigios. Su cuerpo despidió una fragancia sobrenatural, que trascendió por todo el monasterio; tocáronse por sí mismas las campanas de Casia, anunciando el dichoso tránsito de aquella amada esposa de Jesucristo; pero lo mas admirable fué que la llaga de su frente, que hasta allí se mantuvo llena de gusanos y putrefaccion, se vió cubierta de un resplandor brillantísimo. Tuvieron las religiosas en el féretro su cadáver algunos dias para satisfacer la devocion de la multitud de gentes que concurrian á venerarlo; despues lo depositaron en el mismo oratorio, en que tuvo la dicha de ser participante de la espina de la corona del Señor, donde se conserva con reja al coro y á la iglesia, para que tanto las religiosas, como el pueblo, puedan disfrutar la vista de aquel venerable cuerpo, que se mantiene despues de tantos siglos incorrupto, con las mismas apariencias, color, y flexibilidad que si estuviese dormido: con la particularidad de participar igual incorruptibilidad los vestidos con que se enterró, y aun los que usó en vida.

La multitud de milagros, que obró el Señor por la intercesion de Rita, movió á las religiosas de santa María Magdalena de Casia á que solicitasen de la silla apostólica su beatificacion y canonizacion; y reunidas sus eficaces súplicas con las de los pueblos de Ungría y de toda la religion de san Agustin para con Urbano VIII; constando á su Santidad los mismos prodigios, cuando fué obispo de Espoleto, concluidos los procesos informativos correspondientes,

la declaró beata por su bula de 2 de octubre de 1627, y despues la mandó poner en el catálogo de los santos con las ceremonias acostumbradas en el año de 1634.

En el dia que se celebró la fiesta de su beatificacion, entre otros muchos milagros, se advirtió con particular admiracion de la multitud de concurrentes, que abrió la santa los ojos tan refulgentes como si hubiera estado viva; y continuando Dios en hacerla maravillosa, todos los años, en el dia de su festividad, se levanta su cuerpo del fondo donde está hasta la superficie de la reja; y cuando alguno de los correspondientes superiores quiere verle por devocion, ó por otro motivo, se eleva á la superficie del arca, para ofrecerse á la inspeccion mas fácilmente. Nótase tambien que, cuando el Señor quiere hacer algun milagro por su intercesion, se percibe algunos dias antes un olor fragantísimo en el monasterio.

SANTA QUITERIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Quiteria, cuya memoria es y ha sido célebre en España desde los primeros siglos de la Iglesia, aunque nació de padres gentiles, dispuso la divina Providencia ilustrarla con el conocimiento del verdadero Dios por medio de la fe, en la que fué educada desde sus mas tiernos años. Muchos escritores estiman por fabulosa la historia del nacimiento de esta ilustre mártir de Jesucristo con el de sus ocho hermanas; pero á los reparos que contra ella objetan los críticos, se satisface por todas en la vida de santa Librada, dia 20 de junio, adonde remitimos al lector para no molestarle con igual repeticion, siempre que se trata de cada una de estas santas.

No obstante la certeza de su martirio, sobre el que no deja duda alguna su culto inmemorial en España,

autorizado por los oficios eclesiásticos, varían los escritores en la relacion de su vida y actas del mismo martirio; pero esta diversidad es inculpable en un reino que ha sufrido tantas y tan repetidas irrupciones de los bárbaros, por cuyo furor perecieron los monumentos antiguos, relativos á esta y otros muchos mártires, defraudando á la posteridad de noticias tan importantes. Los mas escrupulosos críticos que adoptan la opinion de haber padecido nuestra santa en la Gascuña, parece que debian darnos una relacion genuina de sus actas, para estimar, como estiman, por fabuloso cuanto de ella escriben los autores nacionales, mas dignos de crédito que los extranjeros en hechos de la nacion, segun reglas de una prudente crítica.

En atencion á lo dicho, no referimos las actas de esta ilustre mártir, segun se leen en algunos escritores patrios, por las complicaciones que se notan en ellas; ni nos atrevemos á resolver si con efecto padeció Quiteria en Montemayor, del obispado de Ebora; ó en el valle de Adaloga, cerca de Sardenella, contiguo al monte Pombiero, á cuatro leguas de Coimbra, segun escriben los portugueses; ó en Majaliza, pueblo del campo de Toledo, ó en la Gascuña de Francia, como sienten otros. Pero como la diversidad de estas opiniones no disminuye la certeza de su martirio, en que todos convienen, aunque adopten por lugar de su martirio aquel en que se le tributa un culto muy particular, parece que debemos contentarnos con venerar á esta ilustre mártir de Jesucristo, que testificó con su sangre las infalibles verdades de nuestra santa fe contra el supersticioso furor de los paganos, por los años 303, en la cruel persecucion que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano, enemigos irreconciliables del nombre y religion cristiana.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, los santos mártires Faustino, Timoteo y Venusto.

En Africa, los santos Casto y Emilio, que consumaron su martirio por el fuego. San Cipriano escribe de ellos que, habiendo sido vencidos en el primer combate, con la gracia de Dios salieron vencedores en el segundo, quedando hechos mas fuertes que las llamas los que antes cedieron á las llamas.

En la isla de Córcega, santa Julia vírgen, que por el suplicio de la cruz alcanzó la corona de la gloria.

En Comana en la provincia del Ponto, san Basilisco mártir, á quien en tiempo del emperador Maximiano y del presidente Agripa se hizo calzar unos zapatos de hierro con clavos hechos ascuas: despues de otros multiplicados tormentos, habiendo sido decapitado y arrojado en el rio, llegó á la gloria del martirio.

En España, santa Quiteria, vírgen y mártir.

En Ravena, san Marciano, obispo y confesor.

En el territorio de Auxerre, san Romano abad, que sirvió á san Benito en su gruta de Sublaco; despues, habiendo ido á Francia, edificó un monasterio, y dejando en él muchos discípulos imitadores de su santidad, pasó al reposo del Señor.

En Aquino, san Fulco confesor.

En Pistoya en Toscana, el bienaventurado Aton obispo, del órden Valumbrosa.

En Auxerre, santa Elena vírgen.

En Casia en Ungría, la bienaventurada Rita viuda, religiosa del órden de Ermitaños de san Agustin, la cual, hallándose desprendida de los lazos del matrimonio, amó únicamente al celestial esposo Jesucristo.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que se encuentra en las actas antiguas de la santa, y dice asi.

Deus, creator et conservator omnium gentium, misericordiam tuam humiliter postulamus, ut hunc diem beatæ Juliæ martyris tuæ congruis actionibus celebrantes, sempiterna quoque exercitatione lætemur. Per Dominum nostrum...

O Dios, criador y conservador de todos los hombres, humildemente imploramos vuestra misericordia, pidiéndoos nos concedais, que al mismo tiempo que celebramos la fiesta de vuestra bienaventurada mártir Julia, lo mejor que nos es posible, merezcamos algun dia acompañarla en los eternos gozos de la gloria. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 3 del libro de Tobias.

Ad te, Domine, faciem meam converto : ad te oculos meos dirigo. Peto, Domine, ut de vinculo improperii hujus absolvas me, aut certè desuper terram eripias me. Tu scis, Domine, quia nunquam concupivi virum, et mundam servavi animam meam ab omni concupiscentia. Nunquam cum ludentibus miscui me, neque cum his, qui in levitate ambulant, participem me præbui.

A tí, Señor, vuelvo mi rostro : á tí dirijo mis ojos. Ruégote, Señor, que me desates del lazo de esta ignominia, ó á lo menos me levantes de la tierra. Tú, Señor, sabes que jamás deseé hombre alguno, y he conservado mi alma pura de todo apetito. Jamás me mezclé con los que se divierten, ni tuve amistad con aquellos que caminan con lijereza.

NOTA.

« Son autores de este libro los dos Tobías, padre » é hijo, habiéndoselo mandado escribir el ángel san » Rafael para informar á la posteridad de las mara- » villas del Señor. Y habiéndolo compuesto en el país » de los Asirios y de los Medos, donde se hallaban

» cautivos, no se duda que lo escribieron en lengua
» caldea, y despues lo tradujo san Jerónimo en latin.
» Tobías, el padre, fué hecho cautivo y conducido
» á Ninive por Salmanasar, rey de Asiria, el año
» 3274 de la creacion del mundo, es decir, cerca de
» 790 años antes de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

Nunquam cum ludentibus miscui me. Nunca concurrí, ni me mezclé con los que gustaban de divertirse. Si las diversiones de las gentes del mundo son tan inocentes como ellas dicen; si no hay culpa ni peligro en divertirse como ellas se divierten, ¿á qué fin alega Sara por mérito el no haber concurrido con ellas á sus diversiones? En medio de eso, todo el plan de vida que se forman los mundanos, se reduce á una cadena, á un tejido, á una continuacion de pasatiempos; los que no se hallan en todos, son mirados con una especie de compasion, así de los jóvenes aturdidos, como de las mujeres mundanas.

Tiranizado el entendimiento por las pasiones, todo él se consume en discurrir arbitrios para calmar la inquietud de un corazon hambriento continuamente. Absórbense todo el tiempo las visitas, el juego y los espectáculos; y basta el dia de hoy ser hombre visible, tener conveniencias, hallarse en un empleo distinguido, para que duren toda la vida los divertimientos.

Asegura el Señor que el salvarse cuesta mucho; que para entrar en el cielo son necesarios grandes esfuerzos; que el camino que conduce á la vida es muy estrecho. Pues ciertamente que si se salva la mayor parte de los cristianos, se desmiente la verdad de estos divinos oráculos. ¿Qué esfuerzos hace para entrar en el cielo toda esa multitud brillante de cris-

tianos, para quienes todos los dias son dias de pasatiempos, y toda la vida es una continuada cadena de fiestas y de diversiones exquisitas?

¿Qué habrá costado esa piedra preciosa á toda esa gente criada en el regalo y en la sensualidad, fastidiada de su misma ociosidad, á quien solo el nombre de mortificacion estremece y causa horror? ¡Qué habrá costado esa rica corona á todas esas personas del mundo, ocupadas únicamente en inventar nuevos gustos, nuevos primores para el placer, y en perpetuar su duracion? Verdaderamente, á menos que sea penitencia esa misma delicadeza, esa misma ociosidad y esa misma vida deliciosa, no se sabe qué penitencia hace toda esa gente. ¿Mas para qué, ó porqué se derramarán tanto hácia fuera esos hombres bulliciosos? ¿á qué fin una vida tan atropellada y tan tumultuosa? Digámoslo con franqueza; esfuérzanse á derramarse tanto hácia fuera, porque interiormente se sienten despedazados de mil sobresaltos, de mil remordimientos, de que son presa aquellas pobres almas. El verdadero orígen de esas ocupaciones ruidosas y atolondradas de los hombres, es el ansia que tienen de huir de sí mismos; para una alma mundana el mayor suplicio es el silencio y la quietud; cada pasion es una furia, cada idea es un espectro para quien vive en el pecado. Aquella continua agitacion no nace de otro principio que del deseo de evitar, si fuera posible, la vista de sí mismo; el consuelo de olvidarse á sí mismos por algunas horas, es al parecer todo el gusto que perciben los mundanos en esa inquieta multiplicacion de diversiones; de aquí proviene despues aquella agonía tan espantosa en los últimos dias, y en las postreras horas de la vida. Pero ¿qué mal hay en divertirse? dicen algunos. Mas yo quisiera preguntarles, ¿será vida digna de un cristiano una

vida malograda en mil inutilidades, fatigada, por decirlo así, del mismo regalo y de la misma ociosidad? Y si no es vida cristiana, ¿no será un grande mal? Diviértese la gente, dicen otros, porque no sabe qué hacer: ¡bellamente! pero respóndanme: y las obligaciones de un cristiano ¿le permiten jamás decir que no sabe que hacer? ¿Es posible que porque sea hombre de conveniencias, persona de distincion, solo porque sea jóven, ya no tenga obligaciones que cumplir, ni cosa precisa en que emplear él tiempo? ¡Ah, de cuán diferente manera se discurre en la hora de la muerte! Aquel lecho y aquella hora son la verdadera luz, á la cual descubrimos muchas obligaciones que antes no se veian. ¿Y se creerá entonces que las diversiones mundanas eran una ocupacion verdaderamente honesta é inocente? ¿Causará gran consuelo en aquella hora el haber pasado una vida tan poco cristiana?

El evangelio es del cap. 6 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit. Si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrosum erit. Si ergo lumen, quod in te est, tenebræ sunt, ipsæ tenebræ quantæ erunt?

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si tu ojo fuese malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Si la luz, pues, que hay en ti se hace tenebrosa, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas?

MEDITACION.

DE LA CEGUEDAD INTERIOR.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el conocimiento es la luz del alma, como la vista lo es del cuerpo: quítale al hombre esta luz, y quedará en las tinieblas; despoja al alma de aquella, y se precipitará en la ignorancia. Las tinieblas materiales causan la ceguedad del cuerpo, y la ignorancia la del alma. Esta ignorancia, cuando es culpable, hace que á un mismo tiempo se ignore y se cometa el pecado, ó autorizando la pasion, ó desviando la atencion.

Se peca, dicen algunos, porque no se aplica la necesaria reflexion para evitar el pecado; se peca, porque no se piensa que el divertirse, el jugar, el vivir en una honesta ociosidad y con todo el regalo posible, sea una gran culpa. ¿No se piensa? ¿Pues en qué se piensa, si la ley santa de Dios, si las obligaciones del cristiano, si el Evangelio de Jesucristo, si el importante y espinoso negocio de la salvacion no se llevan toda nuestra atencion, y no fijan nuestros deseos y nuestros pensamientos?

En vano intentamos aturdirnos para no ver el peligro; el mismo peligro nos avisa y nos despierta. Esas espesas tinieblas se levantan del corazon; ámase el peligro, y por eso no se quiere ver su gravedad. Quiérese que no haya especial disonancia moral en esa vida ociosa y regalona, en esos entretenimientos que halagan excesivamente los sentidos, en esos juegos de profesion, en esas diversiones interminables, en esos profusos y continuados banquetes, en esos espectáculos, en esa profanidad. Esto se quiere;

pero ¿dejará de ser malo, solo porque se quiere que no lo sea? Y la ignorancia afectada del mal ¿canonizará una vida que el espíritu de la religion, el Evangelio de Jesucristo declaran no ser inocente? Ciérranse, tapianse todas las ventanas por donde puede entrar la luz, y dícese despues que nada se ve. Excítase de propósito un humo denso, y se vive con seguridad, porque no se perciben los objetos. Procúrase desecar el humor cristalino, sácanse los ojos voluntariamente por pasion, por locura, ó por furor, y tranquilízase el espíritu dando por razon que no ve porque está ciego. Esté sano el corazon, y luego lo estará el alma; purifíquese aquel, y desde luego se disiparán las nieblas, las ilusiones, las tinieblas de esta.

De buena fe, ¿creemos que Dios nos ha de juzgar por el particular sistema de conciencia que cada uno se forma voluntariamente? Apodéranse las pasiones del corazon, y tiranizan el entendimiento; todo se juzga en su tribunal, admítese lo que ellas aprueban, y se condena lo que reprueban. Ellas son las que aconsejan á los hombres mundanos aquel extravagante sistema de conciencia que se forjan ellos mismos; y todavía querrán que Dios se haya de gobernar precisamente por esta obra de las pasiones, cuando se trate de pronunciar sentencia definitiva sobre nuestra eterna suerte. Todavía pretenderán que entonces haya de excusar el Señor nuestras flaquezas. ¡Qué concepto hacemos, Dios mio, de vuestra justicia y de vuestra prudencia, cuando imaginamos que unas ilusiones y unos errores tan voluntarios han de ser la regla de las costumbres!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la pasion es la que ordinariamente causa la ceguedad. La pasion nunca discurre, siempre

es ciega. Tiene ojos, mas solo para ver los objetos con los colores que ella les presta. ¿Aborrecemos á una persona? Pues no es menester mas para que nos desagrade todo lo que hace.

Aborrecian los fariseos al Salvador: de aquí nació que toda la eminente virtud del Salvador no bastó para ablandarles el corazon. Emponzoñan todo lo que dice, y condenan todo lo que hace. Si resucita muertos en su misma presencia, el demonio es el que los resucita. Todos sus milagros se obran (en dictámen de ellos) por virtud de Beelcebub, príncipe de los demonios. La enfermedad de los fariseos se ha comunicado á los hombres del mundo; entre estos la pasion es la que decide, no la razon ni la religion. Dicen que tienen horror al pecado; pero no quieren que haya pecado en aquellas cosas que les lisonjean. Sóbranos luz para descubrir una paja ó átomo que no nos interesa, ó que se halla en los ojos de otro; pero no vemos una viga de lagar en los nuestros. No se atrevian los fariseos á entrar en el palacio de Pilatos por no contaminarse: vamos, que la delicadeza de conciencia era exquisita; pero al mismo tiempo pedian sin escrúpulo la muerte del Salvador. ¡De cuántas copias será original esta farisáica conducta!

Mas la ceguedad del alma no solamente es un gran mal, es muchas veces efecto del pecado mismo. Has resistido por largo tiempo á las luces de la gracia; pues amortiguáronse. No te has aprovechado de los talentos; pues se te han vuelto á pedir. Has ahogado las mas fuertes inspiraciones; pues ya no te hacen impresion. Cerraste los ojos á los rayos del sol; pues encubriósete. Y entonces, mi Dios, ¡qué de tropiezos! ¡qué de extravíos! ¡qué de engañosas ilusiones! ¡qué de falsas ideas! *Doce horas tiene el dia* (dice el Salvador); *el que camina de dia no tropieza; pero el que camina de noche anda trompicando, porque*

le falta la luz. Caminad mientras os alumbra la luz, no sea que sobrevenga la noche. El que camina en tinieblas no sabe por donde va.

¡Mi Dios, qué perniciosa y qué universal es esta ceguera voluntaria! ¡Qué mayor ceguera en las personas del mundo, que la de creer en Jesucristo, creer en su Evangelio, y vivir como ellas viven! ¡qué ceguera la de los hombres de negocios, cuando se trata de sus intereses! ¡qué ceguera la de los grandes del mundo en no aconsejarse para su conducta casi mas que con la ambicion, con el fausto y con la sensualidad! ¡qué ceguera la de los jóvenes en entregarse precipitadamente á la mas desenfrenada licencia de costumbres! ¡qué ceguera la de los ancianos en no dedicar siquiera el resto de sus cortos y miserables dias al negocio importante de la salvacion! ¡qué ceguera la de las personas devotas en dar en tantas y tan perniciosas ilusiones! ¡qué ceguera, en fin, la de las personas religiosas en descuidar tanto la perfeccion de su estado, y en vivir una vida tan poco regular!

Libradme, Señor, por vuestra misericordia de un mal que conduce á la mayor de todas las desgracias. Y pues todavia me alumbrais para que conozca el peligro, haced mi Dios que lo evite, y que trabaje seriamente en mi salvacion mientras me ilumina la luz.

JACULATORIAS.

Domine, ut videam. Marc. 10.
Haced, Señor, que vea, y que no camine en tinieblas.

Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte. Salm. 12.
Abrid, Señor, mis ojos para que jamás se cierren con el sueño fatal de la muerte eterna.

PROPÓSITOS.

1. La ceguedad interior es tanto mas funesta, cuanto es mas voluntaria, y por lo mismo mas difícil de curar. El ciego de Jericó gritaba con todas sus fuerzas : *Señor, tened misericordia de mí ;* y el Salvador le pregunta qué quiere que se haga con él, solo por oirle decir : *Señor, que vea.* No pide que le curen el que no se imagina enfermo. Pocos ciegos hay de alma y corazon que juzguen estar verdaderamente ciegos; por eso hay pocos que sanen de su ceguera. De aquí nace aquella obstinacion en el error, aquella terquedad de partido, aquel aferramiento en su propio juicio y en sus propias ideas, que, siendo siempre efecto de alguna violenta pasion, cierran la entrada á la conversion, y todas las ventanas á la luz y á la impresion de la gracia. Este es el estado mas infeliz de todos los estados; considéralo como tal, y por tanto desconfía de tu propio juicio, de tu propia opinion, de tus limitados alcances, y sujétalos con docilidad, no solo al juicio de la santa Iglesia, sin lo cual no hay salvacion, sino tambien al de los que te gobiernan, sin lo cual corres gran peligro de extraviarte y de precipitarte en el error. Serás dócil si fueres humilde; la ceguedad interior siempre es efecto del interior orgullo y de la corrupcion del corazon.

2. El Evangelio es la regla de las costumbres; viven ciegos los que solo se gobiernan por las máximas del mundo; y de aquí proviene aquella fatal seguridad en medio de sus extravíos. Todas las pasiones ciegan; desconfía de todo lo que tiene parentesco con ellas, y guárdate bien de juzgar ni aun la mas mínima cosa en su tribunal. Observa las advertencias siguientes. Primera : Te ha inquietado, ó te ha desobedecido un hijo, un súbdito, un criado : disimula, difiere la correccion hasta que estés sosegado y tranquilo; es me-

nester medio dia, y algunas veces son necesarios muchos, para que se serene la pasion, y esta dilacion siempre te será muy provechosa. Segunda: La misma regla has de observar con todos los que te ofenden. Despues de la tempestad y en la calma se presentan los objetos muy de otra manera; entonçes podrás obrar como cristiano y como hombre prudente. Tercera: Profesa una humilde, ciega y perfecta sumision á todas las decisiones de la Iglesia, como tambien una entera deferencia á las órdenes de tus superiores. El primer fruto de la ceguera es la indocilidad; y la mayor prueba de la indocilidad es la adhesion al propio juicio. Cuarta: Condena todas las máximas del mundo, y mira su espíritu con horror. Solo la ceguedad interior puede autorizar como del todo inocentes su profanidad, su ociosidad, sus diversiones, sus juegos, sus espectáculos, sus reuniones peligrosas. Quinta: Ten un director santo, ó por lo menos sabio y desinteresado; y nada hagas sin su consejo ó sin su órden. *Ne innitaris prudentiæ tuæ*, dice el Sabio (1): No te fies de tu prudencia. Vemos las caras de los otros, pero no vemos la nuestra; no es mucho que no descubramos nuestras manchas.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN JUAN DAMASCENO, CONFESOR.

San Juan Damasceno, ilustre por su doctrina, pero mucho mas por su virtud; uno de los mas ilustres defensores de la fe, ornamento y columna de la iglesia griega, nació en Damasco, ciudad capital de Siria, por los años 677, cuando estaba ya bajo la dominacion

(1) Prov. 3.

de los Sarracenos. Sus nobles progenitores, firmes siempre en la fe de Jesucristo, se habian señalado constantemente mas por el zelo de la religion, que por su esclarecida sangre y por los elevados empleos con que los príncipes sarracenos los habian honrado. Sergio Mansur, padre de nuestro santo, se aventajó mucho á sus gloriosos antepasados en poder, en crédito y en virtud. Elevóle su mérito á los primeros cargos. Siendo hombre poderoso, empleaba sus riquezas en rescatar cautivos cristianos, y en sustentar á los solitarios que poblaban los desiertos de Palestina. No tuvo otro hijo que á nuestro santo, y así dedicó todo su cuidado á darle una educacion correspondiente á su religion y á su nacimiento.

Logróla sin dificultad; porque el excelente natural y la mucha capacidad del niño Juan le ahorraban muchos preceptos. En medio de eso, no hubiera hecho grandes progresos en las letras, viviendo en un país desprovisto de maestros, y en que dominaba la ignorancia tanto como el mahometismo, si la divina Providencia no le hubiera deparado uno capacísimo de instruirle. Pasando un dia su padre por la plaza, se encontró con una tropa de cautivos, entre los cuales le llevó toda la atencion uno vestido de fraile por su circunspeccion y por su singular modestia. Notó, y aun se admiró, no sin piadosa extrañeza, de verle bañado en lágrimas; porque como hombre tan virtuoso, le parecia que ningun cristiano, y mucho menos un fraile, debia afligirse por accidente alguno de esta vida. Acercóse al cautivo, consolóle muy cristianamente, y le preguntó cuál era su profesion. Yo soy, le respondió este, un sacerdote italiano; mi nombre es Cosme, y ni mis lágrimas ni mi dolor tienen por motivo la miseria de la cautividad en que me veo, ni el temor de la muerte que considero cercana. Aflíjome porque habiendo pasado toda la vida

en el penoso estudio de las ciencias, solo por tener algun dia el consuelo de sacar algun discípulo que fuese útil á la santa Iglesia, sin haberme propuesto otro fin, ni pensado en otra recompensa por premio de mis trabajos, los veo ahora malogrados, considerándome destinado á morir en un estéril cautiverio. Sorprendido Mansur de tan extraña aventura, se persuadió desde luego ser alta disposicion de la divina Providencia, que por un medio tan irregular le regalaba en aquel cautivo un maestro el mas á propósito para la enseñanza de su hijo. Rescatóle, dióle libertad, y le hizo preceptor del niño Juan, y de otro niño llamado Cosme, aquel famoso poeta lírico á quien debe la iglesia griega la mejor parte de sus himnos, y al cual habia adoptado por hijo el mismo Mansur. Bajo la disciplina de tan insigne maestro hicieron los dos discípulos tan asombrosos progresos en todas las ciencias, que, reconociendo y confesando de buena fe el religioso italiano que les habia enseñado todo cuanto sabia, pidió licencia para retirarse, y obtenida, se recogió en la laura de san Sábas, fundada en la misma Palestina, donde vivió santamente el resto de sus dias.

El califa Heschan, príncipe de los Sarracenos, conoció luego el talento de nuestro santo; y apenas murió su padre, cuando le nombró presidente de su consejo, y su tesorero general. Resistióse Juan por su modestia á tan elevados empleos; pero solo sirvió su resistencia para confirmar y aumentar el concepto superior que tenia formado el príncipe de su consumada prudencia. Suspiraba siempre Juan por la vida monástica; hizo repetidas instancias al califa para que le permitiese retirarse, pero enamorado cada dia mas de la virtud y de la habilidad de su ministro, lejos de consentir en el retiro que anhelaba, le nombró gobernador de Damasco, y le de-

claró como superintendente general de toda la provincia.

Al paso que crecian en Juan las honras y las dignidades, se aumentaba en él la virtud y su religioso zelo. Jamás se vió mayor modestia ni mayor religion en un grande de la tierra. Carecia de límites su devocion, su ternura y su veneracion á la Madre de Dios. En todos los cuartos de su palacio habia alguna imágen de la santísima Vírgen; esta era el asunto mas comun de sus poesías. La afabilidad, la urbanidad y el agrado con que oia á todos, le ganaban el corazon de cuantos le trataban, mereciendo cada dia mas el favor y la estimacion del príncipe. Parecia que esta elevacion desconcertaba enteramente los intentos de la divina Providencia, haciendo inútil para la Iglesia, así el grande talento de que san Juan estaba dotado, como las ciencias con que se habia enriquecido; pero ninguna cosa es capaz de mudar los eternos decretos de la Sabiduría divina. Era necesaria, al parecer, alguna feliz desgracia para arrojar á san Juan al puerto donde pudiese cumplir tranquilamente las disposiciones del cielo; y con efecto sucedió esta desgracia.

Acababa el emperador Leon Isáurico de excitar una sangrienta persecucion contra todos los que rendian culto á las imágenes de Jesucristo, de la santísima Vírgen y de los santos; pero encontró en el gobernador de Damasco un enemigo ó un contrario todavía mas temible que el santo patriarca y los doctores de Constantinopla. Aunque vivia Juan fuera de la jurisdiccion y de los estados de aquel impío príncipe, se consideró obligado á salir á la defensa de sus hermanos en necesidad tan urgente. Como estaba tan versado así en la antigüedad de la Iglesia, como en la sagrada teología, escribió fuertemente contra aquella impiedad. En los dos primeros discursos que

publicó, muestra la gran diferencia que hay entre *honrar* y entre *adorar* las santas imágenes; hace visible demostracion de que los fieles, desde el tiempo mismo de los apóstoles, *honraron* siempre las imágenes, pero que jamás las *adoraron*. Prueba hasta la evidencia que no hay calumnia mas grosera ni mas mal concebida que esta que se levanta á la Iglesia. « Prohibe » Dios, dice el santo, hacer imágenes para *adorarlas,* » mas no para *honrar* á los santos que por ellas se » nos representan; antes bien expresamente ordenó » que para este fin se hiciesen, así en el templo de » Jerusalen, como en el arca del testamento. Quita, » pues, todas las imágenes, y declárate contra el que » las mandó hacer; ó sino, recíbelas como con» viene á cada una. » En el segundo discurso descubre palpablemente la malignidad de este error, y la grosera torpeza de esta herejía. « Antiguamente, » dice, hacia el demonio que los hombres adorasen » hasta las imágenes de los brutos y de las fieras; » ahora, por el contrario, induce este mismo enga» ñador á los hombres ignorantes é impíos á que nie» guen á las imágenes de los santos el religioso » culto que se las debe. » El tercer discurso que divulgó todo se reduce á aclarar mas las razones de los otros dos. Envió Juan estos escritos á todos sus amigos y á los prelados de la Grecia y de la Siria, encargándoles que los divulgasen. Como eran sólidos, concluyentes, llenos de instruccion y de una elocuencia viva y persuasiva, hicieron todo el efecto que se esperaba de ellos; confirmaron á los fieles en la fe, y confundieron á los herejes.

Pero como el espíritu de la herejía, cuando no puede engañar á los hombres, hace esfuerzos para perderlos, y en falta de razones recurre siempre á las calumnias, no pudiendo sufrir el emperador griego que un hombre de tan alta reputacion en todo el

Oriente combatiese con tanta fuerza y con tanta felicidad todos sus errores, recurrió para vengarse de él al mas infame y mas vergonzoso artificio. Tuvo medio para lograr una carta del santo, firmada de su mano, y buscando un sugeto muy diestro en la perniciosa habilidad de contrahacer letras, hizo remedar la de Juan con tanta propiedad, que era muy difícil distinguir la falsa de la verdadera. Asegurado ya de su acierto, le mandó copiar la carta siguiente, fingiendo que el santo se la habia escrito con el traidor intento de entregarle la ciudad de Damasco, luego que se acercase á la plaza con su ejército. La carta decia así:

Señor, siendo yo cristiano, como lo soy, me juzgo obligado á rendir al emperador de los cristianos el servicio que Dios y mi conciencia piden de mí, contra los enemigos de la religion que profeso. Bajo este supuesto, doy aviso á V. M. de que esta plaza de Damasco está mal guardada, y la guarnicion de los Sarracenos es tan débil, que de ningun modo puede resistir ni aun á los primeros ataques. Suplico á V. M. en nombre de Dios que no deje perder tan bella ocasion de librar de la tiranía de los bárbaros una ciudad tan floreciente. Para esto no es menester mas que hacer avanzar las tropas que teneis en la frontera; pues siendo yo gobernador de la plaza, empeño á V. M. mi fe y palabra de cristiano, que dispondré las cosas de manera que la sorprendan sin resistencia luego que se dejen ver. Espero sobre este punto las órdenes de V. M. para la ejecucion de una empresa tan gloriosa á su augusto nombre, y que no podrá faltar, si seguis el consejo que me tomo la libertad de daros; quedando entre tanto con el mas profundo respeto

Juan, muy humilde y muy fiel servidor de V. M.

Remitióse esta carta al califa de Damasco por persona segura, y fué acompañada de otra que le escribia el emperador en estos precisos términos:

La diversidad de religion jamás autoriza á los príncipes para cometer un crímen ni una perfidia, violando la fe que recíprocamente se prometieron por los tratados de paz. En prueba de que yo por mi parte quiero inviolablemente guardarla, os envio esta carta que acabo de recibir de un hombre infame, aunque cristiano, de quien vos os fiais, y os hace traicion. Esto os convencerá de la alevosía de ese traidor, y de la sinceridad de mi proceder, persuadiéndoos de que en vuestra mano está, siempre que me correspondiéreis, el que yo sea vuestro amigo y aliado.

LEON.

No era extraño que el califa cayese en un lazo tan disimulado. Quedó como mudo y embargado al leer las dos cartas; y tan colérico como aturdido hizo llamar al santo, y le puso la carta en la mano. Indignado Juan mas que sorprendido, exclamó contra tan infame embuste, protestando su inocencia; pero el califa, dejándose llevar de aquel primer movimiento de la cólera, mandó que al punto le cortasen la mano derecha, y que fuese expuesta en la plaza pública, como al instante se ejecutó.

Dejó el santo que se entibiase algun tanto ei primer calor de la indignacion del príncipe; y persuadido al anochecer que ya se habria templado, le hizo suplicar que se le restituyese su mano para enterrarla. Con efecto, ya los amigos del gobernador habian hecho conocer al califa el pérfido artificio del emperador griego, y vuelto en sí de aquel pronto arrebato, condenaba la precipitacion con que habia procedido, sin dar lugar á que se descubriese la calumnia. Hallándole en esta disposicion la súplice

de Juan, la oyó no sin alguna ternura, y consintió que se le entregase la mano. Lleno entonces el santo de una viva confianza, entra en su oratorio, y postrado ante una imágen de la santísima Vírgen, hizo la siguiente oracion: « Madre de mi Dios, refugio » seguro y dulce consuelo de todos los fieles, bien » sabeis vos que perdí esta mano solo por haber de- » fendido el culto debido á vuestras imágenes, á las » de vuestro Hijo y de sus santos. Confundid, Señora, » en este dia el error, confundiendo la calumnia. » Haced que esta mano vuelva á juntarse con su brazo, » para que únicamente se emplee en combatir con » esfuerzo los enemigos de vuestro Hijo y vuestros, » sirviendo á un mismo tiempo de testimonio irrefra- » gable á la verdad. » Luego que pronunció estas fervorosas palabras, aplicó la mano al brazo, la cual en aquel mismo momento se unió á él tan perfectamente, que ninguno pudiera creer que hubiese sido cortada, si la divina Providencia, para hacer visible el prodigio, no hubiera dejado señalada en la circunferencia de la muñeca como una línea colorada que estaba demostrando la anterior separacion. Penetrado Juan de reconocimiento y de devocion, pasó lo restante de la noche en cantar las alabanzas del Señor en compañía de toda su familia.

Un milagro tan grande no podia menos de meter mucho ruido; y llegando á noticia del califa, quiso convencerse de él por sus mismos ojos. Quedó igualmente asombrado que arrepentido: abrazó á Juan tiernamente, y rogándole que le perdonase su arrebatamiento, le dijo que le pidiese todo cuanto se le ofreciese, prometiéndole con juramento que todo se lo concederia. El santo, que desde su niñez solo suspiraba ansiosamente por retirarse á la soledad, se aprovechó de tan bella ocasion para obtener esta licencia. Afligió al príncipe la inesperada súplica, y

aun hizo cuanto pudo para apartar á Juan de aquel intento; pero como el santo le reconvino con su palabra y con su juramento, se vió precisado á darle licencia para que se retirase. Luego que se vió exonerado de sus empleos, dió libertad á sus esclavos, repartió sus ricos bienes entre los pobres, las iglesias y los parientes, despidióse del mundo, y con un solo vestido que se reservó, pasó primero á Jerusalen, y de allí á la laura de san Sábas en Palestina.

Habia diferencia entre laura y monasterio. Los monasterios eran semejantes á los nuestros, unos grandes edificios llenos de muchas celdas que ocupaban los monjes; pero las lauras eran como unas pequeñas poblaciones con casas separadas, en cada una de las cuales vivian dos ó tres religiosos. Luego que llegó nuestro santo á la laura de san Sábas, fué recibido en ella sin ser conocido, y fué entregado al gobierno de un monje, que era de los mas ancianos y prudentes; pero descubriendo este desde luego el grande talento y la profunda erudicion de aquel hombre desconocido, no quiso encargarse de la direccion de un sugeto tan sobresaliente. Lo mismo hicieron otros muchos, y todos por el mismo motivo. Solo se encontró uno muy anciano, que, juntando una santa simplicidad con una grande experiencia y mas que mediana sabiduría, se encargó de esta comision; y llevando á Juan á su celda, le dió las primeras lecciones siguientes, como fundamento de todas las demás. Primera: Que nada hiciese nunca por su propia voluntad. Segunda: Que ofreciese á Dios frecuentemente el trabajo manual, las mortificaciones, el silencio y las oraciones. Tercera: Que desterrase de su imaginacion todo pensamiento de mundo, no gloriándose ni en su saber, ni en el sacrificio que habia hecho á Dios, ni en otra cosa alguna. Cuarta: Que renunciase toda vanidad, no deseando ni visiones, ni

revelaciones, ni dones extraordinarios. Quinta: Que desconfiase siempre de sí mismo. Sexta: Que estuviese siempre alerta contra sus propias pasiones, viviendo con recogimiento interior, sin escribir jamás á nadie, sin hablar nunca de sí, ni de lo que habia aprendido fuera del monasterio, guardando inviolablemente el silencio, y advirtiendo que era malo aun el mismo hablar cosas buenas cuando no habia necesidad.

Observó el santo con la mayor puntualidad todas estas lecciones, y son imponderables los maravillosos progresos que hizo en el camino de la virtud. El buen viejo que le gobernaba solo atendia á hacer mas y mas perfecto cada dia á su discípulo, á domar su orgullo natural, y á postrar las fuerzas de su amor propio. Para esto le mandó que fuese á vender una gran porcion de cestas en la misma ciudad de Damasco, donde en otro tiempo se habia dejado ver de todos con tanto esplendor: señalóle el precio que habia de pedir por cada una, que era el triplo de lo que valian. Partió al instante el santo sin la menor réplica; presentóse en el mercado de Damasco mal vestido, con un semblante extenuado, y con un aire muy sencillo. No era fácil que ninguno llegase á tomarle por su antiguo gobernador, en un traje y en una mudanza tan extraordinaria; burlábanse todos de él en vista del excesivo precio que pedia por sus cestas; teníanle por un pobre simple, y corriendo luego la voz, vino á ser el juguete del populacho, hasta que habiéndole reconocido uno de sus antiguos criados, le compró todas las cestas, dándole cuanto pedia por ellas, pero sin hablarle palabra, ni darse á conocer de él.

Habiendo muerto un religioso que vivia junto a su celda, dejó penetrado de un vivísimo dolor á otro hermano suyo, monje en la misma laura. Este rogó á nuestro santo que para su consuelo le compusiese

algunos versos sobre la muerte. Hízolo Juan, movido de la caridad, sin acordarse de la órden que tenia de no escribir; pero llegando á noticia del viejo que le gobernaba, no quiso tratarle mas, y le echó de su celda. Reconoció el santo su falta, lloró, gimió; pero ni sus ruegos ni sus lágrimas pudieron aplacar al rígido director, sino con la condicion de que por espacio de muchos dias habia de limpiar las inmundicias de dentro y fuera de la laura.

Apenas oyó el santo esta órden, cuando la puso en ejecucion con alegría y con fervor. Prendado el santo viejo de tan profunda humildad y de tan rendida obediencia, corrió á echarle los brazos al cuello, y él mismo le condujo á su celda.

Entre tanto guardaba Juan á la letra todos los consejos que su maestro le habia dado, sepultado en el retiro, humilde, mortificado y recogido, cuando la santísima Vírgen se apareció en sueños al buen viejo, y le mandó que no detuviese estancada por mas tiempo el agua viva dentro de su manantial, impidiendo á su discípulo que aprovechase los grandes talentos con que el cielo le habia enriquecido; que le ordenase escribir y clamar contra los errores del tiempo, defendiendo con sus escritos la fe santa de la Iglesia. Enseñado el venerable anciano con esta vision, llamó á san Juan, y declarándole lo que le habia sucedido, le dijo que ya en fin habia llegado el tiempo en que era razon comunicase á todo el mundo cristiano los tesoros que Dios le habia confiado, no deteniendo la corriente de las aguas vivas de que estaban sedientos los verdaderos fieles; que escribiese contra los enemigos de Jesucristo y de sus santos, confundiendo con la pluma á los nuevos herejes.

Recibió Juan esta órden como venida del cielo. Compuso muchas y excelentes obras llenas de erudi-

cion y de piedad: entre otras el gran tratado sobre la veneracion de las imágenes; muchos discursos en defensa de la fe; gran número de tratadillos de devocion, tan tiernos y tan afectuosos, como llenos de una divina elocuencia, sobre todo cuando habla de las prerogativas y excelencias de la santísima Vírgen. Los admirables discursos que compuso sobre su gloriosa Asuncion, parecen como inspirados por el Espíritu Santo, y no dejan dudar que este dirigia su pluma cuando escribia todas sus obras. No será mucho decir, en honor de san Juan Damasceno, que la Providencia divina tuvo cuidado de recojer los testimonios de la mas venerable antigüedad en las obras de nuestro santo, para que llegase con seguridad hasta nuestros tiempos la tradicion de la iglesia griega. Viendo Dios (quiero explicarme de esta manera) el lastimoso estado á que habian ya reducido á Egipto y á la Siria las conquistas de los Sarracenos, sabiendo que toda el Asia y la misma Grecia habian de gemir con el tiempo debajo del mismo yugo, y que muchos escritos de los padres habian de sepultarse en las ruinas del imperio del Oriente, escogió á nuestro santo para que, juntando lo mas precioso y lo mas sustancial que se encontraba en ellos en órden á los dogmas de la fe, lo transmitiese á la posteridad. Tambien fué nuestro santo el primero, y acaso el único de los Griegos que redujo á método la sagrada teología; siendo el inventor, ó por lo menos el que dió ocasion á la escolástica de que usan los latinos, y es de tanta utilidad en la Iglesia contra el artificio y sofisterías de los herejes.

Cerca de los años de 740 fué á la laura el patriarca de Jerusalen, y obligó á Juan á que se ordenase de presbitero; pero sobrevivió poco á este nuevo estado, porque cayó gravemente enfermo, y consumido de penitencias y de trabajos, despues de haber enrique-

cido la Iglesia con gran número de excelentes obras, lleno de merecimientos murió en el mes de mayo, por los años de 770, teniendo mas de ochenta de edad, y ha sido venerado desde entonces como uno de los mas sabios y mas santos padres de la Iglesia.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Es manifiesta la contradiccion en que cayó aquí nuestro autor; porque si el santo se ordenó *cerca de los años de* 740, y murió por los de 770, *no sobrevivió poco al nuevo estado*, pues la supervivencia de treinta años que se cuentan desde el año de 740, hasta el de 770, no se puede llamar corta. A esta contradiccion se añade otra. Dice el P. Croiset que nuestro santo murió *teniendo mas de ochenta años.* Esta expresion quiere decir que tenia algunos meses mas de los ochenta; pero si el santo nació en el año de 676, y murió en el de 770, como lo dice nuestro autor, no solo tenia *mas de ochenta años*, sino que contaba noventa y cuatro, pues esos van desde 676 hasta 770. Por tanto, parece que hay equivocacion en estos cómputos, menos en el año en que nació el Damasceno, que casi todos convienen fué el 676; y se ha de decir que el patriarca de Jerusalen fué á la laura despues del año de 750, que obligó á san Juan á que recibiese el órden de presbítero, y que, habiendo muerto en el de 760, á los ochenta y cuatro de su edad, sobrevivió pocos años al estado del sacerdocio. »

La misa es del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Joannis Damasceni confessoris tui annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus actio-

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado confesor san Juan Damasceno; concédenos

nes celebramus, etiam imitemur exempla. Per Dominum nostrum...

benigno que imitemos los ejemplos de aquel, cuyas acciones celebramos. Por nuestro Señor.

La epístola es del cap. 9 del Eclesiástico.

Fili, ne respicias mulierem multivolam: ne fortè incidas in laqueos illius. Cum saltatrice ne assiduus sis: nec audias illam, ne fortè pereas in efficacia illius. Virginem ne conspicias, ne fortè scandalizeris in decore illius. Ne des fornicariis animam tuam in ullo: ne perdas te, et hæreditatem tuam. Noli circumspicere in vicis civitatis, nec oberraveris in plateis illius. Averte faciem tuam à muliere compta, et ne circumspicias speciem alienam. Propter speciem mulieris multi perierunt: et ex hoc concupiscentia quasi ignis exardescit.

Hijo, no pongas los ojos en mujer que ama á muchos, no sea que caigas en sus lazos; no frecuentes á la bailarina, ni la oigas, no sea que perezcas con sus artificios. No mires á la vírgen, no sea que su hermosura te sea ocasion de escándalo. No sujetes en nada tu alma á las rameras, para no perderte á tí y á tu herencia. No traigas los ojos por los barrios de la ciudad, ni andes vagando por sus plazas. Aparta tu vista de la mujer aderezada, y no mires cuidadosamente la hermosura ajena: por la belleza de la mujer perecieron muchos, y de ella arde la concupiscencia como fuego.

NOTA.

« Dice san Jerónimo que los antiguos llamaban » al libro del Eclesiástico *panaretos*, nombre griego » que significa *toda virtud*; porque ninguna hay que » no se enseñe en este excelente libro. Es una filosofía » moral universal, que combate todos los vicios, » muestra el camino de todas las virtudes, y arregla » las costumbres de toda clase de personas. »

REFLEXIONES.

¡Oh, y qué altamente se condenan las perversas máximas del mundo por todas estas saludables adver-

tencias que nos hace aquí el Espíritu Santo! ¡A cuántos y á cuántas forma el proceso esta sola epístola! ¿Llegó jamás á mayor exceso la profanidad de las mujeres, sus adornos han sido nunca mas engañosos, y mas exquisitos? Ya no se ocultan los lazos; el arte de tentar es hoy el mas ordinario estudio de las mujeres; ni sirve de asilo el sagrado de los altares; todo es peligros en estos infelices tiempos. ¿Y qué precauciones, qué preservativos se toman, qué armas se manejan contra tantos enemigos, contra tantos artificios, contra tantos peligros?

Pero si los lazos que se arman á la inocencia están extendidos por todas partes, ¿no es así que en los espectáculos se hallan todos reunidos? Despues de lo que el Sabio nos acaba de enseñar, ¿habrá valor para decir que los espectáculos son inocentes, y que en ellos no se descubre cosa mala? ¿Es posible que todavía se hallen cristianos que estén persuadidos de que se puede asistir á los espectáculos sin el menor peligro? ¿quién no ve que ya no son estos una diversion aérea, muda y de pura ociosidad? Son un conjunto engañoso de todos los objetos que pueden deleitar; ninguno se presenta que no tienda derechamente á embelesar el alma con mil dulces atractivos, y á encantar el corazon con lo mas seductor y mas pegajoso que tienen las pasiones. Sin este delicioso artificio perderia el teatro todo lo que le hace agradable; quiérese que el espectáculo incite y mueva: seria lánguida la escena si no irritara alguna pasion; todo conspira á engañar el alma y á derretirla. Guiado el corazon por los ojos y por el oido, se para en todo lo que embelesa; enmudece la razon en vista de tantos atractivos; no se oyen los gritos de la religion con el ruido y con el estruendo de tanto embeleso; deséchase todo aquello que no lisonjea á los sentidos. Ahora pregunto: rodeada el alma de tantos objetos capaces de incitarla,

y que con efecto la incitan, ¿será dueña de contener sus deseos?

Hablando con propiedad, los espectáculos profanos no son otra cosa que una sabia escuela de todas las pasiones. En ella se dan con aparato y con felicidad lecciones públicas de galanteos, de engaños, de estratagemas, de ambicion; y como son unas lecciones halagüeñas, á las cuales da un maravilloso relieve la viva accion de los actores y de las actrices, ¿qué progresos no hace una pasion fogosa y vehemente, insinuada con tanto artificio en un corazon ya dispuesto á inflamarse con una sola chispa? Todo cuanto se ve, todo cuanto se oye, tiende directamente á lisonjear los sentidos y la sensualidad; galas, trajes, decoraciones, música, la reunion misma, todo tienta, todo provoca; y á fuerza de gustar de lo que encanta, se hallan atractivos en los lazos, y se halla complacencia en la misma tentacion.

Fácilmente se habitúa el corazon á lo que le gusta, por mas peligros que oculte; la dulzura del veneno hace olvidar sus funestas consecuencias. La hermosura y el artificio con que se representa en el teatro, quitan á las pasiones todo lo vergonzoso que las afea. A puro admirarlas y aplaudirlas se aprende á no avergonzarse de ellas; leccion en que han hecho demasiados progresos esos eternos defensores, admiradores y proclamadores del teatro. ¿Sálese de él con una conciencia mas delicada? ¿Apréndese en él á vivir con mayor circunspeccion, con mas cuidadoso recato? ¿Sácanse de él pensamientos mas puros, modos de hablar menos libres, modales mas compuestos y mas cristianos? Al salir de la comedia ¿se experimenta mayor inclinacion á los ejercicios de devocion? ¿Podráse negar que la desenfrenada licencia del siglo, la lastimosa corrupcion de costumbres en todas las edades, el disgusto casi universal á todo lo que respira

devocion, la indiferencia, por no decir el desprecio de la religion, reducida ya en muchos á meras exterioridades; podráse negar, vuelvo á decir, que todas estas desdichas sean en gran parte fruto como natural de los espectáculos profanos? Y despues de todo esto se preguntará friamente, ¿qué mal hay en asistir á ellos? Consultadlo con el Sabio en la epistola del dia; consultadlo con el Evangelio, consultadlo finalmente con vosotros mismos si teneis algo mas que el nombre de cristianos.

El evangelio es del cap. 18 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Si manus tua, vel pes tuus scandalizat te, abscide eum, et projice abs te : bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quam duas manus, vel duos pedes habentem mitti in ignem æternum. Si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice abs te : bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quam duos oculos habentem mitti in gehennam ignis.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : Si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtalo, y échalo de tí. Mejor te es entrar en la vida débil ó cojo, que ser echado al fuego eterno con dos manos, ó con dos piés. Y si tu ojo te escandaliza, sácatelo, y échalo fuera de tí; mejor te es entrar en la vida con un ojo, que ser echado al fuego eterno teniendo dos.

MEDITACION.

DE LA OCASION PRÓXIMA.

PUNTO PRIMERO.

Considera el sentido y la energía de las expresiones de que se vale Cristo para exhortarnos á huir de las ocasiones peligrosas. ¿Qué cosa mas estimada que los ojos, ni mas útil que los piés y las manos? Con todo eso, si te son ocasion de pecado, es necesario sacarte

los ojos y cortarte las manos y los piés. La razon de este precepto se hace palpable. ¿No vale mas entrar en la vida eterna con un ojo solo, que ser precipitado en los abismos con dos? Hablemos sin figuras. ¿Será gran consuelo para un miserable condenado acordarse que mientras vivió no perdió ocasion de divertirse; que no faltó á ninguna de aquellas concurrencias donde todo era tentacion; que asistió sin escrúpulo ni remordimiento á todos los espectáculos, donde todo conspiraba á excitar y aun á irritar las pasiones, donde todo contribuia á encender el fuego de la concupiscencia? ¿Daráse el parabien por toda la desdichada eternidad de haber sido uno de los mas puntuales asistentes á todas las academias de la ociosidad, á todas las tertulias del cortejo y del galanteo; de haber leido aquellas novelas, aquellas comedias, aquellos libros emponzoñados, que fueron tal vez origen de su eterna reprobacion? La memoria de estas ocasiones peligrosas, perniciosas y verdaderamente pecaminosas en que se experimentaron tantas y tan lamentables caidas, esta memoria, digo, ¿consolará mucho á una mujer que se condenó? Aquel grande del mundo, sepultado para siempre en las llamas eternas, ¿indemnizará á aquellas tristes víctimas de la cólera de todo un Dios, las indemnizará, digo, de la pérdida que han experimentado perdiendo al mismo Dios por complacerle? Por el contrario, los bienaventurados en el cielo, ¿tendrán grande sentimiento de haberse privado de las diversiones peligrosas; de aquellos juegos públicos, que se prohibieron para siempre; de aquellas conversaciones demasiadamente libres, que miraron siempre con un santo horror; de aquellos espectáculos profanos, escollo fatal y casi necesario de la inocencia? ¿Estarán arrepentidos de haber pasado sus dias en una vida retirada y solitaria, antes que exponerse á

ocasiones de caer y de precipitarse? ¿Causaráles mucho dolor el haberse negado á todas las fiestas mundanas solo para poner á cubierto su virtud? ¡Cuántos hay al presente en el cielo que se regocijan de haberlo hecho así, que saltan de alegría por haber arrojado al mar (quiero explicarme de esta manera) todo lo mas precioso, lo mas tentador que poseian, precisamente porque su carga podia ser ocasion de un miserable naufragio! Aquella doncella jóven, que ahora está en el cielo, y pasó la vida cubierta con un pobre velo, encerrada en un estrecho claustro, ¿envidiará mucho la suerte de la hermana suya, que se precipitó en el infierno por haberse expuesto en medio del gran mundo á todas las ocasiones de pecado? ¡Mi Dios! ¿porqué no se pensará, porqué no se discurrirá ahora sobre las ocasiones de pecar, como se ha de discurrir y se ha de pensar en la dichosa estancia de la gloria?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque el demonio es á la verdad un enemigo formidable, no lo es tanto como nosotros nos imaginamos. Solo puede atacar las fortificaciones exteriores de la plaza; mas el corazon es un santuario adonde no puede penetrar, si nosotros mismos no le abrimos la puerta. Es un leon que ruge, pero es un leon de cadena ó de jaula; puede rugir, mas no puede morder, y mucho menos despedazar, sino á los que voluntariamente se acercan á él. Es el demonio un enemigo invisible, y las tentaciones mas peligrosas nos vienen comunmente de aquellos enemigos que se ven y que se palpan. Nosotros mismos le ponemos en las manos las armas de que se vale contra nosotros. Debe su fuerza á nuestra cobardía, á nuestra flaqueza, ó por mejor decir, á nuestra temeridad. y á la lijereza y facilidad con que nos mo-

temos en las mas peligrosas ocasiones. Seamos nosotros menos presuntuosos, y seremos mas fuertes, y él será mas flaco; pocas ventajas conseguirá, si nosotros no se las facilitamos metiéndonos ciegamente en los peligros. Es nuestro corazon como una plaza sitiada por el demonio; pero no la puede tomar tanto por fuerza como por sorpresa, ó por la inteligencia secreta que mantiene con los sentidos y con las pasiones. Siempre las procura ganar por la codicia de algun interés, por el atractivo de algun deleite, ó por la brillantez aparente de alguna honra; pero estos objetos tienen poca fuerza cuando están distantes; la ocasion los aproxima. Huyamos las ocasiones, y aquella hermosura hará poca impresion en nosotros; huyámoslas, y aquellos respetos humanos tendrán menos fuerza para hacernos traspasar la ley; huyámoslas, y no combatirán nuestra fidelidad mil objetos que no tientan, mil pretextos que nos alucinan, mil razones frívolas que debilitan nuestras mejores resoluciones. Por eso san Pablo llama emisario del demonio al estímulo de la carne. Si consigue alguna ventaja, siempre es por el engaño, por la negociacion y por el artificio; estemos siempre sobre las armas, y será cierta la victoria con el auxilio de la gracia. Vámonos nosotros á meter con los ojos abiertos en sus lazos, enredámonos atolondradamente en sus redes, y decimos despues: *Tentóme el enemigo.* ¿Porqué ha de echar la culpa de su caida al demonio aquel jóven aturdido que se va á meter en las ocasiones mas peligrosas con el otro sexo; aquella mujer que tiene tan frecuentes y tan largas conversaciones con el otro jóven; aquellos hombres del mundo tan puntuales en asistir á esas concurrencias brillantes, en que la vanidad desplega con pompa todos sus engañosos atractivos, en que el arte de tentar y de agradar acostumbra salir siempre vic-

torioso, y en que encendidas las pasiones por tantas partes hacen tan lastimosas conquistas? El dia de hoy poco tiene que trabajar el tentador con respecto á la mayor parte de los hombres. Las ocasiones mas arriesgadas á que se entregan con impetuosidad, con furor, casi por profesion y con la mayor desvergüenza, dejan poco que hacer al enemigo de la salvacion.

¡Ah Señor, demasiada experiencia tengo de esto! Mas ya que por vuestra misericordia me habeis descubierto el peligro, espero me concedais la gracia que os pido, de huir con tanto horror todas las ocasiones de pecado, que la atencion y la vigilancia en evitarlas sean la prueba mas segura de mi fidelidad, y el efecto de la resolucion que desde luego formo con vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Non sedi cum concilio vanitatis, et cum iniqua gerentibus non introibo. Salm. 25.

No, Señor, no mas asistencia á los concursos de la profanidad, no mas intimidad ni conversacion con gente perdida.

Iniquos odio habui, et legem tuam dilexi. Salm. 118

Serán enemigos mios todos los que lo fueren tuyos. Amaré tu santa ley, y solo tendré amistad con los que la amaren.

PROPOSITOS.

1. *Huye del pecado, como de la serpiente,* dice el Eclesiástico, *porque si te arrimas á él te agarrará.* Solo puede reconocerse el horror que se tiene al pecado, por el horror que se tiene á las ocasiones de pecar. La fuga de ellas conserva al alma inocente. Si David las hubiera huido, no hubiera cometido un adulterio, ni se hubiera precipitado en tantos desórdenes. No te fies de tu fervor ni de tus propósitos; desconfia siem-

pre de tu propio corazon. Es presuncion exponerse voluntariamente á los peligros, y esta orgullosa presuncion fué causa de mil funestas caidas en muchos héroes cristianos. ¿Sabes porqué los mas virtuosos, los mas generosos, los mas prudentes se fueron á sepultar vivos en los desiertos? por poner á cubierto su virtud. Por mas virtuoso, por mas mortificado que seas, créeme, huye las ocasiones de pecar. Aunque hayas encanecido en la mas rigurosa penitencia; aunque casi estés ya con un pié en la sepultura; horrorízate á la vista de la ocasion, y busca en la fuga tu seguridad. Huir las ocasiones de pecar, es cordura, es virtud, es verdadera magnanimidad: nunca olvides esta doctrina.

2. Es muy astuto el enemigo de la salvacion. No le sobra otra cosa que razones, que motivos especiosos, que frívolos pretextos para inducir al alma á que se meta en los peligros. Unas veces la urbanidad, el no dar que decir, otras una apariencia de caridad, se te presentará como legítimo motivo para hacer una visita que te pone en peligro. Tal vez con el pretexto de necesidad, y aun tambien de devocion, te irás á meter en el lazo; huye, huye apresuradamente de estas tentaciones. ¿Tienes en tu casa algun criado ó criada que te tienta? despídelo con resolucion y sin misericordia. Prohíbete toda comunicacion muy frecuente y demasiadamente larga, aunque sea la mas espiritual, con personas de diferente sexo. Es absolutamente necesario el recato de la vista para conservar la inocencia. *Hice pacto*, dice Job, *con mis ojos para que ni aun pensase en la doncella; de otra manera, ¿qué union podia tener con Dios, ni qué parte me podia dar en su herencia el Todopoderoso?* Observa siempre esto.



LA APARICION

DE SANTIAGO APOSTOL.

LA APARICION DE SANTIAGO APÓSTOL.

El apóstol Santiago, que recibió de Jesucristo la comision de predicar á los Españoles el Evangelio, segun entiende santo Tomás de Villanueva el cumplimiento de la peticion hecha al Hijo de Dios por la madre de los Zebedeos, despues que con sumos trabajos y penosas peregrinaciones puso en ejecucion la voluntad de su Maestro, viniendo á predicar á esta region dichosa, no ha olvidado jamás desde el cielo el promover con su poderosa intercesion sus felicidades, procurándolas muchas veces con repetidos milagros. La iglesia de España, justamente agradecida á tan benéfico patrono y padre de su fe, celebra con solemnes festividades los principales favores que ha recibido de su mano. Uno de ellos, y el mas considerable despues del primitivo de su predicacion, es la aparicion portentosa de este santo apóstol, con que libró á España de la mayor ignominia, peleando en sus batallas, y capitaneando sus escuadrones para darla una victoria enteramente milagrosa y fuera de sus esperanzas. La autoridad de nuestra Iglesia que celebra esta festividad, y los multiplicados escritos de varones sabios que refieren esta aparicion, hacen cesar las dudas que la curiosa erudicion de algunos modernos ha esparcido sobre este hecho piadoso, que deducido de nuestros historiadores es como se sigue.

En el tiempo del cobarde y lúbrico Mauregato llegó España á un estado de infelicidad y de impotencia, igual al de soberbia y de poder á que habia subido la dominacion de los Sarracenos. Estragadas con la ociosidad y con los vicios las costumbres de los cristianos, se habian olvidado de aquel antiguo valor en las armas, que diera que entender por espacio de

mas de dos siglos á la reina de las naciones, y mas posteriormente, bajo la guia de un Pelayo, habia tenido á raya la pujanza y osadía de los moros. Conociendo estos despues la debilidad de los príncipes españoles, llevaron su insolencia hasta el exceso de pedirles un tributo tan inicuo como vergonzoso. Consistia este en pagar anualmente cien doncellas casaderas, que se sorteaban entre las mas nobles y hermosas, para servir á la incontinencia de los bárbaros. Los españoles vivian por esta causa en una continua amargura. Criaban á sus hijas con cuidado y regalo; pero considerando al mismo tiempo que habia de venir un dia en que las apartasen de su seno, para ponerlas como inocentes corderos en las garras de lobos carniceros, su corazon se llenaba de mortales angustias; el dolor, las lágrimas y suspiros de las piadosas madres al ver tan precioso fruto de sus entrañas prostituido á la bárbara carnalidad de los enemigos de Jesucristo, subian de todo punto, considerando por otra parte la cobardía y abatimiento en que estaba sumergida España. Las inocentes doncellas se veian precisadas á dejar el amado seno de sus padres, sus parientes, sus amigas, la tierra amada en que habian sido criadas, y alejarse de la sacrosanta religion en que habian sido educadas, para vivir con una gente bárbara y feroz, embrutecida con los excesos de la carnalidad, y ciega con las tinieblas de una brutal supersticion. Ni las sentidas lágrimas que corrian por sus hermosos rostros, ni los gritos que enviaban al cielo, levantando á él las manos, é implorando su piedad, ni el arrancar sus cabellos, ni llenar el aire de lastimosos suspiros, eran parte para que se dejase de cumplir el inicuo pacto que las adjudicaba á los Sarracenos por tributo.

Tanta calamidad, tan vergonzosa miseria no habia esperanza de que cesase en nuestra España sin un

especial patrocinio del cielo; porque las fuerzas excesivamente inferiores á las de los bárbaros, la cobardía que se habia apoderado de los corazones viciosos, y el hábito que habian contraido los españoles con la infamia, cerraban las puertas á todo humano socorro. Quiso finalmente el cielo poner término á tanta desventura, infundiendo en el corazon de Ramiro, príncipe glorioso, que mandaba por entonces á los españoles, el generoso pensamiento de quitar de su pueblo este escándalo afrentoso. Era el rey de los moros á la sazon Abderramen II, hombre soberbio y feroz, que, con la prosperidad de las victorias que habia conseguido contra su tio en el principio de su reinado, se habia hecho mucho mas poderoso é insolente. Deseaba con ansia mover guerra contra los cristianos, para lo cual buscaba algun pretexto especioso. Habia habido alguna interrupcion en la paga del inicuo tributo, bien fuese por retardarlo los españoles, ó bien porque los moros detenidos en otras guerras no estaban en disposicion de hacérselo pagar con las armas. Envió, pues, embajadores á Ramiro, exigiendo orgullosamente las cien doncellas, y acompañando esta exaccion con terribles amenazas. Bien conoció el prudente rey que este era un medio de declararle la guerra; y como su poder era tan inferior, no dejó de turbarse y concebir algun temor; pero gobernando su corazon el honor y la piedad, y mucho mas fortaleciéndole los influjos celestiales, determinó pasar primero por todos los contratiempos y reveses de la fortuna, que consentir en la ejecucion de tan torpe infamía. Despidió á los embajadores con entereza y severidad, asegurándoles que solamente el derecho de gentes les podia libertar del justo castigo que merecia su torpe comision. Luego que partieron los embajadores, Ramiro llamó á consejo á sus grandes para deliberar sobre los

medios de la guerra, que ya miraban como declarada. El zelo del honor y de la religion encendió los corazones de todos, de modo que la tuvieron por justa, y prometieron emplear en ella no solamente sus haciendas, sino su sangre y sus vidas.

Establecido esto, hicieron levas en todo el reino para juntar un ejército respetable, forzando á alistarse y tomar las armas á todos aquellos que eran capaces de manejarlas, reservando prudentemente los brazos necesarios para el cultivo de los campos, de donde le habia de venir la principal fuerza al ejército. Sabia muy bien el prudente príncipe que no consiste la fuerza de un ejército en lo numeroso, sino en lo bien disciplinado y bien mantenido; por tanto, sus providencias se dirigian á precaver los desastres de la hambre aun mas que los de la guerra. Habiéndose juntado un ejército lo mas crecido que se pudo en aquellas circunstancias, salieron contra los moros, acompañando las banderas los sacerdotes, obispos, grandes y próceres del reino, y toda persona respetable. Sin embargo de que iban á pelear por una causa tan justa, como conocian el gran poder del enemigo, su orgullo y soberbia, iban sumamente rezelosos de poder alcanzar la victoria. Encomendaron mucho á Dios la expedicion; armáronse con la señal santa de la cruz; y para dar á entender al enemigo que estaba lejos de ellos el temor, rompieron por sus tierras haciendo correrias y talas, particularmente en la Rioja, que entonces pertenecia á los Sarracenos. El rey de estos, Abderramen, no se descuidaba por su parte en reclutar gente de sus estados, proveerla de armas y caballos, y hacerla ejercitar en los movimientos de la guerra. Hizo además de esto que le viniesen gentes del Africa, gran cantidad de provisiones, y cuanto juzgó necesario para dejarse caer como un rayo sobre los cristianos, y hacerles pagar

el infame tributo. Caminaron los dos ejércitos, buscándose uno á otro con deseos de encontrarse, y con los rezelos que produce el saber que las contingencias de la guerra son varias, y la fortuna caprichosa. Cerca de Albelda, fortaleza respetable en aquel tiempo, y conocida despues por el monasterio de San Martin que edificó en aquel pueblo don Sancho, rey de Navarra, llegaron á avistarse los dos campos de cristianos y de moros.

La priesa con que se habia juntado nuestro ejército, no permitia que sus soldados fuesen muy diestros en el arte de pelear; por el contrario, los enemigos traian soldados veteranos, enseñados con la experiencia y ejercicio, lo cual, junto con la superioridad del número, les daba mucha ventaja. Sin embargo, dióse la batalla con encarnizamiento, y con el mayor ardimiento, en las comarcas de Albelda, batalla de las mas sangrientas y memorables que se dieron en aquel tiempo. Peleaban por una y otra parte los soldados como rabiosos leones; nuestros capitanes acudian á todas partes, encendiendo y animando á nuestros soldados mas poderosamente con el ejemplo que con las palabras; pero la victoria permanecia indecisa. Ya llegaba la noche sin desistir de la pelea y la matanza; pero como los soldados de los moros eran tantos en número, y se sucedian unos á otros, entraban de refresco en la pelea, y llegaron á debilitar nuestro ejército de manera, que solamente el cerrar la noche con grande oscuridad pudo quitar á los moros una completa victoria. Esta noche fué el remedio de los cristianos, asi como acontece que de pequeñas casualidades suele muchas veces tomar ocasion la fortuna para manifestar maravillosos acaecimientos en la guerra. El rey Ramiro, viendo á sus gentes sumamente destrozadas y desfallecidas por el trabajo y el cansancio del dia, se retiró á un

monte cercano, en donde se atrincheró lo mejor que pudo para guardarse de cualquier insulto del enemigo. Esta accion, aunque no dejó de ser de soldado prudente y experimentado, era indicio de que se reconocia algun tanto por vencido. En aquella noche hizo curar á los heridos, y aunque los sucesos del dia les habia hecho perder toda esperanza de felicidad, dirigian todos á Dios sus votos con gran copia de lágrimas, esperando en su divina misericordia que no permitiria que el pueblo cristiano fuese presa de sus enemigos. El rey, lleno de amargura y de dolor, enviaba sus suspiros al cielo implorando su piedad, y solicitando que aplacase sus enojos. Quebrantado de su misma tristeza, se quedó dormido, y entre sueños vió al apóstol Santiago, que con grande majestad y grandeza confortaba su corazon, exhortándole á que diese la batalla, con la certidumbre de que conseguiria la victoria. Con un anuncio tan feliz despertó el rey sumamente regocijado, y mandando juntar inmediatamente á los prelados y á los grandes, les hizo un discurso lleno de confianza y animosidad en estos términos:

« Todos cuantos estais presentes, ó esforzados varones, sabeis tan bien como yo la triste situacion en que nos hallamos: la batalla de ayer fué para nosotros mas bien adversa que favorable, y hubiéramos sido vencidos si á nuestra debilidad y corto número no hubiera favorecido la noche. Gran parte de nuestros bravos soldados yacen muertos en esa campaña. Sabeis cuán considerable es la de los heridos, y que el temor de suerte mas funesta tiene á los demás amedrentados. Los enemigos, que por su número nos eran superiores, han cobrado nuevas fuerzas con nuestro destrozo y con los beneficios que lograron ayer de la fortuna. El honor y la religion nos han juntado en este sitio: huir es cosa vergonzosa; per-

manecer atrincherados sin esperanza de socorro, es cosa imprudente; y así no nos queda otro medio que volver á la pelea, y verter, si fuese menester, nuestra sangre en defensa de la patria, del honor y de la religion. Ensanchad vuestros corazones, y confiad en que cuanto nos falta de fuerzas naturales y de socorro humano, otro tanto suplirá el cielo con sus beneficios. Avivad la fe en vuestras almas, y no creais que es supersticion lo que vais á oir. Sabed que esta noche se me ha aparecido en sueños el apóstol Santiago, y me ha certificado de la victoria contra nuestros enemigos. Fijad, pues, una santa confianza en vuestros corazones, que aunque la fácil credulidad, apoyada en lijeros motivos, es criminal, es mayor delito todavía la falta de fe, cuando el cielo la atestigua con sus maravillas en tan críticas circunstancias. Ea, pues, amigos, arrojad todo temor de vuestros pechos: por no pagar un infame tributo juzgásteis debido derramar vuestra sangre: ahora ya no hay medio; ó quedar esclavos y cautivos de los moros, ó vencerlos en batalla, abatiendo su orgullo, defendiendo nuestra libertad, rescatando el honor de nuestras hijas, y poniendo en salvo los augustos misterios de la santa religion que profesamos.» Pronunciado este discurso, que hizo en los soldados y grandes todo el efecto que deseaba, y refrescadas sus tropas, mandó ordenar los escuadrones, y dar la señal de pelea. Nuestros soldados, cual si fueran bravos leones, acometieron á los enemigos, apellidando á grandes voces á Santiago; de donde tiene su orígen la costumbre de decir los españoles al tiempo de acometer: *Santiago, cierra á España*. Sorprendiéronse los Sarracenos al ver el ímpetu y valor con que les acometian unos enemigos, á quienes contaban por vencidos; y creció mas su confusion con los favores que nos vinieron del cielo.

Santiago, cumpliendo la palabra que habia dado al rey entre sueños de auxiliar sus tropas, se dejó ver en el aire cercado de una luz resplandeciente que deslumbraba, y producia contrarios efectos: en los cristianos, valor, alegría y confianza; y en los moros, tristeza, terror y espanto. Venia el santo apóstol montado en un caballo blanco mas que la nieve; en la una mano traia un estandarte con la señal de la cruz, y en la otra una fulminante espada que parecia un rayo segun la velocidad con que la esgrimia. Púsose al frente de nuestras tropas, y con su vista creció en estas el denuedo y la confianza; y de las sarracenas se apoderó tal terror, que se pusieron en precipitada fuga. Siguieron los nuestros el alcance, y en él mataron sesenta mil moros, apoderándose despues de muchos lugares y tierras que estaban en su poder, entre ellos Albelda y Calahorra. Consiguióse esta milagrosa y memorable victoria en el año del Señor 844, y segundo del reinado de Ramiro. Dieron gracias á Dios por una accion tan gloriosa que quitó de España un tributo tan infame, y abatió por entonces el orgullo del mas poderoso rey de los Sarracenos. Dícese que en agradecimiento de este grande beneficio hizo el rey, juntamente con los grandes y prelados, un solemne voto al apóstol Santiago, obligando á todas las provincias de España á pagar anualmente á su iglesia cierta cantidad de trigo; el cual voto aparece despues confirmado con bulas pontificias, y es pagado por algunas provincias. Con los despojos de esta victoria, que fueron riquísimos, hizo Ramiro construir cerca de Oviedo una iglesia magnífica, dedicándola á la Madre de Dios; y otra no lejos de allí, con la advocacion de San Miguel. Agradecida la iglesia de España á tan singular beneficio, celebra en este dia esta portentosa aparicion, reconociendo en ella á Santiago, no solamente por padre de su fe, sino tambien por su patrono.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Langres en Francia, el martirio de san Desiderio obispo, el cual, viendo los males que el ejército de los Vándalos hacia sufrir á su pueblo, fué á buscar a su rey para tratar de amansarlo; pero este bárbaro mandó inmediatamente que le degollasen, y el santo pastor presentó gustoso su cabeza por el rebaño que le habia sido confiado: de este modo, habiendo muerto con la espada, entró en el gozo del Señor. Muchos de sus diocesanos fueron tambien martirizados, y enterrados con él en la misma ciudad.

En España, los santos mártires Epitacio obispo, y Basileo.

En Africa, los santos mártires Quinciano, Lucio y Julian, los cuales, habiendo padecido la muerte en la persecucion de los Vándalos, merecieron la corona eterna.

En Capadocia, la conmemoracion de los santos mártires, que murieron en la persecucion de Maximiano Galerio, habiéndoles roto las piernas.

En Mesopotamia, la conmemoracion de otros muchos santos, que en la misma persecucion, habiéndolos colgado cabeza abajo, sofocado con el humo, y quemado á fuego lento, consumaron su martirio.

En la diócesis de Leon, san Desiderio, obispo de Viena, el cual, habiendo sido apedreado por órden del rey Tierri, obtuvo la corona del martirio.

En Sinado en Frigia, san Miguel obispo.

El mismo dia, san Mercurial obispo.

En Nápoles, san Eufebio obispo.

En Norcia, los santos Eutiquio y Florencio monjes, de quienes hace mencion el papa san Gregorio.

La misa es propia de la festividad, y la oracion la que sigue.

Deus, qui Hispaniarum gentem beato Jacobo Apostolo tuo protegendam misericorditer tribuisti, et per eum ab imminenti exitio mirabiliter liberasti; concede, quæsumus, ut eodem protegente, pace perfruamur æterna. Per Dominum nostrum...

O Dios, que encargaste misericordiosamente las gentes españolas á la proteccion de tu bienaventurado apóstol Santiago, y que las libraste por él de la ruina que las amenazaba; concédenos que con la proteccion del mismo santo Apóstol lleguemos á gozar de la paz eterna. Por nuestro Señor...

La epistola es del libro segundo de los Macabeos, cap. 15.

In diebus illis: Machabæus autem semper confidebat cum omni spe auxilium sibi à Deo affuturum. Et hortabatur suos ne formidarent ad adventum nationum, sed in mente haberent adjutoria sibi facta de cœlo, et nunc sperarent ab Omnipotente sibi affuturam victoriam. Et allocutus eos de lege et prophetis, admonens etiam certamina quæ fecerant prius, promptiores constituit eos. Et ita animis eorum erectis, simul ostendebat gentium fallaciam, et juramentorum prævaricationem. Singulos autem illorum armavit, non clypei et hastæ munitione, sed sermonibus optimis et exhortationibus, exposito digno fide somnio, per quod universos

En aquellos dias Macabeo tenia siempre fe viva y esperanza de que Dios le habia de dar socorro, y exhortaba á los suyos á que no temiesen ver venir contra ellos las naciones, sino que se acordasen de como en otro tiempo habian sido ayudados del cielo, y esperasen entonces que el Omnipotente les habia de dar victoria; y hablándoles de la ley y de los profetas, y recordándoles las empresas que antes habian acometido, los hizo mas animosos; y habiendo fortalecido de esta manera sus corazones, les ponia delante de los ojos la perfidia de las gentes, y cómo habian violado los juramentos. Armó á cada uno de sus soldados, no con lanza y escudo,

lætificavit. Erat autem hujuscemodi visus : Oniam, qui fuerat summus sacerdos, virum bonum et benignum, verecundum visu, modestum moribus, et eloquio decorum, et qui à puero in virtutibus exercitatus sit, manus protendentem, orare pro omni populo Judæorum. Pòst hoc apparuisse et alium virum ætate et gloria mirabilem, et magni decoris habitudine circa illum. Respondentem verò Oniam, dixisse : Hic est fratrum amator, et populi Israël : hic est qui multum orat pro populo, et universa sancta civitate, Jeremias, propheta Dei. Extendisse autem Jeremiam dextram, et dedisse Judæ gladium aureum, dicentem : Accipe sanctum gladium, munus à Deo, in quo dejicies adversarios populi mei Israël. Exhortati itaque Judæ sermonibus bonis valde, de quibus extolli posset impetus, et animi juvenum confortari, statuerunt dimicare et confligere fortiter, ut virtus de negotiis judicaret : eò quòd civitas sancta et templum periclitarentur. Erat enim pro uxoribus, et filiis, itemque pro fratribus, et cognatis, minor sollicitudo : maximus verò et primus pro sanctitate timor erat templi. Sed et eos qui in civitate erant, non minima sollicitudo habebat pro his qui congressuri

sino con excelentes razonamientos y exhortaciones, refiriéndoles un sueño fidedigno, con el cual á todos llenó de alegría. Fué la vision de esta manera : Veia á Onías, el cual habia sido sumo sacerdote, hombre bueno y benigno, ejercitado desde niño en las virtudes, pudoroso en el semblante, modesto en sus costumbres, y gracioso en las palabras, el cual, extendiendo las manos, hacia oracion por todo el pueblo de los Judíos; despues de esto, decia haber aparecido otro varon venerable por la edad y por la majestad, ceñido por todos lados de magnificencia; y que Onías, respondiéndole, le habia dicho : Este es el amigo de los hermanos, y del pueblo de Israel; este es aquel que ruega mucho por el pueblo, y por toda la santa ciudad, Jeremías, profeta de Dios. Y que Jeremías habia alargado la mano derecha, y dado á Judas una espada de oro, diciendo : Toma esta espada santa, don de Dios, por medio de la cual destruirás los enemigos de mi pueblo de Israel. Exhortados, pues, los soldados con las eficacísimas palabras de Judas, capaces de excitar el valor y confortar los corazones de los jóvenes, determinaron combatir con denuedo, y juntar los escuadrones para que el valor fuese el juez de los negocios.

erant. Et cum jam omnes sperarent judicium futurum, hostesque adessent, atque exercitus esset ordinatus, bestiæ, equitesque opportuno in loco compositi, considerans Machabæus adventum multitudinis, et apparatum varium armorum, et ferocitatem bestiarum, extendens manus in cœlum, prodigia facientem Dominum invocavit, qui non secundùm armorum potentiam, sed prout ipsi placet, dat dignis victoriam. Dixit autem invocans hoc modo : Tu, Domine, qui misisti angelum tuum sub Ezechia rege Juda et interfecisti de castris Sennacherib centum octoginta quinque millia : Et nunc, dominator cœlorum, mitte angelum tuum bonum ante nos, in timore et tremore magnitudinis brachii tui, ut metuant qui cum blasphemia veniunt adversùs sanctum populum tuum. Et hic quidem ita peroravit. Nicanor autem, et qui cum ipso erant, cum tubis et canticis admovebant. Judas vero, et qui cum eo erant, invocato Deo, per orationes congressi sunt : manu quidem pugnantes, sed Dominum cordibus orantes, prostraverunt non minus triginta quinque millia, præsentia Dei magnificè delectati.

atendiendo á que la ciudad santa y el templo estaban en peligro. Era menor el cuidado que les costaban sus mujeres, sus hijos, sus hermanos y parientes, que el sumamente grande y principal temor que tenian por la santidad del templo : aun aquellos que estaban en la ciudad tenian no poca inquietud por la suerte de los que habian de entrar en batalla. Y estando ya todos esperando la decision de la contienda, presentes los enemigos, puesto en órden el ejército, y los elefantes y la gente de á caballo colocada en lugar oportuno : considerando Macabeo aquella multitud que se avanzaba, y el aparato y variedad de armas, y la ferocidad de los elefantes, extendiendo las manos al cielo, invocó á aquel Señor que obra prodigios ; el cual, no segun la fuerza de los ejércitos, sino segun su voluntad, da la victoria á los que son dignos de ella. Y le invocó con estas palabras : Tú, Señor, que en tiempo de Ezequías, rey de Judá, enviaste tu ángel, y mataste en el campo de Senacherib ciento ochenta y cinco mil hombres, envía tambien ahora, ó Señor de los cielos, á tu buen ángel delante de nosotros, con la fuerza del terrible y tremendo brazo tuyo, para que teman aquellos que blasfemando vienen contra tu

santo pueblo. De este modo acabó su oracion. Entre tanto, Nicanor y su gente se acercaban al son de las trompetas y de las canciones. Y Judas con los suyos, invocando á Dios con la oracion, acometieron á la multitud; y combatiendo con los brazos, pero invocando á Dios con el corazon, mataron nada menos que treinta y cinco mil hombres, habiendo sido grandiosamente confortados con la presencia de Dios.

REFLEXIONES.

En todos tiempos ha sido Dios el mismo para con aquellos que le sirven con corazon puro y amor verdadero; en todos tiempos ha manifestado la grandeza de su poder en favor de aquellas gentes que ponen en él su confianza. El hecho de Judas Macabeo, que refiere la epístola de que usa la Iglesia en la festividad de este dia, es tan semejante á la aparicion que celebra la iglesia de España, que mas parece identidad que semejanza. Nada hay en este mundo que pueda resistir á la fuerza del poder divino; pero este no se manifiesta sino cuando una fe viva y una firme esperanza en la divina misericordia son el alma de nuestras súplicas. Hé aquí el origen de la ineficacia de nuestras oraciones, y de que nos apartemos de los sagrados altares con el desconsuelo de no haber conseguido lo que solicitamos. En los grandes conflictos, en las necesidades que nos oprimen, en las enfermedades, en el peligro de perder la hacienda, el honor ó la vida, nada hay mas frecuente que acudir los fieles con votos y promesas á implorar la proteccion del cielo, poniendo por intercesores aquellos santos de quienes son devotos. Pero tambien es verdad que nada hay mas frecuente que ver frustradas semejantes diligencias; ¿porqué? porque no pedimos con fe viva, porque nuestro corazon está manchado con los vicios.

Hombre sumergido en los delitos, que vas á implorar la intercesion de un santo, viéndote cargado de obscenidad, de avaricia, y acaso de la sangre de tu prójimo, ¿cómo pretendes que un justo, á quien desagradan todas esas maldades, se declare en tu favor, quiera ser amigo tuyo, y tomar á su cargo tu proteccion y defensa delante de un Dios, que, aunque es padre de misericordia, es tambien Dios de justicia y de venganza? Mujer profana, que haces de tu cuerpo la piedra de escándalo, en que tropiezan las almas redimidas con la sangre del Crucificado; que empleas en tu adorno todos los lazos que pudiera imaginar el comun enemigo contra la inocencia; que descuidas el gobierno de tu casa, y la educacion de tu familia, por frecuentar los espectáculos y concurrencias peligrosas, ¿con qué temeridad pretendes que los santos te favorezcan, y que la misma Madre de Dios preste sus oidos á tus súplicas? ¿No temes que sus ojos se horroricen de tu profanidad y de tus costumbres? Desengañémonos: el pretender que nuestro Dios se manifieste con nosotros benéfico y misericordioso, cuando somos con él desconocidos é ingratos, y nuestra vida es un testimonio del desprecio con que miramos su poder y sus preceptos, es una loca presuncion, es una locura necia, es una temeridad insoportable. Refórmense primeramente las costumbres; lléguese á las aras del Altísimo con lágrimas de verdadera compuncion; preceda á nuestras oraciones la observancia puntual de los divinos preceptos; y entonces se verá que nuestras novenas son fructuosas, nuestras oraciones eficaces, y nos retiraremos del santuario llenos de consolacion con los favores del cielo. Así lo experimentó el pueblo de Israel cuando le amenazaba una total ruina por el número y superiores fuerzas de sus enemigos; y así lo experimentó tambien España en tiempos mas

felices, cuando al valor del corazon y á la fuerza de las armas acompañaban la pureza de las costumbres, una fe viva, y una esperanza firme en la divina misericordia. Dios es inmutable, su ley es la misma; las efusiones de su bondad están siempre prontas; nada hay que pueda retardar el alivio de nuestras miserias, sino nosotros mismos. Seamos, pues, lo que debemos ser, y no dudemos que los santos serán nuestros protectores; si fuese menester, repetirá el cielo sus milagros para librarnos de las enfermedades, de las calumnias, del deshonor, en una palabra, de todos nuestros trabajos y de todos nuestros enemigos.

El evangelio es del cap. 20 *de san Mateo, y el mismo que el dia* VI, *pág.* 153.

MEDITACION.

SOBRE LA INGRATITUD.

PUNTO PRIMERO.

Considera que entre los vicios humanos apenas hay alguno que nos aparte tanto de Dios, como la ingratitud que manifestamos á los beneficios que nos hace su divina bondad, ya inmediatamente por sí mismo, ya por medio de sus elegidos.

El gran padre san Agustin (1) asegura que este vicio es la raiz de todos los males espirituales, y un viento abrasador que deseca todo bien, y cierra á los hombres la fuente de la divina misericordia. Dicho esto, apenas hay que añadir una palabra á una sentencia tan terrible de un padre de la Iglesia. De ella se infiere cuánto nos aparta la ingratitud de nuestro Dios y Señor, cuando nos cierra la fuente de las divinas piedades. Pero esto es un justo castigo del corazon ingrato. El olvidar los beneficios de Dios,

(1) Cap. 18. Sol.

el negarlos, ó no dar continuamente las gracias debidas por ellos, denota en nuestra alma desamor á nuestro Criador, y que hacemos poco caso de sus castigos, ó de sus misericordias. El corazon humano es de tal naturaleza, que difícilmente puede disimular sus verdaderos afectos. Trata con complacencia las cosas pertenecientes á aquellas personas que ama, se deleita con su memoria, y halla mucho gusto en hablar de sus gracias en todas las conversaciones. Por el contrario, odiamos el nombre y la memoria de aquellos que aborrecemos, y encontraríamos satisfaccion en que se borrase del mundo cuanto les hace recomendables. Así como el amor produce amor, de la misma manera el desprecio y odio produce envilecimientos y horror : de consiguiente, siendo desconocidos para con nuestro Dios, hacemos que este Señor lo sea con nosotros, y violentamos en cierta manera su bondad para que nos aborrezca. A esto se añade que con nuestras ingratitudes frustramos los intentos de Dios cuando nos favorece con beneficios; porque no pudiendo ser aquellos otros que provocarnos á tributarle alabanzas, puesto que ni necesita de nuestros bienes, ni puede tener temor de necesitarlos en lo venidero, es evidente que solo pretende nuestro bien y santificacion, y que ensalcemos su gloria.

No es solo el odio de Dios el que forma la justa pena de nuestra ingratitud, sino que por ella, en algun modo, se nos cierra la puerta para poder salir de nuestra miseria. Por la ingratitud nos constituimos indignos de que Dios continúe con nosotros sus acostumbradas gracias, y de consiguiente que perdamos el único apoyo que tiene nuestra miseria para levantarse del cieno de sus deslices. Porque, ¿cómo es creible que emplee Dios sus beneficios en aquel que los desprecia, y que abusa de ellos para volverse contra el mismo

Dios? ¿Seremos por ventura tan insensatos, que queramos hacer á este Señor de peor condicion que á cualquier hombre? ¿No vemos á estos quejarse sumamente de la ingratitud, y dejar de continuar sus beneficios á aquellas personas en quienes no encuentran correspondencia? ¿Pues qué mucho que nuestro Dios tenga con nosotros la misma conducta, siendo tan superiores las razones que nos obligan á serle agradecidos? ¿Qué mucho que nos trate con desprecio, y nos abandone como ingratos? Y considerado todo esto, di, hombre cristiano, ¿en qué puedes colocar tus esperanzas? ¿qué recursos te quedan para enmendar tu vida, para mejorar tus costumbres, para salir de tus miserias, para precaver los peligros, para salvarte de las enfermedades, para verte libre, en fin, de la infinita multitud de calamidades y miserias que oprimen esta vida? El Espíritu Santo dice en los Proverbios (1): *Que aquel que vuelve males por bienes, experimentará siempre en su casa el dolor y la miseria.* Lo mismo debes esperar tú, respecto de tu alma, si olvidando el beneficio de la creacion, de la conservacion, de la redencion, si despreciando la proteccion de María santísima y de los santos, y la custodia de los ángeles, no solamente no das gracias á Dios por todos estos favores, sino que en todas tus obras te manifiestas ingrato.

PUNTO SEGUNDO.

Considera los poderosos motivos que tienes para ser agradecido á Dios y á sus santos, para que, trayendo siempre tu alma empleada en consideracion tan fructuosa, te libres de caer en la ingratitud.

El real profeta David, reconocido á los muchos beneficios que habia recibido de la generosa mano del Dios de Israel, ya ensalzándole al trono desde el

(1) Cap. 7.

humilde cayado, ya haciéndole triunfar de sus enemigos, exclamaba lleno de gratitud (1): *En todo tiempo, á toda hora bendeciré al Señor, y siempre sin intermision estarán en mi boca sus divinas alabanzas.* Sabia muy bien el santo profeta que es corto el tiempo de esta vida mortal para dar á Dios las debidas señales de gratitud que exigen sus beneficios. ¿Qué tienes en lo natural que no lo hayas recibido de su piadosa mano? La salud, el ser y la existencia; la conservacion maravillosa entre los infinitos peligros á que está expuesta la infancia; tu honrado nacimiento, la probidad de tus padres, los bienes de fortuna con que te sustentas sobre la tierra; los frutos copiosos que logran tus trabajos en los tiempos oportunos, la misma tierra que te sustenta, el aire que fomenta la vida, y la luz del sol que te alegra y regocija, son unos bienes tan palpables, que cada uno de por sí merece todo el reconocimiento de tu corazon. ¿Pues qué, si se consideran los bienes del espíritu, no pudieras haber nacido en tierra de bárbaros, ó de gentiles idólatras, en donde nunca hubieras conocido al verdadero Dios? Y puesto que has nacido en tierra de cristianos, ¿no se obró para tí la regeneracion del bautismo, la constitucion de la Iglesia? ¿y no se dirige á tu bien la piedad y zelo de sus ministros que velan por tu salud, ya dándote una doctrina segura con que llegues á conocer los dogmas de una religion sacrosanta, inmaculada y pura, ya excitándote al cumplimiento de sus preceptos, y ya finalmente ofreciéndote las espirituales medicinas que tiene la Iglesia para las enfermedades del alma, y aun para darte nuevamente vida en caso de que la hubieses perdido por la culpa?

Si á todo esto se añade la continua efusion de auxilios y de gracias interiores que te apartan del mal y

(1) Psalm. 33

te inclinan al bien, se hace preciso sacar por consecuencia, respecto de la gratitud, lo que decia san Pablo respecto de la caridad: á saber, que aunque todos tus miembros se convirtiesen en lenguas, que estuviesen continuamente cantando á Dios alabanzas; aunque tu cuerpo y tu alma, tus sentidos, tus potencias y todos tus afectos entrasen en un horno encendido, y ardiesen en fuego de gratitud, todo esto no bastaria para llegar á cumplir la obligacion que tienes de ser agradecido á Dios. Pero este Señor no exige de nosotros tanto. No necesita de nuestros bienes; porque tan santo, tan omnipotente, tan bueno y tan feliz seria sin habernos criado, ó siéndole ingratos todos los hombres, como siéndole perfectamente agradecidos, y cumpliendo exactamente todos sus preceptos. Así que el beneficio es para nosotros mismos, y este le podemos conseguir á muy poca costa. Solo exige de nosotros la sumision, el reconocimiento, y un tributo de bendicion y alabanza en señal de nuestro agradecimiento. Sus beneficios no pueden ser pagados con otros beneficios, porque, *¿quién es aquel*, se dice en la sagrada Escritura, *que hizo á Dios alguna dádiva, y le será galardonada?* Pero para tu inteligencia no te olvides de lo que dice Jesucristo en el Evangelio, conviene á saber: *Todo lo que haceis con el mas mínimo de mis pobres y necesitados, tened entendido que lo ejecutais conmigo.* Segun esta sentencia, aunque no podamos manifestar nuestra gratitud á Dios, haciéndole beneficios en su misma persona, podemos pagarle haciendo estos mismos beneficios á los que le representan, que son los pobres.

JACULATORIAS.

Quid retribuam Domino pro omnibus, quæ retribuit mihi? Salm. 115.

¿Qué daré al Señor en agradecimiento de tantos beneficios como he recibido de su misericordiosa mano?

Grati estote: orationi instate, vigilantes in ea in gratiarum actione. Colos. cap. 3.

Sed agradecidos; y el modo es perseverar continuamente en la oracion, velando en ella, y dando á Dios gracias por los beneficios que habeis recibido de su misericordia.

PROPOSITOS.

1. Entre todos los vicios de que se queja Dios en las sagradas Escrituras de su pueblo, no hay ninguno que saque de su corazon quejas tan sentidas y amargas como la ingratitud. *¿Es esto*, se dice en el Deuteronomio(1), *lo que vuelves á tu Dios? ¡O pueblo estulto y necio! ¿Por ventura no es Dios tu Padre, quien te poseyó, te hizo y te crió?* El Verbo divino encarnado, que vino á este mundo para padecer y morir afrentosamente, no despegó sus labios en todos los tormentos que le hicieron padecer los Judíos; solamente cuando recibió la bofetada de aquel ingrato ministro, á quien poco antes habia hecho un beneficio señalado, no pudo contener la severidad de su justicia sin echarle en rostro su ingratitud, y acusarle de la enormidad de su delito. Los castigos que ha ejecutado Dios con los ingratos, y el modo con que ha manifestado su indignacion, prueban igualmente lo horrendo y abominable de este vicio. Bien sabido es el castigo de Amasías, rey de Israel. Habíale Dios hecho el benefi-

(1) Cap. 32.

cio de vencer á los Idumeos y otros muchos y poderosos enemigos; y en lugar de dar á Dios las debidas gracias, adoró á los ídolos, y los llevó á Jerusalen. Por tanto, irritado Dios, le envió un profeta que le dijese de su parte estas palabras: *¿Es este el agradecimiento con que pagas á Dios el haberte ayudado contra tus enemigos? Sabe que el Señor ha decretado tu muerte, que caigas cautivo en manos de tus contrarios, y que estos ejecuten en tu persona una justa venganza.*

2. Todo esto, cuanto queda dicho en las meditaciones, y muchas otras sentencias que se pudieran sacar de la Escritura y de los Padres, prueban claramente que la ingratitud es el mas feo de todos los vicios, y que no hay monstruo tan horroroso como un ingrato. La festividad que celebra en este dia la iglesia de España, recuerda á todos los españoles en comun, y á cada uno en particular, uno de los mas grandes beneficios que ha recibido España; y en esto mismo la recuerda la obligacion que tiene de mostrarse agradecida, primeramente á Dios, y despues al apóstol Santiago, por cuya intercesion logramos un tan grande beneficio. Singularmente las mujeres, y entre estas las doncellas, deben considerarse como particularmente protegidas, trasladándose con la imaginacion á los pasados siglos, y constituyéndose en el lugar de aquellas infelices que tenian que servir de tributo á la brutalidad sarracena. Pero el mejor modo de pagar á Dios y al apóstol Santiago su deuda de gratitud, es con la modestia de sus trajes, con la honestidad de sus acciones, con la pureza de sus costumbres, y con una vida en fin arreglada en todo á las máximas del Evangelio.

DIA VEINTE Y CUATRO.

SAN JUAN FRANCISCO REGIS,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

La vida de san Juan Francisco Regis, de la Compañía de Jesus, que nació entre nosotros, y casi en nuestros mismos dias, es de tanta edificacion, que no puede menos de contribuir á aumentar en un corazon francés la virtud y la devocion á un santo de su misma nacion, la que despues de tres siglos no habia logrado ver á ninguno de sus hijos colocado en el catálogo de los santos, ni propuesto á la veneracion de los fieles.

Este célebre misionero, tan conocido en el mundo así por sus admirables virtudes, como por sus muchos milagros, nació el dia 31 de enero de 1597 en Foncubierta, pequeña poblacion del obispado de Narbona. Fué su padre Juan Regis, de la noble y antigua casa de Deplas, y su madre Magdalena Darcis, hija del señor de Segur, uno y otro mas recomendables por su virtud que por su nacimiento. Desde la misma infancia pareció nuestro santo como amado de Dios, y escogido singularmente para su mayor gloria. Mas de una vez veló milagrosamente el cielo por su conservacion; y en cierta ocasion, siendo de cuatro años, una mano invisible le detuvo en el momento que iba á caer en un precipicio. Adelantóse en él la devocion al uso de la razon. Dejó poco que hacer á la educacion su noble índole y su natural inclinacion á la virtud. Casi nunca fué niño; por lo menos siempre miró con aversion los juegos y los entretenimientos de aquella edad.



S. JUAN FRANCISCO REGIS.

Enamorados sus pádres de las bellas prendas de Juan, le enviaron á estudiar en el colegio de la Compañía de Beziers. Señalóse luego entre todos los condiscípulos por el ingenio y por la virtud. Repartia todo el tiempo entre el estudio y la oracion. Desde luego se negó á toda diversion, aun la mas lícita y mas inocente; nunca se le veia en el juego ni en el paseo; los dias de asueto los empleaba ordinariamente en la iglesia. Respetaban todos su inocencia y su virginal pudor; hasta en los mas indevotos hacia impresion su recato y modestia, admirando todos una virtud tan anticipada y tan madura en un estudiante de aquella edad.

Como habia mamado con la leche una tierna devocion á la santísima Vírgen, apenas entró en el colegio, pidió ser alistado en la congregacion de esta Señora, que con tanto provecho y con tanta edificacion de la juventud suele estar fundada en todos los colegios de la Compañía. Resplandeció singularmente su virtud entre todos los congregantes, y en todos se observó no sé qué nuevo fervor, efecto de los ejemplos de Regis. Contrajo particular amistad con algunos de los mas fervorosos y mas ajustados, y formó con ellos otra como pequeña congregacion que llenó de admiracion á todo el colegio.

No era para el mundo una alma prevenida con tan dulces bendiciones. Apenas conoció Regis á los padres de la Compañía, cuando se persuadió que Dios le llamaba á ella. Los principales motivos de su vocacion fueron el zelo de la mayor gloria de Dios y el de la salvacion de las almas. Pidió con instancia ser admitido en la Compañía, y lo fué con universal gozo y aplauso. Mudó de estado, pero no mudó de máximas ni de costumbres; en la religion no tuvo que hacer mas que perfeccionar la virtud en que tanto se habia ejercitado ya en el siglo. Ningun novicio le

excedió en la puntualidad, en el fervor y en la mortificacion. Llamábanle ya entonces *la regla viva de san Ignacio.* Su apacibilidad y modestia hacian amables hasta sus mismos rigores. Tardóse poco en descubrir el amor y la inclinacion que profesaba á los pobres; la caridad fué siempre su virtud predilecta; en nada hallaba tanto gusto como en ir á servir á los pobres enfermos en el hospital.

Concluido el noviciado, se aplicó al estudio de la elocuencia y de la filosofía, sin perder nada de su fervor. Hiciéronle maestro de la juventud en una clase de gramática, y este nuevo empleo dió ocasion á que brillase mas su zelo y su virtud. Enseñó las letras humanas en Billon, en Auch y en Puy; en todas partes fué mirado con admiracion, y en todas se le llamaba el *ángel del colegio.* Consideraba su clase como el campo de la mision que le habia tocado en suerte; desvelábase en hacer á sus discípulos cada dia mas hábiles, y al mismo tiempo mas santos. A todos se extendian sus desvelos; pero se le notaba no sé qué prediléccion hácia los mas pobres.

Persuadido que el tiempo de los estudios es ocasion para entibiar el fervor, tuvo gran cuidado de prevenir este escollo con piadosas precauciones; frecuentando las visitas al santísimo Sacramento; siendo muy exacto en cumplir muchas y muy tiernas devociones en honor de la santísima Virgen, Madre de Dios; leyendo libros espirituales, haciendo fervorosas oraciones, y domando su cuerpo con secretas penitencias. De estos preservativos se valió contra la disipacion del espíritu y la sequedad del corazon, á que expone tanto el estudio de las ciencias abstractas.

No esperó el zelo de nuestro fervoroso jesuita á la estacion regular para producir copiosos frutos. Apenas habia salido del noviciado, cuando le mandaron explicar la doctrina en una poblacion llamada An-

dance, poco distante de Turnon. Fué extraordinario el concurso, y fué el fruto prodigioso. Reformó las costumbres de todo aquel pueblo, fundó la adoracion perpetua del santísimo Sacramento, y no se ha olvidado todavía la mucha impresion que hicieron en los corazones sus exhortaciones y ejemplos.

Enviáronle á estudiar la teología en el colegio de Tolosa, y desde luego dió pruebas claras de un excelente ingenio y de una bella disposicion para las facultades mayores. Asi siendo grandes sus progresos, lo eran tambien sus aplausos; y haciéndose estos insoportables á su profunda humildad, muchas veces procuró hacerse despreciable, fingiéndose rudo ó ignorante. Previniéronle los superiores que se dispusiese para recibir el sacerdocio, y aquí fué donde se sintió como aturddo en vista de su indignidad; pero precisado en fin por la obediencia, recibió los órdenes sagrados, y celebró el divino sacrificio con tanta devocion, que la infundia á cuantos oian su misa. Desde entonces nunca se acercó al altar, sin dejarlo regado con sus lágrimas. Aquel mismo año se declaró la peste en Tolosa, y con reiteradas instancias alcanzó de los superiores que le permitiesen asistir á los apestados. Señalóse mucho su zelo; y si no tuvo la dicha de morir en este heróico acto de caridad, como la lograron muchos de sus hermanos, fué sin duda porque la divina Providencia quiso conservarle la vida para la salvacion de otras muchas almas. Destinábale efectivamente el cielo á mayores y mas dilatados trabajos. Llevábale fuertemente la inclinacion al ejercicio de las misiones, y fué tanto lo que pidió, lo que instó, y lo que clamó á los superiores para que le permitiesen dedicarse a él enteramente, que estos, no tanto movidos de sus instancias, cuanto de su vocacion que conocian ser verdaderamente del cielo, le destinaron á este

sagrado ministerio aun antes del tiempo regular. Pidió con instancia ser enviado al Canadá por saber lo mucho que padecian los jesuitas en aquellas penosísimas misiones; pero el Señor le habia destinado para santificar las provincias de Francia, y para renovar en ellas las maravillas que obraron en los primeros siglos los varones apostólicos.

Dió principio á las misiones en Foncubierta, lugar de su nacimiento, siendo quizá el primero que fué tenido por buen profeta en su patria. Apenas se puede concebir vida mas austera, mas laboriosa, ni dias mas verdaderamente llenos que los suyos. Antes de amanecer estaba ya en la iglesia, donde despues de la oracion hacia al pueblo una plática fervorosa; despues decia misa; predicaba dos ó tres veces al dia, y empleaba en el confesonario todo el tiempo que no ocupaba en el púlpito. Visitaba á los enfermos por via de descanso; y casi todas las que llamaba distracciones eran alguna nueva obra de misericordia. Apenas dormia mas que dos ó tres horas, echado en el duro suelo, ó recostado en una silla. Desde los primeros años de su ministerio apostólico se prohibió el uso de la carne, del pescado, de huevos y de vino; su alimento regular era pan y agua; y si alguna vez se veia precisado á tomar un poco de leche, se acusaba de su excesiva delicadeza. En los diez últimos años de su vida, que consagró á las misiones, jamás se quitó el cilicio. Para él no habia en todo el año estacion mas agradable que la del mas rígido invierno en aquellas ásperas montañas, porque en ninguna otra tenia mas que sufrir y padecer. Los hielos, las nieves, las lluvias, los vientos, los arroyos, las simas, los precipicios, las borrascas, nada le acobardaba, nada era bastante para moderar su zelo. Si le representaban los compañeros que aquello era tentar á Dios, les respondia sonriéndose: *Tengo muy ex-*

perimentado cuánto cuida Dios de mí; y no es razon que cargue yo con este inútil cuidado. Agraviárale mucho si alguna cosa me acobardase. Su confianza en Dios era sin límites, y el Señor obraba grandes prodigios en su favor. Rompióse un dia una pierna de resultas de una caida, y al punto se le consolidó perfectamente sin ningun remedio humano.

No fué el Langüedoc el solo teatro de la inmensa caridad de nuestro apóstol. No hubo pueblo ni aldea en el Vivarés, no hubo choza ni cabaña en el Velay, adonde no penetrasen los ardores de su zelo. Apenas se dejaba ver en el púlpito, cuando se mostraba enternecido todo el auditorio. Las lágrimas de los mas rebeldes pecadores daban testimonio público de su sincera conversion; y lo mas asombroso fué, que de tanto número de almas convertidas, ni una sola dejó de conseguir por las oraciones de Regis el don de la perseverancia. En Tolosa, Montpeller, Somieres y Puy fundó casas de recogidas, donde voluntariamente se refugiaban las mujeres arrepentidas. Estas utilísimas conquistas le suscitaron muchos enemigos. Ciertos libertinos resolvieron asesinarle: con este intento le llamaron ya muy entrada la noche á la iglesia del colegio, fingiendo que querian confesarse; supo el siervo de Dios, por revelacion divina, sus sacrílegos intentos: bajó, púsoseles delante, hablóles, moviólos, convirtiólos, y la respuesta de aquellos infelices fué un torrente de lágrimas que derramaron.

Los felicísimos sucesos de la mision que hizo en Cheylard, apenas parecian creibles aun á los mismos que fueron testigos de ellos. Lachau, Privas, San Agreve, San Andrés, Fangas, Marlhes, y todos los pueblos comarcanos, acreditaron lo que puede un predicador animado del espíritu apostólico. Los herejes, no pudiendo resistir á un hombre tan poderoso en obras como en palabras, abrazaron la religion

católica; y todo aquel país, mucho mas espantoso por el desórden de las costumbres, que por sus montañas y sus bosques, se convirtió en domicilio de la virtud y de la inocencia. Es verdad que ningun predicador autorizaba mas que Regis la santidad del ministerio con la santidad de la vida. Su semblante extenuado por el rigor con que trataba su cuerpo; una modestia que se llevaba hácia sí los ojos y la admiracion de todos; un profundo recogimiento, y una apacibilidad que ganaba los corazones, todo esto era sermon en Regis.

No pudiendo reprimir los incendios del divino amor que abrasaban su inflamado corazon, se le oía muchas veces prorumpir en estas exclamaciones: *¡O Dios mio, ó amor mio, y delicias de mi corazon, que no pueda yo amaros todo lo que vos mereceis ser amado, y todo lo que deseo amaros!* Por eso se comunicaba el Señor á aquella grande alma de un modo verdaderamente singular. Las indispensables distracciones de su ministerio no le interrumpian la íntima union con su Dios; y en medio de las mayores ocupaciones se le vió muchas veces extático y elevado.

De este vivo amor á Jesucristo, que le penetraba todo el corazon, nacia aquella tierna compasion con que miró siempre á los pobres. Siempre se le hallaba rodeado de ellos; considerábalos como la porcion mas querida del rebaño de Jesucristo; y entre los pobres sentia particular inclinacion á los de las aldeas y de los campos, por contemplarlos mas desamparados. Su zelo no reconocia límites; tratándose de salvar una alma, nada se le hacia difícil. El gran teatro de esta inmensa caridad se puede decir que fué la provincia de Puy. Enviáronle los superiores á aquella ciudad el año de 1636, para explicar la doctrina en la iglesia del colegio, y para que de cuando en cuando hiciese algunas excursiones por las aldeas

de la comarca. Era tan grande el concurso á la doctrina, que fué preciso tomar algunas providencias para que no sucediesen desgracias en el auditorio. El fruto correspondió al concepto que se tenia de su santidad, y en el espacio de tres meses se observó en toda la ciudad una total mudanza de costumbres. El retiro de todas las mujeres de mala vida, y sobre todo la conversion de una famosa dama cortesana, fueron causa de muchas persecuciones que se suscitaron contra él. No pocas veces fué menospreciado, insultado, abofeteado, apaleado, y arrastrado por el suelo; pero su paciencia y su dulzura desarmaron á los furiosos, y convirtieron á los disolutos. Con todo eso no fueron estas las pruebas mas sensibles en que se acrisoló la virtud del fervoroso jesuita.

Ejercitósela terriblemente cierto rector nuevo que llegó á gobernar el colegio de Puy. Fuertemente impresionado contra el santo, desaprobó desde luego su derramamiento hácia afuera (así lo llamaba él). Limitó su zelo, reduciéndole á términos muy estrechos; moderó las visitas que hacia al hospital; prohibióle el ejercicio de muchas buenas obras; empeñóse en mortificarle, reprendióle en público y en particular; en una palabra, nada hacia Regis que mereciese la aprobacion de su rector; pero nada de esto bastó para arrancar de la boca del santo ni una sola palabra que sonase á queja, ni á defensa ó apología de su proceder. Obedeció en todo con la mas puntual exactitud y con la mayor alegría, y padeció con religioso silencio. El ejercicio fué terrible, pero de corta duracion. Fué desaprobada la conducta del rector, y él mismo al cabo reconoció y condenó sus violencias. Removiéronle del empleo, y el sucesor que le señalaron, dejó libre al santo el ejercicio de sus funciones, sin poner límites á la extension de su celo. No hubiera sido fácil proceder de otra manera,

porque el cielo autorizaba visiblemente con prodigios la caridad de nuestro apóstol.

Hallándose la ciudad de Puy en una extrema carestia de granos, tomó Regis de su cuenta el sustentar á todos los pobres. Juntó con grandes trabajos y fatigas todo el trigo que pudo; encerrolo en una panera, y púsola al cuidado de una virtuosa señora llamada Margarita Baud. Acabóse muy presto toda la provision, y avisado el santo de que no habia trigo ni dinero para comprarlo, no por eso dejó de enviar á la caritativa señora una pobre mujer cargada de hijos, con órden de que la diese todo lo que hubiese menester para mantenerse. Admirada la virtuosa matrona, fué á buscar al siervo de Dios, y le dijo que extrañaba mucho la órden que la habia dado, pues no ignoraba que no habia ni un grano de trigo. Sonrióse el santo, y la respondió: *Andad, y á nadie me negueis limosna.* No replicó la buena señora; volvió á casa, y halló la panera llena de trigo. Toda la ciudad fué testigo de este prodigio, que se repitió por tres veces durante la carestia. Ni fué este el solo milagro que obró Regis durante su vida. Siendo aun mozo, y enseñando la gramática en Puy, curó de repente de una grave enfermedad á un discípulo suyo que ya habia recibido los sacramentos; en fin, no hizo mision que no fuese señalada con algun prodigio.

Siendo tan inmenso el zelo de nuestro misionero, no podia encerrarse dentro de las murallas de una ciudad. No hubo pueblo, aldea, choza, ni cabaña en los obispados de Puy, Viena, Valencia, Viviers, en el territorio de Velay, que no hubiese corrido el siervo de Dios en los cuatro últimos inviernos de su apostólica vida. Fai, Marlhes, San Salvador, San Pedro de los Macabeos, San Boneto el Frio, Vourey, Monregard, Monfaucon, Rocoulles, Marcou, Chambon, Lalo-

vesco, no cesaron nunca de publicar los asombrosos trabajos y los maravillosos frutos del zelo de este nuevo apóstol. En Fai dió vista á dos ciegos; en Marlhes libró á un endemoniado; en Monregard convirtió á la religion católica á la célebre madama de Romecin; en Monfaucon expuso su vida asistiendo á los apestados, y por sus oraciones cesó el contagio. En todas partes correspondia el fruto á su zelo y á sus deseos. Esto le obligó á escribir al padre general de la Compañía la carta siguiente, cuyo original se guarda en el archivo de la casa profesa de Roma, y es su fecha de primero de abril de 1640.

M. R. P. N.

Recurro hoy á V. P. con tanta mayor confianza, cuanto estoy persuadido que la súplica que voy á hacer á V. P., no será de su desagrado. Esta es, que V. P. por su bondad se digne permitirme consagrar la vida y fuerzas que me quedan á la enseñanza de la gente del campo. No puedo explicar los grandes bienes que produce este género de misiones. Hablo por experiencia, habiéndolo visto por mis ojos; y pluguiese á Dios se me hubiese dado licencia para experimentarlo mas frecuentemente. Pido, pues, licencia á V. P. M. R. para emplearme por lo menos seis meses al año en este divino ministerio. El señor obispo de Puy me ha dado todas sus facultades; muchos curas y muchos pueblos piden con grandes instancias la mision. El padre rector, juzgándome necesario en el colegio, me detiene en él de cuando en cuando, á pesar de la extrema necesidad de tantas almas como perecen en las aldeas por falta de socorros espirituales. Suplico á V. P. se sirva hacer reflexion á que en los lugares grandes se distribuye el pan con abundancia, mientras los pobrecitos del campo mueren de hambre, por no haber una mano caritativa

que les reparta el pan de la divina palabra. Espere de la paternal bondad de V. P. que no me negará la gracia que le pido, aunque no sea mas que por consolarme en la repulsa que me dió cuando pedí permiso parar ir al Canadá. Si la respuesta fuere favorable á mis deseos, me colmará de alegría, etc.

Condescendió con gusto el general con estos deseos; y el provincial que se hallaba en Puy, cuando llegó la respuesta, tuvo especial complacencia en que el general aprobase aquello mismo que él habia ya permitido. Despues que el siervo de Dios santificó todo el país de Monfaucon, de Rocoulles y de Verines, publicó para la víspera de Navidad la mision de Lalovesco. Retiróse al colegio de Puy los últimos dias del adviento, para disponerse á morir con tres ó cuatro dias de ejercicios, porque ya le habia el Señor dado á entender claramente que aquella mision habia de poner fin á sus trabajos. Pasólos el siervo de Dios en íntima comunicacion con su Majestad, sin tratar con persona alguna, ocupado únicamente en el pensamiento de la eternidad. Declaró á un padre del colegio de su especial confianza, que sentia ciertos secretos anuncios de su cercana muerte. El tal padre, de cuya boca oyó esta noticia treinta y nueve años ha el autor de esta vida, hizo cuanto pudo para disuadirle que saliese á aquella mision; pero Regis le respondió: *Llámame Dios á Lalovesco, y es preciso que vaya.* Dió fin á sus ejercicios con una confesion general, y la antevíspera de Navidad partió para su amada mision. El tiempo estaba horrible; el país por donde viajaba era el mas quebrado y mas escarpado del mundo; extravióse, y no tuvo otro arbitrio que refugiarse en una choza abierta á todos los aires. Pasó en ella toda la noche, expuesto á un viento del norte muy frio y violento. Acometióle un fuerte dolor de costado, acompañado de una ardentísima calentura, con la cual fué arras-

trando hasta Lalovesco. Fuése directamente á la iglesia, y sin hacer caso de sus dolores ni de su fatiga, abrió la mision, predicando un fervoroso sermon; y despues se fué al confesonario, donde estuvo hasta muy entrada la noche. Suplia el zelo las fuerzas que faltaban al cuerpo. El dia de Navidad predicó tres sermones; otros tantos el dia siguiente, y confesó cerca de veinte y cuatro horas. Pero cediendo el zelo á la debilidad, le dió un desmayo. Llleváronle á casa del cura, y no acertando á rendirse aquella grande alma, todavía confesó allí algunos pobres paisanos que le iban siguiendo desde la iglesia; hasta que repitiéndole otro desmayo, le fué preciso meterse en la cama.

Despachóse un propio con esta noticia á los jesuitas de Anonay, distantes solo tres leguas de Lalovesco. Acudieron prontamente, llevándose consigo á un médico, el cual declaró que en su juicio la enfermedad no tenia remedio. No se puede explicar el gozo con que oyó el moribundo tan alegre nueva. Antes de recibir los sacramentos quiso repetir con el padre Lascombe la confesion general que ocho dias antes habia hecho en Puy. Recibió el viático y la extremauncion como un hombre abrasado en el fuego del divino amor. Trajéronle un caldo; no lo quiso admitir, diciendo que deseaba sustentarse hasta la muerte como los pobres, y que en lugar de caldo le darian gusto si le proporcionasen una taza de leche. Suplicó al padre Lascombe que le hiciese conducir á un establo, para tener el consuelo de morir en un lugar semejante al que Cristo habia escogido para nacer, ya que no podia morir en una cruz como su divino Salvador; pero el padre le respondió que su extrema debilidad no permitia se le removiese. El hermano Bideau, su compañero ordinario, que á la primera noticia se puso apresurado en camino, y desde que llegó no se separó un instante de su cabecera,

aseguró que todo aquel tiempo lo habia pasado el siervo de Dios en contínua oracion. La noche del último dia de diciembre, poco antes de las doce, quiso el Salvador colmar de alegría á su siervo, anticipándole los gustos de la gloria. Aparecieronsele visiblemente Jesus y María; y esta celestial aparicion le arrebató de tal manera, que, no pudiendo contener sus transportes: *¡Ah! hermano mio carísimo*, dijo al hermano Bideau, *¡qué dicha es la mia! ¡qué contento muero! Jesus y María se dignan convidarme á la dulce estancia de los bienaventurados.* Un instante despues, juntando las manos, y fijando los ojos en el crucifijo, pronunció estas palabras: *Jesucristo, Salvador mio, yo te encomiendo mi alma, y la pongo en tus manos*; y entregó dulcemente su espíritu en las de su Criador, hácia la media noche del último dia del año 1640, á los cuarenta y tres y once meses de su edad, habiendo vivido veinte y cuatro en la Compañía, y empleado los diez últimos en las misiones.

Luego que espiró, resonaron en todas las montañas vecinas estas palabras: *el santo murió.* La principal pompa de sus funerales fueron las lágrimas de los pueblos comarcanos. Disputóse algun tiempo dónde se le habia de enterrar: los padres querian llevar el cuerpo al colegio de Puy ó de Turnon, para restituir á los jesuitas lo que parece era suyo; pero piadosamente amotinados todos aquellos pueblos, protestaron que nunca sufririan se les despojase de un tesoro que el cielo les habia regalado. Enterráronle en la iglesia cerca del altar mayor, con la precaucion de dar á la sepultura mas de doce piés de profundidad. Los innumerables milagros que obró Dios, y que está obrando cada dia por su intercesion, hicieron glorioso su sepulcro; y el lugar de Lalovesco, que era una infeliz aldea, es ya un pueblo numeroso y célebre por la concurrencia de peregrinos que acuden á

él de las provincias mas distantes para venerar las cenizas del santo apóstol. De todas partes recurren á su proteccion, como á remedio seguro contra las enfermedades mas desesperadas; y la feliz experiencia de una infinidad de curaciones milagrosas, que el santo ha obrado incesantemente desde que acabó el curso de su apostólica vida, enciende cada dia mas y mas la devocion de los fieles en todos los reinos del mundo, y la viva confianza que tienen en su poderosa intercesion. Esto movió al papa Clemente XI, despues de haberse examinado y aprobado jurídicamente sus virtudes y milagros, á declararle beato por su breve de 8 de mayo de 1716; señalando el dia 24 del mismo mes para su fiesta, y en el propio dia se celebró en Roma con extraordinaria pompa la solemnidad de su beatificacion.

El dia 31 de setiembre del propio año fué levantado el santo cuerpo por el ilustrísimo señor Berton de Crillon, arzobispo de Viena, en cuya jurisdiccion está Lalovesco, y expuesto sobre el altar mayor en una caja. Costó dificultad hallar el santo cuerpo, por el cuidado que se tuvo en ocultarlo cuando lo enterraron, hasta que en los registros parroquiales del señor Bayle, cura de Lalovesco, se encontró una partida donde se expresaba el lugar de la sepultura que se habia dado al santo misionero. Esta partida, copiada auténticamente de dichos registros, dice así:

Este dia último del mes de diciembre del año mil seiscientos y cuarenta, cerca de la media noche, murió en mi cuarto y en mi cama el reverendo padre Juan Francisco Regis, jesuita de Puy, donde estuvo enfermo seis dias, y fué enterrado el dia dos de enero de mil seiscientos cuarenta y uno, en la capilla, y debajo de la campana grande de nuestra Iglesia de Lalovesco. Y por ser verdad lo firmè hoy tres del mismo mes y año, etc.

BAYLE, cura.

En esta traslacion se hizo un repartimiento auténtico de algunas de sus reliquias. Consérvase una costilla del santo en la iglesia de los jesuitas de Puy, otra en la de los de Turnon, otra en la de los de Anonay, y otra en la iglesia del colegio de Viena. En la del colegio grande de Leon se venera una vértebra, ó hueso del espinazo, engastada en un rico busto de plata, y en cada una de las iglesias de los otros dos colegios que tienen los padres en aquella ciudad, se venera otra reliquia semejante. La ciudad de Perusa en Italia ha tomado á este gran santo por uno de sus patronos; y habiendo regalado el señor arzobispo de Viena un hueso del brazo del santo al colegio de los jesuitas de Aviñon, no se puede explicar la devocion y la veneracion con que es adorado de los fieles. Ahora mas que nunca honra el Señor á su fiel siervo con la multitud casi infinita de milagros que obra cada dia por su intercesion. La tierra que se saca de su sepultura, llevada por reliquia, y aplicada á los enfermos, hace una multitud de curaciones milagrosas; confirmándose cada dia mas con nuevos prodigios el poder que tiene el santo con Dios, como lo reconoció el sumo pontífice Clemente XI, que gobernaba entonces la Iglesia con tanta sabiduria y dignidad, en su breve de la beatificacion del bienaventurado Juan Francisco Regis, expedido en 8 de mayo de 1716, que dice así:

« El Espíritu Santo nos enseña que se debe tributo de alabanzas á aquellos varones gloriosos, ricos en virtudes, que se hicieron ilustres en sus naciones, esto es, á aquellos santos y elegidos del Señor á quienes plugo á la divina Providencia adornar con los dones mas brillantes de sus diferentes gracias. Como entre estos ilustres varones haya querido la misma divina Providencia que brillase en todas partes la gloria del siervo de Dios Juan Francisco Regis, sacer-

dote y religioso de la Compañía de Jesus, el cual revestido de la virtud de lo alto, y llevando el yugo del Señor desde su juventud, unió siempre la austeridad de la penitencia con el candor de la inocencia; hombre verdaderamente apostólico, cuyo corazon dilató incesantemente el Espíritu Santo para que se mostrase en todo, como lo hizo, digno ministro del Señor, por su mucha paciencia en las tribulaciones, en las necesidades, en las aflicciones, en las desgracias, en medio de los trabajos, por las vigilias y por los ayunos, por la ciencia, por la mansedumbre, y sobre todo por una caridad sincera para con Dios y para con el prójimo, de la cual vivia maravillosamente abrasado: de ahí es que Nos faltaríamos á las obligaciones del pontificado, á cuya dignidad, aunque muy superior á nuestros méritos y á nuestras fuerzas, fué el Señor servido de elevarnos, si no empleáramos la potestad que se nos ha concedido de lo alto en aumentar el culto y la veneracion de este siervo de Dios, para gloria del Señor, para ornamento de la iglesia católica, y para edificacion del pueblo cristiano. Habiendo, pues, examinado con diligencia y con madurez todos los procesos é informaciones jurídicas, hechas por nuestros venerables hermanos los cardenales de la congregacion de los sagrados ritos, en órden á la santidad y virtudes heróicas del siervo de Dios Juan Francisco Regis, como tambien de los milagros que se aseguraba haber obrado Dios por su intercesion, y para manifestar á los hombres su santidad... Concedemos... por la autoridad apostólica, y por el tenor de las presentes, que dicho siervo de Dios Juan Francisco Regis sea de hoy en adelante llamado con el nombre de beato; que su cuerpo y sus reliquias sean expuestas á la veneracion de los fieles... Y que cada año, el dia 24 de mayo, se rece su oficio, y se diga misa de confesor no pon-

tífice, por cuanto el dia 31 de diciembre, en que el siervo de Dios rindió el espíritu á su Criador, y muchos de los siguientes, están ocupados, como se sabe, etc. »

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Antioquía, la fiesta de san Manahen, hermano de leche de Herodes Tetrarca, doctor y profeta del Nuevo Testamento, que murió y fué enterrado en aquella ciudad.

Además, la bienaventurada Juana, mujer de Cuza, intendente de la casa de Herodes, de quien hace mencion san Lucas evangelista.

En Porto, la fiesta de san Vicente mártir.

En Bresa, santa Afra, que fué martirizada en tiempo del emperador Adriano.

En Nantes en Bretaña, los santos mártires Donaciano y Rogaciano hermanos, á quienes en tiempo del emperador Diocleciano pusieron en una cárcel, despues los tendieron y despedazaron en el caballete, en seguida los hirieron con una lanza, y siguiendo constantes en la fe, por último les cortaron la cabeza.

En Istria, los santos mártires Zoel, Servilio, Féliz, Silvano y Diocles.

El mismo dia, san Melecio, capitan de ejército, y doscientos y cincuenta compañeros, que con diversos géneros de muerte consumaron su martirio.

Además, las santas mártires Susana, Marciana y Paladia, mujeres de tres de aquellos soldados, que fueron despedazadas con sus hijos pequeños.

En Milan, san Robustiano mártir.

En Marruecos en Africa, el martirio de san Juan de Prado, Hermano Menor descalzo de la estrecha observancia, que, despues de haber sufrido animosamente las cadenas, la cárcel, los azotes y otros

muchos tormentos en el discurso de su predicacion evangélica, acabó su martirio por el fuego.

En el monasterio de Lerins, san Vicente presbítero, célebre por su santidad y doctrina.

En Bolonia, la traslacion del cuerpo de santo Domingo confesor, en tiempo del papa Gregorio IX.

La misa es del comun de confesor no pontífice, y la oracion, que compuso el mismo papa que le beatificó, es la siguiente.

Deus, qui ad plurimos pro salute animarum perferendos labores beatum Joannem Franciscum, confessorem tuum, mirabili charitate et invicta patientia decorasti: concede propitius, ut ejus exemplis instructi, et intercessionibus adjuti, æternæ vitæ præmia consequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que adornaste con una admirable caridad, y con una invencible paciencia á tu confesor el bienaventurado Juan Francisco, para que pudiese sufrir tantos trabajos por la salvacion de las almas; concédenos benigno, que enseñados por sus ejemplos, y protegidos con su intercesion, merezcamos el premio de la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 31 *del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia* XII, *pág.* 304.

NOTA.

« Asegura san Jerónimo en una de sus epistolas » haber visto un ejemplar hebreo del libro de donde » se sacó esta epistola, no con el titulo *del Eclesiástico*, sino con el de *Parábolas ó Proverbios*; y san » Agustin notó en el lib. 17 de la ciudad de Dios, que » Salomon no solo da en él lecciones para arreglar » las costumbres, sino que tambien profetiza varias » cosas en muchos lugares. »

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no coloca su esperanza en el dinero, ni en los tesoros. Necesariamente ha de tener poco entendimiento y menos religion el que se apoya en bienes tan caducos. ¿Qué merito dan las riquezas al que no tiene talento ni virtud? Y aunque tenga el primero, si le falta la segunda, ¿de qué le servirá? Una estatua de oro, nunca es mas que una estatua. No hay estado mas peligroso para la salvacion que el de los ricos. Las honras embelesan, la abundancia atolondra, y el regalo de una vida deliciosa embriaga. Yo, dice el Señor por su profeta, quise disipar todos esos embelesos, y haceros volver de vuestros extravíos; os hablé cuando todo se os mostraba risueño en medio de vuestra prosperidad y de vuestra abundancia: *Et dixisti: non audiam*, y siempre os hicisteis sordos á mi voz. Los dias que llama el mundo felices, no son ciertamente dias de conversion; el tiempo de prosperidad no es la estacion mas propia para la penitencia. Los consejos mas saludables, las exhortaciones mas eficaces, las reflexiones mas convincentes hacen poca fuerza á un corazon lleno de sus tesoros. *Pauperes evangelizantur.* La docilidad á la fe, y el rendimiento á la gracia, no son las virtudes que mas se pueden esperar de los hombres vanos. Una señora mundana y un hombre rico dejan para el pobre vulgo el aprecio y el ejercicio de las máximas del Evangelio; las del mundo son mas de su gusto. ¿Cuál será pues su suerte eterna? ¿tendrán parte en la estancia dichosa de los bienaventurados? ¡Mi Dios, y qué poco se conocen las ventajas de una vida humilde y necesitada! Es cierto que la pobreza espanta; pero con todo, la condicion de los pobres puede ser un rico mineral de merecimientos y de felicidades. Menos expuestos á los peligros que acompañan á los ricos, son humildes

casi por necesidad, y están mas dependientes de Dios, porque viven de su providencia. ¡Oh, y de cuántos estorbos de la salvacion se hallan exentos! Si conocieran bien lo mucho que vale su estado, se tendrian por dichosos de no haber nacido entre los peligros del esplendor y de la abundancia. Las riquezas producen mas espinas que rosas; y apenas se pueden coger sus flores sin picarse. ¿Quién ignora que la condicion de los pobres fué ennoblecida por la eleccion que hizo de ella Jesucristo? En su mano estuvo nacer y vivir en la mayor opulencia; pero prefirió el estado de pobre. ¿Seria por ignorancia, ó por falta de espíritu? Pero si fué por una disposicion de su divina sabiduría, ¿serán los pobres los peor librados? ¿y tendrán razon para quejarse del estado que les cupo en suerte?

El evangelio es del cap. 12 *de san Lucas, y el mismo que el dia* XII, *pág.* 307.

MEDITACION.

DE LA CARIDAD CON LOS POBRES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la caridad, en el sentido en que ahora la tomamos, es, propiamente hablando, efecto de una virtud moral y cristiana, que consiste en socorrer al prójimo en sus necesidades con limosnas, consejos y con lo demas que le falte. Esta virtud, segun la doctrina del mismo Jesucristo, nace del amor que se tiene á Dios, y segun la misma doctrina ha de ser el distintivo de todos los cristianos: *In hoc cognoscent omnes, quia discipuli mei estis:* La señal por donde todos conocerán que sois discípulos mios, será si os amais unos á otros. Esta caridad benéfica y liberal tiene siempre abiertas las manos para socorrer

al prójimo en sus necesidades. Quiso la divina Providencia que se conservase entre los hombres la caridad, por el recíproco comercio de asistencia y socorro que mutuamente se dan unos á otros; pero este comercio no es precisamente voluntario y de pura benevolencia; es en algunos casos de justicia y de obligacion indispensable. Si naciste en medio del esplendor y de la abundancia, no lo debiste á tu industria, ni á tu mérito: Dios dispuso la diversidad de condiciones, y cuando quiso que unos naciesen necesitados de todas las cosas, encargó que les socorriesen en ellas aquellos á quienes proveyó con abundancia de todo; de manera que, favoreciendo á estos, no se olvidó de aquellos, pues los puso al cuidado de los ricos. Son las riquezas beneficios á título oneroso; los pobres tienen derecho á ellas; y si la divina Providencia las concedió á los ricos, fué con el gravámen y condicion precisa de que los pobres habian de tener parte en sus rentas; y de esta manera proveyó á las necesidades de todos. Es Dios dueño absoluto y supremo de nuestros bienes; como á tal le debemos tributo; y no queriendo, por decirlo así, recibirlo en sus arcas, hace cesion de él en favor de los pobres. El socorrer, pues, á estos, no solo es debido por título de caridad, lo es tambien por titulo de justicia, porque Dios no te hizo rico precisamente para tí solo, sino juntamente para alivio de los pobres. ¡Mi Dios, qué poco conocida, y qué poco abrazada es esta verdad! ¡qué poca caridad hay en el mundo! Y siendo esto así, ¿tendrá Jesucristo muchos discípulos verdaderos entre los cristianos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la verdadera caridad no se limita únicamente á lo que se llama limosna; es muy ingeniosa y encuentra mil industrias para aliviar á los

afligidos. Cuando faltan las riquezas, no faltan los buenos oficios, los obsequios, ni las diligencias. Nunca sabe estar ociosa su actividad. En vano procuran el honor y la vergüenza sepultar en las tinieblas la necesidad de las honradas familias; á la fina caridad no se la ocultan aun las miserias mas invisibles; ninguna se esconde á su solícita vigilancia. Los enfermos mas asquerosos, los mas abandonados, tienen para ella no sé qué oculto atractivo. Penetra las prisiones, y sabe abrirse las puertas de los mas profundos calabozos. ¡Qué no puede, y qué no hace un zelo animado de la caridad! Pero aun mucho mas excitan su compasion las necesidades espirituales, que las corporales. Esta caridad cristiana es la que enciende aquella misteriosa lámpara, con la cual los verdaderos discípulos de Cristo alumbran á todos aquellos que están envueltos en las tinieblas del pecado. Aquel ardiente, infatigable y generoso zelo, que, por decirlo así, devora á todos los fieles siervos de Dios, efecto es de la caridad cristiana. Considera los inmensos trabajos de aquellos hombres apostólicos que sacrificaron su sosiego, su salud y su misma vida por la salvacion de las almas. Basta solo un Regis para que comprendas lo mucho que puede una ardiente caridad. Con un ayuno riguroso y continuo, en un pais verdaderamente horrible, en el rigor de la estacion mas cruel, con trabajos y con fatigas que apenas caben en la imaginacion, trataba de instruir á los pobres y santificarlos: á esto se reducia todo su grande zelo. No le movia, no, ni el esplendor de las funciones en que ejercia su ministerio, ni la brillantez ó el rango de las personas en quienes lograba tan portentosas conversiones: unas humildes chozas, escondidas entre las mas ásperas montañas y habitadas por unos pobres paisanos, eran todo el teatro de su inflamada caridad, pero de una caridad verdadera-

mente sobrenatural; porque ¿qué otro fuego que el del divino amor podia encender aquel heróico zelo, ni abrasar aquel noble corazon? Cotejemos aquella caridad con la nuestra; y si este ha de ser el distintivo que nos dé á conocer por verdaderos cristianos, ¿podremos esperar que Jesucristo nos reconozca por sus discípulos verdaderos?

Alcanzadme, ó bienaventurado Regis, aquella caridad, aquel amor á mi prójimo que poseísteis vos en grado tan eminente. Ni vuestra intercesion, ni el valimiento que teneis con Dios, se limitan á las necesidades corporales; sin comparacion os mueven mucho mas las espirituales. Conseguidme, pues, del Señor una caridad perfecta, en virtud de la cual ame á mi Dios sobre todas las cosas, y al prójmo por el amor de mi Dios.

JACULATORIAS.

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem: in die mala liberabit eum Dominus. Salm. 40.

Dichoso aquel que atiende á las necesidades del menesteroso y del afligido; cuando él mismo se vea en la afliccion logrará el consuelo y la asistencia del Señor.

Ure renes meos et cor meum, Domine. Salm. 25.

Señor, abrasad mis entrañas y mi corazon con el fuego de vuestro amor.

PROPOSITOS.

1. Es señal de un buen corazon tener compasion de los afligidos. El que se muestra duro en los trabajos de otro, es poco agradecido á los beneficios de Dios. No es tierno con Dios el que no lo es con el prójimo. Conviene, pues, que la caridad sea tu virtud.



S.TA MARIA MAGDALENA
DE PAZZIS.

Préciate de tener un corazon tierno y compasivo, singularmente con los pobres; pero ten presente que la verdadera compasion, primer fruto de la caridad, no consiste en ternuras exteriores, ni en lágrimas estériles; pide necesariamente socorros efectivos. Cuando la limosna acompaña á la compasion, la compasion es aun mas apreciable que la misma limosna. Junta siempre que puedas estos dos frutos de la caridad. Ama á los pobres, hónralos como á porcion escogida del rebaño de Jesucristo, y no malogres ocasion alguna de socorrerlos.

2. Para aliviarlos hay diferentes medios. No solo se les puede socorrer con la limosna, sino con los consejos, con los buenos oficios y con instrucciones saludables. A un pobre encarcelado, á un enfermo, al que su pobreza y su honra tienen encerrado entre cuatro paredes, le consuela mucho una visita; todas estas obras de misericordia son otras tantas limosnas. Llevará Dios la cuenta de ellas, y en el gran dia del juicio estos serán los títulos y los méritos que tendrá presentes para premiar á los elegidos.

DIA VEINTE Y CINCO.

SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZIS,

CARMELITA DE LA REGULAR OBSERVANCIA.

Santa María Magdalena, de la ilustre casa de Pazzis en el ducado de Toscana, tan recomendable por su religiosa vida, como por su santidad, fue hija de Camilo de Geri de Pazzis, y de María Lorenza de Bondelmont. Nació en Florencia el dia 2 de abril del año 1566, y recibió en el bautismo el nombre de Catalina. Muy presto se conoció que Dios la habia

prevenido con su particular bendicion desde la cuna. Fué niña, pero nunca lo pareció; anticipóse la razon á la edad, y la gracia, por decirlo así, se anticipó á la razon. Exenta de las ordinarias inclinaciones de los niños, para ella no habia otro entretenimiento que la oracion. Si la querian divertir, era menester llevarla á la iglesia, ó leerla la vida de algun santo. Cansaba á su aya tanta devocion; pero al mismo tiempo la admiraba como á todos sus parientes.

Debió al cielo un natural apacible, un genio dócil, pero acompañado de una seriedad, y de una reserva tan grata y tan atractiva, que sin libertad la amaban y la veneraban cuantos la conocian. Parecia haber nacido con un ardiente amor á Jesucristo, y con una ternura singular á la santísima Vírgen, segun se hacia sensible á todos la devocion que profesaba al Hijo y á la Madre. Favorecióla Dios con el don de oracion antes de saber leer, ni tener edad para aprenderlo; pasaba en ella horas enteras, y preguntada, qué hacia en el oratorio, respondia: *Pido á mi buen Dios que me enseñe lo que debo hacer para agradarle.*

Entre los siete y ocho años de su edad la comenzó á confesar el padre Rosi, de la Compañía de Jesus, que fué despues de toda su confianza, y desde entonces la encontró ya diestra en el ejercicio de la oracion. En este comercio espiritual que tenia con su Dios, aprendió sin duda las pequeñas industrias de que se valia para mortificarse, tan imperceptibles, que se escapaban á toda la atencion de su aya. De la sobriedad que comenzó á practicar, pasó muy presto á la abstinencia: era menester hacerla observaciones para que interrumpiese los ayunos. Ni su madre, ni su director, tenian otra cosa que hacer en su gobierno sino moderar sus penitencias.

Nada afligia tanto á la santa niña como el no verse admitida á la sagrada mesa de Jesucristo, á causa de su

corta edad, sin poder disimular la santa envidia con que miraba á las otras que por sus años gozaban este privilegio. Atendiendo el confesor á sus ansias, á su virtud y á su razon despejada, se determinó finalmente á consolarla, y á los diez años la permitió la sagrada comunion. Conseguida esta gracia, juzgó que no habia en el mundo dicha comparable con la suya, y no sabiendo cómo agradecerla, resolvió consagrar á Dios su virginidad, como lo hizo con voto, y desde entonces se consideró como esposa suya.

Esta nueva prerogativa la inspiró nuevos deseos de padecer. Para hacerse mas agradable á su divino Esposo, comenzó desde los doce años de su edad á dormir sobre la desnuda tierra, y á macerar su delicado cuerpo con todo género de penitencias. La vista de Cristo crucificado la inspiraba cada dia alguna nueva invencion para mortificarse. Además del cilicio que continuamente traia, hizo una corona de espinas muy puntiagudas, que se apretó fuertemente á la cabeza, y pasó toda una noche en este cruel tormento. Era muy ingenioso el amor de Dios en esta tierna doncellita para inventar industrias con que mortificar sus sentidos, encontrando en todas partes materia para algun sacrificio.

Por este tiempo el gran duque de Toscana hizo gobernador de la ciudad de Cortona á Camilo, padre de la santa niña, con cuya ocasion, por consejo del padre Blanca, rector del colegio de jesuitas, pidió y obtuvo esta el consentimiento de sus padres para quedarse por educanda en el monasterio de San Juan Bautista de Florencia. Creció su fervor con el retiro; y la comodidad que tenia de adorar á todas horas á su celestial Esposo en el santísimo Sacramento, la hacia llamar al convento el paraiso terrenal. Por su gusto hubiera pasado todas las noches en el coro, de donde nunca la arrancaban sin hacerla mucha violencia, porque tenia

todas sus delicias en hacer continuamente la corte á Jesucristo. Por eso cuando la buscaban, ya se sabia que la habian de encontrar en la iglesia. Pero habiendo vuelto sus padres á Florencia, se vió precisada á dejar aquella dulce habitacion. Costó muchas lágrimas la separacion, tanto á las religiosas, como á la niña; pero nada la afligió mas que la resolucion que tomaron sus padres de casarla. Aunque tenia solos quince años, era ya muy pretendida, aun mucho mas por su virtud, que por sus muchos bienes, por su nobleza y por su hermosura. Pero quedaron iguales todos los pretendientes, porque declaró á sus padres el voto que tenia hecho de ser religiosa, y de no admitir otro esposo que Jesucristo. Como aquellos eran muy virtuosos, y su vocacion tenia tantas pruebas de verdadera, no ocurrió embarazo que la detuviese. Dejóse á su arbitrio la eleccion del convento, y prefirió el de las carmelitas á todos los demás, precisamente porque comulgaban todos los dias. Entró, pues, en el convento de Santa María de los Angeles, el año de 1582, casi á los diez y seis años y medio de su edad; y pasadas las primeras pruebas, cuando se juzgaba ya en vísperas de tomar el hábito, fué llevada otra vez á la casa de sus padres, donde padeció por tres años grandes y terribles combates; pero saliendo victoriosa de todos ellos, la restituyeron al convento. Luego que se vió en él, olvidó enteramente todo lo que olia á carne y sangre, dejando hasta el propio nombre de Catalina, que trocó en el de Magdalena; y resuelta á no dejarse ver de persona alguna de fuera, hizo del claustro su sepulcro, enterrándose en vida dentro de él.

Al despojo universal de todos los bienes exteriores acompañó el sacrificio de su propia voluntad. Por larga y laudable que fuese la costumbre que tenia en el mundo de hacer grandes penitencias y pasar muchas horas en oracion, no deliberó un instante cuando

fué menester reducirse á la vida comun de las novicias; sometió á la regla todas sus devociones particulares, y huyó cuidadosamente de toda singularidad. Ninguna novicia comenzó la vida religiosa con mayor fervor, y ninguna en menos tiempo hizo mayores progresos. En menos de seis meses era ya una religiosa perfecta por su devocion, por su íntima union con Dios, por su puntualidad y por su mortificacion. Desmayaba el fervor de las mas ancianas á vista de su virtud; y no siendo mas que novicia, á todas la proponian por modelo para la imitacion. Suspiraba cada instante por el dichoso dia en que habia de consumar el sacrificio; apresuróse la ceremonia por una grave enfermedad que la puso á las puertas de la muerte. Profesó, pues, el dia 27 de mayo, fiesta de la santísima Trinidad, y profesó con tanta devocion, y tan abrasada del divino amor, que por muchas horas estuvo arrebatada en éxtasis. Este fué el preludio de aquellas gracias tan extraordinarias, de aquellos raptos tan frecuentes con que Dios la favoreció. En los dos años inmediatos á su profesion, se pasaban pocos dias sin estar arrebatada por cuatro y por seis horas en amorosos éxtasis, el cuerpo inmoble, los ojos levantados al cielo, ó clavados fijamente en la imágen de un crucifijo, el rostro inflamado por el fuego del divino amor, tan apacible y tan risueño, que mostraba bien los deliciosos consuelos en que se inundaba su alma. En esta postura se la oia exclamar frecuentemente: *¡ O amor, ó divino amor ! ¿ será posible que las criaturas te conozcan, y no te amen?* Las continuas lágrimas que vertian sus ojos en estas ocasiones, eran indicios de que su corazon ardia en aquel divino fuego que vino el Salvador á encender en el mundo. Muchas veces salia como fuera de sí corriendo por los tránsitos del convento, y por las calles del huerto, y diciendo toda arrebatada con la esposa de los Can-

tares : *Buscando voy al que ama mi corazon. ¿Habeis visto al amado de mi alma? No dejaré de buscarle hasta que le encuentre.* Y otras exclamaba : *Yo vivo, pero ya no vivo yo ; Jesucristo vive en mí.* Con dificultad se habrán visto efectos mas sensibles del amor de Dios, que los que se notaban en aquella alma feliz, siendo preciso muchas veces obligarla á que tuviese metidas las manos en el hielo para templar sus ardores.

Parece que el Señor tenia sus delicias en instruirla por sí mismo durante aquellas íntimas comunicaciones. Al volver un dia de un éxtasis muy dilatado, la ordenaron el confesor y la prelada que dijese lo que Dios la habia dado á entender en aquel rapto, y que declarase lo que la habia enseñado. « Enseñóme, dijo, mi divino Maestro á guardar con un sumo cuidado, y con una extrema vigilancia, la pureza del corazon y la santa simplicidad. Infundióme tan elevado concepto de la virginidad, que no acierto á explicarlo con palabras. Ordenóme que hiciese cada obra particular como si fuese la última de mi vida ; que nunca indagase lo que hacian las demás, ocupándome única y totalmente en lo que me tocaba á mí ; que conservase siempre un humor inalterable, tratando con sumo agrado á toda suerte de personas, y que jamás se me escapase palabra alguna que oliese á lisonja ni á vanidad ; que procurase ardientemente servir á mis hermanas, considerándome como si fuese criada de todas ; que hiciese infinito aprecio hasta de las reglas mas menudas, persuadida que todas eran de suma importancia, y que en la exacta observancia de todas ellas consistia la perfeccion religiosa ; que jamás hablase de los favores que me hacia, ni de las cosas de mi interior, sino con las personas que tenian á su cargo mi direccion ; que nunca perdiese de vista la pasion de Jesucristo ; y en fin, que

tuviese una insaciable hambre de la divina Eucaristía, llegándome cada dia con nuevo fervor á la sagrada mesa, y visitando todos los dias treinta y tres veces el santísimo Sacramento, á menos que me lo impidiese la obligacion de la obediencia. »

Dijo un dia á la prelada que la ordenaba el Señor que en adelante solo se mantuviese con pan y agua: desaprobó la superiora esta singularidad, y la ordenó que comiese lo que comian las demás: obedeció la santa, pero desde entonces no la fué posible tragar ni un solo bocado, y en lo restante de su vida solo se sustentó con lo que Dios la habia ordenado. Consiguió licencia para andar con los piés descalzos, y nunca se dispensó en esta penitencia, por riguroso que fuese el invierno. A pesar de la delicadeza de su cuerpo, consumido por las continuas enfermedades, dormia constantemente en la dura tierra, sin quitarse jamás un áspero cilicio y una cadenilla de hierro que traia siempre ceñida á su inocente cuerpo.

Pero no fueron estas mortificaciones las que mas la dieron que padecer. Queria el Señor purificar todavía aquella alma en el fuego de la tribulacion, y aumentar mucho por este camino sus merecimientos. Entregada por espacio de cinco años á las mas violentas tentaciones y á las mas terribles pruebas, parecia haberla dejado su divino esposo enteramente á merced del furor de los demonios. Cesaron de repente los continuos favores con que el Señor la regalaba, tan olvidada al parecer de ellos, como si jamás los hubiera recibido; hallóse su espiritu poseido de una desolacion, de una aridez, de una sequedad extrema: una violencia, un total disgusto á todos los ejercicios de devocion; un tedio insoportable á la oracion; un levantamiento general de todas las pasiones, y de muchas muy humillantes que hasta entonces habia ignorado; una especie de horror involuntario á su

vocacion, y un torbellino de pensamientos terribles, de imaginaciones congojosas, todo con tentaciones de blasfemias y de desesperacion, con dolores universales y agudisimos en todo el cuerpo; fantasmas horribles que no la permitian un instante de reposo, ni de dia ni de noche, sin intermision y sin consuelo; desolada, despreciada. abandonada, con razon se puede dudar si era posible martirio mas cruel. Sosteníala verdaderamente la gracia; pero apenas se hacia sensible en tan doloroso estado. Con todo eso en nada se desmintió á sí misma la fidelisima Magdalena; despues de su continuo recurso á Dios, todo su consuelo era su confianza en la santísima Vírgen. Viósela muchas veces, durante aquellos excesos de desolacion y desamparo, correr apresurada á los oratorios y capillas reservadas del convento, y deshaciéndose en lágrimas, abrazarse estrechamente con alguna imágen ó estatua de esta Señora. Pero la prueba mayor de la magnanimidad de aquella alma fué el oirla exclamar en medio de sus trabajos: «Señor, aunque me seria tan dulce la muerte para librarme de tantos tormentos, no, mi Dios, no me dejeis morir tan presto para que se me dilate el padecer: *Non mori, sed pati.*»

Cuanto mas crecian sus penas, su sequedad y sus congojas, mas puntual y mas exacta era en todos los los ejercicios espirituales. Habia pedido y habia conseguido licencia para hacer los mas bajos oficios de la casa, y todos los hacia con la mayor exactitud. Ni de dia ni de noche se apartaba, en cuanto podia, de la cabecera de las enfermas, sirviéndolas en las cosas mas humillantes, y tenia particular gusto en ayudar a las hermanas legas en todas las ocupaciones correspondientes á su humilde estado. Honraba y veneraba tanto á todas las monjas, que muchas veces se postraba y besaba devotamente el suelo donde

ellas habian puesto los piés. Parece que no podia ascender á mas alto grado la caridad, la mortificacion y la humildad de nuestra santa; por lo que quizá tampoco habrá dispensado el Señor á otra alma mas insignes favores.

Sucedió la calma á la tempestad, y la luz hermosa y alegre á las tristísimas tinieblas. Apareciósela el Señor, acompañando su presencia sensible con tan celestiales consuelos, que en un instante la hicieron olvidar todos los tormentos pasados. Desde allí en adelante todo fué éxtasis, todo excesos de amor, estando abrasada continuamente en él de un modo muy sensible. Su grande máxima era esta: *Amar á Dios, y aborrecerse á sí misma*; y añadia: *En esto consiste la perfeccion.* No obstante el ardiente deseo que tenia de hacer grandes cosas por su Dios, el Señor la ordenó que en lo sucesivo huyese de toda singularidad, y se redujese en todo á la vida comun. Hizolo; pero al mismo tiempo daba realce á las obras mas ordinarias, haciéndolas por motivos tan puros y tan perfectos, que á cada instante crecia en gracia y en merecimientos. Exclamaba frecuentemente en la oracion y en sus ordinarios éxtasis: *¿Quién me separará del amor de Jesucristo* (1)*? ¿la tribulacion, la tentacion, las angustias? Todas las cosas del mundo me parecen estiércol por ganar á Jesucristo. El Señor me enseña con sus lecciones, y vela por mi conversion* (2), *¿quién me podrá hacer daño?* Arrebatada un dia en estos extáticos excesos, corrió acelerada á un altar de la santísima Vírgen, inflamado el rostro por aquel celestial fuego que abrasaba su corazon; y postrada en tierra, hizo esta tierna oracion: «Purísima Vírgen, madre de Dios, yo me ofrezco y me sacrifico toda á vos para siempre y sin reserva; desde este dia en adelante vos seréis mi madre; despues de Dios

(1) Rom. 8. — (2) Philip.

en vos pongo toda mi confianza; dignaos mirarme como á la menor de vuestras hijas, no por eso dejaré de ser la menor de vuestras humildes siervas. Jesus y María, este es todo mi tesoro y todo mi consuelo.»

Ninguna religiosa tuvo mayor ni mas justo concepto de la felicidad del estado religioso; besaba muchas veces al dia las paredes del convento, y decia que si se conocieran bien la dulzura, la felicidad y las ventajas de la religion, se despoblaria el siglo. Devorábala el zelo de la salvacion de las almas; todos los dias hacia oracion y varias penitencias por la conversion de los pecadores; pero la cuaresma con especialidad era para ella el tiempo de las lágrimas y del martirio.

Aunque tan jóven, y siempre enfermiza, la encomendaron los principales oficios de la casa; fué por mucho tiempo directora de las jóvenes profesas y novicias, y al cabo superiora de la comunidad, por eleccion de toda ella. No se puede dignamente admirar la vigilancia, la exactitud, la discrecion, la suavidad y la caridad con que desempeñaba las obligaciones de tan diferentes empleos; haciendo conocer á todos que reina muy presto en una comunidad religiosa el fervor y la observancia, cuando los que la gobiernan mandan mas con el ejemplo que con las palabras. Siendo los superiores santos, todo va bien en los conventos.

Favoreció el Señor á su sierva con los dones mas singulares; tuvo el de milagros y el de profecía. Luego que espiró en Roma san Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesus, vió Magdalena en un éxtasis el sublime grado de gloria que gozaba en el cielo.

Entre tanto iban creciendo cada dia sus dolores y sus enfermedades, sin que se pudiese comprender cómo un cuerpo tan delicado podia resistir á

tantos males. Aumentóse la violencia en la postrera enfermedad; padecia excesivos dolores en todo el cuerpo, sin que con ningun remedio pudiese recibir el menor alivio. *Espero morir en la cruz* (decia ella) *á ejemplo de mi divino Salvador. ¡Cierto que seria buena gracia el que bajase de ella!* decia á una monja que queria consolarla. Solamente cuando recibia la divina Eucaristía se la aliviaban por algunos instantes sus vivos dolores; pero en medio de ellos nunca perdió su apacibilidad, su tranquilidad, ni su paciencia. Consumida en fin aquella bienaventurada víctima, mas por la fuerza de los incendios del divino amor, que por el rigor de la enfermedad, rindió el espíritu á su Criador, para recibir el gran premio que la estaba destinado, el dia 25 de mayo del año de 1607, á los cuarenta y uno de su edad, despues de haber vivido veinte y cinco en el monasterio.

Inmediatamente despues de su muerte dió el cielo grandes señales de la gloria que gozaba, no solo por los muchos milagros que obró y está obrando aun en el dia de hoy en su sepulcro, sino por la incorruptibilidad del santo cuerpo que pasó á ser objeto de la pública veneracion, principalmente desde que Urbano VIII la beatificó en el año de 1626, y que Alejandro VII la puso solemnemente en el catálogo de los santos en el de 1669, con las ceremonias acostumbradas.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Salerno, el tránsito de san Gregorio papa séptimo de este nombre, zeloso y firme defensor de las libertades de la Iglesia.

En Florencia, santa María Magdalena vírgen, del órden de Carmelitas, ilustre por su regular y santa vida: su fiesta se celebra el dia veinte y siete de este mes.

En Roma, en la via de Nomento, la fiesta de san Urbano, papa y mártir, que con sus exhortaciones y doctrina redujo á muchas personas entre otras á Tiburcio y Valeriano, á abrazar la fe de Jesucristo, y á sufrir el martirio por sostener su verdad. El mismo santo, despues de haber padecido mucho por la Iglesia de Dios en la persecucion del emperador Alejandro Severo, habiéndole cortado la cabeza, alcanzó la corona del martirio.

En Dorostoro en Misia, la fiesta de los santos Pasícrates, Valencion y otros dos, coronados juntamente.

En Milan, san Dionisio obispo, que murió en Capadocia, adonde le habia desterrado por profesar la fe católica el emperador arriano Constancio, con una muerte semejante al martirio: su santo cuerpo fué enviado por el obispo Aurelio á san Ambrosio, obispo de Milan, y aun se dice que en esta traslacion tuvo parte san Basilio.

En Roma, san Bonifacio papa, cuarto de este nombre, que dedicó el Panteon en honor de santa María de los Mártires.

En Florencia, san Zenobio, obispo de esta ciudad, célebre por la santidad de su vida y la gloria de sus milagros.

En Inglaterra, san Aldelmo, obispo de Sherburn.

En la diócesis de Troyes, san Liey, confesor.

En Asís en Umbria, la traslacion de san Francisco confesor, en tiempo de Gregorio IX.

En Veroli en la campaña de Roma, la traslacion de santa María, madre de Santiago, cuyo cuerpo es esclarecido por sus muchos milagros.

La misa es del comun de vírgenes, y la oracion la que sigue.

Deus, virginitatis amator, qui beatam Mariam Magda-

O Dios, amador de la virginidad, que adornaste con dones

lenam virginem, tuo amore succensam, cœlestibus donis decorasti: da, ut quam festivâ celebritate veneramur, puritate et charitate imitemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

celestiales á la bienaventurada vírgen María Magdalena, encendida en el fuego de tu divino amor; concédenos que imitemos en el amor y en la pureza á la que hoy celebramos con tanta solemnidad. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios.

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me: Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloria, gloríese en el Señor. Porque el que se recomienda á sí mismo, no es el que merece ser aprobado, sino aquel á quien recomienda Dios. Ojalá sufriéseis algun poco mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

NOTA.

« En el año 57 de Cristo escribió san Pablo en » Macedonia esta carta á los fieles de Corinto, como » ya tenemos dicho, y la remitió por Tito y por san » Lucas, ó los cuales se juntó Apolonio, enviado por » san Pablo para recibir las limosnas que habian dado » á Timoteo los de Corinto. »

REFLEXIONES.

No el que se recomienda á sí mismo merece ser aprobado, sino aquel á quien Dios recomienda. Ninguna cosa acredita mas el limitado entendimiento de un hombre, y su poco ó ningun mérito, que el alabarse

á sí mismo; vanidad tan grosera, que hace sumamente despreciable al que pretende hacerse estimar por ella. La verdadera virtud, el verdadero mérito aborrece las alabanzas; no se apacienta con aire, ni con lisonjas forasteras; aliméntase, por decirlo así, con su propio jugo.

Es la vanidad una pasion muy necia; á todos se hace odiosa, pero nunca enfada mas que cuando se disfraza con máscara de piedad, y procura familiarizarse con la devocion. El orgullo mas astuto y mas sutil sabe tal vez cubrirse con los andrajos de la humildad; remeda el aire y el tono de esta virtud, se prevale y se sustenta con sus privilegios. Ningun vicio hace representar tantos papeles; no hay virtud que deba fiarse de él, y apenas hay otro de quien menos se desconfíe. La virtud sola parece muy insípida al que solo tiene la corteza; el orgullo es la sal que la sazona.

Somos devotos con gusto mientras sacamos de la devocion algun provecho; por mas que se diga que solo se busca la gloria de Dios, nunca perdemos de vista la nuestra. Aquellas obras de caridad que nos dan mas estimacion, por penosas que sean, esas son las que se nos hacen mas fáciles; por lo menos esas solas son las que siempre se juzgan indispensables. Mientras la virtud es aplaudida, nada se hace difícil en su ejercicio; toda la dificultad está en aquello que se practica á oscuras y en secreto. ¡Cosa extraña! aquellos mismos que escriben mejor contra la vanidad, no siempre son los que están mas reñidos con ella. No pocas veces el orgullo pelea contra el orgullo; comunicase este veneno aun á su mismo antídoto; algunas veces en el mismo ejercicio de la humildad se esconde el orgullo.

Dícese que nada se hace, ni se pretende hacer por ostentacion; pero al mismo tiempo no disgusta que

se vea la buena obra que se hace. Quiérese ocultar (por lo menos así se dice) lo poco bueno que se hace; pero fácilmente se perdona á los que lo publican. La accion fatiga, pero lisonjea, especialmente cuando los muchos que nos buscan acreditan en esto mismo su confianza, y la estimacion que hacen de nosotros. Siéntese una secreta complacencia en parecer hombre necesario. ¿Será Dios el único objeto, el único motivo de tantas fatigas? á la verdad parece que se le da la propiedad; pero se reserva el usufructo. Acompáñanos el orgullo hasta en la victoria del orgullo mismo; con todo se mantiene, con todo se sustenta; hasta la misma humildad le sirve de alimento. Háblase de sí mismo con desprecio; pero bien entendido que las mismas expresiones de abatimiento que se usan, deben reputarse por otro nuevo mérito; por eso no se mira con buenos ojos á los que creen nuestra humilde confesion sin mucha dificultad. La falsa modestia es el refinamiento mas subido de la vanidad, la cual algunas veces llega á hacerse pasar por la virtud que es mas contraria á ella. En una palabra, desean los hombres ser tenidos por humildes, pero sin serlo; aquellos que verdaderamente lo son, no hacen alarde de ello, y aun se afligen de que los tengan por tales. *Qui gloriatur, in Domino glorietur:* el que se gloría, gloríese en el Señor.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus, quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fa-

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado

tuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis; ite potiùs ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta Al fin llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde. y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, por que no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

DEL DESPRECIO DE LAS COSAS PEQUEÑAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que apenas hay error mas pernicioso, y con todo eso apenas hay otro mas comun, que temer poco las faltas pequeñas, y hacer poco caso de las

obligaciones menudas. La delicadeza de conciencia suele reputarse por cierto vano temor de una alma pusilánime; y la escrupulosa puntualidad en las cosas pequeñas se tiene por prueba de un talento muy limitado. Dícese que un entendimiento despejado pierde de vista estas menudencias, y que la verdadera virtud nunca dependió de un cúmulo de menudas observancias que envilecen el ánimo, hacen tedioso y aun grosero el comercio de la vida, y lejos de fomentar la devocion, la descarnan y la desecan. Sobre este falso principio, se cede en todo al amor propio, se condesciende con las pasiones, se lisonjea á los sentidos, y se huye de toda servidumbre. Esperan las vírgenes al esposo, pero se descuidan de proveer sus lámparas, porque no piensan que ha de venir tan presto. Su descuido no parece muy grave; pero, ¡buen Dios, qué consecuencias no se siguieron de él! No quiso ni aun verlas el esposo celestial. Dícese que no es cosa de importancia una faltilla, una regla de poca monta, una lijera inspiracion; que no puede importar mucho el despreciarla. Pero qué, ¿puede haber cosa pequeña desde que tiene relacion con un Dios tan grande, y cuando se trata no menos que de agradarle ó desagradarle? Desagradar un poco á Dios, ¿será poco respecto de nosotros? No hay cosa pequeña en todo lo que puede contribuir á un negocio tan grande como el de nuestra salvacion, ó nuestra perfeccion; no hay cosa pequeña en todo lo que nos puede hacer ganar ó perder un grado de gloria eterna. No es pequeña cosa ser constantemente fiel en las cosas mas pequeñas: es prueba de grande amor querer dar gusto en todo á la persona que se ama, y huir de desagradarla en la mas mínima cosa. No querer dar gusto á Dios sino en las materias graves, contentarse con guardar sus mandamientos, es prueba de que se le teme mucho, pero tambien lo

es de que se le ama poco. Témese el infierno con un temor servil, cuando solo se piensa en guardar los mandamientos, y en todo lo demás no se repara en disgustar á Dios. Pero si no hubiera infierno, ¿guardarian los mandamientos estos siervos infieles y cobardes? ¡Mi Dios, y cuántos se encontrarán de estos que solo os temian con un temor servil, cuando quitada la máscara y el disfraz se presenten en vuestro tribunal!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que se engañan enormemente todos aquellos que piensan guardarán todo lo que es esencial para la salvacion, aunque hagan poco caso de las obligaciones pequeñas. *El que es infiel en las cosas pequeñas, tambien lo será en las grandes,* dice el oráculo de la verdad, el mismo Jesucristo. Tú dices que, aunque seas poco observante y poco exacto, no faltarás á lo esencial; y Jesucristo dice lo contrario. Una fluxion, por lijera que sea, si es continua, debilita la vista. Cuando habitualmente se cometen muchas faltas lijeras, es de temer que se pase sin reparo por encima de muchas graves. Los mas furiosos incendios muchas veces tienen principio en una chispa, en una pavesa que se despreció, y no se apagó. Al mas sólido edificio, dice el Sabio, echa por tierra una gotera, si no se remedia á tiempo; el agua va poco á poco pudriendo las maderas, comunícase á las paredes, cala hasta los cimientos, ablándalos, socávalos, remuévelos, y da en tierra el edificio.

Saul, estrechado al parecer por la necesidad, no espera á que llegue Samuel para ofrecer el sacrificio: falta en la apariencia lijera, y que en las circunstancias parecia muy excusable; sin embargo, ella mudó el corazon de Dios respecto de Saul, y fué el principio de su reprobacion. ¿Qué consecuencias tan funestas

tuvo una curiosidad inconsiderada de David? Los pequeños hurtos y la poca fidelidad de Judas en intereses de no mucha importancia, fueron fomentando su avaricia, hasta que al fin vino á vender á su Maestro, y á ahorcarse él mismo confuso y desesperado. Mi falta, dices, fué una friolera: por lo mismo te costaba menos el ser fiel; por lo mismo eres mas culpado en no haberlo sido. La dificultad de las cosas que se nos mandan puede servir de pretexto á nuestra flaqueza; pero cuando son fáciles, ¿qué excusa podemos alegar? Aunque el profeta, decian los criados á su amo Naaman, os hubiera ordenado una cosa muy ardua, debiérais ponerla en ejecucion por amor á vuestra salud; pero siendo tan fácil la que os prescribió, como bañaros siete veces en el Jordan, ¿no seria grande imprudencia omitirla? Ciertamente, despues de tanto como Jesucristo hizo y padeció por nosotros, aunque nos mandara las cosas mas grandes y mas dificultosas, ¿podríamos negarnos á ejecutarlas sin incurrir en la mas odiosa ingratitud? Con todo eso, casi todo lo que nos manda es sumamente fácil, y de tan poca consideracion en sí mismo, que no nos atreveríamos á negarlo á un amigo, á un pariente, á un extraño, á un hombre de autoridad; y sin embargo, falta poco para que hagamos vanidad de no concederlo á Jesucristo.

¡Ah, Señor, y cómo se le representará en la hora de la muerte á un cristiano, á un religioso, esta negligencia habitual! ¿Qué responderé yo, divino Maestro mio, cuando me deis en cara con mi ingratitud, con mi descuido, con mi poca fidelidad en las cosas pequeñas, cuando todos los dias las espero y las recibo tan grandes de vuestra misericordia? Haced, Señor, que esta mi presente confusion me sirva para ser en adelante mas fiel, mas exacto y mas agradecido.

JACULATORIAS.

In toto corde meo exquisivi te : ne repellas me à mandatis tuis. Salm. 118.

Deseé, Señor, agradaros con todo mi corazon; no permitais que me separe jamás de vuestra divina voluntad ni en la mas mínima cosa.

Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam, et custodiam illam in toto corde meo. Salm. 118.

Abridme, Señor, los ojos para conocer todo aquello que os agrada, y con toda el alma me dedicaré á daros gusto hasta en la menor de todas mis obligaciones.

PROPOSITOS.

1. Ninguna cosa perjudica tanto á la salvacion como el descuido en las cosas pequeñas: de este principio nacen las mas funestas caidas, y en esta infidelidad tiene su origen la tibieza; mal tanto mas temible cuanto es menos temido. No es nada, se dice, una falta tan lijera; algun dia se sabrá de cuánta consecuencia fué esta falta. Tampoco parecia nada, ó á lo mas un poco de curiosidad, volver la cabeza para ver como se abrasaba una ciudad con fuego del cielo; pues esa curiosidad costó la vida á la mujer de Lot, castigada de un modo tan extraño como visible. Despreciar las cosas pequeñas, es estar desagradando á Dios continuamente, desobedeciéndole á todas horas en las materias mas fáciles; es negarle lo que sin dificultad se concederia á un amigo, ó á cualquier hombre de alguna distincion; es, hablando en rigor, serle infiel todos los dias y todo el dia. Pues examina ahora cuáles son aquellas leves obligaciones de tu estado que desatiendes con mayor frecuencia; cuáles las reglas que mas acostumbras quebrantar, con pretexto de que no obligan bajo pena de pecado, y que

son reglas de poca consideracion. Acuérdate de que no hay cosa pequeña cuando se trata de servir á Dios: todo es respetable, todo es grande cuando su Majestad lo manda; su voluntad da un sumo valor, una suma estimacion á todo. Forma siempre un superior concepto de todas las obligaciones, de todos los ejercicios espirituales, de todas las reglas, de todas las costumbres y usos santos de la religion.

2. Si tienes ya determinado cierto método de vida, si tu director te ha arreglado ciertos ejercicios espirituales, ciertas penitencias, ciertas devociones, guárdate bien de faltar voluntariamente á ellas; en ninguna te dispenses sin justo motivo, con pretexto de parecerte menudencia. Grande modestia de los ojos en la iglesia, constante apacibilidad dentro de tu casa, puntualidad inalterable en levantarte por la mañana siempre á la misma hora, escrupulosa delicadeza de conciencia en evitar aun la mas mínima mentira oficiosa, una palabra que ofenda la caridad; exactitud en el ayuno, sin sostenerle con muletas excusadas. Si tú mismo te has impuesto algunas reglas para tu gobierno, sé exacto en observarlas; sé rigido en castigarte su transgresion, y nada te dejes pasar en materia de moral. Estas menudencias espirituales fomentan la devocion, y contribuyen maravillosamente para hacer santos.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN FELIPE NERI, CONFESOR.

San Felipe Neri, fundador de la congregacion del Oratorio en Italia, célebre por el don de virginidad, por el de profecía y por el de milagros, nació en Florencia el dia 22 de julio del año 1515. Fué su

padre Francisco Neri, y su madre Lucrecia de Soldi, ambos mas recomendables por su virtud que por su antigua nobleza. Criaron al niño con el mayor cuidado, aunque costó poco el buen resultado de su educacion. Su natural inclinacion á la virtud, y las buenas disposiciones de corazon y de entendimiento con que habia nacido, le facilitaron los grandes progresos que en breve tiempo hizo, no menos en la ciencia de los santos que en el estudio de las letras humanas. Perdió á su madre siendo aun muy jóven; pero su bello natural, su apacibilidad, su rendimiento, y especialmente su sólida virtud, hicieron que encontrase otra no menos tierna y amorosa en las segundas nupcias de su padre. Amóle la madrastra como si hubiera sido su hijo; y por su modestia, por su apacible natural y por su genio oficioso apenas era conocido en Florencia con otro nombre que con el de *Felipe el bueno.* No se hablaba de otra cosa en toda la ciudad que de la virtud de aquel ejemplar mancebo.

A los ocho ó nueve años de su edad experimentó una prueba de la especial proteccion del cielo, habiendo caido del desvan de una casa sin haber recibido daño alguno. Crecian con la edad su juicio y su virtud, y ya comenzaba á mirar con aficion la vida santa y penitente de los religiosos, cuyas casas frecuentaba, cuando por razones de familia le envió su padre á la villa de San German, situada al pié del monte Casino, para que viviese en compañía de un tio suyo, llamado Rómulo, hombre poderoso y sin sucesion, que le tenia destinado para su heredero. Hizo muy poco caso de esta herencia. Estuvo dos años en compañía de su tio, edificando á todo el pueblo con su modestia y con sus virtuosos ejemplos. Pero aspiraba á mayor fortuna, y cuanto mas iba conociendo al mundo, mas suspiraba por retirarse de él. Suplicó al tio que le diese licencia

para ir á Roma á acabar sus estudios; y aunque á Rómulo le causaba gran dolor el alejar de sí á un sobrino tan amable, al fin, como era timorato, hizo escrúpulo de oponerse á la voluntad de Dios, si resistia á una vocacion tan declarada.

Apenas hubo llegado Felipe á Roma, cuando se distinguió en aquella corte, no menos por su ingenio que por su virtud. Hizo en pocos dias tan rápidos progresos en las ciencias y en la santidad, que fué tenido en Roma por uno de los mas hábiles teólogos de su tiempo, y por uno de los mayores santos de su siglo. Resplandecía la virtud en toda su conducta; brillaba en el semblante y en todo el porte exterior. Su modestia y su virginal pudor le hacian respetar hasta de los mas disolutos: con todo eso no faltaron algunos tan malignos y tan descarados que armaron lazos á su inocencia, pero siempre con grande confusion de los mismos que le pretendian derribar. Por largo tiempo permitió Dios que padeciese su virtud semejantes combates, sin duda para darle ocasion á que alcanzase mayores triunfos. Fingíanse enfermas muchas mujeres perdidas, y le llamaban á sus casas con pretexto de convertirse, siendo en la realidad para provocarle; pero con el auxilio del cielo salió mas pura su virtud de estas peligrosas ocasiones, sirviéndole para vivir mas cuidadoso, mas humilde, mas recogido y mas mortificado.

Era su vida muy austera y penitente. Comia una sola vez al dia, reduciéndose la comida á pan y agua; si tal vez añadia algunas yerbas, cuidaba de que fuesen tan mal guisadas, que el regalo se convertia en verdadera penitencia. Su oracion era continua, interrumpiéndose solo con un brevísimo sueño. Despues de haber visitado todos los dias las siete estaciones de Roma, se retiraba por las noches al cementerio de Calixto, donde continuaba sus ejercicios espirituales

en las catacumbas de los santos mártires. Aquí fué donde comenzó su corazon á abrasarse tanto en el incendio del divino amor, que con el tiempo llegó á suplicar al Señor que mitigase sus ardores. Estrechándose cada dia mas y mas en union íntima con Dios, á los veinte y tres años de su edad se prohibió á sí mismo todo comercio con el mundo, resuelto á no pensar en otra cosa que en su propia santificacion y en la salvacion de las almas. Los hospitales, las cárceles y las casas de misericordia eran el teatro de su caridad; y como si no hubiesen sido bastantes para su zelo, no habia dia que no se le encontrase en las plazas, en los corrillos, en los sitios públicos, en el banco, en ci cambio, y hasta en los mercados, para ganar á todos con sus santas conversaciones y con sus ejemplos. Bendijo Dios de tal suerte una caridad tan industriosa y tan activa, que se notó una mudanza considerable en todos los parajes que Felipe frecuentaba. Desterráronse de los lugares públicos las pendencias, las blasfemias y las obscenidades. Vióse en Roma con admiracion una general reforma de costumbres, aun antes que fuese conocido el autor de la reforma.

Desde entonces comenzaron todos á reverenciar la virtud y el mérito de tan insigne operario. Juntáronsele algunas personas virtuosas que quisieron tener parte en tan santas obras. No se limitaba su caridad á los niños y á los pobres vergonzantes; extendíase á todos los estados. Estaba en continuo movimiento, solicitando limosnas para los hospitales, para las cárceles y para las comunidades religiosas mas necesitadas.

Hácia el año de 1550, á instancias de un virtuoso eclesiástico, su confesor, llamado Persiano Rosa, fundó la cofradía de la Santísima Trinidad en la iglesia de San Salvador del Campo, para socorrer á los po-

bres extranjeros, á los peregrinos, y á los convalecientes, que no tenian donde retirarse. Era Felipe como el alma de este nuevo cuerpo, y escogia siempre para sí las funciones mas penosas de sus miembros.

Admirado Persiano Rosa de los grandes frutos que producia en la Iglesia la ardiente caridad de su fervoroso penitente, juzgó que seria de mucho mayor utilidad su ministerio si recibia los sagrados órdenes. Propúsoselo, y se sobresaltó su humildad; pero al fin fué preciso obedecer; y para no darle tiempo á representar nuevas dificultades, solicitó se le dispensasen los intersticios, y en el espacio de dos meses y medio le hicieron recibir la primera tonsura, los órdenes menores, el subdiaconato, el diaconato y el presbiterato. Tenia Felipe á la sazon treinta y seis años, y hasta entonces no habia pensado en hacerse sacerdote, considerando su indignidad. Ninguno se llegó al sacrificio del altar con mejor disposicion. Las extraordinarias gracias con que el cielo le favoreció en su primera misa, fueron, por decirlo así, como los preludios de los singulares favores que habia de recibir en lo sucesivo. Celebraba cada dia, y siempre con nuevo fervor; desde la consagracion hasta que consumia parecia un hombre extatico, con el semblante arrojando fuego; permanecia inmoble y sin sentido horas enteras; las dulces lágrimas que derramaba, mostraban bien el incendio del divino amor que abrasaba su alma; nunca podia arrancarse del altar sin mucha violencia.

Viéndose precisado a celebrar el santo sacrificio en una capilla particular, asi por sus achaques, como para dar rienda y mayor libertad á su tierna devocion, tenia prevenido al ayudante que un poco antes de la comunion le dejase solo, y volviese una ó dos horas despues para acabar la misa. Se puede discurrir cuá-

les serian las íntimas comunicaciones que entonces tendria con su Dios, y de qué delicias espirituales seria inundada aquella purísima alma; á lo menos se puede conjeturar por lo que sucedió despues.

Acabando un dia de decir misa, y sintiéndose inflamado de un extraordinario deseo de amar mas y mas á Dios, lo pedia con fervorosísimas instancias al Espíritu Santo, como principio y origen del divino amor, cuando sintió de repente que, no cabiéndole el corazon en el pecho, rompió con estruendo dos costillas que se separaron hácia los dos lados para hacerle mas lugar, y para darle mayor dilatacion. Vivió cincuenta años despues de este insigne favor, y despues de su muerte toda Roma fué testigo de tan singular prodigio.

La ternura que profesaba á la santísima Vírgen, era en todo correspondiente al amor que le abrasaba por su santísimo Hijo. Apenas acertaba á apellidarla con otro nombre que con el de su Madre, sus delicias y su amor. En todas sus exhortaciones, pláticas, discursos y conversaciones familiares habia de entrar el dulcísimo nombre de María. «Honrad á María, amad á »María, hijos mios, decia continuamente á los padres »de su congregacion: ella es la dispensadora de to»das las gracias, y ningun favor recibimos del cielo »que no venga por sus manos.» Fuera del rosario que rezó indispensablemente todos los dias de su vida, una de las devociones que aconsejaba á todos, era que repitiesen sesenta y tres veces al dia esta jaculatoria: *Virgo Maria, mater Dei, deprecare Jesum pro me, ô virgo et mater*: Vírgen María, madre de Dios, ruega por mí á Jesus, ¡ó vírgen y madre! Todas las conversiones y todas las maravillas que obraba Dios por su fiel siervo, las atribuia este á la santísima Vírgen, de quien recibia cada dia singulares favores. Hallándose en una ocasion enfermo de gravísimo peligro, y á punto

de espirar, se le apareció la santísima Virgen : á su vista recobró las fuerzas, incorporóse con lijereza en la cama, levantó las manos al cielo, y clavando los ojos en el objeto que él solo veia, exclamó con asombro de los circunstantes : *Ea, que aquí está mi buena Madre.* Desde aquel instante quedó enteramente sano, y pudiendo mas su gozo que su humildad, confesó con ingenuidad que su pronta y milagrosa curacion la debia á la visita de la Vírgen.

Entre tanto, aunque era muy abundante la miés en la cofradía de la Trinidad, no era campo bastante dilatado para su grande zelo. Aconsejóle su confesor que entrase en la congregacion de los clérigos de san Jerónimo llamada *de la Caridad*, donde le destinaron al ministerio de oir confesiones. Mirábalo Felipe con un santo temor, y no se atrevió á ejercerlo hasta haberse asegurado bien de ser llamado á él con una verdadera vocacion.

No se pueden explicar los bienes que hizo en este sagrado ejercicio. Viéronse desde luego grandes conversiones en todo género de personas, estados, clases, edades y condiciones. Confesarse con Felipe y convertirse, era una misma cosa. Como estaba todo abrasado en el amor divino, la menor palabra suya penetraba el alma. No habia pecador tan obstinado en la costumbre de pecar, no habia hombre disoluto, no habia mujer perdida, que á sus piés no se deshiciese en lágrimas. No habia resistencia á una exhortacion de Felipe; una sola palabra suya ablandaba y derretia el corazon mas helado. Llenábanle de consuelo tantas maravillosas conversiones, y así no le dolia el trabajo. Despues de haber pasado en oracion una grande parte de la noche, decia misa al romper el dia, daba gracias, y se metia en el confesonario, donde no pocas veces estaba hasta muy entrada la noche, sin otro sustento que el de la salvacion de las almas.

No podian menos de alarmar al infierno tantas maravillas. Conjuróse la envidia contra el santo, y le suscitó enemigos aun entre sus mismos hermanos. Armáronse mil lazos contra su prudencia y contra su zelo; empleóse la gente mas perdida, mas disoluta y mas obstinada para sorprenderle; echóse mano de la calumnia; fué acusado ante el vicario de Roma de que enseñaba novedades, y de que guiaba á sus penitentes por caminos extraviados y hasta entonces no conocidos. Fué citado, fué amonestado y fué observado; pero al fin, reconocida su santidad y su inocencia, cesó la borrasca y se le confirmó en su apostólico ministerio.

Noticioso de las milagrosas conversiones que obraba el Señor en el Japon por medio de los padres de la Compañía, tuvo el pensamiento de atravesar los mares, y juntarse con tantos zelosos misioneros; pero le desviaron de él, representándole que en sola Roma encontraria su zelo un buen equivalente de todas las Indias y de todo el nuevo mundo.

Por este tiempo creció tanto el número de sus discípulos, y era tan grande el concurso de los que le buscaban, que embarazaban la iglesia, y no daban lugar á las juntas que acostumbraba celebrar la congregacion de la caridad. Por este motivo pidió á la misma congregacion un sitio bastantemente espacioso, que estaba al lado derecho de la misma iglesia, y no sirviéndola á ella para nada, podia ser muy útil para los fines que Felipe andaba meditando. Concediéronselo, y luego dispuso que sus discípulos en diferentes horas del dia tuviesen en él instrucciones públicas y conferencias espirituales; siendo los primeros que se le agregaron, y los primeros tambien que empleó en este ministerio, Taurisio, Modi, Fuccio, Baronio, que despues fué cardenal, Bordini, que fué arzobispo de Aviñon, y Alejandro Fedeli. El resultado fué tan feliz

y el fruto tan notorio, que concurria de tropel el pueblo y la nobleza, singularmente á la conferencia de la tarde; lo que determinó á Felipe á erigir en el mismo lugar una especie de oratorio, para que se acabasen las conferencias con un rato de oracion. Echó Dios su bendicion á este piadoso pensamiento de tal manera, que ya no se hablaba en Roma de otra cosa sino de ir á visitar el oratorio de Felipe Neri. Era cada dia mas abundante la miés; y teniendo Dios cuidado de aumentar el número de los obreros, se dió principio á aquella santa congregacion, que hace casi dos siglos está edificando con tanta gloria y con tanto esplendor á toda la santa Iglesia.

Tal fué el nacimiento de la ilustre congregacion de los padres del oratorio de san Felipe Neri en Roma, tan célebre por los grandes hombres que ha producido y está produciendo cada dia, tan estimable por la prudencia y discrecion de sus constituciones, y por las virtudes sobresalientes de sus individuos, y tan útil á la Iglesia de Dios por los continuos frutos de su zelo, que acaso es la mas provechosa de todas las fundaciones que se han hecho hasta ahora en los dominios de Italia. Pero hablando en rigor, hasta el año de 1564, en que Felipe tomó á su cargo el gobierno de la iglesia que pertenecia á la nacion florentina, no dió una forma regular á su congregacion. Entonces formó las constituciones que fueron aprobadas por la silla apostólica, y confirmó despues la santidad de Gregorio XIII por un breve que expidió en 15 de julio de 1575; y bien informado este gran pontífice de los imponderables bienes que traia al orbe cristiano la nueva congregacion, la cedió la nueva iglesia de Valliceli. En muy breve tiempo se hicieron despues otras muchas fundaciones, estableciéndose la congregacion primeramente en el estado eclesiástico, de donde se propagó al reino de Napoles, á la Toscana, al Mila-

nés, y con el tiempo se extendió á España y á Portugal. El santo fué elegido á una voz por primer general, á pesar de su extrema repugnancia.

No podian faltar contradicciones á una congregacion tan santa y tan provechosa. Desatóse el infierno furiosamente contra los miembros y contra la cabeza; no perdonó á las mas groseras calumnias: pero la eminente virtud de nuestro santo fácilmente burló todos los artificios del espíritu maligno. Cada dia era mas admirada su heróica santidad, que confirmaba el Señor con frecuentes profecías y milagros. Llamó un dia á Baronio á la una de la tarde, y le dijo: *Tomaos el trabajo de ir á visitar los enfermos del hospital.* Representóle Baronio que aquella era una hora incómoda y que solo serviria para molestar á los enfermos que estarian descansando. *Id sin dilacion,* replicó el santo. Obedeció Baronio, entró en una de las salas, y luego vió en ella un enfermo que estaba agonizando. Corrió á él para ayudarle á bien morir, y entendió, no sin admiracion, que no se habia confesado. Confesóle muy despacio, y habiéndole administrado los demás sacramentos, espiró dichosamente en sus manos.

Profesaba Felipe estrecha amistad á san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus; y pasó este amor á ser como hereditario en sus hijos. Amábanse los dos santos recíprocamente, y despues de muerto san Ignacio, nunca emprendia Felipe cosa considerable sin irla á consultar con Dios delante de su sepulcro. En fin, conociendo Felipe que le iban faltando las fuerzas por su avanzada edad y continuos achaques, consiguió licencia del papa Gregorio XIV para decir misa en su aposento; porque dejarla un solo dia, hubiera sido abreviarle los de la vida. Celebróla el dia 26 de mayo con su acostumbrado fervor y devocion, y concluida, solo pensó en disponerse para ir

á gozar de Dios. Noticioso sin duda de la hora de su muerte, se entregó á los mas tiernos y mas fervorosos actos del divino amor, y en estos felices transportes espiró, el año de 1595 á los 82 de su edad.

Estuvo el santo cuerpo expuesto á la veneracion de toda la ciudad por espacio de tres dias; al cabo de los cuales, encerrado en una caja de nogal, se depositó en un nicho que se abrió en la pared. Siete años despues fué trasladado con mucha pompa á una magnífica capilla que se habia erigido en su honor, habiéndose hallado su cuerpo incorrupto y entero sin embargo de no haber sido embalsamado; y fueron tantos los milagros que por su intercesion obró el Señor en su gloriosa sepultura, que desde luego se comenzó á trabajar en los procesos de su canonizacion, la que celebró solemnemente el papa Gregorio XV, el dia 12 de marzo de 1622.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Felipe Neri, fundador de la congregacion del Oratorio, esclarecido por el don de virginidad, el de profecía y el de milagros.

Además en Roma, san Eleuterio, papa y mártir, que convirtió á la fe de Jesucristo un gran número de nobles Romanos, y envió á Inglaterra á los santos Damian y Fugacio, que bautizaron al rey Lucio con su mujer y casi todos sus vasallos.

Asímismo en Roma, san Simitrio presbítero, y otros veinte y dos, que padecieron la muerte en tiempo de Antonino Pio.

En Atenas, la fiesta de san Cuadrato, discípulo de los apóstoles, el cual, habiendo reunido con su fe y su zelo á los fieles que habia dispersado el temor de la muerte en la persecucion del emperador Adriano, presentó á este príncipe una apología de la reli-

gion cristiana, muy útil y digna de la doctrina apostólica.

En Viena, san Zacarías, obispo y mártir, que padeció en tiempo de Trajano.

En Africa, otro santo Cuadrato mártir, en cuya fiesta pronunció san Agustin un discurso.

En Todi, la fiesta de los santos mártires Felicísimo, Heraclio y Paulino.

En el territorio de Auxerre, san Brix, que fué martirizado con un gran número de cristianos.

En Cantorbery, san Agustin obispo, el cual, habiendo sido enviado á Inglaterra con otros muchos por el papa san Gregorio, predicó á los Ingleses el Evangelio de Jesucristo, y pasó al reposo del Señor brillante con la gloria de sus virtudes y de sus milagros.

La misa es de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatum Philippum confessorem tuum sanctorum tuorum gloria sublimasti; concede propitius, ut cujus solemnitate lætamur, ejus virtutum proficiamus exemplo. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que colocaste en la gloria de tus santos á tu confesor el bienaventurado Felipe, concédenos benigno, que pues celebramos festivos su solemnidad, nos aprovechemos del ejemplo de sus virtudes. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del libro de la Sabiduría, cap. 7.

Optavi, et datus est mihi sensus; et invocavi, et venit in me spiritus sapientiæ : et præposui illam regnis et sedibus, et divitias nihil esse duxi in comparatione illius. Nec comparavi illi lapidem pretiosum; quoniam omne aurum

Yo deseé la inteligencia, y me fué concedida; é invoqué el espíritu de sabiduría, y vino á mí : y la preferí á los reinos y á los tronos, y tuve en nada los tesoros en su comparacion. Ni comparé con ella las piedras preciosas; porque todo el oro

in comparatione illius arena est exigua, et tanquam lutum æstimabitur argentum in conspectu illius. Super salutem et speciem dilexi illam, et proposui pro luce habere illam, quoniam inextinguibile est lumen illius. Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius. Et lætatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me ista sapientia, et ignorabam quoniam horum omnium mater est. Quam sine fictione didici, et sine invidia communico, et honestatem illius non abscondo. Infinitus enim thesaurus est hominibus: quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitiæ Dei, propter disciplinæ dona commendati.

en competencia suya es como una arena pequeña, y la plata en su presencia será reputada por cieno. La amé mas que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por guia, porque su luz es inextinguible. Juntamente con ella me vinieron todos los bienes, é inmensa riqueza por sus manos. Y me alegré de todas estas cosas, porque esta sabiduría era mi guia, y yo ignoraba que es madre de todo esto. La cual yo aprendí sin ficcion, y comunico sin envidia, y no escondo sus riquezas. Porque es un tesoro infinito para los hombres: del cual aquellos que hicieron uso, se hicieron participantes de la amistad de Dios, siendo recomendables por los dones de la doctrina.

NOTA.

« No tenemos el texto hebreo del libro de la Sabi-
» duria, y es muy posible que los Judios ocultasen
» el original en odio de los cristianos, que se valen de
» él para convencerlos de que habian cumplido lo que
» se profetizaba en este libro, dando la muerte al
» Salvador. »

REFLEXIONES.

Deseé la sabiduria, y se me dió. Nunca la niega Dios al que la quiere, y la pide con sinceridad. *Paz y abundancia de gracias en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Pero las pasiones no se acomodan con tanta luz; el amor propio gusta de estar á sus anchuras: complácese en ignorar lo que no puede conocer sin

que le turbe, y le coarte la libertad. *Noluit intelligere, ut benè ageret.* Procúrase apartar de la memoria todo aquello que puede recordarnos nuestras obligaciones. La demasiada luz incomoda á los ojos enfermos; y el conocimiento claro y distinto de las verdades terribles de la religion espanta siempre á una conciencia poco tranquila. En vano procuran sosegarnos el espíritu del mundo, la pasion y nuestro propio espíritu; en vano se esfuerzan en persudirnos que son terrores pánicos, espantajos, sobresaltos sin fundamento: nada nos sosiega. Pero ¿qué se hace para calmar la inquietud, y para conseguir la tranquilidad? ¿se desea por ventura el espíritu de inteligencia para quitar la máscara al error, y para descubrir el peligro? ¿se recurre al Señor para obtener el espíritu de sabiduría preferible á los reinos y á los tesoros? ¿aquella sabiduría que quita el velo á las ilusiones del entendimiento y del corazon, y que pone á la vista con la mayor claridad todo el embuste y toda la vanidad del mundo? Segun parece, no nos serviria de mucho gusto el alcanzarla; y así solo la pedimos por cumplimiento y con la punta de los labios. Extravíanse los hombres, y todo el cuidado, toda la aplicacion de los que van mas extraviados, es desviar, alejar de sí todo lo que puede hacerles conocer su extravío. Pero nunca dura la ilusion hasta la muerte; al acercarse el fin de la vida, se desvanecen los fantasmas; disípanse las tinieblas cuando va llegando la última hora; y á la luz de la cercana eternidad se descubren muchos misterios. Entonces no se consultan los deseos del corazon para recibir de ellos la inteligencia; entonces se tiene religion; la razon puesta en libertad se somete á la fe, y aprueba y ama esta noble dependencia. Restituidas las dos á sus legítimos derechos, hacen conocer, hácen palpar toda la injusticia de nuestros desórdenes, y toda la

equidad de la ley que se ha menospreciado. Pero ¿qué efecto produce en la hora de la muerte esa inteligencia clara y distinta de las verdades mas importantes, esa comprension del corazon humano, esa sincera confesion de sus extravíos? Ya es muy breve el tiempo que queda para una verdadera conversion; ya está instruido el proceso; el Juez se presenta, es preciso comparecer. ¡Ah! entonces solo queda la confusion, el dolor vivo, pero estéril, la desesperacion, fruto natural del conocimiento tardío, arrepentimiento forzado, reflexiones fuera de tiempo.

¡Cosa rara! en nada se equivocan mas los hombres que en el concepto que forman de sus mismas operaciones. Juzgan ser acto de la voluntad el que puramente lo es del entendimiento. Conócese la equidad del precepto, la santidad de la ley, la importancia de la obligacion, las funestas resultas del pecado, y el castigo que merece; ríndese la razon, todo lo aprueba, y conviene en todo sin réplica; pero este conocimiento, enteramente intelectual, puramente especulativo, nos persuade el amor propio que es un acto práctico de la voluntad, una detestacion sincera y efectiva del pecado. No hay cosa mas ordinaria que esta fatal equivocacion: de este principio nace aquel tropel, ó por lo menos aquella multitud de deseos tan inútiles como estériles; quiera Dios que esta funesta equivocacion no se extienda tambien á la imaginaria conversion de muchas gentes.

El evangelio es del cap. 12 *de san Lucas, y el mismo que el dia* XII, *pág.* 307.

MEDITACION.

DEL FERVOR EN EL SERVICIO DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que siempre se sirve mal cuando se sirve con tibieza. Poco amor tiene á su amo el que le sirve con disgusto y puramente por miedo. La frialdad y la lentitud en quien sirve, muestran el poco respeto que profesa á su dueño.

Pero al fin, que á los hombres se les sirva con indiferencia y con descuido, no es grande maravilla. El corazon nunca está asalariado; no tiene parte en la escritura ó en la obligacion del servicio. Pero que se sirva á Dios con frialdad y con indiferencia; que la grande honra y los crecidos intereses que se logran sirviéndole no exciten nuestra ambicion, y no nos inspiren por lo menos tanto zelo y ardor en su servicio como el que manifestamos en el servicio del príncipe, verdaderamente es asunto de grande admiracion, pero algun dia lo será tambien de grande arrepentimiento.

A Jacob le parecen nada siete años de servicio por la esperanza de poseer algun dia á la hermosa Raquel. Ofrécese el mismo Dios por premio y por salario á los que fielmente le sirven, ¡y con todo eso es servido con negligencia!

¡Con qué zelo, con qué puntualidad, con qué fervor se sirve al soberano! Los bienes, el descanso, la vida, todo lo que mas se ama en este mundo se sacrifica á su servicio. Por mas que toda una ilustre casa, toda una rica sucesion esté fundada en un solo heredero, este solo heredero, este único hijo, esta única esperanza de toda la familia es el primero que corre al peligro, que avanza al asalto, que sube á la brecha. ¿Se sirve

á Dios con el mismo ardor? *Et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant; nos autem incorruptam.* Sin embargo aquellos trabajan por una corona perecedera, pero nosotros por una que jamás se ha de marchitar. ¡Mi Dios, qué conducta es la nuestra! Sabemos que Dios no hace caso de los servicios exteriores, si no los acompaña el corazon. Pórtase con nosotros mas como padre que como Señor; y por eso quiere que sea el amor el gran móvil de todos los que le sirven. Y á la verdad, ¿qué dueño hay mas digno de ser servido con amor y con fervor, que un Dios á quien debemos todo cuanto tenemos, y que recompensa con tanta liberalidad nuestros servicios? ¿Con qué ardor debemos dedicarnos á darle gusto, y con qué puntualidad, con qué fervor, con qué zelo nos debemos aplicar á hacer todo lo que es de su agrado? Pero ¿lo hemos hecho así? ¿lo hacemos así al presente? ¡Mi Dios, y qué motivo tan justo para el mas vivo dolor, para el mas amargo llanto!

PUNTO SEGUNDO.

Considera la flojedad, y aun la indolencia con que se sirve á Dios; la facilidad con que se dispensan los hombres en sus preceptos; la serenidad con que se quebrantan sus mandamientos; la libertad y el descaro con que se peca. Los negocios temporales, la satisfaccion de las pasiones, el amor á todo lo que sea divertirse, en una palabra, el espíritu del mundo es lo que ocupa toda la atencion, todo el corazon, y absorbe todo el tiempo. ¿Qué rato, qué horas del dia encuentra un hombre mundano en el órden ó en el desórden de su vida para dedicarlas al servicio de Dios? Un eclesiástico por su estado encuentra algunas; pero ¿las emplea mejor?

¿Es Dios servido con decencia, con solicitud, con

fervor dentro de su misma casa? La modestia, el respeto y la devocion de los que le adoran, ¿edificar mucho á todos los que entran en nuestros templos? Pero penetremos hasta el santuario, acerquémonos al mismo altar; el fervor y la devocion ¿forman el distintivo de sus ministros? ¡Ah Señor, y con qué descuido, con qué negligencia sois servido! ¿Encontraráse por ventura el dia de hoy grand número de aquellos fieles y fervorosos siervos del Señor, embebidos verdaderamente en las grandes máximas de la religion, llenos de una viva fe, que sirvan al Señor como á su Dios, como á su soberano dueño? ¿Dónde está aquella delicadeza de conciencia en todo lo que concierne á la eterna salvacion? ¿dónde aquel ardor, aquella solicitud en todo lo que respecta á la obediencia de la santa ley? ¿dónde aquel cristiano fervor en todo lo que mira al servicio de un amo tan bueno? Pregunto: ¿mantendria alguno en su casa á un criado que le sirviese con el descuido y con la negligencia con que él mismo sirve á Dios?

¡Oh, y qué monstruosa diferencia hay entre el modo con que nosotros servimos á Dios, y la manera con que le sirvieron los santos! Considera el amor, el fervor, la devocion de un san Felipe Neri. Parécenos que aquellos excesos, aquellos raptos, aquellos encendimientos del divino amor eran milagrosos. ¡Ah! solamente lo parecen, porque son tan raros. Pero si conociéramos bien al Señor á quien servimos, no lo hariamos con menos fervor, con menos amor, ni con menos solicitud.

¡Cuánta es, mi Dios, mi confusion, cuánto mi dolor cuando considero el descuido y la negligencia con que os he servido! Motivo tengo para suplicaros que olvideis mis aparentes servicios, pues temo sean mas dignos de castigo que de premio. Señor, no os acordeis sino del fervor con que procuraré serviros

en adelante; pues hablando en rigor, hoy es el dia en que comienzo á serviros.

JACULATORIAS.

Pars mea Dominus, dixit anima mea: propterea expectabo eum. Thren. 3.
Mi alma dijo, el Señor es mi herencia; pues yo colocaré en él mi confianza.

¡Quàm dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini. Salm. 83.
¡Qué amables son tus tabernáculos, ó gran Señor de las virtudes! mi alma desfallece por la fuerza del amor con que suspira por lograr algun rinconcito en ellos.

PROPOSITOS.

1. No hay cosa al parecer mas injuriosa á Dios, que servirle con negligencia y con descuido. Cuando no sea un formal, es por lo menos un virtual menosprecio de su majestad, de su bondad y de su soberanía. El que sirve á Dios, ya en algun modo le conoce; y ese Dios á quien conoce, ¿no se dará por agraviado de un servicio descuidado y negligente? ¿Sufririamos por mucho tiempo á un criado que nos sirviese con tanta frialdad y negligencia? Nada irrita tanto como ver á un hijo frio ó indiferente en el obsequio de su padre. *Si ergo pater ego sum,* dice el Señor por su profeta (1), *ubi est honor meus? Et si Dominus ego sum, ubi est timor meus?* Si soy vuestro Padre, ¿dónde está la honra que me dais? y si soy vuestro Señor, ¿dónde está el miedo reverencial que me teneis? ¡O mi Dios, y qué señal tan funesta es la de una tibieza, de una negligencia habitual en vuestro servicio, tanto

(1) Malach. 1.

mas digna de temerse, cuanto en cierto modo parece que cierra las puertas á una sincera conversion, ó cuando menos, ciertamente la hace mucho mas difícil! Tú sirves á Dios, y aun quizá por tu profesion estás especialmente consagrado á su servicio: pero ¿le sirves con fervor? Tu atencion, tu zelo, tu solicitud, ¿dan testimonio de que es Dios el amo á quien sirves? ¿No tienes justo motivo para temer que acaso le has deshonrado hasta aquí en lo mismo en que te parece haberle servido? Cuando le presentemos el oficio divino que hemos rezado, los ministerios que hemos desempeñado, las oraciones que hemos hecho, y acaso tambien las misas que hemos celebrado, ¿no nos podrá responder (1): *Vos inhonorastis me?* ¿Vosotros me habeis deshonrado? Toma hoy media hora de tiempo para examinar seriamente tu conducta sobre este punto, y trata de enmendarla.

2. Desde hoy en adelante sirve á Dios con el respeto, con el fervor, con la fidelidad que por tantos títulos le es debida: cualquiera acto de religion que ejecutes, aunque no sea mas que persignarte; cualquiera oracion que reces, aunque no sea mas que una *Ave María*; cualquiera buena obra que hagas por Dios, aunque no sea mas que leer un libro espiritual, dar una limosna, etc., hazlo todo con aquella devocion, con aquel respeto, con aquella atencion que nos inspira la fe. Toma la costumbre de decirte á tí mismo al principio de todas estas cosas: Mira que es Dios á quien vas á servir, es Dios á quien vas á orar, es Dios á quien pretendes complacer.

(1) Joan. 8.

DIA VEINTE Y SIETE.

SAN JUAN, PAPA Y MÁRTIR.

San Juan, papa, primero de este nombre, fué hijo de Constancio, y nació en Florencia hácia el fin del quinto siglo. Nada se sabe de sus primeros años: solo es cierto que siendo aun muchacho pasó á Roma, donde se aplicó al estudio de las ciencias y de la virtud, en que hizo maravillosos progresos; y elevado á los órdenes sagrados, mereció ser tenido por uno de los mas santos y mas sabios presbíteros de la Iglesia.

Era Juan el oráculo y el modelo de todo el clero, cuando murió el papa Hormisdas el dia 6 de agosto del año 523; y de comun consentimiento fué elegido siete dias despues para ocupar la cátedra de san Pedro. Subió á ella cuando estaba muy necesitada de un sumo pontífice sabio para confundir á los herejes; santo para edificar á los católicos; intrépido para no acobardarse con las amenazas de un emperador arriano; y zeloso para velar continuamente sobre su rebaño, y defenderle con valor en un desgraciado tiempo en que la persecucion de los arrianos en Occidente hacia ventajas á las persecuciones de los emperadores idólatras. Poseia el santo pontífice con eminencia todas estas virtudes; todo esto era nuestro Juan, y muy presto se vió precisado á dar pruebas de ello.

Obedecia Italia á la sazon á Teodorico, rey de los Godos, uno de los mas poderosos y mas ardientes defensores que habia tenido el arrianismo. El imperio de Oriente reconocia por emperador á Justino, que

de soldado raso, y siendo de muy bajo nacimiento habia ascendido al trono imperial por todos los grados del honor; y lleno de religion y de piedad, habia publicado severísimos edictos contra todos los herejes, exceptuando solo á los arrianos, con quienes por una falsa política juzgó debia disimular, por no exasperar á Teodorico, su poderoso protector, con quien el bien del estado le habia puesto en precision de coligarse. Pero considerando despues que esta condescendencia era contraria á la ley de Dios, determinó comprender tambien á dichos herejes en los decretos que publicaba contra todos los demás, y ordenó que todos los arrianos que fuesen vasallos suyos, y viviesen dentro de sus dominios, tratasen de restituir prontamente á los católicos todas las iglesias que ocupaban, y en adelante estuviesen sujetos á sus edictos.

Informaron luego los arrianos á Teodorico de las severas órdenes del emperador Justino, suplicándole tomase bajo su poderosa proteccion la defensa de su secta. Entró en furia el monarca arriano con esta noticia, y escribió muchas cartas al emperador del Oriente, amenazándole que desterraria de sus estados á todos los católicos, si no mandaba que restituyesen luego las iglesias á los arrianos. Justino, cada dia mas zeloso por la fe católica y por el honor de la religion cristiana, no tuvo por conveniente deferir á sus ruegos, ni hacer caso de sus amenazas; y le respondió secamente que no le permitia la conciencia revocar las órdenes que habia publicado.

No desistió Teodorico, y lo que no habia conseguido por cartas, resolvió lograrlo por medio de una famosa embajada, de la cual quiso absolutamente que el papa Juan fuese el jefe. Nombró para ella á los cuatro senadores principales; y para obligar al santo pontífice, de quien sospechaba que se entendia secre-

tamente con el emperador, á que se encargase de la negociacion, le amenazó que si se resistia á hacerlo, trataria á los católicos de Italia del mismo modo que el emperador trataba en el Oriente á los arrianos. Considerando el santo pontífice la cólera del impío rey, y viendo el peligro que amenazaba á toda Italia, se vió precisado á encargarse de una comision tan indecorosa á su suprema dignidad, como contraria á sus mismos intereses y santísimos deseos; porque este príncipe le encargó expresamente que declarase al emperador, que si no se restituian á los arrianos las iglesias que se les habian quitado, esto costaria la vida á todos los católicos de Italia, y la libertad á la religion. Los cuatro senadores romanos que le asoció, fueron Teodoro, Importuno y Agapito, los que todos habian sido cónsules, y el cuarto, llamado tambien Agapito, era patricio. Para hacer todavía mas célebre la embajada, quiso que se juntasen con él cinco obispos, siendo los principales Eclesio de Ravena y san Eusebio de Fano, á los cuales declaró de nuevo el inicuo rey su intencion y su determinada voluntad.

No es posible explicar el desconsuelo de toda Roma cuando se supo que la dejaba el santo pastor. Lo largo del viaje, el asunto que lo motivaba, el justo temor de no volver á verle, todo contribuia á que se sobresaltase el rebaño, y á que se deshiciese en lágrimas toda la ciudad de Roma. Enternecióse el corazon del santo pontífice en vista de las demostraciones de su pueblo; hizo cuanto pudo para consolarlo, echóle su paternal bendicion, y se embarcó en fin con todos los que le acompañaban.

Cuando se tuvo noticia en Constantinopla de que el papa habia desembarcado, toda la ciudad salió á recibirle á mucha distancia, con cruces, con pendones, con hachas encendidas para hacer el debido honor al vicario de Jesucristo, legítimo y verdadero

sucesor del apóstol san Pedro. Fué el recibimiento una fiesta pública, ó cierta especie de triunfo, acompañado de veneracion y de respeto, apresurándose cada uno para recibir á competencia su santa bendicion. El mismo emperador se postró en tierra para saludar reverentemente al papa, tributándole todos los honores que se pueden imaginar. El clero tal vez aun hizo ventajas en la veneracion á la devocion del pueblo y del emperador. A la verdad, el nombre solo de vicario de Jesucristo, de sumo pontífice, inspiraba á todos los fieles aquel profundo respeto; pero la eminente santidad del papa, que se traslucia bien entre la pobreza de su humildísimo equipaje, no contribuyó menos á la general veneracion, que las personas de todo sexo, edad y condicion manifestaron á nuestro santo. No hay que extrañar hiciese tanta impresion el concepto que se tenia de su heróica virtud; pues no se ignoraban en Constantinopla los milagros que habia hecho en el camino. A la misma entrada de la ciudad dió vista á un ciego; y se sabia lo que habia sucedido al atravesar el istmo de Corinto, donde por falta de carruaje cierto gentilhombre le prestó su caballo, con el que anduvo algunas leguas: pero quedaron todos asombrados cuando vieron que el caballo, antes muy manso, dócil y manejable, no sufrió despues que ninguno le montase, notándose una especie de temblor en todo su cuerpo cuando algunose le acercaba para hacerlo, y desviando de sí á todos á relinchos, á coces y á manotadas, sin que jamás fuese posible domarle.

Aunque el emperador estaba ya coronado por mano de Juan, patriarca de Constantinopla, tuvo devocion de recibir la misma corona de mano del pontífice, y celebróse esta ceremonia con la magnificencia correspondiente á tan gran príncipe. El patriarca en todo tiempo reconoció la primacía de la ca-

tedra de Roma, y rindió al papa los honores que se le debian; y el papa ofició de pontifical el dia de Pascua, celebrando segun el rito latino y el uso de la iglesia romana.

Entrando despues en conferencia, estuvo tan lejos de tratar con el religioso emperador como embajador de un rey arriano, que solo negoció con él como pastor y cabeza de toda la Iglesia católica; y sin que uno ni otro se dejasen intimidar de las amenazas de Teodorico, recíprocamente se fortalecieron los dos en la generosa resolucion de preferir la gloria de Dios á todos los intereses temporales, y de defender la pureza de la fe aun á costa de la vida. Exhortó el papa al piadoso príncipe á que acabase de exterminar la herejía de todos sus dominios, sin hacer caso de la persecucion con que el rey arriano amenazaba á toda Italia; y el emperador se sintió tan animado con las vivas exhortaciones de nuestro santo, que no solo no quiso restituir á los arrianos las iglesias que se les habian quitado, sino que restableció el ejercicio de la religion católica en aquellas donde aun no lo habia sido, y escribió á Teodorico que reputaria por manifiesta infraccion de la paz cualquier mal tratamiento que se hiciese á los católicos. Esto no impidió que aquel bárbaro monarca, por levísimas sospechas y en fuerza de meras calumnias, mandase arrestar á los dos mayores hombres de Italia, á Símaco y á su yerno Boecio, mas recomendables por su virtud y por el zelo de la religion, que por su sabiduría y por la elevada autoridad que tenian en el senado, habiendo sido ambos cónsules. Al ilustre y religioso filósofo Boecio le cortaron la cabeza antes que volviese á Italia nuestro santo, y Símaco sobrevivió poco á su yerno, siendo el zelo de la religion la principal causa de la desgracia de los dos; pero el Señor vengó presto su muerte con la funesta que tuvo el mismo Teodorico.

Entre tanto, habiendo obtenido del emperador el santo papa todo lo que deseaba Teodorico, á excepcion únicamente de lo que era en perjuicio de la religion, dió la vuelta á Italia. Desembarcó en ella, y cuando se estaba disponiendo para ir á darle cuenta de su negociacion, fué arrestado de órden del impío monarca, encendido en rabiosos zelos por los honores que Justino le habia tributado, y sin atender á los grandes servicios que le habia prestado cerca del emperador. Mandó conducirle á la fortaleza de Ravena, donde por miedo de alguna sublevacion no se atrevió á quitarle la vida con la espada, pero dió órden de que le dejasen morir de hambre y de miseria. Dícese que, hallándose en aquella horrorosa prision, y teniendo noticia de las falsas voces que los herejes habian hecho circular, fingiendo mil embustes sobre su negociacion en Constantinopla, escribió á los obispos de Italia la carta siguiente:

JUAN, OBISPO, A LOS OBISPOS DE ITALIA.

SALUD EN NUESTRO SEÑOR.

«Aunque tenemos pruebas bien ciertas de que vuestro zelo por la religion crece cada dia, y que triunfa vuestra fe, consolando maravillosamente á todos los fieles; con todo eso, no dejamos de exhortaros á que os armeis con la espada de la palabra de Dios, para combatir la perfidia arriana, tantas veces condenada, y que no por eso deja de renacer todos los dias, para que con la ayuda del Señor tengamos el consuelo de arrancar hasta la raiz. Y para esto no temais apoderaros, si fuese posible, de todas las iglesias ocupadas por los arrianos, y restituidlas á los católicos despues de purificadas. Así lo hicimos Nos en el Oriente por consejo del cristianísimo y religiosísimo empe-

rador Justino, cuando el rey Teodorico nos forzó á ir á Constantinopla para tratar negocios de la Iglesia y del Estado. No tengais miedo á las amenazas que hace de pasarlo todo á sangre y fuego; acordaos de lo que nos dice Jesucristo : *No temais á los que quitan la vida del cuerpo, y no pueden quitar la del alma; pero temed antes á aquel que puede precipitar el alma y el cuerpo en el infierno* (1). Por lo que toca á nosotros, *aunque en todas ocasiones somos inquietados, y somos perseguidos; pero no somos abandonados* (2). »

Irritado Teodorico de la constancia del santo pontífice, repitió la órden de que le dejasen morir de miseria en la prision; y rindiéndose á ella, coronó su santa vida con una preciosa muerte, el dia 27 de mayo de 526, despues de dos años y nueve meses de pontificado. En el mismo dia manifestó el Señor la santidad de su siervo con nuevos milagros. Fué conducido el santo cuerpo con extraordinaria pompa fuera de la ciudad, y se le dió sepultura en el cementerio público, donde estuvo hasta cuatro años despues, en que su sucesor el papa Félix le hizo trasladar á Roma, cuya traslacion fué verdaderamente un glorioso triunfo. Depositóse en la iglesia de san Pedro el cuerpo de nuestro santo, que siempre ha sido venerado como mártir, y en la misma iglesia se conserva hasta el dia de hoy.

MARTIROLOGIO ROMANO.

Santa María Magdalena virgen, del órden de Carmelitas, cuyo tránsito se celebra el dia veinte y cinco de este mes.

La fiesta de san Juan, papa y mártir, él cual, habiendo sido llamado á Ravena por Teodorico, rey de Italia, príncipe arriano, fué arrojado en una prision por la fe ortodoxa, y acabó allí su vida.

(1) Matth. 1 — (2) 2. Corinth.

En Dorostoro en Misia, el martirio de san Julio, quien, despues de haber pasado por todos los grados de la milicia, habia obtenido su retiro: arrestado por los oficiales de la justicia en tiempo del emperador Alejandro, fué presentado al presidente Máximo, delante del cual manifestó su horror á los ídolos y confesó el nombre de Jesucristo con tanta firmeza, que este juez le condenó á ser decapitado.

En Sora, santa Restituta, vírgen y mártir, la cual, combatiendo por la fe en tiempo del emperador Aureliano y del procónsul Agacio, venció los asaltos de los demonios, las caricias de sus padres, y la crueldad de los verdugos: finalmente, habiendo sido decapitada con otros cristianos, fué honrada con la gloria del martirio.

En el Artois, san Ranulfo mártir.

En Orange, san Eutropio obispo, esclarecido en virtudes y milagros.

En Inglaterra, el tránsito del venerable Beda presbitero, muy célebre en santidad y doctrina.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos beati Joannis, martyris tui atque pontificis, annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado mártir y pontífice san Juan, concédenos benigno, que merezcamos la proteccion de aquel cuya memoria solemnizamos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 1. de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordia-

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de

rum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quòd sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

misericordias, y Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que están en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero, ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo; ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que, así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« El artificio de que se valian los falsos apóstoles » para desacreditar á san Pablo entre los fieles de » Corinto, haciéndoles creer que predicaba sin le» gítima mision, obligó al santo á declararles desde » el principio de la misma carta, que era verdadero » apóstol de Jesucristo, poniendo á Timoteo como » por testigo de esta verdad, y demostrándola des» pues con otras pruebas. Pocas de las epístolas del » santo apóstol están escritas con mayor energía, con

» mayor precision, con mas uncion, con mayor
» eficacia, ni enseñan é instruyen mas que la pre-
» sente. »

REFLEXIONES.

Sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro. Como teneis parte en los trabajos, así la tendréis en el consuelo en nuestro Señor Jesucristo. No hay cosa mas comun en el mundo que las adversidades; las cruces nacen en todas partes; son fruto de todas las estaciones, de todas las clases, de todas las edades. Es el mundo valle de lágrimas; por mas que se cultive esta tierra ingrata, siempre produce espinas: llenos están de ellas todos los caminos, los piés no pisan otra cosa, y se punzan con ellas. Los grandes del mundo y los dichosos del siglo, que parece marchan por caminos mas suaves, si no las sienten en los piés, las experimentan en el corazon; allá dentro brotan, y allá dentro los penetran. Los disgustos, las inquietudes, los cuidados, los trabajos, las adversidades, son la herencia de todos los mortales; ninguno es defraudado de esta legítima, y si las porciones son desiguales, la proporcion es perfecta entre las cruces y los bienes. Pero ¿de dónde nacerá que, siendo los trabajos aquel *pan de lágrimas* de que habla el Profeta, y con que todos se alimentan, se ponga tan poco cuidado en que nos sirvan de provecho? Nace de que padecemos como esclavos, no como hijos; arrástranse las cruces, no se llevan; y la desesperacion aumenta el dolor. Cada cual es ingenioso para atormentarse mas; el peso que falta á las adversidades, lo suple la imaginacion. Desde que pecó nuestro primer padre, el hombre nace para padecer: gran lástima es que no hagamos meritorios nuestros inevitables trabajos. No hay que empeñarnos en huir de ellos; aun en las condiciones, por decirlo así, mas privilegiadas, se hallan

los mas amargos. En rigor solamente al pié de la cruz de Jesucristo nos libramos de las cruces. El gran secreto para suavizar nuestros disgustos, y aun para cegar el manantial de ellos, es mirarlos con ojos cristianos. No los consideremos como castigo, sino como medio para nuestra salvacion. Cuando nuestros trabajos cuelan, digámoslo así, por los de nuestro dulcísimo Salvador, esta mezcla los despoja de toda la amargura. Es la cruz de Jesucristo aquel madero misterioso que mostró Dios á Moisés, el cual, siendo en sí mismo muy amargo, endulzaba las aguas que lo eran. La parte que se toma en los trabajos de Jesucristo, llevando los nuestros con paciencia, es prenda de la eterna felicidad. Padezcamos en esta vida con tanta resignacion, con tanto rendimiento, con tanta paciencia cristiana, que podamos decir con verdad: *Así como tenemos parte en los trabajos, la tendremos en el consuelo en nuestro Señor Jesucristo.*

El evangelio es del cap. 16 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis, et tunc reddet unicuique secundùm opera ejus.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

DE CUÁNTA CONSECUENCIA ES LA SALVACION ETERNA.

PUNTO PRIMERO.

Considera ¿de qué sirve al hombre ganar todo el mundo si al cabo se pierde? ¿De qué sirve á esos monarcas tan poderosos, á esos héroes tan alabados, á todos esos grandes hombres que metieron tanto ruido en el mundo, de qué les sirve haber conquistado reinos enteros, haberse hecho respetar y temer de los príncipes vecinos, haber llevado el terror y el espanto hasta la extremidad de la tierra? ¿de qué les sirve al presente, ni de qué les servirá en lo porvenir haber visto que todo cedia, todo se rendía á la insinuacion de su voluntad ó de su capricho; haberles rebosado los bienes, los gustos, los deleites, el esplendor, las dignidades; haber sido como los dioses de la tierra; de qué les sirve, ni de qué les servirá si al cabo se condenan? ¿y de qué me servirá á mí el ser lo que soy, si al fin tengo la desgracia de perderme, de precipitarme en los tormentos eternos, de condenarme para siempre?

Esas opulentas herencias que ya habrán pasado á otras manos, esos magníficos palacios que ya habitarán otros dueños, ese majestuoso aparato, ese tren de muebles preciosos, de vestidos ricos, de libreas, de carrozas, de joyas y de alhajas ¿me consolarán mucho en el infierno si tengo la desgracia de condenarme? ¿Servirá de gran consuelo á un condenado la memoria de los pasados deleites? ¿Calmaran á lo menos por algunos instantes aquellos espantosos tormentos que padece? La desesperada memoria de lo que fué, y de lo que pudo ser, ¿mitigará el dolor de lo que es? Pregunto, ¿esto es hechizo, es furor, ó es

la mas frenética locura? ¡Por unos breves dias, por unos falsos deleites, tan insulsos como vergonzosos, precipitarme por toda la eternidad en todo género de suplicios! ¡Por amontonar bienes de que no se goza, perder el cielo, perder un bien infinito, perder á Dios, y perderle para siempre, sin remedio, sin recurso! ¿Es posible que haya en el mundo hombres tan extravagantes? Sí, los hay; el número de estos insensatos cada dia es mayor; todos los dias se mira con lástima á los que siguen otro camino. Esos hombres disolutos, esas mujeres mundanas, á quienes tiene el mundo como encantados, y en quienes está la fe casi del todo apagada; esos miran con risa estos peligros, y aun tal vez hacen chanza, hacen materia de zumba de las verdades mas terribles de la religion, burlándose de los que la respetan y la temen. ¡Oh, y cuánto convence la necesidad de un juicio universal el proceder de estos insensatos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera otra vez *de qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma.* Este oráculo, penetrado bien, vale toda la filosofía moral de los cristianos; por lo menos es cierto que él solo la encierra toda. No es necesario otro punto de meditacion para reformarse.

Dite á tí mismo en medio de esos ambiciosos proyectos de fortuna, en medio de esa peligrosa cadena de prosperidades, en medio de esas sendas tan floridas como perfumadas, en medio de esos dias alegres, brillantes y risueños, en medio de esas diversiones que embelesan, en medio de esas concurrencias que encantan: *Quid prodest?* ¿en qué parará todo esto? ¿cuáles serán las funestas consecuencias de estas fiestas? *Quid prodest?* ¿de qué me servirá todo este mundo lisonjero un cuarto de hora despues de mi

muerte, una hora antes de espirar? ¡Mi Dios, y qué peso tienen todas estas reflexiones! ¡y qué verdaderas son, y cómo me harán llorar algun dia! ¿En qué empleamos el tiempo, de qué nos sirve el entendimiento, qué nos aprovecha la razon, si no hacemos reflexion sobre este oráculo cien veces al dia? ¿De qué sirve al hombre, de qué sirve al príncipe, de qué al obispo, de qué al caballero, de qué al soldado, de qué al religioso, de qué al eclesiástico, de qué á la dama, de qué al plebeyo, de qué al artesano, de qué les sirve ser lo que son, ni llegar á todo cuanto pueden ser, si, despues del papel que representan en el teatro por algunas horas, se condenan sin remedio por toda la eternidad?

Traigamos á la memoria esa multitud de dias que han trascurrido desde nuestro nacimiento acá; dias todos mezclados de gustos y de pesadumbres, siendo muy raro el que se vivió sin esta alternativa; separemos, si es posible, en este inmenso mar de amargura aquellas contadas gotas de alegría, por la mayor parte tumultuosa é inquieta; ¿qué nos queda ahora de todo ello? Aun cuando todo se hubiese gozado sin turbacion, sin zozobra, sin inquietud, ¿qué consuelo seria el nuestro, si todo esto nos hubiera conducido á un oscuro calabozo, ó si en breves horas nos hubiese de conducir á un afrentoso cadalso? Sobresáltase el alma con sola esta suposicion. ¡Ah, mi Dios, y cuándo nos sobresaltaremos en vista del inminente peligro en que vivimos de ser eternamente entregados á lo mas penetrante, á lo mas horrible que tienen la rabia y la desesperacion!

Si el santo papa Juan hubiera preferido la gracia de un príncipe á su deber y á su religion; si se hubiera dejado intimidar de sus amenazas, y cobardemente se hubiera rendido á ellas, ¿de qué le serviria? Pero, ¡mi Dios! ¿y de qué me han servido á mí todas las in-

dignas condescendencias que he tenido hasta ahora con el mundo? No, Señor, aunque hubiese de ganar todo el universo; aunque hubiese de ser yo el hombre mas feliz de todo el mundo, nada será capaz de moverme á que os ofenda; porque nada estimo, nada aprecio sino lo que os agrada.

JACULATORIAS.

In corde meo abscondi eloquia tua, ut non peccem tibi. Salm. 118.

Tengo vuestra ley grabada en mi corazon para no ofenderos jamás.

Quid mihi est in cœlo? et à te quid volui super terram? Salm. 72.

Fuera de vos, Dios mio, ¿qué tengo yo que desear en el cielo, ni qué apetecer en la tierra?

PROPOSITOS.

1. Hablando propiamente, no hay en esta vida negocio importante, no hay negocio de consecuencia, no hay cosa que merezca el nombre de negocio, sino el de nuestra salvacion. Negociaciones de príncipes, intrigas de cortes, sitios de plazas, batallas ganadas, manejo de los caudales de la Real Hacienda, soberbios edificios, fortunas ventajosas, negocios de mucho interés, obras de ingenio, todo eso solo se llama negocio con impropiedad. Solo el negocio de la salvacion es negocio nuestro, los demás son negocios ajenos; sean enhorabuena negocios del estado, del reino, del tribunal de la guerra, del comercio, de tu comunidad, de tus amigos y de tu familia; pero no son negocios tuyos. Aunque todos los demás negocios del mundo te salgan mal, como te salga bien el de la salvacion, consuélate, que hiciste tu fortuna, y eres hombre feliz. Ahora, dime, ¿lo habias pensado así

hasta ahora? ¿era este tu modo de discurrir acerca de este grande, de este importante negocio? Es digno de admiracion que, amándose tanto los hombres á sí mismos, hayan hecho tan pocas reflexiones sobre esta importantísima verdad. Pues trata tú de hacerlas, y muy serias. Es cierto que no has vivido ocioso, que has trabajado, te has afanado, has sudado, has gastado tu salud; pero ¿qué has adelantado, qué utilidad real y sólida has ganado que te pueda servir de algun provecho en la otra vida? Si no has trabajado para tu salvacion, todo lo perdiste; haz cuenta que nada has hecho. Deja por algunos dias todos los demás pensamientos, y ocúpate en este solo.

2. Graba, no solo en tu corazon, sino en tu memoria, este oráculo: *Quid prodest homini, si universum mundum lucretur,* etc. ¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Tenlo escrito en tu oratorio, en tu cuarto, en tu gabinete; y es muy loable estamparlo tambien en el librito de horas, y repetirlo cuando se ha padecido alguna pérdida, ó se ha hecho alguna ganancia. Si reina en tu casa la prosperidad y la abundancia; si te mira la fortuna con semblante risueño, y todo te sale á medida de tu gusto, dite á tí mismo con frecuencia lo que te dice Jesucristo: *Quid prodest?* ¿De qué me sirve todo esto si me condeno? Si has perdido un pleito, una herencia, un grande empleo, penetrada bien esta verdad, es muy á propósito para consolarte. La salvacion es el mayor recurso en todos los desconsuelos. Repite muchas veces esta leccion á tus hijos y á tu familia; ninguna otra es mas eficaz para hacerlos á todos buenos cristianos.

DIA VEINTE Y OCHO.

SAN GERMAN, OBISPO Y CONFESOR.

San German, hombre de eminente santidad, varon de singular mérito, en quien hizo Dios resplandecer el don de milagros, segun lo certifica el obispo Fortunato, nació en Borgoña en el territorio de Autun, hácia el año de 469. Su padre Eleuterio y su madre Eusebia eran de una familia distinguida en el pais; pero, ó porque se hallaban muy escasos en bienes de fortuna, ó porque les era muy gravoso el excesivo número de sus hijos, la madre hizo cuantas diligencias pudo para que se malograse este antes de salir de sus entrañas. No lo consiguió, porque le tomó Dios bajo su proteccion, conservándole la vida á pesar de los esfuerzos de su madre, y despues que salió á luz le continuó la misma proteccion contra otros muchos peligros.

Pasados algunos años en casa de sus padres con una educacion bastantemente descuidada, le enviaron á estudiar á la villa de Avalon en compañía de un primo suyo de la misma edad, que se llamaba Estratidio. Parece que todos conspiraban contra la vida de nuestro santo. La madre de Estratidio, ya fuese por alguna manía, ya por zelos, ó por algun motivo de interés, resolvió dar veneno á su sobrino German, y con este depravado intento dispuso dos ampollitas, una de vino ordinario, y otra preparada con no sé qué confeccion venenosa, para el desayuno de su hijo y de su sobrino; pero la divina Providencia, que velaba sobre la conservacion de nuestro santo, dispuso que se equivocase la criada, y que diese á German el

vino sano, y á Estratidio el emponzoñado, el cual le hubo de costar allí mismo la vida, pero salió del peligro á costa de una asquerosa lepra.

Conociendo German que ni en casa de su padre ni en casa de su tia estaba bien admitido, se retiró á Lazy para vivir en compañía de su pariente san Escopilion, cuyos ejemplos, cuidados y desvelos por su educacion le compensaron con usura los malos tratamientos que habia experimentado en las dos casas precedentes.

El bello natural de German, su inclinacion á la virtud y su buen entendimiento suplieron con ventajas la negligencia y el descuido que se habia tenido en criarle y en instruirle. Fué para él la casa de Escopilion una excelente escuela de que se supo aprovechar bien; vivian ambos como dos religiosos en continuos ejercicios de devocion, excitándose recíprocamente á la virtud con sus santas conversaciones y con sus ejemplos. Aunque la casa estaba distante de la iglesia cerca de media legua, asistian con puntualidad á los divinos oficios, sin que las aguas, las nieves ni las demás inclemencias del tiempo les estorbasen esta asistencia en ninguna estacion del año; lo restante del dia lo dedicaban á la oracion y á la lectura de libros espirituales. Quince años pasó German en esta santa soledad, empleando en solo Dios los dias y las noches.

Informado san Agripin, obispo de Autun, de la eminente virtud y del mérito singular del santo mancebo, resolvió hacerle entrar en el estado eclesiástico. Todo el embarazo que encontró fué el de su profunda humildad; pero por mas evasiones que discurrió, se vió precisado á obedecer. Confirióle el santo obispo los sagrados órdenes, y tres años despues le hizo presbítero. Muerto Agripin, su sucesor san Nectario, que le conoció muy presto, le nombró abad del

monasterio de San Sinforiano en los arrabales de Autun.

Gobernó el nuevo abad aquel monasterio con tanto zelo, con tanta prudencia y con tanta suavidad, que muy luego se reconoció lo mucho que puede la virtud cuando los empleos la dan ocasion de manifestarse. Las primeras lecciones que dió á los monjes fueron las del buen ejemplo, y todas fueron lecciones eficaces. Renovóse la observancia y el fervor; á la reputacion del abad se siguió la de la abadía; solo se hablaba de la regularidad del monasterio, y de la santidad del que gobernaba. Verdad es que la vida ejemplar de nuestro santo, sus penitencias, su virtud y sus limosnas le hicieron celebre en todo el reino; de todas partes concurrian por ver y por venerar al santo abad, y desde entonces le concedió Dios el don de profecía y el de milagros.

No pudiendo sufrir su grande caridad que se despidiese á ningun pobre sin limosna, despues que un dia lo habia dado todo, hizo distribuir el pan que se habia reservado para el monasterio. No agradó á sus monjes este exceso de caridad, y llegaron á los oidos del santo sus quejas y sus murmuraciones. Acudió á la oracion, y apenas se retiró á la celda para desahogar su corazon en la presencia de Dios, cuando una virtuosa señora envió dos cargas de pan, y el dia siguiente llegaron dos carros cargados con todo género de provisiones para el monasterio.

Cerró esta maravilla la boca á las murmuraciones, pero no le libró de la persecucion; porque una virtud tan sobresaliente no podia menos de ser ejercitada. Mal informado el obispo, en virtud de alguna calumnia, ó entrando quizá en algunos zelos por su mucha reputacion, le mandó prender, y le metió en la cárcel eclesiástica; pero apenas le habian encerrado, se abrieron por sí mismas las puertas de la

prision. No quiso salir de ella sin beneplácito del obispo, que convirtió los zelos en respeto y veneracion. Aumentó su estimacion un accidente que sobrevino, y remedió prontamente el santo abad. Pegóse fuego al pajar, que á la sazon estaba atestado de heno, y las llamas iban ya á reducir á cenizas todo el monasterio; echó en ellas el santo abad algunas gotas de agua bendita, y ál punto se apagaron. Este milagro y otros muchos que obraba el Señor todos los dias por la intercesion de su siervo, le hicieron tan famoso en todo el reino, que, habiendo muerto el año 554 Eusebio, obispo de París, fué nuestro san German electo en su lugar; y por mas razones que alegó para no admitir esta dignidad, el rey Childeberto quiso absolutamente que la aceptase, y sin dilacion fué consagrado. Nombróle el rey su limosnero mayor, y le honró con toda su confianza.

Ninguna mudanza hicieron en su porte todas estas dignidades. El mismo fué cuando obispo que cuando abad; igualmente mortificado en su persona, igualmente austero en su conducta, tan humilde, tan caritativo y tan pobre como antes; su mesa no solamente era frugal, sino tan parca, que mas que comida parecia abstinencia y ayuno. Dedicaba los dias al gobierno de su iglesia y al cuidado de su rebaño, y pasaba las noches en oracion, y muchas veces al pié de los altares. Su modo de vivir en todo lo demás era austerísimo. Jamás se arrimaba á la lumbre en el mayor rigor de inviernos frigidísimos; siendo una de sus ordinarias mortificaciones tolerar todas las incomodidades de las estaciones, sin solicitar el menor alivio. Aunque el rey le honraba con toda su confianza, y esta le precisaba á tener mucha parte en el manejo de los negocios del estado, en medio de eso era todo de su pueblo; visitabale, instruiale, consolábale

con sus palabras y con sus limosnas, porque crecia en él la caridad al paso que se aumentaban las rentas. Entrególe un dia el rey un bolsillo de dinero para que lo repartiese entre los pobres; distribuyó el santo una gran cantidad entre todos los que encontró, y reservó la mitad para repartirla el dia siguiente. Obligóle el generoso príncipe á que lo diese todo, diciéndole que en su real tesoro encontraria siempre pronto un fondo inagotable para socorrer cuantas necesidades quisiese. No tardó el Señor en recompensar la piadosa liberalidad del monarca, manifestando al mismo tiempo mas y mas la santidad de German. La curacion milagrosa del rey Childeberto fué una prueba ilustre de ella, y el mismo príncipe dejó á la posteridad el mas auténtico testimonio de este prodigio, no menos que de su reconocimiento y de su caritativa liberalidad, en las patentes que expidió, y fueron del tenor siguiente:

« Nuestro padre y señor German, obispo de París, hombre apostólico, nos ha enseñado en sus sermones que mientras estamos en esta vida debemos pensar continuamente en la del otro mundo. Entre otras cosas nos ha recomendado mucho el cuidado de las iglesias y de los lugares sagrados, y el hacer muchas limosnas, de lo cual él mismo nos da ejemplo. Habiendo sabido este prelado que Nos estábamos enfermo en el castillo de Celles, cerca de Melun, y que no nos habian aprovechado los remedios de los médicos ni las demás diligencias humanas que hicimos para recobrar la salud, vino á visitarnos, y pasó toda la noche en oracion, suplicando al Señor que nos la concediese. Por la mañana puso sobre Nos sus santas manos, y apenas nos tocó cuando nos hallamos perfectamente bueno. En reconocimiento de un favor tan singular que Dios nos hizo por medio de su siervo, hacemos donacion á la iglesia de París, y al obispo German

que la gobierna, de la tierra de Celles, donde recobramos la salud, y está sita en el territorio de Melun, en aquella parte donde se junta el rio Yona con el rio Sena.»

Sobrevivió poco el rey á esta donacion. Cuando volvió este príncipe de la expedicion de España, habia hecho edificar la iglesia de San Vicente, que hoy es de San German, elegiendo en ella su sepultura; despues habia agregado á ella otros edificios, para formar un gran monasterio bajo la disposicion y gobierno de san German. El santo lo llenó luego de monjes, y nombró por primer abad á san Doctroveo ó Doroteo, su discípulo; y este fué el principio de aquella célebre abadía que ha contado tantos, tan ilustres y tan santos abades, distinguidos por la púrpura, por su sabiduría y por su virtud.

No se entregó tanto san German al cuidado de los monjes, que no se dedicase tambien á la direccion del clero, y á formar dignos ministros de la Iglesia. Extendióse tanto la fama de su arreglado seminario, que concurrian á él muchos de países extranjeros para imbuirse en el espíritu eclesiástico; y en poco tiempo salieron de tan insigne escuela muchos varones apostólicos que introdujeron en todas partes el fervor y la reforma.

Clotario, sucesor de Childeberto, no honró ni estimó menos á san German que lo habia hecho su predecesor; pero el zelo y el teson en defender la religion, pusieron al santo obispo en la dolorosa precision de negar los sacramentos á Cariberto, rey de París, hijo de Clotario, que, habiendo repudiado á Ingoberga, se habia casado con Merofleda, y muerta esta, se desposó públicamente con su hermana Marcueva, que era religiosa, no obstante que antes de esta habia tomado ya otra mujer. Practicó san German cuantas diligencias pudo para cortar este escán-

dalo, pero todas sin fruto; por lo que se creyó obligado á excomulgar al rey, no menos que á Marcueva, causa principal de todo el desórden. Poco tiempo despues murieron arrebatadamente uno y otro, vengando el cielo el desprecio que hicieron de las censuras de la Iglesia. A estas turbulencias se siguieron las que causaron en París los zelos y la ambicion de Sigeberto y de Childerico, en las cuales necesitó nuestro santo de todo su valor, de toda su virtud y de toda su prudencia.

Hallábase el cuerpo de German muy extenuado por los rigores de su continua penitencia, sin que por eso aflojase un punto de su mortificacion y austeridad. El grave peso de sus muchos años no era bastante para que dejase de trabajar incesantemente en la conversion de los pecadores, hasta que lleno de dias y de merecimientos, le llamó Dios de este mundo para coronarle en el cielo, y murió el dia 28 de mayo, á la edad de mas de ochenta años, en el de 576. Su santo cuerpo fué enterrado en la capilla de San Sinforiano, que él mismo habia mandado construir mas abajo de la iglesia de San Vicente; y luego confirmó el Señor con nuevos milagros el justo concepto que todos habian formado de la santidad de su siervo. Lanfrido, abad de San Vicente, trasladó el cuerpo á la misma iglesia de San Vicente, con asistencia del rey Pipino y de Carlos su hijo, que fueron testigos de muchas maravillas. Cuando los Normandos entraron en Francia, se sacaron estas santas reliquias para librarlas de su furor. La traslacion de estas reliquias á la nueva iglesia del monasterio, hizo que tomase este el nombre de San German en lugar del de San Vicente que antes tenia. El primero que enriqueció el sepulcro de nuestro santo con oro, plata y piedras preciosas, fué san Eloy, despues obispo de Noyon; y Guillelmo el obispo,

abad de San German, le colocó en el año de 1408 en una urna de plata muy rica, y es la misma en que el dia de hoy se venera.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cerdeña, los santos mártires Emilio, Félix, Príamo y Luciano, que, combatiendo por Jesucristo, merecieron ser coronados.

En Chartres, san Cheron, que recibió el honor del martirio, habiendo sido decapitado en tiempo del emperador Domiciano.

En Corinto, santa Helcónida mártir, la cual, en tiempo del emperador Gordiano y del presidente Perenio, sufrió primeramente multiplicados tormentos; Justino, sucesor de Perenio, la aplicó de nuevo á la tortura, de la que la libró un ángel; despues le cortaron los pechos, la expusieron á las bestias, y la probaron por el fuego; por último, habiéndole cortado la cabeza, consumó su martirio.

El mismo dia, los santos Crescente, Dioscórides, Pablo y Heladio, mártires.

En Tecué en Palestina, muchos santos monjes, que en tiempo de Teodosio el Menor fueron degollados por los Sarracenos: los habitantes de aquel lugar recogieron cuidadosamente sus santas reliquias, y las conservaron con gran veneracion.

En Paris, san German, obispo y confesor, cuya eminente santidad, gran mérito y brillantes milagros trasmitió á la posteridad el obispo Fortunato en el libro que escribió de su vida.

En Milan, san Senador obispo, esclarecido en virtud y doctrina.

En Urgel en España, san Justo obispo.

En Florencia san Podio, obispo y confesor.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Germani, confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus: et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum...

Rogámoste, Señor, que oigas benigno la súplica que te hacemos en la solemne fiesta de tu bienaventurado confesor y pontífice German, y que nos libres de todos nuestros pecados por los méritos de aquel que te sirvió con tanta fidelidad. Por nuestro Señor...

La epistola es del apóstol san Pablo á los Hebreos, cap. 5.

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum, ut offerat dona, et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit iis qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.

Hermanos: Todo pontífice elegido entre los hombres, es constituido en beneficio de los mismos hombres, en órden á aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; el cual puede tener compasion de los ignorantes y errados, como que él mismo está rodeado de debilidad; y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados, de la manera que por el pueblo, así tambien por sí mismo. Ni tal honor se le toma cualquiera por sí, sino el que es llamado por Dios, como Aaron.

NOTA.

« Estando san Pablo en Roma, tuvo noticia de la » muerte de Santiago, y del furor con que los Judíos » perseguian á los de la misma religion que se con- » vertian á la fe. Con este motivo les escribió esta » carta, en que no puso su nombre, ó porque solo

» se llamaba *Apóstol de los gentiles*, ó porque mas la » consideraba como libro que como carta, pues » excusa su brevedad. *Etenim perpaucis scripsi vo-* » *bis.* Con efecto, es breve para libro, y larga para » carta. »

REFLEXIONES.

Qui condolere possit iis, qui ignorant et errant : quoiam et ipse circumdatus est infirmitate. De suerte, que sea capaz de compadecerse de los ignorantes y errados, puesto que tambien él mismo está rodeado de miseria y de flaqueza. ¡Qué instruccion tan llena de prudencia! ¡qué colmada está de consuelo! ¡cómo resplandece en ella el espíritu de Jesucristo! Si los pontífices y ministros del Señor, establecidos en su Iglesia para reconciliar los pecadores, fueran algunos ángeles ó inteligencias superiores exentas de nuestras flaquezas; si fueran algunos hombres de diferente masa, privilegiados y libres de nuestras miserias, ninguna consideracion moderaria su indignacion, ni templaria su zelo en vista de tantos pecados. Como hijos del trueno pedirian al cielo rayos que redujesen á cenizas los pecadores; pero ¿causaria mucha alegria al mismo cielo esta severidad? ¿convertiria muchos pecadores? ¿abriria el camino á la piedad para que triunfase la misericordia? *Vivo yo*, dice el Señor, *que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta, que se enmiende, y que viva* (1). *Id, y aprended lo que significa : Quiero la misericordia, y no el sacrificio*, dice el Salvador (2) : y añade : *No vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.* Eran, pues, menester unos ministros de paz y de reconciliacion, llenos de compasion y de blandura. La inmoderada, la desmedida severidad irrita el ánimo y desespera. Eligió el Hijo de Dios á san Pedro por

(1) Ezech. 33. — (2) Matth. 9.

cabeza de su Iglesia; ¿pero cuándo? despues que por la triste experiencia de su propia flaqueza aprendió á compadecerse de las ajenas: *Volviendo sobre ti, confirma á tus hermanos* (1). Para convertir á los pecadores es menester una suavidad prudente, una compasion tierna; es preciso tenga presente el que los quiere convertir de que él tambien es pecador. El zelo áspero, duro y amargo nunca fué del gusto de Jesucristo; es el carácter propio de la herejía; todos los herejes han gritado siempre contra la demasiada indulgencia de la Iglesia. La dureza y la amargura siempre son efecto del espíritu de partido; el espíritu de Jesucristo, el zelo verdaderamente cristiano, excita á aborrecer el pecado y compadecerse del pecador; pero el mal espíritu confunde al pecador con el pecado. *El que de vosotros estuviere sin pecado,* dice el Salvador, *arroje la primera piedra contra esta pobre adúltera.* Al zelo amargo no le anima la gloria de Dios, anímale la pasion, anímale el orgullo; este es el verdadero móvil del zelo impetuoso; este es el orígen de todo este torrente de amargura. Reservemos la dureza y la severidad para nosotros mismos, y el zelo será siempre puro y loable; pero acompañe siempre á nuestro zelo por el prójimo una suavidad prudente y discreta. Ninguna cosa descubre mas el espíritu de Dios que esta cristiana dulzura: *Aprended de mí,* dice el Señor, *que soy manso y humilde de corazon.* Es cierto que una blandura excesiva, cobarde y demasiado indulgente, suele ser principio de una perniciosísima relajacion; pero un rigor inmoderado y descomedido, ¿será por ventura menos perjudicial?

El evangelio es del cap. 12 *de san Juan, y el mismo que el dia* XII, *pág.* 507.

(1) Luc. 22.

MEDITACION.

DE LA PÉRDIDA DEL TIEMPO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en esta vida no hay pérdida mas irreparable ni de mayores consecuencias que la pérdida del tiempo. ¿Perdiste una hora, perdiste un dia? no admite reparo; para siempre lo perdiste. Las demás pérdidas pueden repararse. Si se perdió la salud, se puede recobrar; un robo, un incendio, un naufragio, no son pérdidas sin remedio; los negocios mas desesperados dejan siempre algun resquicio á la esperanza. La pérdida de una batalla, la de un pleito, la de toda la hacienda, la de la misma honra, no es pérdida sin remedio. El mundo tiene altos y bajos; la que se llama fortuna vuelve á levantar á los mismos que precipitó; y en fin, cuando falten los medios naturales, hay recurso á la esperanza de los milagros; puede Dios hacer lo que no pueden los hombres. Solo en la pérdida del tiempo está enteramente cerrada la puerta á todo recurso y remedio: no puede Dios hacer que el dia de hoy no se haya pasado, ni que tan bellos años empleados en diversiones y en pasatiempos no se hayan perdido. Puede alargarte la vida todo lo que fuere de su agrado; pero no puede hacer que vuelvan los dias que se perdieron. Podrás tú emplear mejor los que te quedan de vida; pero no podrás reparar los que perdiste. Comprende bien, si puedes, la grandeza, la enormidad y las consecuencias de esta pérdida.

Con esos dias mal empleados ¡cuántas gracias perdidas, que acaso estaban destinadas, preparadas y reservadas para ellos! Quizá dependerian de esos dias malogrados la gracia de nuestra conversion, la

de la vocacion, la de la perseverancia. El sol estaba entonces en el cenit; ahora va declinando hácia el ocaso. Si nos quedaba mucho camino que andar, todavía teníamos mucho dia; ahora va ya bajando el sol, y aun nos falta mucho que andar; y tal vez esa luz, sin la cual no se sabe adonde se va, está para apagarse. Apenas hay ya tiempo para ponernos en camino; hemos dormido mucho, levantámonos muy tarde. Acércase la noche, y no es ocasion de acudir á la tienda para hacer provision de aceite; quizá vendrá el esposo mientras vayamos á comprarle. Aquellos bellos dias de una florida juventud; aquellos brillantes años de una edad robusta y vigorosa; aquella hermosa estacion de la vida que lastimosamente se malogró en una blanda y delicada ociosidad; todo ese tiempo tan precioso únicamente se nos concedió para hacer nuestra jornada. Detuviéronnos en el camino las diversiones, los placeres, los regalos y las perniciosas compañías. Al dar vuelta la edad, cuando ya se acercan las sombras de la noche, al tiempo que los dias son mas cortos, y esos cortados con los achaques y las enfermedades, entonces se conoce que nos hemos detenido demasiado en el camino, casi cuando era ya tiempo de descansar dichosamente en el término. Hombres del mundo, mujeres del siglo, jóvenes aturdidos, que perdeis miserablemente los mas hermosos dias de vuestra vida, aplicaos á vosotros mismos estas alegorías; comprended y meditad bien este metafórico discurso.

PUNTO SEGUNDO.

Considera lo que es una pérdida de la mayor importancia, cuando es irreparable: pues tal es la pérdida del tiempo. Con todo eso, esta gran pérdida se hace con el mayor gusto, divirtiéndose, riendo; ¿qué digo? se tendria por desgracia el no hacerlo.

Pero ¿son cristianos los que proceden de esta manera? ¿son racionales? ¿no padecen algun rapto de locura? ¿hay frenesí mas lastimoso? ¿hay otro que sea seguido de mas cruel, pero mas inútil arrepentimiento?

Todo el tiempo que se pasó en el juego, en vanos entretenimientos, en los espectáculos, cuando no los cohonestó por lo menos un motivo justo y racional, es tiempo lastimosamente perdido. Todo ese tiempo que se gastó en componerse, en adornarse, en refinar sobre la misma profanidad, en seguir escrupulosamente una moda, hija de la vanidad ó del capricho, es tiempo perdido. Todo el tiempo que se empleó en la demasiada delicadeza, en melindres excesivos, en el exquisito regalo, en la ociosidad y en la holgazanería, es tiempo perdido. Todo el tiempo que se ocupó en negocios, en pretensiones que no tuvieron otro móvil que el de la ambicion y la codicia, es tiempo perdido. Todo el tiempo malogrado y consumido en inutilidades especiosas, en fruslerías, en bagatelas, en unos nadas que parecen algo, todo ese tiempo es tiempo perdido, todo será estrechamente reclamado por aquel soberano Señor, que solamente nos le concedió para que negociásemos con él en órden á la vida eterna. ¡O Dios, qué pérdida! ¡ó Dios, qué cuenta tan estrecha! ¡ó Dios, qué eterno llanto.

Piérdese este precioso tiempo, y se pierde sin dolor; antes bien no pocas veces la única pena que se tiene, es no saber en qué se ha de perder. La gente noble, esas personas tan distinguidas por sus cuantiosas rentas, por su nacimiento, por su clase, por sus empleos, por su dignidad, esas son las que por lo comun emplean peor el tiempo. Pero en la última enfermedad, esto es, cuando el tiempo va á espirar, cuando se asoma la eternidad, cuando apenas hay ya tiempo, entonces se acude á los ministros del Señor, se recurre á los expedientes. En breves instantes, y esos

poco libres, poco despejados, en los cuales apenas se sabe lo que se hace, se quiere hacer aquel grande, aquel negocio espinoso para el cual nos concedió Dios toda la vida. Valga la verdad; ¿habrá mucho que confiar en todas aquellas devociones forzadas, que parecen ya tan fuera de tiempo, en todos aquellos exteriores arrepentimientos, en todas aquellas reflexiones que han tardado tanto en llegar? Todas pueden ser eficaces y sinceras, no lo niego; algunas lo serán tambien, igualmente lo confieso; pero ¿cuántas lo serán? Concediósenos toda la vida para trabajar en el negocio de nuestra salvacion; no hay edad, no hay tiempo, no hay condicion, no hay empleo que nos dispense de esta obligacion; este es el único negocio grande de toda nuestra vida. ¿Qué dirán, qué pensarán de esta verdad en aquella postrera hora todos aquellos que al presente no piensan en ella?

Mi Dios, conozco que es irreparable la pérdida que he hecho; pero ya que por vuestra misericordia me concedeis todavía algunos dias de vida, resuelto estoy, con vuestra divina gracia, á no malograr ni un solo instante de tiempo.

JACULATORIAS.

Ergo dum tempus habemus, operemur bonum. Galat. 6.
Pues tenemos tiempo, aprovechémosle bien.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.
Deseó mi alma guardar tus santos mandamientos por todos los dias de mi vida.

PROPOSITOS.

1. El tiempo es precioso, es corto, y la pérdida del tiempo es irreparable. ¿Se podrá convenir en estas tres proposiciones, y se podrá perder el tiempo?

Sin embargo este tiempo se pierde cada dia, y la rapidez con que vuela no es bastante para corregir el ansia que tenemos de verlo volar. Ponte hoy á contar tus años, ajusta el número de tus dias, y díme ¿cuántos has perdido, y cuántos no has dejado perder? Esta pérdida es de consecuencia; porque al fin, contados están todos los dias de nuestra vida, y no hay siquiera uno de que no se nos haya de pedir estrecha cuenta. La pérdida es irreparable; porque, ¿cómo se repararán quince ó veinte mil dias perdidos y malogrados? No hay otro recurso que á la misericordia de Dios, y al buen uso de los que te quedan. No pierdas un solo instante, y pon en práctica los consejos siguientes:

2. Todos los dias por la mañana y por la noche, y en el sacrificio de la misa, pide perdon á Dios con vivo y sincero dolor del tiempo que has perdido. No tomes descanso, diversion ni recreo alguno, que no procures santificar por algun motivo, no solo justo, sino santo, esforzándote á santificarlo tambien aun en el mismo ejercicio. Determina algun número de actos de amor de Dios que hayas de hacer durante el tiempo de recreo, y aun en la misma comida. Cada semana dedica á la oracion, ó á algunas otras buenas obras, una ó media hora de aquel mismo tiempo que tienes destinado para descansar, ó para recrearte. Escoge un dia cada año, que has de emplear todo entero *en redimir el tiempo*, como se explica el Apóstol; esto es, en oracion, en penitencia, en buenas obras, haciendo limosnas mas cuantiosas, y no perdiendo ni un solo instante de aquel dia. El mas á propósito para este importante ejercicio, es el dia en que cumples años. No dejes de acusarte en todas las confesiones del tiempo que has perdido, porque es falta muy grave.

DIA VEINTE Y NUEVE.

SAN MAXIMINO, OBISPO DE TRÉVERIS.

San Maximino, uno de los mas insignes ornamentos de la iglesia galicana, celebérrimo en el siglo cuarto de nuestra era por su zelo apostólico en defensa de la fe católica contra los herejes arrianos, y por la multitud de milagros que por su intercesion obró el Omnipotente, nació en el territorio de Poitiers, en la Aquitania. Fué educado desde su infancia en la religion de Jesucristo, con uno de sus hermanos llamado Majencio, que se cree haber sido obispo de aquella ciudad antes de san Hilario. La fama de santidad con que corria por entonces san Agricio, obispo de Tréveris, hizo á Maximino dejar su patria é ir en busca de aquel prelado, con el fin de adelantarse en ciencia y santidad bajo su enseñanza. En efecto, hizo en ambos ramos maravillosos progresos; y elevado á los órdenes sagrados, se comportó en sus funciones con tanta edificacion, con tanta sabiduría y con tanta prudencia, que, conciliándose la veneracion de todo el clero y pueblo, no quisieron estos otro prelado, cuando ocurrió la muerte de san Agricio, indicado ya así por el cielo á varias personas de conocida virtud. Confirmados estos sufragios por los obispos comprovinciales, que conocian muy bien las relevantes prendas de Maximino, subió á la cátedra de Tréveris hácia el año de 332, que era el 26 del imperio de Constantino.

Fácil es pensar cúal fué el porte de este varon apostólico, colocado sobre el candelero de la Iglesia, cuando ya su nombre era célebre en el país por la

pureza de su fe, por la santidad de sus costumbres, y aun por los muchos milagros que nos aseguran sus historiadores haber obrado en la sucesion de su vida antecedente. Aunque la vigilancia pastoral con que atendió siempre á su grey, y el paternal amor con que la proveyó de auxilios espirituales y corporales, bastaban para eternizar su nombre, lo que distinguió sobre todo su mérito fué el zelo y fortaleza apostólica que mostró en la defensa de la fe católica, contra los arrianos, sin temor de las potestades de la tierra.

Abusando estos herejes de las buenas intenciones del grande Constantino, nó cesaban de perturbar la iglesia del Oriente, para rehacerse de la derrota que habia padecido su impiedad en el concilio general de Nicea, discurriendo cada dia maliciosos arbitrios para vengarse de aquellos padres. Su mayor encono era contra san Atanasio, obispo de Alejandría, á quien miraban como el enemigo mas temible de su secta. Sus simulaciones y calumnias lograron sorprender á Constantino, quien, viendo que habia sido condenado san Atanasio en un conciliábulo que celebró la faccion arriana en Tirso, sin examinar la causa de la injusticia, desterró á aquel prelado eminentísimo á las Galias, y le señaló por lugar de su estancia la ciudad de Tréveris.

El dolor de ver padecer la religion por la injusticia hecha á la persona de san Atanasio, era comun en todos los obispos de la iglesia católica; mas lo que tuvo de particular en Maximino fué, que sin temor de un príncipe como Constantino, ni reparar en un hombre desgraciado, le recibió con toda la veneracion que debia á un ilustre confesor de Jesucristo, y al defensor mas brillante de la verdad ortodoxa, proporcionándole todas las comodidades que podia tener en Alejandría.

Despues de la muerte del gran Constantino, su hijo mayor Constantino el jóven, en cumplimiento de la voluntad de su padre, sobre revocar el destierro de san Atanasio, lo hizo volver á su iglesia, con cartas llenas de muchos testimonios de honor; y agradecido este prelado á los buenos oficios del de Tréveris, significó despues á los obispos que sostenian ardientemente la definicion del concilio niceno, la pureza de fe, la santidad de vida, y apostólico zelo por la defensa de la fe católica de Maximino, cuyas virtudes habia tenido ocasion de conocer bien en los dos años cuatro meses y medio que estuvo en su compañía. Estos mismos oficios practicó tambien san Maximino con san Pablo, obispo de Constantinopla, que se refugió en Tréveris, depuesto de su silla por un conciliábulo de arrianos, no acobardándole el poder de Constancio, hijo segundo de Constantino, acérrimo defensor de los partidarios de la herejía.

Validos los arrianos de la proteccion del emperador Constancio, en un conciliábulo que celebraron en Antioquía depusieron segunda vez á san Atanasio, quien se vió obligado á huir al aviso de que iba á ocupar su cátedra el intruso Gregorio con mucha tropa. Sabiendo los herejes que el santo prelado se habia retirado al Occidente, donde el emperador Constante le mantenia bajo su proteccion, no menos que el papa Julio, discurrieron los medios de traer á su faccion á este príncipe, como lo habian conseguido con Constancio su hermano. Con esta mira le dirigieron una confesion de fe que ocultaba diestra y sutilmente su veneno, pues, bajo palabras capciosas y aparentemente verdaderas, en su fondo excluia la consustancialidad del Verbo, que era el punto cardinal de la controversia. Al efecto enviaron á las Galias á Narciso de Neromiade, Maris de Calcedonia, Teodoro de Heraclea y Marco de Aretusa, obispos de su

faccion, los cuales además traian la comision de justificar la conducta que habian guardado los arrianos en la deposicion de san Atanasio. Pero san Maximino impidió que Constante fuese sorprendido de los enemigos de la verdad. Hizo lo que pudiera haber hecho san Atanasio que á la sazon se hallaba en Roma; sostuvo su inocencia, probó su fe ortodoxa, y le defendió de las falsas calumnias de los diputados arrianos, cuya comunion rehusó con la de otros sus secuaces. Por este laudable hecho le pusieron los herejes en el número de sus principales adversarios, y se quejaron por todas partes de que el obispo de Tréveris habia sido la causa de que el emperador Constante no hubiese atendido á sus emisarios. En efecto, este justificado príncipe, habiendo reconocido, en virtud de las razones de san Maximino, las injusticias, los ardides y las maquinaciones de los sectarios, despidió sus diputados sin que adelantasen cosa alguna en sus negociaciones.

Hallóse despues san Maximino en el concilio que se celebró en Milan por los años 345, donde los eusebianos, es decir, los arrianos orientales, que tomaron esta denominacion de su caudillo Eusebio de Nicomedia, fueron igualmente repulsados. En esta ciudad tuvo el gozo de volver á ver á san Atanasio, á quien el emperador hizo venir desde Roma; y conferenciando ambos sobre los medios de procurar una paz sólida á la Iglesia, creyeron que no le habia mas eficaz que el de un concilio general. Propuso Maximino con su acostumbrada persuasiva la importancia de este remedio á Constante; uniéronse á él, para hacer mas interesada la solicitud, el papa Julio y el célebre Osio de Córdoba; y accediendo á sus ruegos el emperador, escribió á su hermano Constancio en términos muy urgentes. No desechó Constancio la proposicion tan favorable á la tranquilidad de la Iglesia;

convínose en que el lugar donde se habia de celebrar el concilio, fuese la ciudad de Sárdica en Iliria, sobre los confines de ambos imperios; pero como este soberano estaba ocupado por entonces en la guerra contra los Persas, no se pudo ejecutar el designio hasta dos años despues.

En este intervalo convocó san Maximino un sínodo en Colonia para examinar la doctrina sospechosa de su obispo, que, siguiendo la de Potino, negaba la divinidad de Jesucristo. El concilio le depuso, y san Maximino procuró que se explicase el modo con que se obraron todos los misterios de la redencion.

No dejó de hallarse en el año siguiente en el concilio de Sárdica, donde fué de nuevo restablecido en su silla san Atanasio, y depuestos los principales eusebianos. Mal satisfechos estos de ver que sus intrigas no habian podido prevalecer, se retiraron de Sárdica; y habiéndose unido en Filípoli de Tracia, terreno de Constancio, su protector, escribieron bajo el nombre de orientales una carta circular á los obispos de su partido, para que se quejasen del concilio y acusasen á los que en él habian sido absueltos. Hallándose en esta ciudad en número casi de ochenta, tuvieron un conciliábulo, que hicieron llamar de Sárdica, con el fin de abolir bajo este equívoco la memoria y decisiones del verdadero concilio. Formaron en su maliciosa asamblea una confesion de fe, donde parece no poderse hallar otra cosa que reprender sino la omision de la voz *consustancial*; juzgaron á los principales obispos católicos, que habian procurado el legítimo concilio de Sárdica, defendido y restituido á san Atanasio, y absuelto á Marcelo de Ancira y Asclepas de Gaza; y tuvieron el temerario arrojo de excomulgar señaladamente á san Maximino, con el papa Julio, Osio, san Atanasio y los principales prelados católicos. Alegaron contra el de Tré-

veris haber sido él la causa de que el emperador Constante no recibiese á los diputados del concilio de Antioquía, y que fué el primero que comunicó con san Pablo de Constantinopla, depuesto por ellos, siendo su restablecimiento el motivo de las turbulencias y homicidios que á él se siguieron. Estas razones, que, despues de haber conseguido el pecador de la misericordia del Señor el pardon de sus pecados, toda. justifican mas su mérito, y que sirven de laudables testimonios, capaces de eternizar su gloria, pues todos ellos hacen concebir una justa idea de su zelo apostólico por la defensa de la fe católica, y de su generosa proteccion á los confesores ilustres de la divinidad de Jesucristo.

No sobrevivió mucho tiempo el santo al concilio de Sárdica. Volvió á ver su iglesia, y remedió las necesidades de su pueblo, que se habian hecho reparables durante su mansion en Iliria. Pasó despues á visitar á sus parientes en Poitiers, y habiéndose detenido algun tiempo á causa de ciertos negocios graves que pedian su asistencia personal, murió allí, en el dia 12 de setiembre del año 349, y su venerable cuerpo fué sepultado cerca de la ciudad. No pudiendo sufrir san Paulino, su sucesor, que quedase privada la iglesia de Tréveris de sus santas reliquias, hizo que las restituyesen á ella, dignándose el Señor obrar innumerables prodigios al tiempo de esta traslacion, como fué entre otros el de levantar un espantoso nublado, para impedir que los de Aquitania estorbasen, como lo solicitaban, la mutacion del venerable cuerpo. Depositóse este en Tréveris en la iglesia del monasterio de San Juan Bautista, donde se mantuvo en grande veneracion, haciéndose recomendable su sepulcro por los muchos milagros que cada dia obraba el Señor por la intercesion de su siervo.

El terror de los Normandos, que pasaban á sangre

y fuego los templos, monasterios é iglesias, sorprendió á Tréveris en 5 de abril del año 882; y temerosos algunos religiosos de que las reliquias de san Maximino cayesen en sus bárbaras manos, tuvieron la precaucion de enterrarlas en una cueva. Con este motivo se perdió la noticia de su existencia, hasta que, por la casualidad de haberse abierto parte del sepulcro con el golpe de una gran piedra, fueron descubiertas por la fragancia que despedian, y se vió, con admiracion de todos, íntegro su cuerpo é intactos sus vestidos, despues de tantos años. Colocáronse en lugar decoroso hasta la reedificacion del templo, donde se mantuvieron en grande veneracion; pero habiéndose quemado este por un accidente imprevisto en el año 937, restaurado nuevamente en el de 942, fueron trasladadas á él solemnemente las reliquias del santo, con las de otros prelados de la misma iglesia, habiendo sido colocadas en el ara mayor; y se extendió el nombre y culto de nuestro santo por todas partes en Francia, Alemania y Paises-Bajos, donde se celebra su memoria en 29 de mayo, dia de su primera traslacion de Poitiers á Tréveris.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

La Iglesia católica ha considerado siempre dos cosas en el pecado: la culpa, que consiste en la ofensa que se hace á la divina Majestad, y la pena que merece esta culpa. Solo Dios por los méritos de su Hijo puede perdonar los pecados; pero, aunque su infinita misericordia los perdone enteramente cuanto á la culpa, no siempre los perdona igualmente cuanto á la pena. Esta pide siempre alguna satisfaccion; de manera que la impía caterva de los herejes queria hacer delitos de nuestro santo, son otros tantos elogios que

via queda deudor á su divina justicia. La pena correspondiente á sus pecados es una deuda que es preciso pagar; es una mancha de la cual es necesario purificarse en esta vida ó en la otra, antes de entrar en la mansion de los bienaventurados, donde no se da lugar á la mas lijera mancha. Es cierto que muchos mueran en estado de gracia, esto es, sin culpa mortal; pero no es menos cierto que á rarísimos deja de coger aquel último momento sin algun pecado venial, ó sin una multitud de deudas penales contraidas por las culpas antecedentes, las cuales irremisiblemente es necesario satisfacer. En virtud de este principio, que es de fe, además del lugar destinado para el suplicio de los réprobos, y además del que el Salvador reservó para los elegidos y amados de su Padre, la Iglesia de Jesucristo creyó y enseñó siempre que hay otro tercer lugar, al cual da el nombre de purgatorio, en el que los mismos elegidos de Dios se acaban de purificar de las manchas que contrajeron en esta vida, y de satisfacer á la divina justicia por un castigo temporal y transitorio, pero que Dios exige con todo rigor, como lo dice el mismo Jesucristo por aquellas palabras metafóricas del Evangelio: *De verdad os digo, que no saldréis de allí sin que me hayais pagado hasta el último maravedí.* Por la misma razon, la Iglesia católica tuvo siempre por santa y saludable la oracion por los difuntos, como tradicion que enseñaron los apóstoles, y antes de ellos los profetas iluminados por Dios la habian enseñado á los Judíos.

Estos siempre reconocieron el purgatorio, aunque no con este nombre; es decir, que reconocen un lugar en que las almas de los fieles acaban de ser purificadas; y aun hay entre ellos una ley que impone á los hijos la obligacion de rezar por espacio de un año entero cierta oracion que llaman *Kadis*, por las almas de sus difuntos padres, para sacarlas de este lugar

de padecimientos; como se puede ver en el libro de sus ritos. Este lugar, en opinion de los judíos, es el mismo infierno de los condenados, en el cual son atormentadas todas las almas que mueren con algun pecado, solo con la diferencia que las que no han muerto con culpa mortal, salen de allí despues de algun tiempo por las oraciones de los fieles.

Bien sabido es que Judas Macabeo(1), habiendo recogido en una colecta que hizo publicar, doce mil dracmas de plata, que son 18,340 reales de nuestra moneda, las envió á Jerusalen para que se ofreciese un sacrificio por las almas de los que acababan de morir en aquella batalla; y añade el historiador: « Que aquel gran capitan consideraba estar reservada » una gran misericordia á los que habian muerto » con piedad; y así es santo y saludable pensamiento » hacer oracion por los difuntos, para que sean » libres de sus culpas. »

Los protestantes no quieren creer que hay purgatorio, ciegamente persuadidos de que, por desordenada que haya sido la vida, basta la fe para que el alma en la hora de la muerte se halle enteramente limpia, y sin deuda alguna contraida en favor de la divina justicia. Y como este segundo libro de los Macabeos es tan concluyente contra su error, echan por el atajo, y no lo reconocen por canónico. Pero ¿con qué autoridad desechan un libro, no solo universalmente recibido por toda la iglesia griega y latina, sino en cierta manera autorizado por el mismo Jesucristo; pues consta que guardaba exactamente la fiesta de la dedicacion del templo, instituida por Judas Macabeo, la que se celebraba en el mes de Casleu, correspondiente á nuestro mes de diciembre, que es lo que certificó el evangelista san Juan (2) cuando notó que *era en invierno?*

(1) II. Machab. 12. — (2) Joan. 10.

San Pablo, en la segunda epístola á los Corintios, queriendo confundir á ciertos falsos doctores de aquella iglesia que negaban la resurreccion de los muertos, porque profesaban la secta de los saduceos, dice así (1) : *Qué será de los que reciben un bautismo por los muertos? si los muertos no resucitan, ¿de qué les servirá el tal bautismo?* Es dudoso lo que quiere significar aquí el Apóstol por la palabra *bautismo.* Pero ora entienda algunas buenas obras, mortificaciones y penitencias que se hacian por los difuntos; ora entienda el abuso que desaprobaba, aunque al mismo tiempo se valia de él para convencer á los herejes, de aquellos que se hacian bautizar por sus difuntos amigos y parientes, que, habiendo deseado recibir el bautismo, habian muerto sin haberlo recibido, creyendo erradamente que una vez que lo recibiesen, aunque fuese, digámoslo así, por procurador, se hacian capaces de las oraciones de los fieles; de cualquiera manera que se entiendan estas palabras del Apóstol, es evidente que en su tiempo estaban persuadidos los fieles de que los difuntos podian necesitar de las oraciones de los vivos, y que era obra de misericordia ofrecer á Dios algunas buenas obras, y hacer oracion por ellos.

El mismo apóstol, en la segunda epístola á Timoteo, hablando de las muchas limosnas que le habia hecho Onesíforo, que acababa de morir, dice: *Quiere el Señor que su alma haya encontrado tambien misericordia á sus divinos ojos*; lo que prueba evidentemente la costumbre y la piedad de rogar á Dios por los difuntos.

Todos los padres de la Iglesia tuvieron la misma devocion. *En el segundo libro de los Macabeos*, dice san Agustin (2), *leemos que se ofreció á Dios un sacrificio por los difuntos; pero, aunque no tuviéramos testi-*

(1) I. Cor. 15. — (2) De Cur. mort. cap. I.

monio alguno de esto en la sagrada Escritura, debiera bastarnos la autoridad de la Iglesia universal, y su célebre costumbre en este punto; pues, en las oraciones que el sacerdote ofrece al Señor en el sacrificio de la misa, se hace conmemoracion de los difuntos.

El mismo san Agustin, en el tercer tomo *sobre las palabras del Apóstol*, hablando de la oracion por los muertos, dice de esta manera: *Es costumbre observada en toda la Iglesia, segun tradicion de los padres, rogar á Dios por los que mueren en la comunion del cuerpo y sangre de Jesucristo, en aquella parte del sacrificio en que se hace conmemoracion de ellos, advirtiendo que tambien por ellos se ofrece.*

La oracion que tenemos del mismo santo por el descanso del alma de su madre, es otra prueba de la costumbre de la Iglesia, y de lo que practicaron todos los santos. En el libro 13, cap. 9 del libro de las Confesiones, hablando con Dios, se explica de esta manera: « Aunque tengo motivo, Señor, para alegrarme en vos, y para rendiros mil gracias por lo mucho bueno que hizo en vida mi madre, ahora lo dejo todo á parte para pediros la perdoneis sus pecados. Oidme, os suplico, por los méritos de aquel que por nosotros quiso ser enclavado en una cruz; por aquel divino Salvador cuya sangre cura las llagas de nuestras almas, y sentado ahora á vuestra diestra continuamente está rogando por nosotros. Yo sé que se ejercitó en obras de misericordia, y que perdonó á los que la habian ofendido; perdonadla, Señor, os ruego, y no la juzgueis con rigor. Sobresalga con ella vuestra misericordia á vuestra justicia; porque al morir no nos dejó encomendada otra cosa, sino que nos acordáramos de ella en el sacrificio del altar cuando celebrásemos los sagrados misterios, á que asistió con tanta devocion toda su vida; donde sabia bien que se ofrecia aquella incruenta víctima, cuya sangre

borró la cédula de muerte que teniais contra nosotros. Acordaos, Señor, que aquella por quien os pido, tuvo siempre unida su alma con los lazos de la fe á este adorable misterio de nuestra redencion. »

Tertuliano, que vivia en el segundo siglo, no prueba con menor evidencia que san Agustin la costumbre universal de la Iglesia sobre la utilidad y el mérito de la oracion por los fieles difuntos; y con igual energía hablan sobre este punto san Cipriano y san Juan Crisóstomo. En fin, no hay cosa mas constante que la tradicion de los padres de la Iglesia sobre este punto.

La disputa que la iglesia griega tiene con la latina en este particular, hablando en rigor, es de puro nombre; porque los griegos no niegan la existencia del purgatorio, aunque niegan que haya lugar señalado ó determinado con este nombre para padecerlo; pues al fin confiesan que algunas almas justas están necesitadas de purificarse despues de esta vida, antes de entrar en la mansion de los bienaventurados. Convienen, pues, las dos iglesias oriental y occidental en que las almas de los que mueren en estado de gracia, por la mayor parte tienen necesidad de purificarse de algunas lijeras manchas, y consiguientemente que están detenidas *en el calabozo oscuro* hasta que hayan pagado, como dice el Evangelio, *hasta el último maravedí*. Este oscuro calabozo, esta profunda fosa, es lo que llama *purgatorio* la iglesia latina, y aun le da el nombre *de infierno* en la oracion ordinaria que hace por los difuntos : *Señor Jesucristo, rey de la gloria, librad las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno, y del profundo lago; libradlas de los dientes del leon.*

Es, pues, verdad de fe que hay purgatorio, y esta es la doctrina de toda la Iglesia desde Jesucristo acá. Pues ahora; ¿puede haber mayor crueldad, mayor

inhumanidad, que saber que nuestros amigos, nuestros bienhechores, nuestros mas cercanos parientes están por la mayor parte detenidos en esos horribles calabozos, tratados por la divina justicia con una severidad incomprensible; que está en nuestra mano conseguir de la misericordia del Señor su libertad ó su alivio; que tenemos muchos medios para satisfacer por ellos, para que cesen sus penas; que una oracion una mortificacion, una limosna, una misa bastari algunas veces para sacar á una alma de aquel profundo calabozo; y ser tanta nuestra indolencia, nuestra inhumanidad, que no lo queramos hacer? ¿No pide la misma justicia de Dios (1) *que se haga justicia sin misericordia con aquellos que no quisieron hacer misericordia con sus hermanos?* Si te olvidaste tú de aquellas afligidas almas, Dios permitirá que se olviden de la tuya, y que no se te apliquen aun aquellos mismos sufragios que tú dejaste encargados: *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en la via Aurelia, san Restituto mártir.

En Iconio, ciudad de Isauria, el martirio de san Conon y de su hijo de edad de doce años, los cuales, en tiempo del emperador Aureliano, fueron acostados en unas parrillas puestas encima de las brasas, y rociados con aceite hirviendo; despues les hicieron padecer los tormentos del caballete y del fuego, que soportaron con una paciencia y constancia heróicas; en fin, habiéndoles machacado las manos con un mazo, entregaron su espíritu.

El mismo dia, los santos Sisinio, Martirio y Alejandro, los cuales, en tiempo del emperador Honorio, siendo perseguidos por los Gentiles en el Val

(1) Jac. 2.

de Anagno, segun escribe Paulino en la vida de san Ambrosio, obtuvieron la corona del martirio.

En Cesarea de Felipo, santa Teodosia, madre del mártir san Procopio, y otras doces nobles matronas, que fueron decapitadas en la persecucion de Diocleciano.

En Umbría, el martirio de mil quinientos veinte y cinco mártires.

En Tréveris, san Maximino, obispo y confesor, que recibió honoríficamente á san Atanasio, cuando andaba desterrado por los Arrianos.

En Verona, san Máximo obispo.

En Arcano junto á Roma, san Eleuterio confesor.

La misa es la cotidiana de difuntos, y la oracion la siguiente.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum, ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Qui vivis, et regnas...

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de vos: Que vivis y reinais...

La epistola es del cap. 14 del Apocalipsis.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodò jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis; opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias, oí una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

« El Apocalípsis, ó libro de las revelaciones, con-
» tiene en veinte y dos capítulos una profecía sobre
» el estado de la Iglesia, desde la ascension de Cristo
» á los cielos, hasta el dia del juicio universal, y es
» como la conclusion de las sagradas Escrituras. Pro-
» pónense en él las cosas á manera de visiones, y en
» estilo sublime y figurado, como el de las pro-
» fecías antiguas, con las cuales tiene gran corres-
» pondencia. »

REFLEXIONES.

Beati mortui, qui in Domino moriuntur : Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Esta sí que es una real y verdadera felicidad, la cual sola indemniza bien de todos los contratiempos y desgracias de esta vida. Morir en el Señor, morir en gracia de Dios, morir predestinado, morir para comenzar á vivir eternamente, para entrar en la alegría del Señor, para estar como embriagado en el cielo con la abundancia de los mas puros consuelos, de las mas dulces delicias. Nacimiento ilustre, favor de los príncipes, brillante fortuna, tesoros inmensos, grandes empleos, puestos elevados, cargos, dignidades, prelacías, títulos pomposos, nombres grandes á quienes se tributa incienso con tanta profusion, decidme, ¿qué utilidad permanente nos acarreais? ¿qué conveniencia sólida, y que verdaderamente satisfaga, nos traeis? Si la muerte de los dichosos del siglo no es preciosa á los ojos de Dios, si esos hombres ilustres, esos esclavos de sus diversiones, esos que meten tanto ruido con su equipaje y con su tren, no mueren en el Señor, ¿qué suerte será la suya? ¿Será tan envidiable su muerte como lo ha sido su vida? El olor de las flores que cultiva el mundo, turba la cabeza; el

humo del incienso que en todas partes se quema, ofusca la vista; el ruido y el tumulto que reina, aturde y atolondra. No pensamos en la muerte; solo nos afanamos en buscar, en desenterrar, por decirlo así, lós gustos, las diversiones y los deleites de la vida. En medio de eso, ¿ tenemos negocio alguno de mayor importancia, punto mas crítico, obra mas preciosa ni de mayor consecuencia que una buena muerte? Pero advierte que la buena muerte es fruto de la buena vida : *Opera enim illorum sequuntur illos*, dice el Espíritu Santo : Sus obras les siguen despues de la muerte. Las conversiones en aquella hora ordinariamente llegan muy tarde; por lo regular solo sirven para dar á la muerte un color postizo, una bondad artificial y aparente. Las obras buenas nos acompañan hasta mas allá de la muerte, hasta el tribunal del supremo Juez; son testigos irrefragables, sin equívocos ni ambigüedades; son documentos originales con que se forma y se instruye el proceso. Ya quisiera uno desembarazarse de testigos tan sin excepcion y tan verídicos; pero ni uno solo dejará de hallarse presente y de declarar la verdad : *Opera enim illorum sequuntur illos*. Los delitos mas secretos, las acciones mas ocultas, los deseos mas disimulados, las intenciones mas disfrazadas, todo lo que no hubiere sido borrado con las lágrimas de la penitencia, todo lo que no se hubiere perdonado, todo seguirá, y todo depondrá en el tribunal de Dios contra el moribundo. Nada se pierde; lo bueno y lo malo, todo nos acompaña. ¿Y qué cosa buena acompañará á aquellas personas tan poco cristianas, á aquellas almas mundanas, en quienes apenas se reconoce una leve tintura de religion; gente entregada enteramente á sus diversiones, á sus placeres; gente que solo hace alguna reflexion sobre sus extravios, cuando se va acercando la noche de la vida, cuando ya apenas es

tiempo de enmendarlos? Desengañémonos, no se nos ha dado todo el tiempo de la vida sino para disponernos á una buena muerte.

El evangelio es del cap. 6 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis Judæorum: Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo, dijo Jesus á la muchedumbre de los Judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los Judíos, y decian: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo, que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

DEL ESTADO Á QUE NOS REDUCE LA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera á qué triste estado nos vemos reducidos despues de la muerte: inmobles, sin conocimiento, sin fuerzas, sin sentido; desterrados para siempre del comercio de los hombres, incapaces de toda compañía, desconocidos á nuestros mas cercanos parientes, objeto de horror á nuestros mayores amigos;

nombres, dictados, puestos, empleos, honores, talentos, diversiones, gustos, regalos, todo se acabó; despojados de todo, abandonados de todos, inútiles á todos, de nada servimos ya en el mundo, y el mundo tambien nos tiene por nada.

Este retrato es espantoso, pero al fin él es mi verdadero retrato. Algun dia he de ser ese moribundo que va á ser despojado de todo, y está ya para causar horror á todo el mundo. Algun dia he de ser ese cadáver abandonado, amortajado, y destinado á podrirse en una hedionda sepultura. Y mi pobre alma, ¿qué destino tendrá?

¡Ah, mi Dios, y qué es el hombre! ¿Y será posible que eternamente nos hemos de apacentar con vanas ideas de grandeza, con frívolas diversiones y con fantásticas quimeras? Sola la muerte nos representa lo que verdaderamente somos; cualquiera otro retrato nos lisonjea y nos engaña; pero ¡qué cosa tan triste no conocernos bien hasta la muerte!

Pocos dias ha que esa persona llena de salud gozaba las conveniencias de un estado opulento, de un nuevo empleo, de una fortuna risueña; alegre, divertida, brillaba en las concurrencias y en las conversaciones; era el alma de las fiestas y de los saraos; revolviendo allá en su fantasía mil vanos proyectos, tomaba unas medidas tan prudentes, y daba pasos tan acertados para satisfacer su ambicion; pero un accidente de apoplejía, un arrebato de sangre á la cabeza, una calentura, una caida, hizo desaparecer en un instante todo su esplendor, dió en tierra con todos sus proyectos, trastornó todas esas medidas, aniquiló todas esas esperanzas, y convirtió aquel gallardo cuerpo en un horroroso cadáver.

¡Ah Señor, y qué locura contar tanto con esa juventud, con esa bizarría, con esa robustez, con ese empleo, y con cosa alguna que se acabe con

la vida! Pero ¿cuándo nos hará prudentes este conocimiento? ¿cuándo dejaremos de apacentarnos con quimeras que se desvanecen en la hora de la muerte? ¡Mi Dios, y qué elocuente es un moribundo para descubrirnos todos los misterios de la ambicion y de la vanidad! ¡qué objeto tan capaz de desterrar de un buen entendimiento una máquina de ilusiones y de preocupaciones! ¿En qué paró aquel orgullo? ¿en qué aquel desembarazo? ¿en qué aquel esplendor, aquel magnífico tren? ¿en qué aquel gran fausto y aquellas continuas diversiones? Todo desapareció, todo se desvaneció al acercarse la muerte.

PUNTO SEGUNDO.

Considera la extraña mudanza que se ve en esos hombres de conveniencias, en esos dichosos del siglo, en esos á quienes todo era tan risueño. Apenas se llega á conocer que ya no le quedan á aquel moribundo mas que algunos instantes, un leve soplo de vida, cuando todo el respeto con que antes se le miraba, se convierte en compasion; ya se tiene la mayor lástima del mismo que pocos dias antes era objeto de la mayor envidia. El hombre mas vil y mas despreciable del mundo no querria trocar su suerte con un poderoso, con un grande, con un monarca que se muere.

Pero ¡qué despojo, y qué espantoso abandono! Casi aun no ha espirado, cuando se apoderan de todas las llaves, se toma posesion de todos los bienes; se piensa en buscar otro protector, otro amigo y otro dueño; los que le lloran con menos disimulo y gesterías, quisieran ya verle enterrado; quisieran hubiese ya llegado el dia en que el bien parecer y la decencia permiten hacer cesar el llanto.

Repara bien aquellos feos movimientos de la boca,

aquella turbacion oscura de los ojos, aquellas terribles convulsiones de todo el cuerpo; pues en eso pararon aquellos blandos, estudiados y artificiosos contoneos, aquel despejo fingido, todas aquellas afectaciones de las personas mundanas.

¿No adviertes aquel sudor frio y pegajoso que va lentamente cubriendo el pálido, el amarillo semblante? Pues ve ahí el fin de los cuidados, de los desvelos que costó al moribundo el conseguir tantos bienes. ¿No oyes aquellos suspiros, aquellas voces medio articuladas que apenas pueden romper por los secos, por los denegridos labios? Pues ve ahi el paradero de todos sus vanos discursos, de todas sus conversaciones poco cristianas, de todas aquellas zumbas tan libres como picantes. El espíritu mas intrépido, la ambicion mas desmedida, la mas brillante fortuna, todo viene á estrellarse, todo á romperse y quebrantarse contra el lecho de la muerte; este es el escollo inevitable de toda la grandeza y de toda la felicidad humana; un poco mas temprano, ó un poco mas tarde, al cabo todo viene á parar en este término fatal.

¿De qué le servirá al presente á ese pobre hombre morir con un millon de pesos, esto es, dejar un millon á sus herederos, si muere con las manos vacías de buenas obras, y con la conciencia cargada de pecados?

¿De qué le servirá haber edificado esa soberbia casa, haberla adornado con muebles tan preciosos? Dentro de pocas horas le van á sacar de ella para siempre; sus herederos van á hacerse honrar con sus gastos, con su economía y sus despojos: á él no le toca mas que una estrecha sepultura. Ya se ha hecho el repartimiento de todo lo que ahorró. Por lo que respecta a él, no hay en el mundo hombre mas pobre; un ataud y una mortaja son todos sus mue-

bles. Vanle á llevar, ó, por mejor decir, vanle á mostrar por las calles del pueblo; pero es para enterrarle, y aun los del acompañamiento no van por su respeto. Concluida la pompa funeral, quédase á podrir en un sepulcro : *Et solum mihi superest sepulcrum*. Este es el fin de la tragedia, este es el fatal término de todo.

Hombre insensato, despues de todo esto cuenta ya mucho con esta frágil vida, cuenta con las brillantes prendas de cuerpo y alma, con el esplendor del nacimiento, con los bienes de fortuna, y cuenta tambien con el favor de los grandes. Dios mio, ¡y qué dignos somos de compasion, si perdemos de vista la hora de la muerte! Cierto estoy, Señor, que algun dia yo mismo, yo mismo he de ser esa persona que acabo de meditar, y que me acaba de estremecer; dia vendrá en que yo he de causar horror á otros, y servirles de meditacion. ¡Qué dolor será el mio, si en aquel triste dia no me he aprovechado de las reflexiones que hago en este! Apelo, Salvador mio, á vuestra divina gracia, y á la proteccion de vuestra santísima Madre, en quien despues de vos coloco toda mi confianza, durante mi vida y en la hora de mi muerte.

JACULATORIAS.

Paucitatem dierum meorum nuntia mihi. Salm. 101.

¡Ah Señor, y cómo tengo continuamente en la memoria que me quedan pocos dias de vida!

Moriatur anima mea morte justorum; et fiant novissima mea horum similia. Num. 23.

Muera mi alma con la muerte de los justos, y sea mi vida parecida en todo á la suya.

PROPOSITOS.

1. La muerte es un fiel espejo que, mostrándonos lo que algun dia hemos de ser, nos pone á la vista lo

que somos. La sepultura es propiamente nuestro verdadero domicilio: el polvo, los gusanos, la ceniza, á esto se reduce toda nuestra robustez. Busca entre aquel monton de huesos calcinados, entre aquel puñado de ceniza todos esos dictados magníficos y pomposos, todas esas prendas aplaudidas y brillantes, toda la grandeza del mundo. Honores, empleos, dignidades, prelacías, hermosura, galas, todo se hundió en el sepulcro. El sepulcro solo nos está continuamente dando la leccion mas importante; pero ninguno quiere oir esta leccion. El melancólico sonido de las campanas, el fúnebre acompañamiento del entierro, los funerales de nuestros amigos y de nuestros parientes nos llevan delante de la sepultura. Pero ¿qué importa? Todos se paran á mirar la sepultura del difunto, y pocos á considerar la propia: con todo eso, este era el objeto que menos habiamos de perder de vista. No hay remedio mas eficaz para abatir el orgullo, para curar las hinchazones del corazon, para enfriar el amor á los deleites, para extinguir todas la pasiones; es un excelente específico para movernos á seguir el partido de la virtud, y para perder el gusto á las diversiones del mundo. Usa de este remedio siempre que oigas dar el reloj, y considera que ya estás una hora mas cerca de la sepultura.

2. No se pase la semana sin que visites alguna vez la iglesia donde has de ser enterrado, como lo practicaron muchos santos; y aun el dia de hoy tienen esta provechosa devocion no pocas almas timoratas, meditando un rato en la muerte sobre su misma sepultura. Cuando veas en las iglesias algunas sepulturas, cuidadosamente cerradas y calafeteadas, haz reflexion que aquello se hace para que la corrupcion y el mal olor no nos inficione; precaucion muy necesaria, pero al mismo tiempo muy propia para

S. FERNANDO, REY

DE CASTILLA.

darnos una idea cabal de la miseria del hombre, para confundir nuestra delicadeza, nuestro amor propio y nuestro orgullo. Cuando te halles en algun convite espléndido, en alguna funcion lucida, en algun sarao, trae á la memoria lo que has de ser en la sepultura.

DIA TREINTA.

SAN FERNANDO, REY DE CASTILLA Y DE LEON.

San Fernando, modelo de los príncipes cristianos, dechado de los monarcas valerosos y prudentes, terror de los infieles, y el mas dichoso capitan de cuantos pelearon las batallas del Señor, fué hijo de don Alonso el nono, rey de Leon, y de doña Berenguela, primero infanta, y despues reina de Castilla. Ignórase el lugar, el dia, el mes y aun el año de su nacimiento (1); vergonzoso descuido de nuestros historiadores, por mas que se quiera disculpar con algunas consideraciones, en que tiene mas parte el ingenio que la razon.

Crió la reina á sus pechos á Fernando, y con la leche parece que mamó el santo hijo las virtudes de la madre, princesa verdaderamente piadosa, que dejó eternizada en nuestros anales la memoria de sus religiosos ejemplos, tanto como el recuerdo de sus heróicas acciones. Imprimió desde luego en su

(1) Sabiéndose que san Fernando subió al trono de Castilla á la edad de diez y ocho años, se puede computar el año de su nacimiento por la crónica del arzobispo don Rodrigo, y por la del obispo de Tuy: la primera acaba en el año 1243, el veinte y seis del reinado de san Fernando; y la segunda en el año 1237, el vigésimo de su reinado: resulta pues que san Fernando nació en el año 1198.

J. B.

tierno corazon el santo temor de Dios tan profundamente, que todo respiraba en el niño virtud, religion y compostura; tanto, que observándole san Juan de Mata, fundador de la religion de la santísima Trinidad, en una ocasion en que pasaba por Burgos, y siendo aun Fernando de pocos años, habiendo echado su bendicion á todos los demás infantes, hijos del rey don Alonso, al llegar á Fernando, se paró, y con espíritu profético le pronosticó las mayores felicidades. Amó y obedeció siempre á su madre, aun despues que subió al trono, con tanto rendimiento, que, censurándolo algunos cortesanos, les dijo con entereza: *Cuando deje de ser hijo, dejaré de ser obediente.*

Separada la reina doña Berenguela de su marido el rey don Alonso por haberse declarado nulo el matrimonio á causa del parentesco, se quedó el infante con el rey su padre en Leon, y la reina se retiró á la corte de su hermano Enrique primero, rey de Castilla. Sucedió la desgraciada muerte de este príncipe en la ciudad de Palencia, y por ella quedó heredera de la corona la infanta doña Berenguela. Ocultóla al rey de Leon la sagacísima princesa, rezelando no aspirase al trono de Castilla, fundando la pretension en el título de esposo; y envió á pedirle con instancia á su hijo el infante don Fernando, que ya era de diez y ocho años, pretextando la opresion en que la tenia la desmedida ambicion de los condes de Lara. Luego que la reina tuvo en su poder á su hijo, renunció en su favor la corona, y le hizo aclamar por rey de Castilla, primero en Nájera y despues en las cortes de Valladolid, donde le juraron homenaje todos los ricoshombres; y pasando el jóven rey á la iglesia mayor con ejemplarísima piedad, puso á los piés del Señor aquella corona que él mismo acababa de ponerle en la cabeza.

Dióse por ofendido el rey de Leon de la cautela con que doña Berenguela le habia sacado á su hijo, y de todo lo que habia sucedido en Castilla; entró por tierra de Campos con dos poderosos ejércitos, pasándolo todo á sangre y fuego; no quiso dar oidos á las proposiciones de paz que le ofrecieron Fernando y Berenguela, por no verse precisados á sacar la espada contra un padre y un marido; acercóse á Burgos, presentóles dos batallas, y en ambas fueron enteramente derrotados los leoneses, aunque mucho mas poderosos que los castellanos, porque pudo mas que el número la razon y la justicia. Tercera vez volvió el rey de Leon con mayores fuerzas á buscar á su hijo; y estando para darse una sangrienta batalla, compadecido el jóven monarca de tanta inocente sangre de vasallos suyos, presentes y futuros, como se habia de derramar en ella, desarmó á su padre el rey de Leon con una carta que le escribió, en que competian la piedad, la razon y la ternura, arreglándose aquella diferencia mediante una cantidad de maravedises de que el rey don Alonso se suponia defraudado, porque no halló mejor razon para excusar la injusticia de sus armas, y el generoso Fernando se la concedió al instante.

Por consejo de su madre la reina doña Berenguela se casó en primeras nupcias con doña Beatriz, hija de Felipe, emperador de Alemania, en quien la hermosura, la honestidad y la prudencia eran iguales á la fecundidad, habiéndole dado el cielo siete hijos de este dichoso matrimonio, cinco infantes y dos infantas. Muerta doña Beatriz, pasó á segundas nupcias con doña Juana, hija de Simon, conde de Poitiers, de cuyo tálamo le nacieron otros dos hijos y una hija.

Sosegadas las turbulencias de Castilla por muerte del conde de Lara, se aplicó el santo rey á hacer fe-

lices á sus vasallos. Publicó un perdon general en favor de todos los que le habian ofendido; mandó que todos los particulares hiciesen lo mismo; nombró para el gobierno de las ciudades á los sugetos mas capaces y mas bien quistos, de zelo y justificacion mas acreditada; encargó á los tribunales la mas recta y mas imparcial administracion de la justicia, recomendándoles sobre todo las causas de los pobres. Y noticioso de que habian entrado en España algunos herejes albigenses, se dedicó con los mayores desvelos y con el mayor teson á exterminarlos, llevando él mismo la leña en sus reales hombros, y aplicando á ella por sus reales manos el fuego para que fuesen abrasados. Era su prudencia muy superior á sus años, porque suplia con ventajas la oracion lo que faltaba á la experiencia. Empleaba en ella muchas horas del dia y de la noche; sus ayunos eran continuos, sus penitencias rigurosas, y su frecuencia de sacramentos muy extraordinaria para aquellos tiempos: diligencias con que logró tener de su parte al cielo para todos sus aciertos, que fueron tantos como sus resoluciones; por lo que sus vasallos le amaban como padre, al mismo tiempo que le obedecian como rey.

Aprovechándose de esta buena disposicion, determinó hacer guerra á los moros que tiranizaban una gran parte de España, no para extender sus dominios, sino para dilatar el imperio de la religion. Apenas se supo en Castilla que el rey salia á campaña, cuando se le presentaron armados los señores y caballeros mas principales del reino, seguidos de sus vasallos, con los cuales juntó un respetable ejército, escogiendo la ciudad de Cuenca por su plaza de armas. Noticioso de este movimiento el rey moro de Valencia, Venzuir, pasó á Cuenca, y le juró perpetuo vasallaje, vencido mas de su agasajo, que del temor

de sus fuerzas. El mismo ejemplo siguió Mahomad, rey de Baeza, luego que el santo rey puso el pié en la Andalucía; siendo estas las dos primeras victorias que le concedió el cielo sin sangre, presagios de las muchas que despues habia de ganar con la punta de la espada.

Fueron tantas, que en treinta y cinco años que reinó, sin dejar el acero de la mano, no dió batalla que no ganase, no sitió plaza de que no se hiciese dueño, no invadió reino de que no se apoderase; pero tampoco emprendió guerra que no fuese con el fin de dilatar el imperio de Jesucristo. Preguntado, ¿cuál seria la causa de que sus dichas fuesen mayores que las de sus antecesores? respondió: *Quizá mis mayòres cuidarian mas de conquistar provincias para si, que de ganar reinos para el cielo.* Por eso antes de salir á campaña, y todo el tiempo que estaba en ella, disponia que en todo su reino se hiciesen continuas oraciones, rogativas y penitencias, para que echase Dios la bendicion sobre sus armas. Para entrar en las acciones se armaba el pecho y los brazos con un áspero cilicio, confiando en él mas que en los brazaletes, en el peto y en el morrion. Al tiempo de acometer imploraba el favor de Dios y de su santísima Madre, cuya imágen llevaba delante de sí en el arzon de la silla. Jamás confió en la fuerza de las armas, sino en el auxilio de Dios; y así no se le caia de la boca aquello del Profeta: *Dominus mihi adjutor; non timebo quid faciat mihi homo*: El Señor es mi ayuda, y á ningun hombre temeré. Los despojos que le tocaban, al punto los destinaba al culto divino; y en todos los sitios, señalados con algun triunfo memorable, dejaba eternizada la memoria, erigiendo algun piadoso monumento en reverencia de la Vírgen, de los santos ó de los ángeles. Así tenia como alistada debajo de sus estandartes la victoria, porque solo se

desarrollaban en defensa del Dios de los ejércitos sus religiosos pendones.

El año de 1232 murió su padre el rey don Alonso de Leon, no sin señales de que todavía duraban en su corazon algunas reliquias de los pasados resentimientos contra el santo hijo, porque contra toda justicia le desheredó, declarando sucesoras en la corona á las dos infantas doña Sancha y doña Dulce, hijas del segundo matrimonio. No podia en buena conciencia abandonar Fernando su legítimo derecho; y entrando armado á tomar posesion del reino, que por todos títulos le pertenecia, le salian á recibir los pueblos y las ciudades, abriéndole voluntariamente las puertas, porque, antes que la corona le hiciese dueño de las provincias, su virtud y su valor le habian sujetado los corazones. Solamente la ciudad de Leon le hizo alguna resistencia por la terquedad de don Diego Lopez de Haro, hijo de la condesa doña Sancha; pero amenazado del cielo con la muerte en una vision, en que se le apareció san Isidro, rindió la iglesia y la torre donde se habia encastillado, y entrando el rey en la ciudad, fué coronado en ella con real magnificencia.

Dueño ya Fernando de Castilla y de Leon, convirtió todas sus fuerzas contra los africanos. Por medio de su hijo el infante don Alonso, con una partida de gente desbarató un numeroso ejército de Abenuth, rey de Jerez de la Frontera; victoria que en todo el reino se tuvo por milagrosa, y los mismos moros publicaron que habian visto á Santiago, patron de las Españas, y á otros caballeros, cubiertos de resplandor, pelear en el aire en favor de los cristianos. Igualmente se tuvo por milagrosa, y se atribuyó á los méritos del santo rey, la valerosa defensa de la Peña de Martos, que hizo la condesa doña Irene con solas sus mujeres contra un formidable ejército

de agarenos, entreteniéndolos hasta que llegó el socorro. No fué menos milagrosa la que hizo el maestre de Calatrava del Alcázar de Baeza, adonde volvió con los suyos despues de haberle desamparado de noche, llamado de una resplandeciente cruz que se dejó ver sobre el castillo, y no solo se defendió valerosamente de una multitud de moros que le sitiaban, sino que, haciendo una vigorosa salida, los desalojó de la ciudad y se hizo dueño de ella. Cercado el gran maestre de Santiago de una innumerable muchedumbre de infieles, y estando muy dudosa la victoria, se declaró en fin por los cristianos, asegurando graves autores que detuvo el sol su carrera á la voz del gran maestre, como á la voz de Josué, por la oracion de nuestro santo, que á la sazon la estaba haciendo muy fervorosa, teniendo fijos é inmobles los ojos hácia el Occidente.

Por sí mismo hizo tributarios los reinos de Valencia y Granada, y conquistó al frente de sus ejércitos los de Murcia, Córdoba, Jaen y Sevilla, poniendo fin á sus conquistas y á su vida poco despues que se apoderó de esta última ciudad, en cuyo sitio, que duró diez y seis meses, casi se contaron los prodigios por los dias. Apenas se lee otro mas famoso en las historias, y por cierto ninguno hubo en que compitiesen mas los extraordinarios favores del cielo con la consumada pericia militar del capitan. Tan soldado como santo, ordenó el sitio con tanta prudencia y con tanta comprension, como si solo hubiese esperado de las fuerzas humanas la conquista á que aspiraba; y tan santo como soldado, de tal manera colocó toda su confianza en los auxilios divinos, como si nada tuviese que esperar de todos los medios humanos.

Ante todas cosas desterró de su ejército los desórdenes que trae consigo la licencia militar. Sentó sus reales de manera que nada faltase, ni al ejercicio de

la religion, ni á la comodidad del soldado, ni á la buena disciplina. Distribuyólos en calles, plazas, mercados y oficinas públicas, con todos los oficios, tiendas y abastos que se pudieran desear en la ciudad mas populosa y mejor gobernada. Erigió tres templos en los cuales los muchos eclesiásticos y religiosos que siempre seguian al ejército, celebraban todos los dias los divinos oficios con la misma regularidad que en las mas ajustadas catedrales, y el santo rey asistia indefectiblemente á ellos en el templo principal. Frecuentaba los sacramentos en público para dar buen ejemplo; pasaba horas enteras en oracion, así de dia como de noche; dobló los ayunos y las penitencias, no pasándose dia alguno en los diez y seis meses del cerco sin tomar tres sangrientas disciplinas.

Por otra parte, bloqueó la ciudad, tomando todos los caminos por donde la pudiese entrar algun socorro; y para cortarla los del mar, mandó al almirante Bonifaz que ocupase con las naves la boca del Guadalquivir, y rompiese el puente de barcas que facilitaba la comunicacion de Triana con Sevilla, como dichosamente lo consiguió el dia de la Invencion de la Santa Cruz. Abatió el orgullo de los moros en todas las salidas que hicieron, que fueron muchas y desesperadas; quedando tan escarmentados, que se resolvieron á mantenerse encerrados dentro de los muros de la ciudad. Con esto, y con una vision que tuvo el santo rey, en que se le apareció san Isidoro, arzobispo de Sevilla, asegurándole que la tomaria, aunque á costa de mucho trabajo, se fué estrechando mas el cerco.

Confirmóse esta esperanza con otro prodigio. Estaba una noche el religioso monarca haciendo oracion en un templo de sus reales, delante de la imágen de nuestra Señora de los Reyes, y oyó una voz, pronunciada

por el mismo simulacro, que le decia: *En mi imágen de la Antigua, en quien tanto confía tu devocion, tienes una continua intercesora; prosigue, que tu vencerás.* Esta imágen de la Antigua, por singular providencia del cielo, estaba á la sazon en la mezquita mayor de los moros, en el centro de la ciudad; pero enajenado Fernando con el favor que acababa de recibir, sale del templo, atraviesa sus reales, acércase á Sevilla, encuentra en la puerta de Córdoba un hermosísimo mancebo que le encaminó á la mezquita, ábrensele las puertas, adora profundamente la imágen, vuélvese por el mismo camino, y halla en la misma puerta de Córdoba la espada que al entrar se le habia caido sin advertirlo, porque le sobraba para su defensa la proteccion de la santísima Vírgen. Finalmente, el rey moro Ajataf le rindió la ciudad, y entró en ella el dia de la traslacion de su arzobispo san Isidoro, haciendo triunfar á la imágen de los Reyes, que en un magnífico carro triunfal de plata fué conducida á la mezquita mayor, purificada antes por don Gutierre, arzobispo de Toledo, donde se cantó un *Te Deum* con la mayor solemnidad.

Esta continua cadena de felicidades era muy debida á las virtudes de Fernando. Ningun príncipe enlazó mejor las heróicas de santo con las mas elevadas de monarca. En el ardor de la fe en ninguno reconoció ventajas, y pocos le hicieron competencia. Por ella sola fué su vida rigorosa y literalmente *una perpetua milicia sobre la tierra*: siempre con las armas en las manos, siempre en campaña, siempre en sangrientas batallas, siempre en arriesgados sitios, siempre en peligrosas conquistas, siempre en contínuas fatigas, siempre cercado de riesgos. Corrió muchos peligros su vida, contra la cual conspiraron repetidas veces los moros, asalariando alevosos asesinos; y cuando llegaba á noticia del santo, solia

decir, que los infieles no tanto pretendian echar del mundo á su persona, cuanto desterrar de él la fe que profesaba. Jamás desenvainó la espada sino puramente por defenderla y por dilatarla. Puédese decir que tambien murió por ella, pues al cabo le quitaron la vida los trabajos que padeció en el zeloso empeño de su propagacion; por lo que el obispo de Tuy se adelanta á ponerle en el catálogo de los mártires.

A la viveza de su fe correspondia el ardor de su devocion. Todas sus empresas comenzaban por rogativas, proseguian con votos, y acababan en accion de gracias. Confiaba mas en las oraciones de los religiosos, que en el valor de sus soldados. Por eso decia, que los templos eran los alcázares de su reino, las religiones sus muros, y los coros de los religiosos los escuadrones que le defendian.

En el amor y tierna devocion á la Reina de los ángeles fué singularísimo. Tres imágenes suyas llevaba siempre consigo: una la de los Reyes, que por piadosa y bien fundada tradicion se cree fué milagrosamente pintada. A esta santa imágen puso el rey casa real con todos los oficios de palacio, camarera, mayordomos, gentileshombres, capellanes, reyes de armas y porteros, sirviendo estos oficios los infantes y los principales señores de la corte; y el dia de hoy los sirve la mas ilustre nobleza de Sevilla con religiosa emulacion. Acompañábale otra imágen de plata de la misma soberana Reina, y es la misma que se venera en medio del altar mayor de aquella iglesia metropolitana. Era de marfil la tercera, y de una tercia de largo; esta la llevaba fija en el arzon de la silla para consuelo del alma, incentivo del corazon, y devoto recreo de los ojos. Todas sus empresas comenzaban con María, y acababan con María; esta Señora peleaba, esta vencia, y á la misma decretaba siempre Fernando todos los honores del triunfo.

Correspondian á estas todas las demás virtudes. Su caridad no tenia límites. Fundó hospitales, casas de refugio y de misericordia; y estando en campaña el mismo santo rey hacia oficio de enfermero con los soldados heridos. Visitábalos, consolábalos, y no pocas veces por sus mismas reales manos les daba las medicinas. En los pleitos de los pobres era su abogado, y en las necesidades su padre. Él fué quien introdujo la piadosa costumbre de servir los reyes de España la comida á doce pobres el Jueves Santo, lavándoles y besándoles los piés, como se ha continuado hasta hoy en sus reales descendientes y sucesores. Amaba tanto en general á todos sus vasallos, que solia decir que estimaba mas la vida del menor de ellos, que mil cabezas de moros. La limpieza de su cuerpo fué igual á la pureza de su espíritu, y aun por eso se la premió el Señor, concediéndole tan numerosa posteridad, la que suele negar á muchos príncipes, y á otros que no lo son, en castigo y como por efecto natural del desórden y de la incontinencia. Fué tan zeloso de la hermosísima virtud de la castidad, que, habiendo sabido que una mujer disoluta habia provocado á un religioso dominico, y que este se habia precipitado en el fuego por huir de la ocasion, mandó que la desvergonzada mujer fuese arrojada á las llamas, para que un fuego castigase los atrevimientos de otro; y en esta resolucion se mantuvo inexorable.

Supo juntar la soberanía del trono con la humildad verdaderamente cristiana, haciendo honor á las máximas del Evangelio, sin degradar la majestad. Era el santo rey, sin disputa, el hombre mas sabio de su reino, el mas instruido, el mas experimentado y el mas prudente. Sin embargo, desconfiaba tanto de sí mismo, que hacia le siguiesen siempre doce varones doctos y maduros, con quienes consultaba todas las resoluciones en que se le ofrecia alguna duda, no para

seguir su dictámen á ciegas y sin exámen, sino para ponderarle y conformarse con el que parecia mas acertado. Fuera de aquellas ocasiones en que era menester ostentar la majestad rodeada de los resplandores del trono, era sumamente afable y humano con todos. Habiéndole visitado en Cuenca el rey moro de Valencia, le recibió con el mayor agasajo, y le dió silla debajo de su dosel; modesta humanidad, que acabó de ganarle el corazon, mas que el miedo de las armas. Preguntado poco antes de morir, de qué materia queria se le dispusiese el sepulcro, y en qué conformidad se le habia de levantar la estatua, respondió : *Mi vida sin reprension ni culpa, de la manera que he podido, y mis obras, esas sean mi sepulcro y mi estatua.*

Pero en ninguna ocasion dió mayores muestras de su profunda humildad y de su mucha religion, que en la hora de la muerte. Acometido de la última enfermedad que contrajo por los trabajos, fatigas y desvelos del sitio de Sevilla, y conociendo que se acercaba su última hora, pidió y recibió con la mayor devocion el santo viático, que le administró su confesor el obispo de Segovia. Antes que entrase en su cuarto el Rey de los reyes, se echó una soga al cuello, se levantó de la cama, se postró en el suelo, tomó en la mano un crucifijo, y se dispuso con los mas vivos actos de dolor y arrepentimiento de sus culpas para recibirle, mandando sacasen de su cámara todas las reales insignias de la majestad. Luego que tuvo en su pecho al soberano Monarca de la gloria, se recogió dentro de sí mismo, y quedó arrebatado en un dulcísimo éxtasis. Vuelto de él, llamó á la reina doña Juana, al príncipe y á los infantes; despidióse de todos con ternura y con entoreza; dió al príncipe don Alonso los mejores documentos; encargóle la obediencia al pontífice, la proteccion de la Iglesia, la veneracion al

estado eclesiástico, el amor de sus vasallos, el amparo de los pobres, la recta administracion de justicia, la buena eleccion de los ministros, y sobre todo la propagacion de la fe; y concluyó su razonamiento con estas palabras: *Déjote vasallas ó tributarias todas las tierras que poseian los moros desde el mar acá; si conservares estas conquistas, serás tan buen rey como yo; si las adelantares, serás mejor rey que yo; si las perdieres, no serás tan buen rey como yo.* Pidió despues perdon á los ricoshombres y demás circunstantes de todo aquello en que pudiera haberlos ofendido, y respondieron todos con lágrimas que no tenian agravios que perdonar, sino muchos beneficios que agradecer. Mandó entrar á sus capellanes; hizo que cantasen el *Te Deum*... y al segundo versículo entregó suavemente aquella grande alma en manos de su Criador, el jueves 30 de mayo del año 1252. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia mayor de Sevilla, donde se conserva hasta el dia de hoy entero y flexible, exhalando un suavísimo olor. Rey verdaderamente admirable y sin ejemplar, que, superior á la flaqueza humana, hizo escala para el cielo de las mayores prosperidades.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en la via Aurelia, la fiesta de san Félix papa, que recibió la corona del martirio en tiempo del emperador Aureliano.

En Torres en Cerdeña, los santos mártires Gabino y Críspulo.

En Antioquía, los santos Sico y Palatino, que sufrieron multiplicados tormentos por el nombre de Jesucristo.

En Ravena, san Exuperancio, obispo y confesor.

En Pavía, san Anastasio, obispo.

En Cesarea de Capadocia, san Basilio y santa

Emelia su mujer, padres de san Basilio el Grande, los cuales, habiendo sido desterrados en tiempo de Galerio Maximiano, habitaron mucho tiempo en las soledades del Ponto; y despues de haber cesado la persecucion, murieron en paz, dejando á sus hijos herederos de sus virtudes.

En Sevilla en España, san Fernando III, rey de Castilla y de Leon, apellidado el Santo á causa de la excelencia de sus virtudes : despues de haber vencido los Moros, y señalado su zelo por la propagacion de la fe, dejando un reino perecedero, voló dichosamente á un reino eterno.

La misa es del comun de confesor no pontifice, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beato confessori tuo Ferdinando præliari prælia tua, et fidei inimicos superare dedisti : concede, ut ejus nos intercessione muniti, ab hostibus mentis et corporis liberemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que concediste al bienaventurado Fernando, tu confesor, que pelease tus batallas, y que venciese los enemigos de tu fe; concédenos á nosotros, por su intercesion, que venzamos todos nuestros enemigos del cuerpo y del alma. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 4 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres : Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo : nos infirmi, vos autem fortes : vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes mani-

Hermanos : Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros necios por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo : nosotros débiles, y vosotros fuertes : vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas,

bus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhùc. Non ut confundam vos, hæc scribo; sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia: somos blasfemados, y hacemos súplicas y hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros, sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« Sabido es que san Pablo escribió esta primera » epístola á la iglesia de Corinto, con ocasion de las » diferencias que reinaban entre los fieles, para pre- » venirlos contra los engaños del amor propio, y » del espíritu demasiadamente mundano que gober- » naba sus operaciones. En el capítulo cuarto de » donde se sacó, se da una justa idea de los verdade- » ros ministros del Evangelio, y se muestran las » prendas por las cuales se les debe estimar. »

REFLEXIONES.

Es la virtud un espectáculo para el mundo, que no acierta á comprender cómo pueda ser plausible; es espectáculo para los ángeles, que admiran en ella la fuerza de la gracia; y es finalmente espectáculo para los hombres, que en ella encuentran la fuente y el manantial de la verdadera felicidad. Búscanse milagros en nuestra religion; pero ¿habrá alguno mas admirable, mas universal, ni que deba asombrar mas, que el que cada dia presentan á los ojos tantas almas piadosas, y personas tan religiosas, que son el espectáculo y la admiracion de su siglo? Repárase poco en esta mara-

villa por ser tan frecuente; pero por ser tan frecuente, ¿será menos maravilla? Muchos milagros se encierran en los claustros, en la vida oscura, y en las virtudes escondidas de tantas almas perfectas y fervorosas. Un jóven, heredero de grandes títulos y de mayores riquezas, solicitado de todo lo que pudiera tentarle; dotado de las mas escogidas, de las mas brillantes prendas; en una edad que se considera la sazon de todas las diversiones; á la entrada de una carrera en que todo le lisonjea, todo se le muestra risueño, sacrifica su nobleza, sus muchos bienes, sus mayores esperanzas, y por amor de Jesucristo todo lo pospone á una vida pobre, humilde, oscura y escondida. ¿Tendrán mucha parte en este milagro la naturaleza ni los sentidos?

Una doncella noble, tan distinguida por su nacimiento como por sus dotes personales, por su hermosura, por su discrecion, por su bizarría, por su despejo, ídolo tal vez de todo un pueblo, prefiere un grosero velo, en que quiere sepultarse, á todo el fausto y aparato de galas, de joyas y de aplausos de cortejos, que naturalmente habian de arrebatarla. Acostúmbranse confundir estos milagros de la gracia con los caprichos del gusto, ó con la diversidad de las complexiones; pero mírense con reflexion un poco mas de cerca, desenvuélvanse los motivos, considérense los fines, ténganse presentes las consecuencias, cotéjese todo con nuestra flaqueza, y entonces se descubrirá el milagro mas claro que la luz del dia.

Nosotros somos necios por amor de Jesucristo, decia el apóstol san Pablo. Lo mismo pueden decir todos los dias esas almas piadosas, que, mirando con horror y con una cristiana compasion la prudencia de la carne, son reputadas en el mundo por simples y por mentecatas. En medio de eso son verdaderamente discretas y prudentes. A la verdad, su prudencia es mas

superior á las luces de la razon; está mucho mas arriba de lo que puede alcanzar el espíritu del mundo; pero ella es infalible, porque es de fe, y fué su modelo el mismo Jesucristo. Míresela mas de cerca, y se mostrará el milagro en todos sus efectos.

Nosotros sufrimos el hambre, la sed y la desnudez, continúa el Apóstol; *nos cargan de maldiciones, y respondemos con bendiciones; nos llenan de injurias, y respondemos con oraciones.* ¿Pudo llegar jamás á tal punto la filosofía mas disimulada, la mas ambiciosa, la mas fina? Aquellos llamados sabios de la Grecia ¿obraron nunca por pura virtud? Su afectada flema ¿no era muchas veces efecto de la mas fogosa cólera? Y el grosero y artificioso desprecio de las conveniencias de la vida, ¿no nacia de un orgullo intolerable? Hablando en rigor, nada hay digno de admiracion, nada milagroso en materia de costumbres fuera de la religion cristiana. Su ley, sus consejos, sus máximas, sus dogmas, todo es un prodigio, todo un milagro, y solamente los ciegos dejan de conocerlo.

El evangelio es del cap. 12 *de san Lucas*, *y el mismo que el dia* XVIII, *pág*. 528.

MEDITACION.

DE LA HUMILDAD.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguna virtud es mas liberalmente recompensada que la humildad. *A los humildes los salvará Dios*, dice el Profeta. *No tienes que temer, pequeña grey.* Con vosotros hablo, los que pareceis tan pequeñuelos á vuestros propios ojos, y casi desapareceis á los ajenos; porque vuestro Padre, que lo es de las misericordias, se ha complacido en escogeros con preferencia á todos los demás para que pobleis el reino de los cielos. Para vosotros es este reino; y nin-

guno entrará en él que no sea humilde. La soberbia precipitó de aquella corte celestial á los ángeles rebeldes, y la humildad la poblará de espíritus humildes; este es como el título primordial de su dichosa posesion. ¡Mi Dios, y qué poco conocida es en el mundo esta verdad!

No hay en él cosa mas rara, ni mas escasa que esta virtud; pero tampoco la hay mas importante. Ninguna otra nos enseñó tanto Jesucristo con sus palabras y con sus ejemplos: *Discite à me.* No quiso, por decirlo así, que tuviésemos otro maestro de la humildad que á él mismo; ni tampoco podia haber quien nos la enseñase de un modo mas eficaz. La humildad es la virtud de Jesucristo, y de todos sus verdaderos hijos. Y pregunto, ¿es la humildad nuestra virtud? No se trata ahora de aquella humildad especulativa, que consiste solo en conocer cada uno la pobreza de su talento: este conocimiento lo tienen todos los hombres capaces, y solamente los tontos pueden dejar de tenerlo. Háblase de la humildad cristiana, que es la humildad de corazon. Esta no solo abre los ojos del conocimiento propio; no solo enseña el bajo concepto que cada cual debe tener de sí mismo; sino que se alegra de que los demás formen tambien el mismo bajo concepto. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde; para ser humilde es menester complacerse en la humillacion; y este es el fundamento del edificio cristiano. ¿Lo es tambien del nuestro? ¿Poseemos esta virtud que tiene al cielo por herencia? ¿Entramos en el número de aquella pequeña grey que no tiene por qué temer? Somos á la verdad pequeñuelos; pero ¿somos humildes á los ojos de Dios?

Con todo el corazon deseo serlo, ó divino Maestro; y es justo que siga á lo menos vuestro ejemplo. Un Dios humilde es verdaderamente un gran remedio para curar mi soberbia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay virtud mas á mano para todo género de gentes que la humildad; ninguno hay que no se encuentre á sí mismo muy pequeño, si se mira con ojos sanos. Los empleos, los títulos, el nacimiento, las dignidades en sí mismas tienen algun precio, pero no lo comunican; el verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas; el mas grande es el mas humilde, porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazon y poco espíritu. Basta haber pecado, ó poder pecar, para que vivamos siempre humildes. La virtud, la inocencia, el mérito y la misma santidad ofrecen grandes materiales al ejercicio de esta virtud. Sean nuestras máximas y nuestros dictámenes en este punto la regla por donde debemos juzgar de nuestro verdadero mérito.

Ninguno hay que no pueda y no deba humillarse; el grande, conociendo su nada; el pequeño, amando su oscuridad y abatimiento. ¡O mi Dios, y qué amable sois! Si hubiérais hecho dependiente de otra virtud nuestra salvacion, muchos quizá se considerarian excluidos de vuestro reino; pero ninguno se puede excusar de ser humilde. Considera qué cosa tan fácil es á uno el ser santo, cuando el ser humilde es tan natural. Y pregunto, ¿nos es muy familiar una virtud que tenemos tan á mano? ¿De dónde nace aquella delicadeza, aquella sensibilidad tan inquieta, aquella falta de apacibilidad tan ordinaria, aquella inmortificacion tan viva? ¿De qué otro principio provienen casi todas nuestras faltas?

Busca un solo santo que no haya sido humilde. San Fernando fué rey; dotóle el cielo de tantos talentos naturales y sobrenaturales, que en pocos se encontrará competencia, y no sé si se hallará ventaja en

alguno. Pero ¿quién vivió mas abismado, por decirlo así, dentro del propio conocimiento? Las prosperidades que ordinaria y como naturalmente llenan de hinchazon el corazon humano, al suyo le sumergian, y en cierta manera le aniquilaban. Nació gran rey; hízose mucho mayor, y quiso morir como el último de sus vasallos. ¿En qué se parecen nuestros dictámenes á los suyos? Al considerar nuestro modo de discurrir, ¿no se podrá juzgar que hemos descubierto alguna nueva senda para ir al cielo? ¡O gran Dios, qué mayor prueba de que es bien corto el número de los escogidos, que el ser limitado el número de los humildes!

Deseo, mi Dios, ser de este pequeño número; y por eso os pido con las mayores veras que me concedais esta amable virtud. Humilladme, Señor, cuanto fuere de vuestro agrado; pero hacedme la gracia de que sea humilde.

JACULATORIAS.

Vilior fiam plus quam factus sum; et ero humilis in oculis meis. 2. Reg. 6.

Sí, Señor, cada dia quiero ser mas humilde á mis propios ojos; y por eso deseo ser cada dia mas humillado y mas abatido á los ojos del mundo.

Bonum mihi quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas. Salm. 118.

Muy provechoso me ha sido, Señor, el que me huyais humillado, pues de esa manera me habeis hecho dócil á vuestros preceptos, y rendido á vuestros mandamientos.

PROPOSITOS.

1. En los otros se estima y se alaba grandemente la humildad; pero son pocos los que trabajan eficazmente para poseerla ellos mismos. Si se pudiera ser humilde sin ser humillado; si para serlo bastara conocer que hay sobra de pecados, falta de virtudes, escasez de

méritos, pobreza de talento, no seria tan rara esta virtud. Un poco de entendimiento basta para que cada cual se haga justicia á sí mismo: pero nuestras sentencias en este particular jamás salen del secreto tribunal del entendimiento, y nunca se notifican, ni las consiente el corazon. Pero ello es cierto que sola la humildad del corazon es virtud cristiana. Para lograrla es menester, á pesar de la repugnancia natural, llevar á bien y aun desear ser humillados. Examina cuidadosamente los rodeos, los efugios, los ingeniosos artificios del amor propio para evitar una humillacion. ¡Qué sensibles al mas leve menosprecio! ¡qué vivacidad, qué empeño en justificar hasta nuestras faltas! ¡qué desafecto, qué ojeriza contra aquellos que, á nuestro modo de entender, no nos estiman tanto como otros! Toma una firmísima resolucion de reprimir todas esas vivacidades, todos esos dictámenes, todos esos ímpetus del orgullo, y por lo menos de no quejarte, de callar cuando te sucedan ciertas pequeñas humillaciones, y de rogar á Dios por todos aquellos de quienes se vale su amorosa providencia para humillarte.

2. No te contentes con escoger siempre el lugar mas humilde en todas las concurrencias; desea que te le señalen, y alégrate cuando te retiran á él: lo primero puede ser atencion y buena crianza, lo segundo siempre es humildad verdadera. Huye de todo lo que sea profanidad en el vestido, y segun tu estado conténtate por lo comun con el mas sencillo y con el mas modesto. Jamás trates á ninguno con desden, con desprecio ni con altanería, ni aun á tus mismos hijos ó criados; el tono imperioso y de desprecio siempre es hijo de la soberbia y del orgullo; ni para corregir es menester ajar. Evita con el mayor cuidado cierto modo de andar fantástico y arrogante, que no prueba menos la debilidad de la cabeza que la destemplanza del corazon.

DIA TREINTA Y UNO.

SANTA PETRONILA, VÍRGEN.

Vivió esta santa en el primer siglo de la Iglesia. Una antigüedad tan remota, en tiempo en que los fieles solo pensaban en vivir y en morir por Jesucristo, y no se detenian en escribir, hace que no sepamos casi nada cierto del nacimiento, santa vida y muerte preciosa á los ojos del Señor, de santa Petronila; ignorancia, que, junta al culto inmemorial tributado constantemente á santa Petronila desde la primitiva Iglesia, dió motivo á muchas historias apócrifas que ya corrian en el mundo desde el tiempo de san Agustin, y el santo se empeñó en refutarlas. Lo menos incierto que se puede decir de nuestra santa, es lo siguiente.

Fué Petronila una doncella romana, á quien san Pedro convirtió á la fe con toda su familia, poco tiempo despues que entró en aquella ciudad, capital del mundo cristiano. Habiendo tenido la dicha de recibir el bautismo en una edad muy inocente, y de ser instruida desde entonces en las máximas de la religion por el príncipe de los apóstoles, ya se dejan discurrir los progresos que haria en el camino de la perfeccion. Como era cristiana toda su familia, y san Pedro acudia á su casa con frecuencia, la jóven Petronila, imitando á la Magdalena á los piés de Jesucristo, aprovechaba todas las ocasiones de oir las instrucciones del santo apóstol. Y como por otra parte el mismo apóstol la habia reengendrado por medio del bautismo, miróse siempre la santa como hija espiritual de san Pedro, prefiriendo este dictado á todos



Sta PETRONILA, V.

los títulos honoríficos que quizá tendria; y por haberse hallado este nombre de *hija de san Pedro* en las antiguas actas de los santos mártires, se padeció la equivocacion de tenerla por hija legítima y natural del apóstol. Hízose mas verosímil esta equivocacion, por constar del mismo Evangelio que san Pedro fué casado, y sabemos por la tradicion de la Iglesia que su mujer fué mártir generosa de Jesucristo; por lo que no es de admirar que con el tiempo el título de *hija de san Pedro*, con que se honraba Petronila, diese motivo á creer que san Pedro habia sido su padre natural y verdadero.

Deseaba ardientemente la santa doncella padecer mucho por un Señor que tanto habia padecido por ella; y movida de estas fervorosas ansias, todo el objeto de sus deseos y todo el asunto de sus oraciones era la cruz. Atendióla nuestro Señor liberalmente, dándola por cruz la misma cama, donde la tuvo inmoble por muchos años con una perlesía que la ocupó todos los miembros de su cuerpo. Era espectáculo verdaderamente digno de la admiracion cristiana ver á una doncella en lo mas florido de su edad, de extraordinaria hermosura, de un espíritu vivo, pronto y despejado, atormentado su delicado cuerpo con agudísimos dolores, embargado el uso de todos sus miembros, privada de todo alivio y consuelo, sin que se notase en ella la menor señal de impaciencia, sin que se le escapase ni un primer movimiento de inquietud, con un semblante siempre sereno, siempre risueño, siempre igual, con una modestia y con una apacibilidad inalterable. Mirábanla todos como un milagro vivo de paciencia y de virtud; admirábanla, y proponíanla por modelo de la perfeccion cristiana.

Todas estas virtudes eran efecto de su caridad y de su fe. El encendido amor que profesaba á Jesucristo, la hacia suspirar incesantemente por el martirio, y

con el deseo que tenia de derramar su sangre por la religion, la parecia nada todo cuanto padecia. Era correspondiente á estas virtudes la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen; y en conclusion se puede decir que toda la perfeccion cristiana se dejaba ver en aquella dichosísima doncella.

Era la casa de Petronila como el hospicio general de san Pedro y de todos los cristianos que habia en Roma; y se dice que un dia, en que habian concurrido muchos, y estaban todos para sentarse á la mesa, algunos de ellos mostraron extrañar mucho que, bastando la sombra sola del apóstol para curar á otros enfermos, quisiese el santo dejar paralítica en una cama á la hija de su huésped. Pareciendo á san Pedro que aquella extrañeza podia debilitar su fe y su confianza, mandó á Petronila que se levantase y fuese á servirles en la mesa; lo que hizo al punto la santa, como si nunca hubiese estado enferma. Quedaron todos asombrados, bendiciendo al Señor, obrador de aquellas maravillas; pero declarándoles el apóstol que á la santa doncella le era mas conveniente la enfermedad que la salud, y que era voluntad de Dios que todavía se purificase mas y mas por algunos años, continuando los ejemplos de su invencible paciencia, la mandó volverse á la cama, y en el mismo instante volvieron á apoderarse de ella todos sus males, quedando tan paralítica como antes, con la misma debilidad, con la misma inaccion y con mas vivos dolores. Tiénese por cierto que Petronila permaneció en el mismo estado por algunos años, y que no sanó perfectamente hasta despues del martirio del apóstol.

Fácilmente se deja considerar la vida que haria en Roma la fervorosísima doncella despues de la preciosa muerte de su padre espiritual. Instruida en tal escuela, formada por tal mano y gobernada por tan

diestro director, ¿qué progresos no haria en el camino de la perfeccion? Las penitencias voluntarias suplieron los dolores de las enfermedades, siendo su vida un continuo ejercicio de devocion y de mortificacion. Habiendo gozado la Iglesia de un corto intervalo de paz despues de la muerte de san Pedro, dió Petronila mayor vuelo á su zelo y á su caridad, siendo su casa el asilo donde las tiernas doncellas cristianas y todos los demás fieles hallaban cuanto habian menester para sus necesidades espirituales y corporales. Sus bienes eran de los pobres, y todo cuanto ganaba con su trabajo se destinaba al alivio de los afligidos y menesterosos. Su casa parecia verdaderamente un monasterio, y nunca dejaba ella su retiro sino para consolar y para ayudar á los fieles que estaban en las prisiones, ó para enterrar á los que habian sido martirizados.

No tardó Dios en autorizar aquella eminente santidad con el don y con el esplendor de los milagros. Todas las enfermedades cedian á sus oraciones; y bastaba, dicen las actas, que tuviese deseo de rogar al Señor por los enfermos, para que desde aquel mismo instante estuviesen sanos. Su humildad, su modestia, su modo y sus conversaciones conservaban maravillosamente, en todos cuantos la veian y trataban, las saludables lecciones que les habia enseñado el santo apóstol; de manera que parecia servirse Dios de la honestísima doncella para animar la fe y excitar el fervor de los cristianos.

Pero ni las penitencias, ni las prolijas y molestas enfermedades habian marchitado un punto su extraordinaria hermosura; y las maravillas que se contaban en Roma de su virtud, de su espíritu y de otras muchas prendas naturales, hacian mucho ruido en toda la ciudad. Vióla un dia Flaco, caballero romano, y enamorado ciegamente de ella, resolvió pretenderla

para esposa, para cuyo efecto, sin querer valerse de otro interlocutor, él mismo se fué un dia á su casa con grande acompañamiento de criados y de lacayos, y la hizo directamente la proposicion.

Quedó Petronila extrañamente sorprendida, tanto de la visita como del motivo de ella; pero disimulando perfectamente su extrañeza, respondió á Flaco con la mayor urbanidad, agrado y cortesanía, que quedaba sumamente reconocida y obligada por la honra que pretendia hacerla; pero que siendo materia de tanta consideracion, le pedia tres dias de término para pensarla y para poner órden en los negocios de su casa, al cabo de los cuales podria enviar algunas doncellas y criadas que la acompañasen. Retiróse aquel caballero muy satisfecho de la atenta respuesta y cortesanos modales de la que consideraba ya como su futura esposa, y solo pensó en hacer sus prevenciones para celebrar la boda.

Pero nuestra santa, que desde sus mas tiernos años habia consagrado á Dios su virginidad, resuelta mas que nunca á no tener otro esposo que Jesucristo, se encerró en su casa con otra santa virgen, llamada Felícula, y pasó todos los tres dias en oracion, en ayunos y en todo género de penitencias. Animada de una viva fe y de una tierna confianza en Jesucristo, á quien siempre llamaba *su divino esposo*, y en la santísima Virgen, á quien nombraba siempre *su querida madre*, suplicaba á los dos con las mayores instancias que no la dejasen por mas largo tiempo en el mundo, expuesta á agradar á otros ojos que á los de su divino esposo Jesucristo. *Ahóguese, Señor, mi vida en mi sangre ó en mis lágrimas*, exclamaba con fervor, y fué oida su oracion. El tercer dia, al amanecer, fué á su casa el presbítero Nicodemus, celebró el santo sacrificio de la misa, dióla la comunion, y tuvo el consuelo de verla espirar tranquilamente al pié del

altar, consumida por el fuego del divino amor. Poco tiempo despues llegaron las doncellas que enviaba Flaco para acompañarla, y en lugar de conducirla al tálamo nupcial, siguieron el acompañamiento de los funerales, llevándola á la sepultura.

Fué enterrado el santo cuerpo en un cementerio del camino de Ardi, que despues tomó el nombre de santa Petronila, y con el tiempo se fundó en él una iglesia en honra de la misma santa. El papa Gregorio III estableció allí una estacion en el siglo octavo; algunos años despues Paulo I trasladó el cuerpo de santa Petronila á la iglesia de san Pedro en el Vaticano, donde cada año se celebra su fiesta con extraordinaria solemnidad; y no se celebra con menos pompa en los Trescientos de Paris, y en la abadía de Santa Perina ó Petronila cerca de Compiegne.

Aunque el martirologio romano dice que santa Petronila fué hija de san Pedro, se ha de entender que fué hija espiritual; lo que se infiere de lo mismo que añade, que *Flaco, hombre noble, la pidió por esposa*; porque si fuera hija de san Pedro, segun la carne, no cabia que un caballero romano pensase en casarse con ella, ni por la calidad, ni mucho menos por la edad que entonces tendria la santa, que necesariamente habia de ser muy avanzada. El breviario romano nada dice en particular de santa Petronila, porque Clemente VIII mandó quitar la leccion que antes habia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Petronila virgen, hija del bienaventurado apóstol san Pedro, la cual, no pudiendo resolverse á casarse con Flaco, noble Romano, pidió tres dias de término para deliberar, los cuales pasó en ayunos y oraciones, y al tercer dia, despues de haber recibido el sacramento del cuerpo de Jesucristo, entregó su espíritu.

En Aquileya, los santos Cancio, Canciano y Cancianila hermanos, de la ilustre familia de los Anicios, los cuales, á causa de su constancia en la fe católica, fueron decapitados con su maestro Proto, en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano.

En Torres en Cerdeña, san Crescenciano mártir.

En Comana en el Ponto, san Hermias soldado, el cual, en tiempo del emperador Antonino, habiendo sido librado por la mano de Dios de un gran número de suplicios horribles, convirtió el verdugo á Jesucristo, y le hizo participante de la corona del martirio; no obstante la recibió él primero, habiendo sido decapitado.

En Verona, san Lupicino, obispo.

En Roma, san Pascasio, diácono y confesor, de quien hace mencion el papa san Gregorio.

La misa es en honra de la santa, y la oracion la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatæ Petronillæ virginis tuæ festivitate gaudemus; ita piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oyenos, Señor Salvador nuestro, para que la alegría espiritual que sentimos en la festividad de tu bienaventurada vírgen Petronila, sea acompañada de una verdadera devocion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 7 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: De virginibus præceptum Domini non habeo; consilium autem do, tanquam misericordiam consecutus à Domino, ut sim fidelis. Existimo ergo hoc bonum esse propter instantem necessita-

Hermanos: En órden á las vírgenes yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo, como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien, atendida la necesidad que urge,

tem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quærere solutionem. Solutus es ab uxore? noli quærere uxorem. Si autem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi. Ego autem vobis parco. Hoc itaque dico, fratres: tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint: et qui flent, tanquam non flentes: et qui gaudent, tanquam non gaudentes: et qui emunt, tanquam non possidentes: et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur; præterit enim figura hujus mundi. Volo autem vos sine sollicitudine esse. Qui sine uxore est, sollicitus est quæ Domini sunt, quomodò placeat Deo. Qui autem cum uxore est, sollicitus est quæ sunt mundi, quomodò placeat uxori, et divisus est. Et mulier innupta, et virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu, in Christo Jesu Domino nostro.

porque al hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una mujer? no pretendas soltura. ¿Estás suelto de la mujer? no busques esposa. Pero si tomares mujer, no pecaste. Y si una vírgen se casare, no pecó; con todo eso, estos padecerán la tribulacion de la carne. Pero yo no hablo de vosotros. Lo que digo, hermanos, es esto: El tiempo es breve: resta, pues, que los que tienen mujeres, sean como aquellos que no las tienen: y los que lloran, como aquellos que no lloran: y los que se alegran, como aquellos que no se alegran: y los que compran, como aquellos que no poseen: los que usan de este mundo, como aquellos que no usan, porque se desvanece la figura de este mundo. Quiero, pues, que vosotros esteis sin inquietud. El que está sin mujer, tiene solicitud por las cosas del Señor, de cómo agradará á Dios. Pero el que está con mujer, tiene solicitud por las cosas del mundo, de cómo agradará á la mujer, y está dividido. Y la mujer soltera, así como la vírgen, piensa en las cosas del Señor, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu, en nuestro Señor Jesucristo.

NOTA.

« Estando san Pablo en Éfeso, recibió cartas de
» Corinto con noticia de lo que pasaba en aquella

» iglesia; y habiendo ido á verle Estéfano, Fortu-
» nato y Acáico, le entregaron tambien otras cartas,
» en que los fieles de la misma ciudad le consultaban
» sobre el matrimonio y la continencia; á cuyos dife-
» rentes puntos responde en esta epístola. »

REFLEXIONES.

La figura de este mundo pasa. Grandeza mundana, fortuna brillante, nacimiento ilustre, talento sobresaliente, empleos elevados, altas dignidades, prosperidad deliciosa; luego nada sólido se halla en vosotros sino es el nombre; luego nada sois en suma sino unas lisonjeras ilusiones, un sueño agradable que embelesa por unos pocos momentos, y aun ese embeleso no es mas que para los que están dormidos. Alábese cuanto se quisiere á este mundo; él no es mas que un fantasma tras el cual se corre, y despues de cansarse y fatigarse, solo se halla confusion, amargura y arrepentimiento. Es un ídolo que fabricó el capricho, á quien sin cesar se está incensando mas por costumbre que por razon: es una imágen, una figura superficial que se mancha, que se borra, que en breve tiempo se deshace. ¿Qué nos ha quedado de aquel mundo que reinaba cien años ha? Los retratos de sus adoradores y de sus zelosos partidarios son visibles: las modas, que son fruto del capricho extravagante del mundo, se mudan á cada instante. Por molestas, por ridículas y por perjudiciales que sean, basta la descompuesta fantasía de una mujer loca, basta el antojo de un genio y de una inventiva mundana y ociosa, para hacer ley de una nueva moda; pero ley que á lo mas suele durar un año. El gusto va siempre tras el capricho; y la continua mudanza de gusto, de moda, de diversion y de costumbre, forma como el cuerpo del fantasma tras el cual se corre. El

viento que alimenta, y el humo que atolondra y ciega á los mundanos, no pasan mas velozmente que el mundo : su figura pasa; ¿y qué otra cosa es el mundo mas que figura? No es mas que una imágen de colores sobrepuestos y de rasgos superficiales, que el mismo viento borra y confunde. Todo es mera exterioridad en el mundo : las grandes honras que se tributan, las mas vivas demostraciones de una fingida amistad, máscara, artificio, afectaciones, hazañerías, todo pasa. todo se acaba; y acabado todo esto, ¿qué queda de todo ello que pueda satisfacer á un hombre racional, ni que pueda llenar á un corazon cristiano? Ni aun dura el mundo, por decirlo así, todo lo que dura la vida de un mundano; basta la menor desgracia para ahuyentarlo; á la primera caida parece que el mismo mundo huye de sus mas apasionados parciales. Los mismos años despiden al mundo : inútilmente pretendemos ser gentes del mundo á pesar de las canas, de las arrugas y de las hediondeces de la vejez; el mundo ya no quiere nada de nosotros. Es el caso, que como el mundo nunca es viejo, solo gusta de los mozos. Pero aunque logremos el favor del mundo por toda la vida, no será larga su duracion : apenas caemos enfermos en una cama, cuando el mundo se acabó para nosotros. Pasemos á ojear en el sepulcro de los grandes y de los dichosos del siglo; ¿brilla por ventura el mundo entre sus podridas cenizas? ¿Y qué queda del mundo en la hora de la muerte? ¡Pues qué extravagancia, qué encanto, qué locura no es amar al mundo, y servirle como esclavo! ¡aprisionarse, consumirse, arruinarse y perderse por seguir el espíritu y las máximas del mundo! Todo el mundo grita contra ellas, y todo el mundo las sigue. ¿Que se deberá pensar de esta conducta?

El evangelio es del capítulo 13 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro; quem qui invenit homo, abscondit, et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione sæculi: exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus, et stridor dentium. Intellexistis hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que lo halla lo esconde, y muy gozoso de ello, va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas, y en hallando una de gran precio, se marcha, y vende cuanto tiene, y la compra. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red que, echada en el mar, coge toda suerte de peces; y en estando llena, la sacan, y sentados á la orilla, escogen los buenos en sus vasijas, y echan fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí será el llanto y el crugir de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Díjoles: por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos, es semejante á un padre de familias que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

EL OLVIDO DEL ÚLTIMO FIN ES EL ORÍGEN DE LO MAL QUE DISCURREN LOS MUNDANOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el mundo es ciego, es insensato en el juicio que hace de los bienes y de los males de esta vida. Si se consulta su espíritu, y si nos hemos de dejar guiar de sus luces, será preciso decir que todos los santos se engañaron; que el Evangelio y el mismo Jesucristo carecieron de luz y de discernimiento, habiendo errado en todos los principios.

Horrorízase el corazon solo con oir estas blasfemias; pero no obstante así habla, y así discurre el mundo todos los dias. Puntualmente alaba aquello mismo que Jesucristo reprueba, y que todos los santos miraron con horror. Bien puede el Salvador representar las riquezas como estorbo de la salvacion; el mundo hace de ellas su ídolo; incúrrese en su desgracia luego que se cae en pobreza. ¿De dónde nacen todos estos desórdenes? del olvido del último fin.

¿De dónde nace que el dia de hoy discurra el mundo tan poco cristianamente en medio del cristianismo? ¿cuál es el orígen de la ceguedad y de la locura del mundo? No es otro que juzgar de la felicidad del hombre solo con respecto á la vida presente, sin pensar en la futura. Regula sus juicios, sus inclinaciones y sus deseos por los bienes presentes y sensibles, sin acordarse de los que están por venir. Fija toda la atencion en lo que hace dulce y agradable esta vida, olvidado enteramente de las funestas consecuencias que quizá se seguirán. Los sentidos son sus oráculos; toda su felicidad la coloca en los bienes de esta vida, como si ella fuera el lugar de su descanso, como si

las criaturas fuesen su último fin; esta es la verdadera locura del mundo.

Este objeto ¿es muy á propósito para contentar mis sentidos, para satisfacer mis pasiones, para lisonjear mi apetito? Luego es mi verdadero bien: así raciocina el mundo. Pero ¿se pudiera hablar de otra manera si no hubiera otra vida que la presente? Créese que hay otra, y con todo eso se habla de la misma suerte. Tal objeto, tal idea, tal empleo nos parece la mayor felicidad de esta vida, y acaso será la mayor desgracia de la otra. Darános gusto todo eso por algunos momentos de una vida muy corta; pero ¿no será la causa de amarguisimos arrepentimientos por toda la eternidad?

Para hacer juicio recto de la verdadera felicidad de un hombre que ha de vivir eternamente, ¿nos hemos de gobernar por lo que solo dura un brevísimo espacio de tiempo, ó por lo que dura la misma eternidad? ¿no será sazon comparar la eternidad con el tiempo, y los bienes y los males temporales con los males y con los bienes eternos?

¡Cosa extraña! précianse los hombres de ser sabios, juiciosos, prudentes, discretos; y seguramente que muchos lo son en todo aquello que no toca á su eterna salvacion; pero cuando se trata de ser dichosos ó infelices por toda la eternidad, entonces no se discurre, se desbarra. ¿A qué se atribuirán estos intervalos de locura? al olvido de nuestro último fin. Extrañamente se extravía, se precipita y se pierde el que aparta la vista de esta estrella. ¡Ah, Señor, y cuán funesta experiencia he hecho de esta terrible verdad en mis propios extravíos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que se debe mirar la vida presente y la vida futura como dos diferentes regiones, en que el

hombre ha de entrar sucesivamente: un corto número de dias, un humo que se desvanece, un sueño que luego se acaba, esa es la medida de esta vida; la eternidad, esto es, una duracion interminable, esa es la medida de la otra. ¿Qué proporcion hay entre estas dos duraciones? pero ¡qué locura mas insigne, qué mayor extravagancia que poner únicamente la atencion en este corto número de dias tan poco serenos, tan poco tranquilos, y no hacer el menor caso de aquella dichosa eternidad, que es nuestro último fin! ¡Qué insensatez preferir estos bienes aparentes, estas falsas brillanteces de una vida tan llena de miserias, á aquella eterna felicidad para la cual fuimos criados!

¡O mi Dios, y con qué claridad descubrirá la eternidad la mentecatez del espíritu del mundo, y el desacierto de los que se gobernaron por él! ¡qué sensible, que palpable, qué evidente se hará entonces esta locura! ¡Qué! ¡vivir algunos dias en libertad, con alegría, pero con una alegría tan frívola, tan superficial, tan interrumpida, tan mezclada, y por decirlo así, con una alegría tan triste, tan amarga como la de esta vida; y esto para vivir despues entre arrepentimientos, entre lágrimas, entre suplicios y tormentos tan espantosos como son los de la otra; para vivir en medio de aquel torbellino, de aquel centro de todos los males por toda la eternidad! Escoged, mundanos; y si habeis tomado ya vuestro partido, si habeis hecho vuestra eleccion, si la vida presente tiene tanto atractivo para vosotros, si no os merece el menor cuidado la otra; ¿sois prudentes? ¿teneis juicio? ¿discurris con acierto? ¿sois racionales? Tal es la suerte de todos los que pierden de vista su último fin.

Por el contrario, vivir en este mundo algunos dias, y vivirlos en unas lágrimas tan dulces, tan consoladoras como las que hace derramar la penitencia;

para vivir despues en la vida eterna del Señor, en aquel océano de los mas puros, de los mas santos, de los mas llenos deleites, herencia segura, suerte dichosa de las almas fieles; ¿qué os parece? ¿no será prudencia abrazar este partido? Pues veis ahí el efecto que produce la continua consideracion de nuestro último fin.

Hácese el mundo mas digno de compasion por lo mismo que se lisonjea en sus propios errores y desaciertos. ¡Ah! y cuánta verdad es lo que dice el Apóstol (1): Que para los hijos de perdicion, todo lo que se dice de la cruz es necedad y locura; mas para los elegidos, esta divina palabra lleva la fuerza de Dios: *Verbum enim crucis pereuntibus quidem stultitia est; iis autem qui salvi fiunt, id est nobis, Dei virtus est.* Ninguno se engañe á sí mismo, añade el Apóstol: si alguno de vosotros es tenido por sabio, segun el mundo, que se haga ignorante para ser sabio, porque la sabiduría de este mundo á los ojos de Dios es una verdadera necedad: *Nemo se seducat: si quis videtur inter vos sapiens esse in hoc sæculo, stultus fiat ut sit sapiens; sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum* (2). Esta dichosa mudanza es efecto de la gracia, y en cierta manera es fruto de la continua consideracion de nuestro último fin.

Ya, Señor, experimento el dolor y el remordimiento de una ceguedad, que ha sido en mí tanto menos excusable, cuanto ha sido mas voluntaria. Así es, que hasta aquí he pensado, he discurrido y he hablado siempre de los bienes y de los males de esta vida segun estos falsos principios, y gobernándome por las aparentes luces del mundo; reconozco y detesto mi error, y os suplico, mi Dios, me concedais la verdadera sabiduría de los verdaderos fieles; porque de hoy en adelante no quiero gloriarme en otra sabiduría que en la sabiduría de la cruz.

(1) I. Cor. 1. — (2) I. Cor. 2

JACULATORIAS.

Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. Galat. 6.

Líbreme Dios de gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo.

Quis sapiens, et custodiet hæc; et intelliget misericordias Domini? Salm. 106.

El que es sabio, guarda los mandamientos, y comprende las misericordias del Señor.

PROPOSITOS.

1. El que no piensa adonde va, se extravía; y el que aparta la vista de su último fin, discurre mal, porque entonces solo le gobierna la pasion. ¿De dónde nace que tantos hombres sabios á los ojos del mundo, de tan buen juicio, de tanta capacidad, de tanto acierto en una resolucion moral, de tanta prudencia para dar un consejo, desbarran tan lastimosamente en su propia conducta? Nace de que se olvidan de su último fin: en sus discursos, no les falta luz; pero les falta rectitud, apartando los ojos para no ver su último fin. Evita este desórden; extraña cosa es caminar dia y noche los treinta, los cincuenta, los ochenta años sin pensar siquiera adonde se va. Todos somos caminantes; pues acordémonos de cuál ha de ser el término de nuestro viaje y el fin de nuestras acciones. Considera todas las noches que aquel dia hiciste una jornada, y que esa menos te falta para llegar al término. No emprendas cosa alguna sin preguntarte á tí mismo: *Quid hæc ad æternitatem?* Y esto, ¿de qué servirá para la vida eterna? Así lo practicaron muchos santos; practícalo tú como ellos.

2. ¿Das buenos consejos á tus hijos y á tus criados? pues date esos mismos á tí propio. ¿Corriges una

falta, reprendes una accion? pues guárdate bien de incurrir en lo que reprendes y corriges. *Medice, cura te ipsum* : Médico, cúrate á tí propio. Esto es lo que tácitamente dicen los hijos, los criados, los súbditos, los oyentes á todos los que dan buena doctrina, y no se aprovechan de ella. Cometer las faltas que se reprenden en otros, no hacer lo que se aconseja á los demás, es hipocresía, es hazañería, es como mamarrachada en punto de religion; esto es lo que choca é indigna á todo hombre de entendimiento. ¡Qué confusion, qué vergüenza padecerán algun dia aquellos directores y predicadores que mostraron á otros el camino del cielo, y ellos no lo quisieron seguir; que echaron sobre otros cargas muy pesadas, y ellos no las tocaron con el dedo; que fueron como metal cóncavo y campana sonora, voz, ruido, y nada mas! Avergüénzate de no practicar lo que enseñas á otros. *Cœpit Jesus facere et docere.* ¿Quieres que tus sermones, que tus consejos sean eficaces? pues haz aquello mismo que enseñas.

FIN DEL MES DE MAYO.

TABLA

DE LOS TÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE QUINTO TOMO.

		Pág.
DIA I.	Los santos apóstoles san Felipe y Santiago,	1
	Martirologio romano,	11
	La epístola y reflexiones,	12
	El evangelio y meditacion. — Del conocimiento y amor de nuestro Señor Jesucristo,	16
	Propósitos,	21
DIA II.	San Atanasio, patriarca de Alejandría,	23
	Martirologio romano,	37
	La epístola y reflexiones,	38
	El evangelio y meditacion. — Del temor de Dios,	41
	Propósitos,	46
DIA III.	La Invencion de la santa Cruz,	48
	Martirologio romano,	56
	La epístola y reflexiones,	57
	El evangelio y meditacion. — Del mérito de los trabajos,	61
	Propósitos,	66
DIA IV.	Santa Mónica, madre de san Agustin,	68
	Martirologio Romano,	76
	La epístola y reflexiones,	78
	El evangelio y meditacion. — De la sincera voluntad de entregarse á Dios,	81
	Propósitos,	85
DIA V.	San Pio V, papa y confesor,	88
	La epístola y reflexiones,	97
	El evangelio y meditacion. — Cuánto importa no despreciar las cosas pequeñas,	100
	Propósitos,	106
DICHO DIA.	La Conversion de san Agustin,	108
	Martirologio romano,	131
	La epístola y reflexiones,	133

Pág.
El evangelio y meditacion. — De los frívolos pretextos que se oponen á la pronta conversion de los pecadores, 136
Propósitos, 141
DIA VI. La fiesta de san Juan ante portam latinam, 143
Martirologio romano, 149
La epístola y reflexiones, 151
El evangelio y meditacion. — Que los mayores desórdenes y las caidas mas funestas nacen frecuentemente del desprecio de las cosas pequeñas, 153
Propósitos, 159
DIA VII. San Estanislao, obispo y mártir, 161
Martirologio romano, 170
La epístola y reflexiones, 172
El evangelio y meditacion. — La desdicha de una vida ociosa é inútil, 174
Propósitos, 179
DIA VIII. La aparicion de san Miguel arcángel, 181
Martirologio romano, 186
La epístola y reflexiones, 187
El evangelio y meditacion. — Del escándalo, 190
Propósitos, 195
DIA IX. San Gregorio Nazianceno, obispo, 197
Martirologio romano, 210
La epístola y reflexiones, 211
El evangelio y meditacion. — Del escándalo que se da con la perseverancia en las faltas, 214
Propósitos, 219
DIA X. San Antonino, obispo, 220
DICHO DIA. San Epifanio, obispo y doctor de la Iglesia, 228
Martirologio romano, 233
La epístola y reflexiones, 235
El evangelio y meditacion. — Del retiro espiritual, 237
Propósitos, 242
DIA XI. San Mayol, abad de Cluni, 244
DICHO DIA. San Francisco de Jerónimo, confesor, 251
DICHO DIA. San Mamerto, obispo, 262
Martirologio romano, 265

Pág.
La epístola y reflexiones, 266
El evangelio y meditacion. — De la indispensable necesidad que hay en todos de tener cada año algunos dias de retiro, 269
Propósitos, 273
DIA XII. Los santos Nereo y Aquileo, santa Domitila y san Pancracio, mártires, 274
La epístola y reflexiones, 282
El evangelio y meditacion. — Del cuidado que los padres deben tener de la educacion de sus hijos, 285
Propósitos, 290
DICHO DIA. Santo Domingo de la Calzada, confesor, 293
Martirologio romano, 302
La epístola y reflexiones, 304
El evangelio y meditacion. — Sobre los efectos maravillosos de la caridad, 307
Propósitos, 313
DIA XIII. San Juan Silenciario, obispo y confesor, 315
La epístola y reflexiones, 322
El evangelio y meditacion. — De las obligaciones del estado de cada uno, 325
Propósitos, 329
DICHO DIA. San Segundo, obispo y patron de Avila, 330
La epístola y reflexiones, 336
El evangelio y meditacion. — Sobre las conversaciones, sus utilidades ó peligros, 339
Propósitos, 343
DICHO DIA. San Pedro Regalado, confesor, 345
Martirologio romano, 360
La epístola y reflexiones, 361
El evangelio y meditacion. — Sobre las diversiones y complacencias de esta vida, 362
Propósitos, 368
DIA XIV. San Bonifacio, mártir, 370
Martirologio romano, 377
La epístola y reflexiones, 379
El evangelio y meditacion. — De la vida estéril en buenas obras, 382
Propósitos, 386

Pág.
DIA XV. San Isidro, labrador, 387
La epístola y reflexiones, 393
El evangelio y meditacion. — Qué frutos espera Dios de nosotros, 398
Propósitos, 401
DICHO DIA. San Torcuato, obispo y mártir, 403
Martirologio romano, 414
La epístola y reflexiones, 415
El evangelio y meditacion. — Sobre la perfeccion de la ley evangélica, 417
Propósitos, 422
DIA XVI. San Ubaldo, obispo. 424
La epístola y reflexiones, 431
El evangelio y meditacion. — A qué peligro se exponen los que pasan una vida ociosa, 434
Propósitos, 438
DICHO DIA. San Juan Nepomuceno, mártir, 439
Martirologio romano, 459
La epístola y reflexiones, 460
El evangelio y meditacion. — Sobre los daños de la vana curiosidad, 462
Propósitos, 468
DIA XVII. San Pacomio, abad y confesor, 469
La epístola y reflexiones, 479
El evangelio y meditacion. — La pérdida del tiempo es irreparable, 482
Propósitos, 487
DICHO DIA. San Pascual Bailon, confesor, 488
Martirologio romano, 504
La epístola y reflexiones, 506
El evangelio y meditacion. — Sobre los bienes de la humildad, 508
Propósitos, 513
DIA XVIII. San Félix de Cantalicio, capuchino, 518
Martirologio romano, 524
La epístola y reflexiones, 525
El evangelio y meditacion. — Del corto número de los que se salvan, 528
Propósitos, 533

Pág.
DIA XIX. San Pedro Celestino, papa y confesor, 534
Martirologio romano, 544
La epístola y reflexiones, 545
El evangelio y meditacion. — Se debe dejar todo, y todo se debe sacrificar por Dios, 547
Propósitos, 551
DIA XX. San Bernardino de Sena, del órden de san Francisco, 553
Martirologio romano, 563
La epístola y reflexiones, 564
El evangelio y meditacion. — De la devocion al santo nombre de Jesus, 567
Propósitos, 571
DIA XXI. San Hospicio, ó san Sospis, recluso de Provenza, confesor, 573
DICHO DIA. Santa María de Socors, vírgen, 580
Martirologio romano, 591
La epístola y reflexiones, 592
El evangelio y meditacion.—De las diversiones, 595
Propósitos, 600
DIA XXII. Santa Julia, virgen y mártir, 602
DICHO DIA. Santa Rita de Casia, 609
DICHO DIA. Santa Quiteria, vírgen y mártir, 619
Martirologio romano, 621
La epístola y reflexiones, 622
El evangelio y meditacion. — De la ceguedad interior, 623
Propósitos, 630
DIA XXIII. San Juan Damasceno, confesor, 631
La epístola y reflexiones, 644
El evangelio y meditacion. — De la ocasion próxima, 647
Propósitos, 651
DICHO DIA. La aparicion de Santiago apóstol, 653
Martirologio romano, 661
La epístola y reflexiones, 662
El evangelio y meditacion. — Sobre la ingratitud, 667
Propósitos, 672

Pág.
DIA XXIV. San Juan Francisco Regis, de la Compañía de Jesus, 674
Martirologio romano, 690
La epístola y reflexiones, 691
El evangelio y meditacion. — De la caridad con los pobres, 695
Propósitos, 696
DIA XXV. Santa María Magdalena de Pazzis, carmelita de la regular observancia, 697
Martirologio romano, 707
La epístola y reflexiones, 709
El evangelio y meditacion. — Del desprecio de las cosas pequeñas, 711
Propósitos, 716
DIA XXVI. San Felipe Neri, confesor, 717
Martirologio romano, 727
La epístola y reflexiones, 728
El evangelio y meditacion. — Del fervor en el servicio de Dios, 731
Propósitos, 735
DIA XXVII. San Juan, papa y mártir, 737
Martirologio romano, 743
La epístola y reflexiones, 744
El evangelio y meditacion. — De cuánta consecuencia es la salvacion eterna, 747
Propósitos, 751
DIA XXVIII. San German, obispo y confesor, 753
Martirologio romano, 760
La epístola y reflexiones, 761
El evangelio y meditacion. — De la pérdida del tiempo, 763
Propósitos, 767
DIA XXIX. San Maximino, obispo de Tréveris, 769
DICHO DIA. La Conmemoracion de los fieles difuntos, 775
Martirologio romano, 781
La epístola y reflexiones, 782
El evangelio y meditacion. — Del estado á que nos reduce la muerte, 785
Propósitos, 789

Pág.
DIA XXX. San Fernando, rey de Castilla y de Leon, 791
Martirologio romano, 803
La epístola y reflexiones, 804
El evangelio y meditacion.—De la humildad, 807
Propósitos, 810
DIA XXXI. Santa Petronilla, vírgen, 812
Martirologio romano, 817
La epístola y reflexiones, 818
El evangelio y meditacion. — El olvido del último fin es el origen de lo mal que discurren los mundanos, 822
Propósitos, 827

FIN DE LA TABLA.

POISSY. — TIP. Y STER. DE AUG. BOURET